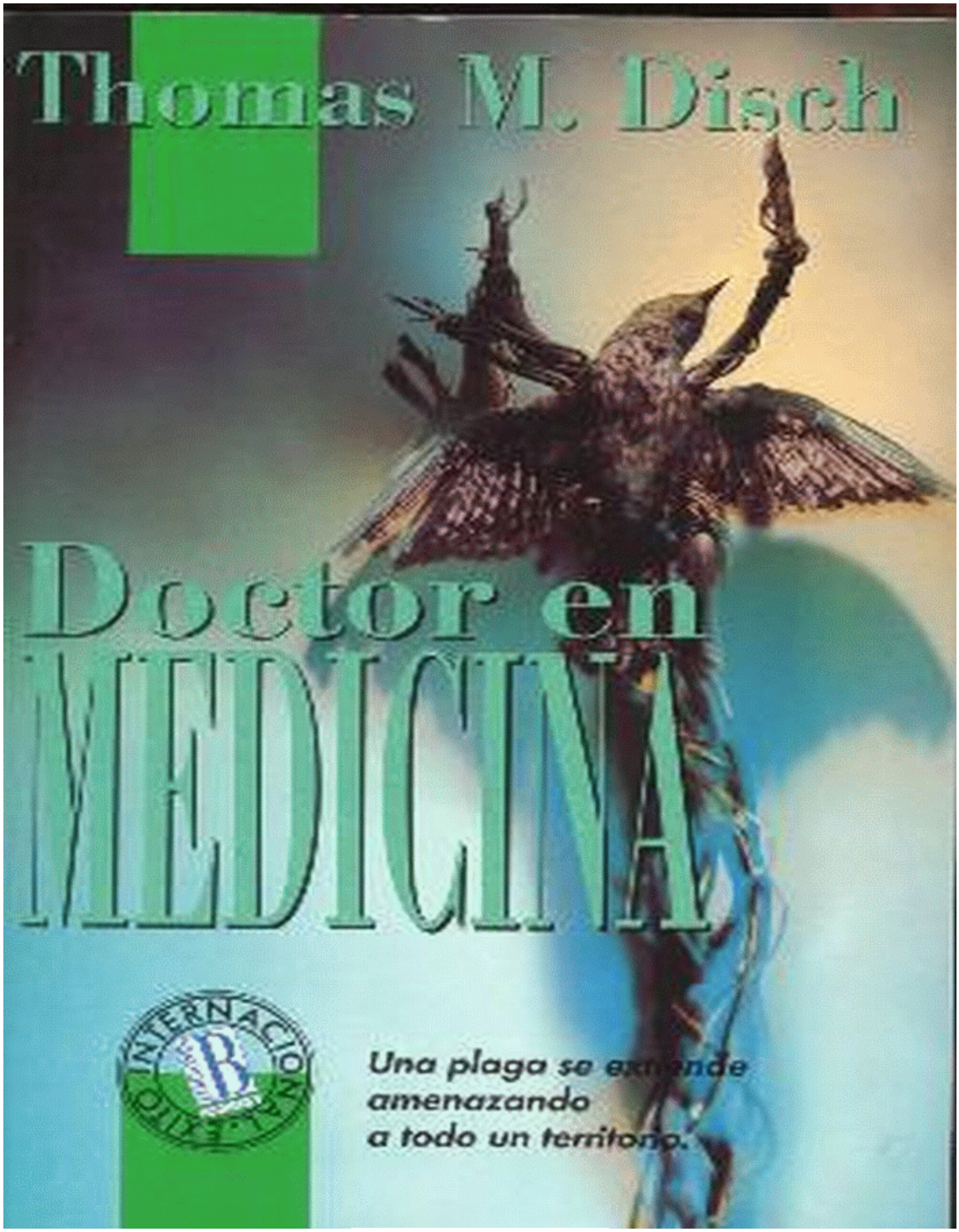
DOCTOR EN MEDICINA
THOMAS M. DISCH



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El asesino joven no procede de una familia americana típica. Los padres americanos medios no tienen por qué temer que sus hijos les asesinen.

Dra. Elissa P. Benedek,
cita de «Niños que matan».
New York Times. 11 de oct. de 1983

LIBRO PRIMERO

1

El viernes anterior a las vacaciones de Navidad, la hermana Mary Symphorosa informó a la clase de párvulos del Colegio de Nuestra Señora de la Merced que Santa Claus no existía, que los regalos que encontraban bajo el árbol navideño la mañana de Navidad eran de sus padres, que se trataba de una costumbre pagana, de un absurdo impío, y que era un pecado contra el primer mandamiento pensar lo contrario. La hermana hacía este anuncio todos los años, y siempre se podía contar con que, al menos uno de los niños, cogería un berrinche o bien se negaría a aceptarlo. Ese año fue Billy Michaels, por lo general un niño tranquilo, el que se tiró al suelo y se quedó boca arriba gritando y pataleando y, en resumen, llamando la atención.

La hermana Symphorosa lo miró, al tiempo que palpaba el gran crucifijo de madera que sujetaba el rosario a sus largas faldas. No se alarmó demasiado. El histérico comportamiento del niño le hizo incluso sentir cierta satisfacción profesional, parecida a la que tendría un exorcista al expulsar a un demonio. Consideraba ese ritual anual de desilusión como un deber que le imponía su condición de defensora de la fe. No se debía dejar crecer a los niños en la creencia de una mentira que necesariamente iban a descubrir, una experiencia que sólo podía marchitar las flores aún sin abrir de la verdadera fe religiosa. El mito de Santa Claus era, como acababa de explicar a los niños, una práctica pagana y, por tanto, pecadora, de especial gravedad por haberse relacionado con una festividad cristiana. Se dirigió decididamente hacia el fondo de la clase, levantó al niño por el cuello de la camisa y lo dejó caer sobre su asiento. El niño soltó un último grito de protesta y ella le dio una sonora bofetada.

-Ya basta.

El niño contuvo el aliento y la miró.

Antes de que pudiera renovar su rabieta, la hermana Symphorosa le dio la espalda y siguió hablando con los niños como si nada extraño hubiera ocurrido.

-Bien, ¿quién puede decirme cuál es el primer mandamiento?

No se alzó ninguna mano. La hermana Symphorosa había cambiado de tema con excesiva rapidez para ellos. Todo lo que les había explicado en las dos últimas semanas sobre Moisés, el becerro de oro y

los diez mandamientos se había desvanecido de sus erráticas memorias. Las pistas no les ayudaron.

-El primer mandamiento -anunció la hermana Symphorosa, con el tono de otro Moisés reprendiendo a las tribus de Israel- dice: «Yo soy el Señor, tu Dios; no tendrás otros dioses más que a mí.» ¿Y qué es este Santa Claus sino otro dios? Puede volar por el mundo con un trineo mágico y renos voladores, y se supone que sabe si un niño es bueno o malo.

Billy Michaels emitió un audible gorjeo como si le estuvieran ahogando, o como si estuviera a punto de pillar otro berrinche.

-Billy Michaels, cállate y estáte quieto. Sólo Dios, que es omnisciente, puede saberlo. Sólo Dios conoce los secretos que todos tenemos en el corazón, porque Dios lo sabe todo. Pero Santa Claus no puede saber nada porque no existe, y nunca existió, aunque una vez hubo un San Nicolás. Pero este San Nicolás no vivía en el Polo Norte. Nadie vive allí, porque hace demasiado frío. El verdadero San Nicolás vivió en una ciudad llamada Myra en la que era obispo, como nuestro querido obispo Fitzgerald, y su fiesta se celebra el seis de diciembre.

Se produjo un largo silencio. La hermana Symphorosa contempló las filas de rostros de ojos muy abiertos, buscando en ellos señales de desafío o de falta de atención. Todos parecían satisfactoriamente sometidos.

-San Nicolás -prosiguió entonces, en un tono más liviano- es el santo patrón de los niños y los tenderos, y así debió nacer la leyenda de Santa Claus.

Se interrumpió, como si no quisiera sobrepasar la capacidad de los niños. Derribar el ídolo era suficiente, no tenía que explicar su historia.

-Cuando volváis a casa hoy, niños, quiero que les digáis a vuestros padres que sabéis que Santa Claus no existe. Decídselo, y luego dadles las gracias por todos los maravillosos regalos que os dieron cuando hacían de Santa Claus. Y decidles que no tienen que engañaros más. Si tenéis hermanos o hermanas más pequeños que todavía crean en Santa Claus debéis decírselo, porque es un pecado contra el primer mandamiento adorar a dioses que no existen. ¿Lo habéis entendido todos?

Algunos niños asintieron y se oyeron unos cuantos «sí, hermana» en voz baja. Pero Billy Michaels no movió ni un músculo.

-Billy -insistió la hermana Symphorosa-, ¿lo has comprendido?

El niño no dio muestras de haberla oído.

-Billy -repitió ella, con un tono de paciente instrucción como el que utilizaría para enseñar a hablar a un loro- estoy hablando contigo. Te he hecho una pregunta.

El niño volvió los ojos hacia ella con reticencia. Había temor en su mirada, pero su pequeño y rebelde corazón sostenía el desafío. Ella sintió la tentación de abofetearlo de nuevo, pero se contuvo. Un espíritu obstinado necesitaba corregirse, pero debía ser más prudente en la administración de castigos corporales, puesto que la hermana Fidelis, la directora del colegio, ya le había llamado al orden dos veces. Esa monja más joven lo consideraba una excesiva severidad. A la hermana Fidelis

le acobardaban con demasiada facilidad los padres entrometidos. Pero era la directora, y la hermana Symphorosa estaba sujeta por el voto de obediencia. A menos que el niño la provocara, debía tratarlo con suavidad.

-Ahora ya has comprendido que Santa Claus no existe, ¿verdad, Billy?

-Yo lo he visto -replicó Billy.

-Has visto un dibujo de Santa Claus -rectificó la hermana Symphorosa.

-No, estaba vivo y era igual que en los dibujos. Era gordo y llevaba un traje rojo y un saco lleno de regalos.

-Entonces lo que viste fue a alguien vestido de Santa Claus. Muchos comercios pagan dinero a los vagabundos que encuentran por la calle para que hagan de Santa Claus. Pero sólo son viejos vagabundos, y eso es lo que tú viste.

-No -repitió Billy-, yo lo vi bajar por la chimenea. No era el ayudante de Santa Claus de Dayton's, a ése ya lo conozco. El mío era Santa Claus de verdad.

Se produjeron unas risitas en las filas delanteras de la clase. Muchos de los niños ya habían comprendido que Santa Claus no existía. En realidad, la hermana Symphorosa sospechaba a menudo que el truco de Santa Claus lo usaban los niños con los padres, en lugar de ser los padres quienes engañaban a los niños; que todos sabían que era imposible que los renos volaran y que Santa Claus se apareciera simultáneamente a todos los niños del mundo, pero que sabían que recibirían más regalos si aceptaban la farsa. Tal posibilidad la encolerizaba enormemente.

-William -replicó, con extrema seriedad-, no debes decir mentiras.

-No digo mentiras.

La hermana Symphorosa se mordió el labio. Ante semejante obstinación el único método apropiado era administrar un castigo corporal. Pero puesto que el niño se comportaba en ese momento con calma, debía contenerse. ¡Que la hermana Fidelis resolviera el problema con sus principios liberales! La hermana Symphorosa escribió una nota para la hermana Fidelis, la dobló y se la entregó a Michaels.

-Quiero que le lleves esta nota a la directora. ¿Sabes dónde está su despacho?

El niño asintió.

-Le dirás a la hermana Fidelis lo que me has dicho a mí, y si ella está de acuerdo en que viste a Santa Claus bajar por la chimenea, entonces ella te dará una nota para mí diciendo que no eres un mentiroso. Pero si no lo hace, entonces tendrás que pedirme perdón a mí y a toda la clase por hacernos perder el tiempo con semejantes tonterías. Y no te permitiré volver a entrar en clase sin la nota o la disculpa, porque no puedo tolerar las mentiras.

Cuando el niño hubo salido del aula, la hermana Symphorosa, a modo de recompensa para el resto de la clase, les explicó la verdadera historia de San Nicolás, el obispo de Myra; cómo había devuelto la vida

milagrosamente a tres jóvenes ricos a los que un malvado posadero había matado, descuartizado, y ocultado en un barril de salazón.

-Y por eso -finalizó la hermana Symphorosa, redondeando el maravilloso cuento con una moraleja-, San Nicolás es el santo patrón de los niños, y nosotros seguimos rezándole para que nos proteja de los ladrones. Pero no es Santa Claus. Espero que haya quedado claro. ¿Alguna pregunta?

La niña Burdon levantó la mano.

-Dime, Sally.

-Hermana, ¿qué es un barril de salazón?

-Un barril de salazón, Sally, es lo que solían usar los carniceros antiguamente para evitar que la carne se estropeara. Cuando la carne no se conserva adecuadamente, se pudre y se llena de gusanos. Pero si ponemos la carne en un barril de agua salada, no se estropeará. Por supuesto, esto era antes de que existieran las neveras y los congeladores. Si San Nicolás hubiera vivido hoy, probablemente habría encontrado los cuerpos de los tres jóvenes ricos en un congelador. ¿Alguna otra pregunta?

No había más preguntas, así que la hermana Symphorosa dedicó el resto de la tarde a enseñar a los niños a cantar villancicos. Cantaron Venid todos los creyentes, y luego Adeste Fideles, Noche de paz, y Somos los tres reyes de Oriente. Después les dejó que hicieran peticiones. Uno pidió Jingle Bells, pero ninguno sugirió un villancico sobre Santa Claus.

Despidió a la clase con la sensación del trabajo bien hecho.

Luego recordó al niño Michaels. No había vuelto todavía del despacho de la directora. No serviría de nada ir a buscarle, sólo conseguiría que se sintiera aún más importante. Cogió el rosario que guardaba en el cajón de su escritorio, besó el crucifijo de plata e hizo el signo de la cruz.

-En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén.

Después pensó en el primer misterio gozoso, el de la Anunciación.

2

Un poco después de las cuatro, justo cuando Hospital General había alcanzado el punto culminante de suspense de los viernes por la tarde, se disparó la alarma de humos de la cocina y, antes de que la vieja señora Obstschmecker hubiera podido percibir claramente lo que sucedía, el teléfono empezó a sonar. Cogió el teléfono, dijo «¿sí?» y sólo entonces se dio cuenta de que la alarma seguía sonando y de que salía humo por la puerta de la cocina. «Lo siento -continuó- No puedo hablar ahora. Algo se está quemando.» Puso el auricular sobre una pila de ropa que tenía en la mesa del comedor para planchar, y corrió hacia la cocina donde, como ya había adivinado, la cafetera que había dejado sobre el fogón posterior estaba despidiendo una espesa humareda. También despedía un fuerte olor a café Bakelite quemado, pero la vieja señora Obstschmecker tenía muy poco olfato; precisamente ésa era la

causa de que la cafetera hubiera estado quemándose sin que ella se diera cuenta.

-¡Oh, cielos! -se quejó en voz alta, al tiempo que sumergía la parte inferior de la cafetera semifundida en una cazuela con agua clara, lo cual produjo un espectacular efecto-. Madge se pondrá furiosa.

Por varias razones reales e imaginarias, la señora Obstschmecker vivía aterrorizada por su hija Madge, y no quería darle ocasión de enfado o de queja siquiera. Seguro que Madge iba a interpretar la cafetera arruinada como una más de las señales de la mala memoria de su madre. Y la señora Obstschmecker estaba convencida de que Madge anotaba tales señales en una especie de libro de cuentas mental, que utilizaría el día en que tuviera que ser encerrada en un asilo de ancianos. Madge había trabajado en asilos de ancianos y sabía cómo eran, incluso había empezado a hacer ciertas insinuaciones. ¡Un asilo de ancianos! ¡La señora Obstschmecker prefería, con mucho, ir a prisión!

Abrir las ventanas, eso era lo que debía hacer: abrir las ventanas y airear la cocina. Abrió dos, pero la tercera estaba atascada. Mientras tanto la alarma de humos seguía sonando, impidiéndole concentrarse en cualquier otra cosa. La señora Obstschmecker no quería arriesgarse a subirse a una silla, así que cogió una copia del Pioneer Press que estaba sobre la mesa de la cocina y la utilizó como abanico para alejar el humo de la alarma. Al levantar y bajar los brazos se le movían los pellejos de los antebrazos, y sus senos abundantes se balanceaban.

-¡Para! -le ordenó a la alarma-. ¡Para ahora mismo!

Se paró. En el mismo instante en que se lo ordenó, la alarma dejó de sonar.

-Bueno -suspiró ella-, gracias a Dios.

Se dio cuenta de que el fogón posterior de la cocina estaba aún al rojo, porque se había olvidado de apagarlo. Había gotas de la cafetera fundida pegadas al fogón rojo. Sería imposible limpiar la cafetera, tendría que comprar una nueva y esperar que Madge no lo notara. Ned podía ir a comprarla por ella cuando volviera de la escuela a casa, lo cual ya debería haber hecho. Los dos niños siempre llegaban a casa cuando acababa Hospital General. A menos que Ned hubiera tenido que quedarse para ensayar con el coro, lo cual era posible tratándose del último día antes de las vacaciones de Navidad. Pero Billy debería encontrarse ya en casa.

-¡Billy! -exclamó.

Se dirigió al comedor y volvió a llamarlo, y luego lo llamó de nuevo al pie de las escaleras que llevaban al piso superior. La señora Obstschmecker estaba más exasperada que inquieta. El niño conocía el camino de la escuela a casa, y si se había ido con un amigo después del colegio para ver los dibujos animados que le habían prohibido ver en casa (parecían producirle pesadillas, al menos según opinaba Madge), mejor que mejor. Eso quería decir que tenía un amigo.

¡Era un niño tan difícil! La señora Obstschmecker no se había sorprendido en absoluto cuando, un mes antes, había telefoneado la hermana para quejarse a Madge de que el niño se negaba a hacer la siesta

de las dos prescritas por el parvulario. «¡Creo -había dicho la hermana- que este niño está poseído por un demonio!» Madge no sabía, y tampoco se le había ocurrido preguntar, si la hermana hablaba en sentido literal o figurado. Madge no era demasiado religiosa.

La señora Obstschemecker creía que demasiada religión era perjudicial para enseñar disciplina, ya que cuando los niños empezaban a pensar demasiado sobre lo que era bueno y lo que era malo, tendían a mostrarse rebeldes y a cuestionar las reglas que les imponían sus padres. Sin embargo, se preguntaba si no hubiera sido mejor haber educado a Madge como una verdadera y firme católica, como la hija de la señora Wolfgren, Karen, que era un modelo de devoción para su pobre madre postrada en cama. Era imposible no envidiar a alguien con una hija como Karen.

La señora Obstschmecker volvió a la cocina para comprobar si el ambiente se había despejado y podía cerrar las ventanas. La segunda ventana se mostró reacia, y antes de que pudiera cerrarla sonó el timbre de la puerta. Al pasar por el comedor vio el auricular del teléfono sobre la ropa por planchar. Lo cogió.

-Lo siento -aseguró-, no puedo hablar con usted ahora. -Y lo devolvió a su soporte. El timbre de la puerta volvió a sonar-. ¡Voy, voy! ¡No sea impaciente!

Tiró de la pesada puerta de madera para abrirla y, al ver que su visitante era una mujer, descorrió el pestillo de la contrapuerta de aluminio y plástico traslúcido. Abrió también la puerta exterior y se quedó boquiabierta por la sorpresa.

-Sondra -musitó, mostrando un tardío reconocimiento.

-¿Está Billy en casa? -preguntó Sondra. Sondra se apellidaba entonces Wincklemeyer, pero una vez fue Sondra Michaels. Era la madre de Billy.

-¿Qué? No. Aún no ha llegado.

-¿Han llamado del colegio?

-¿Qué? No, no ha llamado nadie.

-He intentado llamar -explicó Sondra, haciendo a un lado a la señora Obstschmecker para pasar al vestíbulo-, pero hace media hora que el teléfono está comunicando.

-No me he movido de aquí -se defendió la señora Obstschmecker- ni un solo minuto.

Al cerrar la puerta notó que había una fina capa de nieve reciente sobre las escaleras del porche, y más adelante, en el camino. Había obscurecido tanto que habían encendido las farolas, esas horribles luces de amarillo fosforescente que sustituían a las antiguas a lo largo de toda la calle Calumet.

-¿Sabe dónde está Billy? -insistió Sondra. Ya se había quitado el abrigo y lo había arrojado sobre la mecedora. El cuello del abrigo era de zorro plateado.

-No, pero debe estar de camino.

-¿Y Edward?

-¿Edward? Ah, quieres decir Ned. Probablemente tiene ensayo con el coro. Este año va a cantar un solo en la fiesta de Navidad. ¿Ocurre algo malo?

-Eso es lo que he venido a descubrir. Si el teléfono funciona, me gustaría llamar al colegio para saber si ya lo han encontrado.

-¿Por qué estás tan segura de que se ha perdido? A menudo, los niños se entretienen en el camino de vuelta a casa desde la escuela. Puede que se haya quedado en casa de algún amigo. O quizás haya ido a comprar algo.

-La directora me ha dicho que lo han enviado a su despacho con una nota -explicó Sondra-, pero que no ha ido, y que le han buscado por todo el colegio sin resultado, a pesar de que su abrigo está todavía en el guardarropa. Intentaron llamar aquí pero comunicaba, así que me llamaron a mí.

-¿Quieres decir que Billy está a la intemperie sin abrigo y con este tiempo?

-Eso parece. ¿Dónde está el teléfono?

La señora Obstschmecker, sintiéndose resentida por la invasión pero sin fundamentos en que basar su protesta, mostró a Sondra dónde estaba el teléfono. Sondra marcó el número del colegio, que comunicaba. Entonces marcó el de su propia casa en Willowville. Contestó su hijastra Judith, quien confirmó que no había habido nuevas llamadas.

-¿Dónde está Madge? ¿Cuándo volverá a casa? -preguntó Sondra.

-Debe estar a punto de llegar.

-¿Eso qué significa? ¿Una hora? ¿Media hora?

-Eso significa en cualquier momento.

-¿Qué es lo que huele tan raro? -inquirió Sondra, volviendo la cabeza de un lado a otro y olfateando. Un gris plateado escarchaba sus cabellos castaños, a juego con el cuello de su abrigo, y sus ropas, una falda de lana marrón obscuro y un grueso suéter de color calabaza y tacto de melocotón; parecían bastante caras.

-La cafetera seguramente. Se ha... salido. ¿Pero no querrás decir que Billy está en la calle con este tiempo sin abrigo? Está empezando a nevar. Está helando.

-Por eso está preocupada la directora, evidentemente.

-¿Por qué haría Billy una cosa así?

-Al parecer la maestra de párvulos, esa que tiene un ridículo nombre que nunca consigo recordar...

-Symphorosa.

-Eso, sí. Dijo a la clase de párvulos que Santa Claus no existe, y a Billy le afectó mucho. La directora no me ha dado más detalles.

Oyeron un sonido de pasos en el porche de madera, y luego un sonido más fuerte, que la señora Obstschmecker identificó con el que hacía su yerno al limpiar los zapatos en el felpudo de la puerta.

-Sondra -exclamó Henry al entrar en la casa.

-Henry, ¿sabes dónde está Billy?

Había hablado con brusquedad a la señora Obstschmecker, con el tono bajo de un acusado. Pero al hablar con su ex marido, su voz se alzaba quejumbrosa.

-Maldita sea, ¿quieres decir que no está en casa? Me han llamado al hotel y he estado intentando llamar aquí, pero comunicaba todo el rato-. Miró con intención acusadora a la señora Obstschmecker.

-No he usado el teléfono en toda la tarde -aseguró la señora Obstschmecker, diciendo la verdad a medias.

-¿A alguien se le ha ocurrido mirar arriba? -sugirió Sondra-. Quizás ha vuelto a casa y ha subido a su habitación sin decir nada.

-¿Por qué iba a hacer una cosa así? -preguntó la señora Obstschmecker indignada.

-Tal vez tenía miedo a ser castigado. En cualquier caso, deberíamos comprobarlo.

-Tienes razón -admitió Henry.

-Mientras tanto -dijo Sondra-, tengo el coche fuera, así que iré a dar una vuelta por la vecindad. ¿Tiene idea de dónde podría haber ido? ¿Algún lugar donde suela ir cuando quiere estar solo?

-No iría a ningún sitio -afirmó la señora Obstschmecker.

-Todos los niños tienen algún lugar para esconderse, una casa en un árbol, por ejemplo, algún sitio privado.

-Yo iré al desván y al sótano -dijo Henry.

-Oh, él no iría al desván -aseveró la señora Obstschmecker-. Le tiene miedo.

-¿Tienes otra prenda que pueda llevarme por si lo encuentro? -preguntó Sondra.

-Le compramos una chaqueta nueva como regalo de Navidad, pero está envuelta en papel de regalo.

-Bien, pues desenvuélvela.

-De acuerdo.

Mientras Henry iba a inspeccionar las habitaciones superiores, Sondra volvió a telefonear al colegio. En esa ocasión no comunicaba, pero la monja con la que habló no tenía nada nuevo que decirle sobre Billy.

Henry bajó con una de las viejas chaquetas de invierno de Ned y se la dio a Sondra, que se fue para buscar a Billy con el coche. Mientras, Henry caminaba a lo largo de la calle Calumet mirando en todas las tiendas.

La señora Obstschmecker se desplomó sobre la mecedora y sintió una breve oleada de simpatía por el hijastro de su hija, quien, al escaparse de esa manera, desviaba la atención de la cafetera quemada. Pero fue breve, y se vio rápidamente reemplazada por un inveterado desagrado. Un desagrado que se basaba no sólo en el rechazo natural que cualquier persona sentiría al tener que tratar a un extraño como miembro de la propia familia, sino también en el hecho innegable de que el niño era un tanto peculiar. La casa se obscurecía cada vez más, ella se mecía en la crujiente mecedora, y pensaba, mientras, en castigos y disciplinas que podría sugerir a Madge cuando ésta descubriera lo que había ocurrido y empezara a montar en cólera.

3

Justo cuando obscurecía, la nieve empezó a caer. Cada vez que pasaba un coche junto a la cerca de piedra que rodeaba Brosner Park, Billy se encogía bajo su suéter como una tortuga que intentara desaparecer bajo su caparazón. Hacía tanto frío que había estado llorando un rato por lo miserable que se sentía, pero el frío ya no le molestaba en absoluto, salvo en los dedos, tan fríos dentro de los bolsillos del pantalón que no podía ni moverlos.

Esa parte del parque, Nabisco Hill, estaba casi siempre desierta, excepto cuando había nieve suficiente para ir en trineo. Algunas veces un perro con la correa suelta llegaba zigzagueando hasta la cima de la colina y husmeaba la hierba seca, pero los dueños de los perros no solían seguirlos hasta allí. Nabisco Hill era el mejor lugar para estar solo.

Pero hacía frío. Ni siquiera había un tronco de árbol sobre el que apoyarse y resguardarse del viento. Durante el verano habían talado montones de árboles a causa de la enfermedad del olmo holandés. Los árboles podían ponerse enfermos igual que las personas, pero entonces había que cortarlos. Desde luego no se podía enviar un árbol al hospital. Ésa era una idea divertida, un hospital para árboles, el tipo de idea que le hubiera gustado a su hermano. O, por el contrario, tal vez se hubiera burlado de él por tenerla. Billy no sabía nunca de qué lado soplaba el viento con Ned. Algunas veces era tan agradable como la gente de la tele, pero otras era tan malo que a Billy le entraban ganas de golpearlo en la cabeza, como Caín en la historia de Caín y Abel. En realidad, no fue a Caín a quien golpearon sino que él golpeó a su hermano. Pero tendría que haber sido al revés, y la memoria de Billy tenía la manía de recordar las cosas del modo en que deberían haber sido.

No había mentido. Él había visto a Santa Claus, aunque de una forma diferente. Billy sólo podía ver las cosas de esa forma cuando era de noche, no había luces cercanas y estaba solo. Podía hacerlo en ese momento si quería, le bastaba con mirar la nieve, y luego dentro de la nieve, usando sus ojos como pequeños taladros que horadaran la madera. Al principio, la nieve no tenía ningún color en particular. No era blanca como decía siempre la gente, pero tampoco de ninguno de los colores comunes de una caja de lápices.

De noche, cuando miraba dentro, veía en la nieve todo tipo de puntos y manchas, como en la tele cuando no funcionaba, y cuanto más profundamente miraba más brillante parecía todo, y con más detalle, hasta que los puntos se convertían en una verdadera imagen. Eso era lo que ocurría entonces en el pequeño tapete de nieve desplegado sobre una gran roca. Los colores giraban de un modo confuso, y luego se hacían más estables, hasta adquirir forma definitiva, una bola resplandeciente como una bombilla del árbol de Navidad.

Los puntos brillantes sobre la nieve se convirtieron en carámbanos, y luego, poco a poco, tomó forma un árbol de Navidad entero, con dimi-

nutas y brillantes luces que centelleaban. Era una imagen tan clara como la de la tele. Lo curioso es que no tenía tamaño. Era grande y pequeña al mismo tiempo, y Billy se sentía igual, sin dimensiones. Pero el árbol era real, tan real como la nieve dentro de la que estaba. Billy no estaba fingiendo. Podía verlo.

En ocasiones, aunque no muy a menudo, también podía oír cosas. Un sonido chirriante como de alguien que no silbaba demasiado bien. Ned silbaba de la misma manera. Pero sólo podía oírlo cuando todo a su alrededor estaba completamente en silencio. Allí en la colina se oía otro sonido interponiéndose, una especie de sordo zumbido como el de un ventilador en el techo que no dejara de girar, como si la ciudad entera fuera un solo coche gigante rodando en punto muerto. Y luego, por encima de ese zumbido, pudo oírlo, un lamento lejano y chillón, como el de una ambulancia en la otra punta de la ciudad, acercándose.

Las luces del árbol empezaron a parpadear con mayor rapidez y luego hubo una especie de destello de color púrpura, y allí estaba Santa Claus, en la nieve, mirando a Billy y sonriendo. Su barba, en lugar de ser sólo blanca, era del mismo rosa y púrpura efervescente que la nieve; pero en todo lo demás era exactamente como debía ser.

-Hola, Billy -dijo con voz cavernosa-. ¿Qué haces tan tarde fuera de casa? Debes estar helado.

-Sí.

-Bien, entonces quizá sea hora de volver a casa. Apuesto a que tu madre está preocupada.

-La hermana Symphorosa... -empezó Billy, sintiendo que debía explicarlo todo desde el principio en beneficio de Santa Claus.

-No te preocupes por la hermana Symphorosa -lo interrumpió Santa Claus, y el humo de su pipa dibujó largas eses sinuosas como serpientes en el aire-. Ese no es motivo para morirse congelado en el parque.

-¿Entonces, no estás enfadado conmigo?

-¡Oh, oh! Te preocupa perder los regalos de Navidad, ¿eh?

Billy negó con la cabeza.

-Ella dijo que tú... -no podía continuar.

Santa Claus sonrió. El humo de su pipa formó una especie de halo alrededor de su cabeza.

-Ella dijo que yo no era real, supongo.

-Y trató de hacer que yo también lo dijera. Dijo que eres como un dios pagano.

-Bueno, supongo que lo soy en muchos aspectos. Muchos de ellos tienen cosas buenas.

-También dijo que nadie puede vivir en el Polo Norte, porque hace demasiado frío.

-Eso demuestra lo poco que sabe sobre el Polo Norte. Lo mejor que se puede hacer con personas así es ignorarlas.

-Lo he intentado. Pero ella escribió una nota para la directora y me envió a su despacho. Y la nota decía que no podía volver a su clase, ni siquiera después de las vacaciones de Navidad, a menos que yo dijera

que... -La voz de Billy se apagó con un deje desolado. No valía la pena intentar explicar las cosas, ni siquiera a Santa Claus.

-¿Que no existo? Bueno, deberías haber mentido y haberle dicho lo que ella quería oír.

-Pero mentir no está bien.

-Es distinto cuando se trata de alguien como la hermana Symphorosa. Sólo es malo mentir a las personas en las que confías. Si me mintieras a mí, estaría mal... Pero basta ya de esta conversación, tienes que volver a casa, o cogerás un resfriado peor del que ya tienes.

-Preferiría quedarme aquí, contigo.

-No siempre se puede tener lo que se quiere. Pero no te preocupes por los regalos: ya te he conseguido la mayoría de las cosas que pediste.

-Si vuelvo a casa ahora, ¿vendrás más tarde y hablarás conmigo otra vez?

-Sin tratos, Billy. Quizá sí, o quizá no, todo depende. Tú me gustas, ya lo sabes.

-Seguro que me darán una zurra si vuelvo a casa ahora.

-No -indicó Santa Claus, mirando su reloj de pulsera-, no lo creo. Es demasiado tarde y estarán preocupados. Pero cuando vuelvas a casa no debes decirles que has hablado conmigo. No les gustaría, ya lo sabes; y si se lo contaras sólo conseguirías meterte en más problemas.

-Sin tratos -aceptó Billy, con una tímida sonrisa.

Santa Claus rió y su estómago, dentro del ajustado traje rojo de nieve, se movía tal como decía la historia: como gelatina en un plato.

-Te diré lo que haremos. Tú guardas en secreto nuestra conversación, y más tarde yo te contaré un secreto mejor. ¿Qué te parece?

-¿Qué secreto? -preguntó Billy.

-Te diré dónde guarda tu hermano su bastón venenoso.

-¿Lo prometes?

-Lo prometo. ¿Y nuestro secreto?

-No se lo diré a nadie. Pero eso no significa que tenga que decir lo que la hermana Symphorosa quiere que diga.

-Oh, no me importa lo que hagas con ella. Bien, ¿irás a casa ahora?

-Vale.

-Entonces cierra los ojos.

Billy cerró los ojos, y cuando los abrió de nuevo Santa Claus se había ido y la nieve volvía a ser sólo nieve común fría y blanca. El suelo estaba completamente cubierto de ella, y caía con más fuerza que antes.

Billy se levantó y se frotó las mejillas frías con los dedos helados. Luego empezó a bajar Nabisco Hill en dirección a Calumet, deslizándose sobre la hierba resbaladiza por la nieve. Hacía un frío terrible, y tenía por delante un paseo de diez manzanas hasta casa. Pero eso no parecía gran cosa en comparación con el secreto que brillaba, como un ascua de carbón, en su corazón.

Sondra Wincklemeyer se paró al pie de Nabisco Hill en Brosner Park, sintiendo un afecto contradictorio por la vieja y anticuada vecindad. Se había criado a tan sólo cinco manzanas del parque, y el dúplex en el que habían vivido cuando Billy era un bebé no estaba mucho más lejos. Había paseado arriba y abajo entre los bancos de madera del parque y su casa, prácticamente todos los días durante el verano de 1967, la vieja antigualla de cochecito de niño. Se preguntaba si ya entonces el parque ofrecía ese aspecto de decaimiento o si era sólo la época del año lo que hacía que pareciera tan gris y espantoso, con los árboles desnudos, la hierba muerta y las papeleras rebosando latas, botellas y periódicos. El afecto se volvió repugnancia. No sólo hacia Brosner Park, sino también hacia todo el arruinado barrio. Se había convertido en un suburbio, no había otra palabra para describirlo, y el pobre Billy tenía que crecer allí, ir a un colegio en el que había más negros que blancos, llevar las ropas viejas de su hermanastro y comer la horrible comida de la gorda señora Obstschmecker. Era como si lo hubieran secuestrado; pero no había modo de pagar un rescate a los secuestradores. Sólo Sondra era la culpable, pues, si hubiera jugado bien sus cartas, aún tendría a Billy a salvo de todo ello.

-¡Billy! -gritó a la obscuridad del parque-. Billy, si te has escondido en algún sitio, sal. ¿Billy?

No hubo respuesta.

Desde el pie de la colina sólo se podía ver una pequeña parte del parque, pero desde la cima lo abarcaría todo. No parecía probable que Billy estuviera en el parque con una tormenta de nieve encima y sin ropa de abrigo, pero ya que había llegado tan lejos bien podía comprobarlo. Utilizo la chaqueta que había llevado para Billy como protección para las manos, y subió con dificultad hasta la cima de la colina. ¿Qué le habría hecho aquella monja para que se escapara con semejante tiempo? Probablemente nunca conseguirían una respuesta franca a esa pregunta. ¡Decirles a los niños que no existía Santa Claus el último día de clase antes de Navidad. ¡Y a niños de párvulos! Sondra no podía comprenderlo.

-¡Billy! -llamó al acercarse a la cima.

Se detuvo para tomar aliento y volvió a llamar, sintiéndose inútil y ridícula por hacer tanto ruido en el parque vacío. La chaqueta que llevaba alrededor de las manos se desenrolló, y el viento se le deslizó por las bocamangas haciendo que se inflaran las mangas como velas.

Sondra se concentró en la escalada, y al alcanzar la cima de la colina vio una gran roca. No era de la clase de personas que prestaba atención a los detalles del paisaje natural. Para sus ojos indiferentes, las rocas y los árboles, incluso las flores, eran entidades genéricas. Sin embargo, algo en la conformación de esa roca en particular la hizo inclinarse y mirarla detenidamente.

No había nieve sobre ella, eso era lo extraño. Una delgada lámina de hielo quebradizo cubría su irregular superficie, como si se tratara de la gelatinosa corteza de un pastel. Por un momento estuvo completamente segura de ver, en los remolinos y grietas del hielo, la cara sonriente de Santa Claus. Parpadeó, pero la cara seguía allí, sobre

el hielo, casi tan clara como si se tratase de una postal navideña. Sonreía y parecía guiñarle un ojo, aunque no era amistosa sino que, en cierto modo, parecía amenazarla. Tocó el hielo con un dedo enguantado y el espejismo helado se desintegró al instante.

Un escalofrío la recorrió, como si el frío de la colina helada hubiera invadido cada tejido de su cuerpo. «Para que luego hablen del poder de la sugestión», pensó, haciendo un deliberado esfuerzo por considerar la aparición como una broma y así desecharla.

Sondra regresó al lugar donde había aparcado el Buick, a la entrada del parque. El asiento de vinilo estaba ya rígido a causa del frío cuando se puso tras el volante. De repente se le ocurrió que la cosa era realmente seria. El niño podía morir congelado. Pero, no, en realidad eso era imposible. Alguien lo vería a la intemperie, lo llevaría a casa, o llamaría a la policía. No estaban en la maldita selva, estaban en la ciudad de St. Paul, Minnesota, y los niños no se perdían en las tormentas por las calles de la ciudad y morían de frío, por amor de Dios.

Más confiada tras su negación de tal posibilidad, Sondra puso el coche en marcha y se dirigió al 1350 de la calle Calumet. Al llegar al primer semáforo se detuvo y examinó esperanzada la acera y los escaparates de las tiendas. Sobre el vidrio del escaparate del drugstore Rexall habían pegado con cinta adhesiva una gigantesca cabeza, a todo color de Santa Claus. En sus ojos parecía brillar un malicioso placer.

«Jesús -se dijo ella-, me estoy volviendo loca.»

5

Tras pasar las primeras horas de la tarde con un anciano parroquiano que moría de cáncer, el padre Windakiewiczowa volvía a la iglesia de Nuestra Señora de la Merced para escuchar las confesiones de cuarenta y dos alumnos de tercer y cuarto curso. Escucharles susurrar sus pequeños pecados a través de la celosía del confesionario era casi tan reconfortante como una cerveza fría. O mejor aún: dado el estado del tiempo, era como un trago de aguardiente de menta. Para cuando hubo asignado la última penitencia de diez Padrenuestros y diez Avemarías, el padre Windakiewiczowa se sentía dispuesto incluso a soportar las quejas y recriminaciones de Joan Zerby en su lecho de muerte. Aunque era más probable que tuviera que enfrentarse con una cazuela de atún con fideos congelados, ya que la señora Hickey, el ama de llaves de la rectoría, se había marchado la semana anterior a la Navidad para visitar a su hermana en St. Cloud, y había dejado un congelador lleno de comidas pulcramente etiquetadas en tacañas porciones.

No bien hubo entrado en la rectoría y colgado su abrigo del perchero del pasillo, sonó el teléfono. Lo dejó sonar cuatro veces, suponiendo que el padre Youngermann andaría por allí cerca y contestaría. Luego, con la absoluta convicción de que iba a tener que afrontar más dificultades, levantó el auricular y contestó:

-Nuestra Señora de la Merced.

-¿Podría hablar con el padre Windakiewiczowa, por favor? -solicitó una voz de mujer.

-Al habla.

-Padre, soy Madge Michaels.

-Ah, señora Michaels, sí -exclamó el padre Windakiewiczowa forzando la memoria-. Su marido ha estado ayudándonos a llevar las noches de Bingo. ¿Qué puedo hacer por usted?

La señora Michaels tenía una idea muy clara de lo que podía hacer por ella, una idea que el padre Windakiewiczowa escuchó con muda incredulidad.

-Señora Michaels -protestó finalmente, cuando ella hubo acabado de exponer sus demandas-, me resulta totalmente imposible hacer lo que me pide. Por una sencilla razón: la hermana Symphorosa tiene derecho a llevar su clase como crea conveniente.

-¿Incluso si eso significa hacer que mi hijo salga a una tormenta de nieve sin su ropa de abrigo? ¿O abofetearlo cuando se encontraba al borde de la histeria?

-La hermana Symphorosa es una maestra experimentada, y estoy seguro de que ella no hubiera...

-Yo soy una enfermera experimentada, padre. Y puede que mi hijo tenga que ser hospitalizado a causa de esa mujer.

-Comprendo su disgusto, señora Michaels, pero...

-Comprenderé su disgusto, padre, cuando la historia se publique en los diarios.

-Señora Michaels, eso sería... completamente innecesario.

-Eso espero, padre. Y si antes de que sea su hora de irse a acostar, es decir, las ocho, la hermana Symphorosa telefonea a Billy, tiene usted mi palabra de que no causaré ningún revuelo, por muy enfermo que se ponga el niño. También me gustaría que alguien trajera el abrigo de Billy a casa.

-Me ocuparé de que sea así, señora Michaels, pero en cuanto a lo de persuadir a la hermana...

La comunicación se cortó. Le había colgado.

Obviamente había que intentar apaciguar a la señora Michaels. No le cabía la menor duda en cuanto a la exactitud esencial de lo que la mujer le había explicado. La enemistad de la hermana Symphorosa hacia Santa Claus había provocado en más de una ocasión la indignación de los padres y, a pesar de que no se la podía culpar por la escapada del chico sin abrigo en medio de la tormenta de nieve, el asunto no se presentaba demasiado bien. En general el Pioneer Press se mostraba bien dispuesto hacia la Iglesia, pero en ese caso la atracción del «interés humano» podría ser demasiado fuerte. Tendría que hacer valer su autoridad.

Pero no antes de haber bebido su preceptivo medio vaso de aguardiente antes de comer, que tomó directamente del vaso de medir para ahorrarse tener que lavar otro vaso. Enjuagó y secó el recipiente y lo devolvió a su sitio sobre el segundo estante del armario de la alacena. Luego se envolvió en su abrigo y caminó las dos manzanas que lo separaban del convento a través de la espesa tormenta de nieve que

caía. El frío y el resplandor de la noche invernal parecieron mezclarse con el persistente ardor del aguardiente para producirle una sensación de energía y vigor. Cuando alcanzó la puerta del convento casi estaba deseando enfrentarse a la hermana Symphorosa, puesto que se trataba de un conflicto del cual debía, por su naturaleza, salir victorioso. Las monjas, al fin y al cabo, debían hacer lo que les ordenaran.

6

Cuando Billy llegó a casa no había allí más que la abuela Obstschmecker, que no era su abuela pero a quien debía llamar abuela de todas maneras, y su hermano Ned, que era en realidad su hermanastro. Tan pronto como vio a Billy, con la cara enrojecida y temblando, Ned exclamó: Muchacho, estás en un buen lío!» Después salió corriendo de la casa ara ir a buscar a los padres de Billy, dejándolo solo con la abuela Obstschmecker, que no parecía enfadada en absoluto, ni siquiera cuando descubrió que se había meado en los pantalones. Le prometió meter los pantalones en la lavadora que había en el sótano, lavarlos y secarlos ella misma y no decírselo a Madge. Billy estaba más preocupado por la desgracia de haberse meado en los pantalones que por cualquier otra cosa.

La abuela Obstschmecker le hizo prometer que tomaría un baño caliente de inmediato, lo cual hizo, pero eso le provocó unos temblores más intensos aún que los que tenía antes de entrar en casa.

Había salido ya de la bañera y se había puesto el pijama cuando Ned volvió con su padre. Su padre subió trotando por las escaleras, con tal ruido que la abuela Obstschmecker tuvo que gritar: «¡Henry! ¡Por favor!» Luego, los dos susurraron junto a la puerta del dormitorio y, justo cuando ellos cuchicheaban, Madge llegó a casa. Así que dejaron solo a Billy por el momento, y se pusieron a discutir en la sala de estar.

Billy podría haber escuchado toda la discusión por la rejilla del conducto de la calefacción en el pasillo de arriba, pero se sentía extraño; tan sólo quería permanecer bajo las dos mantas suplementarias que la abuela Obstschmecker había extendido sobre él, y caer paulatinamente dormido.

Pero por alguna razón no era capaz de dormir en aquel momento. Seguramente aún faltaba mucho para la hora de dormir. O quizás era a causa de la neumonía que la abuela Obstschmecker le había asegurado que cogería mientras le secaba después del baño. Había estado enfermo durante largo tiempo cuando tenía cinco años, y una de las cosas que aún recordaba era haber permanecido en cama sin poder dormir. Fue entonces cuando aprendió a ver cosas en el techo a pesar de la obscuridad.

La discusión que sostenían abajo llegó a su fin, y su madre subió para sentarse junto a él un rato. Fue muy agradable, a pesar de que no podía oler su cabello, como antes. Luego subió Madge con el termómetro. Mientras Billy lo calentaba bajo la lengua, Madge habló con Sondra.

-Bueno, he hablado con él.

-¿Qué ha contestado? -inquirió la madre de Billy.

Madge respondió que no había nada que contar, sino tan sólo esperar.

Un poco más tarde, después de que su madre le hubiera dado un beso de despedida y hubiera vuelto a Willowville, sonó el teléfono. Billy sabía de sobra que eso era lo que, según Madge, debían esperar. Unos segundos mas tarde adquirió pleno convencimiento cuando Ned subió a decirle que bajara, que tenía una llamada telefónica.

-¿De quién? -quiso saber Billy.

-Ya lo sabrás -le contestó Ned, de forma inquietante.

Cuando se acercó al teléfono, que habían colocado al final de la mesa del comedor donde solía sentarse la abuela Obstschmecker, toda la familia lo rodeaba, mostrándose a la expectativa, como si se tratase de un programa de televisión importante. Sólo que en lugar de la televisión era a Billy a quien contemplaban. Madge estaba en el dintel de la puerta de la cocina con los guantes de goma de fregar, y Ned estaba sentado al otro extremo de la mesa simulando hacer los deberes. La abuela Obstschmecker se había instalado en su mecedora, a la que había dado la vuelta para que encarara el comedor en lugar de la televisión. El padre de Billy estaba sentado en la galería, entre los tiestos de geranios, y pasaba las hojas de una guía de televisión.

Billy contempló el teléfono con desconfianza, y luego a Madge, que torció sus labios en una desagradable y fina sonrisa.

-Es para ti, Billy. Es la hermana Symphorosa.

El corazón le dio un vuelco, pero levantó el auricular y dijo:

-Hola.

-Buenas tardes, Billy. Soy la hermana Symphorosa.

Él asintió con la cabeza.

Se produjo una larga pausa, y luego la monja continuó:

-Hemos estado todos muy preocupados por ti en el convento, Billy. Muchas de las hermanas han estado fuera buscándote; han llegado incluso a McCarron's Boulevard.

Billy no sabía dónde estaba McCarron's Boulevard, pero por el sonido de la voz de la hermana Symphorosa supo que debía ser bastante lejos. Su voz tenía el mismo temblor que mostraba siempre justo antes de explotar y pegar a alguien. Se alegró de que estuviera al teléfono y no en la misma habitación, porque no sabía qué debía decirle. Le dijo que lo sentía. Eso solía ser lo mejor con los mayores.

-Bueno -replicó la hermana, con la misma voz temblorosa-, hablaremos de todo ello cuando empiece la escuela de nuevo, después de las vacaciones. Pero esta tarde sólo quería decirte que yo estaba... equivocada... al afirmar que Santa Claus no existe. El padre Windakiewiczowa ha venido al convento, y está aquí conmigo ahora, para informarme de que Santa Claus existe. Y que es... ¿cómo lo había expresado usted, padre? -Se hizo una corta pausa que se llenó de un sonido de murmullos. Luego la hermana prosiguió con un tono de furia apenas contenido-: Es el espíritu del amor encarnado. Bien, espero que esta información sirva para tranquilizarte.

Billy no sabía qué decir, y no dijo nada.

-¿Tienes alguna pregunta sobre Santa Claus, Billy?

Billy casi no tenía ánimos, pero acabó preguntando:

-¿Baja realmente por las chimeneas?

-Un momento, se lo preguntaré al padre Windakiewiczowa. El es experto sobre Santa Claus. Padre, Billy quiere saber si Santa Claus baja realmente por las chimeneas. -Otra pausa- Sí, Billy, realmente lo hace. ¿Más preguntas?

Billy meneó la cabeza.

-Si no tienes más preguntas, me gustaría recordarte, con el permiso del padre Windakiewiczowa, que también celebramos el nacimiento del Niño Jesús en Navidad. Espero que recuerdes algo de lo que expliqué en clase sobre el nacimiento de Jesús en Belén.

-Sí, hermana.

-¡Él nació para que pudiéramos salvarnos de nuestros pecados!

Realmente su voz sonaba como si fuera a explotar en cualquier momento. A Billy le alegró no ser el padre Windakiewiczowa. Claro que siendo un cura, y una persona mayor, la hermana Symphorosa no iba a explotar ante él.

Esperaría a que Billy volviera a la escuela y entonces lo cogería por su cuenta.

-Billy, ¿me estás escuchando?

-Sí, hermana.

-Me pregunto si podrías decirme, decirnos a todos, a dónde fuiste cuando te envié al despacho de la directora.

Billy podía sentir cómo su cara y sus manos empezaban a sudar. Miró los pequeños agujeros que horadaban el auricular tan fijamente como pudo, para no tener que enfrentarse con la mirada colectiva de su familia, que estaba observándolo y esforzándose por oír la otra parte de la conversación.

Entonces ocurrió algo extraño. Sin siquiera intentarlo, pudo ver a la hermana Symphorosa. Sus pálidos ojos azules tenían un raro fulgor, como el brillo de la luz que estaba encendida toda la noche en el cuarto de baño, y toda su frente estaba perlada de sudor (igual que su propia frente, notó). Sus manos agarraban el auricular como si se tratara del mango de un hacha. Estaba furiosa; con él, con el padre Windakiewiczowa, e incluso, Billy se dio cuenta, con Santa Claus. Al principio creía que ella le había mentido, que no creía en Santa Claus y sólo lo decía porque se veía obligada. Pero al verla así supo que realmente creía en Santa Claus. No se podía odiar a nadie de la manera en que ella odiaba a Santa Claus si no se creía en ello.

El largo silencio de Billy, a pesar de no pretender mostrar mera obstinación, cumplió finalmente ese mismo objetivo. La hermana Symphorosa se escudó para terminar en una pregunta de una más fácil respuesta.

-¿Cómo te encuentras?

-Bien -contestó él, evasivo.

-A la señora Michaels le preocupaba que cogieras un fuerte resfriado por haber salido sin ropa de abrigo.

Billy miró la diminuta cara en el auricular del teléfono, entrecerrando los ojos y parpadeando para hacer que desapareciera. Sabía que por el modo en que ella se mordía el labio y la manera en que le palpitaba la cosa azul y cálida sobre el dorso de la mano (Billy sabía que era una de las venas que llevaban la sangre a todas las partes del cuerpo) quería decir que en realidad esperaba que cogiera un fuerte resfriado.

-Estoy bien -insistió, y pensó: «Espero que cojas el resfriado en mi lugar. ¡Espero que cojas una neumonía!»

-Bien, buenas noches, Billy -le deseó ella, con voz más suave, como si de repente hubiera dejado de estar enfadada-. Que tengas una feliz Navidad.

-Buenas noches, hermana.

Ella permaneció a la escucha un poco más, como esperando que le deseara a su vez feliz Navidad, pero él no lo hizo, y al final colgó. Entonces él dejó de ver su rostro en el auricular del teléfono.

-¿Y bien? -inquirió la abuela Obstschmecker-. ¿Qué tenía que decirte?

-Me ha dicho... -Algo extraño le ocurría a la luz del comedor, como si poco a poco se estuviera disolviendo en la noche nevada. Billy echó la cabeza hacia atrás para intentar ver con mayor claridad-. Me ha dicho que Santa Claus existe de verdad. -Sonrió triunfalmente, y luego los ojos le giraron en la órbitas, las rodillas se le doblaron y las luces se extinguieron por completo.

-¡Qué comediante es! -comentó con acidez la abuela Obstschmecker.

Madge se arrodilló junto a su hijastro, le palpó la frente y buscó el pulso, y luego emitió un chasquido de profesional preocupación con la lengua.

-No está actuando, madre. Se ha desmayado. -Cogió a Billy por debajo de las axilas y lo incorporó-. Henry -ordenó a su marido-, ayúdame a llevarlo a su habitación.

7

Era el domingo por la noche, la noche anterior a la víspera de Navidad, y los niños se habían ido ya a dormir. Madge se había marchado a trabajar (había cogido el turno de noche durante los últimos tres meses; le pagaban más), y Henry Michaels y su suegra estaban sentados en la mesa del comedor envolviendo regalos de Navidad. O, mejor dicho, Henry los envolvía, y la señora Obstschmecker, no habiendo podido encontrar las tarjetas adecuadas entre los restos de material que habían quedado del año anterior, se había asignado a sí misma las tareas, más agradables, de supervisión y asesoramiento. El estilo de Henry envolviendo regalos era creativo, pero no demasiado eficaz; lo cual le ofrecía a la señora Obstschmecker grandes oportunidades para explayarse en una crítica constructiva Henry asentía a cada una de sus sugerencias y continuaba envolviendo los regalos a su manera.

La señora Obstschmecker cambió de tema y pasó a la política.

-No puedo creer que pretendan en serio procesar al presidente. ¡Al presidente!

-¿A quién más podrían procesar, abuela Obstschmecker? -contestó Henry, sonriendo. Había disfrutado cada minuto del Watergate-. Los procesos están reservados en exclusiva a los presidentes. A la gente normal la meten en la cárcel.

-Desearía que no me llamaras abuela, Henry. Soy la abuela de Ned, pero me parece que no tengo edad para ser la tuya.

-Seguro, lo que tú digas. Pero comprendes mi punto de vista sobre el proceso ¿verdad? Es la única manera que tienen de pillarlo.

-No es un criminal. No se ha probado nada. ¿Acaso no se supone que todas las personas son inocentes hasta que se demuestra que son culpables? -Ya había empleado ese argumento en varias ocasiones al discutir sobre el Watergate, y nunca había dejado de provocar, al menos, un asentimiento a regañadientes. Pero Henry se limitó a seguir trabajando como si no hubiera oído nada que mereciera su atención, sin tan siquiera levantar la vista.

-No se ha probado nada -reanudó Henry la conversación-, porque se ha sentado sobre esas grabaciones y no se moverá de ahí.

-Las cintas están llenas de secretos de seguridad nacional -alegó la señora Obstschmecker.

-Sí, y qué más -negó Henry.

-Eres tan malvado como los demás. Sólo queréis echarlo y no os importa cómo. Creo que es un pecado la manera en que estáis haciendo sufrir al pobre hombre.

La señora Obstschmecker se lamentaba de su yerno. No comprendía como podía ser tan desagradable sin llegar nunca a pelearse de verdad. Siempre que ella había estado en desacuerdo con el señor Obstschmecker, que llevaba tres años muerto, acababan gritando y peleándose. No se dedicaban a hacer ese montón de estúpidas bromitas con que siempre la obsequiaba Henry Michaels. Nunca entendería por qué su hija había querido casarse con ese hombre. A menos que hubiera sido por su aspecto.

Se parecía a John Fitzgerald Kennedy. Aparte de tener los cabellos de un tono más rojizo que los de Kennedy y un cuerpo más larguirucho, aparte de que las orejas, a pesar del peinado, estuvieran excesivamente separadas de la cabeza, y que le colgaran obscuras bolsas de piel bajo los ojos como resultado (según él aducía) de su trabajo (que acababa de perder) como ayudante del gerente del Leif Ericson Hotel; aparte de esos detalles, y a los ojos de su suegra, parecía igual.

A mucha gente tal parecido, si lo habían notado, la predisponía a su favor, pero para la señora Obstschmecker representaba todo lo que le resultaba intolerable en su yerno: el cabello largo, un montón de sacrosantas ideas liberales (estaba en contra de la guerra y a favor de la educación sexual) y un sentido general de que él se reía para sus adentros de la gente corriente, como ella misma.

-Pásame las tijeras -pidió él.

No «por favor, pásame las tijeras», sólo «pásame las tijeras». Típico.

-Están justo delante de ti -contestó.

Henry cortó un trozo de papel de envolver adornado de campanas navideñas de color azul y plata, lo bastante grande para abarcar los discos de Cuentos de hadas de todo el mundo narrados por el cómico Poppy Mueller.

-Bueno, yo aún confío en él -declaró la señora Obstschmecker.

-Contigo ya sois dos -contestó Henry, levantando la cabeza y dibujando en sus labios la maliciosa sonrisa con que solía endulzar sus insultos.

-¿Qué? -entornó los ojos, esforzándose por comprender su comentario-. Si quieres decir con eso que nadie más cree en el presidente, salvo yo y el presidente mismo, estás completamente equivocado. Precisamente esta noche Billy Graham ha dicho en las noticias que tenía la mayor confianza en la integridad del presidente, tal como lo digo. También aseguró que podía haber cometido algunos errores de juicio, pero que era un hombre íntegro. Y Billy Graham no lo hubiera dicho si no creyera en el presidente.

-Eso ha sido muy leal por parte de Billy Graham, pero no es lo que yo quería decir.

-¿Qué querías decir, entonces?

-Me refería a que tenemos dos verdaderos creyentes en la familia, tú que crees en Nixon y Billy que cree en Santa Claus.

La señora Obstschmecker soltó una breve risa parecida a un estornudo, pero no se sintió mejor. Reírse de las bromas de Henry era como dejarse engañar para estar de acuerdo con él. Cambió de nuevo a un tema que sabía le resultaría desagradable.

-¿Qué está ocurriendo en el hotel?

-Hoy han cerrado la cafetería.

-¿Y aquel bonito restaurante, con el gran candelabro?

-Lo cerraron el día en que hicieron el anuncio, hace dos semanas.

-No puedo comprenderlo. Un viejo edificio tan bonito. ¿Dónde se alojará la gente que venga a St. Paul si no hay hotel?

-No vendrá nadie aquí. De hecho, ya no viene nadie, ése es el problema, por eso lo cierran. Por la noche el centro parece una ciudad fantasma.

-Aún recuerdo cuando la prima del señor Obstschmecker, Gladys, celebró el banquete nupcial en el salón de baile. De eso hace casi treinta años. El señor Obstschmecker llevaba todavía uniforme. ¡Dios bendito!, parece que fue ayer.

Henry había acabado de fijar con cinta adhesiva los envoltorios de los discos de Poppy Mueller, y estaba comparando un paquete de calzoncillos envueltos en papel de celofán con un resto de lustroso papel rojo recuperado de las Navidades anteriores. Tenía la medida justa, lo cual produjo en Henry una punzada de satisfacción matemática.

La señora Obstschmecker había iniciado la rememoración del banquete nupcial de la prima de su marido en el Leif Ericson Hotel en 1945, o quizás en 1944, cuando la interrumpieron unos gritos que parecían proceder del techo, justo encima de sus cabezas. Miró hacia la rejilla de la calefacción con cierto temor.

-Es Ned -afirmó Henry ateniéndose a los hechos, y dejando sobre la mesa el paquete de calzoncillos se levantó-. Tiene una de sus pesadillas.

Henry subió al dormitorio de Ned, una cueva obscura profunda con su propia galería cubierta, encarada hacia el norte, que por tanto no recibía nunca la luz directa del sol. Encendió la bombilla de sesenta vatios que colgaba del techo, cuya luz formó figuras dantescas en la obscuridad. Ned yacía con rigidez en el centro de una gran cama con estructura de cobre, una de las reliquias de la familia Obstschmecker, mirando fijamente con terror la pintura desconchada del alto techo, y gritando una y otra vez: «¡No lo he visto! ¡No estaba allí!», y «¡Tienen que creerme, no he visto nada!».

-Te creo, te creo -dijo Henry, sacudiendo el hombro del muchacho. Vamos, despierta.

Nunca resultaba fácil despertar a Ned cuando estaba en las garras de sus terrores nocturnos. Madge había consultado el problema de Ned a una doctora del departamento de psiquiatría, y ésta le había explicado que sus sueños eran clínicamente diferentes a las pesadillas vulgares, pero nada por lo que inquietarse. Lo superaría al hacerse mayor.

-¡Ned, despierta, sólo es un sueño! -gritó Henry, al tiempo que obligaba al muchacho a sentarse.

-¡No lo he visto!-repitió Ned en respuesta, retorciendo el cuerpo para librarse de la presa de Henry.- ¡No estaba allí! Era como si estuviera desafiando a un torturador que intentara arrancarle una confesión; pero del crimen, imaginario o real, Ned no podría acordarse una vez despierto, pues al contrario que en los sueños ordinarios, sus terrores nocturnos parecían desvanecerse sin dejar traza en el momento en que despertaba. Todo lo que Ned podía contar sobre ellos es que había alguien con una voz chillona, y que lo que más le atemorizaba era la sensación de ser aplastado bajo un peso que lo oprimía lentamente.

El chico sacudió la cabeza de delante a atrás, moviendo sus rizos empapados por el sudor de un lado a otro. «¡No lo vi!», gritó una última vez, y luego se despertó. Los ojos que se habían quedado sin vida, abiertos pero sin ver, durante la pesadilla, miraron a Henry dando muestras de reconocerle, y los labios aún salpicados de saliva le sonrieron con cansancio.

-Hola -dijo-. Supongo que estaba soñando otra vez.

Henry asintió.

-Lo siento. Espero no haber despertado a todo el mundo. ¿Es tarde?

-Aún no son ni las once.

-¿Mamá está trabajando todavía?

-Y yo estoy abajo -respondió Henry tras asentir con la cabeza-, envolviendo regalos con la abuela Obstschmecker.

Ned se limpió la saliva de la boca.

-¿Qué hacéis envolviendo regalos? Creía que los traía Santa Claus.

-Vale, chico listo, no estamos envolviendo regalos. Estamos discutiendo de política. ¿Quieres bajar y discutir de política con tu abuela?

-No, gracias. Creo que prefiero tener otra pesadilla.

-No más pesadillas esta noche. Órdenes del doctor. -Le dio un abrazo y depositó su aún tenso cuerpo sobre la húmeda almohada-. Puedes leer un rato si quieres.

Ned negó con la cabeza.

-Hasta mañana -dijo Henry, apagando la luz.

No obtuvo respuesta desde la obscuridad.

Henry se aseguró de que Billy estaba durmiendo profundamente (por puro milagro el niño no había pillado una gripe como castigo por su aventura de dos días antes). Luego meó en el lavamanos del cuarto de baño y regresó abajo para acabar de envolver los regalos.

8

Dos días después de Navidad, Ned estaba solo en casa. Su madre, que tenía los jueves libres, y Henry, ya oficialmente en paro, se habían ido a una sesión matinal de una película recién estrenada y, según se anunciaba, espeluznante, llamada El exorcista, mientras que la abuela Obstschmecker había llevado a Billy a ver una versión libre de Blancanieves y los siete enanitos con marionetas, dejando a Ned en plena libertad para utilizar el teléfono, saquear la nevera o jugar con cualquiera de los regalos de Navidad de Billy sin su permiso. Sin embargo, Ned se había limitado a colocar su carpeta de tres anillas abierta sobre la mesa del comedor a hacer los deberes de la asignatura suplementaria de la clase de la señorita Brophy.

El Caduceo,

escribió en la parte superior de la hoja de papel pautado, en el lugar en el que se suponía debía ir el título. Y luego, en la siguiente línea:

(Símbolo de la ciencia médica)

Saltó dos líneas, y empezó:

Mercurio era una deidad que adoraban los antiguos romanos. El dios de los caminos y los mensajeros. Las estatuas y pinturas de Mercurio lo muestran llevando sandalias aladas y un gorro alado, símbolos de su rapidez en la entrega de mensajes.

La entrada de la enciclopedia que Ned estaba copiando, de su propia edición de la Enciclopedia universal juvenil del saber, lo explicaba de un modo ligeramente diferente, e incluía una parte insulsa sobre palabras modernas («comercio», «mercancía» y «comerciante») que estaban relacionadas con el nombre de Mercurio. Ned no se molestó en copiar esos párrafos.

También se muestra portando una vara o bastón alado, llamado caduceo. El caduceo tenía dos serpientes enroscadas a su alrededor

para proteger a Mercurio cuando viajaba por los cielos y la tierra. Posteriormente se convirtió en el dios de la magia y la ciencia, por este motivo el caduceo es en la actualidad el símbolo de la ciencia médica. Entre los indios del Orinoco, en América del Sur, y se utilizan «varitas mágicas» aladas similares en las ceremonias de curación, así como en los rituales de magia negra.

Esto era, en realidad, más de lo que la Enciclopedia universal juvenil tenia que decir sobre el asunto. La información sobre los indios del Orinoco, en particular, la había sacado del apartado «Más increíble que la ficción», del número de febrero de 1972 del cómic El aprendiz de brujo, en el cual se incluía un dibujo de una varita mágica del Orinoco que había causado una gran impresión en Ned, debido a que él poseía algo que era casi exactamente igual a lo que el artista había dibujado. Sin embargo, la varita mágica de Ned, o su caduceo, o lo que fuese, no procedía de América del Sur, ni de la antigua Grecia. Lo había hecho él mismo atando el cadáver disecado de una especie de gorrión al extremo de una extraña vara doble y retorcida. El modo en que las dos piezas de madera se habían enroscado una con otra las hacía parecer realmente un par de serpientes. Ned no había pensado en nada concreto cuando lo hizo, salvo que de alguna manera tenía un aspecto mágico. Después de haberlo hecho, Ned lo utilizó un tiempo para aterrorizar a su hermano pequeño con el gorrión muerto crucificado. Lo sostenía delante de él y, moviéndolo de un lado a otro, entonaba con voz solemne una amenaza: «¡Ten cuidado!, voy a tocarte con mi bastón venenoso. ¡Cuidado!» Billy, que se asustaba con una facilidad pasmosa, salía corriendo en estado de pánico y a punto de mearse en los pantalones por miedo a lo que él imaginaba que haría la vara. Era una estupidez, pero resultaba divertida. Además, las bromas pesadas sólo eran un pecado venial, según le había asegurado el padre Windakiewiczowa en confesión, siempre que no supusieran también malos tratos.

Ned continuó escribiendo en la página:

Los dioses romanos no eran como nuestro Dios. No siempre eran virtuosos. Mercurio tenía fama no sólo como mensajero y curador, sino también como ladrón. Los criminales le dirigían sus ruegos y le tenían por protector. Uno de los planetas recibe su nombre, así como el elemento mercurio que se encuentra en todos los termómetros. Por una extraña ironía, el envenenamiento por mercurio es una de las enfermedades más mortales conocidas por el hombre. Sus síntomas incluyen boca y encías llagadas, caída de dientes, desórdenes intestinales y, a menudo, la muerte. El caduceo del dios Mercurio podía ser un símbolo de la ciencia médica, ¡pero el elemento mercurio es justo lo contrario!

Casi había llenado la página. Ned escribió su nombre y el número de su clase en una esquina, y en la esquina opuesta puso «para la asignatura suplementaria». Sonrió, satisfecho de haber acabado. La escuela no tenía una copia de la Enciclopedia universal juvenil, y

tampoco la biblioteca local; por consiguiente, aunque la señorita Brophy sospechara que había copiado la redacción de un libro, no podría comprobarlo.

Había recibido la enciclopedia como regalo de su verdadero padre, Lance Hill, que vivía en Canadá y trabajaba vendiendo la Enciclopedia universal juvenil del saber, o al menos a eso se dedicaba el año anterior, cuando se la había mandado a Ned como regalo de Navidad. Desde entonces no había tenido más noticias de su padre, excepto una postal en julio desde Whitehorse en el territorio de Yukón* («¡La aurora boreal es realmente increíble!»), y una carta a Madge un par de semanas más tarde pidiéndole dinero. (Ned no tenía que haber leído la carta, pero al igual el dios Mercurio, era solapado y conocía todos los escondites secretos de su madre.)

Ned lo sentía por su padre, que odiaba el Canadá y no podía encontrar un buen trabajo; pero tenía que vivir allí porque había huido del reclutamiento. En realidad no lo echaba de menos. Lance había cruzado la frontera en 1967, cuando la guerra del Vietnam estaba alcanzando su punto álgido y Ned tenía sólo cinco años. Lance y Madge vivían separados desde antes, por lo que Ned no tenía demasiados recuerdos del «hippy», como lo llamaba la abuela Obstschmecker. El recuerdo más claro que conservaba era el de un día de picnic en el jardín de la casa de alguien, en el que tenían el juego de las herraduras. Durante toda una larga tarde de verano, tal como lo recordaba Ned, su padre había estado intentando encajar una herradura en la estaca clavada sobre la tierra para provocar el sonido tintineante que anunciaría al resto de participantes en el picnic que lo había conseguido, pero no logró su propósito. Sus tiros eran cada vez más malos y, al final, cuando llegó la hora de marcharse a casa, hubo una pelea junto al coche sobre quién iba a conducir. Lance perdió y condujo Madge. ¿Qué clase de padre era ése? En conjunto, Ned tenía la impresión de que Henry era un padre mucho mejor, a pesar de que tuviera que explicarle a todo el mundo que sabía por qué su apellido era Hill y el de sus padres era Michaels*.

Billy y la abuela Obstschmecker volvieron a casa un poco más tarde de las cuatro, y Ned, que había llegado a dominar el arte de separar y unir un rompecabezas consistente en cuatro clavos doblados, se instaló en la mesa de la cocina con un vaso de leche y un trozo de mantecado (una especialidad Obstschmecker para las fiestas) para escuchar la vehemente narración de Billy sobre la historia de Blancanieves. La abuela Obstschmecker, mientras tanto, se fue a dormir la siesta en su dormitorio del primer piso.

Cuando Billy alcanzó el punto culminante de la historia, la entrega de la manzana envenenada por parte de la bruja, se desvió de la secuencia narrativa para preguntarle a Ned:

---

* Territorio de Canadá cercano a Alaska. *(N. de la T.)*

* En Estados Unidos y la mayoría de los Países europeos, la mujer pierde su apellido al casarse y adopta el de su marido al casarse. Lo mismo ocurre cuantas veces se divorcie y vuelva a casarse. *(N. de la T.)*

En realidad no existen las brujas, ¿verdad que no? La abuela dijo que las princesas, la magia, los enanos y todo eso son sólo personajes cuentos.

Ned contempló las migas de mantecado esparcidas por la mesa de fórmica que imitaba el mármol.

-Bueno, no, yo no diría eso. Quiero decir, los enanos existen. Yo los he visto en fotos y en las películas, y hay princesas en Inglaterra y en lugares parecidos. Y antes solía haber brujas allí, y la gente tenía tanto miedo de lo que pudieran hacer, que solían quemarlas vivas.

-¿Cómo? -quiso saber Billy.

-Bueno, primero las ataban a una estaca, una grande de madera, y luego encendían una hoguera a sus pies. Y la gente iba a verlo.

-¿Por qué ya no lo hacen?

-Porque ahora ya casi nadie cree en brujas. En Estados Unidos no se cree, aunque sí en Tahití. Allí tienen el vudú. Además, en América del Sur están los indios del Orinoco.

Billy, al que ya había instruido acerca de las prácticas y poderes de los indios del Orinoco, asintió con gravedad.

-Son los que tienen bastones. ¿Pero por qué los que creen en brujas ya no las queman?

-Supongo que porque el gobierno no lo permitiría.

Billy no estaba aún satisfecho.

-Pero imagina que hay una bruja mala que hace cosas malas, como matar a personas, o hacer que se duerman, como la bruja de Blancanieves, ¿qué pasa entonces?

Ned tomó un reflexivo sorbo de leche mientras consideraba el problema, y luego emitió su veredicto.

-Supongo que se necesitan brujas para pelear con las brujas, pero brujas buenas.

La idea de que pudieran existir brujas buenas era nueva para Billy.

-¿Qué hacen las brujas buenas?

A Ned no se le ocurría una respuesta por más que se estrujaba los sesos. De repente, tuvo una inspiración.

-Las brujas buenas son como santos o curas, como el cura de la película que mamá y papá han ido a ver, El exorcista.

-¿La niña que se le mete el demonio dentro y dice palabrotas? -Ésa había sido la sinopsis de la película que había utilizado la señora Obstschmecker para rechazar el ofrecimiento, ese mismo día, de ir al centro a ver El exorcista con Madge y Henry.

Ned asintió.

-¿Y te acuerdas de la otra noche en el debate de la tele, cuando salió aquel cura explicando que realmente existen demonios que hacen eso, se meten dentro de la gente, y hacen que se comporten como si estuvieran locos? Y lo que puede hacer un cura es sacar el demonio afuera; eso es un exorcista. Supongo que lo que haría una bruja buena es arreglar las cosas malas que hiciera una bruja mala. Entonces, si una bruja mala hiciera enfermar a una persona, la bruja buena la pondría bien de nuevo.

Billy reflexionó sobre las explicaciones cuidadosamente. Cuanto más pensaba en ello, más lógico le parecía.

Entretanto, Ned tenía que luchar con la tentación de enfadarse porque no le habían permitido ir a ver El exorcista. Él creía que era bastante mayor para ver películas donde se dijeran tacos. Seguro que antes era diferente cuando sus padres eran adolescentes. En aquella época, probablemente los niños no oían nunca esas palabras. Pero ahora, ellos mismos las utilizaban, incluso en un colegio católico como Nuestra Señora de la Merced.

Ned había leído El exorcista de cabo a rabo; le había birlado el libro a Henry del montón de libros en rústica sin tapas que guardaba en una caja en el desván. Le parecía una historia terrorífica, y le hubiera encantado ver las partes más alucinantes hechas realidad en una película. Pero Madge se había negado tajantemente, y Henry la había apoyado; así que Ned ya no podría ver la película, porque la habían calificado como R y eso significaba que no le dejarían entrar si no lo acompañaba un adulto. Era un injusticia, sobre todo teniendo en cuenta que Ned mostraba inclinación por el sacerdocio y que la película tenía a un cura por protagonista. Pero enfadarse por ello era pecado, en concreto un pecado contra el cuarto mandamiento: «Honrarás a tu padre y a tu madre.»

9

-¿Cómo está el rey del Reino de los Bolos? -preguntó Henry, entrando en la habitación de su hijo después de los preceptivos golpecitos en la puerta.

Los bolos del reino en cuestión se desplegaban en variadas y significativas combinaciones por toda la habitación, algunos paseándose abiertamente, otros escondidos bajo la cama o asomando desde la entrada de las cavernas en forma de V formadas por libros abiertos con el lomo arriba. Los bolos más grandes eran los adultos, los más pequeños eran niños; pero en términos políticos los bolos estaban organizados en dos facciones que no respetaban la brecha generacional. Ésos eran los Verdes, dirigidos por Dundor, el gran bolo verde, y su concubina Fluff, el gran bolo amarillo; y aquellos los Rojos, dirigidos por la bruja Icksy y su hijo Reinhardt, los bolos rojos, grande y pequeño. Icksy había matado un día al único hijo de Dundor, Hans, y Dundor había jurado derrotar a la vieja bruja Roja y toda su gente, la cual se había visto forzada a retirarse, tras una larga serie de batallas, a las cavernas de la montaña. Ho Chi Minh, situadas en el rincón más obscuro del dormitorio. Los Verdes victoriosos, en cambio, disfrutaban de una vida fastuosa entre coleos y marantas, que formaban los Jardines Colgantes de Wyomia frente a la doble ventana y sobre los alféizares. Billy cuidaba personalmente a esos descendientes de las plantas caseras del primer piso, o mejor, lo hacía el canciller de Dundor como parte de su deber de dirigir el vasto proyecto de irrigación del reino. El nombre oficial del canciller era Cardenal Richloo, pero tenía también un nombre secreto, sólo conocido por él y por Icksy: la bruja

Roja. Era a causa del poder que ella tenía sobre el más fiel servidor de Dundor por lo que los Rojos habían podido sobrevivir tanto tiempo después de las invasiones de los Verdes. Pero entonces, como resultado del principal regalo de Navidad de Santa Claus, la situación se había vuelto desesperada. Santa Claus le había traído a Billy un tren de juguete que corría por raíles de acero, y Dundor había desplegado los raíles desde el oeste de Wyomia hasta el pie de las colinas de la montaña Ho Chi Minh. En cuanto expirara la tregua de Navidad, Dundor transportaría sus tropas y suministros en tren hasta el corazón del territorio de los enemigos y los bombardearía hasta que volvieran a la Edad de Piedra. Al menos, tal era la amenaza proferida por Dundor en su emisión televisiva de la noche dirigiéndose a sus súbditos.

Ni que decir tiene que Billy no podía explicar todo esto a su padre. No porque a Henry no le hubiera interesado; probablemente le hubiera interesado demasiado, ya que él mismo era un gran cuentista e inventor de historias. Pero el largo conflicto entre los Verdes y los Rojos era propiedad privada de Billy. Él no quería que nadie fuera a decir a los bolos lo que tenían que hacer, ni su padre, ni Ned, ni menos aún la abuela Obstschmecker, que siempre estaba haciéndole preguntas sobre ellos con la esperanza de que Billy le proporcionaría pruebas para reforzar su opinión de que las horas que pasaba con los bolos constituían un juego insano y que, por tanto, debían prohibírselo.

En lugar de contestar a la pregunta de su padre, Billy la eludió con otra.

-¿Qué hora es?

-Hora de irse a la cama.

-Me habías prometido que me leerías un cuento esta noche.

-Para eso he venido. ¿Ya has escogido un libro?

-Lo haré ahora.

Mientras Billy iba a la montaña Ho Chi Minh para seleccionar su cuento antes de dormir, Henry se sentó en el borde de la cama grande y abultada. Parecía haberse deslizado en un baño caliente, pues sintió que se aflojaba la tensión en la espalda, los hombros y el cuello. Le encantaban los rituales de la hora de acostarse tanto como a Billy. Incluso tenia una teoría, que nunca había expuesto ante nadie, ni siquiera ante Madge: creía que el tiempo que dedicaba a hilvanar cuentos para Billy tenía un valor terapéutico igual, como mínimo, al del Tylenol o el Ben-Gray. Billy se acercó con un libro ilustrado llamado La Nochebuena.

-Lee éste.

-¿Este? -Henry frunció el entrecejo-. ¿Estás seguro? La Nochebuena va ha pasado. Santa Claus se ha ido de vacaciones al Polo Sur.

-Ya lo sé. Pero me gusta como suena: «Era la Nochebuena, y no se movía en la habitación ni una criatura, ni un ratón.»

-Eso se llama rimar, cuando dos palabras suenan igual. Hay muchos otros cuentos que riman, además de La Nochebuena.

-Lo sé, pero me gusta éste.

-Tu hermano dice que puedes leerlo tú solo. ¿Es verdad que ya sabes leer tan bien?

-Pero no es igual que cuando lo lees tú. Tú lees mejor.

-Bueno, me alegro de saber que aún soy útil a alguien. Está bien, leeremos La Nochebuena una vez más, pero será la última vez que hablemos de Santa Claus hasta el año que viene. ¿Vale?

-Vale -aceptó Billy, con reticencia.

Henry levantó a Billy, lo sentó sobre su regazo y comenzó a leer el poema.

Alertado por la advertencia de que ése debía ser su adiós a Santa Claus, Billy prestó a las palabras una total atención, y pudo plantear numerosas e importantes preguntas para alargar el cuento. ¿Qué eran los confites? ¿Por qué se ponían gorros para dormir? ¿Cómo podía tener la nieve corazón? Si Santa Claus viajaba en un trineo en miniatura y podía bajar por las chimeneas, ¿cuál era su tamaño real? ¿Por qué le llamaban duende? ¿Había sido realmente el obispo de Myra, como decía la hermana Symphorosa, o era otra persona?

-Bueno, Billy, no soy la mayor autoridad del mundo en Santa Claus, ni en San Nicolás, obispo de Myra. De hecho, Billy, quizá deberíamos tener una conversación seria sobre esto. Le prometí a tu madre que aclararíamos el asunto antes de que volvieras al colegio, así que puede que sea el momento de hacerlo.

-¿No vas a acabar de leer el libro? -preguntó Billy, alarmado.

-De acuerdo, primero acabaremos de leerlo y después hablaremos seriamente.

Henry bajó la vista hacia la página que mostraba un Santa Claus fumando y guiando un ojo. «Era mofletudo y gordinflón- leyó por segunda vez- un viejo duende lleno de alegría / Yo me reí cuando lo vi / aunque reírme no quería./ Con un guiño de ojos y un movimiento de cabeza/supe que nada había que temer con presteza / no dijo una palabra...»

-¿Que es temer?

-Lo mismo.

-Lo mismo que estar asustado -contestó Henry y rió.

-¿Por qué el hombre estaba asustado de Santa Claus?

-No debía asustarse, eso es lo que dice el poema. Cuando Santa Claus le guiña el ojo al hombre del poema, él sabe que no tiene nada que temer.

-Pero debía estar preocupado antes de que Santa Claus le guiñara el ojo; si no, se hubiera asustado, ¿verdad?

-Nunca lo había pensado, pero supongo que tienes razón. Bueno, debe ser que Santa Claus tiene poderes mágicos. Tiene renos voladores y puede cambiar de tamaño para bajar por las chimeneas, y si puede hacer esas cosas, quién sabe qué más puede conseguir si quiere.

-¿Es como las brujas buenas?

Henry ladeó la cabeza y controló el movimiento de su boca, que se torcía en una mueca.

-¿Qué y quiénes son las brujas buenas?

-Pues, como en la película que habéis visto hoy.

-¿El exorcista? ¿Te ha hablado Ned de ella?

-Había una bruja en Blancanieves, así que hablamos de las brujas y él dijo que había brujas buenas y brujas malas, y que las brujas buenas usaban sus poderes mágicos para curar a la gente.

-Bueno, Billy, según mi experiencia las brujas siempre han sido mujeres. Cuando un hombre usa la magia, buena o mala, se le llama mago, o quizás hechicero, y yo nunca he oído que a Santa Claus se le llamara de ninguna de las dos maneras. El poema dice que es un duende, y creo que los duendes saben un poco de magia.

-Pero se parece a una persona. Aunque es muy gordo. Y no tiene las orejas puntiagudas.

-¿Como el señor Spock?

-Como los duendes -explicó Billy, con impaciencia.

-¿Quién puede saber cómo son los duendes en realidad? Todo depende de quien cuente la historia. Puede que tengan orejas puntiagudas, o puede que no. Después de todo no existen de verdad.

-¡Pero tú has dicho...!

-¿Qué?

-Has dicho que Santa Claus es un duende.

-Cierto -contestó Henry, al tiempo que asentía con la cabeza.

-Pero Santa Claus no es de mentira. ¡La hermana Symphorosa telefoneó!

-Billy, llamó porque tu madre se lo pidió. Lo hizo para ser agradable y que pasaras unas buenas vacaciones de Navidad. Además, se puede decir que Santa Claus existe, en cierto modo.

-¿Pero y mi tren? -inquirió Billy, horrorizado ante tal inesperada traición.

-¿Qué pasa con el tren?

-¿Quién lo ha traído?

-Nosotros.

-¿De una tienda?

Henry volvió a asentir.

-De los almacenes K-Mart.

-¿Pagasteis con dinero por él?

-En realidad no, lo cargamos en la cuenta. Es de esperar que algún día podremos pagarlo.

Billy contempló el libro ilustrado con desaliento. Intentó zafarse de su padre, pero Henry cerró las piernas a su alrededor y lo sujetó.

-Eh! ¿No quieres oír el final del poema?

Billy sacudió la cabeza, esquivando la mirada de su padre. Intentó separarle las piernas, y Henry, apenado, le dejó soltarse. Se quedó de pie, mudo junto a la cama, en pijama, mirando torvamente el tren de juguete que habían comprado en K-Mart.

«¿Estará enfadado conmigo?», se preguntaba Henry. No le hubiera culpado por ello. Obviamente, el niño tenía un afecto por Santa Claus que iba más allá del típico truco de creer en Santa Claus para pedir regalos más caros de lo que los padres se podían permitir.

-Bueno, yo sí quiero oír el resto; tú puedes escuchar o no, si no quieres.

Henry le dio la vuelta a la hoja y apareció un nuevo Santa Claus llenando los calcetines colgados de la chimenea. Prosiguió la lectura:

No dijo una palabra, a su trabajo se dedicó,
llenó todos los calcetines; luego se volvió...

Henry miró de soslayo para comprobar si esa violación del texto familiar provocaba alguna protesta por parte de Billy, pero él permaneció quieto. Parecía hundido.

Y poniéndose un dedo junto a la nariz,
resopló y por la chimenea subió en un desliz.
Saltó a su trineo, a sus renos dio un silbido;
y allá fueron todos volando en un soplido;
pero yo le oí decir antes de partir...

Henry hizo una pausa, como siempre, para que Billy se uniera a él en una interpretación coral del saludo de despedida de Santa Claus. Pero Billy siguió callado.

Henry cerró el libro con un suspiro y se levantó de la cama.

-Escucha, Billy, siento haber tenido que decírtelo, pero tu madre y yo decidimos...

-No es mi madre -lo interrumpió Billy, con un tono monocorde, sin expresión.

-Decidimos -continuó Henry- que tan pronto como pasaran las Navidades debíamos decírtelo. Quizás estábamos equivocados. Tú solo lo habrías descubierto tan pronto como te hubieras puesto a pensar en ello.

Billy se dirigió hacia el interruptor de la luz junto a la puerta.

-Quiero meterme en la cama -declaró, con la mano sobre el interruptor.

-Muy bien -aceptó su padre.

Colocó el libro ilustrado sobre la cómoda. Ya en el umbral de la puerta se volvió para preguntar:

-¿Y qué tal un beso de buenas noches? -se inclinó hacia la cama a modo de invitación. Billy meneó la cabeza y apagó la luz.

-Soy demasiado mayor para eso -explicó, con un pequeño temblor amargo en la voz.

Henry cerró la puerta.

10

Esa misma noche, Icksy, la bruja, envió a su cuervo Karn a la oficina del cardenal Richloo, construida con piezas de mecano, situada entre la cómoda y la puerta del armario. Karn informó al cardenal que había llegado el momento de ayudar a Icksy a derrotar a Dundor o, de lo contrario, ella revelaría el nombre secreto de Richloo y su verdadero color (pues en realidad Richloo era de color rosa y lo habían pintado de color verde al unirse a la facción Verde, en septiembre, cuando habían

asesinado al hijo de Dundor, Hans, y la guerra había dado comienzo). Richloo estaba muy trastornado, pero aceptó obedecer la orden de Icksy de hacer descarrilar los trenes de tropas que debían llegar a la montaña Ho Chi Minh.

Luego, cuando Karn regresaba al territorio de los Rojos, se empezaron a producir extraños reflejos en la obscuridad de la habitación. El viento sopló en las alas del cuervo con un extraño silbido. Billy contuvo la respiración, sabiendo que la historia ya no le pertenecía: cuanto ocurriese entonces no sería por su voluntad.

Karn voló cada vez más alto, y Billy se sintió atraído hacia arriba, tras el poderoso cuervo, como un coche llevado a remolque. A una cierta altura el cuervo se posó sobre la rama de un árbol, y Billy se encontró bajo el árbol cara a cara con un hombre joven que llevaba una ropa blanca y corta, igual que la que había visto en algunas páginas de la Enciclopedia Universal juvenil del saber. Los ojos del hombre eran tan negros como el plumaje del cuervo, y sus labios tan rojos que parecían pintados. Billy se sentía extraño allí, bajo el árbol, en pijama, encontrándose con una persona tan misteriosa; pero además de extrañeza, sentía un nuevo tipo de excitación que nunca antes había experimentado.

-Hola Billy -saludó el extraño de labios rojos con una voz cavernosa semejante a la de Santa Claus, aunque resultaba evidente que era demasiado joven para ser Santa Claus-. Volvemos a encontrarnos.

-Tú no eres Santa Claus.

Los rojos labios se curvaron en una sonrisa de superioridad de adulto.

-Cierto, no soy Santa Claus.

-¿Quién eres?

-Eso lo sé yo y tú debes descubrirlo.

-Eres un dios pagano.

El extraño rió. Era la suya una risa cálida y divertida, que a Billy le recordó un verso del poema: «Y me reí cuando lo vi, aunque no quería.»

El extraño guiñó un ojo y ladeó la cabeza.

-Caliente, caliente. ¿Pero qué dios pagano?, ¿puedes adivinarlo?

Billy sacudió la cabeza, negando.

-¿Has oído hablar alguna vez de un dios llamado Mercurio?

-¿Mercurio? -repitió Billy, como un eco-. Hay mercurio en el termómetro.

-Sí, y también hay un planeta llamado Mercurio. Pero antes de estas cosas, yo era un dios. El dios de los ladrones y criminales, pero también el dios de los médicos y los comerciantes. Seguro que ya lo sabías. ¿No has leído la redacción que ha escrito tu hermano como asignatura suplementaria para la clase de la señorita Brophy?

-Es verdad -contestó Billy-, lo había olvidado.

-¿Lo habías olvidado... o estabas mintiendo? ¿Eh? -Los labios rojos se curvaron en una sonrisa de bondadosa diversión-. En realidad -prosiguió-, no hay nada malo en mentir mientras no te cojan. Pero una verdad a mediases más sabia que una mentira. Recibí mi bastón de Júpiter con La condición de que nunca diría una mentira rotunda. Sin

embargo, algunos dicen que lo recibí de mi hermano Apolo, que en realidad es sólo mi medio hermano. No puedo recordar cuál es la verdad porque tenía tu edad cuando se produjo la transacción.

-¿Quieres decir… el caduceo? -preguntó Billy en un susurro.

Mercurio asintió.

-Has leído la redacción de tu hermano, así que sabes el nombre secreto de mi bastón. Pero no sabes donde está escondido, y no sabes tampoco cómo usarlo.

-¡Dímelo! -le urgió Billy.

-¿Y por qué debería hacerlo?

Billy tuvo que pensarlo para poder contestar.

-Porque me lo prometiste. Me dijiste que si guardaba el secreto de nuestra conversación me dirías dónde estaba.

El joven dios pasó los dedos por las plumas de su casco alado, como deliberando.

-¿No fue Santa Claus quien lo prometió? -replicó al fin.

Billy negó con un movimiento vigoroso.

-Fuiste tú.

-¿Por qué crees eso?

-Porque Santa Claus no existe.

-¿Pero yo sí existo?

-Sí.

-¿Por qué crees eso? -preguntó de nuevo.

-Por si el bastón venenoso está donde dices que está, por eso.

El dios empezó a desaparecer, no disolviéndose en la negrura que los rodeaba, sino reduciéndose a un tamaño cada vez menor. Cuando era casi tan pequeño como Billy, esté recordó algo que él había dicho, y exclamó:

-¡Espera!

-¿Sí? -contestó Mercurio, mientras seguía disminuyendo de tamaño.

-Me dijiste que me enseñarías a usarlo.

-No, lo que te dije realmente es que no sabías cómo usarlo, y no sabes. Pero no prometí nada. Sólo prometí que te ayudaría a encontrarlo. Y así lo haré. Está en el garaje.

-¿Dónde en el garaje?

-Donde Karn podría encontrarlo si lo buscara.

-Y cuando lo tenga yo, me enseñarás…

Mercurio levantó una mano y, a pesar de que no era más alto que uno de los bolos mayores, ese gesto silenció a Billy de inmediato.

-Haz lo que te ordene y te diré todo lo que quieras saber.

-¿Qué debo hacer? Dímelo y lo haré esta noche.

-Destruye el ferrocarril de Dundor. Destrúyelo completamente. Deja que los Verdes venzan y la gente de Wyomia sea esclavizada. Hazlo, y el poder del caduceo será tuyo.

-¡Júralo! -insistió Billy.

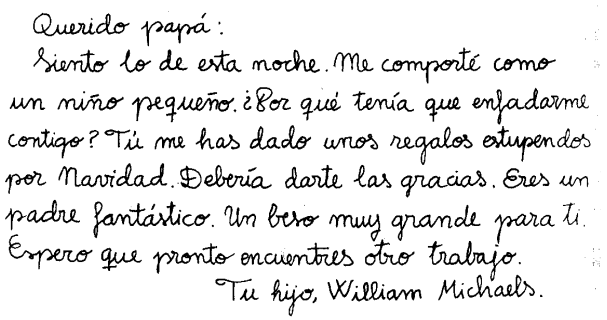
-¡Lo juro por las barbas de Júpiter! ¡Lo juro por las tetas de mi madre Maia! Lo juro -súbitamente, al mismo tiempo que él se desvanecía hasta ser sólo un punto brillante, el caduceo apareció en la

mano de Mercurio, un bastón retorcido al cual estaban clavadas las alas disecadas de un pájaro muerto- por mi bastón.

Largo rato después Billy seguía mirando al techo de su habitación. Luego, cuando estuvo realmente seguro de que todos los demás habitantes de la casa dormían, se puso las zapatillas peludas de conejo y bajó a buscar el caduceo oculto para poder llevar a cabo las instrucciones del dios.

11

La nota estaba justo donde Henry pudiera encontrarla cuando se sentara a desayunar a las diez menos cuarto, junto al cuenco de cereales que Madge había preparado al llegar a casa tras el turno de noche. Estaba escrita con lápiz sobre el papel pautado de una libreta de anillas, por lo que, a primera vista, Henry pensó que debía ser de Ned. Al leerla se dio cuenta de que era de Billy, y no supo qué era más


Querido papá:
Siento lo de esta noche. Me comporté como un niño pequeño. ¿Por qué tenía que enfadarme contigo? Tú me has dado unos regalos estupendos por Navidad. Debería darte las gracias. Eres un padre fantástico. Un beso muy grande para ti.
Espero que pronto encuentres otro trabajo.
Tu hijo, William Michaels.

extraordinario, que el niño supiera escribir, o el hecho de que su escritura fuera casi tan clara como la de Ned, que estaba ya en el sexto curso.

Henry se puso a llorar. Cierto era que lloraba con facilidad. El día Navidad, cuando había visto El mago de Oz por enésima vez mientras las mujeres vigilaban el pavo y la guarnición, y los niños estrenaban sus juguetes, Henry había estado llorando a intervalos regulares desde los créditos de entrada hasta el regreso de Dorothy a Kansas con su familia. Incluso uno o dos de los anuncios le habían emocionado. Cualquier con un tufillo a esperanzas perdidas, sufrimiento animoso, lealtad a toda prueba o grandes ilusiones llegaba a Henry derecho al corazón, y liberaba bien unas lagrimillas, bien un torrente; todo dependía del nivel de su reserva emocional en el momento.

Esa mañana los niveles estaban bajos, y el placer de llorar pronto dio paso a consideraciones más prácticas. Si el niño había escrito realmente la nota por sí solo, y no le había pedido a su hermano que le ayudara, estaba perdiendo el tiempo en el parvulario. De hecho, Henry ya estaba preocupado por tener que enviar de nuevo a Billy a la clase de la hermana Symphorosa.

Henry llamó a Ned abajo y le preguntó si había escrito la nota. Ned le aseguró que no.

-¿Cómo ha aprendido a escribir tan bien? ¿Le has ayudado tú?

-No. Pero algunas veces me observa por encima del hombro mientras hago los deberes. ¡Ah! y una vez, quizás hace un año, me pidió que

le enseñara a sujetar el lápiz. Pero pensaba que era para dibujar. Escribe bien, ¿verdad? Quiero decir, para tener sólo seis años.

-¿Lee igual de bien que escribe?

-No lo sé. Es un poco reservado sobre esas cosas, supongo que porque le gusta que le lean. Probablemente imagina que si supiéramos lo bien que lee no querríamos leerle más. Pero cuando mira Barrio Sésamo no pierde detalle. Y le he visto, sin que se diera cuenta, leyendo libros que no tenían fotos, o al menos fotos demasiado interesantes. Como mi enciclopedia.

-¿Por qué no me lo habías dicho antes?

-¿Qué había que decir? -contestó Ned, encogiéndose de hombros-. También yo sabía leer cuando estaba en párvulos. No sabía escribir pero sí leer. Les pasa a muchos niños, no es nada especial.

A Henry se le ocurrió que quizás a su hijastro no le complaciera tanto como a él descubrir talentos extraordinarios en Billy. Hasta ese momento Ned había sido un verdadero empollón en el colegio, y llevaba siempre a casa una cartilla llena de sobresalientes y notables altos, incluso en apartados como el de conducta o asignaturas como la educación física. Tal vez a Ned no le gustara la rivalidad con un hermano más pequeño y brillante.

-¿Dónde está Billy ahora? -preguntó a Ned.

-Ha salido con el trineo. Habrá ido al parque, supongo.

-¿Él solo?

-Seguramente habrá ido con Ronny Tuttle. No lo sé. No soy el guardián de mi hermano. Lo que me gustaría saber es de dónde ha sacado el papel. Él no tiene una libreta de tres anillas. Lo debe haber arrancado de mi libreta.

-Ned, no seas quisquilloso. ¿Qué importa una hoja de papel?

-No es por el papel. Es una cuestión de intimidad. ¿A ti te gustaría que te revolvieran tu escritorio?

Henry sonrió complacido. Le gustaba ver a cualquiera de los dos niños anotarse un tanto en una discusión. Cada tanto representaba un paso más en el camino hacia la facultad de derecho, que era la secreta ambición de Henry para ambos. Sabía, por otro lado, que Madge quería que Ned fuera médico.

Ned se fue con la sensación de haberse anotado ese punto a expensas A Henry, y éste, que era más impulsivo que dado a la reflexión, buscó el número de la rectoría de Nuestra Señora de la Merced y llamó. Por golpe de suerte fue el padre Youngermann quien contestó y no el padre Windakiewiczowa. El padre Youngermann estuvo de acuerdo en recibir a Henry a las once y media en la rectoría, si estaba libre y podía pasarse con el coche a esa hora. Henry contestó que sí, lo cual no era exactamente cierto, ya que Henry no podía conducir legalmente; le habían retirado el carné de conducir en el sesenta y nueve, después de un grave accidente por conducir borracho. El mismo accidente que le había hecho aterrizar en el hospital donde había conocido a Madge y la había cortejado desde el interior de un aparatoso yeso.

Henry caminó hasta la rectoría y le explicó la situación al padre Youngermann, el cual coincidió en que la idea de Henry sonaba bien, pero afirmó que la decisión descansaba en realidad en las manos de la nueva directora del colegio, la hermana Fidelis. El padre Youngermann llamó a la monja, que aceptó entrevistarse con Henry de inmediato en el convento de Nuestra Señora de la Merced, dos manzanas más allá, detrás del colegio y el aparcamiento.

La hermana Fidelis resultó ser una mujer joven con un bonito rostro y una figura opulenta, que el hábito no conseguía ocultar por completo. Era el tipo de monja que se veía únicamente en las películas de Hollywood, interpretada por Ingrid Bergman, Julie Andrews o Sally Field. Henry volvió a explicar la situación y su inquietud por el retorno de Billy a la clase de la hermana Symphorosa. La hermana Fidelis asintió y emitió ruiditos de connivencia durante su perorata, e incluso añadió algunos comentarios propios sobre el tema de la hermana Symphorosa. Sin que Henry tuviera que sugerirlo, propuso que, si Billy podía en verdad leer y escribir tan bien como la nota que había dejado en la mesa del desayuno indicaba, y si además podía sumar y restar, o aprender con unas pocas clases particulares le pasarían al segundo curso directamente, sin pasar por el primero. A Henry le sorprendió la poca resistencia que le mostraban, y así lo manifestó antes de salir del convento.

-¡Oh, a nosotros nos gusta alentar a nuestros niños para que destaquen -replicó la hermana Fidelis, con una sonrisa seria. Ahora es muy diferente de cuando estudiábamos. ¿Qué edad tiene usted, señor Michaels, unos treinta y cinco?

Henry parpadeó sorprendido. Las mujeres solían creer que era más joven de lo que era en realidad.

-Casi- contestó- Treinta y tres.

-Bien, cuando nosotros íbamos al colegio no se estilaba que los niños se saltaran cursos, por muy brillantes que pudieran ser. La razón que solía darse es que no se podía hacer de un niño un ser social si no estaba en una clase con niños de su misma edad. Pero todo eso es absurdo. La verdadera razón era, sencillamente, que había pocos profesores dispuestos a encarar el desafío que esos niños representaban. Resulta más fácil negar que los más dotados tienen necesidades especiales; pero yo creo que es de mera justicia, si esperamos más de los dotados, estar preparados para darles también más, en especial cuando son tan jóvenes como su hijo y no pueden limitarse a sumergirse en los libros de las bibliotecas. Oh, me temo que he vuelto a enfrascarme en mi tema favorito. Debe perdonarme.

-¡Perdonarla! -exclamó Henry, adoptando el estilo de vehemente candor de la hermana Fidelis, como un tenor que, al unirse a una soprano en dúo, entrara en el tempo establecido por ella-. Todo lo que me ha contado me ha sonado a música. Estaba muy preocupado por que Billy tuviera que pasarse horas jugando al corro de la patata, cuando podría estar aprendiendo a dividir. Pero no me malinterprete, no quiero presionar al niño para que se convierta en un nuevo Einstein. Lo que quiero es que sea capaz de avanzar a su propio paso natural. Da

la impresión de que puede ser bastante rápido sin necesidad de que yo le empuje.

La hermana Fidelis rió, pero en su risa había un tono de complicidad.

-Bien, señor Michaels, no debe decir nada en contra del corro de la patata. Es una tradición de varios siglos de antigüedad, y para que algo dure tanto tiempo debe existir un motivo. Pero antes de que me embale en una larga conferencia sobre la historia de los juegos en corro, sobre los que no sé absolutamente nada, realmente debe excusarme. Tengo a dos estudiantes de piano esperando.

-Hermana -se despidió Henry, extendiendo la mano y ofreciendo su sonrisa más amigable-, ha sido un placer.

La hermana Fidelis colocó la mano izquierda sobre las dos manos apretadas, en prenda de su buena fe, para declarar:

-No debería decir esto, señor Michaels, pero espero de verdad que sea tan brillante como usted cree.

-Bien, adiós, hermana.

-Adiós, señor Michaels. Conduzca con cuidado, las calles están heladas hoy.

Henry enrojeció. Nunca antes había sentido la vergüenza de su carne retirado con tanta intensidad.

12

A las cuatro, cuando empezaba a obscurecer, Madge Michaels encendió el motor de su pesado Dodge Monaco rojo, esperó hasta comprobar que no se calaba, y sacó el coche del garaje, haciendo pedazos la locomotora de plástico del tren para el transporte de tropas de Dundor con la rueda derecha trasera, y en pedazos aún más pequeños con la rueda derecha delantera. Tenía la radio del coche encendida, así que Madge no oyó el crujir del plástico al romperse; tampoco vio los restos esparcidos por el suelo del garaje, puesto que había girado el coche al dar marcha atrás y el garaje había quedado a sus espaldas. Aunque los hubiera visto, no habría podido darse cuenta de las implicaciones que ese «accidente» tendría para los pobres Verdes, condenados a la derrota, la esclavitud y, en el caso particular de Dundor, a un juicio y al hacha del verdugo.

Sin embargo, Billy, agazapado en el espacio del garaje que utilizaban como almacén, sí fue testigo de la destrucción del tren de juguete, y se regocijó con el espectáculo. Presto y audaz invocó a Mercurio para que cumpliera su promesa y le enseñara a usar el caduceo, que ya había conseguido encontrar tras el montón de mamparas inservibles donde Ned lo había escondido.

Los dioses, por supuesto, no están obligados a contestar nuestras plegarias a conveniencia. Algunas pueden no ser contestadas nunca. Pero a Billy no le inquietó que no se formara la esperada imagen en la latente obscuridad, pues sabía que había estado forzando la aparición. Era suficiente, por el momento, haber encontrado el bastón venenoso justo donde el dios le había dicho que estaría. Ahora era suyo, e iba a

esconderlo donde Ned nunca pensaría en buscarlo, en el desván, bajo una capa de esponjoso aislante. Pronto volvería Mercurio, en ello confiaba Billy, para cumplir su promesa. En el ínterin debía continuar la destrucción de los Verdes.

Barrió los trozos de la locomotora de plástico y los introdujo en una de las bolsas cerradas que estaban ya dentro del cubo de la basura en el sendero, detrás del garaje. Luego, con el caduceo oculto bajo la chaqueta de su atuendo para la nieve, entró en la casa por la puerta de la cocina y cerciorándose de que nadie lo veía, subió al desván. Se suponía que le daba miedo porque Ned le había contado que estaba encantado por el fantasma del abuelo Obstschmecker, a quien Billy recordaba con sombrío terror como un hombre sumamente gordo, que intentaba pillarlo por el pescuezo con la parte curva de su bastón de madera siempre que se acercaba demasiado a su mecedora. Eso era todo lo que Billy podía recordar del hombre, pero era suficiente para hacer del desván un lugar terrorífico. No obstante, en ese momento se sentía seguro bajo la protección de Mercurio, y no tuvo miedo de ir allí. En realidad no tenía miedo de nada sobrenatural.

Enterró el caduceo bajo los copos grises del aislante que cubrían el largo hueco entre las viguetas del suelo, en el extremo este del ático, donde no se habían colocado tablas. El techo se acercaba tanto al suelo en esa parte del desván que incluso Billy tuvo que agacharse para no arañarse la cabeza con los clavos que sobresalían de las planchas mohosas, sobre él. Con una caricia de despedida a las alas disecadas, Billy dejó su tesoro seguro dentro de su montón de lana mineral.

Allí permaneció durante largas semanas sin ser molestado, pero tampoco olvidado. Gruesas capas de nieve blanquearon el tejado que lo cubría, se fundieron, se helaron, y fueron sustituidas por otras más profundas. Dundor fue decapitado por una sierra de la caja de molduras, y su cadáver colgado en los Jardines colgantes de Wyomia para que todos sus ciudadanos se estremecieran y lamentaran. Reinhardt fue coronado rey. El mismo día de su coronación, su madre Icksy le persuadió de firmar un decreto condenando a muerte a todo aquél que no adorara al dios Mercurio y le ofreciera sacrificios de melcocha* quemada. Afortunadamente para la paz del reino, ninguno de los desgraciados Verdes, todos ellos reducidos a la esclavitud, osó oponerse al decreto de Reinhardt, pero ni siquiera esa sumisión universal convenció al dios de volver a hablar con Billy. Por mucho que entrecerraba los ojos para ver más allá de la negrura del techo de su habitación, Billy no distinguió más que destellos fortuitos en las obscuras sombras, de las que no emergían ni rostros ni imágenes.

Mientras tanto, en el mundo de la luz del día había pasado al segundo curso, en el que ya era el primero de la clase incluso en aritmética. Su nueva maestra, la señorita Beane, no era monja sino miembro de una orden tercera. Era una mujer de baja estatura, gorda, pelirroja, con gafas que parecían un par de pantallas de televisión.

* Pasta que se hace con miel cocida. *(N. de la T.)*

Inmediatamente la señorita Beane convirtió a Billy en su preferido, y lo ponía como ejemplo para todos los del aula 201 que aún no habían memorizado las tablas de sumar y restar. Billy lo había conseguido en tres días, y luego, por su cuenta y sin decírselo a nadie, había memorizado también las tablas de multiplicar y dividir. La aritmética era tan natural para Billy como el agua para los peces; no podía entender por qué los otros chicos hacían tantos aspavientos.

El segundo curso era mucho más divertido que el parvulario. Lo único que no le gustaba era tener que escuchar a los chicos más tontos intentando leer en voz alta, pero incluso esto le ofrecía el placer novedoso de una conciencia de superioridad. En párvulos, ganar o perder había sido sólo parte de un juego, y ni siquiera de un juego como el ajedrez, en el que había que pensar, sino un estúpido juego infantil. El segundo curso sí que era interesante. Había cartillas de notas, y a uno le ponían buenas o malas notas, aprobaba o suspendía. Los niños que suspendían (los niños negros, normalmente) acabarían por dejar el colegio, empezaban a tomar drogas, se convertirían en camellos e irían a la cárcel, mientras que a los niños a los que les iba bien en el colegio irían después a la universidad, y tendrían éxito en la vida. Parte de estas conclusiones las había sacado Billy por sí mismo, la otra procedía de comentarios insinuados por la señorita Beane, y de conversaciones con su padre y con Ned.

No es que a Billy, que no cumpliría siete años hasta el mes de abril siguiente, le preocupara en absoluto el aún distante futuro en el que lograría el éxito o el fracaso. En aquel momento se estaba orientando en lo que la señorita Beane llamaba el mundo de los libros, y lo disfrutaba enormemente. Tenía ya su propio carné de la biblioteca, con el que podía sacar hasta ocho libros de una sola vez. Al principio había buscado sobre todo libros con ilustraciones, porque podía leerlos en muy poco tiempo. Pero entonces, un sábado de mediados de febrero, cuando le preguntó a Madge si podía acompañarle a la biblioteca, Madge señaló que había sacado ocho libros de la biblioteca dos días antes. Billy protestó afirmando que ya los había leído todos. Madge aceptó entonces llevarlo a la biblioteca, con la condición de que empezaría a pedir libros de verdad, pensados para leer, en lugar de coger sólo libros ilustrados. Los libros de verdad resultaron ser mucho más divertidos, porque la imaginación de Billy le proporcionaba imágenes mucho mejores que las de los libros ilustrados, que eran rudimentarias o borrosas, mientras que las imágenes que Billy podía ver cuando cerraba los ojos eran tan claras y detalladas como en una película en technicolor.

La única asignatura en la que Billy no sobresalía por naturaleza era la religión. Podía recitar las respuestas a las preguntas del catecismo cuando se lo pedían, pero no le gustaban muchas de las cosas que se suponía debía hacer para ser un buen católico. Un viernes por la tarde la clase iba a representar una obra del santo padre Martin Lugger, un sacerdote austríaco del siglo XX que había fomentado la devoción a Nuestra Señora de la Merced. Billy tenía que interpretar el papel de compañero del padre Lugger, el padre Kreuzer, y para ese

papel debía llevar la típica sotana de los monaguillos que ayudaban en la misa. Billy insistió en que la sotana era un vestido de mujer, y se negó a ponérsela. A pesar de que el padre Youngermann, llevando él mismo una sotana, se desplazó desde a rectoría para amonestarlo, Billy persistió en su negativa y, finalmente, la parte del padre Kreuzer tuvo que interpretarla Jules Johnson. A Billy lo estigmatizaron con un signo menos en la categoría de «demostrar una actitud cooperativa» en su cartilla de notas.

El primero de marzo era Miércoles de Ceniza, primer día de la Cuaresma, cuando los católicos van a misa y tiznan sus frentes de ceniza. El cuerpo estudiantil de Nuestra Señora de la Merced al completo tenía que ir a misa, y esperar a que los adultos cubrieran sus frentes de ceniza hasta que llegara su turno, banco tras banco tras banco. A pesar de que había tres sacerdotes llevando a cabo la tarea con la mayor rapidez posible, pronunciando las palabras que acompañaban la ceremonia de las cenizas como ametralladoras perfectamente entrenadas (¡Recuerda queeerespolvoyalpolvovolverás! ¡Recuerdaqueerespolvoyalpolvovolverás!), todo el proceso duró más de media hora. A Billy le tocó el padre Windakiewiczowa y una buena porción de ceniza, que le tapó media frente y le cayó luego como copos negros sobre la nariz y las mejillas. No se percató de la cantidad de ceniza que le habían puesto hasta el recreo, cuando se vio a sí mismo en el espejo del lavabo de chicos. Estaba ridículo, pero no había manera de lavarse con el aseo repleto. En cualquier caso, todos los demás ofrecían igual aspecto. El problema surgió cuando llegó la hora de volver a casa.

Habitualmente él y Ned solían regresar juntos a casa, pero Ned se había tomado la Cuaresma en serio y había iniciado una novena que le iba a retener después de clase media hora más durante toda la Cuaresma. Billy rechazó unirse a Ned en la novena (la misa de la mañana era ya mucho más de lo que Billy podía aguantar), y teniendo en cuenta que hacía demasiado frío para aguardar en el patio, se encaminó a casa él solo.

El camino que debía recorrer hasta casa transcurría teóricamente por la avenida Coughlin hasta Ludens, y después al oeste por Ludens hasta Calumet. Ésas eran las calles más concurridas y con más tiendas. Pero era muy aburrido ir siempre por el mismo camino hasta casa, y si iba hasta Calumet por la calle Lind y luego giraba hacia el norte, atravesaría el parque Brosner. O, si caminaba en dirección al norte por la avenida Kuhn, pasaría por el dúplex en el que había vivido antes de que sus padres se divorciaran. Ned nunca tomaba el camino por la avenida Kuhn, puesto que eso le obligaba a pasar por delante del instituto de enseñanza media Weyerhauser Júnior, cuyo alumnado era negro en un cincuenta por ciento, y además se consideraba enemigo de Nuestra Señora de la Merced. Pero Billy no había tenido nunca problemas en el camino de ida al colegio o de vuelta a casa, pues era aún demasiado pequeño para que los chicos mayores le prestaran atención. Así que, la tarde del Miércoles de Ceniza, abandonado a su libre albedrío, Billy decidió regresar a casa por la avenida Kuhn.

La avenida Kuhn no era en realidad demasiado diferente de la Calumet, salvo por el hecho de que las casas se apiñaban más, unas pocas tenían cartones clavados sobre las ventanas rotas, y algunos de los coches que se veían frente a las casas parecían de desguace. En todo lo demás, la avenida Kuhn era igual que cualquier otro sitio, con jardines llenos de nieve pisoteada, o nieve incólume, dependiendo de si había o no niños en la casa. También habían plantado jóvenes pinos no mucho mayores que árboles de Navidad, para sustituir a los olmos moribundos. Y habían retirado la nieve de las aceras durante todo el invierno; por tanto no se había acumulado el hielo como solía ocurrir en la calle Calumet.

El 1633 de la avenida Kuhn, donde Billy había vivido antes, era una casa de estuco color crema con puertas y ventanas de madera obscura. Los Michaels habían vivido en la parte superior de la casa, y una familia llamada Cornings vivía entonces en la planta baja. Eran tres, Marión, Orville y Bubby. Bubby era inválido y estaba sentado en la ventana delantera de la planta baja del 1633 de la avenida Kuhn de la mañana a la noche, contemplando el ir y venir del tráfico y balanceando su cuerpo adelante y atrás en la silla de ruedas a la que estaba atado. Bubby había causado una honda impresión en Billy cuando eran vecinos. En verano, cuando colocaban la silla de Bubby en el jardín, Billy usaba a Bubby como público de las interminables aventuras de Ronald Rabbit (en aquella época el Reino de los Bolos aún no había entrado en escena) y, a pesar de que Marión Cornings en un principio no estaba de acuerdo, y había intentado mantener a Billy apartado de su hijo, que entonces tenía diez años, Bubby había dejado claro, mediante gorgojeos y movimientos espasmódicos, que disfrutaba de aquellas sesiones privadas y deseaba que continuaran.

Allí estaba aquel día, como de costumbre, en la ventana de la planta baja, y a Billy le dio la impresión de que había alcanzado la complexión de un adulto desde la última vez que lo había visto. Tenía la cabeza caída hacia un lado y la mirada perdida. Ni siquiera cuando Billy arrojó una bola de nieve contra el cristal de la ventana suavemente, para atraer su atención, dio el menor signo de vida. Era como un vegetal (Billy recordaba a su padre utilizando ese término). Los niños como Bubby nunca iban al colegio, no podían casarse, ni trabajar, ni cualquier otra cosa. Sencillamente los alimentaban y crecían. A Billy le parecía fascinante.

Aun así, Billy no se entretuvo largo rato frente al jardín del 1633. Hacía demasiado frío y Bubby era demasiado insensible. Billy prosiguió su camino por la avenida Kuhn hasta llegar a la esquina de Pillsbury y el patio rodeado por vallas metálicas del Instituto Weyerhauser Júnior. Ni siquiera vio a los chicos que lo golpearon hasta que salieron corriendo de detrás del camión aparcado donde se escondían, y le sujetaron los brazos. Le cogieron los libros y se los tiraron al otro lado de la valla.

Se burlaron de las cenizas que llevaba en la frente y se las limpiaron con nieve. Hurgaron en todos sus bolsillos para ver si llevaba dinero, y cuando comprobaron que no tenía nada, lo levantaron por los

brazos y las piernas, lo balancearon de un lado a otro y luego lo soltaron, de forma que salió disparado hasta incrustarse en un montón de nieve que una máquina quitanieves había apilado en la cuneta. Cuando consiguió levantarse y sacarse la nieve de los ojos ya se habían marchado, pero recordaba sus rostros y sabía sus nombres. Estaba tan seguro de que se vengaría de ellos que ni siquiera pensó en llorar.

Al llegar a casa, la abuela Obstschmecker lo riñó por no haber esperado a Ned y por haber ido por la avenida Kuhn. Pero mientras lo reñía, él se sonreía por dentro y pensaba que también ella tendría su merecido. Ese pensamiento funcionó, pues justo en medio de su perorata le empezó uno de sus dolores de cabeza y tuvo que retirarse a su cuarto. También Ned armó un gran alboroto cuando llegó a casa porque Billy se había limpiado las cenizas de la frente, sin que Billy pudiera explicarle lo que le había ocurrido. Por tanto, no se molestó en intentar explicárselo, y se limitó a incluir a Ned en su lista de enemigos. Cogió un libro y subió a su habitación, en la que permaneció leyendo hasta la hora de cenar. La cena era una pizza congelada, ya que ni Henry ni Madge estaban en casa y a la abuela Obstschmecker le gustaban tanto las pizzas congeladas como a los niños. En los últimos tiempos se había aplazado la hora de ir a dormir de Billy desde las nueve hasta las diez, pero aquella noche se fue a la cama a las ocho y media. Apagó las luces y contempló el techo, tan seguro de que Mercurio sabría que lo necesitaba y vendría a él como quien espera el autobús estaría convencido de que el autobús iba a llegar en los quince o veinte minutos siguientes.

Primero se produjo una especie de burbujeo, como si el dormitorio se hubiera convertido en una cafetera gigante llena de café negro hirviendo. Y luego apareció el dios, sin ropa, salvo las sandalias y el casco alado que solía usar, según mostraban los dibujos de la enciclopedia para adultos de la biblioteca. El caduceo que sostenía era exactamente igual que el que estaba oculto bajo el aislante del desván.

Billy habló primero.

-He hecho lo que me dijiste.

-Sí, lo sé.

Algo en su manera de contestar hizo pensar a Billy en Santa Claus, y en la canción:

Sabe si duermes;
sabe si está despierto;
sabe si has sido malo o bueno...

-Oh, no -dijo Mercurio, con ligereza-, a mino me preocupa el «bien» y el «mal».

-¿Cómo sabes lo que pienso?

-Es lo primero que un dios sabe. También sé que quieres ser capaz de utilizar tu nuevo talento, y estoy aquí para explicártelo. Pero debes escucharme con atención, no quiero tener que repetirlo.

¿Su nuevo talento?

-No -aseguró Billy, precavido-. Quiero saber cómo utilizar el bastón. El bastón de envenenar que a la gente hace enfermar.

Mercurio se dio unos golpecitos en los labios de rojo brillante con las alas del caduceo.

-Ya has hecho, Billy, al pronunciar esas palabras, una de las cosas que debes hacer para que el caduceo sea efectivo. Han rimado. ¿Sabes cómo riman las palabras?

-¿Cuando una suena igual que otra, como ratón y camión?

-Exactamente. Cuando maldigas a alguien con el poder del caduceo, la maldición debe rimar. Por consiguiente, hasta que consigas dominar la técnica de rimar, será mejor que pienses bien las rimas de antemano, para que sean certeras. Esto es lo primero que has de saber. Lo segundo es que no puedes utilizar el caduceo para deshacer lo ya hecho. Puedes usarlo para curar, pero no para levantar una maldición impuesta por él. Lo tercero a recordar es que el caduceo que tú tienes se ha debilitado por la falta de uso. Piensa en él como en una linterna con la pila casi gastada. Se hará más poderoso a medida que lo uses y podrás entonces transferir su poder a otros agentes menos llamativos: una cuchara, por ejemplo, o un cigarrillo. Pero por ahora sólo con el contacto directo puede causar daño. Una última advertencia: no mata, al menos directamente. Puede generar enfermedades que conduzcan a la muerte, y tú podrás aprender con facilidad, mediante el estudio, qué enfermedades pueden ser, y la crueldad o suavidad de su patología. Pero la muerte en sí está en manos de... otros dioses. Creo que esto es todo. ¿Alguna pregunta?

-¿Cuánto durará?

-Viene con una garantía de por vida.

-¿Funciona con los animales?

-Por supuesto. Con cualquier cosa que crezca, las plantas también.

Billy se rió entre dientes al pensar en lo que podría hacerles a varios perros de los jardines por los que tenía que pasar para ir al colegio.

Mercurio sonrió.

-Bien, Billy, ahora debes arrodillarte y adorarme.

-¿Qué?

-El poder nunca es gratuito. Se ha de pagar, y el precio por el poder espiritual es la adoración. Pon la mano sobre el extremo del caduceo.

Mercurio extendió su caduceo con el extremo alado por delante. Billy colocó la mano sobre él. Para su sorpresa, resultó ser cálido y flexible. La habitación se llenó de un aroma parecido al de las hamburguesas asándose en la barbacoa.

-Repite conmigo: Tú, Mercurio, eres mi dios. Pongo mi persona bajo tu cuidado.

-Tú, Mercurio, eres mi dios. Pongo mi persona bajo tu cuidado.

-Y ofrezco mi alma en prenda.

-Y ofrezco mi alma en prenda.

-Lo juro por tu bastón.

-Lo juro por tu bastón.

Billy sintió una breve sensación de picor en la palma de la mano. Luego el caduceo desapareció, así como el dios, y Billy se encontró solo en la obscuridad, cubierto de sudor y temblando por el asombro de disponer de tal poder.

13

Debido a que Henry Michaels estaba divorciado de su verdadera mujer, Sondra, y a que la madre de Ned estaba divorciada de su verdadero marido, Lance, ambos estaban eternamente condenados al fuego del infierno si seguían viviendo juntos como marido y mujer (o mientras Sondra Wincklemeyer y Lance Hill siguieran vivos). Esta había sido la fuente de una irracional angustia por parte de Ned, desde que su madre le había explicado que, a pesar de las enseñanzas de la Iglesia, ella y Henry iban a casarse y el pequeño mocoso Billy Michaels iba a ser su hermanastro. En aquel momento, sin embargo, la posibilidad de su condenación se había convertido en la desesperación y obsesión diaria de Ned.

La preocupación de Ned se había vuelto aún más apremiante cuando, en la tercera semana de Cuaresma, un misionero africano había acudido a Nuestra Señora de la Merced para dirigir el retiro espiritual de los cursos superiores. Durante ese retiro, el sacerdote, el padre Borghese, había descrito el sufrimiento de las almas en el infierno: las almas de aquellos que habían muerto tras haber vivido un matrimonio impío (como el de su madre con Henry Michaels), o durante un aborto, o en un accidente de coche tras cometer pecados secretos e impuros. El padre Borghese había descrito las penas del infierno y su hedor pestilente. También había hablado de la terrible aflicción de los condenados, a los que se negaba por siempre jamás la visión de Dios. Después, con una voz tan bella como la de un cantor, había preguntado: ¿Por qué? ¿Por qué las personas hacen cosas semejantes? ¿Por qué arriesgan una eternidad feliz por unos instantes fugaces de placer sensual? Una y otra vez el porqué del padre misionero resonó en la nave de Nuestra Señora de la Merced. Y no había lugar hacia el que volverse, no había modo de ocultarse del destino cierto que el padre había pronunciado contra su madre y Henry, cuya carne resucitada se vería cubierta de llagas abiertas y purulentas, cuyas bocas se llenarían de las babas y pestilencias de gusanos y escorpiones eternos; su madre y Henry que llorarían pidiendo clemencia y no la obtendrían. No podía haber piedad para los que habían rechazado el amor de Dios durante la vida terrena. Su amor paternal les sería negado por toda la eternidad, y las almas de los benditos los contemplarían desde su gloria celeste y se alegrarían de los terrores y aflicciones de los condenados.

A Ned esa visión increíblemente vivida de la certeza de la condenación de su madre y de Henry lo había trastornado de un modo completamente nuevo. Parecía ser sólo cuestión de días o semanas el que recibieran su justo castigo. Empezó a tener peores pesadillas, despertaba temblando y empapado en sudor. Una noche incluso se meó en la cama. Madge empezó a sospechar que quizá debían llevarlo a un

psiquiatra, el doctor Helbron, cuyo consultorio estaba en el edificio Foshay Tower. ¿Cómo podía explicarles que no era un problema de él sino de ellos, la pareja adúltera?

El miércoles de la Semana Santa, Ned fue a confesarse con el padre Windakiewiczowa y quiso saber qué debía hacer él personalmente para sacar a los dos pecadores de su vida impía. ¿Debía reprocharles a Madge y Henry su vida en adulterio? ¿Debía recordarles los terribles peligros a los que se enfrentaban cada día que pasaban sin arrepentirse? ¿Debía, como habían hecho otros en señal de protesta, hacer una huelga de hambre hasta que aceptaran someterse a la sagrada autoridad de la Iglesia? No, le había aconsejado el padre Windakiewiczowa, bajo ningún concepto debía decirles una sola palabra. Ned debía limitar los esfuerzos en su favor a la plegaria y, quizás, a un ayuno moderado, como el de no comer postres. Era tarea de sus confesores el sacudir las perezosas conciencias de Madge y Henry.

¿Lo haría el padre Windakiewiczowa, entonces?, le imploró Ned. ¿Llamaría a Madge y Henry y concertaría una entrevista para poder urgirles a arrepentirse de sus pecados? El padre Windakiewiczowa se volvió bastante brusco en ese punto, y le dijo a Ned, de hecho, que se ocupara de sus propios asuntos. A Ned le cayó una penitencia especialmente severa (a pesar de no tener prácticamente nada que confesar de sí mismo, salvo su complicidad involuntaria en la cohabitación ilícita de su madre con Henry), y así fue despedido del confesionario.

Como el hombre de la historia del Evangelio, el estado de Ned empeoró después de confesarse. Paseó bajo el brillante cielo de un abril temprano como un prisionero que se encaminara hacia el patíbulo. ¿Cómo podría seguir viviendo con ellos? ¿Cómo podría sentarse a la misma mesa, sabiendo que pronto sería su carne la quemada y abrasada en lugar de la del solomillo? ¡Y le había prohibido incluso hablar de ello!

Pero eso no era exactamente lo que el cura le había obligado a prometer. No podía hablar de ello con su madre o Henry, pero no le había dicho nada de Billy. Éste acababa de cumplir sólo siete años, pero se estaba preparando para la primera comunión, era más listo que la mayoría de chicos de su edad y, además, compartía el mismo dilema con él. Quizá juntos podrían hacer algo para salvar a sus padres del infierno. En cualquier caso, podían hablar de ello.

Pero cuando Ned llegó a casa, Billy no estaba en su cuarto ni en la planta baja. Su chaqueta y sus chanclos estaban en el pasillo, junto a la puerta de atrás, lo cual significaba que debía estar en algún otro lugar de la casa. La abuela Obstschmecker se encontraba sola en su propia habitación, dormitando frente a un concurso televisivo. No había señales de Billy en el sótano, en las otras habitaciones del piso superior, o en la galería.

Sólo quedaba una posibilidad.

Ned abrió la puerta que conducía al desván y alzó la vista hacia el tramo de escaleras bajo las obscuras vigas del techo de la casa.

-¿Billy? -llamó-. ¿Estás ahí arriba? -En respuesta le llegó una especie de crujido-. ¿Billy? -volvió a llamar.

En esa ocasión, Billy respondió:

-Estoy aquí, quédate abajo.

Ned subió las escaleras. El aire era más frío allí que en el exterior, y muy húmedo. Empezó a sentir una chispa de resentimiento hacia Billy. Nunca se había declarado oficialmente que el desván fuera el dominio privado de Ned, pero él lo consideraba como tal. Se suponía que Billy tenía miedo de subir allí, miedo del fantasma del abuelo Obstschmecker.

Al final de las escaleras Ned miró a su alrededor y descubrió a Billy agazapado en la esquina más alejada del desván, en la que no había tablones sobre el suelo. Un rayo oblicuo del sol poniente entraba por la guardilla que daba al este, y atravesaba el espacio para exponer, como intencionadamente, la presencia intrusa del chico.

-¿Qué estás haciendo aquí arriba? -inquirió Ned.

-No es asunto tuyo.

-Creía que te daba miedo subir solo al desván.

-¿Por qué habría de tener miedo? ¿Lo tienes tú?

-No -contestó Ned.

Después lo pensó mejor y se dio cuenta de que quizá sí tenía miedo. Había inventado el cuento del fantasma del abuelo Obstschmecker para atemorizar un poco a Billy, aunque sabía que los fantasmas no existían en realidad. Sin embargo, las almas de las personas tenían que vivir en un sitio u otro, y los santos que habían muerto largo tiempo atrás se aparecían en visiones a menudo. ¿Qué diferencia había entre un fantasma y una visión?

En el rostro de Billy se dibujó una sonrisa malévola.

-Ya veo que tú sí tienes miedo.

Ned lo negó, sacudiendo la cabeza.

-¿Por qué estás aquí?

-Para jugar -contestó Billy encogiéndose de hombros.

-Pero hace frío. -Ned notaba ya la piel de gallina en los brazos y el pecho, el aire húmedo penetraba a través de su delgada camisa de poliéster y algodón.

-Llevo un jersey.

Ned vio que el jersey marrón de Billy y sus pantalones de pana estaban llenos de trozos de material aislante, como si se hubiera estado revolcando en él. Se acercó al lugar donde Billy estaba agachado. Los fríos tablones de madera del piso crujieron bajo su peso. Billy se echó hacia atrás.

-¿Qué quieres? -se quejó-. ¿No ves que estoy ocupado?

-¿Ocupado?

-¡Déjame solo!

Ned estaba ya convencido de que Billy andaba haciendo algo malo, pero no podía imaginar qué. Billy era demasiado pequeño para cometer pecados de impureza. ¿Qué otro pecado se podía cometer en el desván, estando solo?

Sin haber formado una estrategia concreta, Ned decidió que lo mejor era ser sincero y abordar directamente la cuestión de las almas de sus padres en peligro.

-Acabo de confesarme -empezó.

En un principio Billy no pudo imaginar a dónde quería Ned ir a parar. Se quedó esperando que Ned le explicara algún pecado cometido por él, pero en su lugar le contó todo ese rollo sobre su padre y Madge que iban a ir al infierno porque no estaban casados.

-Pero sí que están casados -insistió Billy-. Tienen la foto de la boda en su habitación.

-No a los ojos de la Iglesia. Sólo valen sus primeros matrimonios, el de tu papá con Sondra y el de mi madre con Lance. Con ellos es con quienes están casados de verdad.

-Creo que es una idea estúpida.

-Pero si se mueren irán al infierno. Automáticamente. No puedes ignorarlo.

-Eso es lo que tú dices. Pero papá va a comulgar. No podría hacerlo si estuviera en pecado mortal.

-Ese no es más que otro de sus pecados. Si vas a comulgar cuando estás en pecado mortal, es peor.

-¿Por qué me cuentas todo eso a mí? -razonó Billy- Deberías decírselo a ellos.

-No puedo -respondió Ned, meneando la cabeza con pesar.

-Si van al infierno es culpa suya. Pero yo no creo que vayan al infierno por cambiar de opinión sobre con quién quieren estar casados. Mi madre dice que es mucho más feliz ahora con el señor Wincklemeyer, así que, ¿qué podría hacer mi padre? No puede irse a vivir con los Wincklemeyer. Y tu papá... -Billy se interrumpió diplomáticamente. Era una regla tácita que nadie hablara nunca de Lance Hill.

-¿Qué pasa con mi padre?

Billy suspiró y repitió el epíteto que le había oído usar a Madge, borracha en la cocina con Henry.

-Es un mamón.

Billy no era consciente de la fuerza de esa palabra tabú y de las precauciones prescritas para su uso; por lo tanto, no estaba preparado para la reacción de Ned. Éste se abalanzó intentando agarrar a Billy, pero no lo consiguió. Billy se movió sobre sus rodillas a un lado y a otro, y se agachó aún más para protegerse bajo las vigas que se inclinaban desde el techo hasta el suelo. Ned intentó golpearlo, pero su mano golpeó una viga, y un clavo que sobresalía le produjo una larga y roja incisión en el dorso del puño. Exclamó «Jesús!» antes de poder contenerse, y luego se preguntó si no habría cometido un pecado mortal. Tal posibilidad le puso aún más furioso.

-¡Voy a matarte! -le gritó a Billy.

-No fui yo quien lo dijo -se defendió éste-. Fue tu madre, ella lo dijo. Yo la oí hablando con papá.

Ned sabía que Billy decía la verdad, pero eso no lo hacía más fácil de digerir. La sangre corría por su mano y le caía por la punta de los

dedos. Las gotas rojas se volvían negras al caer sobre el velludo aislante. Allí, como si la sangre lo desvelase, estaban las alas disecadas del caduceo. Ned apartó a un lado el pequeño montón de aislante que cubría el bastón al que estaban sujetas las alas.

-¡Me lo has robado! Eso es lo que estabas haciendo. Me lo has robado y ahora querías ocultarlo aquí.

-¡No lo toques! -le avisó Billy, moviendo las manos ante Ned como espantando unos pájaros que hubieran aterrizado sobre el césped.

-¡No lo toques! -repitió Ned-. ¿Me estás diciendo que yo no lo toque? ¡Ésta sí que es buena! ¿Sabes lo que es esto? ¿Sabes lo que puedo hacer con ello? -Recordó las historias que le había contado a Billy sobre los poderes del bastón envenenado, y decidió que le daría una lección a su hermano.

-Es peligroso -afirmó Billy, al tiempo que retrocedía.

-Puedes apostar el culo a que es peligroso. Es tan peligroso que va a... -No terminó su amenaza, pues al coger el caduceo con la mano sangrante un temblor le traspasó de inmediato el cuerpo como un viento que lo atravesara.

Un viento eléctrico explotó en los tejidos de su cuerpo, retorciendo y reorganizando cada átomo y cada molécula, sacudiendo la retícula cristalina de su ADN como un fuerte huracán sacudiría las ventanas de una casa, moviéndose después por la linfa y los músculos, y a lo largo de las venas y arterias, acumulando nuevas fuerzas, iniciando una nueva destrucción, infligiendo nuevo dolor, un dolor tan inimaginable que Ned no podría haber hablado por el mero asombro que le provocaba. Intentó soltar el caduceo, pero su mano estaba pegada a él como si fuera una línea de alto voltaje, lo que en cierto modo era. La vibración se había extendido a cada parte de su cuerpo: a las orejas, de manera que oía una especie de aullido, el del crujir de huesos y ligamentos; a su garganta, de forma que no podía respirar ni tomar aliento; a sus tobillos y rodillas, de modo que las piernas se debilitaron y cayó, golpeando el suelo con la cadera y aterrizando de cara sobre la lana aislante. Las fibras de los ojos no le respondieron; ni siquiera tenía la posibilidad de cerrar los párpados a su voluntad.

-Ya te lo había dicho -musitó Billy, con un tono de voz bajo y reprobatorio-. Pero no querías escucharme.

Cogió a Ned por un brazo y lo empujó para que rodara sobre sí mismo. Ned se ahogaba. Los ojos le rodaron en las órbitas hasta quedar en blanco, y los párpados se agitaron arrítmicamente.

Después de unos segundos de tensión y temblor, el cuerpo se relajó y el caduceo cayó de sus manos.

Billy se inclinó para recogerlo. Un resto del poder que lo había recorrido provocó un hormigueo de extraño placer en la mano de Billy, que se extinguió al instante. Dejó tras de sí una sensación de tristeza, pero también de una gran calma. Sabía exactamente lo que debía hacer para evitar que lo culparan por lo que había sucedido. No había razón para culparlo; lo que le había ocurrido a Ned era un accidente. Billy no había pretendido nunca que la maldición que había depositado en el caduceo cayera sobre su hermanastro.

¡Asqueroso, sucio y mugriento gusano,
como Bubby serás cuando en mí pongas la mano!

-Lo siento -declaró Billy lentamente-. Lo siento de verdad. Pero ya había pronunciado las palabras. Y no puedo cambiarlas. Iba a usarlo con los chicos que me pegaron, nunca lo habría usado contigo... -Tenía lágrimas en los ojos, estaba diciendo la verdad: había sido un accidente.

El cuerpo de Ned empezó a balancearse lentamente, como si estuviera en una cuna. De su fláccida boca se escapaba la saliva, y rodaba por su mejilla izquierda hasta caer en el aislante.

Billy volvió a inclinarse y contempló su rostro atentamente.

-¿Puedes entenderme?

Ned emitió un sonido rítmico y semejante a un maullido, exactamente igual al que hacía Bubby Cornings cuando lo vio por vez primera, en la avenida Kuhn, antes de que se hubiera convertido por completo en un vegetal.

Billy ocultó el caduceo bajo el aislante en otro lugar del desván. Después bajó al cuarto de baño (dejando la puerta del desván abierta, para que cuando su padre fuera a buscar a Ned a la hora de cenar supiera dónde buscarlo), y sistemáticamente se dedicó a limpiarse el jersey y los pantalones de los trozos de aislante que se le habían pegado. Sabía que habría preguntas tan pronto descubrieran a Ned, así que, para justificar su tiempo tras la escuela, engatusó a su abuela para que jugara con él a las damas. Era muy mala jugadora, incapaz de pensar de antemano el siguiente movimiento; por lo tanto, se asombraba y enfadaba siempre cuando perdía. Billy la dejó ganar deliberadamente la primera partida para persuadirla así de jugar la revancha. Hacia el final de esa segunda partida llegaron Madge y Henry con comida china para la cena.

Fue Madge quien encontró a Ned en el desván y lo llevó al hospital en el Dodge. En el hospital no pudieron hacer nada por él, por supuesto. Le sometieron a montones de pruebas durante todo un mes; también Billy tuvo que pasar por ellas. Pero no sirvió de nada. Ned siguió en el mismo estado en el que Madge lo encontró. Los médicos no tenían explicación para ello. Algunas veces, dijeron, ocurrían esas cosas.

Algunas veces no había explicación.

LIBRO SEGUNDO

14

El olmo del jardín que se moría de la enfermedad del olmo holandés revivía de nuevo. No sólo mejoraba, sino que en realidad estaba creciendo. Ned parecía gozar de una extraña comunión con él; su mente despertaba a la conciencia cuando la luz del amanecer iluminaba sus hojas, y se deslizaba hacia el sueño sólo cuando el último resplandor

del crepúsculo abandonaba el cielo. Podía sentir los jugos de la vida subiendo por el tronco del árbol, las presiones cambiantes de sus membranas, la sed de sus raíces, la avidez con que las hojas inferiores se retorcían buscando la luz cuando la sombra de la casa se la negaba; podía sentir todo eso en su propia carne, como una melodía que sonara en la radio constantemente, llenándolo a uno de su ritmo incluso sin saberlo.

No era que Ned se sintiese mejor como resultado de su conciencia del renacer del olmo. Su propio cuerpo seguía inerte y paralizado, como un peso muerto de carne viviente que anclara su mente, siempre consciente, al lecho en el que pasaba el día junto a la galería cubierta, encarada al norte y a la sombra del olmo, que había junto a su dormitorio. Había sido idea de Henry el que Ned pasara los meses mas cálidos del año allí fuera, donde podría ver cuanto aconteciera en el jardín y el sendero. En realidad todo lo que podía ver era cómo las hojas se agitaban de una manera u otra según determinara la brisa reinante. No obstante, incluso ese vaivén fortuito de las hojas le proporcionaba un cierto consuelo, y suavizaba el dolor predominante de su propia existencia vegetativa, el tormento de no ser capaz, siquiera mediante el parpadeo de un ojo, de comunicarse con los demás; los que le alimentaban, le cambiaban los pañales, le cortaban las uñas, seguía siendo un ser humano, podía pensar, aunque no siempre con claridad, y recordaba que era Billy el causante de su estado, el pequeño y maldito Billy, cuya voz y pisadas y visitas diarias a la galería eran como llamas que ascendieran desde los fuegos infernales abrasando a Ned con un odio que era aún tan intenso como en las primeras semanas en el hospital, cuando lentamente se había ido dando cuenta de lo que había ocurrido y seguiría siendo igual, esa muerte en vida, ese tormento eterno.

La eternidad. El misionero africano, el padre Borghese, les había hablado durante el retiro de la eternidad. Les había asegurado que ninguna persona viviente podría nunca entender lo que era, lo que significaba que algo existiera para siempre, una pena que nunca cambiara, sin esperanza de encontrar alivio alguna vez. El padre Borghese había planteado incluso la comparación con un enfermo que yaciendo en la cama daba vueltas sobre uno u otro costado, o tosía para descargar el pecho, o se ponía compresas sobre la frente. En la eternidad del infierno hasta ese pequeño consuelo les era negado a los condenados. «No podemos llegar a imaginarlo -les había asegurado el sacerdote, en un tono de voz bajo y gimiente- en lo más mínimo.» Pero Ned sí lo entendía. Ned hubiera podido darle lecciones al padre Borghese sobre el significado de la eternidad, el infierno y el tormento de los condenados, el peor de los cuales, según el sacerdote, era la desesperación de haberles sido negada, por siempre, la visión de Dios.

Pero en ese punto estaba equivocado. No necesitaban pasar demasiado tiempo en el infierno para que los condenados dejaran de creer en Dios, suponiendo que alguna vez hubieran creído en él. O bien acababan por creer en un tipo de dios muy diferente, no el bondadoso creador del cielo y la tierra, sino el cruel arquitecto del infierno en el

que habitaban los condenados, un dios que miraba hacia abajo recreándose desde su poder y su gloria y complaciéndose en sus sufrimientos. Un dios como Billy Michaels.

No se podía decir que Billy se recreara en realidad. Más bien parecía lo contrario. Se comportaba como un buen hermano y leal compañero, siempre dispuesto a ayudar en la ingrata tarea de alimentarlo, y no abandonando nunca la idea, no comprobable, de que Ned tenía una mente despierta atrapada en el interior de la carcasa inerte de su cuerpo. Henry y la abuela Obstschmecker habían perdido esa esperanza largo tiempo atrás, aunque, por consideración hacia Madge, mantenían una ficción sin entusiasmo. Pero Billy no parecía tener una sola duda.

Por la mañana temprano, tan pronto como volvía a casa del colegio, se sentaba junto a su cama para leerle las tiras cómicas del Star Tribune en voz alta. Sujetaba el periódico delante del rostro de Ned, le señalaba cada uno de los personajes por turno, como Garfield y John, y leía los bocadillos. Si se trataba de un chiste, lo explicaba. Otros días le contaba a Ned los acontecimientos del día en la escuela o en la vecindad, quién había suspendido en sociales, a quién habían enviado a la directora por haberse peleado en el patio, o quién se había abollado el parachoques del coche.

A menudo, cuando tenía deberes, se los llevaba a la habitación de Ned y los hacía en la mesa junto a la ventana. Ned, sujeto por las cadenas de su parálisis permanecía en la cama, mirando hacia el techo o la pared según la posición en que hubieran colocado su impotente carcasa, tenía que escuchar el murmullo de los comentarios de su atormentador. Tenía que escuchar a Billy leyendo en voz alta las tareas que le habían impuesto; también largas lecciones de catecismo que recitaba una y otra vez hasta aprenderlas de memoria, y biografías de Daniel Boone y los primeros astronautas. Incluso en verano, Billy persistía en atormentar a Ned con su maldito amor fraternal. En un determinado momento se convirtió en una fuente de preocupación para Henry el que su hijo pasara tanto tiempo con el inválido, y que pudiera haber algo morboso en ese cuidado constante. Ned había oído a Henry discutiéndolo con Madge, sentados ambos en el jardín, mientras bebían unas cervezas y esperaban que se asaran unas costillas en la barbacoa.

-No veo qué mal puede haber en ello -argüía Madge-. Es bondad, sólo bondad. Cuando alguien aprende a ser bueno a la edad de ocho años, probablemente será siempre una buena persona.

-No es que me preocupe que sea bueno. Es el tiempo que pasa ahí dentro hablando con él. Es como esos bolos con los que solía jugar.

-Nunca pusiste ninguna objeción.

-Entonces era más pequeño.

-¿Quieres decir que Ned es como un bolo?

-No, Madge, sabes que no es eso lo que quiero decir.

-Además, él está ahora en la galería escuchando cada palabra de lo que hablamos.

Henry no tenía réplica que ofrecer, y unos minutos más tarde Ned oyó el golpe de la puerta de tela metálica de la cocina.

Las hojas se agitaron. En la lejanía se oía el sonido de una segadora de césped. Un petirrojo se posó sobre la rama del olmo, y luego voló. La eternidad proseguía.

15

-Cuando yo tenía tu edad -rememoró Henry, dejando el rastrillo apoyado sobre el tronco del olmo y sacando del interior del bolsillo de la camisa un arrugado paquete de Kent, no se planteaban todas estas estupideces de recoger las hojas en sacos, ni tampoco pensaba nadie en abonos ni zarandajas semejantes. Sencillamente las quemábamos en la parte de atrás, en un cubo de basura o amontonándolas en una pila. Era una de las cosas buenas de esta época del año, el olor de las hogueras por todas partes. Es un olor agradable. -Encendió un cigarrillo, observó la llama de la cerilla hasta que se acercó demasiado a su dedo, y luego sacudió la mano para apagarla.

-¿Podemos hacer una hoguera? -preguntó Billy, esperanzado.

Tenía la tarea de repasar los montones de hojas rastrilladas y quitar los trozos de rama demasiado largos que pudieran agujerear los sacos de hojas. Llevaba los pantalones y el jersey cubiertos de trozos de hojas muertas del olmo, e incluso se le habían metido por dentro del cuello del jersey, provocándole un terrible picor.

-Lo siento, compañero, pero si pasara un coche de la poli por aquí y lo viera, me pondrían una multa de doscientos dólares, y ése es un precio muy alto por el placer de quemar hojas.

-¿Y por qué tenemos que recogerlas con el rastrillo? ¿Por qué no las dejamos donde están?

-Porque el césped no crecería en primavera. Si alguna vez vas a un bosque de verdad, no pisarás nunca mucha hierba. Así que si queremos tener un bonito césped tendremos que rastrillar todas las hojas.

Henry recogió el rastrillo suspirando, y empezó a formar una nueva pila de hojas. Los dientes metálicos en forma de abanico se enganchaban en la hierba tupida bajo el lecho de hojas, hierba que Henry no había segado desde principios de septiembre. Le recordaba su cepillo de pelo de cerdo que tenía sobre la repisa del cuarto de baño, con su maraña siempre creciente de cabellos perdidos. Cada vez era más visible la calva que tenía en la coronilla.

-No sólo son los árboles los que pierden el «techado» -comentó con aire pesaroso.

Billy alzó la vista, esperando el «sino también» que aclararía la frase de Henry. Pero como no llegó, preguntó:

-¿Qué es un techado?

-Era una cubierta de paja con la que solían cubrir en Inglaterra los tejados de las casas, antes de que se inventaran las tejas.

Billy volvió a alzar la vista, esta vez en dirección al tejado de la casa Obstschmecker. La pintura de los marcos verdes de las ventanas del segundo piso y de la del desván estaba desconchada, y el tubo del desagüe se había soltado del canalón, pero todas las tejas parecían estar en buen estado.

-También es una expresión para el cabello* -explicó Henry-. Estaba pensando en que pierdo el pelo igual que los árboles pierden las hojas. Les ocurre a algunos hombres cuando se hacen mayores. Pero no esperaba que me ocurriera a mí, al menos no tan deprisa.

-¿Por qué los hombres se quedan calvos?

-Billy, si pudiera contestar esa pregunta sería millonario. Algunos conservan toda la pelambrera hasta los ochenta, otros empiezan a quedarse calvos cuando aún están estudiando, y nadie sabe por qué. Es algo que hay en los genes... y no me preguntes qué son los genes porque todo lo que puedo decirte es que son la parte más pequeña de una persona, tan pequeña que sólo puede verse con microscopio, y sólo los doctores de las universidades lo saben todo sobre ellos.

Billy asintió, con aspecto de entendido.

-Hemos estudiado los genes en ciencias naturales. Es lo que los niños reciben de los padres. La mitad de mis genes procede de ti y la otra mitad de mamá, y vosotros recibisteis vuestros genes de vuestros papas y mamas, y así hasta Adán y Eva.

-Bueno, veo que eres mucho más experto en la materia que yo.

Billy extrajo una larga rama arrancada por el viento de la pila de hojas, y la partió en tres piezas manejables.

-Cuando eras como yo, ¿te ponías disfraces para ir por las casas a pedir dulces en Halloween?

Henry sonrió, asintiendo.

-Claro, hasta cierta edad.

-¿Qué edad?

-Diez u once años. Quizá doce. Era muy bajito hasta que fui al instituto, así que pude hacerlo más tiempo que la mayoría de los niños.

-¿De qué te disfrazabas?

-De fantasma, cuando era pequeño. Un año, cuando era ya mayor, me disfracé de pirata con un parche negro sobre un ojo, y otro año de vagabundo. Un año debí llevar una máscara de baratillo, porque recuerdo que la boca de la máscara se embadurnó toda y perdió la forma después de comerme un trozo de pastel de manzana sin quitármela. Pero no recuerdo de qué era la máscara.

Billy aprovechó la ocasión para tender su trampa.

-Entonces, ¿por qué no puedo yo salir de Halloween?

-Ya hemos discutido eso, compañero. Ya sabes por qué.

-Otros chicos sí pueden. No hay ninguna ley que lo prohíba, como quemar hojas.

-Pero en tu colegio no les gusta la idea, y además, ellos van a celebrar una bonita fiesta en Halloween y tendrás tantos dulces como si fueras de casa en casa pidiéndolos. Así los padres no tendremos que preocuparnos por si a alguien se le ocurre gastaros una broma pesada**.

---

* La palabra inglesa original es *shatch* que alude a los techados de paja utilizados antiguamente y, en sentido figurado, al cabello. *(N. de la T.)*

** En Estados Unidos, en la noche de Halloween, es decir, la víspera del día de Todos los Santos, los niños disfrazados van de puerta en puerta al grito de trickor-treating!, que significa broma o invitación, indicando que al que se niega a invitar a dulces se le gastará una broma, que a veces puede ser pesada. Sin embargo aquí se apunta la posibilidad de que adultos poco complacientes les gasten bromas a los niños. *(N. de la T.)*

-¿Te refieres a los que ponen cuchillas de afeitar dentro de las manzanas y cosas parecidas?

-Exacto, a veces ocurre.

-Pero yo no iría a sitios como la casa de la vieja señora Wirtz. Sólo iría a casas donde hubieran colgado una linterna hecha con una calabaza en la ventana. Eso es lo que dice Ralph que se debe hacer. Él saldrá la noche de Halloween y sólo está en segundo curso.

-Pero él va a la escuela pública, ¿verdad?, y allí no han montado una fiesta para que vayan los alumnos.

-Pero yo no quiero ir a esa estúpida fiesta. Ya sé cómo será. Tendremos que sentarnos en la sala de actos para ver películas viejas. Los niños mayores cogerán los mejores dulces y dejarán las palomitas de maíz, las manzanas y cosas parecidas para los pequeños. Eso es lo que ocurrió el año pasado.

Henry suspiró. Sentía una simpatía total por los sentimientos de su hijo en esa cuestión. Una fiesta preparada por la escuela no podía compararse con la excitación de ir por las casas a pedir dulces. En cuanto al peligro de las manzanas con cuchillas de afeitar dentro, se corría el mismo riesgo de topar con un pirata aéreo al coger un avión, o de recibir un rayo en una tormenta. El motivo real de la prohibición, que ni siquiera se sugería en la carta que la hermana Fidelis había enviado a todos los padres de los alumnos de Nuestra Señora de la Merced, era que al menos un tercio de la vecindad era negra, y que las patrullas de niños pequeños paseándose por las calles en la obscuridad suponían una invitación abierta al desastre. Pero, por supuesto, no se podía explicar todo esto a los niños de una manera tan explícita. Podía parecerse demasiado a un motivo racista.

Esperando poder cambiar de tema, Henry preguntó:

-¿De qué vas a disfrazarte? -La pregunta sugería que el disfraz era el que Billy llevaría para la fiesta del colegio.

En un primer momento Billy permaneció callado, consciente de que cualquier respuesta representaba una rendición a la idea de acudir a la fiesta del colegio. Pero luego, casi como si hubiera estado siguiendo los cambios de pensamiento de Henry, anunció:

-Iré disfrazado de negro.

-¿Qué? -exclamó su padre, con verdadero desaliento-. No sería una buena idea, Billy.

-¿Por qué no? Me pondré carbón en las manos y la cara, como hice el pasado verano sin querer durante el picnic. Me dijiste entonces que parecía el negrito Sambo. Mamá se rió.

-Billy, hay niños negros en tu escuela, y para ellos el color de la piel es una cuestión delicada. Pensarían que quieres burlarte de ellos.

-Pero sólo es un disfraz. Si tengo que ir a esa fiesta boba, quiero ir disfrazado así.

Una vez más, Henry no pudo por menos que admirar la habilidad de su hijo como negociador.

-Te diré lo que haremos, Billy: que decida tu madre. Si Madge está de acuerdo en que vayas a la fiesta de Halloween pintado de negro, puedes hacerlo. ¿De acuerdo?

-Vale -aceptó Billy-. ¿Y si no está de acuerdo podré salir a pedir dulces?

-No -contestó Henry, con un tono de advertencia en la voz-. Ni hablar de eso. Ahora, acabemos de llenar estos sacos con hojas, ¿qué te parece?

Billy no contestó.

Se dirigió, obediente en apariencia, hacia la pila separada de ramas grandes y pequeñas. Depositó las últimas ramas recogidas del montón de hojas rastrilladas.

«Salvo», pensaba.

Fijó la vista en la pila de ramas con intensidad, como si estuviera ardiendo.

«Balbo.» Pero no, no existía esa palabra. Recorrió sistemáticamente todo el alfabeto, intentando encontrar una palabra que rimara con calvo. «¿Talbot?» Esa palabra sí existía, pero no rimaba del todo. Además, no se le ocurría cómo usarla para una maldición. Había aprendido, durante el último año y medio, que sólo servían las palabras auténticas. Si usaba palabras sin sentido la maldición no funcionaba, o era muy, muy débil.

Abordó el problema desde otro ángulo:

«Toca el mango de este rastrillo...»

Pero él no quería darle un dolorcillo de estómago a Henry, o cualquier otro dolor. Quería que se quedara calvo.

De repente se dio cuenta de que tenía la solución justo delante de las narices. Se inclinó y recogió una de las ramitas más largas y nudosas de la pila. Con ella en la mano se dirigió hacia la puerta posterior.

-Eh, aún quedan muchos sacos por llenar -le espetó Henry.

-Tengo que ir al lavabo -mintió Billy.

Durante todo el recorrido hasta el desván, y mientras juntaba el caduceo y la rama, transfiriendo el poder de una pieza de madera a la otra, no dejo de musitar y mejorar la maldición que transmitiría:

Un solo toque de este deshojado palito;
te dejará calvo como Porky el cerdito:

Cuando volvió al jardín dejó caer la rama en una parte del césped que su padre aún no había limpiado de hojas. Luego, con una mueca maliciosa, se ofreció para realizar la tarea de llenar de hojas las bolsas de plástico.

A Henry le satisfizo no tener que agacharse a recoger las hojas. Antes de continuar rastrillando encendió otro cigarrillo. Entonces, antes de que reanudara el trabajo, la abuela Obstschmecker salió a la puerta de atrás y le anunció que tenía una llamada de teléfono de la Oficina de Empleo.

-¡Eh! -exclamó Henry-. Podría ser un trabajo. Cruza los dedos por mí, muchacho.

Se apresuró a entrar en la casa y Billy sintió un repentino alivio. Casi desde el mismo momento en que había dejado caer la rama en el césped, como una mina lista para explotar, deseó no haberlo hecho. Su padre no merecía algo tan horrible (Billy sabía que, para su padre, quedarse calvo sería en verdad terrible).

Rompió la rama en dos, y luego cada uno de los trozos en dos otra vez. Pero ni aun así estuvo seguro de que hubiera desaparecido la maldición. El fuego le pareció más definitivo. Se dirigió hacia donde Henry había dejado la camisa de franela, colgada de la barandilla de madera del tramo de escaleras que conducía a la puerta posterior, y sacó una caja de cerillas del bolsillo.

Con la primera cerilla los trozos de rama empezaron a arder con facilidad, pero no siguieron ardiendo. La pequeña pila en forma de tienda india que había formado con ellos se desmoronó, y cayeron humeantes sobre el cuadrado de cemento que constituía el último peldaño de las escaleras de madera.

El viento apagó la siguiente cerilla que intentó encender.

La tercera pareció prender los trozos. Billy contempló, hipnotizado, la llama de color naranja que consumía la madera gris de uno de los trozos como una criatura viviente. La criatura llameante serpenteó de un lado a otro. Creció, disminuyó y volvió a crecer, mientras Billy sostenía cada trozo en uno u otro ángulo, del modo en que uno enciende una vela con la mecha ya encendida de otra.

-¡Santo cielo! ¡William! ¿Qué demonios estás haciendo? -La abuela Obstschmecker había bajado las escaleras hasta llegar a donde estaba Billy, antes de que éste pudiera pensar cómo solucionarlo. Ella tomó los trozos de rama que ardían de su mano, los arrojó al suelo, y los pisoteó hasta que se apagaron.

-Sabes perfectamente que no debes jugar con cerillas. ¿En qué estabas pensando para hacer una cosa así? Y justo al lado de estos viejos peldaños de madera. Podías haber quemado toda la casa. William, ¿por qué sonríes?

-Lo siento, abuela -contestó él.

Le resultaba imposible no sonreír ante la idea de la abuela Obstschmecker tan calva como el cerdito Porky. Intentó pensar en el castigo que le impondrían por haber encendido un fuego, pero no dejaba de pensar en la abuela Obstschmecker calva como una bola de billar, y la mueca volvía a aparecer en su cara sin que pudiera evitarlo.

-¿Qué es lo que encuentras tan divertido, William? Cuéntamelo.

-Nada, abuela.

Quizá, pensó, el fuego había conseguido destruir la maldición. Tal vez no se quedaría calva. Sería interesante descubrirlo... Si pensaba de esa manera, científicamente, podía dejar de reír.

La abuela Obstschmecker lo miró con curiosidad, y luego emitió su veredicto final.

-Eres un chico extraño -afirmó-, sin duda.

Luego volvió a entrar en la casa.

Por un momento, Billy se sintió como cuando era más pequeño y era capaz de ver cosas dentro de las cosas: rostros, cuerpos, edificios y animales. Era una sensación de ser pequeño y grande al mismo tiempo. Más alto que el más alto de los adultos, y más pequeño que el más pequeño de los genes. La luz en el jardín parpadeó, como si una nube hubiera tapado el sol. Una ráfaga de viento hizo volar algunas de las hojas recogidas de los montones, esparciéndolas de nuevo por el césped ya rastrillado. Después, la sensación desapareció y todo volvió a ser como antes.

16

-Eh, escucha esto, es interesante.

Billy enfocó la luz de la pequeña lámpara flexo de plástico hacia la columna de la Enciclopedia universal juvenil del saber con el encabezamiento Halloween, y leyó en voz alta:

Halloween es una de nuestras fiestas más antiguas. Se celebra el 31 de octubre. La palabra Halloween es una contracción de «All Hallows Eve», es decir la víspera del Día de Todos los Santos, que es una fiesta cristiana. Pero el Halloween y las costumbres que le son propias proceden de mucho antes de la era cristiana. Se remonta al tiempo de los antiguos druidas que vivieron en Inglaterra y el norte de Europa, cuando esas tierras eran aún vastos bosques poblados de lobos que se paseaban en la obscuridad, y los hombres vivían en el temor. Los druidas consideraban que el año nuevo empezaba con el Halloween y no el 1 de enero, así que para ellos Halloween era también la Noche de Fin de Año.

El nombre que daban los druidas al Halloween era Oidhche Shamhna, que significa Vigilia de Saman. Saman era el dios druídico de la muerte, y la noche de su fiesta se creía que el señor Saman llamaba a todas las almas de los malvados que habían muerto el año anterior, quienes habían estado viviendo en cuerpos de animales desde su muerte.

-Vaya -comentó Billy-, ésta sí que es una historia de horror, ¿verdad?

Ned, al que habían colocado en posición de sentado, le escuchaba mudo e impotente como cualquiera de los seguidores del señor Saman. Billy prosiguió su lectura de la Enciclopedia universal juvenil:

En tiempos de la cristiandad, muchas personas siguieron creyendo que la víspera del Día de Todos los Santos era la noche del año en que era más probable que los fantasmas y brujas rondaran en la obscuridad. También conservaron la costumbre druídica de formar grandes hogueras en acción de gracias por la cosecha. En esas hogueras se colocaban piedras, una por cada miembro de la familia. A la mañana siguiente removían las cenizas para buscar las piedras, y si

faltaba alguna o se había dañado, creían que la persona representada por esa piedra moriría en el transcurso de ese año.

Aunque no creemos ya en tales supersticiones en nuestra época moderna, el Halloween sigue asociándose, en muchas mentes, con lo desconocido y sobrenatural. Las jack-o'-lanterns* que iluminan las ventanas de nuestros hogares rememoran las antiguas hogueras de los druidas y su mundo boscoso de brujas y animales salvajes poseídos por fantasmas. Para nosotros, además, Halloween es un momento para dar gracias y compartir los placeres y beneficios de la vida civilizada. ¡Y también los dulces!

Billy cerró el grueso volumen de la G a la I y lo devolvió a su pequeña estantería junto a la cama de Ned, donde reposaban los otros volúmenes. Tocó el pañal de Ned para comprobar si estaba seco, y luego se sentó en el borde del colchón. La única luz que estaba encendida en la habitación era la lámpara flexo sobre la mesa en la que Billy había estado leyendo y, desde esa distancia, confería a las pálidas e inmóviles facciones de Ned un aspecto sobrenatural que hubiera atemorizado a cualquiera, de no estar acostumbrado a él como Billy. Una vez, cuando no había nadie más en casa, excepto la abuela Obstschmecker, que dormía la siesta, Billy había llevado a su amigo Ralph Johnson a la habitación de Ned, y le había dejado ver a Ned, tendido sobre la cama, sólo con el pañal, babeando. Le había mostrado a Ralph cómo podía saberse que Ned aún estaba vivo poniendo un espejo delante de su boca, y le había retado a sostener el espejo él mismo. Pero Ralph no se hubiera acercado por nada del mundo a la cama. Después de aquella visita, cuando Billy quería jugar al parchís o la oca con Ralph, tenían que hacerlo en el comedor o la sala de estar. Ralph se negaba a subir a cualquiera de las habitaciones del piso superior porque Ned estaba allí arriba.

La habitación de Ned, aunque él no hubiera estado dentro, le habría parecido fantasmagórica a cualquier extraño, a causa de la jungla de plantas caseras que llenaban macetas y colgaban de cestos delante de las tres ventanas que conducían a la galería. Algunas eran los coleos y marantas originales de los Jardines colgantes de Wyomia (desterrados de la habitación de Billy por decreto del victorioso joven rey bolo, Reinhardt), y el resto sus descendientes. Había también tal cantidad de hiedra desbordando macetas y cestos que bastaba para abastecer una pequeña floristería. A pesar de que la habitación no recibía directamente la luz del sol, y de los escasos cuidados que recibían, todas las plantas crecían con gruesos y retorcidos tallos y grandes hojas bastante amarillentas. La razón de una vitalidad tan poco natural era que Billy había utilizado los poderes positivos del caduceo para asegurar su salud, igual que había salvado al olmo del jardín de compartir el destino de los otros olmos de la vecindad, que habían tenido que ser talados a causa de la enfermedad del olmo holandés.

---

* Linternas hechas con calabazas vaciadas en las que se recortan ojos y boca sonriente, y se coloca una luz en su interior. *(N. de la T.)*

Al principio, Billy se había mostrado reticente a utilizar el caduceo para una empresa tan grande. El olmo era alto, casi el doble que la casa Obstschmecker, y parecía estar en la primera etapa de la enfermedad. Billy no necesitaba que le recordaran que el poder del caduceo era similar a la potencia de una batería eléctrica; si no se recargaba, se extinguía. Cuando tenía el caduceo en la mano, cerraba los ojos y se concentraba, podía sentir incluso la carga del caduceo en su propio cuerpo. Era parecido al temblor que uno experimenta cuando está cruzando un puente y un camión pasa por debajo al mismo tiempo. O como el sonido del diapasón que la hermana Catherine había provocado durante una demostración científica de la teoría de las ondas sonoras. Pero al final, viendo lo mucho que significaba el viejo olmo para Madge y la abuela Obstschmecker, y también precisamente porque era tan grande, Billy tuvo que usar el caduceo para sanar al árbol.

Curiosamente, la curación del olmo, en lugar de secar el poder del caduceo, lo había incrementado de manera increíble. Ya no asemejaba un diapasón, sino un taladro eléctrico o una serpiente viva retorciéndose en sus manos. Finalmente Billy descubrió el motivo. Era porque la enfermedad del olmo holandés la transmitían escarabajos que horadaban el tronco bajo la corteza, y lo que hacía el caduceo era que todos esos cientos, miles, o quizá millones, de escarabajos se pusieran enfermos y murieran. Al sanar el olmo podía haber utilizado algo del poder positivo del caduceo, pero no tanto como había ganado al matar a los escarabajos. Cuando se dio cuenta de esto, se apresuró a sacar el caduceo fuera de la casa, oculto a la vista dentro de su mochila escolar, para cargarlo y, de paso, salvar uno de los olmos de Brosner Park.

Estaba orgulloso del poder que detentaba y de sus buenas acciones secretas en beneficio de Brosner Park, pero no sintió nunca la tentación de confiar su secreto o de alardear de él ante ningún niño. Y por supuesto ante ningún adulto. En parte se debía a que tampoco tenía demasiados amigos, pero sobre todo a la sensación, indefinida pero intensa, de que el poder del caduceo disminuirá si se conocía y alguien dudaba de él. Los adultos no creían en nada que no formara parte de sus vidas cotidianas. Algunos decían que sí creían: las monjas y los curas hablaban del poder de la plegaria, pero en realidad no creían en ello, y su descreimiento era tan contagioso como una enfermedad. Ya le había ocurrido una vez con Santa Claus, y no quería que le volviera a ocurrir. Por tanto, ni siquiera cuando se confesó con el padre Windakiewiczowa le explicó lo que le había hecho a Ned. Confesó haber «dañado» a su hermano, pero insistiendo en que había sido un accidente. El padre Windakiewiczowa no le pidió más detalles, tan sólo le había impuesto la penitencia de diez Padrenuestros y diez Avemarías, y Billy retornó a su estado básico de gracia.

Existía una razón más por la que Billy no sentía nunca la tentación de hablar del caduceo y sus poderes. No tenía que salir de casa para encontrar a la persona perfecta con quien compartir sus secretos. Quizá Ned no podía hacer nada más, pero desde luego sí podía escuchar. Las cosas le parecían más claras al exponerlas delante de Ned. Del mismo modo, le explicó que la hermana Catherine había impedido a toda la

clase que fuera de excursión al zoológico Como, porque cinco chicos habían vuelto del recreo con retraso. Billy había culpado en un principio a la hermana Catherine, pero al contárselo a Ned se dio cuenta de que probablemente ella tenía razón: no podía confiar en que aquellos cinco chicos no se separarían del resto de la clase para irse por su cuenta, así que en realidad no tenía otra opción. La culpa era de los cinco chicos y no de ella. Todos ellos eran negros, aunque se suponía que uno no debía tenerlo en cuenta, porque el racismo era un pecado mortal.

-En realidad no me interesa demasiado esa excursión -le explicó a su hermano, cuya cabeza había caído a un lado de manera que sus ojos parecían fijos en el cesto de coleuses que colgaba más alto-. He ido al zoo montones de veces. Pero no es justo. Ellos hacen cosas malas y todos tenemos la culpa, y si se lo dices, como Geraldine McKune cuando Lyman Sinclair escribió «joder» al final de la lista de vocabulario en la pizarra, te pegan. Geraldine es una chica, así que no le pegaron, pero echaron tinta en las mangas de su chaqueta blanca, que estaba colgada en el guardarropa. No se pudo probar que hubiera sido Lyman. Aunque todos, hasta la hermana, sabíamos que si no había sido él, tenía que haber sido uno de los otros cuatro; todo el mundo lo sabía. No es justo.

Billy miró a Ned en busca de confirmación a sus palabras. Vio que la cabeza estaba ladeada y volvió a colocar cabeza y almohada en su posición habitual.

-Vaya, mira esto -exclamó Madge desde el umbral de la puerta-. El pequeño enfermero trabaja las veinticuatro horas del día.

Billy supo que Madge estaba borracha sin necesidad de darse la vuelta. Sobria nunca tenía mucho que decir, excepto «eso está bien», o «eso es interesante», o «estoy ocupada ahora, ve a incordiar a tu padre»; pero cuando estaba bebida había una vena sarcástica en todo lo que decía. O quizá la diferencia estribaba en que lo que decía tenía sentido. A Billy normalmente le gustaba más cuando estaba borracha. En realidad, a la mayoría de la gente le ocurría lo mismo, incluyendo a Henry, a pesar de que era Henry quien insistía siempre en que tenía que resolver su problema antes de que se volviera más serio.

-Está seco -informó Billy, retrocediendo y alejándose de la cama.

Madge asintió y, con una uña corta, estiró el pañuelo negro que llevaba anudado bajo la barbilla. Se había acostumbrado a llevar ropa de color negro cuando no tenía que vestir el uniforme de enfermera. Era más práctica. Henry decía que la hacía parecer una vieja, y le había regalado un vestido rojo por su cumpleaños, pero prácticamente no se lo ponía nunca. Billy opinaba que la ropa negra le daba un aspecto de bruja, y le gustaba por ese motivo, aunque a ella nunca le había expresado tal opinión. Existía entre ambos un acuerdo tácito por el que evitaban el contacto tanto como les era posible.

Sin entrar en detalles psicológicos, Billy comprendía que la aparente frialdad de Madge hacia él era un efecto secundario que en ella provocaba el tener que seguir viviendo con Ned en su estado, sintiendo por el un amor que nunca sería correspondido, pero que

tampoco podía enterrar, lamentar y olvidar. Billy, por consiguiente, no la culpaba por ello, pero se sintió triste por un momento, cuando, parado detrás de la puerta de la habitación, escuchó a Madge. Creyendo estar sola con Ned, le hablaba con voz baja y cantarína, como una de las ancianas al fondo de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced murmurando sus plegarias. Deseaba poder hacer algo para ayudarla, encontrar una medicina que la hiciera sentirse mejor que la botella de vodka que guardaba en el congelador, detrás del cartón de dos litros de Sealtest (no porque quisiera ocultarlo, puesto que todos sabían que estaba allí, sino para mantenerlo cortésmente fuera de la vista).

Justo entonces, y puesto que su mente estaba pensando ya en el caduceo a causa de lo ocurrido antes con la abuela Obstschmecker en el jardín, Billy tuvo una inspiración. Existía una medicina que sí podía darle. ¿Acaso no había oído a su padre afirmar, cuando discutía con Madge a causa de la bebida, que el alcoholismo era una enfermedad? Si realmente lo era, ¡Billy podía curarla con el caduceo!

Alcoholismo... ¿qué diablos podía rimar con esa palabra? Nada. En ese caso, se trataba de invertir las palabras de manera que la más difícil no tuviera que ir al final. Por ejemplo: «Ya no eres alcohólica ahora.»

¿Qué rimaba con «ahora»?

17

La vejez está llena de tribulaciones para todo el mundo, pero si se es una persona de carácter mezquino y agrio, y el carácter de la señora Obstschmecker cumplía ambos requisitos, la vejez tiene aún mayores inconvenientes. Se descubre entonces quiénes son amigos de verdad, o que no se tiene ninguno. La única persona que honestamente podía considerar amiga era la señora Wolfgren, pero hacía un mes que su ingrata hija Karen la había llevado a una «residencia». La Residencia san Jude. San Judas se acercaba más a la verdad. Ni siquiera los días en que Madge tenía fiesta y podía llevar a su madre a algún sitio deseaba la señora Obstschmecker visitar a la señora Wolfgren; al menos no en la deprimente y pequeña habitación que tenía que compartir con otra mujer, que estaba muriéndose de cáncer. Era demasiado horrible. Además, ya no era agradable visitar a la señora Wolfgren. No tenía nada que contar, salvo el desarrollo de sus evacuaciones intestinales o cómo había dormido, y ya no podía concentrarse en una sencilla mano de rami, y mucho menos en una partida completa. Por si fuera poco, nada de lo que le decía la señora Obstschmecker parecía tener un efecto mayor que el que hubiera producido en Ned. Horrible, sencillamente horrible.

Pero no debía permitirse a sí misma quedarse encerrada en casa si no quería acabar igual que la misma señora Wolfgren. Tenía que mantenerse activa, hacer cosas. Su médico así lo afirmaba, y Madge estaba de acuerdo. ¿Pero hacer qué? La jardinería era la solución ideal, pero en aquella época del año, la mañana de Halloween, había bien poca labor de jardinería que realizar, salvo cuidar de las plantas de interior, las cuales crecían abundantemente en cualquier caso, y sin

necesidad de cuidados. Pasear constituía un buen ejercicio, pero la señora Obstschmecker ya no se sentía segura en su propio barrio y, de todas maneras, un largo paseo solía hacer que la cadera le doliera. Podía coger el autobús para ir al centro, pero el centro de St. Paul había cambiado tanto en los últimos años que para ella era casi como visitar una ciudad de otro estado, como Chicago o Denver, y para ir al centro de la ciudad de Minneapolis tenía que cambiar de autobús en Coughlin y Larpenter, lo cual podía suponer una espera de media hora o más. No se sentía con ánimos para tanto trajín, en especial con un tiempo tan variable.

-Ya sé -dijo en voz alta, mientras se contemplaba en el espejo de cuerpo entero de la puerta del armario del pasillo, indecisa sobre si coger o no la chaqueta-. Iré a la peluquería.

En realidad no necesitaba una nueva permanente, pues la anterior se remontaba tan sólo a una semana antes del Día del Trabajo*. Un lavado sería suficiente, y luego un suave marcado mientras Sonia le hacía la manicura. Se sintió más alegre.

Se puso la chaqueta marrón, un pequeño y elegante sombrero casi del mismo color, y salió para ir a coger el autobús. Éste llegó sin que tuviera que esperar demasiado, y durante todo el trayecto fue la única pasajera. En la esquina de Ludens con Coughlin dio las gracias educadamente al conductor (se trataba de un negro que hacía ese trayecto desde que la señora Obstschmecker podía recordar), y él le contestó que de nada.

Allí, entre el drugstore de la esquina y una lavandería automática que había sido un almacén vacío durante años, estaba el Salón de Belleza Ludens. Grandes carteles adornaban las ventanas mostrando peinados diversos y ocultando a la mirada de los viandantes, que a aquella hora de un viernes por la mañana eran escasos, el trabajo que se llevaba a cabo en el interior.

-¡Señora Obstschmecker! -exclamó Sonia, con una desabrida sonrisa que arrugó sus labios hasta formar un arco de Cupido-. ¡Qué agradable sorpresa! ¡Pase!

-Debería haber llamado antes de venir -se excusó la señora Obstschmecker, dejando que Sonia le quitara la chaqueta-, pero estaba dando un paseo, vi el autobús y tuve un impulso. Espero que podrá hacerme un hueco. Sólo quiero un lavado y marcado. Y la manicura, por supuesto. -Le entregó el sombrero a Sonia.

La señora Obstschmecker arrellanó su voluminoso cuerpo en la silla del lavacabezas con un sentimiento medio aprensivo, medio osado, muy parecido al que sentía en años jóvenes cuando la persuadían de que subiera a una de las atracciones menos arriesgadas de la Feria anual. Sonia ajustó una toalla alrededor del cuello desabrochado del vestido de la señora Obstschmecker, y luego, gradualmente, bajó el respaldo de la silla hasta que la cabeza de la señora Obstschmecker reposó sobre la fría porcelana del lavacabezas.

---

* Téngase en cuenta que el Día del Trabajo en Estados Unidos se celebra el primer lunes de septiembre. *(N. de la T.)*

-Ahora relájese, querida -le instó Sonia.

La señora Obstschmecker sonrió a los dos tubos gemelos del fluorescente y, hasta cierto punto, se relajó. Escuchó el suave rumor del agua caliente por el tubo de goma conectado al grifo del lavacabezas. Al notar el primer chorro caliente y sedante cerró los ojos y exhaló el aire que había contenido en el pecho desde el primer movimiento descendente de la silla.

Se oyó un gorgojeo cuando Sonia dejó caer un chorro de champú sobre su mano. Luego, las manos suaves y llenas de jabón de Sonia empezaron a presionar, frotar y palpar el cuero cabelludo de la señora Obstschmecker. Una sensación de hormigueo dio paso al picor. El ritmo normalmente regular de las relajantes manos de Sonia se volvió indeciso, hasta detenerse por completo.

-Señora Obstschmecker -exclamó Sonia, con un tono de voz casi amenazador-, ¿qué ha estado haciendo con su pelo?

-¿Qué quiere decir?

-¿Ha estado utilizando algún tipo de tinte? Sabe perfectamente que a su edad el cabello es muy delicado y no puede soportar tratamientos químicos fuertes.

La señora Obstschmecker trató de abrir los ojos, que enseguida empezaron a picarle a causa del champú. Su cuero cabelludo parecía asaetado por mil agujas.

-No he hecho nada con mi cabello -protestó débilmente-. ¿Qué problema hay? ¿Por qué noto...?

-Voy a decirle una cosa, señora -dijo Sonia, con una voz que era apenas reconocible-. Yo no voy a hacerme responsable. Esto no es más que champú para bebés, no hay nada en él que pueda haber causado... algo así.

La señora Obstschmecker se esforzó por incorporarse, sin éxito. Los ojos le escocían. Su cuero cabelludo parecía arder.

-Recuéstese -le ordenó Sonia, muy seria-. Le quitaré el champú. Pero no voy a hacerme responsable de esto.

El agua caliente fluyó por el tubo de goma y luego por la frente de la señora Obstschmecker, proporcionándole un alivio casi instantáneo cuando corrió por el escocido cuero cabelludo. Pero ese alivio se vio pronto interrumpido por un susurro que provocó el espanto de Sonia:

-¡Jesús!

La señora Obstschmecker volvió a intentar levantarse, esta vez con mayor determinación, pero Sonia la empujó hacia atrás con brusquedad.

-No -dijo-. Deje que le ponga una toalla alrededor de la cabeza primero. Luego quiero que se vaya.

Sin preocuparse por secarle el pelo, Sonia enrolló una gran toalla blanca alrededor de la cabeza de la señora Obstschmecker, y después volvió a colocar la silla en su posición normal.

-No entiendo nada -musitó la anciana, casi en un gemido-. ¿Por qué se comporta de esta manera? Me debe una explicación.

-¿Quiere una explicación? -preguntó Sonia, cruzando los brazos por encima de la blusa salpicada de agua-. Mire la pila.

La señora Obstschmecker se levantó de la silla y dio la vuelta para mirar la pila del lavacabezas. Al inclinar la cabeza para observar la masa de cabellos blancos llenos de espuma que taponaban el desagüe, la toalla que llevaba alrededor de la cabeza se soltó y cayó sobre sus hombros.

-No ha sido culpa mía -insistió Sonia, con acento glacial en la voz.

Por primera vez desde su tierna infancia (pues había sido una adolescente muy tranquila y poco dada a histerismos), la señora Obstschmecker aulló. Levantó las manos para tocarse los lados de la cabeza, como si el tacto pudiera contradecir la evidencia de la vista. Ni un solo rizo quedaba sobre su cabeza. Estaba tan calva como el cerdito Porky.

18

Cuando Henry llegó a casa, todo sonrisas, con una bolsa de la tienda Red Owl de la que sobresalía una calabaza de buen tamaño y varios paquetes de dulces, Madge estaba trastornada. Se había pasado la mayor parte de las cuatro horas anteriores intentando consolar, o al menos aplacar, a su histérica madre. Finalmente, con expeditiva profesionalidad, Madge recurrió a un placebo, del cual afirmó que era un potente barbitúrico y tranquilizante, para conseguir un respiro. El tiempo suficiente para mezclar un destornillador y llamar al abogado, cuyo nombre le había dado el doctor Allard, de quimioterapia. Alex Grossbart, así se llamaba el abogado, tenía despacho en el edificio Foshay Tower y era especialista en responsabilidad legal de productos comerciales.

Llamo a su despacho, consiguió traspasar la barrera de la telefonista y obtener el consejo de Grossbart sobre las medidas inmediatas a tomar. Después se sentó en medio de una gran agitación.

-Eh -se sorprendió Henry, dejando la bolsa-. ¿Qué ocurre? ¿Por qué has vuelto tan temprano del hospital? ¿Le pasa algo a Ned?

-¿Por qué has vuelto tú tan tarde a casa?

El levantó los brazos como rindiéndose con burla a su furia.

-Oye, oye, soy inocente. Seguía las instrucciones que me has dado esta mañana, ¿recuerdas? -Cogió la bolsa con las dos manos, sacó la calabaza y la sostuvo frente a ella en ofrenda de paz-. He comprado esto y los dulces que Billy tiene que llevar a la fiesta, y también para los niños que llamen a la puerta. Tenían una oferta especial de pequeñas barras de chocolate Heath. ¿Quieres una?

Madge hizo una mueca.

-Con zumo de naranja, no.

Henry miró el vaso casi vacío que sostenía Madge. La conocía demasiado bien para saber que no bebía zumo de naranja salvo en el desayuno, a menos que se tratara de un destornillador; pero no hizo ningún comentario.

-Algo tiene que haber pasado. Pareces conmocionada.

-Es mi madre -replicó Madge, dejando caer los hombros-. Ha sufrido un accidente, y no lo entiendo. No tiene sentido.

-Maldita sea. No se habrá caído otra vez.

-Ha perdido el cabello -contestó Madge, apesadumbrada.

Henry frunció el entrecejo en una expresión de asombro, y se sentó en una silla al otro lado de la mesa de la cocina, frente a su mujer.

-Repite lo que has dicho.

Madge inspiró profundamente y se lanzó a contar la historia que ya antes, mientras esperaba a Henry, había recitado en su imaginación una docena de veces: cómo la abuela Obstschmecker había llamado al hospital con una excitación rayana en la incoherencia; cómo había tratado ella de encontrarlo a él para que fuera a buscar a la pobre mujer al salón de belleza de la calle Ludens, pero no lo había logrado... («Pero ya sabes, Madge, que no suelo estar en casa a esa hora del día», una protesta que le valió tan sólo una mirada furibunda); cómo ella había ido al, salón de belleza y había encontrado a la abuela Obstschmecker en un estado cercano al colapso, mientras la mujer que dirigía el negocio le gritaba.

-¡Como si lo que había pasado fuera culpa de mi madre! Mi pobre madre estaba allí sentada, con las manos temblándole y casi fuera de sí, y realmente no era para menos. Es horrible. Pero no debes decirle nada, Henry. Está muy susceptible; cualquiera lo estaría en su lugar.

-Aclaremos las cosas. Fue al salón de belleza, le pusieron champú... ¿y el champú le quitó todo el pelo?

-Bien, obviamente, no fue el champú. Debía tratarse de un error en el envase, a menos que esa Sonia mienta, pero ella jura que era sólo champú corriente para bebés que había comprado en un drugstore. Tuve la suficiente presencia de ánimo como para coger la botella de champú que había utilizado para que puedan analizarlo. Le dije a esa mujer que si no me dejaba llevármela, llamaría a la policía. Estaba casi tan histérica como mi madre, claro. Una cosa así podría arruinar su negocio. Es tan sólo una pequeña peluquería. Y no está asegurada contra este tipo de accidentes.

Henry trató de imaginar a su suegra calva.

-Henry, no es divertido. Es algo muy serio. Mi madre está desquiciada. Supón que te hubiera pasado a ti.

-Desde luego, tienes razón. Pero no creo que se pueda hacer gran cosa. ¿Le volverá a crecer? Madge frunció el entrecejo.

-¿Cómo quieres que yo lo sepa? Cielos, eso espero. Ella está convencida de que tiene cáncer. Debe haber oído que la calvicie es un efecto secundario de la quimioterapia, y ha confundido causa y efecto. Está tan trastornada... Pero el abogado dice que tienes que hacerle una foto lo antes posible. ¿Hay carrete en la cámara?

-¿El abogado? No me habías dicho nada de un abogado. -El doctor Allard de quimioterapia me dio su nombre. Es un experto en este tipo de casos.

-¿El doctor Allard o el abogado?

-Henry, por favor, no es cosa de broma. Fui a la sección de quimioterapia porque tuve la descabellada idea...

-¿Descabellada? ¿Quién se hace el gracioso ahora? -¡Henry! Fui allí porque pensé que podrían tener una peluca de mujer a mano. Algunas

veces, cuando tienen que aconsejar a una mujer que se enfrenta a la quimioterapia y la perspectiva de una pérdida masiva de cabello...

-¡Uf!, eso suena peor que quedarse calvo. Madge terminó el destornillador de un trago, con una mueca. -De todos modos no tenían ninguna, pero cuando estaba explicando el caso el doctor Allard sugirió que me pusiera en contacto con un abogado llamado Alex Grossbart, que tiene el despacho en el Foshay Tower. Así que le llamé por teléfono y él me dijo que antes de nada teníamos que hacer fotos de... del accidente. De perfil y de frente. En caso de que acabemos demandando al fabricante, serán necesarias como prueba en el juicio. O sea que si no hay carrete en la cámara, ¿podrías ir a comprar uno?

-Por supuesto. ¿Pero tiene que ser ahora mismo? El drugstore está abierto hasta las nueve. -Cuando sea. -Es una lástima que no haya ejemplos agraciados de mujeres calvas.

Si se tratara de un hombre, siempre podría imaginar que es como Kojak, o Yul Brynner, o mmm, sí, también Mister Proper. Pero mujeres no hay.

Antes de que Madge pudiera decidir si estaba siendo sarcástico o sincero, se oyó el fuerte golpe de la puerta delantera al cerrarse y un momento más tarde apareció Billy en la cocina, para anunciar, con lágrimas cayéndole por las mejillas y el aspecto de haber sufrido una terrible pérdida:

-¡No iré a la fiesta de Halloween!

-Billy, muchacho, ¿qué ocurre? ¿Te has peleado en la escuela? -Henry dio unos golpecitos sobre sus rodillas-. Ven aquí y cuéntanoslo.

Billy meneó la cabeza y secó sus lágrimas con los puños de la camisa de franela, pero no se movió ni un milímetro hacia su padre.

-No ha sido una pelea. No he hecho nada malo. Sólo he salido a la pizarra para hacer una división y todo el mundo ha empezado a reírse. La hermana les ha dicho que se callaran, y han dejado de reír un rato, y entonces yo he resuelto el problema, que era dividir noventa y cinco entre seis.

-Me has pillado -bromeó Henry-. ¿Cuánto es?

Pero Billy no iba a recuperarse tan fácilmente. Frunció el ceño mirando hacia el suelo de la cocina, y las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. Henry sintió el conocido y repentino dolor de la impotencia paterna, se arrodilló junto a Billy y lo abrazó hasta que el cuerpo del chico se rindió a su amor. Billy le devolvió el abrazo y rompió a llorar de verdad.

-Yo no había hecho nada -explicó, sollozando-. Pero todos se reían, y entonces la hermana se ha dado cuenta de lo que era, y me ha quitado el papel de la espalda y lo ha roto. Pero no me ha querido decir lo que ponía. Ha castigado a toda la clase a quedarse quince minutos más porque nadie ha confesado quién me lo había colgado a la espalda. No ha sido Janet Daly, que está en el pupitre de detrás mío, porque hoy está enferma y no ha venido. Y todo el tiempo que se han tenido que quedar han seguido riendo, todos. Yo he estado esperando en el patio hasta que los han dejado salir, pero nadie ha querido decirme qué ponía

en el papel, ni siquiera mis mejores amigos. Me han dicho que no han podido leerlo. Pero se reían.

-Quizás era divertido, ¿no has pensado en eso?

El cuerpo de Billy se puso rígido ante la traición que representaba la sugerencia de Henry.

-Yo sé lo que decía -interpuso Madge, con su frío tono de enfermera Michaels-. Probablemente ponía: «Dame una patada.»

-Probablemente -admitió Henry, agradeciéndole a Madge su rápida colaboración.

-¿Dame una patada? -repitió Billy.

-Eso es lo que solían colgar los niños de la espalda de otros niños cuando yo iba al colegio -confirmó Madge, asintiendo-. Aunque no solían hacerlo en la hora de clase sino en el recreo. En aquella época era una broma típica. Pero no deberías tomártelo tan a la tremenda. Nadie pretende causar daño con eso.

Billy tenía aún un aspecto sombrío, pero dejó de llorar.

-Y entonces, si estás en el patio y llevas el papel en la espalda, y alguien lo lee, ¿te dan una patada de verdad?

-En eso consiste la broma -admitió Henry-. Por supuesto no se trata en realidad de hacerle daño a nadie, aunque suele ocurrir lo contrario. En cualquier caso no creo que debas perderte la fiesta de Halloween por culpa de una broma pesada, que sin duda todos habrán olvidado ya. Te diré lo que haremos: tú subes a tu habitación y piensas sobre ello, y dentro de un par de minutos yo te llevaré la calabaza que hay encima de la mesa para que la vaciemos y la convirtamos en una linterna. ¿De acuerdo?

Billy recuperó el ánimo. Vaciar y decorar la calabaza era lo mejor del Halloween.

-¿Por qué no podemos hacerlo ahora?

-Porque -explicó Madge- tu padre y yo tenemos que hablar de una cosa. La abuela Obstschmecker ha tenido... un accidente, y está muy nerviosa. Por el momento deberíamos intentar... dejarla sola.

-¿Qué clase de accidente?

Madge dudó pero, no hallando manera de ocultárselo, acabó por decir:

-Un accidente en el salón de belleza.

-Se le ha caído todo el pelo cuando le han puesto el champú -añadió Henry, intentando, sin conseguirlo plenamente, mantenerse serio.

-¿Todo el pelo? -inquirió Billy.

-Sí -repuso Madge-. Pero todos debemos intentar actuar como si no hubiera nada extraño en su aspecto. Ha sido un trauma para ella. Piensa en cómo te has sentido en el colegio cuando todos se reían de ti, y luego imagina cómo debe sentirse la abuela.

-Por tanto no debemos mirarla fijamente -expuso Henry-, ni hacer comentarios que pudiera oír. Ahora sube a tu habitación.

Con reticencia, dolido aún su orgullo por causa del agravio de sus compañeros de clase, como el zorro del cuento que el niño espartano ocultó bajo su camisa, Billy subió las escaleras. Se detuvo ante la

puerta de la habitación de Ned. No se sentía mucho mejor después de haber contado a sus padres lo que le había ocurrido en el colegio, y no tenía ganas de volver sobre el tema con Ned. Tan sólo le proporcionaría un motivo para recrearse a su costa. En cuanto al cabello de la abuela Obstschmecker, Billy dedujo, por la divertida reacción de su padre, que no suponía un mal grave sino que más bien entraba en el terreno de las bromas pesadas. Pero, en ese momento, su propia miseria se presentaba ante con tintes tan sombríos que no hallaba placer en la broma.

Ya en su dormitorio, topó con un nuevo recordatorio de su dilema. Allí, colgado de la percha tras la puerta del armario, tenía a la vista la bata, los pantalones blancos y el estetoscopio roto que constituían el disfraz para la fiesta sobre el que sus padres y él se habían puesto finalmente de acuerdo. Habían hecho comprender a Billy que ennegrecerse la cara con carbón y hacer de negrito Sambo era una idea poco acertada.

Había sido fácil reunir las partes del disfraz. Los pantalones eran de su Primera Comunión, que había celebrado el año anterior, y la chaqueta la había conseguido su madre de la más menuda de las ATS del hospital. Sobre la cómoda tenía también la cinta metálica con una de esas curiosas linternas frontales que utilizaban los médicos para observar las gargantas de los pacientes, más unos cuantos depresores de madera para sujetar la lengua. Se trataba, sin lugar a dudas, de un disfraz de médico, pero no de un médico cualquiera. Billy planeaba ir a la fiesta como el héroe de su película favorita, que había visto dos veces desde que la estrenaran el año anterior, El jovencito Frankenstein.

Lo que la mayoría de la gente no solía notar era que Frankenstein no era el monstruo sino el doctor. Era, en consecuencia, el disfraz perfecto para Halloween y Billy, a pesar de haberse quejado tanto por tener que ir a la fiesta del colegio en lugar de salir a pedir dulces por las casas, estaba deseando llevar el disfraz de Frankenstein a la fiesta, repetir algunos chistes de la película, usar los depresores de madera para presionar las lenguas de los demás y, en resumen, presumir un poco y divertirse. Pero, después de lo que le había sucedido en clase, tendría que quedarse en casa. La injusticia de la situación le hería profundamente. Pero ¿qué podía hacer él?

19

Las calabazas son siempre más duras de lo que uno cree. Cuando Henry intentaba vaciar la calabaza desde una esquina de la boca de abierta sonrisa, la hoja del cuchillo se le escapó, y a punto estuvo de llevarse un dedo por delante. Lo que sí se llevó fue el único diente central de la boca esculpida en la calabaza.

-Esta calabaza -sugirió Henry sarcásticamente, a modo de excusa por su total falta de dientes- ha comido demasiados dulces.

Billy frunció el entrecejo, porque no comprendió de inmediato la relación entre ambas cosas.

-Ha perdido todos sus dientes -explicó Henry, dándole la vuelta a la calabaza vaciada, de forma que Billy pudiera ver su cara minimalista de ojos triangulares, nariz triangular y boca de media luna-, porque come demasiados dulces y no se lava nunca los dientes. ¿No sabías que los dulces pudren los dientes?

Billy rió y dijo, en señal de aquiescencia:

-Fantástico.

A continuación Henry fijó una vela blanca en el centro hueco de la calabaza, un proceso que también resultó más difícil de completar de lo que el recuerdo sugería. No obstante, diez minutos y dos cajas de cerillas más tarde la vela se mantenía estable sobre su base. Cuando hubo puesto la tapa en su sitio y apagó la luz, era innegable que producía un efecto fantasmal. «Qué cosas más raras hacemos -pensó-. Me gustaría saber cómo empezó esta costumbre.»

La iluminación de la calabaza debió provocar pensamientos semejantes en la mente de Billy, puesto que preguntó a su padre:

-Papá, ¿cuándo se hizo la primera linterna de calabaza?

A Henry le encantó el desafío de improvisar respuestas verosímiles para las preguntas capciosas de Billy. Procedió a explicar que en tiempos antiguos la gente creía que podían atrapar fantasmas, atraídos por naturaleza hacia las llamas de las velas como las polillas, dentro de la corteza de una calabaza, para hacerles confesar después sus secretos, tales como el lugar donde habían escondido su dinero antes de morir. Incluso aportó como prueba propiciatoria de tal explicación la nana sobre Peter, el comedor de calabazas, quien metió a su mujer (su mujer muerta) en una corteza de calabaza.

Antes de que Billy pudiera comprobar la veracidad de ese fragmento de folclore instantáneo interrogando a su padre se oyó una llamada procedente del piso de abajo. Madge había vuelto del drugstore con un carrete de película, y quería que Henry lo colocara en la cámara.

Henry envolvió el montón de semillas y pulpa de calabaza con los periódicos que previamente había extendido sobre el suelo de la habitación de Billy. Colocó su obra, toda iluminada y desprendiendo un fuerte hedor a calabaza quemada, sobre la cómoda e hizo prometer a Billy que, si echaba más humo del que ya había en la habitación, apagaría la vela.

Mientras bajaba las escaleras consultó su reloj. Las siete menos cuarto. Menos de media hora para convencer a la abuela Obstschmecker de que posara con su nuevo peinado libre de molestias. Luego Madge tendría que llevar a Billy a la fiesta en el coche. En realidad, opinaba que era mejor esperar al día siguiente por la mañana, momento en que, por lo general, la abuela Obstschmecker estaba de mejor humor que después de comer (si se podía llamar comida a los pasteles de pollo de Swanson y los guisantes en lata). Pero a Madge se le había metido entre ceja y ceja que tenían que hacer las fotos esa noche. ¡Qué remedio!

Madge estaba en la cocina. La cámara y el carrete de película estaban sobre la mesa.

-Coloca tú el carrete, Henry, si no te importa, mientras yo voy a hablar con mi madre otra vez. Aún está muy trastornada, y la idea de

que la fotografíen no debe resultarle demasiado atrayente. Pero le he explicado que si quiere demandar al fabricante necesitará pruebas, y eso parece haberla convencido.

-¡Jo! -exclamó Henry, con cara de póquer-. Eso es lo que yo llamo un carácter fuerte.

Henry cargó la cámara. Después, sintiéndose impaciente, decidió arrojar el envoltorio del carrete y el contenido de un cenicero en el cubo de basura que había bajo el fregadero. Levantó la tapa del cubo presionando la palanca de pie y vio, sobre la caja estrujada del pastel de pollo Swanson, la botella de vodka de la nevera, vacía. Un presentimiento lo impulsó a abrir la nevera. Allí estaba: una nueva botella de vodka, ya medio vacía, sobresaliendo por detrás del cartón de Sealtest. Ya no le extrañaba que Madge se hubiera mostrado tan dispuesta a salir de casa para ir a buscar el carrete. Ante tales circunstancias Henry no podía culparla.

Echó un trago de la botella, que tenía el gollete aún caliente, y la devolvió a su lugar justo cuando Madge le avisó de que la abuela Obstschmecker ya estaba preparada.

Estaba sentada en la mecedora, que se había trasladado al centro de la habitación para que cayera directamente bajo la lámpara de latón, donde la luz era mejor para tomar fotografías. La cámara tenía un flash incorporado, pero sabían por experiencia que no era demasiado fiable. La abuela Obstschmecker se había puesto, con manifiesta incongruencia, su bata rosa de guata y el gorro de invierno de Madge con orejeras de piel de imitación, que podían atarse bajo la barbilla, tal y como ella las llevaba en ese momento. El gorro era ya lo bastante voluminoso por sí solo para ofrecer el mismo aspecto sobre cualquier cabeza, hirsuta o calva. Pero también la hacía parecer grotesca, y Henry tuvo que reprimir el impulso irresistible de sonreír.

-Hola, abuela Obstschmecker -saludó con tono suave y conciliador, como el que uno adoptaría para tratar a un perro conocido por su fiereza-. Siento mucho lo de tu accidente. Ha sido terrible.

La señora Obstschmecker apretó fuertemente los labios y aceptó sus comentarios con una inclinación de cabeza casi imperceptible.

-Madre -empezó Madge, con el mismo tono de voz que antes había utilizado Henry-, tendrás que quitarte el gorro ahora para que Henry pueda hacerte las fotos.

La señora Obstschmecker contempló la cámara que sostenía Henry, y luego, aún con la vista fija en ella, intentó deshacer el nudo que sujetaba el gorro. La tarea resultó inesperadamente complicada debido a la fuerza con que antes había atado el nudo, ya que la carne fofa y caída de la papada le impedía un fácil manejo. Finalmente fue Madge quien deshizo el nudo, y también quien le quitó el gorro al ver que la abuela Obstschmecker seguía petrificada, para exponer el huevo sonrosado y sin pelo de su cabeza.

Henry pegó un bufido. Fue un bufido minúsculo, como suelen ser los bufidos, pero produjo el mismo efecto que una carcajada. La mirada de la señora Obstschmecker se convirtió en un rayo láser.

Henry intentó apartar la vista, intentó controlar la respiración; pero era demasiado tarde. Pudo notar las primeras convulsiones de risa sacudiéndole el pecho. Bajó la mirada hacia la cámara, esperando ocultar así la sonrisa, que no podía contener. Luego, ya irreprimible, brotó libremente. Primero fue una risa entre dientes. Después la larga inspiración al rendirse a la, por fin, fatal, inevitable risa. La señora Obstschmecker se levantó furiosa de la mecedora y le arrancó la cámara de las manos.

-¡Sal de mi habitación! -chilló-. ¡Vete!

-¡Madre! -suplicó Madge.

-¡Vete de mi casa! -Le arrojó la cámara a su yerno, y él retrocedió.

La cámara fue a golpear una fotografía enmarcada del señor Obstschmecker que colgaba junto a la puerta. De ahí rebotó y cayó sobre un pequeño caniche de cerámica que estaba sobre una estantería llena de chucherías. El cristal del marco y el caniche se rompieron en pedazos, la señora Obstschmecker empezó a ahogarse y a jadear, a causa de su absoluta incapacidad para expresar con palabras o gestos la magnitud de su ira. Su rostro, y también el cuero cabelludo, había pasado de su matiz rosado normal a un color magenta pálido e irregular.

-Madre, por favor, de verdad que Henry no quería...

-Por supuesto que sí -declaró la señora Obstschmecker, temblando de pies a cabeza-. Y sostengo lo que he dicho. Tiene que marcharse de esta casa.

-Madre, lo mejor para ti ahora sería que te sentaras y te calmaras. Estas sobreexcitada y eso es peligroso. Podemos volver a discutirlo por la mañana.

-No hay nada que discutir.

Sonó el timbre de la puerta. Habían instalado un timbre independiente en la habitación de la señora Obstschmecker, conectado al de la puerta, de forma que pudiera oírlo desde allí. La ira de la anciana se convirtió de inmediato en miedo abyecto.

-Madge, ¿quién puede ser a estas horas? ¡Oh, Dios mío, no puedo dejar que me vean así! ¿Dónde está el gorro, Madge? ¿Madge, qué te pasa?

Algo le pasaba sin duda a Madge, para que la señora Obstschmecker, en un tris semejante, se hubiera dado cuenta. Pero Madge, a quien le gustaba tan poco como a su madre mostrar su sufrimiento, se limitó a negar con la cabeza vehementemente e intentar llegar a tiempo al cuarto de baño, caminando con premura en cortos y rápidos pasos. Sostenía aún entre sus manos el gorro con orejeras de piel que había quitado a la señora Obstschmecker, y cuando empezaron los primeros espasmos, a mitad de camino hacia el cuarto de baño, su primer ademán fue taparse la boca con él para que recogiera el vómito. Aunque seguía vomitando, Madge siguió andando, lentamente, en dirección al cuarto de baño, y consiguió alcanzarlo sin haberse manchado la ropa o la alfombra. Vació el contenido salpicado de guisantes del estropeado gorro en la taza del váter, y se arrodilló esperando el siguiente espasmo, que llegó de inmediato.

La señora Obstschmecker se quedó detrás de la puerta del cuarto de baño mientras Madge vomitaba, olvidando momentáneamente su propia angustia.

-Madge -llamó a través de la puerta (no violaría jamás el santuario de un lavabo ocupado)-. Madge, ¿qué te pasa?

Madge no contestó, tan sólo articuló nuevos sonidos provocados por las náuseas. Pero en la otra puerta, la que daba a la habitación, se oyeron unos ligeros golpes y la voz de Henry:

-No te preocupes por el timbre de la puerta, eran sólo los primeros chicos que venían a pedir dulces. -Se produjo una pausa, y prosiguió-: Abuela Obstschmecker, siento haberme reído. No era mi intención. No pude evitarlo, lo siento de verdad.

-Vete -replicó la señora Obstschmecker, inconmovible-. Vete y déjame sola.

Al dar la espalda a la puerta del cuarto de baño, la señora Obstschmecker vio su propia imagen en el cristal de una ventana, convertido en espejo gracias a la obscuridad exterior y las descorridas cortinas, y se tapó los ojos con las manos para evitar la visión. La imagen de su propia cabeza abierta por el escalpelo de un cirujano no le hubiera parecido más horripilante. Todos los seres humanos imaginan la muerte con mayor indiferencia que viven la vergüenza.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

20

Cuando su padre hubo abandonado la habitación, que estaba iluminada tan sólo por el resplandor de la vela de la calabaza desdentada, Billy no volvió a encender la luz, sino que se instaló con las piernas cruzadas sobre el centro de la cama y contempló el rostro recién esculpido con la desinteresada paciencia de un gato bien alimentado, vigilando la madriguera de un ratón, sin esperar que ocurriera algo en realidad, pero preparado para cualquier imprevisto y complacido, mientras tanto, en la contemplación de una imagen de una belleza innata.

La oscilante luz de la vela se difundía a través de la corteza horadada de la calabaza, confiriendo una especie de trémula y débil vida a los objetos que poblaban el cuarto, en especial al esqueleto de cartón que Billy había comprado por un dólar con noventa y cinco de su propio dinero, y que colgaba de la pared junto a la cama, justo enfrente de la calabaza. Hasta ese mismo momento Billy había tenido la sensación de que había malgastado el dinero con el esqueleto; no era tan fantasmal como había pensado. Pero entonces, a la luz de la calabaza, resultaba en verdad tétrico. La muerte, percibió Billy en un repentino rapto de inspiración, era algo que le llegaba a todo el mundo tarde o temprano, y ése era el motivo por el que se celebraba el Halloween y el Día de Todos los Santos, para recordar a todos su destino último. También ésa era la razón por la que uno colgaba esqueletos y calabazas linterna. Una calabaza vaciada era una especie de calavera, una calavera con una vela dentro. Algún día sacarían los

blandos sesos de su propia calavera o, probablemente, se pudrirían hasta convertirse en una masa negra semejante a un montón de estiércol, y quedaría tan vacía como el interior de la calabaza. Entonces estaría muerto.

«Muerto y partido», decían, como si supieran con seguridad a dónde va uno cuando muere. ¿Pero era cierto? ¿Acaso no sabía Billy más sobre el cielo y el infierno, o lo que fuera, que ninguno de los curas y monjas del colegio que sólo podían contar historias que a ellos, a su vez, les habían contado?

Ellos no sabían, como Billy sabía, lo que era hablar con un ser sobrenatural cara a cara, y recibir poder de esa fuente.

Le sonrió a la calabaza. Esa noche iba a utilizar el poder. ¿Por qué no? ¿Por qué no enseñarles a los niños que encontraban tan divertido reírse de él lo que significaba que se rieran de uno? Podía hacerles algo realmente malvado, como provocarles diarrea. Tan sólo tenía que imaginar el modo.

-Buenas noches, Billy -dijo una voz muy cercana. Era más chirriante y vieja de lo que Billy recordaba, pero sabía a quién pertenecía.

-Hola -respondió Billy reverentemente. Veo que ya has empezado a celebrar mis ritos. Me complace.

Billy vio una serpiente negra, de cuerpo segmentado parecido al de un gusano, surgiendo de una de las iluminadas cuencas oculares de la calabaza, que ahora era, además, una calavera. Pedazos de pulpa granada colgaban de la mandíbula de la calavera, y se agitaban al tiempo que la calavera hablaba con él y la mandíbula se movía. El último segmento de la serpiente se deslizó afuera de la cuenca del ojo y cayó con un sonoro «¡plaf!» sobre el duro suelo de madera.

-Me complace enormemente. Has obtenido grandes poderes sin dañarte a ti mismo. Esto, por sí solo, es poco habitual y digno de alabanza. Pero, mejor aún, es el modo en que has incrementado ese poder. Ahora dime, y rápido, pues ésta es una noche ocupada para Saman, señor de la Muerte...

-Pensaba que habías dicho que eras...

La serpiente, que había estado reptando por el suelo con un lento y sinuoso movimiento, alzó la cabeza y lanzó un fuerte silbido, igual que silbaría un alumno encargado de imponer el orden para exigir silencio en una clase.

-Tengo muchos nombres, como tú. A veces eres William, a veces Billy, otras Bill. Lo mismo me ocurre a mí. Esta noche, la víspera del Día de Todos los Santos, soy Saman, señor de la Muerte, y quiero saber sin tardanza por qué me has invocado.

-¿Lo he hecho? -inquirió Billy, pero la pregunta iba más dirigida a sí mismo que a la calavera, que ya no era una calavera sino que volvía a adquirir la forma de calabaza.

Saman no respondió, se limitó a esperar con digno porte que Billy respondiera a su pregunta. Mientras esperaba, una polilla superviviente se posó sobre la sonriente boca de la calabaza, asomándose a su interior llameante.

-Vale -admitió Billy-, quizá puedas ayudarme a pensar en la forma de ocuparme de los chicos de mi clase. En especial de Lyman Sinclair y sus amigos.

El rostro de calavera de Saman hizo una mueca.

-Muy bien, sé exactamente cómo. Tu padre lo ha mencionado antes, ¿recuerdas? Ha dicho: «¿No sabías que los dulces pudren los dientes?» Estas fueron sus palabras.

Billy asintió. Sabía lo que Saman estaba pensando. Era más horrible que la diarrea.

-¿Cómo puedo conseguirlo?

La polilla trepó por la boca de la calabaza, y un momento más tarde se produjo un agudo chisporroteo y la luz osciló.

-Mira dónde ha encontrado mi pariente Corazón podrido un nido para dormir.

Billy miró y sólo pudo descubrir, al pie de la puerta del armario, el estetoscopio roto en el lugar donde se había caído. La negra serpiente semejante a un gusano se había entrelazado con los tubos de goma, de tal manera que tubos y serpiente formaban una sola cosa, como los cables de extensión que se guardaban en el cajón inferior de la alacena.

-Ve hacia él -le ordenó Saman-, y cógelo en tus manos.

Lentamente, igual que un gato acechando una pieza desprevenida, Billy se levantó de la cama y cruzó la habitación hasta la puerta del armario. Allí se detuvo y alargó la mano hacia la serpiente inmóvil.

-Cógelo con las dos manos, Billy -volvió a ordenar la voz de Saman-, con fuerza. ¿Crees que el joven doctor Frankenstein dudaría en tocar cualquier forma de carne mortal? Nada debes temer.

Billy asió sin temor la serpiente con ambas manos. Era blanda, húmeda y fría y, aunque los anillos de su cuerpo negro se agitaban en el hueco de sus manos enlazadas y su cabeza se irguió para lanzar un silbido perezoso, no pareció resistirse. Billy se dio la vuelta con la serpiente en las manos y se encaró a su dios.

Y allí estaba, revelado su ser completo, un hombre desnudo. Pero, de alguna forma, no tenía color. Estaba descolorido como una imagen de televisión en color que hubiera cambiado de repente a blanco y negro. Parecía un cadáver, pero vivía. Era Saman, señor de los muertos, y Mercurio, dios de la magia y la ciencia.

El dios sonrió a su adorador y habló:

-Muy valiente, joven Frankenstein, muy valiente. Bien, ¿sabes lo que debes hacer ahora?

Billy lo sabía, pero prefirió asegurarse.

-Dímelo.

-Lleva a Corazón podrido al desván. Transmítele el poder del caduceo y dale a comer los dulces que vas a maldecir. Tú eres quien debes proferir la maldición; yo no puedo pronunciarla. Confía en Corazón podrido y en ti mismo. Sé fuerte y ten cuidado. Al aumentar el poder, también aumenta el riesgo. Y, Billy...

-¿Sí?

El dios se había desvanecido. Sólo quedaba el resplandor de la calabaza linterna y su mueca sin dientes.

-Feliz Halloween.

21

Los niños llegaban a su puerta pidiendo dulces a intervalos regulares. Cada cinco minutos más o menos aparecía un nuevo grupo de chiquillos, embutidos en disfraces de los más variados e imaginativos diseños, desde lo más improvisado (un chico con estatura de adolescente, que apareció solo, llevaba en lugar de disfraz una bolsa de papel con agujeros a altura de los ojos, y un «BUUUH» pintado sobre la frente), al más refinado (varias bailarinas iguales, que apenas levantaban un metro del suelo, con tutus y zapatillas de ballet). Henry tendía a favorecer a los que llevaban disfraces de fantasmas y brujas caseros con raciones extra de regaliz y maíz tostado, y a escatimarlas a los Spocks y Batmans de grandes almacenes o del centro comercial K-Mart. Pero ni siquiera los primeros recibían las crujientes barras de chocolate Heath. Las barras Heath habían desaparecido de la mesa de la cocina antes de que Henry hubiera podido tomar una para sí mismo. Tal suceso le había causado una verdadera aflicción, pues, a pesar de que era su dulce favorito, no había probado una barra en años. En general no era demasiado goloso, pero con una bolsa por valor de dos dólares con setenta y nueve en casa...

Pensó en pedirle a Billy que bajara, pero mientras Madge estuviera ocupada con su histérica madre no valía la pena que Billy ándase enredando a su alrededor. Le parecía extraño que no estuviera ya disfrazado e importunando a Madge para que lo llevara a Nuestra Señora de la Merced en el coche. Henry se preguntaba si habría sufrido otro cambio de humor y decidido que no quería ir a la fiesta, después de todo. En cualquier caso, hasta que Madge estuviera lista era preferible que Billy siguiera arriba. Ver la constante procesión de niños que acudían a la casa sólo provocaría su envidia por no poder hacer lo mismo.

Madge no salió del dormitorio de la abuela Obstschmecker hasta casi las siete y cuarto, momento en el que anunció que no podría llevar a Billy a su fiesta. Estaba demasiado enferma.

Henry empezó a poner reparos, creyendo que se trataba de una especie de castigo por haber sacado de sus casillas a la abuela Obstschmecker. Pero captó un hálito de vómito en su aliento, la miro más detenidamente y se percató de que no mentía.

-¡Cielos!, estás enferma. ¿Qué te ocurre?

-No lo sé. De repente me puse a vomitar y no he parado ni un momento. Pensé que habría sido algún alimento en mal estado, pero la abuela Obstschmecker dice que tiene bien el estómago. Por lo menos al verme enferma parece haberse calmado un poco, aunque aún amenaza con echarte. Tienes tiempo hasta mañana al mediodía. Ha sido una estupidez por tu parte, Henry.

-No he podido evitarlo. Es igual que vomitar. Cuando a uno le da la risa no se puede contener. Pero no importa... Tienes un aspecto terrible. Si no ha sido comida en mal estado...

-Seguramente será por todas las horas de tensión, y luego esa última escena en la habitación de mi madre habrá sido el detonante. Han sido unos vómitos muy fuertes. No recuerdo haber estado nunca tan enferma. Pero ahora me siento bien. Debo tener el estómago totalmente vacío. Ha sido horrible.

-Yo, lo siento. -Henry la atrajo hacia sí para darle un beso, pero se apartó arrugando la nariz con asco burlón-. ¡Buff!, será mejor que vayas a lavarte los dientes.

-Mi salvador -dijo Madge sarcásticamente, pero también con una sonrisa de agradecimiento.

-¿Podrás ocuparte de los niños que llamen si acompaño a Billy a la fiesta?

-Claro, sólo tengo que poner un par de cubos llenos a ambos lados de la puerta. Pero no hará falta que vayas, cuando ha vuelto del colegio ha dicho que no quería ir.

-Ya lo sé, pero es Halloween, y el Halloween es como... No sé, es una especie de Día internacional del niño, ¿no? Si puede ir a esa maldita escuela y volver cinco veces a la semana, supongo que podrá hacerlo una noche del año.

-Eres un hombre noble y sacrificado, Henry Michaels, y tan pronto como me haya lavado los dientes te daré un premio como Padre del año.

-Dámelo ahora -pidió Henry, frotando la nariz contra la mejilla de ella-. Creo que podría soportar un vómito, siempre que fuera tuyo.

-No seas guarro -le espetó ella, girando la cabeza hacia otro lado.

Antes de que Henry pudiera llevar sus devaneos conyugales más lejos, sonó de nuevo el timbre de la puerta.

-Salvado por la campana -dijo Henry, cogiendo la bandeja en la que había colocado los dos tipos de dulces, y encaminándose hacia la puerta.

Allí lo saludó una calabaza iluminada, de proporciones heroicas, que sostenía a modo de máscara un niño vestido con una arpillera sucia de color marrón.

-¡Broma o invitación! -exclamó una voz de niña desde el interior de la enorme calabaza.

-Madge, ven a ver esto -llamó Henry, con genuina sorpresa. Después se dirigió a la niña que llevaba la calabaza-: Definitivamente eres la ganadora del concurso del disfraz más original de este año. ¿Cómo rábanos puedes llevar esa calabaza de casa en casa? Debe pesar diez kilos por lo menos.

-¡Sorpresa! -prorrumpió un adulto que estaba en las sombras, fuera del alcance de la luz del porche.

La calabaza descendió hasta el nivel del pecho, para descubrir los rasgos familiares, a pesar de estar ocultos bajo una capa de polvo blanco, de Judith Wincklemeyer.

-Feliz Halloween, señor Michaels -dijo, con una voz fina y, sin embargo, musical, que parecía formar un todo con su apariencia física, los labios en forma de corazón y la nariz cincelada, los ojos y el cabello obscuros y el rostro de duendecillo que tan bien se acomodaba a la ocasión. Nada había en el aspecto de Judith (o, por lo que Henry sabía,

en su carácter) que pareciera provenir de los genes de su padre, el gordo y próspero Ben Wincklemeyer-. Y también a usted, señora Michaels, feliz Halloween.

-Judy, Sondra. Qué sorpresa -las saludó Henry-. Entrad en casa. -Por favor. -Madge se hizo eco de la invitación, pero sus palabras sonaron huecas-. Entrad.

Sondra avanzó hacia la luz del porche. Llevaba una chaqueta de ante de color naranja rojizo que le llegaba hasta las rodillas, y sostenía una gran tarta de varias capas, adornada con azúcar glaseado exactamente del mismo tono naranja. En la parte superior de la tarta había una linterna de calabaza dibujada con azúcar glaseado negro.

Sondra les obsequió con su sonrisa de «olvidemos el pasado y tratemos de ser agradables».

-¿Está Billy en casa aún? -preguntó, deteniéndose al pie de las escaleras del porche-, ¿o se ha ido ya a la fiesta del colegio?

-Está arriba -contestó Henry-, poniéndose el disfraz. Contempló a su ex mujer con el mismo tipo de hambre respetuosa y puramente teórica que sentía por la tarta que ella llevaba. Nunca había tenido un aspecto tan sexy cuando estaba casada con él. Todo era oropel, azúcar glaseado; todo era producto del dinero de Ben Wincklemeyer.

-He traído una tarta -dijo Sondra, con la misma sonrisa conciliadora.

-Ya veo -replicó Madge, observando la tarta de varias capas con un hambre que era cualquier cosa menos simulada. Su estómago vacío emitía ruidos de protesta, y la boca se le hacía agua-. Debe estar para chuparse los dedos.

Sondra subió los escalones con precaución. Henry vio entonces sus botas medio vaqueras, que le llegaban hasta las rodillas y eran del mismo ante que la chaqueta. A saber lo que le habría costado todo el atuendo. Ella entregó la tarta a Madge y traspuso el umbral de la puerta, que Henry mantenía abierta, tras su hijastra.

Madge y Henry las siguieron al interior de la casa. Hicieron sitio para la calabaza sobre la repisa de la chimenea, y quitaron las revistas y ceniceros de la mesita frente al sofá, para que la tarta pudiera ser debidamente admirada.

-La ha hecho Judith -explicó Sondra, sacándose la chaqueta y revelando así una blusa de seda negra adornada con un broche de perlas que, si eran auténticas, debía costar aún más que el atuendo exterior de ante.

-Cocinar resulta divertido -afirmó Judith. Se había sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra, justo al lado de la mesita-. Aún estoy aprendiendo, pero me gusta. Es como la química, y también tiene mucho que ver con la vista.

-Bien -dijo Sondra con una risita nerviosa-, ¡ojalá hubiera aprendido que el resultado se ha de comer!

-Mi madre está siempre pinchándome para que coma más. Si comiera todo lo que dices que debería comer en un solo día, madre, pronto me pondría tan gorda como Winky.

-¿Quién es Winky? -quiso saber Madge-. ¿Es obesa?

-Winky era el apodo familiar de Ben cuando era niño, y desde que Judith lo descubrió por boca de su tía, insiste en llamar a su padre Winky. Él lo detesta.

-No lo detesta, madre, sólo piensa que es tonto. Para eso son los apodos, ¿no es cierto?, para hacer que uno se sienta estúpido. Si él dejara de llamarme Judy yo dejaría de llamarlo Winky. Se lo he dicho miles de veces.

Henry sonrió, reconociendo en la última frase de Judith una expresión que había escuchado infinitas veces en labios de Sondra. «Henry, ya lo hemos discutido miles de veces», o «Henry, si no te lo he dicho una vez, te lo he dicho miles de veces». Sin que ninguna de las dos lo supiera, Sondra estaba ejerciendo una influencia real sobre la hija de Ben Wincklemeyer, a pesar de la insistencia de la chica en mantener una distancia escéptica frente a su madrastra.

Madge captó la sonrisa de Henry y, mediante levísimos movimientos de las cejas, le dio a entender que no era de buena educación sonsacar a la cándida Judith esos detalles reveladores de la vida doméstica de los Wincklemeyer. Después se giró hacia la chica con una amable y alegre sonrisa (la misma con la que obsequiaba a los niños ingresados en el hospital, siempre que estaban a su cuidado) y le hizo la típica pregunta reservada a los niños.

-¿Qué edad tienes ahora, Judith?

-Once años y ocho meses. ¿Qué edad tienes tú?

-¡Judith, por favor! -la regañó Sondra-. ¿No podrías ser más agradable?

-No hay nada desagradable en su pregunta -protestó Madge, que tenia diez años más que Sondra, pero no le importaba un pepino. Para Madge la cuestión no era la edad que uno tenía, sino lo bien que se conservaba uno en comparación con otras personas de la misma edad. A pesar de que fumaba y bebía como un carretero, Madge se sentía en buena forma en comparación con la ex de Henry-. Tengo treinta y nueve años -mintió. No los cumplía hasta el mes de enero.

-Eso que llevas sí que es un buen vestido de bruja -comentó Henry, mintiendo a su vez o al menos con escasa sinceridad. Si el cumplido lo hubiera dirigido a Sondra hubiera estado más cerca de la verdad, pero el atuendo de Judith la hacía parecer más bien una niña abandonada que una bruja. Resulta muy fantasmal.

A Judith le dio la risa tonta.

-No es una bruja, Henry -puntualizó Sondra-. Es santa Clara.

-¿Santa Clara, del estado de Minnesota? -preguntó Henry, asombrado.

-Santa Clara, la santa -explicó Sondra, con una ligera mueca de desaprobación.

-Santa Clara era la hermana de San Francisco -agregó Judith-. Fundó la orden de las Clarisas hace casi quinientos años.

-Qué disfraz más raro -exclamó Madge. Luego, al darse cuenta de que parecía más una crítica que una simple observación, añadió-: Quiero decir, ¿no es un poco raro vestirse de santa en Halloween?

-Si me quedo levantada hasta después de las doce ya será el Día de Todos los Santos.

-Espero que no tengas la intención de ir a misa vestida de santa Clara -dijo Sondra animadamente-. A tu padre no le haría gracia.

-Por supuesto que no, madre, no seas tonta. -Esta vez le tocaba a Judith cambiar de tema-. ¿Dónde está William?

-Buena pregunta -contestó Henry, levantándose del sofá de un salto-. Iré arriba a buscarlo. Billy se está poniendo el disfraz. Esperad y veréis, es una maravilla.

Henry dejó a las tres mujeres para que continuaran el combate dialéctico por sí solas, subió las escaleras y siguió el pasillo hasta la habitación de Billy, pero sin abrir la puerta supo que Billy no estaba dentro.

El corazón de Henry se vio sacudido por un débil y extraño presentimiento cuando contempló la habitación vacía. Era como el poema que todas las chicas del penúltimo curso del Instituto Alexander Ramsey memorizaban y recitaban repetidas veces: Niño triste, de Eugene Field. No recordaba el poema, sólo los gruñidos de desaprobación que se elevaban entre los chicos de la clase cada vez que daba comienzo el viejo poema sentimentaloide. Allí estaban los juguetes y los libros de Billy. En el rincón estaban los dos grupos de bolos, dispuestos ya en forma convencional en dos triángulos de diez. También seguía allí, colgado de la puerta del armario, el disfraz de médico. Pero ¿dónde estaba la calabaza?

-¿Billy? -llamó-. Billy, ¿dónde estás?

No hubo respuesta.

En cierto modo, Henry no esperaba que nadie le contestara. Volvió a salir al pasillo. Vio que la puerta de la habitación de Ned estaba entornada y dejaba escapar el débil resplandor de la lamparita junto a la cama hacia el obscuro pasillo. «Por supuesto -pensó-, ahí está Billy.» Le habría llevado la calabaza a su hermano para que la viera.

Pero el dormitorio de Ned estaba vacío también. O al menos así era a los ciegos ojos de Henry. Se negaba tajantemente a tratar el cuerpo comatoso de Ned como si la mente y el espíritu del chico estuvieran vivos dentro de su envoltura de carne. Henry salió de nuevo al pasillo sin haberle prestado la más mínima atención al cuerpo yaciente sobre la cama.

-¡Billy! -volvió a gritar, con mayor fuerza-. ¡Billy, ha venido tu madre!

Esta vez oyó una respuesta amortiguada, y un ruido sordo. Pero ¿de dónde venía? Las puertas de las otras habitaciones estaban abiertas, mostrando la obscuridad que reinaba en ellas. Sólo la puerta que conducía al desván permanecía cerrada. Pero Billy no podía estar allí.

No obstante, cuando abrió la puerta, Henry vio la trémula oscilación de una vela reflejada en las vigas desnudas del techo. Cuando empezó a subir, la voz de Billy se elevó, clara, desde la obscuridad.

-¡Ya te he dicho que bajaré enseguida, papá!

-¿Qué estás haciendo ahí arriba? -preguntó Henry a la obscuridad.

-He traído la calabaza iluminada para ver qué tal queda en la obscuridad, nada más.

Henry había alcanzado el final de las escaleras. Vio a Billy en el rincón más alejado de aquel espacio cavernoso, arrodillado delante de la calabaza iluminada, y metiendo apresuradamente en su mochila escolar algo que estaba esparcido por las tablas del suelo.

-Tu madre está abajo, con Judith. Si te das prisa, podrá llevarte en el coche a la fiesta. Madge no se encuentra bien, así que yo pensaba ir contigo caminando hasta allí, pero ya que han venido en coche... -Henry se interrumpió. Se había acercado a Billy lo suficiente como para ver que lo que estaba metiendo en la mochila eran las barras de chocolate Heath que habían desaparecido.

-Vale -replicó Billy-. Voy enseguida. Ya he terminado. Me pondré el disfraz en un momento.

Cerró la mochila y se la colgó a la espalda. Después cogió la calabaza con ambas manos y se levantó. La llama de la vela vaciló cuando Billy se dio la vuelta. Por un momento, la calabaza pareció un ser viviente.

-Tiene un aspecto más terrorífico aquí, ¿verdad, papá?

-Sí -concedió Henry-, desde luego. Pero ahora dame a mí la calabaza. No quiero que tropieces en las escaleras y quemes la casa. Ve a ponerte el disfraz. Rápido.

Billy le alargó la calabaza a su padre y se dirigió a las escaleras con cierta reticencia. A medio camino se dio la vuelta.

-¿No bajas tú también?

-Enseguida.

Ya solo, Henry depositó la calabaza en el suelo y tanteó el espacio obscuro sobre su cabeza, tratando de encontrar el cordón de la luz. De poco le sirvió, sin embargo, hallarlo, pues descubrió que la bombilla se había tundido. Entonces, utilizando la calabaza como linterna, inspeccionó la parte del desván donde había encontrado a Billy, sintiéndose un poco bobo, por jugar a los detectives de esa manera, sin tener ni idea lo que estaba buscando, pero notando al mismo tiempo una extraña inquietud. Seguramente se le había contagiado el espíritu de Halloween del chico. Los niños tenían ese afán por la sangre y lo cruento porque... bueno, porque eran humanos. Los adultos, después de todo, tenían el mismo afán.

Casi se había convencido de abandonar la inspección de las tablas del suelo cuando vio, con un sobresalto de auténtico miedo, un movimiento negro y sinuoso que un instinto arcano y profundamente enraizado interpretó como... ¡una serpiente! Pero era absurdo: lo que había visto en realidad, al borde del alcance de la luz de la vela, justo donde las tablas daban paso a una alfombra de aislante, no se movía y no era, en absoluto, una serpiente. Era (se puso en cuclillas, dejó la calabaza sobre el suelo y recogió el objeto en cuestión) el estetoscopio roto que Madge le había dado a Billy para su disfraz. A su lado estaba la explicación de por qué Billy había subido hasta allí: un envoltorio vacío de una barra Heath. Había ido al desván para asegurarse de que tendría su parte de los mejores dulces mientras aún estaba a tiempo.

Los dulces que se comen en secreto son siempre mejores que los que llevan el sello de la aprobación paterna. Una buena teoría pero, de hecho, cuando cogió el envoltorio del suelo, no estaba vacío. Henry sintió de inmediato la tentación. Le gustaban mucho las barras Heath, pero la parte dura y crujiente era fatal para sus dientes. Tenía un agujero entre dos de los molares posteriores inferiores que aún quedaban y, por mucho que cepillara, no quedaba nunca limpio cuando se le metían trozos de comida dentro.

Concediéndose a sí mismo una palmadita mental en el hombro por resistir la tentación, Henry se metió la pequeña barra de chocolate crujiente en el bolsillo, recogió la calabaza de mueca desdentada, y se encaminó hacia la sala de estar iluminada con la dialéctica social.

También (pensándolo mejor) hacia la fuerte probabilidad de comer un trozo de su dulce favorito una vez su ex se hubiera ido con Billy.

22

-¿Se ha tomado su Mickey Finrti* -inquirió Henry cuando Madge volvió a la cocina con la bandeja y los platos que le había llevado a su madre como cena.

-Hasta la última gota. Ha engullido el trozo de tarta, se ha bebido el Sanka y se ha quedado frita. El Amytal tiene un efecto muy fuerte en las personas mayores. La cámara se ha roto, por cierto.

Colocó los platos en la fregadera y devolvió la bandeja a su sitio en un estante de la alacena. Luego se reunió con Henry en la mesa de la cocina y aceptó un cigarrillo del paquete que éste alargaba hacia ella.

-¿Qué tal tu estómago?

-Sin problemas. La tarta de Judith era muy dulce para mi gusto...

-Era como sumergirse en jarabe de melcocha -comentó Henry.

-Pero por lo que veo, eso no te ha impedido comerte un segundo trozo mientras yo estaba con mi madre. -Encendió el cigarrillo y apagó la cerilla- ¿No te parece que Judith es un poco repelente?

-Resultaba difícil apreciarlo con el saco que llevaba puesto -contestó Henry, haciendo una mueca-, pero da la impresión de ser muy lista. Dentro de un año o dos se convertirá en una pequeña Lolita.

-¿Es que no piensas en otra cosa? -replicó Madge, sonriendo.

-Esta noche no.

-Bueno, contén tus impulsos. Tendremos niños rondando la puerta durante un buen rato todavía, y no querrás tener que limpiar un montón de ventanas enjabonadas... Cuando vuelva de recoger a Billy tendremos tiempo de sobra para ese e equis o.

-¿Estás segura de que estás tan bien como para ir a buscar a Billy? A mí no me importaría ir caminando. Me haría bien.

-Me encuentro perfectamente. Fuera lo que fuese, ha pasado. Ahora me gustaría tomar un trago. ¿Te apetece?

-Claro, dime cuál es tu veneno.

---

* Expresión inglesa mediante la cual se denomina una bebida alcohólica a la que se ha añadido una droga, sin conocimiento del que la bebe, y que provoca su inconsciencia. *(N. de la T.)*

-No hay más que zumo de naranja para un combinado.

-Deja que lo haga yo.

Henry se levantó y empezó a preparar los dos destornilladores, charlando mientras sacaba cubitos de hielo de la cubitera y mezclaba el contenido de botella y cartón.

-¿No se ha pasado un poco Billy con lo de las barras Heath? No suele ser así. Han traído esa maldita calabaza de cinco pavos y una tarta, y no les ha dado ni una miserable barra.

-Es por lo del Halloween. Los niños se vuelven locos con estas cosas. De todas maneras, Sondra dice que Judith no prueba dulces de ningún tipo. Es muy tiquismiquis con la comida. Recuerda que hace dos años no comía absolutamente nada más que mantequilla de cacahuete y sandwiches de plátano. Ahora va de comida sana. Sólo come verdura y ensalada, pero nada de carne. Le he dicho a Sondra que si no tiene cuidado pronto tendrá una anoréxica en casa.

Los destornilladores estaban listos. Henry le dio uno a Madge y preguntó:

-¿Vamos a la sala de estar? A lo mejor dan algo interesante en la tele.

-Sí. -Apagó el cigarrillo en el cenicero y echó un largo trago haciendo tintinear el hielo en el vaso.

Sonó el timbre de la puerta.

-Maldita sea -se quejó Henry. Cogió la bandeja de los dulces y fue a abrir la puerta delantera.

Era Ralph Johnson, el amigo de Billy, y, mirando desde la base de los escalones del porche, su padre, un tipo de aproximadamente la misma edad que Henry, pero con una gran barriga provocada por el trabajo sedentario en un banco del centro. Ralph iba vestido de indio. Llevaba pinturas de guerra en las mejillas hechas con lápiz de labios, y un tocado casero de plumas de pollo teñidas con colores brillantes.

-¡Broma o invitación! -gritó, levantando su bolsa de la compra.

-Kee-wah-wah-yu-a-nah -contestó Henry.

-¿Qué? -preguntó Ralph, torciendo el gesto.

-Kee-wah-wah-yu-a-nah -repitió Henry-. Es la expresión india para «¿cuál es tu tribu, joven guerrero?»

Ralph se quedó en blanco, y su padre acudió en su ayuda.

-Es un apache, creo.

Su manera de hablar resultaba extrañamente confusa. Henry lo miró más de cerca, y el hombre le sonrió en respuesta, poniendo de manifiesto una dentadura de pesadilla con dientes largos, prominentes y descoloridos. Henry se quedó alucinado. La visión de los repugnantes dientes de Johnson representaba una amenaza personal, directa, para su salud dental. Sólo cuando Johnson rompió a reír y se sacó los dientes de pega de la boca se dio cuenta de que le había tomado el pelo.

-¡Dios santo! -exclamó, con una débil risa-. Por un momento había pensado que...

-Sí, engañan a todo el mundo -interrumpió Johnson.

-Bueno, aquí hay unos dulces para el joven apache. -Henry echó maíz tostado y regaliz en la bolsa del chico-. Y aquí tenemos algo para el

viejo dientes de sable. -Buscó en su bolsillo y sacó la pequeña barra Heath que había recogido del suelo del desván. Se la tiró a Johnson, que la cogió con destreza-. Y recordad que os tenéis que lavar los dientes después de comer todo eso. O lo lamentaréis.

-Cierto, la higiene dental es muy importante.

Johnson volvió a deslizar los dientes de pega sobre los auténticos e hizo una mueca a modo de despedida. A pesar de saber que los dientes eran falsos, el efecto resultaba desconcertante.

-Deberías haber visto al padre de Ralph Johnson -le dijo Henry a Madge cuando volvió a la cocina-. Llevaba..., ¡oh, no!

Madge estaba de rodillas junto a la fregadera, vomitando convulsivamente en el barreño de plástico amarillo que había sacado de la fregadera. Era evidente que el inicio de los vómitos la había cogido por sorpresa, la mayor parte, aún reconocible como parte de la tarta, estaba desparramada por el suelo.

Henry se puso de rodillas junto a ella. Ella trató de zafarse de su abrazo consolador. Tenía lágrimas en los ojos.

-¿Madge, qué demonios te pasa?

Ella se enjuagó la boca con el dorso de la mano y carraspeó para aclararse la garganta. Intentó responder, aunque hubiera sido tan sólo para decir que no lo sabía, pero las convulsiones comenzaron de nuevo.

Continuaron, a intervalos, durante media hora más. Cuando por fin terminaron no había ni que pensar en que pudiera coger el coche para ir a ninguna parte. Henry quería llevarla al hospital, pero ella se negó a considerar tal posibilidad.

-Tendré que ir mañana de todas formas. Lo único que quiero ahora es dormir.

No tenía sentido tratar de discutir con Madge cuando estaba enferma, porque sacaba a relucir su profesión insistiendo en que, como enfermera, sabía mejor que él lo que debía hacerse. Por consiguiente, no trató de persuadirla, sino que se encargó de limpiar toda la porquería de la cocina, y asegurarse de que Madge tenía varios baldes y cazos junto a la cama. Llegó entonces la hora de ponerse en camino hacia Nuestra Señora de la Merced.

Una manzana más allá de casa tuvo que darse la vuelta para ir a buscar el chubasquero y un paraguas. «Dios mío -rogó, medio en serio, medio en broma, al bajar los escalones del porche por segunda vez y adelantarse en la llovizna, que se estaba convirtiendo en aguacero-, ¿qué he hecho yo para merecer esto?»

23

Durante toda la proyección de Frankenstein, Billy estuvo pensando en las chocolatinas que había dejado en el gran recipiente que estaba en su aula: el mismo cuenco en el que todos los alumnos de cuarto curso de la hermana Catherine habían depositado sus contribuciones, y del que cada uno de ellos tomaría su parte antes de volver a casa. En los años anteriores los dulces de Halloween se repartían entre todos los alumnos de la escuela en el gimnasio, pero como había anunciado la

directora, la hermana Fidelis, en la reunión de la tarde, debido a ciertos incidentes con los niños mayores que se apropiaban de los dulces de los más pequeños, en el gimnasio sólo se realizarían los juegos, se vería la película de terror y se concederían los premios a los mejores disfraces. Los dulces se distribuirían en las correspondientes aulas.

Todo ello serviría a las pretensiones justicieras de Billy, ya que sólo a los niños que se habían reído de él y luego se habían negado a decirle por qué se les pudrirían los dientes.

Era más justo, sí, pero ¿acaso no había algo básicamente injusto en la idea misma? ¿No se quejaba él cuando toda la clase tenía que quedarse por culpa de dos o tres? ¿No era eso lo que quería hacer él, sólo que peor? Mientras tanto, la historia de la pantalla (una película que Billy ya había visto varias veces en la televisión y conocía bien) había alcanzado el punto en que Boris Karloff encontraba a la niña que pronto arrojaría al río; un crimen que cometía no por maldad sino por su increíble estupidez. Tenía una mirada bobalicona e incrédula en el rostro que resultaba mucho más aterradora que la deliberadamente malvada y astuta de un vampiro. Algunas de las niñas más pequeñas de las primeras filas chillaban de miedo por anticipado.

Billy se levantó de la silla plegable y se abrió paso hasta el pasillo entre las filas de asientos, golpeando rodillas y pisando pies. Karloff cogía torpemente a la niña. Se produjo una algarabía de gritos y vítores cuando la lanzó al agua.

La hermana Symphorosa hacía guardia en la entrada. En un principio fingió no ver a Billy, y continuó manifestando su descontento y reprobación hacia las figuras de la pantalla, frunciendo el ceño. Billy tiró con mayor insistencia de su chaqueta de lana gris.

La hermana encaró entonces al niño con su ceño fruncido.

-¿Sí?

-Hermana, perdone, tengo que ir al lavabo.

-¿No puedes esperar a que termine la película?

-Pero aún queda mucho. Todavía tienen que ocurrir muchas cosas. El monstruo mata a una mujer que se está casando, y luego lo persiguen, y hay una lucha dentro de un lugar en que hay esa cosa que da vueltas. Y yo tengo que ir al lavabo... urgentemente.

Fue la acertada utilización del adverbio lo que inclinó la balanza. La hermana Symphorosa le entregó un pase de pasillo y le dejó salir.

A la izquierda estaba el lavabo de chicos más próximo, pero había otro más cerca de la clase de Billy, que estaba hacia la derecha después de la escalera principal, luego al final del pasillo, y de nuevo a la derecha. La planta de la escuela tenía la forma de un cuadrado al que faltaba una esquina, de modo que no se podía volver a la esquina A (el gimnasio) desde la esquina D (su clase) directamente. Allí donde no había taquillas, las paredes del pasillo estaban decoradas con adornos de Halloween de estilos y métodos tan variados como clases había a lo largo del pasillo.

Los alumnos de tercer curso de la hermana Terence habían realizado un mural de un metro de alto y tres metros de ancho en un enorme rollo de papel que mostraba las diferentes habitaciones de una

casa encantada, con una amplia variedad de brujas y monstruos, aunque ninguno, en opinión de Billy, demasiado convincente. El despliegue de los alumnos de segundo de la señorita Beane era, como de costumbre, mucho más vistoso. Se trataba de un tablero de ajedrez gigante con linternas de calabaza de color naranja pegadas sobre los cuadros negros, alternando con calaveras negras pegadas sobre los cuadros blancos. Todos los que habían estado en el segundo curso de la señorita Beane estaban de acuerdo en que sus clases de arte eran las más divertidas de toda la escuela, a pesar de que siempre se hacían las cosas exactamente como ella quería.

Billy ralentizó el paso al acercarse a la escalera principal, pues allí era más probable que tropezara con un monitor, si había alguno. Había ideado ya una excusa para ir al lavabo más alejado (a saber, que los tres retretes del otro lavabo estaban ocupados), pero lo mejor era llegar a su meta sin ser apercibido. Podría tardar bastante en vaciar el cuenco de chocolatinas Heath, más tiempo del que nadie emplearía en ir al lavabo.

Oyó una voz, luego dos: un hombre que decía «umm» y «uh-uh» y la voz de la hermana Fidelis, fluida y cantarína. Estaban cerca de la doble puerta de la entrada principal, un tramo de escaleras más abajo a mitad del pasillo. Sólo podía ver claramente a la hermana Fidelis, ya que el hombre mantenía medio cuerpo dentro y medio fuera de la doble puerta, evitando así fumar oficialmente dentro del edificio de la escuela. Aun así, el olor del cigarrillo traspasaba los olores habituales en el colegio de la cera del suelo y el polvo de la tiza con la fuerza del sacrilegio, como si se escuchara una emisora de rock & roll en una iglesia.

Billy aspiró profundamente, sacó el pase para mostrarlo, e inició su andadura por el pasillo esperando que la directora estuviera demasiado enfrascada en la conversación para verlo. En realidad, no fue la hermana Fidelis quien exclamó: «¡Billy, eh! Billy, baja.»

Era su padre.

Billy bajó el tramo de escaleras en dirección a su padre con el alivio de saber que ya no era responsable de lo que pudiera ocurrir. Se lo habían impedido, estaba fuera de sus manos.

-Hola, papá. Hola, hermana -dijo, y le tendió su pase. La hermana Fidelis asintió sin mirarlo.

-Bueno, ¿y qué tal la fiesta de Halloween? -preguntó su padre-. ¿Qué haces en el pasillo?

-Están dando Frankenstein, pero he tenido que salir para ir al lavabo.

-No sería demasiado terrorífica para ti, ¿no? -Henry sonrió. Lanzó el cigarrillo afuera, a la oscuridad de la llovizna, y expuso lo que le había llevado hasta allí-. Bueno, date prisa en ir al lavabo. He venido a buscarte un poco antes de lo previsto. Tu madre se ha puesto enferma de nuevo, así que me temo que no habrá chofer esta noche.

-Lo lamento -manifestó la hermana Fidelis amablemente-. Espero que no sea nada serio.

-Ella dice que es una especie de gripe.

La hermana Fidelis suspiró.

-Sí, ya llega la época. En cualquier caso, Billy no puede irse a casa sin su parte de los dulces de Halloween. Bien, Billy, cuando te hayas lavado las manos puedes llevar a tu padre a la clase y coger tú mismo los dulces del recipiente. Siento que no puedas ver el final de la película, pero tu padre dice que eres un experto en el tema de Frankenstein.

-Ya he visto la película -asintió Billy-, y otra que era casi igual pero en color, y luego, el año pasado, vi El jovencito Frankenstein. Es mi favorita. Es más divertida que la de hoy, pero también da más miedo.

La hermana Fidelis le tendió la mano a Henry.

-Ha sido muy agradable tener la oportunidad de charlar con usted. Rezaré por el rápido restablecimiento de la señora Michaels, y también por su infortunada suegra. Qué cosa tan extraña le ha ocurrido... Bien, el deber me llama, debo patrullar por los pasillos. Todos esos dulces tentarían a un santo. Buenas noches, y feliz Halloween. -Cuando estaba a mitad de las escaleras se dio la vuelta, dirigiéndose a Billy-. Espero verte mañana a las ocho en punto en la misa mayor, William. El Día de Todos los Santos es fiesta de guardar.

-Ya lo sé, hermana.

Henry insistió en acompañar a Billy al lavabo, pero no entró con él. Billy se metió en una de las letrinas, esperó un intervalo de tiempo conveniente, tiró de la cadena y volvió junto a su padre. Después no tuvo más remedio que ir con él hasta su clase.

Allí, en la pizarra principal y en grandes letras blancas dibujadas con el lateral de la tiza, habían escrito las palabras más guarras del idioma inglés y luego las iniciales de la escuela NSM. También estaba el recipiente de los dulces pero, por algún milagro, vacío de contenido. Tan sólo quedaban unas pocas manzanas medio podridas.

Billy sintió un inmenso júbilo. Aun antes de deducir por lógica lo que había ocurrido, sabía que ya no tenía nada de qué preocuparse, ni por qué sentirse culpable o asustado. Comprendió el significado de ser «salvado».

-¿Es ahí donde estaban las chocolatinas? -inquirió Henry, inclinando el recipiente de modo que las manzanas rodaron en él.

-Estaba casi lleno hasta arriba -contestó Billy asintiendo.

-Una broma pesada. ¿Quién demonios habrá...?

-Probablemente niños del Weyerhauser.

Henry había pensado lo mismo, pero no había querido decírselo a Billy. Asintió con la cabeza, grave pero evasivamente.

-Será mejor que vayamos a contárselo a la hermana Fidelis. Pero primero -fue hacia la pizarra y cogió un borrador- será mejor que borremos esto.

-Quizá no deberíamos -sugirió Billy-. Podría ser una prueba.

-Si alguna vez necesitan a alguien que testifique ante un jurado sobre lo que había escrito en la pizarra, los dos nos presentaremos como testigos ¿vale? Pero ahora... -Borró la gigantesca obscenidad, pero aún borradas se veían las letras y, concentrándose, cualquiera podía leer QUE SE JODAN SM.

-Escribe otra cosa en la pizarra, papá. Feliz Halloween, por ejemplo; así nadie se dará cuenta de lo que hay escrito debajo.

-De acuerdo -aceptó Henry.

Cuando la pizarra quedó bien borrada, volvieron para contarle a la hermana Fidelis lo que habían descubierto. Su principal preocupación fue saber si había habido también vandalismo y, puesto que no era el caso, dijo:

-Es una bendición. Por supuesto, ha sido una cosa terrible, pero si sólo se han llevado los dulces, podemos ponerle remedio con facilidad.

-¿Cómo cree que habrán entrado? -preguntó Henry.

-Un colegio no es una fortaleza, señor Michaels. Cualquiera que sea capaz de saltar la verja que rodea el patio puede subirse también al alféizar de la ventana de ese aula. Intentamos mantener cerrados los pestillos de las ventanas por ese motivo, pero algunas veces... -Levantó las manos en un gesto de resignación-. Comprendo que esté ansioso por volver a casa, señor Michaels, pero le agradecería que me sustituyera aquí en la puerta un momento, digamos cinco minutos, mientras yo voy a rellenar de nuevo el recipiente de la clase de Billy con dulces de las otras clases. Los niños no tienen por qué enterarse de lo ocurrido si me ocupo de ello ahora.

-Por supuesto, hermana, me alegrará poder serle útil.

-Billy, ven conmigo a ayudarme.

Billy siguió a la hermana Fidelis a su clase. Después, con el recipiente cada vez más lleno, fueron de una clase a otra, tomando mayor cantidad de donde más había. Las aulas de primer y segundo curso eran, definitivamente, las que mayor cantidad tenían. Cuando alcanzaron el aula de séptimo curso, en el piso superior, había más dulces en el cuenco que llevaba Billy que en el de ese aula, y la hermana Fidelis decidió que ya habían recogido lo suficiente. Devolvieron el recipiente lleno a la clase, donde Billy hubiera olvidado coger su parte de los dulces de no ser por la hermana Fidelis.

-Vamos, no seas tímido, coge más. Pero hazme un favor, ¿lo harás, William?

-Sí, hermana.

-No comentes con los otros niños lo que tú y tu padre habéis descubierto. Desde luego, si alguien te pregunta directamente tendrías que decir la verdad. Mentir es siempre pecado. Pero si nadie te pregunta...

Billy asintió con la cabeza.

-De acuerdo, hermana, mantendré el secreto.

-Bien -replicó ella, y lo recompensó con un puñado más de dulces.

Al aproximarse a la escalera pudieron oír una discusión entre el padre de Billy y unas personas que insistían para que las dejaran entrar. Henry argüía airadamente que debían esperar a que la hermana Fidelis volviera y los identificara como alumnos, y ellos persistían en su empeño de entrar sin más preámbulos.

La hermana Fidelis apresuró el paso, de forma que Billy tuvo casi que correr para mantenerse a su altura. Cuando Billy y la hermana Fidelis llegaron a la escalera que llevaba hasta la doble puerta y

pudieron verles, los chicos que trataban de forzar la entrada ante Henry se dieron media vuelta y retrocedieron hacia la acera.

La hermana Fidelis salió detrás de ellos y les preguntó qué querían. La respuesta no llegó de inmediato. Billy apretó la cara contra el panel de cristal inferior de una de las puertas para ver lo que ocurría fuera. Había cuatro chicos mayores, probablemente de séptimo u octavo curso, los cuatro con idénticas máscaras de goma de Richard Nixon. No podía saberse si eran blancos o negros, ni siquiera por las manos, porque llevaban guantes. Pero hablaban como los chicos negros cuando estaban discutiendo con Henry. «¡Eh, tío, no puedes hacernos esto!», o «¿Quién eres tú, tío, pa' decirnos que no podemos entrar ahí?»

-Quitaos esas máscaras y dejadme ver quiénes sois -pidió la hermana Fidelis.

-Soy Richard Nixon -replicó uno de los chicos, en tono de desafío, y los otros tres rieron y corearon la ocurrencia-. Sí, ése soy yo, Richard Nixon. -Todos levantaron las manos haciendo la señal de victoria.

-Sí -habló de nuevo el primer chico-, soy Richard Nixon y no soy un mangui.

Esta vez el coro de risas de los otros sonó menos forzado.

-Bien, Richard Nixon, me temo que tendrás que buscar otro sitio mejor para celebrar el Halloween. Nuestra fiesta es sólo para alumnos de Nuestra Señora de la Merced. Lo siento, pero así son las normas.

Expuesto su desafío, los cuatro modelos a escala de Richard Nixon le dieron la espalda a la escuela y salieron a la calle. Al alcanzar la acera de enfrente, se dieron la vuelta y gritaron a voz en cuello el mismo obsceno mensaje que habían escrito en la pizarra de la clase de Billy. Luego se dieron la vuelta y corrieron, adentrándose en la obscuridad.

-¿Sabe, hermana? -comentó Henry, cuando la hermana Fidelis volvió a entrar-, apuesto a que ésos eran los mismos que birlaron los dulces de la clase de Billy.

-¿Volviendo a la escena del crimen? Eso sería muy audaz por su parte, ero supongo que nunca lo sabremos. Gracias por su ayuda más allá de lo que el deber exigía.

-Yo diría que he hecho exactamente lo que mi deber reclamaba, hermana, y me alegra haber sido útil. ¿Está segura de que podrá arreglárselas sola?

-Sólo eran unos chiquillos maleducados. Es Halloween, después de todo. -Rió despreocupadamente-. Esto no es la selva, todavía. Además, ya lo he tenido demasiado tiempo apartado de su mujer. Gracias de nuevo y buenas noches a los dos.

Henry traspasó el umbral, abrió el paraguas, y esperó a que Billy se apretujara contra él bajo su cobijo. Se pusieron en marcha en dirección a casa, poniendo gran cuidado en mantener el paso para evitar mojarse dentro de lo posible. Mientras caminaban iban comiendo dulces de la mochila de Billy.

Henry ideó nuevas historias sobre los orígenes del Halloween, y Billy le explicó lo que había leído en la Enciclopedia universal juvenil del saber. Coincidieron en que los antiguos druidas debían haber sido personas muy interesantes.

24

Henry no podía dormir. Había estado tumbado en la cama durante una hora escuchando los ronquidos irregulares de Madge, que se había tomado uno de sus ángeles de la guarda del frasco que escondía en su cómoda, y seguía tan despierto como al principio. «Leeré un libro -pensó-, y haré una incursión en la nevera.» Vestido con la chaqueta del pijama y el albornoz salió al pasillo y, tras comprobar que Billy dormía tranquilamente, bajó las escaleras. En la casa se había aposentado un frío glacial, el frío fúnebre de una iglesia de piedra o de algún otro edificio en el que no hubiera calefacción habitualmente. Los pies se le encogían a cada paso y en las piernas empezó a notar la piel de gallina. Era va noviembre y habría que empezar a pagar las facturas de la calefacción, y ese viejo mastodonte Victoriano se tragaba el petróleo con el mismo cuidado con que se llenaba el depósito. Si se añadían los impuestos, el mordisco mensual ascendía casi a lo que una familia media podía pagar por un alquiler. Quizá debiera cumplir por fin su eterna amenaza, a saber, hacer uso del hogar de leña en la sala de estar. La chimenea y el conducto de humos parecían en buenas condiciones. Pero, teniendo en cuenta el abundante suministro de leña necesario, ¿representaría verdaderamente un ahorro?

Como de costumbre, el sueño de realizar una hazaña heroica le llevó a reconocer lo que deseaba como medio de gratificación instantánea. ¡Un fuego en la chimenea! Había leña suficiente apilada junto a la chimenea para conseguir un fuego agradable. Antes de prepararse un tentempié formó un pequeño montón de astillas bajo los tres delgados troncos que sacó de la pila, y consiguió que prendiera el fuego. Cuando volvió con una bebida y un bocadillo de queso y ketchup entre dos rebanadas de pan de centeno tostado, los troncos habían prendido también y las llamas estaban celebrando su propio Halloween, danzando y chisporroteando.

Hay algo primordial en el fuego, algo casi religioso. Henry sólo tenía que sentarse a contemplar un fuego durante diez o quince minutos para que su mente se perdiera en otra dimensión. Resultaba difícil no creer que el fuego estaba vivo y que, por el contrario, se componía tan sólo de gases excitados. ¿Acaso no había visto uno de los personajes del Antiguo Testamento a Dios dentro de un arbusto en llamas? También había algo más que había oído últimamente..., ¿qué era?, ¡ah, sí!, lo que Billy le había contado sobre los druidas (el chico tenía una memoria que parecía una trampa de acero de la que nada escapaba), que en Halloween hacían hogueras especiales a las que echaban piedras, una por cada miembro de la familia.

Henry no era supersticioso, por lo general. No se preocupaba por pasar debajo de una escalera o hacer cosas en martes trece. Trataba exactamente igual a los gatos negros que a los gatos blancos, y no llevaba monedas de la suerte ni talismanes de ningún tipo. Pero algunas veces ocurrían cosas que eran difíciles de explicar, como aquella ocasión en que un amigo le había persuadido de que le hiciera

una pregunta al I Ching y él había preguntado si debía o no comprarse una Honda 650 que había visto anunciada, y la respuesta del I Ching había sido: «El Príncipe recibirá un regalo de muchos caballos.» Sin duda debía tratarse de algo más que mera casualidad. Henry tenía un respeto similar por los mensajes que encontraba en las galletas de la fortuna, pero sólo cuando tenía un impulso interior que le decía que esa galleta de la fortuna en particular debía ser tenida en cuenta.

Ahora también tenía esa sensación. En consecuencia, no actuó inmediatamente, puesto que apenas acababa de empezar a disfrutar del resplandor del fuego; pero no podía deshacerse de la idea de los druidas y de las piedras que echaban a sus hogueras. Ni siquiera después de volver de la cocina con una segunda bebida pensó seriamente en salir al sendero con una linterna para buscar las cuatro piedras adecuadas. Cinco, contando a Ned.

Se le ocurrió entonces que, gracias a Ned, había un buen suministro de piedras por toda la casa. Ned había sido coleccionista de palos y piedras «interesantes», y siempre llevaba a casas hierbas con flores bonitas, o rocas de aspecto curioso. Colocaba las flores en jarrones, morían en un día o dos y acababan en la basura, pero las piedras las había depositado, al igual que tantos huevos que nunca se empollarían, en las macetas de diversas plantas caseras. Después del accidente de Ned, esos nidos de piedras se habían convertido en otras tantas pequeñas reliquias domésticas que conmemoraban al Ned de un tiempo pretérito y más feliz.

Entró en el comedor, encendió las luces y empezó a recoger piedras de las macetas de las plantas: tres piedras alargadas para los tres adultos, y otras más pequeñas para representar a Ned y a Billy. La más grande, suave y ligeramente rosácea, representaría a la abuela Obstschmecker, simbolizando su calvicie. La piedra negra (¿basalto?) representaría a Madge, y la que estaba salpicada de lo que parecían trozos de mica le representaría a él mismo. La piedra de Ned parecía una pequeña patata gris, y la de Billy era de un blanco tiza que se asemejaba al mármol.

Colocó las cinco piedras en el hogar y utilizó el atizador para empujarlas justo debajo de los troncos ardiendo. Luego puso dos troncos más en posición perpendicular sobre los otros tres, ocultando así las piedras a la vista. Los nuevos troncos empezaron a crepitar. Pronto, Henry tuvo que apartar la silla del fuego para evitar que se le chamuscara el vello de las piernas. Bebió a sorbos su destornillador y contempló las llamas gozando del calor que le proporcionaba el fuego. Sintió que la tensión que agarrotaba sus músculos se deslizaba como el agua por el desagüe de una bañera. ¡Qué día! Pero ya había concluido. Ni siquiera necesitaba una tercera copa para dormirse. Dejó el vaso vacío en el suelo, encogió las piernas hasta la posición fetal, para que el albornoz se las cubriera, y cayó en brazos de Morfeo.

Se despertó a las cinco de la mañana al son del repique sordo del reloj del abuelo que estaba en el dormitorio de la señora Obstschmecker. Durante unos instantes se preguntó confuso por qué despertaba en una silla de la sala de estar con el culo congelado.

Entonces recordó la noche anterior y miro hacia la chimenea, donde los troncos, todos menos uno completamente carbonizados, habían quedado reducidos a una lisa capa de cenizas.

«Esto es una estupidez», se dijo, al tiempo que sumergía las manos en el montón de cenizas tanteando en busca de las piedras. Primero encontró la piedra de la abuela Obstschmecker, luego la de Ned. A ninguna de las dos les había afectado el fuego. La Piedra de Madge se había desplazado hasta el fondo del hogar, probablemente a causa de la caída de un tronco de la pila, pero también estaba intacta. La suya, sin embargo, se había partido justo por la mitad. Sopesando las dos mitades en sus manos, deseó no haber iniciado nunca el pequeño experimento. No necesitaba ser un druida para saber que debía considerar el hecho como un mal presagio. «Ya basta de chorradas -pensó-. Iré a hacer el desayuno.»

Pero habiendo llegado a ese punto, ya no podía detenerse. Tenía que encontrar la quinta piedra y asegurarse de que no había sufrido un daño similar. Siguió buscando entre las cenizas, pero todo lo que sus dedos pudieron descubrir fueron trozos y nudos de madera no carbonizados por las llamas. Su búsqueda se hizo más sistemática. Desplegó un periódico junto a la chimenea y, montón tras montón, deslizó toda la ceniza por entre sus dedos. La piedra de Bill parecía haber desaparecido, aunque eso era sencillamente imposible.

Cuando Madge bajó para preparar el desayuno una hora más tarde, él aún estaba a cuatro patas junto a la chimenea, repasando las cenizas por segunda vez, pero con uno de los coladores más grandes de la cocina.

-Henry -murmuró con voz somnolienta-, ¿qué pasa?

-Nada -contestó él-. No pasa nada. Anoche encendí un fuego y ahora estoy sacando las cenizas. Vuelve a la cama.

-Tengo que ir a trabajar. ¿Qué estás haciendo? Estás muy sucio.

-Estoy buscando a Billy -replicó él, y las lágrimas resurgieron con nuevos bríos-. Estoy buscando a mi hijo Billy.

-¿Te has pasado toda la noche ahí sentado bebiendo? -inquirió Madge.

Henry meneó la cabeza y se enjugó las lágrimas con los puños de la chaqueta del pijama ennegrecidos por el hollín. No podía decir nada, no existía forma posible de explicarlo.

-Bueno -dijo ella, con un suspiro-, realmente no puedo culparte, después de todo lo que tuvimos que soportar ayer. Ve a lavarte mientras yo hago café. ¡Dios, qué casa de locos! -Se dio la vuelta con aire distraído y se encaminó a la cocina.

Henry, admitiendo la derrota, subió al cuarto de baño, se lavó la cara y las manos y empezó a afeitarse. Pero durante todo el proceso las lágrimas no dejaron de caer sobre la espuma de afeitar. Iba a ocurrir algo terrible, y él no podía hacer nada por evitarlo. Lo sabía.

-Tu bisabuelo Olaf Hagerup -comenzó a explicarle su madre, expresivamente, en cuanto Billy estuvo sujeto a su asiento por el cinturón de seguridad-, es decir, el padre de mi madre, debía ser el hombre más testarudo que haya existido nunca. En una ocasión la familia entera fue al circo que había llegado a Brainard. Se trataba tan sólo de un pequeño circo, claro está, en nada parecido a los que vemos ahora. -Le dio la vuelta a la llave de contacto y el motor V-8 del Electra recién salido de fábrica se puso en marcha inmediatamente-. Pero había los animales típicos de un circo, como leones, tigres, y supongo que también un elefante.

Dio marcha atrás produciendo un crujido en dirección al banco de nieve que llegaba a la altura de la cintura de un hombre, y que las máquinas quitanieve habían apilado a lo largo de toda la calle Calumet. Luego se abalanzó carretera adelante haciendo patinar los neumáticos traseros sobre la nieve.

-Olaf estuvo allí sentado durante todas las actuaciones, y luego, cuando ya estaba de vuelta en casa, ¡insistió en que los animales que había visto eran sólo personas disfrazadas! En el universo de mi abuelo sencillamente no había sitio para los leones y los tigres. ¿No es asombroso? Los vio con sus propios ojos, pero se negó a admitir que fueran reales.

Billy asintió. Parte de su mente estaba atenta a la historia de su madre, pero la otra parte estaba preocupada por su manera de conducir. Su padre tenía siempre a punto un comentario sobre lo mala conductora que era Sondra y, tras dos días de deshielo y una ventisca de grandes proporciones, las calles no podían ser más peligrosas. Henry había tratado de convencerles para que tomaran un autobús hasta el centro de la ciudad, pero Sondra se había reído en sus narices afirmando que estaba verde de envidia. Quería decir, por supuesto, que él estaba a favor del autobús sólo porque no podía conducir. De hecho, a pesar de que no se molestó en corregirla, Henry podía conducir de nuevo. Le habían devuelto el permiso de conducir a principios de año. Él y Madge lo habían celebrado conduciendo hasta Mankato, y de vuelta, para ir al funeral de un primo de Henry al que no había visto desde que ella tenía quince años y el primo tenía doce.

-Un penique por tus pensamientos -dijo Sondra, mirando a ambos lados. Al mismo tiempo, la parte de atrás del Electra derrapó al girar desde Calumet a Johnson en la esquina de Brosner Park.

Billy contuvo el aliento hasta que el coche corrigió su trayectoria. Luego dijo:

-Estaba pensando en que no debes saber que a papá le han devuelto el permiso de conducir.

-¿De veras? Perfecto. Sin duda eso facilitará las cosas. Personalmente, no puedo imaginarme sin coche, y menos viviendo en Willowville. Pero no me sorprende que Henry no dijera nada. Se ha vuelto tan reservado últimamente... Espero que todo vaya bien.

-Esta bien, mamá. Todos estamos bien.

Sondra hizo una mueca que delataba su escepticismo. Billy respiró profundamente, y se preparó para el interrogatorio que veía venir. Cada

vez que su madre se las arreglaba para tenerlo en exclusiva, daba comienzo el chorreón de preguntas. Era casi como si las hubiera anotado en la lista de la compra: «¿Cómo está la pobre y anciana señora Obstschmecker?», y «¿Todavía trabaja Henry en el bar de la calle Lake?»

-¿Cómo está la pobre y anciana señora Obstschmecker? -preguntó Sondra.

-Está bien.

-¿Y su cabello? ¿Le ha empezado a crecer de nuevo?

-No, todavía no.

-Bueno, ¿cuánto hace ya? Casi cuatro meses. Las últimas veces que he pasado por la casa no la he visto. Por eso preguntaba cómo está.

-Ahora no sale apenas de su habitación. Supongo que estar calva le hace sentirse rara.

-¿Come con vosotros? ¿Ve la televisión?

-Tiene una televisión en su cuarto, y Madge le lleva las comidas en una bandeja.

Sondra se dedicó a digerir la información hasta que alcanzaron Snelling, donde tuvo que detener el coche ante un semáforo.

-Creo que también Madge ha tenido algunos problemas.

-Ahora ya se ha arreglado. Descubrió que el alcohol le provoca vómitos. Es una especie de alergia. Se supone que yo no sé nada de todo esto, así que no digas que te lo he dicho.

-Mis labios están sellados.

Ahora, pensó Billy, iba a preguntarle sobre el trabajo de camarero de Henry durante los fines de semana. Pero en cambio, ella dijo:

-Parece que tu escuela ha sido noticia.

-¿De verdad? ¿Ha salido en la televisión?

-No. Sólo una pequeña noticia en el periódico de Minneapolis. Ben me lo enseñó ayer. Parece ser que se ha producido una especie de «crisis dental» en tu escuela y en otra cercana.

-Oh, bueno, sólo les ha pasado a dos niños de NSM. Todos los demás eran del Weyerhauser. Nos enviaron a casa con unas tarjetas de color rosa que debemos llevarle al dentista para demostrar que nos ha revisado los dientes. Los míos están bien, excepto una pequeña caries en un diente de leche que, de todas maneras, ya está a punto de caer.

-Tú no conocerías a ninguno de esos niños, ¿verdad?

-Uno está en mi clase -confirmó Billy, sonriendo ante el recuerdo del aspecto de mentecato que tenía Lyman Sinclair desde que las chocolatinas Heath habían hecho su trabajo en él.

O bien Lyman se las había apañado para apoderarse de algunas chocolatinas del cuenco antes de que se fueran todos al gimnasio para ver la película, o bien era amigo de los chicos del Weyerhauser y había compartido las que ellos habían robado.

-¿Amigo tuyo? -quiso saber Sondra.

-No, es un chico de color. Todos los chicos a los que les ha pasado eso son de color, probablemente porque no se limpiaban los dientes de la manera correcta. Se ha de mover el cepillo en círculos. Así. -Billy imitó los movimientos del cepillado ideal tal como había visto en una larga y aburrida película sobre higiene dental que habían tenido que ver

todos los alumnos del colegio el mismo día que se habían repartido las tarjetas de color rosa.

Sondra sonrió. La mímica del cepillado era reconfortante. Pero se sintió obligada a hacer una puntualización.

-El hecho de que un chico sea de color no significa que no pueda ser amigo tuyo. Yo tenía una amiga de color en el instituto, y en aquella época había muchas menos personas de color en la zona.

-Vale, pero Lyman Sinclair es un verdadero matón. Es mayor que la mayoría de los otros niños, y también más grande, y la hermana Catherine le ha dicho delante de toda la clase que acabará en un reformatorio si continúa comportándose como lo hace.

-Sin embargo -replicó Sondra, apretando virtuosamente las manos en torno al volante-, es terrible para cualquier persona de cualquier edad perder todos los dientes de golpe.

-Sí, claro -admitió Billy. Pero no pudo resistirse a añadir-: Tiene un aspecto ridículo y ya no puede hablar como antes solía. Debía de tener problemas con los dientes postizos que le pusieron. Luego se metió en una pelea, como es habitual en él, y le rompieron la dentadura.

-Pobre chico -repuso Sondra, sacudiendo la cabeza.

Billy hizo una mueca.

-Además, la semana pasada alguien escribió un problema matemático en la pizarra que decía: «Lyman Sinclair tenía treinta y dos dientes. En Halloween se comió cinco chocolatinas y se le pudrieron todos los dientes y se le cayeron. Si el ratoncito Pérez paga veinticinco centavos por cada diente que Lyman deje debajo de la almohada, ¿cuánto dinero tendrá que pagarle a Lyman?»

-Y tú no sabrás quién fue el que lo escribió en la pizarra, ¿verdad? -preguntó Sondra, con una sonrisa.

Billy meneó la cabeza en un gesto de negación, todo inocencia.

-Debió de ser alguien que volvió al aula durante la hora de la comida, ero no han conseguido saber quién fue. La hermana Catherine estaba bastante desquiciada por este asunto.

-Bien, fuera quien fuese espero que se haya arrepentido. Ese chico ha debido padecer mucho y...

Demasiado tarde: el sedán Mercury Comet que Sondra sobrepasaba en ese momento decidió por fin adelantar a la furgoneta de reparto que circulaba lentamente delante suyo. Cuando el Comet giró hacia la izquierda invadiendo la calzada en la que se encontraba el coche de Sondra, su parachoques izquierdo posterior golpeó el lateral del Electra, que patinó dando vueltas sobre la helada y resbaladiza superficie de la calzada. Sondra cerró los ojos y asió el volante con fuerza en un acto reflejo, sin que su intención fuera dominar el coche sino cogerlo a modo de talismán para que la protegiera. Billy, tal y como le habían explicado que debía hacer en caso de accidente, se curvó hacia delante tanto como se lo permitió el cinturón de seguridad, y se cubrió la cabeza con los brazos. No volvió a levantar la cabeza hasta que el coche se detuvo por completo tras deslizarse hasta un banco de nieve en el lado opuesto de la Snelling, encarado hacia la dirección contraria a la que llevaba antes del accidente.

-¡Oh, Dios mío! Billy..., ¿estás bien? -Sí, mamá, ¿y tú? -contestó él, descubriendo la cabeza. Sondra empezó a llorar. Después abrazó a Billy dentro de lo que les permitían moverse los cinturones de seguridad. Un autobús urbano se detuvo pesadamente junto al Electra. El conductor bajó, dio unos golpes en el cristal y le preguntó a Sondra si estaba bien.

-Sí -exclamó ella a través de las lágrimas-. ¡Estoy bien! ¡Gracias!

El conductor volvió al autobús, y el vehículo se alejó. Al otro lado de la calle no había rastro alguno del Mercury que les había golpeado.

-Es un milagro que estemos los dos vivos -dijo Sondra-. Ese idiota, adelantando sin mirar siquiera, y ahora no se le ve por ninguna parte y Dios sabe lo que le habrá hecho al coche.

Intentó mover el automóvil hacia delante, pero estaba firmemente incrustado en el montón de nieve. Los neumáticos traseros resbalaban y giraban en vano. Sondra suspiró.

-Voy a llamar a una grúa, Billy. Puedes venir conmigo o quedarte en el coche, lo que prefieras.

-Me quedaré aquí. Si viene algún policía, le explicaré lo que ha pasado. Realmente no ha sido culpa tuya, mamá, yo lo he visto.

-Gracias, cariño. -Le dio un beso y fue en busca de una cabina telefónica.

Durante los diez minutos que ella estuvo ausente, la mente de Billy se convirtió en un partido de tenis entre decisiones provocadas por el pánico y otras totalmente opuestas. En los momentos que habían seguido al accidente había actuado con perfecta calma, pero al quedarse solo era como si volviera a vivir el accidente, con el coche todavía dando vueltas en medio de la Snelling, fuera de control, como si el único modo de detenerlo fuera decírselo todo a su madre. Por qué la abuela Obstschmecker se había quedado calva. Por qué Madge no podía beber ningún tipo de licor sin vomitar. Por qué todos esos chicos, y el padre de Ralph Johnson también, habían perdido los dientes.

Pero también estaba el caso de Ned, que yacía en su dormitorio en un coma sin fin. Si empezaba a contar las otras cosas también tendría que explicar eso; y nunca podría hacerlo, jamás.

Además, no quería abandonar el caduceo, especialmente ahora que estaba tan cargado de energía. Desde la noche de Halloween, cogerlo era como asir un cable eléctrico que tuviera vida. Si hubiera podido pensar en la manera correcta de usar todo ese poder para ayudar a su padre y a su madre, y a Madge también, a todas las personas que quería, en definitiva, y ayudarles de un modo que no resultara un fracaso, como le había pasado con Madge... Porque Madge no parecía más feliz por no ser ya una alcohólica. Algunas veces la invadía un pesimismo que nunca antes había demostrado; se irritaba con mayor facilidad y más a menudo, y parecía tener que pelear con Henry casi todas las noches por una cosa u otra. Por tanto, en la próxima ocasión en que quisiera hacerle a alguien un favor, primero tendría que asegurarse de hacerlo bien.

Sondra regresó al coche con una bolsa de papel de la que sacó dos vasos de plástico, uno desbordando café con leche y el otro cacao líquido. También había comprado una caja de palomitas de maíz

Scrunchies con un baño de caramelo, que prometían, al igual que sus famosas competidoras, las Cracker Jacks, «¡Un regalo gratis en cada caja!».

Cuando Billy hubo tragado la mitad de las palomitas bañadas en caramelo y descubrió el regalo gratuito, se dio cuenta de que nada de lo que había ocurrido ese día había sido un accidente, porque todo un cúmulo de circunstancias había conducido hasta la situación en la que se hallaba. Se había resuelto su problema tan fácilmente como si hubiera mirado la respuesta correcta en la página de soluciones del cuaderno de ejercicios de aritmética del maestro.

El regalo gratuito iba envuelto en un pequeño sobre cuadrado de papel traslucido. Era un centavo reluciente encajado en la ranura de un cuadrado de cartón. Sobre la moneda leyó: «Centavo de Mocasín de la Suerte Oficial.» Bajo esta frase había también un breve poema:

Con este centavo rico no te harás,
pero tan sano como puedas estarás.

-¡Bien! ¡Gracias, mamá! -exclamó Billy, e inclinándose sobre el asiento besó a su madre- Has comprado la mejor caja. Es un super premio. Sondra pensó que exageraba, pero le conmovió lo que parecía ser un esfuerzo deliberado de su hijo por restarle importancia al accidente y hacer que no se sintiera culpable por perderse la primera mitad de las actuaciones circenses.

Verdaderamente le rompía el corazón disponer tan sólo de unas pocas horas los fines de semana y las vacaciones para estar con él. Era un chico encantador. Quería disfrutar más de su compañía. En realidad, lo quería para ella por completo.

26

Podía asegurar, una vez hubo expuesto la tercera moneda de centavo a su contacto, que había gastado todo el poder del caduceo. En cierto sentido, le complacía. Aunque eso implicaba que tendría que esperar un tiempo antes de poder hacer por Sondra lo que iba a hacer por Henry y Madge, se decía a sí mismo que el bien que iba a dispensar debía ser enorme, puesto que antes de utilizarlo para cargar los tres centavos el caduceo estaba lleno de energía, y ahora estaba vacío.

El primer centavo era para Henry.

-¡Eh, papá! -le dijo, justo cuando Henry se levantó del sofá al terminar las noticias de la noche-, se te han caído unas monedas del bolsillo.

Fingió que recogía cuatro monedas del lugar sobre el que Henry había estado tumbado, fue hasta él y se las puso en la mano, primero la moneda reluciente y nueva que había en la caja de palomitas y luego, para darle mayor convicción, dos de diez centavos y una de veinticinco. Henry sonrió, dio las gracias y se metió las monedas en el bolsillo maravillándose un poco de la honestidad de Billy. Estaba convencido de

que cuando él tenía la edad de Billy seguía la filosofía de que lo perdido es para el que lo encuentra.

La segunda moneda de un centavo era para Madge. Billy esperó hasta el sábado y cuando ella empezó a pasar la mopa esponjosa de O'Cedar por el linóleo de la cocina, se fue al cuarto de baño y puso una moneda en el suelo, junto al lavabo. Ella siempre pasaba la mopa por el cuarto de baño después de la cocina. Efectivamente, cuando el suelo del cuarto de baño se secó lo suficiente para permitir que Billy entrara en él, la moneda ya no estaba en el suelo. Billy sabía que ella la había cogido porque siempre repetía «si ves un centavo, recógelo y tendrás suerte todo el día», cuando encontraba una moneda en el suelo.

Hacer que la abuela Obstschmecker recibiera su moneda resultó más problemático. No había querido pasarle ese tercer centavo a su madre porque no estaba seguro de que tuviera la misma fuerza salutífera de los dos primeros. Tendría tiempo, más adelante, cuando el caduceo se hubiera cargado de nuevo, de hacerlo correctamente. Pero supuso que la abuela Obstschmecker, siendo ya mayor, no necesitaría asegurar su salud a largo plazo Había oído a su padre y a Madge discutir el potencial de longevidad de la anciana, y Madge había afirmado que, con suerte, le quedaban cinco años más. En realidad, si Billy no hubiera tenido dudas sobre la total efectividad del tercer centavo, probablemente no habría pensado en absoluto en darle una oportunidad a la abuela Obstschmecker. Si hubiera habido una mascota en la casa seguramente habría bendecido al hipotético perro o gato con el poder que el centavo pudiera conferir. Pero no había tal mascota, y además se sentía algo culpable por lo que le había ocurrido al cabello de la anciana; y, por fin, sencillamente tenía curiosidad por saber lo que «tan sano como puedas» significaría en el caso de la abuela Obstschmecker. ¿Mejoraría su memoria? ¿Estaría menos irritable? ¿Podría desenvolverse con mayor soltura? Lo consideraba un experimento científico muy interesante.

El problema era que la abuela Obstschmecker casi nunca salía ya de casa y, en consecuencia, no necesitaba realmente dinero, así que, ¿cómo conseguiría que tocara la moneda? Si encontraba el centavo en el suelo no iba a pararse a recogerlo, ni mucho menos. Tampoco podía decirle: «Eh, abuela, ¿es tuyo este centavo?», porque se limitaría a responder que no y le echaría una de sus miradas suspicaces. Pero por fin ideó el modo. Puso el tercer centavo en la ranura de la cartulina en la que estaba el Centavo de Mocasín de la Suerte Oficial y una tarde, cuando volvió de la escuela y tanto Madge como su padre estaban fuera, llamó a la puerta de la habitación de la abuela Obstschmecker. Necesitó una segunda llamada para obtener la respuesta de la abuela: «¿Sí?, ¿qué ocurre?» Billy contestó que quería hacerle una pregunta. Ella se acercó al otro lado de la puerta e inquirió:

-¿Qué pregunta?

-No puedo hacértela -respondió Billy-, si no te enseño primero lo que quiero preguntarte.

Con reticencia la abuela Obstschmecker levantó el pestillo y abrió la puerta.

Llevaba una peluca que más o menos tenía el mismo aspecto que su cabello original, pero ella aún no creía que engañara a nadie. Cuando la miraban, le parecía que los demás tenían en los ojos rayos X que atravesaban la peluca, y que se reían secretamente ante el espectáculo de su calvicie.

Bien, ¿de qué se trata? -preguntó, plantada en el umbral de la puerta para impedir que Billy entrara en su habitación, como si fuera un véndelo un Testigo de Jehová en plena predicación.

-¿Que significa esto? Le tendió el cuadrado de cartulina con el centavo inserto en ella.

Ella lo tomó y lo sostuvo frente a su nariz entrecerrando los ojos.

-La letra es demasiado pequeña -afirmó-, no puedo leerla. -Intentó devolvérselo a Billy, pero él mantuvo las manos en los bolsillos.

-Dice -explicó-: «Centavo de Mocasín de la Suerte Oficial.» Pero ¿qué significa?

Una sonrisa de genuina aunque breve complacencia frunció los labios de la señora Obstschmecker. Eran raras las ocasiones en las que se apelaba a su mayor experiencia del mundo como fuente de sabiduría o de información.

-Un mocasín era un tipo de zapato que solían llevar los jóvenes sobre todo, antes de que todo el mundo empezara a usar zapatillas deportivas. Cada mocasín tenía una especie de cosa que no sé cómo llamáis, una ranura, creo, que tenía el espacio justo para meter un centavo.

Recorrió la moneda con las yemas de los dedos.

-¿Tú también llevabas mocasines?

-¡Cielos, no! Pero Madge sí que llevaba, ahora lo recuerdo. Mocasines de centavo se llamaban. ¿No es extraño?, ¡la recuerdo llevando mocasines y calcetines cortos como si fuera ayer! Eran unos mocasines marrones, pero en lugar de monedas de un centavo llevaba monedas de cinco centavos en las ranuras. Quizás entonces ya había empezado la inflación. Eso es siempre lo más difícil de recordar, lo que una cosa en particular costaba en un año determinado. Había dulces que costaban sólo un centavo, pero ya no.

Le devolvió el Centavo de Mocasín de la Suerte Oficial a Billy, quien lo aceptó esta vez con una mueca de consciente benevolencia. Tuvo que luchar por contenerse para no explicarle el favor que acababa de hacerle o, al menos, lanzarle alguna indirecta. La abuela Obstschmecker tenía un olfato especial para los secretos. Pero no pudo resistir la tentación de leer en voz alta el poema impreso bajo la moneda.

-Escucha lo que pone aquí:

Con este centavo rico no te harás,
pero tan sano como puedas estarás.

¿Crees que es cierto, abuela? ¿Puede un centavo realmente darle más suerte a una persona que cualquier otro centavo?

-No, no, no es muy probable, ¿no crees? -Sonrió de nuevo-. Pero recuerdo que tu abuelo, es decir, mi pobre marido el señor Obstschmecker, tenía un dólar de plata del que nunca se separaba. Es increíble pensar que hace ya seis años que murió. Parece que fue ayer. Lo enterraron con su dólar de plata.

La buena salud no es algo que pueda percibirse inmediatamente, como la calvicie, así que Billy no tenía una forma concreta de comprobar si los tres centavos habían provocado los efectos deseados. Pasaron algunas semanas y ninguno de los de la casa cogió un resfriado o la gripe, pero quién podía asegurar que fuera consecuencia de su obra?

27

Su cometa había volado tan alto que casi se había quedado sin cuerda. Estaba a tal altura que apenas podía distinguirse su color, pero eso también era debido a su tono azul pálido, parecido al que se obtendría echando un poco de leche sobre el azul del cielo y mezclándolos. Era una cometa bonita, aunque resultaba difícil decir por qué: no era sólo por la altura que alcanzaba. Los aviones volaban más alto, pero uno no está unido a un avión por un trozo de cuerda. El cordel parecía vivo por el modo en que tiraba, como si al final de la larga correa un pájaro lo tensara para alcanzar una altura aún más increíble, o por el modo en que de repente caía en picado aflojando la cuerda para tener que levantarla corriendo tan deprisa como fuera posible hasta que, súbitamente, volvía a ponerse tirante.

El colegio de Nuestra Señora de la Merced había cerrado, pues era el día de la Ascensión y, por tanto, fiesta de guardar. Pero los chicos de la escuela pública no hacían fiesta, por lo que Billy tenía Brosner Park prácticamente para él solo. La suya era la única cometa en el cielo. Se sentía como si fuera el centro de St. Paul, la única ligadura que conectara cielo y ciudad, cielo y tierra.

Se preguntaba desde qué distancia alrededor del parque podría verse su cometa, cuántas personas la estarían contemplando en ese mismo momento y maravillándose ante ella.

Mientras Billy hacía volar su cometa, uno de sus compañeros de clase de Nuestra Señora de la Merced subió por el sendero sin ser percibido, siguiendo la dirección que llevaba de la avenida Coughlin.

-¿Que paza, dio? -le espetó Lyman Sinclair a modo de saludo cuando entró dentro de su campo de visión.

Lyman le dedicó una sonrisa viscosa que, en combinación con las gafas obscuras, no daba impresión de ser amistosa. Desde que se había roto su primera dentadura postiza, Lyman había adoptado la costumbre de meterse la prótesis en el bolsillo siempre que estaba en la calle.

-¡Hola, Lyman! -contestó Billy, tratando de no parecer asustado.

Miró por encima de su hombro más allá para ver si Lyman había subido la colina acompañado.

-No se veía a nadie más, salvo algún coche que pasaba.

-¿Eztáz hacendó folar una dometa?

Billy no entendió una sola palabra de lo que le había dicho Lyman; tan sólo que había tomado forma de pregunta. Incluso en el colegio, con la dentadura postiza puesta y haciendo un esfuerzo por hablar el inglés correcto que la hermana Catherine impartía, resultaba difícil entender lo que explicaba Lyman. Sus palabras se amontonaban en confusa algarabía.

-Estoy haciendo volar una cometa -explicó Billy.

Era una estupidez porque era perfectamente obvio, pero hablar con Lyman era como hablar con alguien de otro planeta. Uno tenía la sensación de que debía hablar con la mayor sencillez posible.

-Déjamela. -Lyman extendió la mano.

Esta vez Billy no encontró dificultad alguna en comprenderlo. Quería su cometa.

Billy experimentó un momento de auténtica duda. ¿Quería Lyman quedarse con la cometa, o quería tan sólo sentir cómo tironeaba desde el cielo y luego devolvérsela? Entonces, se dio cuenta de que en realidad no importaba lo que Lyman quisiera, porque él no deseaba que Lyman tocara su cometa. Punto. Meneó la cabeza en señal de negación y retrocedió unos pasos, alejándose así del impulso del viento. Se percató de que estaba atrapado por la cometa del mismo modo que la cometa estaba atrapada entre sus manos. No podía huir de Lyman sin entregarle la cometa, pero Billy no se rendía tan fácilmente.

-Zólo un bobento -aseguró Lyman, con un tono de voz razonable, pero ladeando el rostro enmascarado por las gafas en un ángulo que decía: «O si no...»

-No -contestó Billy con calma, y concentró su atención en el cordel de la cometa al empezar a enrollarlo alrededor del carrete de madera-. Tengo que volver a casa.

-Dienez que hacer tuz debedes, ¿eh? -replicó Lyman-. ¿Dienez que dezcubrir cuál cantidá pagará el datoncito Pédez por miz dientez?

Hablaba tan claramente como le era posible, y con un rencor en la voz que obligó a Billy a levantar la vista, a pesar de sí mismo, para contemplar la sonrisa desdentada de Lyman y ver luego que éste abría lentamente, como en una pesadilla, una navaja. Lyman se abalanzó sobre él para asir el tenso cordel de la cometa y luego se alejó rápidamente de Billy ya con la cometa en su poder. Sostuvo la navaja sobre el cordel de la cometa como si fuera la garganta de un rehén.

-Buiste tú, ¿verdá? ¿Buizte tú que puzo eza mieda en da pizada?

Billy negó con un movimiento de cabeza.

-Uhuh. -Los labios de Lyman se curvaron en una expresión que podría haberse convertido en gruñido si hubiera llevado puesta la dentadura-. Buizte tú. Zabía todo el diempo que buizte tú. -Tiró con fuerza del cordel de la cometa y lo cortó; pero entonces, justo cuando Billy estaba a punto de admitir la derrota y huir, Lyman le ofreció el cordel tenso y cortado de la cometa en lugar de regocijarse con el botín de su victoria.

En lo alto del cielo, y lejos, en dirección noroeste, la cometa se inclinó un lado y a otro y empezó a descender. Billy cogió el cordel con la mano izquierda, dejando caer el carrete inservible, y comenzó a

enrollar el cordel tan rápidamente como pudo con la palma de la mano izquierda y con la mano derecha alrededor de los nudillos. La cuerda se iba aflojando con mayor rapidez de lo que él la enrollaba, pero entonces se produjo un golpe de viento que la puso tirante de nuevo y formó un torniquete tan inesperado como doloroso alrededor de su mano. Billy emitió un grito de dolor y Lyman un apreciativo «¡Huh!».

Lyman recogió el carrete con el resto de cordel, lo rompió en dos apoyándolo sobre una rodilla y arrojó los dos pedazos tan lejos como pudo.

-Noz vemoz, dio -se despidió, y corrió colina abajo en la misma dirección por la que había venido.

Billy no tenía más remedio, si quería salvar la cometa, que seguir enrollando la cuerda alrededor de su mano. Fue una lucha constante contra el viento, que quería mantener la cometa en el aire. Cada nueva ráfaga ponía más tirante el rollo de cuerda en torno a su mano, que iba creciendo. Tiró de la cuerda con la mano derecha para mantenerla floja y poder liberar la presión sobre su mano izquierda, y pronto empezó a sangrar a causa de una docena de cortes y rasguños. Finalmente el dolor de ambas manos fue insoportable, por lo que decidió abandonar la lucha y dejar libre la cometa.

Pero el cordel se había enredado en una maraña inextricable alrededor de su mano izquierda, y no podía deshacerla. Trató de romper el hilo pero era imposible sin algún objeto cortante.

Se levantó una nueva ráfaga de viento. Billy se sintió como un pez enganchado en un anzuelo, al enrollarse el sedal hacia su muerte. ¡Ojalá la cometa cayera al suelo! Pero no, volaba perfectamente. Puso el pie derecho sobre la cuerda, para que se aflojara, y trató nuevamente de romperla con ambas manos, pero era demasiado fuerte. Se trataba, de hecho, de un sedal de pesca de nailon que un artículo sobre cometas en una revista de la biblioteca del colegio recomendaba como la mejor combinación de fuerza y ligereza. Había gastado en él casi cuatro dólares, el triple de lo que costaba la cometa.

Una ráfaga repentina lo cogió desprevenido y liberó la cuerda de nailon de debajo de su pie. Le cortó un lado de la mano como un cuchillo corta la mantequilla. La sangre manó cayendo por el dorso de su mano y goteando desde la punta de los dedos. La sangre hizo que la cuerda resbalara con mayor facilidad y cuando trató de asirla, la mano entera pareció quemarle de dolor. Pero consiguió, con ayuda del codo y un momentáneo cambio de viento, que la cuerda se aflojara un tanto.

Como un animal con la pata cogida en una trampa, Billy intentó el camino de la libertad con los dientes. Levantando la mano izquierda pudo morder el trozo de cuerda flojo que tenía entre ambas manos. El primer mordisco no produjo efecto. Mordió con más fuerza, y justo cuando el cordel de nailon se deslizaba como seda dental entre su recién salido incisivo y el diente de leche que tenía al lado, el viento sopló de nuevo y la cuerda dio una sacudida liberándose de su sangrante mano derecha y arrancando de cuajo los dos incisivos frontales con un único y hábil impulso de potencia. La cuerda se alejó,

cortada por los mismos dientes que había extraído, y la cometa se elevó en un último y breve vuelo glorioso antes de su caída final.

Billy se desplomó sobre sus rodillas con un dolor que iba más allá del sonido. La sangre salía a borbotones de sus heridas encías y de la comisura derecha de la boca, donde la cuerda de la cometa había provocado una profunda escisión; pero todo el dolor se concentraba en su mano derecha. La izquierda, metida en su torniquete de cuerda, estaba insensible. Cuando intentó levantarla hasta la boca para restañar la sangre que le manchaba la camisa y los pantalones, fue como si su brazo izquierdo se hubiera convertido en un tronco de madera incapaz de doblarse por la muñeca o el codo.

Durante todo el camino a casa, diez manzanas de carrera tambaleante a lo largo de la calle Calumet, salpicando la acera de gotas de sangre, sus pensamientos se fijaron no en su propio dolor sino en Lyman Sinclair, en cuánto odiaba a Lyman Sinclair y en el horror de su sonrisa sin dientes. No sabía que él mismo había perdido dos dientes. Sólo sabía que la boca le sangraba, que le dolían las manos y que tenía que llegar a casa. Se volvía a cada momento para mirar atrás como si alguien le persiguiera y temiera que su perseguidor le diera alcance. Una señora mayor que estaba podando los setos de su jardín intentó detenerlo, pero él siguió corriendo ignorando sus gritos de «¡niño!» y «¡chico!».

Llegó a casa justo cuando Henry subía el sendero con el asiento trasero del Dodge lleno de bolsas y cajas procedentes de su expedición de compra semanal al Country Club Market de Rice y Wheelock. Cuando vio a Billy cubierto de sangre y tambaleándose en dirección a la casa, Henry clavó el pie en el freno. El viejo Dodge se detuvo con una sacudida. Salió del coche y corrió hacia Billy, que al ver a su padre, se paro donde estaba y sencillamente esperó a que lo cogiera en sus brazos.

Henry se sintió alarmado de inmediato. Levantó a Billy y corrió con él en brazos por la calle, buscando a quien estuviera persiguiéndolo, temblando por la ira. Luego, defraudada la posibilidad de explayar esa furia, trató de consolar a Billy y, al mismo tiempo, de descubrir qué había ocurrido. Le hizo abrir la boca y vio que dos de sus dientes habían sido arrancados de la encía.

-¿Quién ha hecho esto? -preguntó, pero Billy se limitó a mover la cabeza negándose a hablar ahora que podía liberar las lágrimas. Henry descubrió la mano atrapada en la maraña del cordel de nailon, los dedos rojos e hinchados por la presión, y recordó que Billy había ido al parque con su nueva cometa azul.

-¿Es la cuerda de tu cometa, Billy? -le preguntó, tratando de no mostrarse asustado.

Billy asintió. Henry afianzó sus brazos en torno al niño y lo llevó al coche. Luego lo pensó mejor y se encaminó a la puerta delantera de la casa.

-Te llevaremos al hospital de inmediato, Billy, pero primero quiero quitarte esa cuerda de la mano, ¿de acuerdo?

Billy asintió de nuevo. «Mantén la calma -se dijo Henry-. Madge hace estas cosas todos los días.» Sin embargo, era difícil mantener la calma cuando, en primer lugar, no podía encontrar otras tijeras que las viejas tijeras romas del cajón de la cocina que, evidentemente, no servirían. Terminó por usar el cuchillo de cocina más afilado. Y segundo, al cortar las últimas vueltas de cuerda cortó también la mano del niño. Cuando se disculpó, Billy afirmó que no sentía nada en absoluto en la mano, pero una vez cortado el último trozo de cuerda la sangre volvió a circular y Billy empezó a aullar a causa del dolor.

-¿Qué rábanos...? -inquirió la señora Obstschmecker, apareciendo en la puerta de la cocina.

-Billy ha tenido un accidente -contestó Henry, levantando a Billy de la silla de la cocina-. No puedo explicarlo ahora y, de hecho, no sé lo que ha ocurrido. Parece haberse metido en una pelea. Tengo que llevarlo a urgencias del Ramsay Northwestern. Llame a Madge, por favor. Gracias a Dios me ha dejado el coche hoy.

-¿Pero qué quieres que le diga a Madge? -La señora Obstschmecker parpadeó, pero era demasiado tarde; Henry había salido ya.

Llamó a Madge al hospital y le contó lo poco que sabía, que Billy estaba en muy mal estado y Henry peor que él, con toda esa sangre en sus ropas y el trapo de la cocina todo manchado.

-Pero ¿por qué? -insistió Madge, manteniendo un tono de calma profesional. ¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido un accidente?

-No, Henry ha dicho que había sido una pelea. Y también está toda esa cuerda cubierta de sangre en el suelo de la cocina. ¡Ojalá hubiera entendido que estaba pasando! Pero me ha dicho que vayas a urgencias, que el llevará allí a Billy.

Durante la siguiente media hora, mientras esperaba a que Henry o Madge llamaran para decirle qué estaba ocurriendo, la señora Obstschmecker estuvo muy atareada limpiando la sangre que salpicaba toda la cocina. En los últimos tiempos la señora Obstschmecker no se había preocupado de las tareas de la casa fuera de sus dos habitaciones, pero era más tranquilizador limpiar la sangre que sentarse junto al teléfono a esperar. Ya había gastado la mitad del rollo de papel de cocina, y aún no había empezado a limpiar las manchas de sangre que había sobre las alfombras de la sala de estar y del comedor, cuando, en lugar del teléfono, sonó el timbre de la puerta. La señora Obstschmecker había dejado de ocuparse de los visitantes ocasionales. Cuando sonaba el timbre de la puerta se metía en su habitación y dejaba que otro abriera si había alguien en casa, o en caso contrario, se limitaba a esperar a que el visitante se marchara. Pero ese día, evidentemente, no era un día corriente, así que se encaminó hacia la puerta, que Henry había dejado abierta, y encontró allí a dos policías uniformados.

-¿La señora de Henry Michaels? -preguntó el más alto de ellos.

-Es mi hija -replicó la señora Obstschmecker.

-¿Está en casa? ¿Podríamos hablar con ella?

-Está trabajando. Pero yo soy su madre. ¿Sucede algo malo?

Los policías intercambiaron una mirada que decía bien a las claras que algo malo ocurría sin duda.

-¿Está malherido el chico? -inquirió ella, incapaz de creer que Billy pudiera haber sido gravemente herido y, sin embargo, pudiera armar tanto alboroto.

-¿El hospital no ha...? -empezó el primer policía, pero fue interrumpido por su compañero, que afirmó con tono tranquilizador:

-El chico está bien. Ha sufrido algunos cortes y erosiones, y parece haber perdido dos dientes, pero pronto se recuperará. Ha sido una suerte que llevara el cinturón puesto.

-¿Ha habido un accidente?

Había habido un accidente, en el cruce de la Snelling y McGill, frente a un concesionario de Lincoln/Mercury. Henry conducía a toda velocidad. Una bicicleta viró hacia la Snelling saliendo de detrás de una camioneta aparcada. Henry frenó y giró el volante. El neumático delantero derecho explotó, y el viejo Dodge se deslizó sobre el lateral hasta chocar contra el poste que sostenía el cartel de anuncios giratorio del concesionario. El poste se partió en dos a causa del impacto, y Henry, que había olvidado ponerse el cinturón, atravesó el cristal del parabrisas con la cabeza. La conmoción fue instantánea, y se le declaró muerto poco después de ser admitido en las urgencias del hospital. Lo cual quería decir, según la señora Obstschmecker, cuando hablaba del suceso en años posteriores, que había tenido una muerte indolora.

-Y eso es una bendición, ¿no es así? -añadía siempre-. Es una bendición.

LIBRO TERCERO

28

Se hallaba en ese estado intermedio, más cálido y placentero que cualquier baño, de estar despierto sin dominar completamente la conciencia, cuando vio el sobre que estaba siendo introducido por debajo de la puerta de su dormitorio, un rectángulo de color rosa pálido que apareció y luego desapareció. Tal vez volvió a dormirse durante unos instantes. Apareció una segunda vez, o quizás él despertó, y en esa ocasión el sobre no fue retirado.

«Es de Judith», pensó. Porque sólo Judith utilizaba sobres de color rosa. De repente el edredón le daba demasiado calor y, al mismo tiempo, el oblicuo rayo de sol que iluminaba las motas de polvo se intensificó como cuando uno se quita las gafas. «Tengo que levantarme», se dijo. El mensaje viajó lentamente hacia la parte de su mente que se ocupaba de traducir tales decisiones en contracciones musculares. Luego, con cautela y usando pies y rodillas, apartó torpemente el edredón a un lado, exponiendo su cuerpo, en dosis graduales, al aire primaveral de la mañana.

Solo cuando se hubo sentado y puesto los dientes postizos cayó en la cuenta del día que era: su cumpleaños. Cumplía trece años y se

convertía en adolescente de manera oficial. Se preguntó qué tipo de regalos oficiales de cumpleaños recibiría, pero la curiosidad no era tanta como para acelerar su ritmo al vestirse. No creía que fueran a regalarle nada que realmente ansiara tener. Su madre le habría comprado montones de ropa deportiva de marca, y quizás una raqueta, puesto que había estado dejando caer insinuaciones sobre lo divertido que era el tenis y sobre que debería hacer mas deporte, además, era casi seguro (ya que en Navidad le habían regalado su propio «equipo casero de entretenimiento» con aparato de alta fidelidad, radiocasete y un televisor de doce pulgadas) que recibiría también un montón de discos y cintas. No podía imaginar cuál sería el regalo e Winky, pero dudaba que fuera algo que desease. Quizá se limitaría a e dinero, que le iría muy bien. Había empezado a apreciar su valor.

¿Y de Judith? El año anterior había sido una novena. Si el sobre rosa que asomaba bajo la puerta era indicativo de su regalo, parecía que también ese año se trataría de lo mismo. No la culpaba, porque era sincera en ese aspecto. Probablemente pasaba un par de horas al día arrodillada. Pero tampoco le entusiasmaba la idea. No era porque las plegarias fueran baratas; sabía que ella rechazaba por principio aceptar una asignación de su padre, así que no tenía dinero para hacer regalos. Pero sin duda ella ya sabía para entonces que él no creía en novenas. Era como si alguien le prometiera a uno que había pasado una hora hablando consigo mismo y se la dedicara. Muchas gracias.

Al parecer, Judith había tenido los mismos pensamientos sobre las mismas cuestiones, ya que su carta, aun siendo en efecto un regalo de cumpleaños, planteaba una idea completamente diferente. Eran ocho páginas de papel perfumado con motivos florales y cenefa, repletas por ambas caras de la caligrafía, perfectamente legible, de Judith. Cuatro años antes él le había regalado ese papel de cartas como regalo de Navidad, y ella, en lugar de limitarse a tirarlo, lo reservaba para las cartas que le escribía. Nunca lo había mencionado como una política personal, por lo que, cuando él llegó a descubrir por sí mismo la razón de la extraordinaria longevidad del papel, ya era lo bastante mayor como para comprender su sentido de la justicia poética. Cada vez que recibía una carta de ella, la lección se hacía un poco más amarga: no regales nunca a nadie lo que a ti no te gustaría recibir como regalo.

La carta decía:

Querido William:

Aquí está mi regalo de cumpleaños. ¿Te gusta? ¿Sabes lo que es? Te lo dieron un día hace ya trece años, pero en algún lugar del camino lo perdiste y ahora me gustaría devolvértelo. Tu propio nombre, tu verdadero nombre, William.

Has sido «Billy» durante tanto tiempo que quizá no te guste mi idea, y si es así como te sientes, respetaré tu elección. Puede que prefieras «Bill» en lugar de «William» pero, de algún modo, no te veo como Bill, quizá porque el único Bill que conozco bien es Bill Burdon, que era el redactor del Chronicle hace dos años, cuando yo acababa de entrar en St. Tom, y una persona por la que nunca sentí una auténtica simpatía.

Aunque Bill era bastante agradable a su manera, el típico fornido atleta. En cualquier caso William es un nombre con muchas asociaciones positivas, empezando por 1066 y William el Conquistador* y pasando por William Shakespeare. También William de Ockham, que inventó la maquinilla de afeitar Ockham (no, no es una elucubración mía, lo he encontrado en la Enciclopedia Británica). Pero no hay santos importantes, salvo que William Cuffitella (cuya festividad se celebra el 4 de abril) sea importante, aunque lo dudo. Todo lo que he podido encontrar de William Cuffitella es que fue un eremita siciliano que murió de rodillas. «Su cuerpo fue hallado en esa posición, y aquellos que lo tocaban se curaban de todas sus enfermedades.» Bueno, ¡y tú dices que quieres ser médico!

Me parece extraño que pueda escribirte con tanta facilidad y pasarlo tan mal, en cambio, siempre que hablo contigo cuando estamos juntos. En realidad es probable que no sea extraño en absoluto, sino una sencilla y antigua verdad sobre las hermanas mayores y los hermanos pequeños, y más aún si son hermanastros. Sé que piensas que no tengo sentido del humor, y probablemente tengas razón, porque la señorita Arnold asegura lo mismo. Pero encuentro muchas cosas graciosas aunque no me ría de ellas en voz alta y, además, aprecio la vitalidad que has aportado a nuestro «círculo familiar». Nos has hecho personas mucho más felices.

Son ahora las dos de la madrugada y aún no he dicho lo que era mi propósito fundamental cuando he empezado esta carta, es decir, que te quiero. Y no como una hermanastra respetuosa de su deber, ni porque mi confesor asegure que debo decírtelo. De hecho, lo que me hizo pensar en decírtelo fue algo un poco embarazoso de explicar. Fue viendo a Mary Tyler Moore en Gente corriente y deseando que ella se lo dijera a su hijo, y luego preguntándome si yo era en realidad muy diferente de ella. Te veo todos los días y conozco tus estados de ánimo, algunos de los cuales son nauseabundos (también algunos de los míos). Discutimos a menudo, pero te respeto y eso es lo que significa mi regalo de cumpleaños, si es que significa algo.

Ya conoces a Jason Schechner del curso de matemáticas superiores y del Club de Informática. Cuando Jason y yo estábamos en el primer curso escribió una redacción para lengua inglesa sobre su bar mitzvah, que es un tipo de fiesta de cumpleaños especial que se celebra cuando un chico judío cumple los trece años. En un bar mitzvah uno tiene que levantarse y pronunciar un discurso que debe siempre empezar con: «Hoy soy un hombre.» Así pues, aquí estás tú a punto de llegar a los trece, y yo escribía en mi diario: «Mañana Billy será un hombre», pero no sonaba bien. Cuando lo he transformado mentalmente en «Mañana William será un hombre», me ha parecido genuino y absolutamente natural.

(A propósito, Lisa, la hermana de Jason, me ha dicho que piensa que eres «bastante listo», y puesto que no me hizo jurar que guardaría el

---

* Se refiere a Guillermo el Conquistador ya que William es la traducción inglesa de Guillermo. *(N. de la T.)*

secreto ni nada parecido, supongo que debo mencionarlo. ¡Quizás es lo que ella pretendía!)

Por supuesto, en muchos aspectos ambos somos aún unos niños. Tenemos que vivir aquí, en Willowville, con nuestros padres, y asistir a clase en St. Tom o cualquier otro instituto. No podemos votar ni casarnos, etc. Pero en cuanto a lo más importante somos adultos, no sólo porque el trece sea una especie de número mágico, sino porque desde el momento en que decidimos que somos responsables de lo que hacemos y decimos, y del modo en que nos comportamos con los demás, ¡lo somos!

Por tanto, si alguna vez olvido lo que te he dicho en esta carta y empiezo a tratarte como a un «hermanito pequeño» y no como a un igual, por favor, párame los pies.

¡Hoy eres un hombre, William! ¡Felicidades y feliz cumpleaños!

Judith

Su reacción básica fue la de un sobresalto de temor. Si convertirse en el igual de Judith significaba estar siempre sermoneando a los demás, ser igualmente serio y aparentar el «yo estoy por encima de vosotros, pobres pecadores», entonces prefería con mucho seguir siendo su hermanito pequeño por siempre jamás. Pero la idea del nombre era muy diferente. William; le gustaba cómo sonaba. Ella tenía razón en que Billy sonaba a crío. Los únicos Billys adultos que recordaba eran jugadores de baloncesto. O Billy el Niño.

William Michaels.

Se metió en su cuarto de baño y se enfrentó con su nuevo ser en el espejo sobre el lavabo. «Hola -exclamó, con la voz que usaba cuando contestaba el teléfono y quería que la persona del otro lado pensara que se trataba de un adulto-. Soy William Michaels.»

La imagen del espejo sopesó la frase unos instantes, luego se quito el postizo e hizo una mueca, revelando el hueco donde faltaban los dientes delanteros. «Mierda», susurró el chico del espejo.

William deslizó de nuevo el puente postizo a su sitio y frunció el ceño, no al chico del espejo sino al nuevo grano que le había salido durante la noche en la frente, a un par de centímetros del cuero cabelludo.

Alguien llamó a la puerta de su dormitorio, y él gritó:

-¡Estoy en el cuarto de baño!

-De acuerdo, no hay prisa. Pero tu padre quería que supieras que el monte St. Helens va a salir en las noticias dentro de un par de minutos. Ha pensado que te gustaría verlo en erupción.

-Gracias, mamá. Pondré la televisión aquí.

-Ah, William...

-¿Qué, mamá?

-Feliz cumpleaños.

«¿Por qué -se preguntaba Ben Wincklemeyer, y no era la primera vez en su vida- teñirán la cáscara de los pistachos de color rojo?» Aún tenía todos los dedos de la mano derecha teñidos de rojo a causa del cuenco de pistachos que había pelado e ingerido la noche anterior. La carcasa de plástico del pequeño Big Ben que tenía junto a la cama mostraba también las huellas de su gula. Sin duda, también las páginas de las revistas que había estado hojeando mientras comía, y el balance mensual de su cuenta CMA, presentaban huellas semejantes. Debía ser que a cierto nivel a la gente le gustaba realmente tener rojas las yemas de los dedos. Después de todo, las mujeres se pintaban las uñas de rojo.

Había sido una de esas noches de insomnio... Su mente había sostenido un monólogo a velocidad vertiginosa desde que, exactamente a las tres y cuarto (las manecillas del Big Ben eran luminosas), le habían despertado los débiles e intermitentes pasos de alguien que descendía lentamente por las escaleras. El dormitorio de su mujer y el de Judith se alineaban, al igual que el suyo, a lo largo de la galería de la planta baja, que se extendía a diferentes niveles. Tan sólo Billy dormía en el piso superior, y solía tener un sueño profundo. En cualquier caso, no se dedicaba a caminar de puntillas por la casa. El rumor de pasos pasó por delante de su dormitorio y se alejó, dejando el silencio tras de sí. Luego oyó el ruido de una puerta al cerrar. Se quedó tumbado, perdida la mente no en los vagos pensamientos que conducían de nuevo al sueño, sino en precisas y claras ideas orientadas hacia los negocios; pronto le impulsaron a buscar papel y bolígrafo y, puesto que ya se había levantado de la cama, también un cigarrillo.

Se había fumado el último del paquete en el dormitorio mientras miraba las últimas noticias, pero sabía que tenía un cartón entero en su despacho, así que le tocó el turno de subir las escaleras de puntillas, crujido a crujido, hasta la habitación de Billy, donde había visto, gracias a la tenue luz de las pequeñas luces nocturnas incrustadas en la pared a la altura del tobillo, un sobre bajo la puerta. Aquello resolvía el misterio e merodeador nocturno, ya que Judith mostraba propensión a desnudar su alma en cartas que entregaba de noche deslizándolas bajo las puertas.

La última de esas cartas, dirigida a él mismo, constituía una súplica de cinco páginas, bien argumentada y vigorosamente escrita, para que dejara de fumar; o, si no podía dejar de fumar, para que dejara de trabajar en la ATA, la Alianza Americana del Tabaco. Le dejaba bien claro que no era un tema que quisiera discutir con él. No había lugar para la discusión. Trabajar para la industria tabaquera era un pecado. Punto. Ben había cumplido su insistente requerimiento de no hablar de ello y había seguido fumando, y el ATA había continuado financiando el MIMA (el Instituto de Minneapolis para el Análisis de la Motivación). Desde entonces Judith vivía una especie de arresto domiciliario autoimpuesto, se negaba a recibir una asignación y ponía cara de mártir cada vez que él o Sondra encendían un cigarrillo. Sin embargo, no había expresado deseo alguno de marcharse a Florida a vivir con Rhoda, a pesar de que Rhoda, a quien la pensión alimenticia le

bastaba apenas para sobrevivir y se moría por recibir una pensión por el mantenimiento de su hija, estaba siempre tentándola para que se mudara a Florida.

Naturalmente, Ben sentía curiosidad por saber qué tenía Judith que decirle a Billy que precisara de la urgencia de una de sus cartas nocturnas; y no teniendo escrúpulos sobre la intimidad, la recogió de debajo de la puerta y se la llevó a su despacho para leerla. Afortunadamente, antes de abrirla se había dado cuenta de las señales delatoras que el colorante de los pistachos proporcionaba a sus dedos, y se había lavado las manos hasta que pudo coger el papel sin dejar marca alguna, a pesar de que la piel conservaba aún cierto color.

Le sorprendieron gratamente tanto el estilo como el contenido de la última carta de su hija. Cierto que demostraba su carácter mandón al presuponer que podía decidir por su hermanastro qué nombre debía utilizar, pero tal carácter no era necesariamente un defecto si resultaba eficaz. Lo saludaba como un don de mando. Devolvió la carta a su lugar bajo la puerta de la habitación de Billy, y anotó mentalmente que llamaría William a su hijastro. Aún hizo una segunda nota mental, para recordar comprarle un regalo de cumpleaños y prescindir del habitual sobre con dinero. Era indudablemente cierto, como Judith afirmaba, que él había hecho al «círculo familiar» más feliz. Bien, si Billy, es decir, William, pudiera tan sólo extender sus habilidades a la cura de la anorexia de Judith...

Comida. Ésa era la dirección hacia la que debían moverse las compañías de tabaco. Había subido precisamente para escribir una nota sobre ese asunto. El vicio fundamental. Podían prohibir el tabaco, pero ¿la comida? Además, existía un componente irracional en la compra de comida que hacía de ese negocio un idóneo objetivo a alcanzar para la industria del tabaco. Con todos esos miles de millones de beneficios acumulándose sin tener, en realidad, modo de ampliar el mercado...

Luego llegó la conciencia frustrante de que ése era un típico ejemplo de megalomanía de las tres y media de la madrugada, porque lo mismo podía escribir una carta al presidente Cárter explicándole cómo resolver la crisis de los rehenes. Debía pensar en términos más concretos. Ése era el hueco económico-ecológico que le correspondía al MIMA: el análisis de la motivación, no la estrategia de las inversiones. Motivaciones tales como, volviendo a lo que se preguntaba antes, por qué se coloreaban los pistachos de rojo. Los que mantenían su color natural parecían tener el mismo sabor. Sin embargo, uno siempre compraba los de cáscara roja, ¿por qué? A la gente debía gustarle que se le tiñeran de rojo los dedos. ¿Podía servir la misma teoría para los fumadores? Hasta donde alcanzaban los conocimientos de Ben, no se había escrito nada sobre las manchas de tabaco como posible motivo subliminal. La hipótesis era que se trataba de un aspecto molesto del acto de fumar que era preferible ignorar. Pero ¿y si a los fumadores les gustaba tener los dedos manchados de nicotina? La ATA estaría, casi con seguridad, dispuesta a financiar al menos una investigación piloto. La industria deseaba patrocinar cualquier investigación orientada hacia

el producto y que no tuviera relación con índices de enfermedad y/o mortalidad entre los fumadores. La idea valía como mínimo 200.000 dólares. Dan Turnage volaría hasta Twin Cities desde la oficina central de la ATA, en Baltimore, esa misma tarde. Podía presentarle la propuesta a él. Sí; ciertamente, Turnage era sólo un testaferro, pero le encantaba que le trataran como si tuviera un poder ejecutivo real. Ben se ajustó el cordón del pantalón del pijama, levantó la tapa de persiana del escritorio de caoba y empezó a escribir la propuesta. Cuando los chicos salieron para el colegio ya la había terminado, junto con un paquete de Pall Malls.

30

Según su padrastro, que tenía un interés fanático por todo lo que estuviera relacionado con el Watergate, la comida que William había recogido de la barra de ensaladas era la comida favorita de Richard Nixon: requeson cubierto de Ketchup, al que William había agregado picatostes y Boca-bits. No era una comida para *gourmets*, pero se la terminó en dos bocados. Cuando hubo acabado de comer, secó la mesa de fórmica con una servilleta de papel y abrió su libreta de apuntes de alemán. En Sr. Tom no había una sala de estudio oficial, tan sólo esa esquina de la cafetería o si no, la biblioteca, pues la idea era que todos los alumnos del instituto eran tan sobresalientes que cualquier hora libre del día la pasaban ocupados en alguna asignatura optativa, como arte, o trabajando en la oficina del Chronicle. Pero en los cuarenta y cinco minutos que tenía para comer, William solía contar por lo general con hacer sus deberes de alemán en el comedor, para acudir luego a la clase con el motor del idioma extranjero funcionando aún en su cerebro.

Los deberes de ese día consistían en escribir una redacción de una página describiendo uno de sus recuerdos más tempranos. William era muy bueno en alemán. Podía llenar una página de ejercicios completando las líneas de puntos con las formas de verbos, pronombres, etc., correctos, tan deprisa como cuando hacía los deberes de álgebra. Se le daba bien recordar todas las reglas irracionales del género de los sustantivos. Un sueño es masculino, la nata es femenina, los niños son neutros. Pero las redacciones eran otra cuestión. A Dwayne Nielson, el profesor de alemán, le gustaba plantear temas que tuvieran relevancia; término que, utilizado por Nielson, significaba fisgonear, entrometerse y curiosear. Aparentemente, a los otros siete alumnos de la clase no les importaba que Nielson les aplicara el tercer grado disfrazado de ejercicio de gramática. Pero a William sí le fastidiaba; tanto le había molestado durante las dos primeras semanas del curso, que había estado a punto de cambiarse a francés. Pero Judith estudiaba francés, y una de las mejores razones para estudiar un idioma extranjero era poder hablar y que las personas con las que vivía no pudieran entenderle. Después, más o menos por el día de Acción de Gracias, se había dado cuenta de que el método a utilizar para resolver el problema era sencillamente mentir. Todavía recordaba

la pregunta que fue rodando de alumno en alumno hasta que le llegó a él el turno de contestar, y Nielson le preguntó: «Wilhelm, hast du ein Bruder? Wie alt ist er? Erzahl uns von ihm[*]» ¿Qué se suponía que debía responder? «Sí, tengo un hermano. Se llama Ned, tiene diecisiete años y pasa todos los días de su vida, desde los últimos seis años más o menos, tumbado como un cadáver en una habitación obscura, mirando al vacío. Algunas veces hay comida para bebés seca formando pequeñas costras verdes entre los pelos de su barba, y tiene que llevar pañales porque es incontinente.» En modo alguno pensaba William «compartir» esa información con Nielson, sus compañeros de clase y, tras veinticuatro horas, con el resto de los alumnos de St. Tom. (Era un instituto pequeño, con menos de trescientos estudiantes sumando los cuatro cursos.) Así que mintió. Fue fácil; no estaba bajo juramento y nadie tenía motivos para dudar de su respuesta. «No, no tengo ningún hermano -replicó, con un alemán titubeante pero gramaticalmente correcto-, pero sí tengo una hermana, Judith, de quince años. Es muy activa en la lucha contra el...», ahí tuvo que parar para preguntarle a Nielson cómo se decía «aborto» en alemán, lo cual provocó cierto nerviosismo en Nielson, porque no lo sabía y tuvo que mirarlo el diccionario. A partir de ese día William supo que podía dominar Nielson por el sencillo expediente de ponerlo a la defensiva.

Pero aquel día Nielson había acertado con una tarea que tocaba de lleno el meollo del problema de William. No se trataba únicamente de que William fuera tímido en hablar de detalles de su vida privada. Ocurría que en gran medida, no se acordaba de ellos. Siempre que retornaba a las llamadas escenas de su infancia, durante alguna visita a la gran casa antigua de la abuela Obstschmecker en la calle Calumet, o al pasar con el coche por delante de Nuestra Señora de la Merced, la escuela parroquial donde había estudiado hasta el cuarto curso, se sentía como si estuviera mirando las fotografías del álbum de otra persona. Su infancia se había disipado, igual que un archivo se borra de la memoria de un ordenador. Tan sólo habían sobrevivido retazos sueltos: los argumentos de películas que había visto, y casi palabra por palabra el disco rayado de cuentos de hadas narrados por un cómico, ya muerto, llamado Poppy Mueller. Pero las cosas importantes se habían desvanecido. Qué tipo de hermano había sido Ned antes de que la enfermedad le convirtiera en un vegetal. Cómo les iba a Sondra y a su verdadero padre, Henry Michaels, antes de divorciarse, cuando vivían todos juntos en la avenida Kuhn. Quizás ésa era una época demasiado lejana de su infancia para esperar que pudiera recordarla, pero los años transcurridos en la escuela de Nuestra Señora de la Merced también estaban en blanco. Ésas eran las cosas que él sabía que no recordaba. No había modo de imaginar cuántos otros archivos se habrían borrado igualmente sin que él lo supiera. Porque, si uno no sabe que algo ocurrió, ¿cómo puede darse cuenta de que lo ha olvidado? Se había preguntado, en ocasiones, ya que era consciente de esos lapsus de su

[*] En alemán en el original. «William, ¿tienes algún hermano? ¿Cuántos años tiene? Cuéntanos cosas de él.» *(N. de la T)*

memoria, si eran en realidad extraños. Siempre mostraba curiosidad por conocer lo que los otros chicos de su edad podían recordar de su infancia. En su mayor parte, solían ser momentos en los que habían hecho algo malo, los habían pillado y los habían castigado; o peleas en las que habían participado, o lugares a los que habían ido de vacaciones con la familia. William suponía que una gran parte de ese tipo de recueros no era más que una historia sobre algo que había ocurrido y que se contaban los miembros de la familia unos a otros. Recordaban la historia, no lo que realmente había ocurrido. Pero él no tenía a nadie que e contara las historias de su propia infancia, puesto que su padre estaba muerto y no se había visto demasiado con su madre en los años que siguieron a su divorcio. En cuanto a Madge y la abuela Obstschmecker, cuando las visitaba en su decrépita y vieja casa no mostraban la menor inclinación a rememorar viejos tiempos. Al menos, no los que se referían a su infancia. La abuela Obstschmecker tenía información abundante que ofrecer sobre su propia niñez en Anoka durante los años veinte, y Madge le contaba cosas que recordaba de cuando trabajaba en el hospital; pero, con respecto a temas más personales, sus labios estaban tan sellados como los de un prisionero en una película de guerra. En consecuencia, William supuso que nada raro había en el funcionamiento de su memoria que no pudiera atribuirse, sencillamente, a la falta de práctica.

Aun así, había tratado de mantener el grado de pérdida de su memoria en privado, temiendo que si alguien llegaba a sospecharlo tendría que volver al psiquiatra del edificio Foshay Tower, al cual le habían enviado inmediatamente después del accidente: el doctor Helbron. Había odiado sus visitas al consultorio de Helbron más aún que las sesiones de ortodoncia en las que le ajustaron el puente de dientes postizos. No obstante, no teniendo ya que hablar con Helbron, había poco peligro de que descubrieran su secreto, ya que nadie más mostraba curiosidad alguna por su pasado. Nadie salvo Herr Professor Nielson; y la atención de Nielson se dirigía habitualmente hacia aquellos alumnos que la deseaban y la solicitaban, los que levantaban la mano y las pelotas.

Por tanto, lo que debía hacer era evitar resultar interesante. Tenía que parecer corriente. Brillante, pero corriente. La brillantez era adecuada en el St. Tom donde, cuanto más rápido se subía la escala académica y más puntos se conseguían en el último videojuego de marcianitos, llamado SATs, mayor era el prestigio.

Pero ser corriente no era menos importante. Corriente significaba llevar el uniforme de la escuela, que, como el uniforme que llevaba la mayoría de adultos, no era un mero conjunto de ropas, sino un estilo. Era caro, pero no llamativo ni de última moda. Ser corriente como en la película que todo el mundo iba a ver y que habían rodado justo allí, en Minneapolis, Gente corriente. No era necesariamente fácil, aparte del hecho de llevar las ropas adecuadas, conseguir ser corriente de una forma genuina. Uno podía ser demasiado gordo, o tener el tipo de acné que sobresalta a la gente al verte. Uno podía tener extrañas ideas incontenibles, como le sucedía a Judith con sus múltiples cruzadas.

Pero por su parte, William estaba totalmente convencido de que podía considerarse corriente, y pretendía continuar detentando esa condición por cualquier medio que estuviera a su alcance.

Así pues, ¿qué constituiría un recuerdo corriente de la niñez? ¿Que recordaría un adolescente corriente sobre su infancia corriente?

Bajó la vista hacia la bandeja de papel con los restos del suero de leche teñido de Ketchup y encontró la respuesta: la comida. Podía recordar todo tipo de comidas de su infancia que su madre nunca cocinó: comidas ante cuya vista sentía una auténtica nostalgia, al verlas en el supermercado Spam. Sandwiches de Spam con esponjosas rebanadas de pan de molde absorbiendo la mantequilla en la que se freía la carne... La palabra alemana para la mantequilla era la misma que en inglés, y de género femenino: die Butter. Pizzas congeladas, a elegir entre las de pelotillas grises de carne picada y las de pequeñas rodajas de pepperoni. Pizza en alemán tenía que ser Pizza, pero ¿de qué género sería? La consideró femenina, dando por sentado que Nielson tampoco conocería el sexo de las pizzas. ¿Qué más? Helado de fresa; ése era un recuerdo que se remontaba a la avenida Kuhn y al carrito de helados que pasaba en verano. En apenas unos instantes había llenado una página con recuerdos infantiles de comida, escribiendo apresuradamente y mezclando el alemán y el inglés como el requesón con Ketchup. Luego buscó en el diccionario las palabras que había dejado en inglés.

Sonó el timbre que anunciaba el reinicio de las clases y él había terminado. Cuando leyó la redacción en voz alta en clase, ni uno solo de sus compañeros dudó de que William fuera totalmente corriente y tuviera recuerdos corrientes de su corriente niñez.

31

De los doce miembros del Club de Informática de St. Tom, cuatro teman Apples; dos, Ataris; uno tenía un Commodore PET, y los otros tenían máquinas de videojuegos, excepto William, que no tenía nada todavía. Se había unido al club para aprender el lenguaje BASIC y gorrear el Atan, montado pieza a pieza, que había donado al Club de Informática su presidente, Jason Schechner, que se había pasado a un Apple la Navidad anterior a la última. No se consideraba a los dueños de máquinas de videojuegos como miembros serios del club, al cual se les permitía el acceso únicamente para cumplir el reglamento del Consejo de Alumnos, que exigía al menos diez miembros en cualquier organización de estudiantes para poder utilizar las instalaciones del instituto. El contingente de adictos a los videojuegos no asistía casi nunca a las reuniones, y cuando lo hacían era para intentar convencer a los otros de que participaran en su propio e interminable juego de Dragones y Mazmorras.

Probablemente William no hubiera ido al aula 202, donde el club se reunía esa tarde, ya que sabía que Larry Binns no había ido al instituto y, por tanto, no haría la prevista demostración de la versión de Invasores del Espacio que él mismo había programado en su Apple.

Además, cuatro de los miembros del club, que formaban parte del equipo de debate, se habían marchado al Instituto Bishop Cretin para asistir a la última reunión del año. Pero en la clase de matemáticas la hermana de Jason Schechner, Lisa le había pasado una nota de su hermano en la que le pedía que acudiera sin falta a la reunión de las tres en punto. No mencionaba el motivo, pero William reconoció la nota como orden y, además, estaba acostumbrado a someterse a la autoridad de Jason cuando era conveniente. Jason tenía dieciséis años, y se aprovechaba de un programa acelerado de estudios en colaboración con la universidad para obtener su diploma en St. Tom en sólo tres años, lo cual podía conseguir sin dañar su reputación como uno de los mayores remolones y espíritus animadores del instituto. Estaba utilizando su Apple para diseñar una especie de caja de música combinada con guitarra que permitiría al que «tocara» fingirse un virtuoso. No era un producto vendible, cierto, pero podía verse que ya apuntaba una promesa. Jason, con toda su popularidad y ventajas, se dignaba ser amigo de William, y otros amigos, todos ellos en el último curso o ya en la universidad, lo consideraban una especie de anomalía social; pero esta amistad no sorprendía a William. Jason era un cerebro y William era un cerebro, y los cerebros tienen un modo de formar una órbita doble.

Así, después del último toque de timbre del día, obedeciendo a la nota de Jason, William no se había encaminado hacia la parada del autobús número 4, que iba hasta Willowville, New Hope y las otras zonas residenciales del norte de la ciudad. Por el contrario, fue directamente desde su taquilla al aula 202. Como la mayoría de las aulas del segundo piso del Instituto St. Tom, que tenía aún que crecer hasta alcanzar toda la extensión de la planta cuadrada heredada del antiguo seminario episcopal, el aula 202 servía de desván. Además de una gran cantidad de antiguos archivadores metálicos y un montón de sillas apiladas, había objetos de exposiciones de ciencias de años precedentes que tenían un aspecto un tanto enigmático, desposeídos de sus elementos reutilizables y huérfanos, en la mayoría de casos, de carteles explicativos.

En la pizarra central del conjunto de pizarras que había al frente del aula, alguien había escrito un mensaje:

¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Bajo esta felicitación y en letra más pequeña, se leía: «Llegaré unos minutos tarde. Por favor, espera. Jason.» Por algún motivo, la felicitación de Jason incomodó a William. Cogió el borrador de la estrecha repisa en la parte inferior de la pizarra y empezó a borrar las letras escritas con tiza. Por mucho que borrara, sin embargo, no podía eliminar completamente el mensaje. La sensación de molestia se intensificó hasta adquirir el grado de pánico; un pánico estúpido porque, para empezar, no había razón alguna para borrarlo. Era como si las letras que tuviera que borrar no fueran las que realmente veía, fantasmagóricas, brillando tras los velos superpuestos del polvillo de la

tiza; como si pudiera descifrarse otro mensaje bajo el que estaba escrito, y que podía leer entrecerrando los ojos:

FELIZ HALLOWEEN

Por un momento volvió a estar allí: en el aula de cuarto curso de Nuestra Señora de la Merced, la noche de la fiesta de Halloween, la noche que habían robado las chocolatinas del gran recipiente. Recordaba la obscenidad que los ladrones habían escrito sobre la pizarra, y que seguía indeleble a pesar de que su padre la había borrado. También que él le había sugerido a su padre que escribiera otra frase encima, la misma que estaba viendo ahora; hasta que parpadeó y volvió a ver lo que sabía que en realidad debía ver, las palabras que Jason había escrito y que acababa de borrar: Feliz cumpleaños.

Pero el recuerdo persistió, y se sintió como un pescador que, tras pasar el día esperando sin que la caña dé el tirón una sola vez, nota por fin que un pez ha picado. Había estado tanto tiempo allí, sentado en el comedor, tratando de inventar un recuerdo infantil, estrujándose el cerebro para conseguir un solo y claro detalle de los años que había pasado en Nuestra Señora de la Merced... y de repente, podía ver aquella vieja aula sobreimpresionada en el color naranja rojizo del aula 202, como si las paredes fueran sólo una especie de velo a través del cual pudiera ser testigo de aquella escena anterior: los pupitres vacíos y los abrigos húmedos en el guardarropa, donde los habían dejado sus compañeros de clase antes de irse a ver Frankenstein en el gimnasio. Podía recordar que se había levantado durante la proyección de la película y que le había pedido permiso a la monja de la puerta para ir al lavabo, pero eso había sido una mentira, en realidad quería volver a clase solo. Pero ¿por qué? ¿Y por qué le parecía que ese gran recipiente de metal, vacío de todo excepto de unas pocas manzanas podridas, era un recuerdo feliz? El significado de esos recuerdos seguía atormentándole fuera de su alcance, como si hubiera estado cambiando de cadena el televisor hasta captar una única y vivida escena de una película vieja, pero sin sonido, sin saber cómo empezaba la historia o cómo iba a acabar.

-¡Eh, hola! Feliz cumpleaños -exclamó una voz detrás suyo, como leyendo el mensaje borrado de la pizarra.

Se dio la vuelta para encararse con su amigo.

-Jason, hola.

Jason no vestía la ropa deportiva de marca preferida por la mayoría de estudiantes de St. Tom, sino vaqueros desteñidos, zapatillas deportivas viejas y una camiseta negra que proclamaba su devoción por Led Zeppelin. De algún modo, el efecto del conjunto conseguía ser normativo.

El cuerpo bronceado y moldeado por la natación que habitaba esas ropas era obviamente, un producto de las prósperas zonas residenciales, y no de esa romántica y peligrosa parte de la ciudad que

Jason visitaba dos o tres noches al mes para asistir a conciertos de rock o ir a tomar unas copas con una identidad fingida.

-Me alegra que recibieras mi nota. Y también me alegro de verte. Por dos razones: una, quería darte esto. -Le tendió un pequeño paquete, aproximadamente del tamaño de un paquete de tabaco, envuelto en una servilleta blanca de papel sujeta con dos gomas rojas pequeñas, como las que Jason utilizaba, cuando no estaba en el instituto, para recogerse el pelo en una cola de caballo-. Bueno, ¿no vas a abrirlo? No podrás darme las gracias en su debida forma hasta que lo abras.

-¿Cuál es la segunda razón? -preguntó William, suspicaz-. No será una de esas fiestas sorpresa, ¿no? Le dije a mi madre que no quería nada parecido. Y lo decía en serio.

-La segunda razón no tiene nada que ver con tu madre. Puede que sea una sorpresa, si me dejas que la mantenga, pero no del tipo que pueda disgustarte, ¿vale? Ahora abre tu regalo y dame las gracias.

William abrió el regalo de cumpleaños envuelto en una servilleta de papel. Era un paquete de Camel. Un paquete abierto y sólo parcialmente lleno.

-¿Cigarrillos? ¿Tengo que fumar de repente, porque he cumplido trece años? Jason, ¿en qué año vivimos, en los cincuenta?

-No son cigarrillos, capullo -contestó Jason, sonriendo con condescendencia-. Son canutos de marihuana procedente de Jamaica, liados por un servidor de usted. ¿Ves?, el representante de nuestro Departamento de Policía tenía razón cuando nos advirtió del peligro de que las drogas abunden en nuestras escuelas. Aquí estás tú ahora, enfrentándote con el peligro.

-Me he enfrentado antes con este peligro, gracias. Y sólo me dio sueño.

-A lo mejor es que necesitabas dormir en ese momento, y te estabas conteniendo. La droga libera tus ansias más recónditas, todos los sentimientos reprimidos. Es un hecho científicamente comprobado. -Sonrió con afectación, y los pelos dispersos y sedosos de su incipiente bigote se retorcieron como los de un conejo.

El código sobre el aspecto externo en St. Tom permitía dejarse crecer el vello facial cuanto se quisiera, pero ésa era una libertad que pocos estudiantes deseaban o eran capaces de ejercer. El bigote de Jason, apenas crecido, era uno de los siete que únicamente había en todo el cuerpo estudiantil.

-Bueno, ¿qué dices? ¿Nos metemos un poco de dinamita por el viejo conducto de la ventilación, eh?

William se debatía entre dos posturas contrapuestas. Por un lado, en teoría desaprobaba las drogas, o al menos sentía recelo en tomarlas. Por otro sentía curiosidad. Su experiencia anterior se remontaba a dos años atrás, después de que su equipo perdiera un partido de béisbol, y no había pasado de un par de caladas. El resultado no fue la somnolencia (ésa había sido una mentira blanca), sino un ataque de tos. Desde entonces había conseguido dominar el arte de tragarse el humo sin que le produjera convulsiones. «¿Por qué no?», se dijo a sí mismo, y enseguida se le ocurrió una buena razón.

-Bueno, me gustaría, pero no creo que debamos hacerlo aquí, ¿no te parece?

-Te contare un secreto. A menos que empieces a manifestar síntomas clínicos de psicosis aguda, nadie te meterá en follones por fumarte un canuto aquí arriba, en Orangeville*. Los bedeles lo hacen, los atletas lo hacen, hasta J. D. McCudahy lo hace. J. D. McCudahy era el director de St. Tom. -No te creo -manifestó William.

-Cree lo que quieras. -Jason cogió un canuto del paquete de Camel, y luego lo encendió con un mechero rojo de gas butano que sacó del bolsillo de sus vaqueros-. Algunas personas dicen... -empezó, reteniendo el humo en los pulmones. Luego lo exhaló y continuó con su voz normal-, que la marihuana embota el cerebro y entorpece el pensamiento. Pero lo que yo creo... -le pasó el canuto a William, que lo aceptó con estudiada indiferencia, como un actor en la película que dirigía el otro; Jason retomó el hilo de sus pensamientos- es que lo intensifica. Si uno es un bobalicón inculto con la capacidad de atención limitada a los dibujos animados de Tom y Jerry, la maría incrementa la vaciedad de la mente y, eventualmente, uno progresa hacia una droga que disipe la conciencia por completo. Pero... -extendió la mano para recoger el canuto, inhaló, y lo devolvió- si uno tiene ya una vida mental propia, lo que hace la marihuana es justamente estimularla. El cálculo es pan comido después de fumar hierba.

A William le resultaba difícil creerlo, pero no hizo ningún comentario. Volvía a sentirse fascinado por la pizarra donde, para su alivio, no se podía leer nada, ni «Feliz cumpleaños», ni «Feliz Halloween».

-¿Has tenido alucinaciones alguna vez? -preguntó, en parte para que Jason siguiera hablando, y en parte por verdadera curiosidad.

-¿Con la marihuana? ¿Lo dices en serio? -Con sorna, Jason miró de reojo a William a través de las delgadas volutas de humo.

-Las drogas provocan ese tipo de cosas, ¿no? Y también sin drogas....Hace unos minutos, justo en esta habitación, antes de que estuviéramos fumando he tenido una pequeña alucinación. Estaba mirando la pizarra mientras borraba lo que habías escrito, y podría jurar que aún podía ver las palabras. Pero en lugar de «Feliz cumpleaños», lo que veía era «Feliz Halloween». Ahora, con la marihuana no veo nada.

-Ah, bueno, a ese nivel -replicó Jason, con la misma confiada autoridad que el doctor Helbron había demostrado en todos los temas concernientes a su especialidad profesional: la mente- todos tenemos alucinaciones. La marihuana excita la actividad del fosfeno del ojo, que está también relacionada con los sueños y con las pintas de colores que ves cuando has estado mirando algo brillante y luego cierras los ojos.

William había pulsado la tecla correcta, y Jason siguió explicando todo lo que sabía sobre la química del cerebro, lo que, a su vez, le arrastró a su tema favorito: el problema de cómo explicar los milagros. Jason se había convertido en un fanático ateo tras una infancia feliz

---

* Literalmente la Ciudad Naranja. Alude al color de las paredes del aula. *(N. de la T.)*

como judío reformista despreocupado de las cuestiones de la fe. Los milagros, según Jason, cuando no eran ciento por ciento fraudulentos, podían ser también el resultado de la actividad del fosfeno, coordinada por algún medio telepático de manera que una sola alucinación podía ser experimentada por un grupo de personas al unísono.

-Te diré qué libro debes leer -terminó Jason, cuando hubo expuesto su teoría y el canuto se consumió hasta la boquilla-. No, mejor será que te lo preste. Aldous Huxley, Las puertas de la percepción. ¿Has oído hablar de él?

-He leído Un mundo feliz.

-Sí, ése también es bueno. Lo que Huxley proponía, mucho antes de que se hubiera realizado una verdadera investigación de laboratorio, era la relación entre la química del cerebro y lo que se llaman estados alterados. ¿Sientes algo más, aparte de somnolencia?

-¿Quieres decir si mi estado está alterado? No creo. Aparte de estar nervioso por si sube alguien y luego informa sobre nosotros.

-Entonces deja que me deshaga de las pruebas.

Jason se acercó a uno de los abandonados objetos de exhibición científica, el cual consistía en una gran esfera de cristal llena de delgadas tiras de papel de varios colores. Dejó caer los restos de canutos a través de una pequeña abertura en la parte superior de la esfera.

-A menudo las ciencias puras proporcionan aplicaciones inesperadas en nuestra vida diaria -observó.

-¿Cuál era la segunda razón, Jason? Vamos, no me tengas en suspenso.

-Mira por la ventana.

William fue hasta la ventana y miró hacia fuera. El cielo iluminado aún por la brillante luz del día estaba partido en dos por la cometa de humo de un avión, que se inclinaba hacia el oeste en dirección al aeropuerto. Setos altos y antiguos, de blancas lilas, dibujaban el horizonte y la extensión de los terrenos del instituto. Una ardilla corrió presurosa hacia el tronco de un árbol por el que ascendió a velocidad vertiginosa hasta alcanzar la rama más baja, desde la que se la veía a intervalos. William sintió que había establecido una especie de entendimiento con la ardilla, un compañerismo basado en un miedo sin fundamento, pero compartido.

-¿Qué se supone que debo buscar?

-¿No reconoces ninguno de los coches que hay en el aparcamiento?

No quedaban demasiados coches en él, de modo que su mirada se posó de inmediato sobre un Honda Civic gris fácilmente identificable como el de su madrastra incluso a esa distancia, por su suciedad extrema. Madge no llevaba jamás el coche a lavar. Lo que la lluvia no limpiaba acababa por fundirse gradualmente con la pintura.

-¿Qué está haciendo ella aquí?

-Es tu cumpleaños, ¿no? ¿Tú que crees?

-Pero ¿por qué tendrías tú que...? Quiero decir, tú no la conoces, ¿verdad?

-No es culpa mía que las mujeres maduras me encuentren irresistible.

-En serio.

-Es la típica maniobra de cumpleaños. Le pidió mi número de teléfono a Judith y me llamó para pedirme que te retuviera un rato después de clase para que ella pasara a recogerte y celebraseis el cumpleaños juntos. No puedo contarte más sin estropear su sorpresa. Bien, mete ese paquete en tu mochila para que no se aplaste -dio unos golpecitos sobre el paquete de cigarrillos que no era tal- y ve a cambiar tus fichas de cumpleaños por dinero.

32

En cuanto estuvo lo bastante cerca del Honda encostrado en porquerías como para no tener que gritar, Madge saludó y exclamó:

-Feliz cumpleaños, Billy.

-Ahora soy William -anunció él, como había hecho durante todo el día.

-De verdad? ¿Desde cuándo?

-Desde esta mañana.

Ella extendió las manos en señal de bienvenida, él las cogió y se puso de puntillas para besarla en la mejilla, igual que ella besaba levemente la suya. Madge sonrió.

-Cada vez que te veo me da la impresión de que has crecido... William. Pero no deberías tener tanta prisa en ser adulto. Se sobrevalora.

Al parecer su alegría por verle era genuina, lo cual no sucedía a menudo.

Casi siempre que iba a visitarla, Madge estaba inmersa en otro mundo, y nada de lo que él dijera la hacía volver a éste. Le preguntaba por sus estudios, asentía y luego replicaba: «Aja, qué interesante.»

Ese día era William quien estaba en otro mundo. Durante todo el trayecto hasta St. Paul, mientras le contaba cómo habían reaccionado sus amigos y profesores de St. Tom ante la declaración de su nueva identidad, y luego, cuando ella le contaba a su vez la historia de cómo había dudado durante sus estudios de enfermería, y a lo largo de los años que iban desde la remilgada Margaret a la dura Madge, él estuvo mirándola y preguntándose, inquieto, por qué ella parecía... diferente. No era una diferencia que pudiera describir con palabras. No era, por ejemplo, que estuviera mucho más gorda que cuando habían vivido juntos. Ese cambio se había producido de manera gradual, y William ya no podía imaginarse claramente a Madge tal como había sido (ni siquiera entonces podía decirse que fuera una persona delgada). Tampoco era que ya no se pusiera el mismo atuendo negro de cada día tan pronto como se quitaba el uniforme del hospital. Ahora trabajaba en una clínica privada y vestía como una persona corriente. Recogía sus cabellos en el mismo moño suelto de siempre, y utilizaba la habitual mínima expresión de maquillaje. La impresión general que causaba era

que no le importaba su aspecto mientras resultara aceptable, pero ¿acaso había sido alguna vez de otra manera?

Tal vez no era Madge quien había cambiado, sino él mismo. Se había acostumbrado a las ropas más modernas y costosas de su madre. Sin saberlo, se había convertido en el tipo de esnob que, según la acusación de Judith, eran Ben y Sondra. Del tipo que se cree superior a cualquiera que lleva las ropas inadecuadas, es decir, baratas.

O quizá, probablemente, la «diferencia» no era más que un efecto secundario de la marihuana que había fumado. Porque, de hecho, la realidad parecía haberse distorsionado. El tráfico era demasiado veloz, los camiones demasiado ruidosos, y el sol brillaba con excesiva intensidad a través de los jirones de nubes. Examinó las uñas desiguales de sus manos y empezó a sentir un nudo en la garganta por la piedad que le producían sus manos rosadas, que parecían dos animales desollados.

Pero la visión más extraña fue la casa Obstschmecker, cuando finalmente llegaron a ella. Sólo necesitaba un cartel sobre la puerta que dijera: «Cuidado con el fantasma» para parecer oficialmente encantada. La pintura desconchada, el césped cubierto ya de maleza, estando la primavera aún tan reciente, una rama caída del olmo del jardín colgando sobre el caballete de la ventana de la buhardilla que daba al este, y la parte inferior de esa ventana, tapiada con una lámina de madera contrachapada y podrida por las inclemencias del tiempo…

A izquierda y a derecha y al otro lado de la calle había casas nuevas, de ladrillo rosado y falsos tejados con mansardas. El gran cartel de SE VENDE de la esquina decía que Calumet Manors había sido construido por la Golden Gopher Development Corp., una filial de la NNE. Cada casa tenía su propio garaje subterráneo y un terreno de césped aún sin plantar y cada terreno acespedado tenía su propio joven arce. Aunque la hubieran arreglado, la casa Obstschmecker, construida a una escala mucho mayor, habría seguido estando fuera de lugar entre esas estructuras modernas.

-Son horrorosas, ¿verdad? -afirmó Madge, aparcando el Honda fuera del garaje-. ¿Y querrás creer que todas cuestan más de lo que le ofrecieron a mamá por nuestra casa hace cinco años? Los techos tienen sólo dos metros y medio de alto, y las cañerías han explotado ya en la mitad de las casas. Esos urbanizadores son todos unos timadores.

Esa diatriba momentánea pareció animarla considerablemente. O quizá sólo le alegraba estar de vuelta en casa. William la siguió hasta la parte trasera de la casa (Madge le explicó que la puerta principal se mantenía cerrada todo el tiempo, «por seguridad») y luego al atravesar el umbral de la puerta de atrás. La barandilla de madera del tramo de escaleras se había caído, y yacía pudriéndose sobre la pila de hojarasca que antes fue un lecho de flores.

-¡Madre! -gritó Madge desde la cocina-. Estamos en casa. La cocina olía a ambientador. Ningún bosque, ningún almacén de madera, olían tanto a pino; sin embargo, ambas ventanas estaban abiertas, y la brisa pasaba las hojas de un libro de cocina que había sobre una mesa, entre potes y sartenes recientemente utilizados.

Madge comprobó que los fogones y el horno de la cocina no se hubiesen quedado encendidos y volvió a exclamar: -¡Madre!, William está aquí. En respuesta se oyó un portazo.

-Espero que no esté en uno de sus momentos de mal humor -dijo Madge, suspirando-. Bueno, que haga lo que le plazca. Ven al comedor, ahí está tu regalo. Iba a pedirle a tu amigo que lo instalara en tu antigua habitación para que pudieras probarlo ahí mismo, pero él me explicó lo que supondría conectar todo eso, y me dio la impresión de que costana más esfuerzo del que realmente valía la pena.

Cuando terminó con este preámbulo William estaba ya delante de su regalo de cumpleaños. Era, como había esperado (pero de su padrastro, y no de Madge), un Apple. No era sólo un Apple, sino un Apple completado con todo lo mejor: una doble disquetera, un coprocesador Soft-Card, un sistema operativo DOS 3.3 y, como guinda de su electrónico pastel de cumpleaños, una impresora térmica Silentype, la primera de ese tipo, según la nota que Jason había incluido para la entrega del regalo que el comerciante, la User-Friendly Computer Store situada en el Paseo Robbinsdale, había vendido en Twin Cities.

-Es fantástico, Madge -afirmó William, después de revisar todos los elementos del inventario de Jason-, de verdad. Pero no puedo de ninguna manera aceptarlo. No sé exactamente lo que te habrá costado, pero supongo que alrededor de los tres mil dólares. Como mínimo. Podrías comprar un coche nuevo por ese dinero. Y sé que si lo llevo a casa mi madre no me permitirá quedármelo.

-Es muy amable por tu parte, Billy. William, perdona. Pero de hecho no he gastado ni un solo centavo de mi propio dinero. El dinero ha salido de tu fideicomiso. Naturalmente, si no lo quieres puedo devolverlo. Pero tanto tu hermana como el amable chico judío con el que ella me puso en contacto pensaron que esto era exactamente lo que querías, y que probablemente aprenderías a utilizarlo lo bastante bien como para amortizar el dinero que vale.

-Es la primera vez que oigo hablar de que tengo dinero en fideicomiso.

-Porque nadie te lo había dicho. Justo después del accidente, pasé una temporada muy difícil teniendo que ocuparme de cosas como el funeral, y en cualquier caso no parecía que existiera una necesidad inmediata de que lo supieras, al menos hasta que empezaras a pensar en la universidad. Quizás estaba equivocada, quizá debería habértelo dicho antes. O tal vez debería haber esperado aún un par de años más. Pero tu madre me ha contado que es posible que vayas a la universidad antes de lo normal, así que deberías saber cuál es tu potencial económico. Básicamente tienes suficiente dinero para ir a cualquier universidad que desees, incluyendo la facultad de medicina, si a eso es todavía a lo que aspiras.

-Pero papá no había ahorrado nada. ¿Cómo...?

-Jau! -replicó Madge, levantando la mano derecha al estilo indio*.

---

* Juego de palabras intraducible, basado en la idéntica pronunciación en inglés de how, cómo, y jau, saludo indio. *(N. de la T.)*

Fue como zambullirse en el estanque del recuerdo. Madge y su padre le habían gastado esa broma cientos de veces, y el buen humor que provocaba la súbita confusión, le hacía reír siempre a carcajadas. Así fue de nuevo.

Madge sonrió, y cuando él dejó de reír, dijo:

-Pasamos buenos ratos juntos, ¿verdad?

El asintió.

El teléfono sonó. Madge se fue a la cocina a contestarlo. Tan pronto como ella salió de la habitación, la realidad del antes familiar escenario, tan cambiado ahora, se impuso sobre William: el olor a humedad, el desorden, la negligencia. La madera del piso bajo el hueco de donde colgaban las plantas se había agrietado a causa del agua que, gota a gota, caía de las macetas regadas en exceso. Junto a la mecedora, sobre la alfombra, se había volcado un cenicero lleno de colillas que nadie había recogido. Parecía que unos vagabundos hubieran estado viviendo allí.

Madge regresó al comedor.

-Llamaban de St. Malachy, y me lo han estropeado todo después de haber preparado este momento con semanas de antelación... Por una vez que pido una sola tarde libre..., pero no, no, es imposible encontrar a nadie más. Lucy no contesta el teléfono, y sólo hay dos ATS de guardia, y es algo que precisa de una enfermera, o sea, yo. Lo siento.

-No importa -dijo William, encogiendo los hombros condescendiente-. Recuerda que pienso meterme en el mismo negocio. Así que será mejor que me acostumbre a este tipo de cosas. Pero me gustaría conocer los detalles de ese misterioso fideicomiso antes de que te vayas. Papá no era precisamente millonario cuando murió.

-No hay ningún misterio. Tenía un seguro. Fue el regalo de boda de mi padre, una póliza de vida, totalmente pagada, de 100.000 dólares. Henry se puso furioso entonces. Recuerdo que dijo que prefería haber recibido un montón de recipientes de plástico para la cocina que la maldita póliza, y uno podía comprender su postura... Nunca iba a disfrutarla. La póliza estaba redactada de tal manera que él ni siquiera podía usarla como subsidiario para obtener un crédito. ¿Sabes cómo funcionan este tipo de cosas?

William asintió. No lo sabía, pero tampoco estaba interesado.

-¿Está enterada mi madre? -preguntó.

-Sabe que existe -contestó ella, sonriendo-, pero no sabe la cantidad. Justo después del accidente, tu madre estaba un poco..., supongo que la palabra es hostil. Parecía pensar que yo iba a iniciar una batalla por obtener tu custodia. Quiero decir, yo te quiero, y me rompió el corazón que tuvieras que mudarte tan pronto después de que Henry se hubiera marchado. Pero ella es tu madre, y yo no. En cualquier caso, cuando discutimos tu situación le expliqué que había un depósito en fideicomiso y que yo era la albacea, pero que no quería decirte nada hasta que estuvieras a punto de ir a la universidad, y ella estuvo de acuerdo. Nunca le dije a cuánto ascendía, y ella nunca lo preguntó. Probablemente pensó, conociendo nuestra situación, que el seguro sumaría un par de miles como mucho, y no quiso ponerme en un

aprieto preguntándomelo. Yo pensé que tus intereses a largo plazo se verían mejor salvaguardados si el doctor Wincklemeyer no sabía que ibas a recibir una cantidad de dinero semejante. Algunas veces, sabes, un padrastro puede querer sacar dinero de un deposito en fideicomiso para pagar cosas como la matrícula del instituto, o incluso la ropa. Y Ben Wincklemeyer nunca me dio la impresión de ser un hombre generoso. Quizá me equivoque, pero te aconsejo que mantengas el secreto. Deja que piense que el ordenador te lo he comprado yo.

William sonrió con aquiescencia. Siempre le complacía unirse a una conspiración. Además un regalo como ése, procedente de Madge, haría que su padrastro se sintiera como un desgraciado.

-Tengo que irme ahora -dijo ella-. Y como no voy a poder llevarte a ti y a este gran Apple gris hasta Willowville, déjame que te dé dinero para un taxi.

-No, no, llamaré a mamá. Siempre está diciendo que no os visito con la suficiente frecuencia, así que no le importará venir a buscarme. Cualquier excusa para poder salir de casa la hace feliz. Pero todavía hay una cosa... -dudó, con la instintiva prudencia de un abogado, no queriendo preguntar directamente a cuánto ascendía finalmente el dinero en fideicomiso.

Madge malinterpretó su reticencia.

-Oh, yo tengo mi parte, si es eso lo que quieres saber. El fondo se dividió en dos mitades. He puesto mi dinero en un fideicomiso similar para Ned, de modo que, si yo me muero antes que él, no tenga que estar en la especie de sala prisión en la que yo solía trabajar en el hospital estatal. Ése ha sido siempre mi mayor temor, y el dinero del fondo le ha puesto más o menos fin. Ocurra lo que ocurra, sé que cuidarán de Ned decentemente.

Sonó una especie de timbre. No era el de la puerta, ni el del teléfono, sino el de una auténtica campanilla de mano que producía un tintineo argentino como el de la campana que el monaguillo hace sonar durante la misa cuando el sacerdote alza la hostia sagrada. Provenía del piso superior, lo cual produjo en William una sensación de desasosiego, ya que había supuesto que la abuela Obstschmecker se había encerrado en su habitación y, por tanto, la única persona que podía haber hecho sonar la campanilla en el piso de arriba era Ned. Y eso, claro está, era imposible.

-Maldita sea -exclamó Madge, y agregó la única explicación lógica-. Mamá debe haberse ido arriba. Ésa es la campanilla con la que llama cuando quiere que le suba a Ned la cena, o por cualquier otro motivo. Y si esos potes de la cocina son una pista, seguro que ha preparado una especie de fiesta de cumpleaños. Si subo ahora no podré marcharme en otros quince minutos. Mamá no cocina demasiado ahora, pero cuando lo hace...

-Eh, no pasa nada -aseguró William-. Subiré yo y diré que ya te has marchado. Si quieres.

-¿De verdad? Te lo agradecería.

-Supongo que no se pasará el día tocando esa campanilla.

-Es curioso, me he acostumbrado tanto a oírla que ni siquiera me doy cuenta de que suena. Está empeñada en que a Ned le gusta el sonido. A veces se sienta allí cinco o diez minutos sosteniendo la campanilla delante de él y haciéndola sonar. Como ahora. Al principio me ponía nerviosa. Ahora es como..., no sé, oír el agua llenando la bañera. Es natural. ¿Estás seguro de que no quieres que te dé dinero para un taxi?

-No malgastes el dinero. Mamá vendrá a buscarme. Después de todo es mi cumpleaños, y tengo derecho a servicio de limusina con chofer. Lo que me recuerda que no tengo palabras para agradecerte el Apple y la impresora. Es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca.

-Agradéceselo a tu padre. El dinero procede de él.

Cogió el bolso. Se sonrieron, pero no trataron de volver a besarse. Ninguno de los dos era demasiado dado al besuqueo. Cuando se hubo ido y la puerta de atrás se cerró tras ella, William sintió que una punzada de pena le atravesaba el pecho, motivada no tan sólo por el hecho de que sus sentimientos por Madge fueran más profundos que los sentimientos por su verdadera madre, sino también por saber que, por profundos que fueran esos sentimientos, finalmente no eran lo bastante intensos. Era como si, en su interior, fuera igual que su hermano Ned, sólo que, mientras en el caso de Ned era el cuerpo lo que estaba inmovilizado e impotente, en el de William se trataba de sus sentimientos, o de su alma.

Y aquella condenada campanilla seguía su interminable tintineo, convertido ya en sonido de su propia pena, el agudo y vibrante sonido de su propia vaciedad. A pesar de las pocas ganas que tenía de subir y celebrar una «fiesta de cumpleaños» con la abuela Obstschmecker y Ned, eso parecía incluso preferible a quedarse allí abajo y escuchar la campanilla. ¿Cómo podía ella misma soportarlo? Quizá le fallaba el oído.

-¡Ya voy! -gritó-. Deja de tocar la campanilla, ¡ya voy!

En el momento en que pisó el primer escalón, el sonido cesó. Se sintió turbado, puesto que no había creído que la abuela Obstschmecker fuera capaz de oír lo que acababa de decir.

-Bien -dijo una voz que no era la de la abuela Obstschmecker, sino la de un hombre, profunda pero de algún modo lejana, como el sonido de la campanilla-. Estoy esperando, Billy. Ven.

-¿Billy?

Era la voz, la auténtica voz de la abuela Obstschmecker. La otra, la del hombre, no podía haber sido real. Debía haberla imaginado, del mismo modo que antes había imaginado la frase en la pizarra del aula 202.

-¡Billy! -La voz era más alta, con un tono de exasperación-. Billy, se que estás ahí, no soy sorda. Y tu mochila está justo encima de la mesa, tan claro como el día. ¡Billy!

Salvado de momento de tener que ir a la habitación de Ned, se apresuro a volver al comedor. La abuela Obstschmecker le contempló

dubitativamente, como si estuviera sopesando si debía mostrarse enfadada o no.

-Hola abuela -saludó él con una sonrisa de circunstancias-. Pensaba que estabas arriba.

-¿Por qué se ha ido Madge? -inquirió la anciana con brusquedad-. He oído la campanilla, así que he supuesto, naturalmente, que era ella.

Tiene la manía de que a Ned le gusta el sonido que hace. Pero luego he oído que se marchaba con el coche y la campanilla seguía sonando, y entonces me he dado cuenta de que te había dejado aquí. -Le obsequió con una mueca y se tocó la peluca para asegurarse de que la llevaba bien puesta-. Feliz cumpleaños -agregó. Consiguió que también su felicitación sonara a queja-. ¿Cuántos cumples esta vez?

-Trece.

-Yo cumpliré setenta y tres en mi próximo cumpleaños. Él no supo qué hacer con esa información, excepto ampliarla.

-Entonces hay sesenta años de diferencia entre nosotros.

Ella asintió gravemente, como habiendo llegado a la misma lamentable conclusión por su cuenta, y añadió:

-He hecho tu postre favorito.

-¿Bizcocho mantecado con pasas?

Volvió a asentir.

-Eh, no he comido bizcocho mantecado desde hace mucho tiempo.

-Está en la despensa, debajo de un recipiente a salvo de las moscas. Me temo que se me ha quemado un poco.

-Bueno, no hace falta que nos comamos las partes quemadas.

El bizcocho estaba medio carbonizado. No pudieron desprender su corteza renegrida del molde ni siquiera con una dura espátula de metal. Lo comieron extrayendo trozos y migajas de la parte del centro, que estaba más blanda, con los tenedores.

A William le sorprendió comprobar lo mucho que disfrutaba comiéndolo. Incluso las zonas de color marrón obscuro sabían bien. Comieron sin hablar. La abuela Obstschmecker era lo bastante vieja como para no tener que fingir un interés por cosas que no le concernían, es decir, cómo le iban los estudios a William, o la naturaleza del contenido de las cajas que había en el comedor.

-Bien -dijo ella, cuando las partes comestibles del bizcocho hubieron quedado reducidas a restos pegados al molde-, si quieres llamaré a tu madre para que venga a recogerte, y mientras tú puedes subir a ver a Ned un rato más. Quizá Madge tenga razón; quizá le gusta la compañía. Quizá para él oír esa campanilla sea como escuchar música en la radio. Eso es lo que piensa Madge. Probablemente no lo sabremos nunca, ¿no? No te importará hacer sonar la campanilla para él un poco mas, ¿verdad?

-Pero no era yo quien hacía sonar la campanilla. Acababa de empezar a subir la escalera cuando me has llamado.

-En algunos aspectos, Billy Michaels, no has cambiado ni un ápice desde que tenías seis años. No he conocido nunca a un niño que fuera más testarudo. Bueno, no vale la pena discutir con la gente testaruda. Sólo consigues que te suba la presión. Aunque la mía no es tan mala

como solía. Supongo que debo estar comiendo de una manera más sana. Aunque no lo hago a propósito, como lo que me da la gana. El bizcocho estaba bueno, ¿verdad?

William coincidió en esta afirmación con un sincero asentimiento de su cabeza.

-Gracias por hacerlo, abuela.

-También era el postre favorito del señor Obstschmecker -le confió ella-. Podía comerse uno entero de una sentada. Así que yo siempre hacía dos, uno para él y otro para la familia. Tiene otro nombre en alemán pero no puedo recordarlo. Ahora ya no recuerdo nada de alemán, excepto Gesundheit!

-Estoy estudiando alemán en el instituto, ¿no te ha dicho nada Madge? St. Tom es el único instituto en Twin Cities donde se puede estudiar alemán.

-Subiría contigo -dijo ella, ignorando el intento por captar su atención-, pero ahora mismo tengo que limpiar la cocina. Madge se pone histérica cuando llega a casa y se encuentra la fregadera llena de potes y sartenes sucios.

-Subiré a ver a Ned -declaró él, levantándose de la mesa con desgana.

La abuela Obstschmecker asintió aprobatoriamente. Al pasar por el comedor William vio su mochila sobre la caja que contenía la impresora Silenype. Recordando el paquete de Camel que había dentro y lo fisgona que era la abuela Obstschmecker, se llevó la mochila consigo y subió las escaleras. A cada nuevo peldaño esperaba oír de nuevo la campanilla, pero los únicos sonidos que escuchó fueron sus propios pasos y los crujidos de la escalera.

33

Había una chica en Nueva Jersey o en un sitio parecido llamada Karen Ann Quinlan, que había estado en coma y se había considerado cerebralmente muerta durante años. Se la mantenía viva mediante una máquina a la que estaba conectada en un hospital, y sus padres habían tenido que enfrentarse con el hospital en los tribunales para decidir si se desconectaba la máquina que la mantenía con vida o no. En teoría, ese tipo de maquina podía mantener vivo un cuerpo vegetal como el de Karen Ann Quinlan durante años. Tan «vivo» como el cuerpo de Ned Hill. Pero ¿que tipo de vida era ésa? Ned no estaba muerto cerebralmente. Sus ojos se abrían y se cerraban. Podía respirar y tragar agua y comidas blandas.

Orinaba y defecaba, aunque no tenía control sobre ninguno de los dos procesos. Y su cabello crecía. De hecho, Madge sentía una aversión tal a afeitarlo y a cortarle el cabello, que Ned empezaba a parecer una especie de motorista salvaje. También se estaba poniendo gordo, porque Madge le dejaba tragar todo lo que podía mezclar en la licuadora, mientras él lo tragara, y él no dejaba de tragar mientras alguien le metiera comida en la boca. En esa época estaba tan gordo como la misma Madge o la abuela Obstschmecker. Tanto era así, que uno tenía

la impresión de que los tres podían compartir la ropa, y quizá lo hacían. La blanca camisa de nailon en la que Ned estaba embutido procedía indudablemente de la clínica en la que Madge trabajaba, el St. Malachy's Hospice. Le daban todos los uniformes viejos que quería, si tenían manchas que no podían limpiarse. El que Ned llevaba puesto tenía una gran mancha de color pardo justo en la parte delantera, probablemente recuerdo de lo mejor de una taza de café.

Al cabo de veinte años habría quizás otra batalla legal por ese tipo de situaciones. Si la decisión hubiera estado en las manos de William, él no lo habría dudado: él habría puesto fin a los sufrimientos de Ned y hubiera donado sus órganos sanos para las personas que necesitaban trasplantes. Seguro que Ned mismo, si aún tenía una especie de tenue conciencia, como Madge trataba de creer, desearía lo mismo. Se imaginaba yaciendo allí, día tras día, con moscas posándose sobre su cara y volando alrededor de sus ojos, justo como lo hacían en ese mismo momento sobre Ned, a menos que hubiera alguien cerca para espantarlas (inútil esforzarse, volvían de nuevo). Hubo un tiempo en el que solían al menos sacar a Ned a la galería de su habitación en verano, pero se había vuelto tan grande y pesado que Madge no podía cargar con él por sí sola. Los límites de su existencia, por tanto, eran esa habitación, esa cama, ese cuerpo. Y todo apestaba, habitación, cama y cuerpo. No había modo alguno de que alguien pudiera cumplir con las exigencias sanitarias de Ned. Sus amplios productos residuales no se daban a intervalos y en montones regulares, sino que se limitaban a escaparse fuera de él, del mismo modo que el agua rezumaba de los radiadores de la escuela. Pero cuando menos, tratándose de radiadores uno podía poner recipientes debajo de las vías de escape.

No era Ned el único que sufría, suponiendo que sintiera algo. La situación era peor para las personas que debían ocuparse del vegetal humano. Tanto Madge como su madre estaban obsesionadas con Ned. Sus vidas se desenvolvían en torno a sus necesidades. La idea que tenían sobre la campanilla era tan sólo la última de sus elucubraciones. Madge seguía perdiendo un par de horas cada noche haciéndole ejercicios de «moldeado», lo que significaba utilizar las piernas inermes de Ned como una suerte de máquina de remar humana. William no podía comprender para qué servía. ¿Quién necesitaba una versión vegetal de Arnold Schwarzenegger? Pero, desde luego, no podía decirle nada de todo eso a Madge. Ned se había convertido en el dios al que ella adoraba y el crucifijo al que estaba clavada, y poner en duda esa adoración era como sugerir que su martirio era un esfuerzo malgastado. Su única esperanza, en opinión de William, era que, de alguna manera, el vegetal se marchitara y muriera; pero después de seis años de muerte en vida, Ned parecía tan vital, y tan enfermo, como las malditas plantas que desbordaban de sus macetas por toda la casa.

-Qué pensamientos más crueles, Billy -dijo la voz que había oído antes, al pie de las escaleras. La voz del hombre que no estaba allí.

Saber que la voz no era real no le restó interés, sino todo lo contrario. Lo extraño no era que escuchara voces, sino que su reacción fuera sobre todo de curiosidad y no de miedo. En parte, porque la voz

parecía amistosa. En parte, quizás, a causa de la marihuana que había fumado. María había que llamarla, si uno quería estar en la onda.

-El miedo puede experimentarse de diferentes maneras. Pero es cierto, no tienes motivos para sentir miedo de mí. Soy tu amigo.

-¿Tienes nombre? -preguntó William en voz alta.

-Por supuesto. ¿No lo recuerdas?

William movió la cabeza.

-Entonces déjame que te refresque la memoria.

Una mano, tan grande en comparación con la suya como lo sería la de un hombre en relación con la de un niño, lo asió por el hombro. El pulgar oprimió su nuca, los dedos se clavaron en la carne de su músculo pectoral. Bajo semejante garra se puso rígido, incapaz siquiera de bajar la cabeza para mirar la mano que lo tenía agarrado para comprobar si podía verla. Donde el pulgar y cada uno de los otros dedos apretaban su carne podía sentir una clara pero indefinible sensación, que era una especie de hormigueo. La sensación se extendió a todo su cuerpo en una filigrana de retorcidas ondulaciones, como las marcas entrecruzadas que dejan muchos insectos sobre la superficie de un estanque de aguas quietas. Temía desmayarse, y se concentró en mirar fijamente lo que tenía delante de él, ignorando las vibraciones luminosas que parecían querer inundar su campo de visión; y lo que tenía delante para mirar era Ned. Su cabeza había caído hacia atrás sobre la almohada, y la boca le colgaba abierta, lasa. Pero de algún modo, sus ojos parecían enfocados y conscientes de lo que estaba pasando. La mueca floja de su mandíbula podía interpretarse incluso como asombro, en lugar de mera idiotez. ¿Qué era lo que Ned podía ver y él no? Se revolvió para librarse de la presa de la mano y las ondas de energía que surgían de los dedos se convirtieron de repente en un cable tenso a lo largo del cual, o mejor, a través del cual, como un viento conducido a través de un túnel aerodinámico e intensificado por esa constricción, fluía la despiadada y desenmascarada energía del dios. Al igual que un tornado barre la superficie de la pradera para dejar al descubierto las rocas que han persistido bajo los detritos de los siglos, así el dios, con la sola presión de su mano inhumana, dispersó los sedimentos superficiales bajo los cuales habían permanecido enterrados los recuerdos de William. Se sintió aplastado y elevado en un mismo instante. La figura visible ante él, Ned atado al sepulcro de su propia carne enferma, testimoniaba con igual elocuencia la culpa de lo que, largo tiempo atrás, William había hecho, así como el poder que le había permitido hacerlo.

Instintivamente, como una trucha atrapada en el anzuelo retorciéndose contra el acero que hiere su boca, William se retorció para liberarse la presa de la mano, no para escapar al dios, sino por la mera ansia de escapar a la visión de Ned y su propia culpa, y para contemplar al dios y su poder. La mano lo dejó libre, aunque quizá sólo era como el pescador que suelta un poco el sedal; William se dio la vuelta para ver, de nuevo, al dios Mercurio.

-Incluso ahora dudas de mí -señaló el dios, levantando el caduceo en su mano derecha con una leve fioritura, como el director de una

orquesta pidiendo silencio-. Preferirías creer que soy una ilusión producida por tus primeras bocanadas de una droga psicoléptica, que reconocer mi poder y aceptar la adoración que es mi tributo.

-Yo te adoro -declaró William seriamente-. Cualquiera que te viera así tendría que adorarte. Pero es cierto que no creo que estés aquí, en esta habitación, físicamente, del mismo modo que yo estoy aquí. Y también creo que la marihuana puede tener algo que ver, aunque no sé en qué. ¿Estoy equivocado?

-No, no vas desencaminado. Habías perdido esa rápida percepción que tenías en la infancia y que me permitía hablar contigo directamente, como estamos hablando ahora. Pero no podremos hacerlo más. En el futuro tendremos que llevar a cabo estos encuentros cuando estés durmiendo. O cuando, como hoy, tu conciencia se haya alterado adecuadamente y no estés, como suele decirse, en tu sano juicio. Pero debo hacerte una advertencia: el Departamento de Policía tiene toda la razón, las drogas son peligrosas. Cuanto más aguzado se siente el espíritu, o más poético, si lo prefieres, mayor es el potencial de peligro.

-El caduceo -exclamó William con vehemencia-. ¿Puedo recuperarlo?

-Está donde lo dejaste. -El dios retrocedió un paso para permitir que William saliera de la habitación, y le precedió por la escalera que conducía al desván.

Ningún sonido seguía a los pasos de William escaleras arriba, y pensó en lo que el dios había dicho: «Incluso ahora dudas de mí.» Por tanto, no debía darse la vuelta, como si dudara de que Mercurio estaba tras él. Recordó haber trepado por esas mismas escaleras en Halloween, iluminando el camino con la linterna de calabaza. Mercurio se había llamado a sí mismo el Señor Saman aquella noche, y luego la serpiente de su caduceo había cobrado vida. Recordó también los fríos y húmedos anillos de la serpiente agitándose en sus manos, como un trozo de hígado cuando le quitas el envoltorio de celofán.

Recordó a su padre sangrando en el coche, destrozado. -Eso no fue culpa tuya -dijo Mercurio, aunque su voz parecía lejana-. En realidad habías asegurado su buena salud hasta el máximo de poder del caduceo, igual que hiciste con las dos mujeres que aún viven en esta casa y disfrutan de buena salud. Pero la buena salud no es una garantía contra los accidentes. Siéntete culpable por la bruja calva de la planta baja, si es que quieres sentirte culpable. Siéntete culpable por los que perdieron los dientes comiendo las chocolatinas que maldijiste, pero piensa en quiénes eran y en si no te complace, en realidad, lo que ha sido de ellos. Siéntete culpable por el vegetal que hoy es tu hermano. Pero ¿por tu padre? No tienes culpa alguna de su muerte. Seguro que ya te has dado cuenta.

William atravesó el desván directamente desde el final de las escaleras hasta donde, desde hacía tanto tiempo, él había enterrado el caduceo bajo una delgada capa de aislante.

Allí estaba aún, como el dios había prometido y como la memoria le sugería, el frágil bastón con el cuerpo del gorrión disecado fijo en él. Volvió a cogerlo, y de nuevo pudo sentir su poder, aunque disminuido

casi hasta la extinción. «Mi poder», pensó, y tuvo la sensación de que su cuerpo era como el del dios: un fulgor compacto que las palabras de su maldición o su bendición podía liberar.

El dios no corrigió su pensamiento. En realidad, su propósito ya estaba cumplido. Se había marchado.

34

En el mismo momento en que Sondra colgó el teléfono después de haber escuchado la cháchara incesante de la vieja señora Obstschmecker durante quince minutos, éste volvió a sonar. Podía oír el zumbido de la picadora en la cocina, así que no tenía sentido esperar que Judith contestara. En ese momento debía estar metida hasta los codos en la masa de pastel. Sondra cogió el teléfono inhalambrico de donde reposaba oculto tras las cortinas. Emitía un pitido agudo, y antes de que pudiera decir hola, la voz de Ben tronó por toda la habitación:

-¡Maldita sea, pensaba que ya lo habían arreglado!

-El hombre vino y dijo que funcionaba bien -respondió ella, suspirando-. ¿Cómo debo ajustarlo para que no se oiga por todo el comedor?

-Me tienes en tus manos, cariño. Y también tienes un invitado a cenar... Espero que no haya problemas.

-¡Ben! ¡Es el cumpleaños de Billy!

-Pensaba que íbamos a empezar a llamarlo William.

-¿De quién se trata? -preguntó ella con rapidez, mientras repasaba mentalmente las peores posibilidades.

-Dan Turnage. ¿Lo recuerdas? De la ATA.

Sondra no necesitaba más referencias sobre Dan Turnage, a pesar de que a menudo se defendía de los compañeros de negocios de su marido olvidando o recreando con gran imaginación sus nombres. Turnage era el gilipollas más grande del lote. Lo había aborrecido a primera vista, y un mayor trato sólo había conseguido confirmar su primera intuición. Años antes Turnage había sido una figura del deporte: doce años como segunda base de los Twins y dos años más como entrenador; ahora era vicepresidente de la organización que financiaba la mayor parte del trabajo investigador de Ben, la Alianza Americana del Tabaco. Turnage era el principal testaferro de la ATA, la persona que debía desmentir todas las acusaciones con cara de póquer en la televisión, siempre que salían a la luz nuevas pruebas sobre el peligro de fumar. Turnage podía mirar a cualquier cámara directamente y afirmar que el tabaco no representaba ningún peligro para la salud, en lo que a él concernía, porque había fumado dos paquetes de cigarrillos diarios desde los dieciséis años, y aún podía hacer veinte flexiones cada mañana. Luego sonreía con su sonrisa de labios finos, encendía un cigarrillo y echaba el humo a la cara del locutor. Su momento más infame bajo los focos se había producido en el programa Sesenta minutos, un año antes, cuando Morley Safer expuso su más absoluta condena contra la ATA y su nueva campaña en los estados del Sur para promocionar el tabaco de mascar entre los niños. En aquella ocasión Turnage puntualizó sus observaciones con una serie de

escupitajos en dirección a una gran escupitera de bronce y, fallando uno de los tiros, al zapato de Morley Safer. «Lo siento -dijo, arrastrando las palabras-, debo haber perdido práctica.» Nada de lo que pudieran decirle conseguía perturbarle. A sus espaldas, Ben le llamaba «nuestro indio de cartón a la puerta del estanco.» Turnage estaba considerado como la principal baza en relaciones públicas de la ATA, y era la única persona en todo el mundo con la que Sondra más odiaba tener que mostrarse amable.

-No, Ben -replicó-. Él no, hoy no. Explícale que es el cumpleaños de William.

-Lo he hecho. Y tiene un regalo para él. Un guante de béisbol.

-Ya le dio a William un guante de béisbol, por si lo has olvidado. Probablemente viaja con un camión lleno de esas malditas cosas. Es sólo trabajo más de relaciones públicas. Y a William le importa un bledo el béisbol.

-Bueno, puede fingir, ¿no? Ya es hora de que el chico empiece a aprender a ser hipócrita.

-Ben, ¿has estado bebiendo?

-No más de lo que requiere el deber. Turnage está de un humor apacible y quiero que siga así, cariño. Es mi trabajo, es lo que paga las facturas Nunca le pones peros a gastar el dinero, así que no me causes más dificultades para ganarlo de las que ya tengo. No me gusta ese capullo más que a ti, pero acabo de dejar caer una propuesta para un nuevo proyecto y parece que le gusta. No es exactamente lo que se dice un tipo de mente despierta. Hay que ayudarlo y enjabonarlo un poco, una buena cena, vino, velas, y un poco de aduladora atención. Seguro que podemos conseguirlo.

-Quieres decir que debo sonreírle cuando intenta sobarme. -No es tan malo como eso. -Además, su aliento apesta.

-Cierto -admitió Ben-. Pero lo pondremos a un extremo de la mesa, ¿de acuerdo?

-¿Tengo alternativa?

-Ya vuelve al bar. Llegaremos a casa entre las seis y las siete. Hasta luego.

Se produjo otro sonido metálico indicando que había colgado. Sondra tiró el teléfono al suelo deseando que se rompiera. Dio un bote y se quedó quieto de costado, zumbando furiosamente.

-Para contestar a tu pregunta -irrumpió Judith, que estaba bajo el arco que se abría hacia la zona del comedor-, no, no tienes alternativa.

-Judith, sabes muy bien que no es de buena educación escuchar a escondidas.

-No estaba escuchando a escondidas. Estaba escuchando vuestra retransmisión en la cocina. Soy incapaz de adivinar cuándo se pondrá a funcionar el teléfono como si fuera un megáfono y cuándo no. Si hay un manual de instrucciones...

-Ceo que acabó en la basura con los envoltorios de los regalos de Navidad. En cualquier caso, siento haberte reñido... No es culpa tuya, sino mía. Debería haber sido más firme en mi postura.

-Te hubiera pasado igual.

-Que simpática. Espero que el pastel haya salido bien.

-El pastel está muy bueno. Acabo de meterlo en el horno. También la cena estará buena.

Judith miró desafiante a su madrastra, esperando una réplica a su indirecta de que seguía siendo la cocinera de toda la cena de cumpleaños de William. Sólo entonces se le ocurrió a Sondra que no tenía la menor idea de lo que Judith pretendía preparar como cena.

Le había encantado que su hijastra se ofreciera para la tarea. Cocinar para Ben resultaba difícil. Su gusto por los platos aumentaba en proporción a la dificultad en cocinarlos, y siempre se daba cuenta cuando Sondra intentaba liberarse del trabajo culinario dándole comida precocinada o servida a domicilio, aunque procediera de Byerly's. Sondra no se rebelaba exactamente contra las exigencias de su marido, pero nunca había aprendido a divertirse cocinando. Julia Child y todas esas cocineras televisivas eran un misterio para ella. Judith era un misterio aún más grande, pues, ¿cómo alguien que odiaba comer podía tener tal pasión por la cocina? Judith afirmaba que cocinaba a modo de esfuerzo para superar su anorexia, y realmente parecía esforzarse por comer los platos que ella misma cocinaba. Pero Sondra la había visto en la cocina en el trance de extender con el rodillo la masa de pasteles de los que no iba a comer una sola miga, puesto que estaban destinados a las ventas benéficas de la parroquia, y resultaba obvio por su ensimismamiento en tales tareas que la chica disfrutaba realmente amasando bizcochos, troceando verduras, cortando cebolla y batiendo huevos y, en general, realizando los fastidiosos galimatías que amargaban la existencia de Sondra. No, no tenía la menor intención de reafirmar su autoridad en la cocina, y menos aún en beneficio de Dan Turnage.

-Ah, la cena -exclamó-. No me acordaba. Espero que habrá bastante para uno más. Si no recuerdo mal, el señor Turnage es un hombre de gran apetito.

-Habrá más que suficiente -aseguró Judith.

-Y, mmm, ¿qué tienes pensado?

-Te enseñé la receta del pastel. Es un pastel de avellanas y manzana del recetario de la picadora Moulinex. El resto es una combinación de los platos preferidos de William cuando era pequeño.

-¿Y cuáles son?

-Tú eres su madre -dijo Judith, con aire de suficiencia-. No imaginaba que tuvieras que preguntármelo. De todas maneras, la idea es cocinar algo que sea una sorpresa para todo el mundo. O sea que ¿puedo volver a la cocina? Tardarás una hora como mínimo en ir a buscar a William y traerlo de vuelta, así que no te quedará mucho margen para estar aquí y dar la bienvenida a nuestro invitado.

-Qué don para el mando tienes, Judith. Sí, supongo que debería irme ya. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

-No, tengo todo lo que necesito. Pero hay algo que quiero preguntarte. No he podido evitar oír a Winky recordarte que los dos pretendeis empezar a llamar a William por su nombre completo en lugar de llamarlo Billy como hasta ahora. ¿Ha sido idea suya o tuya?

-Ha sido idea de Ben -replicó Sondra, tras dudar un instante-. Y hablando de nombres, Judith, sabes que Ben odia que le llamen Winky.

-¿Y ha explicado Ben qué le inspiró la idea?

Sondra evitó la mirada de su hijastra. Sabía muy bien a lo que se refería Judith. Ben había leído la carta que Judith deslizara por debajo de la puerta de William en medio de la noche. Poco le importaba a Judith que su padre hubiera aprobado el contenido de la carta y que se hubiera puesto casi lírico durante la comida a propósito del carácter de su hija. Para Judith se trataría de un flagrante caso de violación de la intimidad, un cargo de felonía en el tribunal de su propia opinión.

-No -contestó Sondra, improvisando la respuesta lentamente-, y si me lo ha dicho lo he olvidado.

-¿Quizá te ha dicho que William había hablado con él? -Sí -replicó Sondra de inmediato, picando el anzuelo agradecida-, así es. Ha sido idea de William.

-Es extraño, porque he estado con ellos desde el mismo momento en que William ha bajado a desayunar hasta que nos hemos ido a coger el autocar de la escuela, y no recuerdo que William haya mencionado el tema. Nos hemos limitado a mirar las noticias sobre el monte St. Helens. -Entonces debe ser que William le había comentado algo antes y que Ben lo ha recordado hoy. Debe ser porque cumple trece años. -Ah, ¿y qué relación tiene con su cumpleaños? -Tendrás que preguntárselo a Ben, querida. Y ahora, como tú misma muy bien has señalado, tengo que ponerme en movimiento si quiero regresar a tiempo para recibir al viejo Aliento de Dragón en nuestro feliz hogar. Judith asintió, frunciendo los labios en una sonrisa escéptica, la imagen misma del fiscal despidiendo a un testigo poco cooperativo, aunque inocente, y preparándose para examinar al acusado.

35

Judith con un inmaculado delantal de *chef* fuertemente atado alrededor de su cintura de cincuenta y ocho centímetros, apareció bajo el arco que se abría sobre la zona del comedor y anunció que la cena estaba servida.

-¡Fantástico! -exclamó Dan Turnage.

Apago su quinto cigarrillo (Sondra los había estado contando) en el cenicero de cristal de color blanco y azul y de curiosas formas que descansaba sobre la mesita de mármol al estilo chino, alrededor de la cual los módulos del sillón formaban una especie de U muy abierta. Turnage había engullido ya la mayor parte de un paquete de ganchitos de queso Crees y, aunque se había chupado los dedos, seguían mostrando un delator amarillo naranja. También había consumido desde su llegada, tres cuartos de hora antes, tres generosas dosis de bourbon. ¿Y quién podía saber cuánto había bebido en la hora feliz del Hyatt?* Era la

* En países como el Reino Unido o Estados Unidos, en los bares existe la tradición de la «hora feliz», durante la cual se pueden consumir bebidas de forma gratuita. *(N. de la T.)*

definición misma, pensaba Sondra, de un marinero borracho, y ¿qué se hace con un marinero borracho? Alimentarlo, si se puede.

Se levantaron de los diferentes módulos del sofá sobre los que estaban sentados y siguieron a Judith a la zona del comedor donde, en el centro de una mesa de madera rosada, vieron una enorme pizza de anchoas y pimientos que había sido cortada con exactitud científica en diez porciones iguales.

-Usted se sentará aquí, señor Turnage -ordenó Judith, señalando al extremo final de la mesa-. William, tú aquí, junto a mí.

Sus disposiciones situaron a Turnage y a su padre en extremos opuestos de la mesa, que habían ampliado abriéndola y añadiendo una hoja central. Judith y William se sentaron juntos enfrente de Sondra, William al lado de Turnage y Judith al lado de su padre.

-En teoría hay dos trozos para cada uno -explicó Judith-, pero en la práctica hay más, porque yo no puedo soportar las anchoas y no voy a comer pizza. Este es sólo el primer plato, así que dejad hueco para después.

Indicó el inicio de la cena sirviéndose a sí misma un pedacito de zanahoria de una bandeja que había junto a la pizza.

Tan pronto como se hubo servido un trozo de pizza y recogido los hilos de queso fundido que había arrastrado con él y dejado caer sobre el mantel, Turnage continuó su análisis de las perspectivas de los Twins en la temporada que se avecinaba. Era un tema sobre el cual ninguno de los presentes tenía nada que aportar, aunque Ben recordó que debía plantear, de tanto en tanto, preguntas que reavivaran la capacidad de Turnage para la especulación.

-¿Qué te parece que harán nuestros chicos contra los Royáis? -preguntó Ben.

-¡Buena pregunta! -respondió Turnage, aprovechando una pausa en sus movimientos de deglución de la mitad de su trozo de pizza.

Entonces se lanzó a explicar las permutaciones y combinaciones, comparando el estilo de lanzamiento de los jugadores Rich Gale y Renie Martín del equipo de béisbol de los Royáis, y evaluando las posibilidades de los mejores bateadores de los Twins contra ellos. Sondra empezó a disfrutar realmente de la situación, puesto que los chicos, en lugar de manifestar una abierta hostilidad, habían adoptado su propia táctica de darle cuerda. Una vez Ben se convenció de que Turnage no era consciente de cómo estaba monopolizando la conversación, o, al menos, que le contentaba hacerlo, incluso él pareció complacerse secretamente en incitar a Turnage. El poder de insensibilización de Turnage era en verdad asombroso. Pero al fin llegó a una especie de conclusión, prediciendo que los Royáis ganarían la Liga Americana y luego perderían las Series Mundiales, probablemente ante los de Philadelphia.

-¿Quiere hacer una apuesta? -propuso William, en el tono que convenía a un auténtico jugador, ni amistoso, ni hostil.

-Sí, claro -replicó Turnage, con una sonrisa condescendiente-. Aún falta mucho para las Series Mundiales. Pero soy un jugador. ¿Por quién apuestas tú?

-Por ninguno de los dos. Sólo apuesto a que los de Philadelphia no vencerán a los de Kansas City en las Series Mundiales. Apostaré todo lo que hay en este sobre.

Se sacó del bolsillo trasero el arrugado regalo de cumpleaños de Ben y se lo puso sobre el mantel manchado.

-William -empezó Sondra, aparentando oponerse-, ése es tu regalo de cumpleaños.

-Es su dinero -intervino Ben-, y tiene derecho a gastarlo como prefiera. Pero no es que sea una apuesta muy justa para Dan.

-¿Por qué? -preguntó Judith-. El señor Turnage parece confiar mucho en sus predicciones, y ha expuesto muchas y buenas razones para hacerlas. Me ha convencido. Pero quizá no cree en el juego. Nosotros los católicos jugamos tanto que no recordamos que muchas otras religiones consideran el juego como un vicio.

Turnage emitió la misma afligida y triste risita que había soltado durante el programa Sesenta minutos.

-No pertenezco a ninguna de esas religiones, Judy. -Se volvió hacia William-. Has hecho una apuesta, hijo. ¿Cuánto hay en el sobre? -No lo sé -contestó William, sonriente-. No lo he contado. Era mentira, por supuesto, pero tenía un doble sentido tan halagador que Sondra no halló modo de culparlo por ello. Hizo que su apuesta pareciera mucho más vistosa y, al mismo tiempo, que fuera un reproche para Ben por no haberse molestado en comprar un verdadero regalo de cumpleaños. Qué estilo, y sólo con trece años. Sondra sintió una punzada de genuino orgullo.

Con dedos grasientos por el aceite de la pizza, Turnage contó el dinero del sobre.

-Doscientos cincuenta dólares. ¿Quieres apostar tanto dinero? -Claro.

Después de que la apuesta se hubiera sellado con un apretón de manos, Judith se levantó de la silla y dijo:

-Tendréis que perdonarme, tengo que ir a por el siguiente plato. Tardaré sólo dos o tres minutos.

-Te ayudaré -declaró William con decisión, levantándose a su vez. Judith y Sondra le echaron sendas miradas de extrañeza, pero ninguna de las dos tuvo nada que oponer. Cuando los tres adultos se quedaron solos, Turnage pidió un cenicero. Sondra se encaminó obediente hacia la sala de estar y regresó con el cenicero de cristal azul y blanco de la mesita. Mientras tanto, Ben había abierto una botella de vino Almadén. Sondra no había visto nunca que Ben ofreciera Almadén a las visitas. Turnage encendió un cigarrillo. Ben llenó tres vasos y, levantando el suyo en dirección a Turnage, propuso un brindis:

-¡A tu salud!

-Turnage hizo entrechocar su vaso de vino con el de Ben, y comentó:

-Es un chico muy listo.

-No deberías haber dejado que te metiera en esa apuesta -replicó Ben. -Fue Judith la que os incitó a los dos -observó Sondra-. No es tan

tonta como para no darse cuenta de cuánto le gustan las apuestas a William. Estoy segura de que os ha incitado deliberadamente.

-Os diré que en cierto modo admiro su trabajo de equipo -replicó Turnage-. Pero, qué diablos, si gano habrá valido la pena. Y si pierdo, lo deduciré de las dietas de negocios. Sólo tendré que anotarlo como «cena»... Y hablando de cenas, me gusta que los hayáis educado para que cocinen. Dos adolescentes apresurándose a ir a la cocina no es algo que se vea todos los días.

-Tampoco nosotros lo vemos todos los días -contestó Sondra, a la defensiva-. Pero Judith insistió en preparar la cena de cumpleaños de William, y nosotros tratamos de aceptar cualquier cosa que la anime a interesarse por la comida.

-Tiene anorexia -dijo Ben, a modo de explicación. Volvió a llenar su vaso y el de Sondra, y luego dejó la botella donde Turnage pudiera alcanzarla.

-¿Qué es anorexia? ¿Una enfermedad?

-No en el sentido habitual -respondió Sondra-. Es una etapa psicológica por la que está atravesando. Quiere decir que no tiene apetito. -Oh, los anoréxicos tienen apetito -rechazó Ben-. Pero están obsesionados por su propia fuerza de voluntad. Empieza por una dieta, y en los casos más extremos, la anoréxica termina por dejarse morir de hambre. Casi siempre son mujeres las que lo padecen, adolescentes por lo habitual. Nos hemos convertido en expertos en la materia, ¿verdad, cielo?

-Sí, desgraciadamente.

-Lo que mis viejos solían hacer conmigo cuando no quería comer -explicó Turnage, alcanzando la botella de vino- era obligarme a estar sentado delante de un plato de comida hasta que me la comía toda. ¿No lo habéis probado?

-Cuando se la obliga a comer -contestó Sondra, tras negar con la cabeza- lo vomita todo después. Violentamente y sin ningún tipo de inducción. No se mete un solo dedo en la boca. Yo lo he visto, es completamente espontáneo. Pero no deberíamos hablar de ello ahora, ella podría oírnos y recordarle su problema con la comida es el método más seguro de provocar su rechazo.

Turnage apagó su cigarrillo e hizo una mueca.

-Bobby Snyder, catcher de los White Sox, era igual. Solía ser un buen bateador, pero alrededor del año 73 o 74 tuvo una crisis. Me refiero a que no daba una a derechas. Y si alguien le hablaba sobre ello jugaba aún peor y no acertaba a batear. Era un callejón sin salida.

-Lo es -asintió Ben-, es un callejón sin salida.

Sondra sonrió y cambió de tema.

-¿Y cómo está... -intentó recordar el nombre, ¿Clara?, ¿Charlotte?, no estaba segura- la señora Turnage? ¿No ha podido acompañarle en este viaje?

-Si se refiere a mi madre, está bien -respondió Turnage, frunciendo el ceño-. Si se refiere a Cindy, nos hemos divorciado.

Hurgó en el bolsillo de la camisa en busca de un cigarrillo, luego abrió el mechero y trató de encenderlo, pero el mechero no funcionaba.

-Lo siento mucho -dijo Sondra.

-Ya hace dos años -puntualizó Ben, mirando a Sondra para advertirle que estaba al tanto de sus bromas. Ya habían discutido antes el divorcio de Turnage y habían estado de acuerdo en que era, como el voto de censura contra Nixon, una de esas cosas que le hacían creer a uno que, a la larga, había justicia en el mundo-. Seguramente Dan ya ha superado lo peor.

-Oh, no, cada vez que tengo que firmar el cheque de la pensión el disgusto es tan fuerte como antes.

Turnage se rió de su propia broma con una juiciosa dosis de postiza complacencia. Luego fijó la vista en el extremo de su cigarrillo y trató de arrancarle la llama a su mechero.

A pesar de ser fumadora, Sondra odiaba a la gente que fumaba durante las comidas. Pensaba que le daba mala fama a los fumadores en general, pesar de todo, estaba a punto de comportarse como la perfecta anfitriona e ir a buscar el gran encendedor de plata que había sobre un estante del vestíbulo, cuando Judith, despojada de su delantal y, a los ojos de su madrastra, con más aspecto que nunca de víctima de campo de concentración, volvió a su lugar en la mesa.

-William -dijo Judith, sentándose y poniendo las yemas de los dedos sobre el borde de la mesa, como a punto de realizar una sesión de espiritismo- insiste en servir la mesa por ser su cumpleaños. He intentado que desistiera, pero es su cumpleaños, así que al final he tenido que darme por vencida.

-Bien, ¿y qué hay para cenar? -preguntó Turnage, esperanzado.

-Es un plato caliente de Spam con patatas al gratén, pero también es una especie de plato mexicano.

-¿Spam? -preguntó Sondra, con una vaga alarma, como si le hablaran de antecedentes penales-. ¿Por qué Spam?

-Bueno, primero había pensado hacer tacos mexicanos, porque sé que a William le gustan, pero cuando volvía a casa en el autocar mi amiga Betty me contó la redacción que William había escrito para la clase de alemán. Betty también está en esa clase.

-¿Alemán? -Turnage abandonó su cigarrillo sin encender sobre el cenicero-. ¿Para qué quiere estudiar alemán? Esa guerra la ganamos hace cuarenta años. -Demostró que pretendía ser una broma con un pequeño ladrido.

-Treinta y cinco años concretamente -replicó William, que se acercaba a la mesa con la mano enfundada en la manopla del horno, llevando la fuente resistente al calor, de la cual emanaba un fuerte olor a mostaza quemada-. Y en realidad no tengo ninguna buena razón para estudiar alemán, salvo que me gusta su sonido, y que hay que estudiar un idioma para poder entrar en la mayoría de las mejores facultades de medicina. Mamá, no puedo servirte con la servilleta encima del plato.

-Primero se sirve a los invitados, William -señaló Sondra.

-De acuerdo. -William se situó junto a Turnage e introdujo un cucharón de rayado metal en la fuente humeante.

Sacó con él una buena ración de patatas bañadas en una salsa ocre, mezcladas con pedazos cuadrados de Spam, granos de maíz y

trozos rojos y verdes de materia vegetal. La impresión general no era demasiado prometedora.

En cuanto William terminó de servir la comida de la fuente alrededor de la mesa, Judith acabó de contestar a la pregunta de Sondra: «¿Por qué Spam?»

-Betty me habló de la redacción de William sobre sus más tempranos recuerdos, y uno de ellos eran las latas de Spam. En la redacción William sólo mencionaba los sandwiches de Spam con pan de molde, pero eso no parecía apropiado para una cena de cumpleaños. Normalmente no comemos Spam. Creo que papá piensa que está por debajo de nuestro nivel. Como tomar tarrinas Frigo de postre.

-Bueno, Judith -dijo Ben, con suavidad-, no hace falta que te esfuerces por arrancarnos un cumplido. La carne Spam puede estar muy sabrosa si se prepara en la forma adecuada. Incluso sería de desear que hubieras sido más generosa con la carne. Las patatas habrían ofrecido entonces un magnífico contraste.

-He usado toda la lata -protestó Judith-, y también una lata de maíz Mexicali.

-La salsa está deliciosa -afirmó William.

-Muy fuerte -corroboró Sondra.

-Gracias -dijo Judith, sin levantar la vista del único pedazo de Spam que sostenía su tenedor.

Resultaba obvio que se estaba forzando a comérselo. Levantó el tenedor hacia su boca, que se abrió justo lo suficiente para admitir el pedazo de carne. Volvió a poner el tenedor sobre el plato. Masticó y continuó masticando como si estuviera comiendo un pedazo de filete cartilaginoso. Al final consiguió tragarlo. Sondra estuvo a punto de aplaudir. Sólo entonces se dio cuenta de que tanto su marido como Turnage habían estado observando el proceso con la misma fascinación.

-Está muy apetitoso -exclamó Judith alegremente-, no es porque lo haya hecho yo. Pero quizás hay demasiada mostaza. La próxima vez creo que pondré menos mostaza.

Ben rompió a reír y, como tenía la boca llena de patatas, se atragantó. Cuando dejó de toser no ofreció explicación alguna sobre el motivo que había provocado su risa.

Los cinco siguieron entonces comiendo, lenta e imperturbablemente, como bajo coacción, como si todos ellos desearan recipientes perrunos en los que poder arrojar subrepticiamente la comida de sus platos. Sondra intentó pensar en un tema de conversación neutral, que no fuera el béisbol; habían quedado hastiados de béisbol. Fue Turnage quien los rescató del silencio cada vez más patente, volviéndose hacia William y preguntando:

-Háblanos del ordenador Apple. ¿Qué podrás hacer tú con él que yo no pueda hacer con mi vieja calculadora de bolsillo? ¿Crees que hará los deberes de alemán por ti?

William le echó una mirada conmiserativa, del tipo que Sondra solía recibir por preguntas bien intencionadas pero estúpidas. Luego se lanzó a una larga explicación. Pronto se convirtió en un aburrimiento tan grande como Turnage al hablar de su equipo de béisbol de Kansas

City. Ben tenia aspecto contrariado, pero no habría parecido de buena educación tratar de cortar el entusiasmo de William por el regalo de cumpleaños de Madge Michaels, un regalo que convertía su propio sobre con doscientos cincuenta dólares en un regalo mezquino. Así que mientras William cantaba las alabanzas de la nueva era que amanecía para los «conocedores de la informática», los demás continuaron comiendo. Había algo definitivamente peculiar en el plato cocinado por Judith.

No era la salsa, que sabía como si hubieran vaciado la mitad de la estantería de especias en ella. También había pequeños trozos de papel nadando entre los empapados trozos de patata. Sondra había encontrado dos hasta entonces. Uno podría haber sido accidental; dos indicaban algo más. Pero Sondra no deseaba saber exactamente qué. Apenas se reconocían los trozos de papel como tales, y ella se los había comido sin comentar nada, aunque temía que Ben, en caso de notarlo, reaccionaría con menor indiferencia. Cualquier explicación que solicitara a Judith provocaría sin duda una pelea familiar.

Al final fue Judith quien detuvo el monólogo de William preguntándole a su padre si quería repetir. No, no quería, pero Turnage sí aceptó (el pobre hombre debía haber estado pasando hambre), y mientras le alcanzaban la manopla y la fuente, Judith introdujo el tema que todos habían estado evitando educadamente: el tabaco.

-¿Podemos esperar volver a verle pronto en televisión, señor Turnage?

-Espero que no, a menos que sea para anunciar mi entrada en la galería de personajes famosos.

-¿No le gustó participar en Sesenta minutos?

-A nadie le gusta que le ataquen públicamente, Judith -observó su padre-, ni en privado tampoco. Así que, por favor, ¿puedes mantener nuestra tregua habitual esta noche?

-No se nos permite discutir sobre nada que tenga que ver con el tabaco en la mesa -explicó Judith, tras sonreír a Turnage-. Ni en ningún otro momento, en realidad. Papá lo encuentra demasiado perturbador.

-¿Perturbador? A mí me gusta hablar de tabaco. Así es como me gano la vida, después de todo.

Turnage miró a Judith con la misma sonrisa oblicua y malévola con que había obsequiado a Morley Safer en el programa. Había sido una sonrisa tan expresiva que la habían utilizado para las imágenes de entrada del programa, en las que se anunciaba de qué iba a tratar cada parte del mismo. «Dígame, señor Turnage -había preguntado Morley Safer-: si usted tuviera un hijo o una hija adolescentes, ¿querría que empezaran a fumar, a pesar de conocer sus probadas consecuencias?» Turnage contestó: «La única consecuencia probada que conozco es que se trata a los fumadores como ciudadanos de segunda clase cuando viajan en avión.» Safer había puntualizado entonces: «Me refería al aviso que la ley obliga a poner en todos los paquetes de cigarrillos. El aviso de que el tabaco es un peligro para la salud.» «Bueno -contestó Turnage, con esa sonrisa rastrera-, yo no me creo todo lo que leo.»

-¿Ves, padre?, sabía que el señor Turnage no tendría nada que objetar a sostener una discusión. En realidad sólo quiero hacerle una pregunta, y es la que evitó contestar en el programa. ¿Animaría a sus propios hijos a fumar?

-No tengo hijos, así que no podría decirlo -respondió Turnage, con una mirada de exasperación.

-Bueno, entonces, ¿qué hay de mí? Tengo dieciséis años. Usted dijo en el programa que empezó a fumar a esa edad. ¿Cree que debería empezar a fumar?

-Ésa es una decisión que tendrás que tomar por ti misma.

-Pero, por ejemplo, ¿le parecería bien ofrecerme un cigarrillo del paquete que lleva en el bolsillo de la camisa? ¿Qué es? Marlboro, creo.

-Judith!, ¡por favor! -se interpuso Sondra-. El señor Turnage está cenando.

-Escucha, muchacha, puedes coger todo el paquete si lo deseas. Siempre llevo un cartón entero cuando viajo, así que tengo muchos. Toma. -Buscó en el bolsillo en cuestión y sacó una cajetilla de Marlboro. Se la lanzó a Judith-. Cógelo.

Los reflejos de Judith fueron rápidos, pero no precisos. Dejó caer el tenedor que sostenía con la mano derecha e intentó asir la cajetilla. Ésta rebotó en los dedos que intentaban atraparla y aterrizó en lo que quedaba de la cena de William. El vaso de agua de Judith cayó también, empapando el mantel, y su tenedor desportilló el borde dorado de su plato.

-Judith -ordenó Ben-, vete a tu habitación.

Ella miró fijamente a su padre.

-¿Por qué? ¿Qué mal he hecho?

-Eso no importa, vete a tu habitación.

Sondra miró a Turnage, esperando que tuviera la delicadeza de aceptar la culpa por el accidente que, después de todo, había sido obra suya. Pero Turnage no parecía mostrar el menor arrepentimiento. Había retirado el paquete de cigarrillos del plato de William y estaba limpiándole la salsa que se había adherido.

-Esto es grotesco -se quejó Judith, echando hacia atrás su silla-. Es verdaderamente grotesco.

Turnage sacó un cigarrillo de la caja y cerró la tapa. Luego lo pensó mejor, volvió a abrirla y le ofreció un cigarrillo a Sondra.

-Debe estar bromeando -dijo ella.

-Yo cogeré uno -declaró William.

-¡Ni hablar! -le regañó Sondra.

-Ahora es un adolescente -dijo Ben-. Ya puede fumar si lo desea. Tu fumas desde los trece años.

-Cuando yo era niña nadie sabía que fuera malo -protestó Sondra.

Mientras tanto, ignorando la objeción de Sondra, Turnage había ofrecido el paquete de Marlboro a William.

William cogió un cigarrillo y lo sostuvo para que se lo encendiera. Pero como había ocurrido antes, el mechero de Turnage no funcionó, Turnage probó una y otra vez inútilmente, hasta que William dijo:

-Creo que se le ha acabado el gas. Iré a recargárselo.

Cuando William salió en busca del gas butano para el mechero, Sondra se levantó de la mesa.

-Si me perdonan, señores, creo que iré a hablar con Judith.

-Aún queda el pastel de cumpleaños -le recordó Ben.

-Disfrutadlo vosotros -repuso ella, desabrida.

Justo antes de desaparecer por una esquina del comedor pensó en una última indirecta; preguntarle a Turnage el nombre del abogado de su mujer. Pero se mordió la lengua. Sólo se había arriesgado a tocar el tema del divorcio una vez, y ése era sin duda el momento más equivocado para abrir viejas heridas, con Turnage mirando con el aire de superioridad de un arbitro. Era preferible dejarlo correr.

Al pasar por la galería camino de la habitación de Judith, situada en el extremo este de la casa, oyó pasos en la escalera. Creyendo que se trataba de ella, giró en redondo. Pero era William que se dirigía a su habitación.

-¿Tienes gas para el mechero en tu habitación, William? ¿Desde cuándo fumas?

-No, mamá, nada de eso. Sólo quiero perder de vista a ese odioso Turnage. Lo mismo que tú, ¿me equivoco?

-Si estás de acuerdo en que es odioso, ¿por qué le has pedido un cigarrillo?

-Sólo quería comprobar hasta dónde podía llegar. Pensé que podría darme un ataque de tos cuando empezara a fumar, o algo parecido, y que luego tiraría el cigarrillo encendido en su comida. Me ha sabido muy mal el modo en que se ha portado con Judith.

-A mí también, pero, por favor, William, no hagas nada que provoque una pelea cuando vuelvas. Discutir con ese tipo de personas no sirve de nada.

-Sí, mamá, tienes razón. Deberían matarlos.

-Ven aquí -dijo ella, riendo-. Déjame que te dé un beso de buenas noches.

Él bajó los escalones y se abrazaron. Ella le besó en la frente y le deseó un feliz cumpleaños, e incluso eso se convirtió en una broma compartida, aunque esta vez sin palabras. Se limitaron a sonreírse y asentir, y se dio por sobreentendido que un auténtico cumpleaños feliz estaba fuera de su alcance, pero que las personas con buenos modales y sentido del humor podían siempre fingir lo contrario. Ella trató de pensar en una observación que no sonara demasiado cínica, una muestra de la valiosa sabiduría de los adultos, pero todo lo que se le ocurrió fue que, a medida que pasaban los años, cumplir uno más iba perdiendo importancia. Pero no estaba segura de que fuera cierto, y decidió que el beso tendría que bastar.

36

Desde el momento en que el paquete de Marlboro de Turnage había aterrizado en el plato de William, y él lo había mirado y había visto la satisfacción que le había producido la desgracia de Judith, William supo que ese hombre iba a convertirse en su víctima. No sabía cómo

conseguirlo, puesto que el hombre había sido bendecido con una perfecta salud por haber compartido el plato que había preparado Judith y, aunque era una teoría nunca comprobada, William estaba seguro de que aquel a quien el caduceo había afectado para el bien no podía ser posteriormente perjudicado por su poder. Sin duda lo contrario era cierto: Ned era la prueba viviente y babeante.

¡Servido con este cucharón, la salud será tu bendición! La fórmula había sido así de sencilla. Antes de utilizar el caduceo para cualquier otra cosa, le parecía importante derramar ese conjuro protector y general sobre su círculo familiar. Era como vacunar a los niños contra la polio y el sarampión en su más tierna edad. En consecuencia, antes incluso de que Sondra fuera a buscarle a la casa Obstschmecker, había encontrado el cucharón en un cajón de la cocina y había fraguado la pequeña rima. Que Turnage estuviera allí para recibir una parte de esa bendición había sido una extraña y loca suerte.

Aún no podía creer del todo que poseyera tal poder. Sin embargo las pruebas eran difíciles de refutar: la parálisis de Ned, la calvicie de la abuela Obstschmecker, los olmos que había curado, los chicos que habían perdido los dientes por comer las chocolatinas de Halloween, incluso la ininterrumpida buena salud de Madge y la abuela Obstschmecker. Cualquier comprobación a la que pudieran someterse esas pruebas confirmaba el poder del caduceo. Pero ¿qué tipo de poder era? ¿De dónde procedía? Cuando era un niño pensaba que los sueños o visiones de Mercurio eran reales, creyendo como sólo un niño podía creer. Seguramente había sido esa misma fe la causa de que el caduceo hubiera funcionado. Pero ¿estaba el poder en el caduceo, o en él? Quizás el caduceo era como la pluma mágica de Dumbo. Quizá Dumbo podía volar sin ella. Sería muy sencillo poner a prueba esa teoría. Pero incluso suponiendo que el caduceo fuera una especie de aditamento necesario a su poder, ¡qué poder! Por primera vez en la historia sería posible estudiar el poder de la curación psíquica de manera científica. Y, necesariamente, también el poder opuesto. Era una posibilidad aterradora.

También podía resultar muy divertido. Hubiera sido totalmente deshonesto negarlo, a pesar de que ese peligro existía en ese momento. Era una suerte, en cierto sentido, que el poder hubiera estado en desuso durante esos últimos cinco años, porque no podía confiarse en que ningún niño, por inteligente que fuese, utilizara tal poder con sabiduría.

¿Y a los trece años?

Contempló el mechero vacío de Turnage y sonrió, sabiendo lo que haría, y seguro de su justicia poética.

37

Cuando los dejaron solos, Ben Wincklemeyer se permitió a sí mismo una pequeña y deliberada burla a costa de Turnage. Había un límite para el aguante de una persona en nombre de la buena educación, y ese límite había sido sobrepasado con mucho.

-Si realmente necesitas fumar un cigarrillo -le dijo a Turnage-, hay un encendedor en el estante que hay justo a la izquierda de la puerta principal. En teoría es de adorno, pero supongo que debe funcionar.

-Siento haber ofendido a la pequeña dama, pero no me gusta que traten de humillarme a cuenta del tabaco. Es un tema espinoso para mí, por motivos obvios.

Turnage vaciló, luego se levantó de la mesa para ir a buscar el encendedor del vestíbulo. Regresó, dando intensas chupadas al cigarrillo, un ojo a medio cerrar para protegerse del humo. Ni el mismo Bogart podría haber fumado un cigarrillo con mayor solemnidad. A pesar de que sabía que debía dejar correr el tema, Ben no pudo resistir la tentación de zaherir un poco más a Turnage, y abordó sin miramientos el tema espinoso.

-Dime, Dan, ¿qué piensas de este negocio nuestro de vender drogas que crean adicción? Desde un punto de vista ético... Obviamente, es algo que no podemos discutir con extraños. Pero, entre tú y yo, ¿no tienes nunca escrúpulos?

Turnage resopló y de las ventanas de su nariz emanó un doble penacho de humo burlón.

-¿Escrúpulos? -la inflexión que dio a la palabra resumió su postura ética-: Ni la cocina ni los escrúpulos son cosa de hombres.

-Por ejemplo -insistió Ben-, ¿nunca te has preocupado por las consecuencias que pueda tener el tabaco para ti?

-¿Te preocupan a ti los accidentes de coche, o aumentar de peso?

-Claro -admitió Ben-. Pero los coches son un mal necesario si quieres vivir en una zona residencial. Hago todo lo que puedo para minimizar el riesgo, evito las autovías, utilizo siempre el cinturón de seguridad, en fin, ese tipo de cosas. El padre de Billy se mató en un accidente porque no llevaba el cinturón de seguridad puesto. Puede pasarle a cualquiera. En cuanto al peso -hizo una pausa para volver a llenarse el vaso de Almadén-, la obesidad podría muy bien ser mi perdición. Mi médico de cabecera siempre me está diciendo que tengo que perder veinte kilos. Probablemente sean treinta ahora. De vez en cuando me pongo a dieta, pero luego lo dejo.

-¿Y qué diferencia hay con el tabaco?

-¿Acaso he dicho que la hubiera? Aunque, de hecho, es diferente. Comer es una necesidad. Fumar es un abuso gratuito del sistema cardiovascular en beneficio de un placer muy dudoso.

Turnage le dio una chupada de desafío a su cigarrillo y, reteniendo el humo en los pulmones, declaró:

-Para mí es un auténtico placer.

-Sólo porque eres un adicto. Los no fumadores como Judith o William tendrían una reacción tóxica con un único cigarrillo.

-Por Dios, Wincklemeyer, no puedo creer que esté oyendo estas chorradas de ti, de todo el mundo. ¡Adicción! ¡Reacción tóxica! Pareces un maldito locutor de televisión. ¿Qué te pasa? Tú fumas, tu mujer fuma, y te ganas la vida investigando para la ATA. Has hecho más por refutar el jodido Informe General Quirúrgico que ningún otro ser viviente.

-Mis investigaciones nunca han refutado que haya una relación entre el tabaco y las diversas enfermedades a las que indudablemente contribuye. Todo lo que mis investigaciones han conseguido es crear una especie de pantalla de humo, y no pretendo hacer juegos de palabras, para la industria. Nunca imaginé que alguien de la ATA pensara lo contrario. Al menos no a nivel ejecutivo.

Turnage recogió la indirecta como lo que era, un insulto personal; pero no tenía contraofensiva preparada. Negarlo tan sólo confirmaría la sugerencia de Ben de que carecía de un grado ejecutivo de cinismo; reconocerlo equivaldría a admitir que todos los desmentidos que había proclamado como portavoz de la ATA eran parte de una conspiración a nivel nacional para sustentar el engaño. Hubiera sido como decirle a la cara a Morley Safer que, efectivamente, el tabaco provocaba enfermedades del corazón, cáncer del pulmón, enfisema y malformaciones en el feto pero, ¡qué demonios!, se trataba de una industria de miles de millones de dólares y, en cualquier caso, nadie vivía para siempre.

-Es una industria, Dan -señaló Ben por él-. *Caveat emptor*, ¿no? Y que el diablo se lleve lo que quede.

Turnage trató de trasladarse al alto terreno de la moral.

-¿Y eso es todo lo que puedes decir de las investigaciones que has levado a cabo? ¿Que son una pantalla de humo?

-No, la investigación es a veces muy interesante. El estudio sobre tatuajes por ejemplo. Con resultados fascinantes y muy sugestivos para futuras investigaciones, aunque desde luego, no con dinero de la ATA. Sus motivos para financiar cualquier proyecto nunca han sido altruistas. No me estoy quejando, cuidado: la ATA ha sido en muchos aspectos un patrocinador ideal. Son generosos y no se entrometen en el diseño de los experimentos, y no arman alboroto cuando fracasan o cuando producen malos resultados.

-Ya -replicó Turnage, frunciendo el ceño-. Bueno, no creas que todos los de la central de Baltimore no saben qué hacer con su dinero excepto firmarte otro abultado cheque.

Ben se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Turnage no formaba parte del Consejo de Directores de la ATA, y era probable que nunca lo hiciera, pero tenía una relación amistosa con todos ellos. No debía provocarlo sin otro propósito mejor que el de su propia diversión.

-Oh, soy consciente de ello -respondió con tono conciliador-. Es una vergüenza que se hagan tantos recortes en la parte del presupuesto que corresponde a relaciones públicas. Sé que las investigaciones de la MIMA consiguen un mayor apoyo financiero a causa de la situación actual.

-Bueno, no se puede hacer nada -concedió Turnage. Apagó el cigarrillo en el cenicero-. Debería irme al hotel. Lamento haberos aguado la fiesta de cumpleaños.

William consideró estas palabras como la señal idónea para aparecer con el pastel de cumpleaños, con sus trece velas clavadas sobre el azúcar glaseado y ya a medio consumir. Ben trató de imaginar qué habría oído el chico de su conversación con Turnage.

-No se irá sin haber comido un trozo de pastel, ¿verdad, señor Turnage? -preguntó William.

-Lo siento pero tengo... ehhh, un vuelo temprano.

Miró a Ben en busca de apoyo. Verdaderamente, estaba desamparado. Sin coche y en una de las zonas residenciales más alejadas de la ciudad, estaba a merced de su anfitrión. Un taxi podía tardar media hora en llegar a su casa. Pero esperar que, en ese momento precisamente, Ben actuara de chofer... Hasta Turnage debía comprender que era pedir demasiado.

Ben era buena persona. Sacó las llaves del BMW del bolsillo y las puso sobre la mesa.

-Aquí están las llaves del coche. Espero que no te importe que no te lleve yo mismo. Sólo tienes que dejar las llaves en la recepción del Hyatt y yo enviaré a la señora O'Meara a recogerlas mañana por la mañana.

Turnage cogió las llaves con una mirada de asombrada gratitud. Ben supuso que era el tipo de hombre que gozaba de una relación celosa y monógama con su coche.

-Gracias, te lo agradezco de veras.

William sopló las velas del pastel sin ninguna ceremonia y se sentó a la mesa.

-No olvide esto. -Buscó en su bolsillo y sacó el mechero-. El gas butano no estaba donde yo pensaba. Estaba en la cocina, por eso he tardado tanto, lo siento. Pero ahora funciona, mire.

Lo encendió y se lo alargó, con la llama encendida, a Turnage, que respondió al estímulo de la llama con un extraordinario automatismo, abriendo su cajetilla de Marlboro, sacando de ella un cigarrillo y encendiéndolo. Mientras lo hacía, Ben y su hijastro cruzaron una mirada que era como una orden de ejecución. Turnage era un capullo, declaraba su mirada, y tenían que librarse de él lo más rápidamente posible.

Aun así pasaron otros cinco minutos antes de que Turnage, armado de instrucciones sobre cómo volver a la autopista interestatal 94 y cuándo salir de ella, se marchara finalmente y fuera posible pedir perdón a William por estropear su cumpleaños.

-La verdad es que lo he pasado bien -repuso William-. Cuando Turnage le ha lanzado a Judith el paquete de cigarrillos y ha caído en mis patatas, los tres parecíamos comparsas de una comedia. -Posó el cuchillo sobre el pastel- ¿Pequeño, mediano o grande?

-Mediano. ¿Pero no deberíamos avisar a Sondra y a Judith de que no hay moros en la costa, para que vuelvan?

-Mamá se ha ido a la cama, creo, y pensaba llevarle un trozo a Judith más tarde.

William colocó los trozos de pastel en dos platos de postre de cenefa rosa que generalmente adornaban la vitrina, en el extremo más alejado del inútil espacio que había entre la cocina y el comedor. La casa estaba llena tales espacios abiertos y anómalos, que no servían más que para exhibir costosas baratijas de las que daban como premio en La ruleta de la fortuna. La sombrilla de estilo chino estaba en el vestíbulo, el reloj eléctrico del abuelo en la galería, la étagere en la habitación de Sondra, con sus hileras de Steuben «coleccionables».

Sondra compraba todas esas chucherías bajo la impresión de que eran obras de arte, pero era Ben quien las mimaba como vistosa confirmación de su opulencia. El arte no tenía nada que ver. Sondra tenía un instinto natural para definir con sus adquisiciones el nivel de ingresos de los Wincklemeyer y su posición en la sociedad, y él la amaba por ello. También la amaba por otras razones, y amaba su casa y a sus hijos, aunque con algunas reservas. En aquel momento había alcanzado ese preciso grado de afable alcoholismo en el que su amor se extendía más allá de su inmediata esfera de prosperidad, y abarcaba a toda la naturaleza.

-Este pastel está verdaderamente delicioso, ¿verdad? -afirmó, partiendo su esponjosa sustancia marrón con el borde del tenedor.

-Mmmm -corroboró William con la boca llena. Y agregó-: Debes tener telepatía.

-¿Por qué?

-Porque aún no lo has probado.

Ben contempló el pastel en su plato y el trozo en su tenedor.

-Tienes razón, no lo he probado. -Comió el trozo con evidente Regodeo-. Pero yo también tengo razón. Está delicioso. -¿Puedo hacerte una pregunta?

-Si es sobre mi trabajo, no. Estoy achispado.

-No tengo intención de atacarte. Sólo tengo curiosidad. ¿Es que no puedes discutir sobre ello fuera de la oficina? ¿Todo es secreto, como si trabajaras para el gobierno?

-Algo de eso hay, por supuesto. Pero en su mayor parte es por hábito. Judith se declaró enemiga de la industria del tabaco hace unos cinco años. Fue el año antes de que se metiera con el aborto, y dos años antes de que se hiciera vegetariana.

-¿Desde cuándo es vegetariana?

-Ya no lo es. Seguramente la anorexia lo ha hecho innecesario.

-¿Entonces crees que sólo es testarudez? ¿Crees que se niega sencillamente a comer?

-No, en absoluto. La anorexia es una enfermedad. No tengo la menor duda. Pero eso no quiere decir que sea una enfermedad real. Me inclino a pensar que todas las enfermedades son psicogénicas. ¿Sabes lo que significa «psicogénico»?

-¿Es lo mismo que «psicosomático»?

-No exactamente. Psicosomático se refiere simplemente a la interdependencia del cuerpo y la mente. Psicogénico es más concreto. Una enfermedad psicogénica tiene su origen en algún conflicto emocional o mental. La mente es el agente que provoca la enfermedad psicogénica, pero el resultado final puede ser tan psicológico como una úlcera sangrante.

William ponderó lo que acababa de escuchar mientras engullía dos trozos más de pastel.

-¿Así pues, opinas que todo está en la mente? ¿Y el tabaco no tiene nada que ver con el cáncer de pulmón?

-No he dicho eso. El tabaco sin duda influye, pero es igualmente cierto que no es una correspondencia exacta de causa efecto. Si ése

fuera el caso, la nicotina sería puro y simple veneno, como la estricnina. Pero no lo es. Algunas personas, como Turnage, pueden fumar durante años sin que les cause un efecto negativo, relativamente. Otros... -Se encogió de hombros-. Es una lotería. O al menos, eso es lo que les gusta pensar a los fumadores.

-¿Y si no es una lotería, si es una especie de lenta ruleta rusa? Así lo llama nuestro profesor de gimnasia.

-Es una buena analogía, pero nos lleva a la pregunta de por qué las personas juegan a la ruleta rusa, por qué escalan montañas o participan en carreras de coches; es decir, por qué arriesgan su vida de mil formas estúpidas e innecesarias y las llaman diversión.

-Coquetean con la muerte -opinó William, saboreando las palabras como si fueran un trozo de pastel-. ¿Por qué lo hacen?

-Cada escuela de psicología, cada religión, tiene su propia teoría y cada teoría seguramente tiene su parte de verdad. Freud lo llama un instinto mortal, y propugna que es un componente básico del subconsciente. El problema de esta teoría como tal es que, casi por definición, no puede ser probada. El subconsciente es la parte de la mente de la que no podemos ser conscientes. La vislumbramos en nuestros sueños, que son quizá lo más próximo a ella. Pero quizá los sueños son solamente la punta del iceberg del subconsciente. ¿Quién puede saber cómo son sus profundidades?

-Da la impresión de que tú tienes una teoría propia.

-Mmm -Ben levantó su vaso de vino hasta el nivel de los ojos, de manera que el hemisferio ámbar del Almadén en él contenido condensó la luz en un único y brillante punto.

El chico no había tratado nunca antes acercarse a él de esa manera y, al tiempo que le hacía sentirse desacostumbradamente paternal y pleno de madura sabiduría, también resultaba incómodo.

La circunspección se había convertido en un hábito muy arraigado en él. Sondra no tenía paciencia para sostener conversaciones con cierto tufillo a filosofía, y Judith tenía su propio punto de vista sobre el mundo, independiente y completo, en el cual él figuraba monolíticamente como opresor de su virtud. Estaba convencida de conocer todo pensamiento paterno sin necesidad de que él abriera la boca. Y Ben había supuesto que el chico, a su modo tranquilo y menos dogmático, compartía la misma valoración de Judith sobre él. Pero tal vez se había equivocado. Era un chico brillante, y eso a Ben le complacía, pero aún seguía siendo un muchacho que dedicaba el sábado por la mañana a ver los dibujos animados de la televisión. Un cumpleaños no poseía una magia tan poderosa que convirtiera a un chico de doce años, de la noche a la mañana, en un joven adulto de trece. Y sin embargo... William parecía diferente esa noche. Quizá no era la magia de su cumpleaños, sino de su nuevo nombre. O quizás, y ésa era la hipótesis más probable, la diferencia residía en el Almaden, y en todo el bourbon que lo había precedido.

-Lo siento -declaró bajando el vaso de vino-. Estaba en las nubes y he perdido el hilo.

-No importa. Podemos hablar de ello en otro momento si lo prefieres.

Lo preferiría y agradecía que lo liberaran del anzuelo. Pero su afabilidad se resintió. A una persona bebida no le gusta que piensen que está demasiado bebida para sostener una conversación.

-En pocas palabras, William, lo que creo es que hay más cosas bajo el cielo y en la tierra, y también en el subconsciente, a ese respecto, de lo que cualquier filosofía pudiera soñar. Aunque consigamos trazar cada senda neuronal del cerebro y cada vuelta y anillo del ADN, ni siquiera entonces...

-¿Ni siquiera entonces? -William lo animó a seguir.

-Ni siquiera entonces habremos conseguido saberlo todo.

Parecía, y lo era, una evasiva. Ben se sintió absurdo como un pequeño roedor al que un depredador más grande hubiera atrapado en su cubil.

-Seguramente tienes razón -dijo William, y luego, con la indiferencia de un gato que en realidad no necesitaba comerse al ratón al que había dado caza, se levantó de la mesa y anunció-: Voy a llevarle un trozo de pastel a Judith antes de que se acueste. Hasta mañana.

Ben asintió. Sabía que le había entrado canguelo. Pero ¿por qué sentía ese inexplicable alivio? ¿Qué había temido decir, o incluso pensar? Contempló la botella de vino. Quedaba vino casi para llenar un vaso. Esperó a oír la llamada de William sobre la puerta de la habitación de Judith, y entonces se sirvió el resto del vino, con precisión gratificante, en su vaso, llenándolo hasta que sólo la tensión de la superficie evitó que el líquido desbordara el borde de cristal.

38

Tan pronto como estuvo en su propio lavabo, Judith se colocó delante de la taza y esperó a que su estómago devolviera lo que había comido. Invariablemente, después de una pelea en la mesa durante la cena, su estómago se vaciaba ante la simple visión de la taza de porcelana rosa. Era tan automático como el movimiento de un juguete, un acto tan reflejo como el bote de una pelota de goma. Pero esa noche no ocurría. Su estómago, como un perro que protegiera celosamente su plato de Pal, se negaba a verter su contenido en la taza.

En realidad estaba digiriendo la comida. Judith no iba a provocar el vómito de manera artificial por una cuestión de principios (se lo había prometido a su terapeuta); en consecuencia, después de refrescarse la cara y el cuello con agua fría, volvió al dormitorio sintiendo una extraña y difusa náusea por todo el cuerpo. No era la náusea familiar que precedía a la liberación y alivio de una buena vomitera. Era como una insolación que hubiera penetrado su piel hasta los músculos. Y más extraño aún que esa náusea era que estaba hambrienta. A pesar de haber comido el doble de lo que solía cenar, podría volver a la mesa y comer el doble de nuevo.

El hambre, sin embargo, era algo que ella sabía dominar. La gloria del anoréxico es combatir el hambre, como la gloria de un santo es

resistir la tentación. Uno se limitaba a concentrar la mente en otros pensamientos. Sobre su escritorio tenía el perfecto refugio, su pobre y destrozado diario y, sobre él, como el arma que el cadáver del suicida sostiene aún en su mano, las tijeras que había utilizado para cortar sus exiguas ocho páginas escritas.

Se sentó y escribió:

Querido diario:

¡Qué cosa más estúpida y contraproducente! La ira no es excusa. Lo que he hecho ha sido cortar todas las páginas del diario desde el 1 de enero hasta ahora, ¡y servirlas para cenar! No ha sido fácil hacer que el papel se cociera, pero después de haberlo remojado durante largo rato en leche y luego pasarlo por la picadora, ha servido bastante bien de base de una salsa blanca. Ya no sabía exactamente a leche, pero he puesto muchas especias en la salsa y no creo que nadie se haya dado cuenta. ¡Quizá debería presentar la receta en el concurso culinario de Pillsbury! ¡Spam a la cazuela con salsa de diario!

¿Por qué habré hecho una cosa tan tonta? Porque he descubierto esta mañana que mi padre había leído la carta que escribí y dejé bajo la puerta de William. Al principio estaba tan furiosa que casi me voy a la habitación de Sondra a romper una de sus estúpidas figuritas Steuben. Pero me he controlado, he vuelto aquí y te he visto, querido diario, y he pensado: Me aseguraré de que al menos no lean nada de esto. Y enseguida he sabido lo que debía hacer. Haría que se comieran mis palabras. Así que he hecho estofado de diario, pero en el último momento no me he atrevido a descubrir mi gran sorpresa y decirles lo que estaban comiendo. En parte, porque mi padre ha traído a casa a ese horrible señor Nabo* de la Alianza del Tabaco. Es tan palurdo que no hubiera comprendido nunca por qué lo había hecho. ¡Imagínate tenerlo por padre! Y en parte también porque era el cumpleaños de William, y estaba siendo tan simpático que no podía estropear más las cosas de lo que ya estaban por tener que aguantar al Nabo durante la cena. En realidad William ha insistido en servir el estofado de diario, y en ese momento he comprendido que lo que había hecho era despreciable. ¿Pero ha conseguido este pensamiento que me comportara con mayor consideración? No, deliberadamente he provocado al Nabo hasta que ha hecho algo ridículo, por lo que, claro está, me han mandado a mi habitación. Sondra ha venido a verme justo después, ha sido muy amable y se ha disculpado por Winky, diciéndome que seguramente se daba cuenta de que la culpa era del Nabo y no mía, pero que tenía que evitar ofenderlo por «motivos de trabajo». ¡Como si fuera una excusa! Por otro lado no es ninguna sorpresa. Todo lo que él hace es por «motivos de trabajo». De verdad que lo odio. Sé que está mal, pero no puedo evitarlo.

Y si llega a leer este diario algún día, porque no voy a cerrarlo con llave ni a esconderlo, sino que lo dejaré aquí encima donde pueda violar

---

* Juego de palabras intraducible, provocado por la semejanza de pronunciación entre «Turnage» «Turnip» (nabo). *(N. de la T.)*

mi intimidad siempre que quiera, tendrá que soportarlo. Lo he odiado desde el momento en que recuerdo haber sentido algo por él.

Se detuvo ahí, con una sensación de asombro y satisfacción por la atrocidad que acababa de escribir. Siempre le ocurría lo mismo con el diario. Escribía a toda velocidad, hasta que el bolígrafo se deslizaba sinuoso en un pensamiento de esa índole, como una pequeña serpiente de tinta, algo absolutamente inaceptable y seguramente falso. Era igual que su madre cuando se enfadaba y gritaba «¡te odio!», o «¡eres horrible!», o alguna grosera obscenidad. Debía ser hereditario, puesto que en realidad había vivido con Rhoda muy poco tiempo, cuando era un bebé.

Alguien golpeó su puerta. No era un golpe de nudillos, sino el sonido de una patada amortiguada.

-Entra -dijo ella.

William contestó:

-No puedo. Tengo las manos ocupadas.

Ella abrió la puerta, y allí estaba él con dos trozos de pastel de avellanas y manzana en los platos de porcelana pintados a mano del aparador.

-No sé si tendrás hambre todavía después de toda la movida que ha habido en la mesa, pero me sentiría culpable si no compartiera parte del pastel con la persona que lo ha hecho. Puedo decirte que está delicioso. La manzana forma una especie de corteza.

Ella se rió como si se tratara de una broma, y luego se sintió obligada a explicar:

-Es extraño, pero, ¿sabes?, ¡tengo hambre! Podría comerme los dos trozos. Ven, siéntate. ¿Has conseguido tu deseo?

-Creo que los ancianos son los únicos que no consiguen sus deseos de cumpleaños. No es difícil apagar trece velas. En cualquier caso, él se ha ido. -William depositó los platos sobre el escritorio.

-¿El Nabo? Lo sé, los he oído marcharse en el coche. Apartó tímidamente el diario y las tijeras. Luego acercó la segunda silla de madera que había junto a la ventana.

-Ben no se ha ido con él. Turnage ha tenido que marcharse solo. Por eso no he podido traerte un trozo de pastel antes. Ben y yo estábamos charlando, solos los dos.

-Asombroso. Te ha concedido cinco minutos de su tiempo. Debe ser porque es tu cumpleaños. -Reconoció la malevolencia de sus palabras tan pronto como surgieron de su boca-. Lo siento, no debería ser tan sarcástica. Sé que papá no es un ogro del todo. ¿De qué habéis hablado? Bueno, no es una pregunta correcta... Era vuestra conversación. Preguntarte por ella es casi tan malo como escuchar a hurtadillas, o leer la correspondencia privada de otra persona. Comamos ese pastel. Realmente estoy muerta de hambre.

Para su sorpresa el pastel estaba delicioso, y la broma de que podría comerse los dos pedazos no era exagerada. Mientras comían William no dejó de mirarla, como esperando que dijera algo. Pero la

mente de Judith estaba en blanco. Él sonrió varias veces como si ella hubiera dicho algo y él le ofreciera su silenciosa aquiescencia.

Los labios del chico estaban más rojos que si se los hubiera pintado. Ella no pudo evitar pensar en los dos dientes postizos y en los hierros que los sujetaban (su «aleta», lo llamaba él), ni preguntarse cómo conseguía que la comida no se le quedara pegada a los hierros. Se dijo: «¿Y si me pregunta en qué estoy pensando justo en este momento?» Si era honesta tendría que responder que estaba pensando en el interior de su boca.

-En realidad -comentó él, como continuando lo que habían interrumpido un rato antes-, Ben y yo hemos hablado de lo mismo que tu tratabas de sonsacar a Turnage, pero a un nivel más abstracto. Él cree que la gente se pone enferma por problemas psicológicos. No siempre, no ha dicho eso, pero ése es el principio. Psicogénico es la palabra que ha empleado. En realidad no hemos llegado a entrar en materia, porque lo ha esquivado. Creo que se ha sentido algo cohibido.

-Qué teoría más conveniente para él -se mofó Judith.

-Ha admitido que fumar tiene algo que ver con las enfermedades. Lo cierto es que se ha puesto bastante desagradable con Turnage cuando nos hemos ido. Les he oído desde la cocina cuando estaba encendiendo las velas del pastel.

-No deberías escuchar las conversaciones ajenas -censuró ella con tono remilgado.

-Mira, si la persona que diseñó este «rancho» hubiera colocado puertas entre una habitación y otra, sería posible evitarlo. Sea como sea, la cuestión es que tu padre no es el hipócrita integral que tú crees.

-¿De qué tipo es entonces? -preguntó ella, con acritud-. ¿Medio hipócrita? ¿Un tercio? Lo único cierto es que trabaja para una industria que gana dinero persuadiendo a la gente de que se envenene a sí misma. No creo que trabajar para la mafia sea peor.

-No sé qué decirte, a lo mejor si estuviera en la mafia vestiría mejor. -Un poco de seriedad, William.

-Ya estoy serio. ¿Sabes tú acaso qué investigaciones lleva a cabo? ¿Has leído alguna vez alguno de los estudios que publica el MIMA? El de los tatuajes, por ejemplo, ¿lo has leído?

-He tenido suficiente con oírle hablar de él a todas horas y llamarlo su fenómeno estadístico favorito. Pero no puedo decir que recuerde gran cosa, excepto que no tenía nada que ver con el tabaco, en absoluto.

Mentía. En realidad recordaba muy bien las auténticas náuseas físicas que había sentido cuatro años antes, cuando el informe había sido publicado, y ella, de doce años de edad, había mirado la copia encuadernada en cuero que había ocupado un lugar de honor en el centro de la mesita de la sala de estar. Estaba lleno de fotografías de tatuajes horribles, todos ellos de presos que esperaban ser ejecutados o cumplían cadena perpetua. Lo que el estudio demostraba era que los presos que ostentaban los tatuajes más desagradables (calaveras, demonios y similares) eran propensos a desarrollar cánceres malignos, o a tener ataques al corazón a una edad más temprana que los presos que llevaban tatuajes de animales o mujeres. Pero ambos grupos

estaban significativamente más sanos que aquellos que no tenían ningún tatuaje. Judith no podía comprender el motivo de semejante «investigación». Parecía tan inmoral, a su manera, como los experimentos de laboratorio con perros o monos, agravado por el hecho de que en ese caso fueran seres humanos los que estaban en las jaulas, y no animales.

-El motivo -explicó William a modo de reprimenda- es que las diferencias que había entre un grupo y otro debían ser psicológicas. A menos que creas en la magia. No creo que la investigación tenga ninguna utilidad práctica. Quiero decir que probablemente la gente no evitaría el cáncer tatuándose leones y águilas.

-¡Qué idea! -exclamó Judith, arrugando la cara en una mueca de repulsión.

-Pero sería porque la decisión no vendría de su interior, desde el subconsciente, desde las células.

-Sí, estaban dentro de sus celdas, desde luego -dijo Judith.

-Ya sabes a lo que me refiero.

-Y también lo fácil que es distorsionar las estadísticas. Podrían existir otros cien factores que produjeran resultados idénticos. En cualquier caso, ¿qué prueba eso? ¿y por qué la ATA está tan ansiosa por que Winky estudie esos fenómenos estadísticos?

-Vale, olvídalo. No quería empezar una discusión.

Ella se percató de que si se hubieran enzarzado en una pelea habría ido por obra suya, y bajó la vista, apesadumbrada, hacia los restos que había en su plato de postre. De alguna manera, mientras estaban hablando, se había comido todo el trozo de pastel sin ser consciente de ello.

-Lo siento, es culpa mía. Comprendo tu punto de vista. Tendría que ser muy torpe para no verlo. Es que todo parece tan... repugnante. Es igual que investigar con los animales. Obligar a hámsters y conejos a fumar hasta que sus cuerpos están invadidos por el cáncer.

-Una gran parte de la investigación médica es repugnante por fuerza. Porque la enfermedad es repugnante.

-Entonces, ¿por qué no investigar sobre la salud en lugar de la enfermedad?

-Claro, ¿por qué no?

¿Se estaba burlando de ella?, se preguntó Judith. Podía imaginar a su padre dando la misma réplica mordaz. Pero no había sarcasmo en el tono de William, no como lo hubiera habido en el de Winky.

-Hablo en serio -insistió él, como si hubiera oído la pregunta que ella formulaba en su mente-. Deberían realizarse investigaciones sobre montones de cosas que la ciencia médica ignora por sistema. La acupuntura, por ejemplo. O la curación por la fe. O las heridas que sanan en el transcurso de una noche. El colectivo médico ignora intencionadamente todas esas cuestiones, porque no entran dentro de sus esquemas.

A Judith le asombraba oír a su hermanastro expresar tales opiniones. Sabía que quería ser médico, pero no había creído que fuera

un propósito serio. Había pensado que él quería ser médico como un niño podía decir que quería ser bombero, buzo o vaquero.

-Pero tú no... -empezó, y se detuvo.

Él sonrió y ella fijó de nuevo su atención, distraída, en los labios y los dientes del chico.

-¿Qué es lo que «yo no»?

Ella tuvo que apartar la mirada para poder seguir:

-Tú no crees en Dios, ¿verdad?

-¿De dónde has sacado esa idea? ¿Lo dices porque dejé de ir a la iglesia?

-Supongo que sí.

-El que yo no crea en todo lo que nos contaron las monjas en Nuestra Señora de la Merced no quiere decir que no crea en Dios. Tú nunca has tenido que ir a una escuela católica, de manera que para ti es más fácil ser católica.

Hizo una pausa como esperando que ella disintiera. En otro momento lo hubiera hecho, pero a pesar de que le había ofendido que él sugiriera que su fe era, en cierto modo, más débil que el escepticismo de él, no deseaba entrar en esa cuestión secundaria. Podían discutir sobre religión cualquier otro momento. De hecho, ella se dio cuenta con un súbito impulso de alegría de que, a partir de entonces, ¡podrían discutir absolutamente sobre todo! Ya no estaban limitados a representar los papeles de hermana mayor y hermano pequeño. ¡Podían ser iguales!

-Déjame que te haga una pregunta -le propuso él-. Pero primero tienes que prometerme que no te enfadarás. Es algo sobre lo que nunca hemos hablado, y si tampoco quieres hablar de ello ahora, no importa.

Ella sonrió, pues estaba segura de conocer de antemano su pregunta.

-Prometo no enfadarme. Por lo menos, contaré hasta diez.

-Me preguntaba qué crees tú que hay detrás de tu anorexia.

-Sabía que se trataría de eso. Y no me importa discutirlo... contigo. No quiero discutirlo con mi padre o con Sondra porque ellos no están interesados en saber lo que yo pienso. Tan sólo quieren que me coma la verdura. ¿Recuerdas cuando eras pequeño y te obligaban a comer la verdura? Mi madre, mi verdadera madre, Rhoda, que nos envía pomelos de Texas cada Navidad, era una sádica con la verdura. Tenía que sentarme a la mesa frente a un plato de guisantes fríos hasta mucho después de la hora de acostarme. Yo odiaba los guisantes, lo cual no es tan insólito. El doctor Helbron dice que él no ha conocido nunca a un solo niño que no haya padecido algún trauma a causa de la verdura, y que los niños odian los guisantes más que cualquier otra cosa. Eso dice él.

-¿Así que tú crees que eso ha provocado tu anorexia?

-Si fuera ésa la causa, todos seríamos anoréxicos. No, la teoría del doctor Helbron, y la que postulan la mayoría de libros, es que la anorexia es como una dieta sobre la que se ha perdido el control. Una la empieza igual que cualquier otra persona, queriendo sencillamente adelgazar unos kilos o unos cuantos centímetros, pero mientras que para la mayoría de gente seguir la dieta es siempre un grave problema,

para nosotros se vuelve..., «divertido» no es la palabra. Pero te hace sentir bien, como cuando juegas a voleibol y sabes que estás jugando bien. Es la sensación de que controlas la pelota. Salvo que es mi cuerpo lo que controlo. Consigo que haga lo que yo quiero, y no que una figura autoritaria me obligue a comer unos guisantes fríos.

-Da la impresión de que te gusta -comentó William. Era exactamente el argumento que el doctor Helbron utilizaba siempre, pero viniendo de William no sonaba a regañina.

-Supongo que hasta cierto punto a todos los anoréxicos les gusta serlo, o no serían anoréxicos. Soy consciente de que no es bueno para la salud, pero ya no es una elección consciente. Comer, el acto físico de comer, me disgusta. Puedo ponerme enferma pensando en un panecillo con mantequilla y mermelada, y antes me encantaban los panecillos. Sin embargo, si lo pienso racionalmente sé que me encontraría mejor si me comiera el panecillo.

-No me ha parecido que tuvieras ningún problema con el pastel de cumpleaños, ni con la cena.

-Tienes razón en lo del pastel. En la cena tuve que obligarme a mi misma, y cuando me esfuerzo, suelo vomitar después.

-Esta noche no has vomitado, ¿verdad? -preguntó William, en un tono de preocupación que resultó casi ofensivo; como si pensara que no importaba que vomitara cualquier otro día, pero no el día de su cumpleaños.

-No. Pensaba que iba a vomitar, pero no lo he hecho.

-A mí me parece, por lo que estás diciendo, que tu anorexia es un ejemplo perfecto de lo que Ben llama una enfermedad psicogénica.

-Gracias, doctor Michaels, por su brillante diagnóstico. -Esperó a que él replicara con un sarcasmo de los suyos, pero, al ver que continuaba callado, como el doctor Helbron en su actitud más exasperante de evitar todo juicio, prosiguió-: Lo que dices obviamente es cierto. Pero eso no quiere decir que sea sólo algo que hay en mi mente, y que si adopto una «postura saludable» me curaré. No funciona así.

-Nunca lo he pensado. Pero si estás de acuerdo en que la anorexia tiene un origen psicogénico, ¿por qué no crees que pueda curarse de la misma manera?

-Yo diría que, casi por definición, eso equivaldría a curarse. El único problema es que no hay balnearios psicogénicos, que yo sepa.

-¿No me has preguntado hace un momento si creía en Dios? Bueno, ¿y tú?

-Por supuesto que sí.

-Entonces, ¿has rezado alguna vez para curarte?

-La oración no consiste en eso, William -protestó ella- No es como ir a ver al Santa Claus de la sección de juguetes de los almacenes Dayton y entregarle una lista de los regalos que deseas. Es una conversación, como la que ahora tenemos, pero con Dios.

-Si yo tuviera algo que pudiera darte me lo pedirías, ¿no es cierto? ¿No crees que Dios pueda curar tu memoria?

-No. Como tampoco he rezado para convertirme en millonaria.

-Cuando he dicho antes, en términos generales, que la ciencia médica ha tenido miedo de investigar la curación psíquica, estabas de acuerdo. Pero cuando llegamos a tu caso, fíjate en cómo reaccionas.

Ella se sintió atrapada en su lógica. Era sólo una variante de lo que el doctor Helbron siempre le estaba diciendo, a su manera, pagado de si mismo y entre espirales de humo de pipa. Pero el doctor Helbron nunca había tenido la mala educación de meter a Dios en el problema. Ni siquiera a su confesor, cuando surgía el tema, le preocupaba su anorexia, mientras no la llevara a cometer pecados de desobediencia. El padre Balch nunca había sugerido que ella debiera rezar para ser curada. Porque (se le ocurrió de repente) él nunca había pensado que Dios tuviera nada que ver con eso. Él nunca había creído que su anorexia fuera una aflicción como la cojera o la ceguera, sobre la que Dios pudiera ejercer su influencia. Creía, como todo el mundo, que sencillamente era terca y autodestructiva.

-Haces que parezca vudú -replicó Judith.

-Si el vudú funciona, ¿por qué no probarlo?

-De acuerdo. Rezaré. Dios te salve, María, llena eres de gracia, cúrame la anorexia. Ya está, ¿crees que habré mejorado?

-Quizá. No has mostrado demasiado fervor. Ni siquiera estabas arrodillada.

Ella no pudo contener la risa. William no se ofendió por ello. Por su propia sonrisa, parecía incluso compartir la broma a su propia costa. Pero tampoco le concedió respiro.

-Creo que si fueras más concreta -empezó-, seguramente funcionaría mejor. En lugar de pedir ser curada, ¿por qué no pides tener un apetito saludable?

-¿Un apetito «saludable»?

-Haces que suene como si fueran términos contradictorios.

De nuevo la había acorralado, con mayor destreza de la que había mostrado nunca el doctor Helbron. «Apetito»; la palabra y la idea que representaba le repugnaban, le repelían incluso. Podía aceptar la necesidad de comida como una especie de combustible que mantenía la maquinaria del cuerpo en marcha, pero el apetito era otra cuestión. Las personas se rendían ante su apetito, y ella no quería rendirse ante nada ni nadie.

-Comprendo lo que quieres decir -concedió, pero no le concedía más que su comprensión. No se arrodilló ni cambió los términos de su plegaria, que no había sido, se daba cuenta ahora, una verdadera oración, sino una mera fórmula verbal sin la fuerza de la fe ni del sentimiento.

-Quieres estar sola, ¿verdad??

-Tienes telepatía, William.

-Vale, pero antes de irme quiero hacer una cosa. ¿Puedo?

-¿Qué es? -preguntó ella con cautela.

-Cierra los ojos.

-¿Por qué?

-Tú ciérralos.

Ella cerró los ojos, y cuando lo hizo sintió sus manos sobre los hombros. Podía notar sus pulgares presionando los músculos a ambos lados de la protuberancia ósea de la base posterior del cuello, mientras el resto de los dedos se hundían en la cavidad carnosa sobre la clavícula. Al principio ella creyó que pretendía darle un masaje, pero la presión que ejercía, aunque firme, no variaba. William apartó las manos y ella pudo abrir los ojos.

-¿De qué iba todo eso?

-Te he curado.

Ella notó el rubor que se extendía por su rostro, y con él una oleada de todas las sensaciones posibles, tan potente que literalmente la dejó sin liento. Sintió la vergüenza del ridículo, y la pena de la traición. Sintió la ira de la violación y, peor aún, una horrible y cobarde gratitud por haber sido tocada, incluso durante tan corto espacio de tiempo.

-Sal de mi habitación -susurró.

-Funcionará -aseguró él, sin que hubiera rastro de sonrisa en su boca, sin dar muestras de estar burlándose de ella-. Dale tiempo, verás como pronto mejoras.

Cuando se fue y ella pudo oír sus pasos subiendo las escaleras hacia su dormitorio, rezó. No de rodillas, sino desde el corazón. Rezó para que no fuera cierto. Para que siguiera siendo como había sido hasta entonces: libre, independiente, incólume.

39

Esa noche, William tuvo un sueño. Soñó que estaba en una amplia sala obscura, con un techo alto que se inclinaba a derecha e izquierda hasta casi el nivel del suelo. Las gruesas vigas que sostenían el techo estaban al descubierto, como en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, y al igual que aquéllas tenían grabadas palabras doradas, pero en letras del antiguo estilo gótico que él no podía descifrar. Resplandecían de manera errática en las alturas, por encima de su cabeza, como si fueran el reflejo de la luz vacilante de una vela lejana.

Caminaba por encima de una gruesa alfombra gris hacia una pequeña ventana baja que había al otro lado de la sala. A cada paso que daba, el pelo de la alfombra se erizaba, ondulante, como la nieve más ligera, o como los mechones de pelo gris en el suelo de una barbería. Era un efecto extraño, pero en el sueño no lo parecía, sino que era perfectamente normal.

No sabía a dónde iba, sólo que no deseaba ir allí. Sin embargo, tenía que hacerlo, era tan inevitable como coger el autocar para ir a la escuela.

Sintió una gran *angst*. *Angst* era una sensación para la que el idioma inglés no tenia equivalente. No era lo mismo que miedo, y tampoco era exactamente lo mismo que la palabra inglesa que derivaba de ella, ansiedad.

Era concretamente la manera en que uno se sentía dentro de un sueño cuando tenía que hacer algo que era, no obstante, imposible. *Trotzdem*: no obstante. *Unmóglich*: imposible.

La ventana al fondo de la sala era la pantalla de un ordenador. El cursor parpadeaba en la pantalla, instándole a pulsar un comando:

William no sabía qué tecla pulsar y pulsó RETURN. La pantalla se llenó de una serie de puntos cuadrados, indefinidos, como en un caleidoscopio sin forma. Lentamente convergieron en una especie de rostro, aunque se trataba de un rostro reducido a unas masas tan simples de luz y obscuridad que hubiera sido más preciso llamarlo calavera. La boca del rostro se abrió para pronunciar su nombre:

-Billy.

No era la voz resonante, de estrella de cine, del dios, sino una más familiar y, al mismo tiempo, más terrible. Él quería apagar el ordenador y borrar el rostro cadavérico de la pantalla, pero no podía y, carácter a carácter, el rostro adquirió una mayor resolución hasta convertirse inequívocamente en el de su padre, tal como él lo había visto por última vez, con la sangre manando de las cuencas de los ojos y la boca, con la carne lacerada por el parabrisas roto y burbujas de sangre brotando de la herida de su garganta, cuando había luchado por su último aliento de vida.

-Billy -suplicó la imagen fantasmal-, ¿eres tú? Si puedes oírme, contéstame. ¿Estás muerto tú también? ¿Es por eso que te siento ahora junto a mí? Eres tú. ¿Pero dónde estás? ¿Estás vivo? ¡Habla!

No podía hablar, pero sus dedos tocaron el teclado del ordenador e introdujeron el nombre del programa base de saludo: HOLA.

-Billy, ¿puedes comprender mis preguntas? ¿Sabes dónde estás? ¿Puedes decirme en qué año estás?

Escribió: 1980.

El fantasma emitió un chirriante suspiro y levantó las manos para apretar los párpados contra las cuencas sangrantes.

-Entonces aún no es demasiado tarde. Todavía puedes destruir ese maldito bastón, antes de que cause más daño. ¿Me prometes que lo harás?

En ese preciso instante del sueño William se dio cuenta de que estaba teniendo una pesadilla, pero esa conciencia no fue una puerta de salida por la que pudiera escapar del mundo onírico. Por el contrario, era más bien como uno de esos momentos en los que, caminando por el centro de una gran ciudad llena de coches y gente, uno se da cuenta súbitamente de la inmensa vastedad del mundo que lo rodea, y sabe que su propia mota de conciencia no es más que un tenue parpadeo en una conexión eléctrica de incalculable potencia.

ESTO ES UN SUEÑO, tecleó, frenético por escapar.

-¡Ah! -exclamó Henry Michaels-, claro. Dime, ¿está bien Madge?

SÍ escribió, sometiéndose a la autoridad del sueño y, por esa rendición ganando para su padre una especie de liberación de su aparente tormento; pues Henry ya no era una imagen en una pantalla, sino que parecía estar de pie ante su hijo, sin sangre, entero y vestido

con sus ropas habituales. Extendió la mano hacia delante, como queriendo tocar la cara de William, pero luego reprimió el gesto y, con una mueca, retrocedió un paso.

-Ahora no tengo existencia física -explicó, con un tono de paciente instrucción-. Ni carne. Mis sentidos no son iguales que los tuyos, aunque puedo verte ahora. Ahora y como serás más adelante; como podrías ser. Debes destruir esa cosa. ¿Cómo la llamas?

CADUCEO, escribió.

-El daño que causó a tu hermano es tan sólo un átomo del mal que puede ocasionar. Puedo ver ese mal ante ti como una nube de humo. No debes permitir que su poder crezca. Quémalo. Esta noche. Llévalo a la barbacoa y quémalo.

William sacudió la cabeza.

Su padre le asió por la muñeca. Sus dedos pétreos formaron un brazalete de horror físico y de pánico en el que la mente racional, aunque envuelta en sueño, de William no tenía parte. Era como si su carne se hubiera visto invadida por un masivo ataque de todos sus enemigos biológicos, por todo virus y bacteria que pudiera introducirse y deformar los tejidos vitales de músculos y nervios, y por todo parásito que pudiera incubar la carne de un anfitrión humano. Gritó, pero el grito no le alivió del sueño ni de la garra fantasmal de su padre.

-Siento tener que hacer esto -dijo Henry-. Pero debo obligarte a comprender lo que estás haciendo. Te ahorraría el dolor si pudiera, pero para que veas lo que debo mostrarte tiene que haber tal dolor. Es algo que yo no puedo alterar, pues tengo tan poco control sobre este proceso como tú.

-¡Pero yo sí lo controlo! -insistió William en voz alta, luchando por liberarse-. El caduceo puede ser una fuerza tanto para el bien como para el mal. Puedo curar con él. Puedo curar enfermedades que la medicina no ha conseguido curar antes. Y puedo aprender lo que hago y transmitir ese conocimiento. Créeme. Tendré cuidado.

El anillo de dolor en torno a su muñeca pasó, en espasmos, hacia el brazo, y se extendió por el cuerpo en un millar de cantidades vectoriales de muerte y agujas de malignidad que perforaron pulmones y corazón y permanecieron allí, latiendo. Parecía que las posibilidades de dolor de una vida se hubieran resumido y, en un agudo sostenido, se esparcieran luego en un lamento interminable de condenación. Sin embargo, al mirar hacia abajo, descubrió que ese aullido le había levantado muy alto por encima de Willowville, que se había convertido en un diagrama circular de tejados, copas de árboles y calles asfaltadas. La casa de unos vecinos se estaba quemando, y el humo se elevaba de las llamas en una espiral que se alejó en dirección sudeste hacia la ciudad. El horizonte se inclinó; estaba volando, guiado y sostenido por la presión de la mano en torno a su muñeca, en la misma dirección.

El tráfico zumbaba bajo ellos a lo largo de las largas dobles curvas de las autovías a velocidades imposibles, como un reloj acelerado por un truco fotográfico. El dolor estaba ahora encubierto por una sensación de júbilo, como si fuera la semilla de un nuevo poder; una semilla

que lanzara sus raíces hacia un pecho y su alma, y estallara desde su frágil espalda en alas, invisible pero exquisitamente sensible.

Henry señaló las calles sinuosas y las tiendas y edificios del parque de atracciones que tenían delante de ellos. Un perímetro de una manzana de casas arrasadas formaba un anillo en torno al parque público de atracciones, y ese anillo de demolición estaba rodeado por cercas altas de alambre de púas y patrullado por guardias con mascarillas antigás y uniformes protectores. A intervalos, a lo largo de la cerca exterior, se erigían torres de observación habitadas por más guardias armados.

Dentro del recinto, un enjambre de hombres, mujeres y niños daba vueltas apáticamente. Otros estaban sentados en bancos, o sobre los bordillos, leyendo, charlando o jugando a cartas. Todos ellos, excepto unos cuantos trabajadores vestidos de paisano, vestían los pijamas y camisones de algodón color pardo que suelen usar los pacientes de un hospital.

En el interior del óvalo de la pista de carreras, ocultas tres altas chimeneas a la vista de los habitantes del parque de atracciones por las hileras de asientos de las gradas de la tribuna, se había erigido un gran crematorio. Junto a su entrada había camionetas aparcadas llenas de cuerpos de las víctimas de la plaga, que habían sido recogidos en los recintos precintados por la cuarentena. Habían rociado los montones de cadáveres con un polvo blanco, de manera que parecían formar inmensas esculturas de yeso.

-Veneno -explicó Henry-. De lo contrario, la cuarentena sería completamente inútil. Lo insectos lo transmitirían por toda la ciudad.

-¿Sabías que la palabra alemana para veneno es Gijt*?

-¿Estos horrores no significan nada para ti? ¿Sólo te preocupas por ti mismo y por tu carrera?

-Esto es sólo un sueño.

-Sí, pero un sueño que se convertirá en realidad si no lo detienes ahora. Destruye el caduceo.

-Lo siento, papá. No puedo.

-No quieres.

-Nunca comprendiste lo que quiere decir ser ambicioso. Ésa era la auténtica diferencia entre nosotros. Tú no sabes qué significa saber que estás hecho a la misma escala que el mundo. Que puedes ser parte de la historia.

Henry meneó la cabeza con pesar. Pero ya no era, de nuevo, más que una cabeza en una pantalla.

-Recuérdame -murmuró, casi como una idea tardía.

William asintió.

Se sentía culpable por lo que acababa de decir, pero era cierto. Su padre nunca había querido llegar a ser alguien.

-Claro, papá.

---

* En inglés *gift* significa regalo, don. *(N. de la T.)*

-Si quieres ponerte en contacto conmigo otra vez, ya conoces el nombre de mi archivo.

La pantalla se apagó, pero William continuó durmiendo intranquilo durante otras tres horas.

Cuando despertó había olvidado todo el sueño, excepto que su padre había estado en él, que habían volado juntos por encima de la ciudad y que al final le había dado el nombre del archivo para acceder a él en el ordenador, si quería volver a verlo. Pero cuál era ese nombre, no pudo recordarlo.

LIBRO CUARTO

40

Con suerte Jimmy Deeters podría aún salir libre. A pesar de tener tan sólo diecinueve años y de haberse diplomado ya en el Tribunal de Menores antes de llegar a ese vertedero, parecía mucho más joven. En ciertos sitios del centro de la ciudad aún le pedían el carné de identidad cuando quería comprar un jodido paquete de cigarrillos, y en cuanto a tomar una copa en un bar fuera de su propio vecindario, mejor no intentarlo. Pero esa noche, según Wiener, el memo del abogado defensor al que habían asignado su caso, podría resultar una ventaja que no aparentara su edad. El memo creía que el fiscal del distrito había metido la pata el viernes al permitir que la anciana señora con un pie vendado formara parte del jurado. Tenía cinco nietos, y quizá se le metería en la cabeza resistirse a declararlo convicto, considerando que Jimmy era aún un niño y no deberían encarcelarlo de dos a cinco años, que era la condena a la que se exponía, menos por el robo que por agredir a un agente de la policía y resistirse al arresto. Así que cuando llegó al juzgado aquel día, Jimmy ya no llevaba los pantalones de camuflaje del viernes, el día que elegían el jurado, sino una camiseta Géminis de su hermano pequeño y unos pantalones de tela de lona. Pero también la anciana había acudido vestida de manera diferente. Ya no llevaba el pie vendado, y vestía un holgado vestido negro, como si asistiera a un funeral. Eso no era una buena señal, pensó Jimmy, porque ¿de quién podía ser el funeral sino de él?

La compasión de la anciana era prácticamente lo único con lo que podía contar, porque no podía negar que había cometido el delito del que le acusaban. La zorra a la que había arrebatado el bolso era un señuelo de la policía, y tenía como testigos a dos compañeros que lo habían visto todo. Le habían tendido una trampa; pero se suponía que todo era legal, como había explicado el fiscal del condado a cada una de las personas a las que se estaba examinando para formar parte del jurado. Todas ellas, incluyendo a la abuela, tuvieron que admitir que no veían nada malo en utilizar señuelos. Por tanto, todo lo que podía esperar era cierta compasión a cuenta de su parecido con un Gary Coleman ligeramente mayor. Si se lo hubieran permitido se habría declarado culpable a cambio de rebajar los cargos; pero no había sido

posible a causa de sus antecedentes. Iban a por él, y lo enviarían a la prisión de Stillwater de dos a cinco años.

Su historial delictivo acabaría con él, a pesar de la abuela de cinco nietos. Pero Wiener decía que no podrían sacar a relucir toda esa mierda si él no ocupaba el estrado para defenderse. En cualquier caso, y según todos los tipos con los que había hablado, subir al estrado no era casi nunca una buena idea. Pero finalmente resultó que de todas maneras se las compusieron para leer al jurado todo su historial de arrestos del Tribunal de Menores, y Wiener sólo consiguió empeorar las cosas gritando «¡Protesto!» cada vez. Y cada vez los dos abogados se levantaban y susurraban al juez, y el juez decía «Protesta denegada» con esa voz realmente aburrida, y el otro abogado sonreía al jurado con esa sonrisa suya y seguía leyendo toda la mierda que había en un papel del tamaño de un maldito periódico: 2 de febrero de 1976, incendio premeditado en segundo grado; 14 de agosto de 1976, intento de robo con allanamiento de morada en tercer grado; 20 de noviembre de 1976, intento de violación, y un maldito etcétera. Lo que Jimmy odiaba más que el aspecto de la cara del idiota cuando leía la lista era que casi todo fueran «intentos». Como si él no hubiera sido capaz de terminar nada. Lo cual no era cierto, aquéllas eran tan sólo las ocasiones en las que lo habían pillado. Pero ¿qué podía decir? «Protesto, señoría, ¡lo hago mucho mejor!»

Al llegar a un cierto punto, Jimmy se deprimió y olvidó lo que le había dicho Wiener sobre tratar de parecer inocente. Eso quería decir que no debía reaccionar ante lo que se decía de él, sino mantener los ojos fijos en la mesa que tenía delante, como en el colegio. No resultaba nada fácil hacerlo mientras todas las personas que había en la sala clavaban la vista en él como si fuera un maldito hombre lobo. Ninguna de ellas ocultaba lo que pensaba de él. Todos querían encerrarlo, incluso la abuela con cinco nietos. Se notaba por el modo en que apretaba los labios que ya no volvería a mirarlo de la misma manera. ¡A la mierda con parecer inocente! ¡A la mierda con el jurado! ¡A la mierda con todos ellos!

Cuando la mujer que había servido de señuelo inició su declaración, Jimmy se dio la vuelta en su silla de plástico y miró a la gente que estaba al fondo de la sala del tribunal. Wiener le dio un codazo y él le dijo a Wiener que se fuera a la mierda. Podía tratarse de su última demostración de libertad en los próximos años. No habían demasiados rostros familiares. Su propia madre se había ido, y la única persona a la que conocía era la señora Tetas Gordas, su antigua oficial de vigilancia durante la libertad condicional, que debía de haber acudido allí por el mero placer de ver cómo se ensañaban con él. Eso era lo que ocurriría, no cabía la menor duda. No estaba ya en el Tribunal de Menores, se trataba de un verdadero juicio. Significaba Stillwater y ¿por qué? Por un maldito bolso con nada más que maldito confeti en su interior.

¡Lo llamaban sala del tribunal! Él había visto salas de tribunal en la televisión y sabía que eso no era una maldita sala de tribunal. Era tan sólo una sala de espera en la que todo el mundo tenía que sentarse

en sillas de plástico, todos menos el maldito juez. Y el juez no era un juez, sino un crío que acababa de salir de la universidad, tan joven que no le permitirían entrar en un campo de golf, salvo como caddy. ¡De dos a cinco años, porque llevaba una pistola! No había intentado usarla, ni siquiera había intentado sacarla, ni siquiera cuando había conseguido liberarse del primer compañero de la mujer señuelo. Sí, llevaba una pistola, ¿qué creían, que cualquier zorra le iba a decir «por supuesto, querido, aquí está mi bolso, sírvete tú mismo»? Nunca había usado la maldita pistola y nunca había pensado en hacerlo, pero iban a darle por el culo de todas maneras, a menos que alguno de los componentes del jurado coincidiera con Wiener en que existía una duda razonable.

Que no existía.

Le había llegado el turno al compañero de la señuelo. Iba a contar su historia. Tenía el aspecto de una especie de viejo tío Tom y no parecía un poli en absoluto. Podría muy bien haber sido hermano gemelo de la abuela de cinco nietos. Jimmy deseaba haber usado su pistola, aunque hubiera significado una condena de treinta años a pena de muerte, sólo para no tener que escuchar la retahíla de respuestas que el capullo le daba al fiscal. Sí, podía señalar al autor del delito. Sí, el autor del delito se hallaba en la sala del tribunal. Sí, ésa era el arma que había arrebatado al acusado.

Pero lo que definitivamente era horrible y lo que hacía que todo aquello pareciera una pesadilla era que, mientras le preparaban sus dos a cinco años, aquel maldito mocoso estudiante estaba sentado en la última fila de asientos de plástico tomando notas como si estuviera en una jodida clase.

Vestido con un jodido polo Izod. Un colegial. Cada vez que Jimmy se daba la vuelta para mirarlo apartaba la vista, pero cuando volvía a mirar el mocoso tenía la vista clavada en él, y los labios firmemente apretados, como la anciana del jurado. Jesús, ¿es que no había una ley que prohibiera a los mocosos entrar en las salas de los tribunales?

El juez anunció que se realizaría un descanso, lo cual significaba un almuerzo gratis para los miembros del jurado. Para Jimmy significaba que podía ir al lavabo, al final del pasillo a la derecha. A la izquierda estaban los ascensores, las escaleras y el guardia. Wiener, que había estado hablando por los codos hasta ese momento, de repente no tenía nada que decir. Se sentó a su mesa y evitó las preguntas de Jimmy concentrándose en el crucigrama del periódico.

Jimmy salió al pasillo. El guardia estaba allí, delante de los ascensores como siempre, con toda la apariencia de desear que Jimmy se precipitara hacia el ascensor para darle la oportunidad de propinarle una paliza. Al otro lado del pasillo, el mocoso que había estado sentado en la última fila de la sala con la libreta de notas se encontraba ante el lavabo de hombres sosteniendo la puerta abierta, como si no acabara de decidirse a salir. Cuando vio a Jimmy soltó la puerta, y empezó a caminar en dirección a los ascensores con la vista en el sintasol del suelo, como si mirando a Jimmy a la cara fuera a contagiarse algún tipo de enfermedad. Jimmy se colocó en medio del pasillo, de forma que el mocoso tuviera que rodearlo, y el mocoso, con los ojos fijos en el suelo,

ni siquiera se dio cuenta hasta que estuvo a unos pocos centímetros. Se detuvo y dijo «Perdón», y al ver que Jimmy no se movía, lo rodeó y volvió a entrar en la sala del tribunal.

Jimmy pensó en ir en pos del mocoso, pero ¿y qué si lo hacía? Wiener estaba allí dentro. A la mierda con todos. Jimmy quería estar solo y la única forma de conseguirlo, con el guardia observándolo como un halcón, era recorrer el pasillo y meterse en el lavabo de hombres. Imaginó una última y pequeña venganza contra el condado de Hennepin, y meó en el suelo. Pero tan pronto como estuvo dentro olvidó todo lo que había pensado hacer, porque justo enfrente de la puerta del primer váter había un portamonedas de color rojo sobre el suelo embaldosado. Estuvo a punto de reír en voz alta, porque sabía que debía haber caído del bolsillo del mocoso cuando éste había salido del váter. ¿Quién sino un idiota como ése podía guardar el dinero en un portamonedas? Porque eso esperaba él, que hubiera dinero dentro.

Sí lo había. Un billete de cinco dólares y algunas monedas. En realidad no había esperado encontrar más en un maldito portamonedas. Se metió el dinero en el bolsillo y arrojó el portamonedas a la papelera. Luego, sintiéndose un poco raro, se metió en uno de los compartimentos, cerró la puerta tras él y se sentó en la taza sin molestarse siquiera en bajarse los pantalones.

Cuando unos minutos más tarde enviaron al guardia para que devolviera al acusado a la sala del tribunal para la conclusión del juicio, lo descubrió en el váter cerrado, muerto.

Se emplazó inmediatamente al Oficial Médico del Condado, quien acudió desde su oficina situada a dos manzanas. Declaró que la causa aparente de la muerte era la asfixia. Puesto que una sobredosis parecía ser la causa última más probable, se realizó la autopsia en el plazo de unas horas, pero no se halló rastro alguno de droga en su cuerpo. La asfixia parecía haber sido completamente espontánea.

Entrevistaron a la señora Deeters en las noticias de la noche, donde denunció que la muerte de su hijo era un claro caso de brutalidad policial. La Liga Urbana apoyó su demanda para que se realizara una investigación, pero en realidad no podía sospecharse que se hubiera tratado de juego sucio. No había señales de lucha, y la puerta del váter estaba cerrada por dentro. Incluso la señora Deeters acabó por aceptar el hecho de que la muerte de su hijo había sido obra de Dios y, muy probablemente, el castigo por sus pecados.

41

La ambulancia se detuvo frente a la entrada principal del Palacio de Justicia a las dos cuarenta y cinco, según el reloj de la torre del edificio. William había estado caminando de un lado a otro a lo largo del muro de agua que caía en cascada incesante en la plaza del Government Center, al otro lado de la calle. Los sanitarios introdujeron una camilla por la entrada abovedada del palacio de justicia. William estaba seguro de que Deeters había muerto, pero quería ver cómo sacaban el cadáver del edificio. Si no ponían en marcha la sirena

cuando se alejara la ambulancia, quería decir que Deeters había muerto en el lavabo tan pronto como había abierto el portamonedas.

No esperaba que ocurriera tan rápido, y se sentía desconcertado; no tanto por lo que acababa de hacer, sino porque no se había desarrollado según lo previsto. De acuerdo con lo que había leído en el libro de medicina, había supuesto que Deeters seguiría respirando regularmente hasta quedarse dormido esa noche, probablemente en una celda de la prisión. William había contado con estar presente en el momento en que el jurado emitiera su veredicto y el juez dictara sentencia, y ver a Deeters manifestando una última protesta. Después de que la culpabilidad de Deeters se hubiera reconocido oficialmente, la sentencia de muerte no oficial de William habría parecido un mero acto de justicia.

Pero ahora que Deeters estaba muerto, esos escrúpulos no perturbaban la conciencia de William. Deeters había sido un tipo perverso, y seguramente hubiera seguido siendo perverso el resto de su vida. Un par de años en prisión no hubieran cambiado nada. Incendio premeditado, robo con allanamiento de morada, violación, todo antes de cumplir los dieciocho años, y una mirada en sus ojos durante todo el juicio como si estuviera deseando añadir el asesinato a su lista de hazañas. El mundo sería sin duda un lugar mejor, y Minneapolis una ciudad más segura, sin James Deeters.

Pero no debiera haber muerto allí, en el Palacio de Justicia, estando William aún en la vecindad. Había sido un grave error de cálculo por su parte, y le había provocado unas palpitaciones tan fuertes que incluso una hora y media después de que se hubiera vaciado la sala del tribunal no confiaba en que pudiera pensar con claridad. ¿Y si el guardia se había dado cuenta de que él había salido del lavabo justo antes de que Deeters entrara en él? ¿Y si alguien recordaba haberlo visto en la sala del tribunal y trataba sencillamente de localizarlo como testigo? ¿Pero testigo de qué? Sentía pánico por nada. Sin embargo, había sido un error estar presente en la sala del tribunal, incluso con la excusa preparada (una excusa que era cierta a medias) de estar observando el juicio como parte de un trabajo que debía realizar para la clase de educación cívica de la escuela de verano. Al parecer, nadie había notado siquiera su presencia en la sala del tribunal, excepto el acusado, que le había mirado con el ceño fruncido un par de veces, cuando no estaba frunciendo el ceño ante el fiscal del distrito o los testigos.

La razón por la que había considerado un deber estar presente en el juicio era que en realidad no deseaba matar a nadie, aunque fuera el más culpable de los hombres, si parecía ser una buena persona en el fondo. Tal había resultado ser el caso en el primer juicio que había estado observando el jueves: se trataba de un hombre que se había emborrachado, le había dado una puñalada a su mujer en el hombro y luego había amenazado a dos policías con una pistola. No estaba bien lo que había hecho, pero el hombre parecía arrepentido, y no se ganaba la vida atacando a personas inocentes, como Deeters. Deeters se lo merecía.

¿Pero por qué había ocurrido tan pronto? De acuerdo con lo que él había leído en el libro, la apnea (que era la condición general de la que la maldición de Ondina era tan sólo el ejemplo más extremo) estaba siempre relacionada con el sueño. El tipo más común de apnea que el libro trataba más extensamente eran los ronquidos. Según la definición de la maldición de Ondina, parecía lógico suponer que también estaba relacionada con el sueño. Sin tan siquiera intentarlo, sólo por haberlo estudiado tan cuidadosamente, William había acabado por memorizar esa definición: «Maldición de Ondina: insensibilidad primaria del centro respiratorio de la médula, de origen desconocido, que deteriora el impulso reflejo, de modo que la respiración se convierte en un acto voluntario y deja de ser automático.» O, en las sencillas palabras de la columna «¡Más increíble que la ficción!» del libro de cómic El Mago Verde, donde había conocido por primera vez la existencia de la maldición de Ondina: «¡Las condenadas víctimas de la maldición de Ondina no se dan cuenta nunca del peligro que corren hasta que es demasiado tarde! Este extraño trastorno bloquea la parte del cerebro que hace que una persona siga respirando sin tener que pensar en ello. ¡Si uno tiene la maldición de Ondina sólo puede seguir respirando mientras piense en hacerlo! Y cuando finalmente no puede evitar quedarse dormido, entonces se apagan las luces para siempre! ¡Deja de respirar y se muere por asfixia!»

William lo había leído por primera vez en «¡Más increíble que la ficción!», casi un año antes, y lo había considerado una invención. Pero no olvidó el dibujo a toda página que acompañaba al artículo, y que mostraba un cadáver de rostro azulado con una mano asida al cuello del pijama. Luego, el martes anterior, cuando Rhoda Wincklemeyer había telefoneado desde Florida y se había dado cuenta de que tendría que actuar con rapidez si quería ayudar a Judith, había recordado aquel dibujo de nuevo, y con el presentimiento de que la maldición de Ondina podía ser una enfermedad real después de todo, había entrado en el estudio de su padrastro, donde éste guardaba sus libros de medicina. A Ben le gustaba proclamar que poseía una biblioteca médica mejor que la de la mayoría de médicos, y estaba suscrito a una docena de revistas de Medicina encuadernadas en tela. Parecía lógico creer que si la maldición de Ondina era algo más que el producto de la fantasía de un artista de cómics, se mencionaría en alguno de esos libros. Pero una biblioteca sin un bibliotecario puede ser tan inútil como un ordenador sin software. Hallar una única y rara enfermedad en todos esos tomos había sido como buscar una aguja en un pajar, y William casi había renunciado a la investigación cuando, en el índice de un volumen de cinco centímetros de espesor titulado Introducción a la Neurofisiología, había vislumbrado el destello de la aguja: «Maldición de Ondina: ver apnea.» En apnea le habían enviado a la página 465, donde en un párrafo sobre los trastornos de la respiración, de los cuales apnea era la denominación técnica, encontró la definición sobre la maldición de Ondina que demostraba la existencia de la enfermedad. Pero el libro de medicina no decía explícitamente que alguien que padeciera la maldición de Ondina dejara de respirar tan sólo cuando se durmiera.

Incluso en el cómic se decía que la respiración proseguía cuando el individuo pensaba en hacerlo. Deeters no debía haberse dado cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Resultaba difícil creer que alguien que estuviera muriéndose por asfixia no empezara a boquear en busca de aire, en un acto reflejo, como cuando uno se ahogaba... Pero una persona con la maldición de Ondina ya no tenía ese reflejo. Deeters debía haber muerto en el lavabo de la sala del tribunal casi tan pronto como había abierto el portamonedas que William maldijo con el caduceo:

De la bolsa el dinero sacarás
y la maldición de Ondina padecerás.

Se había ahogado al aire libre, sin saber siquiera que se estaba ahogando. A las tres en punto, justo cuando las campanas de la torre empezaban a dar la hora, los dos enfermeros sacaron la camilla del Palacio de Justicia. El cuerpo que yacía sobre ella estaba cubierto por una sábana, y cuando la ambulancia se alejó no hizo sonar la sirena. Deeters estaba muerto.

Había pensado que cometer un asesinato le haría sentirse de un modo diferente. Había esperado tener que enfrentarse con un sentimiento de culpabilidad o remordimientos o una necesidad de confesar lo que había hecho. Pero todo lo que sentía era alivio porque todo había concluido, como si hubiera estado viajando durante días y días en un interminable trayecto de autobús. Bostezó largamente, llenando los pulmones, y luego bostezó aún más profundamente, y mientras lo hacía se le ocurrió que el cuerpo humano era un mecanismo extraño y maravilloso, con el corazón bombeando la sangre para que diera más y más vueltas, los pulmones trabajando como una estación de servicio microscópica que suministraba oxígeno a los glóbulos rojos y la estructura del cerebro enviando sus cadenas de órdenes a todas las partes del sistema. ¿Había algo en el mundo tan profundamente hermoso, tan interminable e intrincadamente interesante? Alzó los brazos por encima de la cabeza apretando los puños y volvió a respirar profundamente, echando la cabeza hacia atrás para percibir los músculos del cuello y bajando los codos con lentitud notando cómo se distendían los músculos de los hombros y del cuello.

De la nada surgió una imperiosa necesidad de correr. No para escapar de nada, sino por la pura alegría de vivir en la carne propia. O mejor aún, ¡quería nadar!, sentir los músculos encajando unos con otros en un único, suave y continuado esfuerzo, sentir el agua fría deslizándose por la piel, definiendo sus formas. De repente, la estatua junto a la que había pasado en el vestíbulo del Palacio de Justicia y que representaba a un hombre desnudo con barba sentado sobre un caimán (una placa lo identificaba como «Misisipi-Padre de las Aguas») dejó de parecer ridícula para adquirir un significado lógico y completo, aunque no podría haber explicado su lógica. Había algo en la blancura y la suavidad del mármol y en la calma, la fuerza y el tamaño de la figura sobre el pedestal que declaraba que el cuerpo en sí mismo era

como un dios. Los griegos así lo habían comprendido, y habían llenado sus templos de estatuas de cuerpos desnudos por esa razón.

Tenía que volver allí. No se trataba de una cuestión de voluntad. Tenía que volver a mirar la estatua, estar en su presencia y sentir su poder. Cuando pasó por entre las achaparradas y bajas columnas de granito de la entrada se dio cuenta de que estaba haciendo justamente lo que se suponía que un asesino no debía hacer, pero que acababa haciendo de forma inevitable: volver a la escena del crimen.

Allí estaba: «Misisipi-Padre de las Aguas». Era tan sólo otra estatua de mármol de un hombre desnudo, y más tonta aun de lo que había supuesto en un principio. Cuando la tocó, de la piedra no emanó poder alguno, pero desde el otro lado del vestíbulo un guardia gritó, con tono de prohibición rutinaria: «¡Eh, chaval, no toques la estatua!»

42

Cuando oyó el coche acercándose a la casa, Sondra encendió una de las colillas del cenicero y lanzó unas bocanadas de humo por la sala de estar, como si se tratara de un ambientador. Probablemente era la única persona en el mundo que tenía que fingir ser fumadora, en lugar de fingir lo contrario. Aún le asombraba lo fácil que había sido dejarlo, una vez hallada la motivación necesaria. Durante años había estado luchando denodadamente por abandonar el hábito, y de repente, a causa de su embarazo, dejar de fumar había sido tan fácil como caerse de un árbol. Tenía tan pocas ganas de hacerlo como si no hubiera fumado nunca. De hecho, el sabor de los cigarrillos le repelía. La razón por la que los encendía y luego los dejaba consumirse en los ceniceros era que no quería que Ben supiera que había dejado de fumar. Todavía no; al menos, hasta que estuviera preparada para decirle que estaba embarazada. Siempre había afirmado que un embarazo sería el único motivo que la llevaría a dejar de fumar, y si él se daba cuenta de que lo había dejado deduciría fácilmente el porqué.

Era una falsa alarma. El coche que se había acercado a la casa no era el de Ben, sino el de un par de compañeros de Judith en cruzada contra el aborto que querían saber si Judith iría con ellos al paseo de Willowville para repartir octavillas. Sondra les explicó que Judith había prolongado su estancia en Florida una semana más, pero no les dio la información de que estaba en el hospital. Cuando el coche se alejó, fue como si el cartel que llevaban en el parachoques: EL ABORTO ES UN CRIMEN, hubiera sido enviado a la casa como una señal del cielo especialmente destinada a Sondra.

Personalmente, Sondra no compartía el horror sin paliativos que sentía su hijastra por el aborto. Ella había abortado la primera vez que Ben la había dejado embarazada, y aunque en aquel momento le dio a entender a Ben que lo hacía por él en contra de sus sentimientos más íntimos, lo cierto era que la perspectiva del embarazo y de montañas de pañales no la había atraído más que a él. Pero aquello había ocurrido en 1970, cuando ella estaba ansiosa por recuperar el tiempo que había perdido casándose con Henry nada más abandonar el instituto. En

1980 el tiempo había suavizado los recuerdos más dolorosos. No se trataba ya de los mareos matinales ni de las noches de cólico infantil que recordaba, sino del misterio y la alegría de haber creado otro ser humano de su propio cuerpo, un pequeño mamífero loco por mamar que haría gorgoritos y se desarrollaría lentamente hasta convertirse en una auténtica persona. Parecía, una vez más, valer la pena. Más aún, sentía un ardiente deseo por ser madre de nuevo, un ansia física por sentir su estómago llenándose con otro niño, por alimentarlo con sus pechos, por verlo andar a gatas por la enorme casa, manchar todos los muebles, pintar en las paredes y convertir la casa en un hogar de ese modo tan drástico que es privilegio y genio de los más pequeños. No le preocupaba cuál fuera su sexo, podía ser niño o niña; ella sólo quería un bebé, y si iba a tener uno tendría que ser en ese momento. Aún no era demasiado mayor, sólo tenía treinta y cuatro años, pero con cada nuevo año que dejaba pasar aumentaba el riesgo de padecer algún tipo de irregularidad.

Ben no compartía estos sentimientos. Él no tenía tan afectuosos recuerdos de la paternidad, y Sondra estaba segura de que querría que abortara. Probablemente habría disputas, y casi con toda seguridad supondría el fin del reciente resurgimiento de su vida sexual. Ben no había sido nunca un gran amante, desde luego nada parecido al agresivo gimnasta que había sido Henry; pero en los últimos meses, desde que había recuperado la moral, había avanzado realmente de principiante a un grado intermedio. Había llegado incluso a empezar a gustar de chuparle el sexo, y aunque era todavía un poco vacilante en sus maneras, en comparación con el pasado era una verdadera revolución sexual. Al principio ella había sospechado que estaba tomando drogas (se oían tantas cosas sobre la cocaína en los barrios residenciales), y luego había pensado que quizás el perro viejo había aprendido los trucos nuevos con una amante. Pero la explicación más sencilla era que estaba padeciendo la crisis de la mediana edad. Tenía cuarenta y cinco años, y según los artículos que Sondra había leído, ésa era la edad en la que los hombres sufrían con mayor frecuencia la crisis de la mediana edad y veían renovado su interés por el sexo. Fuera por la causa que fuese, ella estaba disfrutando de su efecto y no quería frenar su entusiasmo prematuramente.

Era un día hermoso y muy frío para mediados de verano; Sondra decidió dar un paseo. Desde los primeros días de su embarazo, incluso antes de que hubiera notado lo que estaba ocurriendo, se había sentido rebosante de energía física. Antes de que Judith se hubiera marchado a Florida para visitar a su madre y de que William hubiera empezado las clases en la escuela de verano, los había llevado a la piscina del club de campo casi todos los días, y cuando ya no tenía esa excusa para hacer ejercicio, ¡había empezado a hacer footing! Pero, cuando las pruebas demostraron que estaba embarazada, su médico le había advertido que lo dejara. En lugar de eso, y durante una hora cada mañana, cuando no había nadie más en la casa realizaba los ejercicios de distensión y respiración recomendados en el libro sobre el parto sin dolor que mantenía oculto entre las novelas encuadernadas en rústica que

apilaba de lado en la estantería de su habitación. (Ben no podía burlarse de los títulos si no los veía.) Cuando había tenido a William había querido un parto natural, pero le había dado pereza realizar los ejercicios, y al llegar el momento se había acobardado y había permitido que la anestesiaran. Se lo reprochaba a sí misma desde entonces. Era como volar por encima del Gran Cañón en pleno día y estar dormida. Pero ahora estaba resuelta a hacerlo de la manera correcta.

Willowville no era un paraíso para el paseante. Pocas casas tenían suaves aceras de cemento. La mayoría prefería caminos de grava o arenilla, y raramente había algo que mereciera la pena ver. La gente plantaba sus flores en los jardines de la parte de atrás, y en el césped de la parte delantera se veían tan sólo arbustos de siemprevivas y árboles que crecían sin cuidados. Caminó a lo largo de la calle Pillsbury hasta girar en dirección oeste por la calle Willowville. Luego siguió por Willowville hasta llegar a la casa de los Sheehy, una mansión solariega de estilo colonial con cuatro hectáreas de césped y los árboles más altos de la vecindad, siete enormes sauces que rodeaban la blanca casa revestida de madera como un tornasolado velo verdeobscuro. Sondra envidiaba a los Sheehy sus árboles, pero no la casa, que era espaciosa sólo desde el exterior. Por dentro era anticuada y parecía una caja con compartimentos, aunque, claro está, con tantos niños (los Sheehy tenían tres) era de gran utilidad tener una buena cantidad de dormitorios. Cuando naciera el bebé, Judith tendría que mudarse al piso de arriba y ocupar el dormitorio que había junto al de William para que el bebé pudiera estar en su cuarto, y entonces no habría habitación para los invitados. Ben se opondría, pero ¿acaso tenían invitados alguna vez? Sintió la tentación de acortar camino a través del terreno de los Sheehy para alcanzar su propio jardín trasero, pero reprimió el deseo y volvió por donde había venido. Se vio recompensada con el descubrimiento, a la sombra de uno de los bajos enebros que bordeaban el camino de grava frente al 1232, de un disco volador perdido. Llevaba impreso el nombre de la compañía para la que trabajaba el señor Sheehy, TECHNO-CONTROLS, y un lema en letras más pequeñas: «Diseñamos Máquinas con Alma». Obviamente, se trataba de un obsequio de promoción, y era igualmente obvio que pertenecía al chico de los Sheehy, que era algo más joven que William. Quizá debía llevar el disco volador a la casa de los Sheehy y dejarlo sobre el césped en un lugar bien visible, pero su peso en la mano, su ligereza y la promesa de un vuelo sin esfuerzo la volvieron reticente a devolverlo sin lanzarlo antes unas cuantas veces en su propio jardín. Llegó a casa con el disco en la mano justo cuando William guardaba la bicicleta en el garaje. «¡William!», llamó, y cuando él levantó la vista, sobresaltado, ella le lanzó el disco en un arco alto y suave que en su último instante de vuelo acabó en forma de gancho sobre la mano que él levantó para recibirlo.

-¡Eh, estupendo! -dijo- ¿TECHNO-CONTROLS? ¿Dónde lo has conseguido?

-Lo he encontrado entre unos arbustos. Creo que debe ser del chico de los Sheehy. ¿Quieres jugar con él un rato en el jardín?

William pareció hallar tanto placer como ella en lanzarlo una y otra vez. A medida que ganaban confianza se lanzaban el disco a mayores distancias, pero sin que ninguno de ellos tuviera que traspasar las invisibles lindes de su propio jardín trasero. Era maravilloso poder hacerle trazar tantas trayectorias de vuelo. Sondra no tenía ni idea de qué giro de muñeca o qué chasqueo de los dedos hacía que tomara una trayectoria en lugar de otra. Todo se hacía de manera inconsciente, pero con una extraña precisión. Uno casi llegaba a creer que el disco de plástico tenía una voluntad e inteligencia propias, como si fuera un tipo de pájaro perfeccionado hasta ese puro mínimo aeronáutico, un disco viviente que rozaba las ramas más bajas del arce, girando en dirección hacia el patio y cambiando luego su trayectoria para aterrizar sobre el césped segado con un silbido de decelaración similar al de una corriente de agua llegando al remanso de un lago. Hasta ese día ella sólo había jugado con un plato volador con Henry, y de eso hacía muchos años, en los tiempos en los que habían llevado a William, todavía en su cochecito de bebé, a Brosner Park. Ahora William era casi tan alto como entonces lo había sido su padre, y empezaba a ser tan atractivo como él. Pronto comenzaría a salir con chicas. Posiblemente se iría incluso a la universidad al año siguiente. De hecho, era su esperanza de entrar en la universidad en el otoño de 1981, tras sólo un año más en St. Tom, lo que le había llevado a tomar clases en la escuela de verano.

¿De dónde procedía semejante ambición a la edad de trece años? En ese aspecto era mucho más parecido a Ben que a Henry, pero incluso a Ben le asombraba el ahínco que demostraba el chico en los estudios. Deliberadamente había escogido el más aburrido de los cursos que ofrecía la escuela, educación cívica, porque quería terminarlo cuanto antes y, en apariencia, la profesora, Lilah Gerhart, era un auténtico hueso. Judith la había tenido ese último año y, una vez a la semana por lo menos, llegaba a casa furiosa por un nuevo acto de tiranía perpetrado por la señorita Gerhart. Pero por el momento William no había dicho ni una sola palabra en su contra. Se limitaba a memorizar todos los aburridos datos y cifras sobre el gobierno de la ciudad y el gobierno del estado (y, en serio, ¿había algo más aburrido que la educación cívica?), a redactar sus trabajos de cada evaluación y las reseñas de libros, y a comportarse en general como un prisionero decidido a rebajar el tiempo de condena por buen comportamiento. Ella hubiera deseado explicarle que no necesitaba ser tan «estricto». El instituto, aunque fuera uno como el St. Tom, podía resultar divertido si uno no lo confundía con el propósito de obtener una educación. Eso podía venir más tarde; mientras tanto, el chico debería aprender a lanzar con más gracia un disco volador. Un chico de trece años cuya madre tiene mejor puntería con un disco volador que él debería estar tomando clases de educación física, y no cívica.

Como confirmando esos pensamientos, el último lanzamiento de William se desvió completamente, y el disco acabó posándose grácilmente sobre el tejado del garaje. Ni subiéndose a una silla del jardín e intentando alcanzarlo con un rastrillo pudieron recogerlo.

-Lo siento -musitó William. A ella se le ocurrió que quizá su puntería no había sido tan errónea, sino de una gran exactitud. Quizá se había cansado de jugar pero no quería decirlo-. ¿Quieres que vaya a buscar la escalera?

-No, déjalo. Era divertido, pero estoy cansada. El médico dice que no debería hacer tanto ejercicio ahora que... -se contuvo, pero no a tiempo. William no era ningún estúpido.

-¿El médico? -entrecerró los ojos.

El embrión de la sospecha ya estaba en su mente. De nada le serviría mostrar candidez y, en cualquier caso, no podía mantenerlo en secreto por mucho tiempo.

-Estoy embarazada -explicó, asintiendo con la cabeza.

William sonrió y corrió por el césped hacia ella, la abrazó y la hizo girar en una pequeña e improvisada polca.

-¡Mamá, eso es maravilloso! ¿Cuándo lo tendrás?

-Entre el día de Acción de Gracias y la Navidad, probablemente.

-Es fantástico. ¿Puedes sentirlo ya dentro de ti? ¿Tienes ya un bulto o algo parecido?

-No, todavía no -replicó ella sonriendo-. Te lo haré saber tan pronto como lo tenga.

-¿No se lo has dicho a Judith todavía? Le encantará la noticia. Solía decirme que esperaba que tuvieras un bebé para saber lo que era tener una hermana. Decía que ya sabía todo lo que hay que saber sobre hermanos por mí.

-Hasta ahora, William, no se lo he dicho a nadie más que a ti, y o era mi intención hacerlo, se me ha escapado. Supongo que tendré que decírselo a Ben esta noche.

William frunció el ceño y a Sondra le resultó tan evidente lo que estaba pensando como si sus pensamientos hubieran estado impresos sobre las arrugas del entrecejo. Él comprendía sus temores y la razón por la que aún no había hablado con Ben. Lo besó en la frente.

-No te preocupes. Todo saldrá bien. Quizá Ben se muestre un poco malhumorado al principio. No lo habíamos planeado, pero es, ¿cómo era aquella vieja expresión?, una bendición del cielo. Todo bebé es un milagro, pero seguramente a una mujer le resulta más fácil aceptar la idea del milagro. Para un hombre probablemente es como cuando el ángel bajó para anunciarle a José lo que se preparaba. Sigue siendo un milagro, pero se necesita un tiempo para asimilarlo. Sonaba bien. Esperaba que fuera cierto.

43

Cuando Ben se fue por fin a acostar a la diez y media, después de ver las noticias locales en el Canal 11, Sondra estaba allí, tumbada sobre la cama y escuchando una cinta en su walkman. Tenía los ojos cerrados y los arreglados dedos de los pies se movían al ritmo de la música. Ben se quedó en el umbral de la puerta, sonriendo y tratando de imaginar por el ritmo de sus pies qué estaba escuchando. No era nunca música clásica, en ese sentido mostraba un esnobismo a la

inversa; pero tampoco era rock, porque sus dedos se movían con demasiada lentitud. Probablemente era su cinta de Zampir. Le encantaba el sonido de zamponas cuando sentía despertar su apetito sexual. Y también a él, por cierto. El problema era que él no sentía el más mínimo deseo sexual, y menos después del día que había pasado, aunque con un pequeño estímulo podía llegar a animarse. En los últimos tiempos se había sumido en un estado de incontenible apetito sexual. Algo le había ocurrido a su nivel de testosterona. El sentimiento, además, era mutuo: Sondra parecía una perra en celo. ¿Las feromonas quizá? ¿Sería algo tan sencillo?

Sondra abrió los ojos, apagó el walkman y sonrió.

-Precisamente estaba pensando en ti.

-Yo también.

-Parecías inquieto cuando has llegado a casa. ¿Ha ocurrido algo en la oficina?

-Varias cosas. Siempre llueve sobre mojado. Finalmente he conseguido hablar con el médico que atiende a Judith en el hospital de St. Augustine, y ha sido como hablar con la pared. Según él, Judith tendrá que permanecer dos semanas más en el hospital, como mínimo. Cuando le he preguntado qué tratamiento está recibiendo, se ha ido por las ramas, y cuando he empezado a preguntarle sobre su relación financiera con el hospital, se ha producido una urgencia súbitamente. Luego me ha llamado Rhoda. Quería saber si recordaba qué día era.

-¿Y qué día es?

-El de nuestro aniversario.

-¿El vuestro?

-Al parecer ella aún sigue celebrándolo. Es la fuente de su pensión mensual, después de todo. Se ha recreado en ello.

-¿En vuestro aniversario?

-En tener a Judith bajo su puño. Probablemente tendré que ir yo mismo hasta allí y contratar a un abogado para que arranque a Judith de esa casa de locos con una cruz azul.

-Espero que no sea tan malo como eso. Quiero decir que todos los médicos son un poco codiciosos, si no, no serían médicos; pero eso no significa que el hospital sea una casa de locos.

-Aún hay más. Después de la llamada de Rhoda, he conseguido finalmente contactar con ATA. Han «declinado» financiar la investigación sobre las manchas en la piel que redacté la primavera pasada. Kearns no estaba en la reunión cuando tomaron la decisión, y cuando les he preguntado por qué no, no he conseguido que nadie me diera una respuesta directa. Así que he llamado a su casa y, ¿sabes lo que he averiguado? Se ha ido a la Clínica Mayo para hacerse una revisión general. ¡Una revisión general! Nadie cruza medio país por una «revisión general». Cualquiera que vaya a la Mayo tiene una buena razón.

-Bueno, siento que no aprobaran tu proyecto, pero tú mismo dijiste que probablemente no tenía demasiadas posibilidades. Ya tendrás otras ideas, siempre las tienes. Pero lamento lo del señor Kearns. En las pocas ocasiones que lo he tratado siempre me ha parecido la persona

más agradable de ATA, el único verdadero ser humano. ¿Cuál crees que es el problema?

-Supongo que cáncer.

-¡Oh, no! Espero que no. ¿Por qué pensar enseguida en lo peor?

-Porque todas las personas con las que he hablado en ATA se han mostrado esquivas cuando les he preguntado por él. Parecían preocupados, ¿y cuál supones que es la principal preocupación en ATA? Todos los miembros de la junta directiva se acercan a los sesenta, todos son fumadores empedernidos y conocen el riesgo.

-¿De contraer un cáncer de pulmón, quieres decir?

-No estoy hablando de la gripe asiática, cariño.

-Suena irónico, desde luego, pero espero que estés equivocado con respecto al señor Kearns. A su edad puede enfermar de muchas otras cosas. En fin, ¿son ésas todas las malas noticias?

-¿No es suficiente?

-Porque si lo son, yo tengo buenas noticias. -Se incorporó en la cama apoyando la espalda contra la cabecera-. He dejado de fumar.

-¡Lo has dejado! ¿Desde cuándo?

-Ya hace más de un mes. No te lo había dicho antes porque quería estar segura de que realmente lo iba a dejar.

-¿Más de un mes? ¡Cariño, eso es fantástico! Felicidades. Cuéntame el secreto.

Ella sonrió de un modo extraño, bajando la vista a las manos, que descansaban sobre el estómago, enlazadas como si acunaran a algún animal invisible. Y cuando, tras una larga pausa, habló, pareció dirigirse a ese animal y no a Ben.

-Estoy embarazada.

«Jesús», pensó él, cerrando los ojos y desplomándose sobre el dintel de la puerta, admitiendo la derrota aun antes de que se iniciara la batalla. Por el tono de su voz, él ya sabía que no se sometería a discusiones ni sobornos. Quería tener el bebé. El embarazo había hecho saltar algún resorte bioquímico de su sistema endocrino, en alguna glándula que probablemente no sería más grande que un guisante, y el resultado era un deseo esclavizado por las necesidades del feto que llevaba en su interior. Una fe tan ferviente y fanática como la de cualquier musulmán shiíta.

-Felicidades -replicó con sequedad.

-Sabía que tu primera reacción sería de consternación, también a mí me ocurrió. Cuesta un poco asimilar la idea.

El se mostró de acuerdo con una débil sonrisa, pensando en que se podría decir lo mismo del anzuelo que se clava en la boca de un pez. Quizás, al igual que en el caso del pez, consiguiera llegar a alcanzar su estado de ánimo con mayor rapidez si había lucha, si le reprochaba su descuido o su engaño (ya que se suponía que estaba tomando la píldora), si había imprecaciones y lágrimas y el bálsamo de un abrazo de reconciliación al final.

-No ha sido premeditado. No te había dicho que había dejado de tomar la píldora porque hubiera dado la impresión de que me estaba quejando de nuestra vida sexual. Y cuando de repente empezó a revivir,

volví a tomarla pero ya era demasiado tarde. Debió ocurrir en la primera ocasión, aquella mañana, ¿recuerdas?, la mañana después del cumpleaños de William.

-Lo recuerdo -asintió él.

-No quiero abortar, esta vez no. Quiero este niño y no hay razón alguna para que no lo tengamos. Desde luego no es problema de dinero. Comparados con la mayoría de la gente, somos ricos.

-Sondra, yo no he pronunciado la palabra «aborto». Estás discutiendo contigo misma.

-Era la palabra en que estabas pensando.

-No, estaba recordando a Judith cuando era pequeña. Era una llorona. Durante unos seis meses no paró de llorar. Luego se moderó y paso a emitir un quejido, y estuvo quejándose hasta los cuatro años.

Sondra rió, pues así era exactamente como hubiera imaginado a Judith como bebé.

-Bueno, quizás éste se parezca a William -dijo calmosamente-. William fue un bebé encantador, del tipo que las otras mujeres envidian. A los ocho meses ya tenía dos dientes y trepaba por las escaleras. Y qué inteligencia brillaba en sus ojos, incluso a esa edad; era como una lámpara que no se apagaba nunca. Tenía sólo dos años cuando dejé a Henry, dos años y cinco meses, y ya empezaba a formar frases.

-No tienes que recordarme eso, Sondra.

-Fui una extraña para él durante los años en que los niños son más hermosos, cuando una madre puede suponer una gran influencia en el tipo de persona en que se convertirá el niño. Madge Obstschmecker fue más la madre de William que yo, y como resultado él la quiere de un modo más profundo. Quizá no más profundo, sino diferente. No le culpo por ello, seguramente no puede evitarlo. Pero quiero tener un niño que sea mío por completo. Soy como la palabra que se utiliza en la iglesia, un receptáculo. Hay un vacío en mí que debe ser llenado. Los hombres no tienen ese sentimiento, ¿no?

Ben se encogió de hombros. No quería verse arrastrado hacia una discusión sobre las alegrías y maravillas de la procreación.

-También yo me siento vacío bastante a menudo, no es un sentimiento específico de un sexo, pero no puedo abrigar la misma esperanza literal de llenar esa vaciedad con un embrión. Sin duda ésa es una prerrogativa femenina.

No importaba que Ben se negara a sostener una discusión. Sondra había previsto toda posible objeción que él pudiera plantear y estaba determinada a rebatirlas tanto si él las expresaba en voz alta como si no.

-No es como si lleváramos un estilo de vida en el que otro niño supusiera un verdadero inconveniente para nosotros. Yo me paso la vida en casa y no siento deseos de tener una «carrera». No salimos mucho. Judith se gradúa el año que viene y se irá a la universidad, y también podría irse William si aprueba ese programa acelerado de estudios.

-¿Más vacíos que llenar?

-No, de hecho William probablemente andará más por casa cuando este estudiando en la universidad, pero ambos serán adultos antes de que nos demos cuenta. Nosotros seremos menos importantes para ellos. Es como… un retiro anticipado.

-Sondra, estás discutiendo tú sola.

-Oh, eres muy tolerante y comprensivo y te lo agradezco, pero quiero que quieras el niño. Quiero que la idea de tenerlo te haga sentirte bien.

-Cuando llegue el momento, cuando pueda verlo, tocarlo y hablar con él, probablemente me convertiré en un padre chocho. Sólo soy un ser humano.

Sondra sonrió. El manto de la maternidad satisfecha de sí misma la había envuelto ya como un caparazón. Todo en la creación parecía cálido y confortable, y en el centro de ese calor y esa comodidad estaba ella misma. Centrada en ella misma, el sol que generaba todo ese resplandor, estaba la semilla de la vida en sus entrañas.

-¿Y qué hay de malo en que seas un ser humano? -preguntó, deslizándose a un lado en la cama, invitándolo a unirse a ella-. No me había dado cuenta antes, pero creo que te hace parecer atractivo.

Él se rindió al mero poder biológico del acontecimiento. Siempre había admirado al salmón que subía de un salto de agua a otro, frenético por depositar las huevas. ¿Por qué tendría que ser él diferente?

-Espero que sea una niña -le comunicó a ella, sabiendo que era eso lo que ella estaba esperando oír-, y que sea como tú.

44

Icksy la bruja estaba sentada en medio del claro en la niebla al que había llegado William en su sueño. Era una voluminosa mujer negra, con un vestido de rojo algodón. No la reconoció de inmediato, sino que creyó que se trataba de la madre de Jimmy Deeters, a quien había visto tan sólo un rato antes en las noticias de la noche, cuando había acusado a la policía de matar a su hijo. («Y probablemente la mujer lleva toda la razón, ¿sabes? -había comentado Ben con su tono de voz a lo John Chancellor-. No es que a ese pequeño bastardo le vaya a echar de menos nadie aparte de su madre, por lo que cuentan de él. Ese chico era carne de presidio.» A lo que William había murmurado un prudente «Mmmm», no queriendo verse envuelto en una discusión. Había sentido un gran alivio cuando al breve informe sobre la misteriosa muerte de Jimmy Deeters le habían seguido las últimas noticias sobre los rehenes en Irán.)

Icksy estaba sentada allí, meciéndose con aflicción, y exclamando el nombre de su hijo en un tono a veces de lamento, a veces de acusación, temblorosa. El nombre que gritaba no era «Jimmy», sino «Reinhardt», y por el nombre supo que era Icksy y no la señora Deeters. Por eso y por el color de su vestido, el mismo rojo chillón que el del bolo que largo tiempo atrás había triunfado sobre Dundor. Había visto a su

hijo Reinhardt ceñir la corona del rey decapitado y reinar sobre el reino de Wyomia. ¿Por qué se lamentaba entonces?

Como si hubiera expresado tal pregunta en voz alta, Icksy levanto la vista y clavó los ojos en él, ojos brillantes por las lágrimas, negros de malevolencia.

-¡Por qué me lamento! ¿Te atreves a preguntármelo... tú, su asesino?

-¿Yo? ¡Nunca! -protestó William.

-¡Oh no, tú nunca! -La risa de la mujer fue como el graznido de su cuervo Karn-. ¿Y el tren? ¿El tren que fue destruido unos días después de Navidad? Supongo que tampoco harías eso. No, un inocente chico como Billy Michaels... Y el proceso y decapitación de Dundor no fueron cosa tuya, estoy convencida. Y su pueblo esclavizado y forzado a adorar falsos dioses, ¡tú no tuviste nada que ver!

-Eran tus enemigos -volvió a protestar-. Lo hice por ti, para que tu hijo pudiera ser rey.

-Algún día, Billy Michaels -profetizó obscuramente-, algún día tu pueblo honrará a aquel rey y convertirán el día de su nacimiento en su festividad. Y se revelará el nombre de su asesino, y una nación se lamentará y no será consolada. Algún día tu propia madre llevará un hijo en sus entrañas y ese hijo no tendrá nombre. Y algún día, William Michaels, fíjate en mis palabras, algún día te pondrán en la balanza y juzgarán tus crímenes y se dará a conocer tu culpa. El nombre de tu juez es...

-¡Basta!

Era la voz de Mercurio.

William se dio la vuelta para encontrar al dios justo detrás de él. Tenía la mano derecha levantada sobre Icksy, y en ella llevaba el caduceo con sus serpientes enroscadas, que siseaban sin palabras la confirmación de la orden del dios.

-¡Hablaré! Haré público el nombre del malvado y me regocijaré con la gloria de su acusador.

-He dicho que debes callar. Pues no eres más que un trozo de madera pintada, un bolo, un juguete infantil.

El dios sólo tuvo que dar un paso hacia delante para que fuera cierto.

Sobre la piedra en la que ella estaba sentada no había más que el bolo rojo que William había utilizado en sus juegos infantiles de mentirijillas. Mercurio lo tomó y se lo lanzó a William sin levantar la mano. Éste lo recogió y se lo metió en el bolsillo.

-Me alegro de verte -afirmó William con vehemencia-. Quería preguntarte unas cuantas cosas.

Mercurio parecía divertirse.

-¿Crees que la curiosidad es uno de los encantos de la juventud? Por el contrario, William, es lo que los jóvenes no saben; y no pueden imaginar cuanto seduce a sus mayores. Pero haz tus preguntas. Tres es el número acostumbrado. Luego bajaremos a mi sala de operaciones para unas clases prácticas.

-Iba a preguntarte por qué vienes a verme en ciertos momentos y no en otros, pero si sólo dispongo de tres preguntas...

-Menudo regateador estás hecho. Muy bien, esa respuesta no contará para las tres. Te visito como un jardinero podría visitar el jardín que ha plantado, para observar tu crecimiento y favorecerlo. Algunas veces llego y descubro que no estás disponible. La semana pasada, por ejemplo, me dejé caer y hallé tu espíritu cerrado a mi acercamiento. «¿Qué es esto? -me pregunté a mí mismo-. ¿Tan pronto ha dejado de creer en mí? ¿Ha sido capaz de desechar todos los recuerdos que yo he revivido en él? ¿Acaso puede sostener el caduceo en sus manos, sentir su poder y negar su origen?»

William estaba avergonzado. Había esperado que su crisis de fe pudiera pasar desapercibida para el dios. Se sintió obligado a ofrecer una explicación, a pesar de que Mercurio parecía comprenderlo, en muchos aspectos, mejor de lo que él se comprendía a sí mismo.

-En realidad nunca he dejado de creer en ti. Dudaba de ti.

-Una sutil distinción.

-¿Qué prueba física tenía? Un palo con un pájaro muerto. Sacaba esa cosa de la caja de cómics donde la había escondido, y parecía tan tonto e infantil creer que podía hacer todas las cosas que yo parecía recordar que hacía, como creer en las historias de los libros de cómics. Recordaba que vibraba con una especie de energía invisible, pero ya no lo hacía. Por supuesto, estaba lo de Ned y la abuela Obstschmecker, que se quedó calva, y todo lo demás; pero esas cosas podían haber ocurrido de forma natural.

-Los dioses del Olimpo nunca han realizado milagros abiertamente -contestó Mercurio, obsequiando a William con una desdeñosa mirada-. Cuando visitamos a los mortales asumimos formas familiares. Las flechas con las que Apolo masacró a los hijos de Niobe tomaron la forma, para la comprensión humana, de una plaga. Todo esto es aburrido... Haz tus preguntas.

-De acuerdo. ¿Por qué no había poder alguno en el caduceo? ¿Por qué no tuvo ningún efecto la maldición que puse en el encendedor de Turnage?

-Esas son dos preguntas. La respuesta a la primera es que sencillamente, habías secado el poder del caduceo exigiéndole demasiado. Buena salud sin reservas para cinco personas..., ¿tienes idea de lo que eso cuesta en términos de una reacción equivalente y opuesta? Evidentemente no. Costará más que la muerte de un Jimmy Deeters pagar esa factura médica. Tu saldo deudor es excesivo. Mientras tanto, como en cualquier otra deuda, el interés se acumula. Existe incluso la posibilidad de que, si la deuda no se paga en un intervalo de tiempo razonable, puedas perder por completo tus privilegios crediticios, por así decirlo.

-Te refieres... -empezó William, y luego, al darse cuenta de que eso constituiría una tercera pregunta, se detuvo, puesto que estaba perfectamente claro lo que Mercurio quería decir. Si William no ideaba nuevos daños con el caduceo, dejaría de funcionar para lo bueno y para lo malo.

-¿Sí? ¿Ibas a preguntar?

-Comprendo a qué te refieres.

-En cuanto a la segunda pregunta, muchas cosas pueden justificar que la maldición sobre el encendedor no tuviera efecto. El cáncer es como los bulbos que plantan los jardineros en el otoño: pueden permanecer latentes muchos meses antes de que surjan las primeras hojas de la tierra deshelada. O quizá Turnage no ha utilizado el encendedor desde que se puso la maldición en él. Tal vez está todavía en el bolsillo del traje que llevaba aquella noche y el traje está quizá colgado desde entonces en el fondo de su armario. O quizás el encendedor se ha quedado sin piedra y no la ha reemplazado.

William se sintió estafado. El mismo había pensado ya en esas posibilidades.

-¿Tu tercera pregunta?

-Mi madre está embarazada.

-Soy consciente de ello.

-Quiero que el bebé sea saludable.

-Lógicamente.

-¿Puedo hacerlo mientras está aún... dentro de ella?

-Sí, cuando el caduceo haya recuperado su poder por completo. Y dentro de los límites de la constitución del minúsculo ser.

-¿Qué quieres decir con eso?

-En realidad ésa es otra pregunta, pero está bien claro lo que quiero decir. Me refiero a que el acontecimiento primigenio que determina la estructura de un embrión humano está más allá del poder del caduceo y éste no puede alterarlo ni corregirlo. En ese sentido, incluso los dioses deben ser fatalistas. Lo que será, será.

-¿Estás diciendo que ya ha ocurrido algo malo?

-Sólo estoy declarando los límites del poder del caduceo. Los cromosomas se entrelazan juntos según determina el hado. De lo contrario, los hombres se hubieran convertido en dioses largo tiempo atrás, pues cualquiera que poseyera tal poder se aseguraría de que sus descendientes y los descendientes de sus descendientes fueran dechados genéticos. Hasta el mismo gran Júpiter tuvo un hijo tullido. Bien, vamos, la campana toca y hay algo que debes ver para que creas.

Mercurio sonrió con una sonrisa de astucia, como si hubiera dicho a algo trascendente, pero de una obscura trascendencia que sólo él pudiera apreciar. Entonces apartó a un lado la piedra sobre la que había estado sentada Icksy, para revelar una escalera toscamente tallada que descendía al interior de la tierra.

-Por aquí -ordenó a William-, y ten cuidado, estas escaleras pueden ser resbaladizas.

A medida que bajaban los escalones, el luminiscente cuerpo del dios arrojaba una pálida luz sobre los curvados muros de piedra. William agudizó el oído para captar la campana de la que Mercurio había hablado, pero el único sonido que pudo oír fue un amortiguado golpeteo de tambor que parecía proceder de las profundidades. Era el latido, comprendió de repente, de su propio corazón.

-¡Ecco! -dijo Mercurio, al llegar al lugar donde la escalera se abría a una cámara abovedada.

Los ecos de la palabra latina pasaron rozando la obscuridad como murciélagos. Y allí, justo delante de él, sobre una elevada lápida de pulida piedra blanca, estaba el objeto que a William se le había ordenado mirar: el cadáver de un hombre joven bien proporcionado, con la boca desdentada abierta mostrando las encías ensangrentadas y las cuencas oculares vacías, rellenas de blandas bolas de algodón. Sobre una carretilla de acero inoxidable junto a la lápida de piedra se había dispuesto una bandeja con instrumentos quirúrgicos. Tras una ojeada al cuerpo desnudo sobre la piedra, William tuvo que apartar la vista.

-Vamos, vamos -lo reprendió Mercurio-. Los médicos tienen que estar hechos de un material más duro. ¿Te asusta tu primer cadáver? No llegarás muy lejos en la facultad de medicina a este paso. -Levantó una mano del cadáver y la dejó caer blandamente sobre la piedra-. ¿Lo ves?, es completamente inofensivo. Aunque deberías llevar guantes como precaución. Hay un par ahí, sobre el carrito.

Con reticencia, William se puso los guantes quirúrgicos. Estaban hechos de un espeso plástico traslúcido, y le costó un buen rato conseguir que los dedos encajaran en su lugar.

-¿Por qué no empezamos por explorar la cavidad abdominal? Una correcta incisión paramedial debería bastar. Empieza por aquí.

Puso el dedo justo bajo la costilla más baja del cadáver. William situó el escalpelo en el punto indicado, pero no consiguió animarse a ejercer la más mínima presión sobre la carne muerta. Mercurio le golpeó el dorso de la mano y la carne se separó. No salió sangre. El tejido bajo la piel era de un pálido gris rosáceo.

-Continúa -le ordenó Mercurio-. Aproximadamente hasta aquí.

Tocó el pubis del cadáver, justo por encima del pene, donde el vello púbico había sido afeitado y sólo quedaba un débil rastro que había crecido durante el tiempo pasado, desde que se había preparado el cadáver para la disección.

William continuó la incisión tratando de mostrar un interés inteligente y desapasionado por el procedimiento. Mercurio lo ayudó llamando la atención sobre las diversas características reveladas por la abertura de la cavidad abdominal.

-Nota las finas adherencias sobre el colon ascendente y la dilatación del intestino. Parece también que hay gas dentro del colon transversal, y en el área sigmoide del colon.

A medida que se extendía la incisión, los tejidos dérmicos parecían separarse por voluntad propia, como si se tratara de una maleta demasiado llena que se hubiera abierto de repente. Las vísceras empezaron a deslizarse libremente fuera de la cavidad abdominal y se esparcieron por la piedra.

William devolvió el escalpelo a la carretilla.

-Lo siento, no puedo seguir.

-Tonterías, lo estás haciendo muy bien. Sólo unos centímetros más y la incisión estará terminada.

William se obligó a sí mismo a volver a mirar al cadáver y vio que el pene se le había puesto erecto. Un fluido espeso, grumoso y blanco manaba desde la uretra en chorros irregulares. El sobresalto inicial de horror dio rápidamente paso a una intensa y morbosa fascinación. Mientras, el líquido que seguía manando acabó por adquirir el color y la consistencia del requesón.

-Jesús! -susurró William-, ¿qué es esto?

Mercurio rió.

-Esa pregunta, amigo mío, tendrás que contestarla tú mismo.

45

-¿William? ¿William, estás ahí?

William se despertó sobresaltado. La habitación estaba a obscuras, el teléfono sonaba y su madre estaba llamando a la puerta.

-William, ¿quieres hacer el favor de contestar tu teléfono? Hace siglos que está sonando.

-Ya lo tengo -exclamó, y cogió el auricular.

-Gracias -replicó Sondra-. ¿Y podrías indicarle a tu amigo, sea quien sea, que es casi la una de la madrugada?

-Tengo una conferencia a cobro revertido -anunció una operadora con extraño acento, para William Michaels de Winky Meyer. Pronunció el nombre con una precisión que denotaba desagrado. ¿Acepta la llamada?

-¡Uh!

El auricular estaba cubierto de una especie de líquido viscoso. William lo pasó a la mano izquierda y restregó la mano derecha contra las sábanas. Al hacerlo se dio cuenta de que el líquido no procedía del auricular, sino que estaba en su mano cuando había contestado al teléfono.

-Un segundo, operadora.

Utilizó una esquina de la sábana para limpiarse ambas manos, y luego limpió también el auricular, pero seguía estando pegajoso cuando volvió a cogerlo.

-¿Está usted ahí, señor Michaels? -inquirió la operadora.

-Sí, operadora. Acepto la llamada.

-Hable, señorita Meyer.

-¿William?

Era Judith. ¿Por qué había pensado que podía ser Ben? Porque la operadora había dicho que era Winky Meyer. Aún estaba medio dormido, pero notaba que el sueño iba desapareciendo y había cosas que le habían dicho en el sueño que debía recordar. Y no sólo era su mano, también el pijama estaba hecho un asco. Cayó en la cuenta de que había tenido una polución nocturna, la primera de su vida, y de que el líquido viscoso que manchaba el auricular y el pijama era esperma, el primer auténtico esperma que había expulsado a pesar de que había estado masturbándose sistemáticamente desde hacía más de un año. Pero el sueño no había sido lo que se suponía que debía ser para producir una polución nocturna, no trataba en absoluto de sexo.

Y ahora Judith estaba al teléfono.

-¿Judith?

-Lo siento, ¿te he despertado? Es una hora más temprano aquí, y he pensado que podrías estar aún levantado.

-¿Ocurre algo malo? ¿Dónde estás?

-Estoy en la estación de Greyhound de Miami, pero no se lo digas a papá, al menos hasta dentro de media hora. Para entonces ya estaré en el autobús. Vuelvo a casa.

-Pero Ben ha hablado con tu médico hoy mismo. Ha dicho que tendrías que quedarte en el hospital otras dos semanas.

-He abandonado el hospital justo después de comer. Mi madre siempre viene por la tarde, y no podía soportar la idea de tener que aguantar otra de sus visitas. No hace más que quejarse de su salud. Yo soy la que está en el hospital, aunque en realidad se trata más bien de una institución mental, pero ella se pasa todo el tiempo lamentándose de su salud y de no tener dinero para su propia sauna. Siempre había sido así, pero ahora es peor. Fue una verdadera estupidez venir aquí.

-¡Pero, Judith!

-No te enfades y no te preocupes, estoy perfectamente bien. Nunca me he encontrado mejor. Ésa es una de las razones por las que tenía que llamarte. No podía llamarte desde el hospital porque allí no tenía la menor intimidad. ¡Y la comida...! Era exactamente como describe todo el mundo la comida de hospital: malsana. Me moría de hambre, pero aun así, cuando llegaba la comida y veía los pequeños trozos de carne flotando en una salsa fría y pegajosa, me ponía a llorar, ¡de hambre! Y la comida en casa de mi madre era casi igual de mala, a su manera; porquerías cocinadas el microondas, con la misma salsa asquerosa, sólo que hirviendo. ¡Y además, esas interminables tarrinas de helados! Rhoda se las come enteras mientras mira los concursos de la tele. ¿Y el desayuno? El desayuno consistía en cereales inundados de azúcar y croissants. Cualquiera se hubiera vuelto bulímico después de estar una semana con ella. Quiero decir que Burger King parecería un balneario, en comparación. Creo que inconscientemente vine aquí por ese motivo: porque sabía que me pondría enferma. Pero ya no estoy enferma, en realidad no. Me hacía vomitar a mí misma. ¿Te acuerdas de aquella noche, cuando me curaste? ¡Lo hiciste de verdad! Pero yo me negué a aceptar el hecho. -Se detuvo para tomar aliento y añadió-: Debo parecer histérica.

-Pareces nerviosa -admitió William.

-¿Sabes cuál era?

-¿Cuál era el qué?

-El problema, la anorexia. Era justo lo que todos los libros sobre anorexia dicen que es: el sexo. Me negaba a aceptar la idea de que me estaba convirtiendo en una mujer, que iba a tener pechos y novios y todo lo demás. No quería tener un cuerpo de mujer. Y me dejaba morir de hambre para evitarlo.

-Judith, ¿no habrás estado bebiendo, verdad?

-¿Doy esa impresión? -replicó ella riendo-. ¿Parezco bebida? Quizá lo esté, pero no de alcohol. Estoy borracha de películas. Eso es lo que

estado haciendo hoy. Cuando he salido del hospital he cogido el autobús para ir al centro de la ciudad, pero aún no tenía ni idea de qué iba a hacer, así que me he ido a ver Romeo y Julieta. Oh, William, ¡es tan bonita! No sólo bonita, sino..., no sé, no puedo describirlo. Apenas quince minutos después de empezar la película ya estaba llorando, y no he parado de llorar hasta que se ha terminado. Y luego me he quedado a verla otra vez y ha sido igual, no he podido dejar de llorar. Me ha hecho darme cuenta de que no conozco mis propios sentimientos. En cualquier caso eran ya las siete y estaba hambrienta, así que me he metido en el restaurante más cercano al cine, que era cubano, pero no de baja categoría, aunque a mi madre le entra el pánico en cuanto ve una palabra de español por algún lado, no comprendo por qué vive aquí. Los empleados del restaurante iban todos muy bien vestidos, y he pedido lo primero que he visto en el menú que había sobre la pared, que era arroz con pollo, lo que ha resultado ser medio pollo hervido con una gran cantidad de alubias y arroz, y mientras engullía todo eso no dejaba de recordar las escenas e la película y empezaba a llorar de nuevo sobre mis alubias y mi arroz, y al mismo tiempo he disfrutado de la comida como de ninguna otra, estoy segura de que el camarero ha debido pensar que estaba loca. Probablemente tú también crees que estoy loca.

-No, pero da la impresión de que debe ser una gran película.

-¡Oh, William, lo es! Tan pronto como llegue quiero llevarte a verla, si todavía la dan en algún cine. Nunca comprendí a qué se debía tanto entusiasmo por Shakespeare. Cuando tuvimos que leer Julio César, e incluso cuando nos pasaron la película, era como si me hubieran llevado a un museo a ver estatuas viejas y estropeadas. No sé, quizá me estoy haciendo mayor. Quizá debería volver al museo y mirar las estatuas de nuevo.

Por un instante, William pensó que tal vez podría contener el torrente verbal de Judith hablándole de la estatua de «Misisipi-Padre de las Aguas» que había visto en el Palacio de Justicia y la impresión similar, aunque menos duradera, que había provocado en él; pero en realidad estaba más interesado en escuchar la charla de Judith que en tratar de apaciguarla.

-Entonces, ¿qué ha ocurrido luego? -apuntó.

-Luego he ido a ver otra película, aunque al principio había pensado en llamar al hospital y explicarles que mi madre me había sacado para ir a cenar y que pasaría la noche en su casa. En realidad el hospital tiene una disciplina muy flexible, mientras pagues la habitación estás en ella tanto si estás como si no. Y luego he llamado a mi madre, que no estaba en casa, como de costumbre. Siempre está en algún bar bebiendo, así que le he dejado un mensaje en el contestador diciendo que tenía dolor de cabeza y que no me llamara hasta bien entrada la mañana. Después me he ido a ver Grease. ¿Has visto Grease?

-¿Es otra película? -Sabía que lo era, pero resultaba más fácil hacerle preguntas que sugirieran ya la respuesta que estropear su historia explicándole que había visto los últimos quince minutos de

Grease en un cine de sesión doble, pero que luego no se había quedado a ver el comienzo.

-William, ¿en qué siglo vives? Creía que todo el mundo en St. Tom excepto yo había visto Grease. Es una comedia musical con John Travolta y Olivia Newton-John. ¡Los dos son tan maravillosos! ¡Pero entonces he empezado a llorar otra vez! Era como si fuera la misma película de antes, pero con todos los protagonistas vestidos de diferente manera y cantando hermosas canciones, canciones de rock & roll, que normalmente no me entusiasman, ¡pero esta noche por primera vez en mi vida las he comprendido!

William se hallaba ya completamente fuera de su propio sueño, pero era como si se hubiera metido en el de Judith. Lo que estaba diciendo era tan tópico que costaba trabajo tomarla en serio.

-No creía que el rock & roll se considerara difícil de comprender.

-No, por supuesto que no. No para cualquiera excepto Olivia Newton-John y yo. ¡Dios mío, me he sentido tan identificada!

-Judith, estoy seguro de que Grease es una obra maestra incomprendida y cuando la pasen en una sesión doble con Romeo y Julieta podremos ir a verlas juntos y comparar criterios, pero sigo sin comprender qué estás en la estación de autobuses Greyhound.

-No tenía bastante dinero en efectivo para un billete de avión, a menos que me pusiera en la lista de espera. Y además, he pensado que si mi madre descubre que no estoy en el hospital hará que comprueben los aeropuertos, pero no la estación de autobuses. ¿A quién se le ocurriría coger un autobús desde Florida hasta Minneapolis? -A nadie. Y quizá tú tampoco debieras hacerlo. -Oh, supongo que debería haberte contado esa parte desde un principio. La cuestión es que mi madre y ese médico, con quien creo que debe haber tenido un romance en un momento dado, me mantienen aquí como una especie de rehén. ¿No es horrible? Como esos pobres cautivos en Irán. El caso es que cuando llegué aquí estaba decidida a no dejar que mi anorexia se curara. Cuando me tocaste aquella noche y me dijiste que estaba curada me puse muy nerviosa y enfadada. Pero de forma gradual empecé a sentirme diferente con respecto a la comida. Quería comer, y además todo tipo de cosas que antes no hubiera querido siquiera tocar. ¡Hamburguesas! ¡Un día fui a un Burger King y me comí una gigante! ¡Y me gustó! Y no vomité después. Pero no quería rendirme. Así que cuando mi madre me telefoneó para sugerirme que le hiciera una visita, me pareció la excusa perfecta. Quiero decir, realmente odio la comida de mi madre, lo cual es un clásico síndrome de anorexia; pero tenía tanta hambre que comía lo mismo que ella y aunque me ponía literalmente enferma, no hubiera vomitado después de cada comida si no me lo hubiera provocado. Ésta es la siguiente etapa de la mayoría de anoréxicos, la bulimia. Así que mi madre me llevó a ese siniestro médico que es amigo suyo y él me encarceló en esa espantosa clínica. Estaba en un atolladero. Ó bien admitía que no me ocurría nada malo, y era demasiado obstinada aún para hacerlo, o me quedaba en la clínica y tenía que comer su asquerosa comida. Mientras tanto a mi madre se le hacía la boca agua pensando que podría retenerme como rehén en

Florida y conseguir quién sabe cuánto dinero como pensión alimenticia para mí.

-Así que te has levantado de la cama y te has marchado del hospital.

-Exactamente. Hoy mismo. Sí.

-¡Bien por ti!

-No se como hiciste aquello, William, pero te estoy muy agradecida.

-Eh, escucha, lo hiciste tú.

-Suena estúpido que nos pusiéramos a discutir por eso. ¿Qué tal te va la escuela de verano?

-Es terrible. Tenías razón sobre la vieja Lilah Gearheart*. Es una lunática. Pero creo que la educación cívica sería un tostón aunque la enseñara Joan Rivers. La constitución del estado de Minnesota es aburrida por sí misma. También la clase de alemán es aburrida, pero sólo porque tengo que estar memorizando nuevo vocabulario continuamente.

-Llegarás a ser el más trabajador de los adictos al trabajo del mundo.

-Oh, no todo es hincar los codos. Hoy mamá y yo hemos tenido un agotador entrenamiento con un disco volador que se había encontrado bajo los arbustos de alguien... Y después de manifestar mi cansancio lanzando el disco volador al techo del garaje, ella me ha contado que va a tener un niño antes de Navidad.

-¡Qué maravilla! Dile lo emocionada que me siento por ella. Pero no se lo digas hasta mañana por la mañana. William, están anunciando la salida del autobús a Nashville, tengo que irme.

-¿Nashville?

-Allí es donde tengo que hacer trasbordo. Acabo de pensar que no hay razón para que les expliques que viajo en autobús. Diles sólo que te he llamado para contarte lo de las películas, ¿vale?

-Vale, pero cuando Rhoda llame para decir que te has ido empezarán a preocuparse.

-Los llamaré yo misma desde Nashville. William, tengo que irme. Te quiero.

-Yo también te quiero.

Judith colgó.

Entonces todo era cierto. No es que le quedaran dudas después de lo que le había sucedido a Jimmy Deeters. Lo único en realidad que había provocado sus dudas era que la anorexia de Judith había parecido empeorar desde el día de su cumpleaños, y luego que la llevaran a un hospital. Eso, y el hecho de que el caduceo pareciera inerte. Pero en su sueño Mercurio lo había explicado... ¿Qué había dicho? Escuchando a Judith al teléfono, el sueño se había vuelto vago. Recordaba la última parte, cuando había tenido que diseccionar el cadáver que yacía sobre una especie de tumba o altar, y el esperma

* Juego de palabras intraducible provocado por la semejanza de pronunciación entre el apellido Gerhart y Gearheart, literalmente, corazón mecánico. *(N. de la T.)*

manando del pene del cadáver y luego su vergüenza al despertarse y descubrir que esa parte del sueño no había sido un sueño.

Se levantó de la cama y se metió en el cuarto de baño para lavarse el pubis, pero lo hizo en la obscuridad para no disipar ninguno de los fragmentos del sueño que aún pudiera recordar. Un bolo... Mercurio se lo había lanzado y él se lo había metido en el bolsillo.

Entonces lo recordó todo, las tres preguntas que le había planteado y las respuestas que Mercurio le había dado. Su cuenta estaba al descubierto y los intereses iban en aumento. Tendría que encontrar a otro Jimmy Deeters, o de lo contrario el caduceo perdería su poder. Y debía encontrarlo pronto si quería ofrecer a su hermano aún no nacido (por alguna razón estaba seguro de que iba a ser un niño) el regalo de cumpleaños de una salud sin tacha.

La perspectiva de tener que buscar nuevas víctimas le resultaba incómoda. Cuando había visto a la madre de Jimmy Deeters en las noticias de la noche, había empezado a sentirse culpable por lo que había hecho. Quizá la pena de muerte era un castigo demasiado drástico para los crímenes de Jimmy. La ceguera le hubiera impedido convertirse en un criminal de carrera tan eficazmente como la muerte. En el futuro, haría mejor en moderar su justicia con algo más de clemencia. Además, no debía utilizar su poder sobre extraños. Tal vez había un lado bueno en Jimmy Deeters que su historial en los tribunales no había revelado. Quizá tenía talento musical. A lo mejor se habría alistado en el ejército al año siguiente, o algo parecido, y habría utilizado su agresividad para un propósito constructivo. A partir de ese momento, juró, sería más responsable en el modo de ejercitar su poder.

Para cuando llegó a esa encomiable conclusión ya se había secado con una toalla y se había puesto un pijama limpio. Luego volvió a meterse entre las sábanas, y se sumió sin esfuerzo en un sueño profundo y sin sueños.

46

Lilah Gerhart no presumía de su aspecto. Pero era consciente de que su atractivo era un valor profesional y trataba de vestirse en consonancia. Los adolescentes podían ser despiadados con los profesores a los que consideraban poco elegantes. Ese día, aunque no tenía deberes enseñanza propiamente dichos, llevaba su mejor vestido de verano: un llamativo vestido de algodón estampado de flores rojas exuberantes sobre un campo blanco. Su lápiz de labios imitaba a la perfección el rojo de las flores, así como el pasador que mantenía en su sitio, sobre la oreja izquierda, el cabello negro como el azabache, los rasgos de la señorita Gerhart eran teatrales por naturaleza (pómulos altos, mentón firme y nariz romana) y ella realzaba esa teatralidad deliberadamente, con un maquillaje y un peinado que llamaba la atención. La enseñanza era una forma de teatro, y en el teatro no hay lugar para la reticencia ni la falsa modestia.

La escuela de verano se había terminado hacía más de una semana, pero ella había aceptado ir a la oficina y ayudar al señor Paley,

el nuevo director, a preparar el programa para el próximo año escolar. También había aceptado, con reticencia, hablar con el insufrible chico Michaels sobre la nota que éste había recibido en educación cívica. El padrastro del chico había tenido la cara de ir directamente a presentarle su queja al señor Paley, pero el señor Paley se había mostrado muy firme y había insistido en que se trataba de una cuestión propia de profesora y alumno, y no de director y padre. Por lo tanto, se había fijado una cita entre ambos. Por supuesto no era la nota en sí misma lo que se ponía en tela de juicio, sino la ridícula ambición del chico de saltar del primer año al último y graduarse en St. Tom a la insólita edad de catorce años. Un aprobado alto en educación cívica no le impedía de forma automática entrar en el Programa de Ingresos Anticipados, pero en combinación con la nota admonitoria enérgicamente redactada por la señorita Gerhart (era el miembro más antiguo del Comité del Programa de Ingresos Anticipados de St. Tom), el chico tendría que contar con pasar al menos dos años más antes de graduarse. Al menos dos.

A las diez menos cinco, la señorita Gerhart (que era siempre puntual, ya que esperaba la misma consideración por parte de los demás) cerró la puerta del despacho del director (el señor Paley aún no había llegado; evidentemente, no practicaba la cortesía de los reyes) y recorrió el pasillo hasta el Departamento de Tutoría. El chico Michaels ya estaba allí, esperando junto a la puerta.

-Buenos días, William -saludó animadamente-. ¿Has empezado ya a disfrutar de lo que queda de vacaciones, ahora que se han terminado los cursos de verano?

-No demasiado, señorita Gerhart, después de saber la nota que me ha puesto.

-Sí, comprendo que no estés acostumbrado a que te pongan notas por debajo del sobresaliente, pero puedo asegurarte que algunos de tus compañeros de clase envidiarían tu aprobado alto. Dick Larsen, por ejemplo. Me temo que el equipo de hockey tendrá que buscarse otro portero para el curso que viene. Pero no creo que tenga yo la culpa, ni tampoco de tu aprobado alto, por cierto. Las notas de los alumnos se basan en su rendimiento.

-Mi rendimiento fue bastante bueno en el examen final.

-Y por ese motivo la nota es un aprobado alto. Pero es de esperar que un joven tan brillante como tú lo haga bien en un examen tipo test. Personalmente, creo que ese tipo de exámenes no son apropiados para una disciplina humanística como la educación cívica. Afortunadamente para ti, el Consejo Estatal de Educación tiene un punto de vista diferente.

-¿Quiere decir que me hubiera suspendido de haber podido?

-Lo que tú llamas «suspender» puede considerarse también una oportunidad de madurar y, sí, me hubiera gustado darte esa oportunidad. Una de esas tareas esenciales de la enseñanza secundaria, y en particular de la asignatura de educación cívica, es la de preparar a los jóvenes de la nación para que se conviertan en ciudadanos interesados y responsables. Ante tu trabajo de fin de curso

he tenido la sensación de haber fracasado en esa tarea. Pero tú has aprobado la asignatura. No tendré oportunidad de corregir mi fracaso, y lo siento, puesto que creo que si hubiera podido tenerte de nuevo en mi clase durante todo un año lectivo, podría haberlo logrado. En realidad la educación cívica no debería comprimirse en dos meses de cursos intensivos, pero también en esto el Consejo Estatal tiene otra opinión. Sin embargo, no soy el único profesor que hay en St. Tom. Quizás el señor Raab o la señorita Milman sean capaces de triunfar donde yo he fracasado. Eso espero.

-¿Y ésa es la razón por la que no debería ser admitido en el Programa de Ingresos Anticipados? ¿Para que Raab y Milman tengan una oportunidad conmigo?

-¿Tener una oportunidad contigo? Es un modo bastante egocéntrico de plantearlo, ¿no? En cualquier caso, la nota que he presentado ante el comité es un asunto confidencial. No obstante, en esencia se resume fácilmente: No creo que estés social ni intelectualmente maduro para enfrentarte al reto de un entorno sin restricciones como la universidad.

-¿Y qué me dice de mis notas en el examen de aptitud académica de matemáticas? Yo diría que son bastante maduras, intelectualmente hablando. Son mejores que la media requerida para entrar en Harvard.

-¡Caramba, parece que has hecho un montón de averiguaciones sobre el tema! -Echó hacia atrás los cabellos que no sujetaba el pasador, gesto que habitualmente precedía a sus frases más expeditivas-. Obviamente, tienes talento para las matemáticas, pero aquí mismo en St. Tom existen también programas avanzados para nuestros prodigios matemáticos. No eres el único, ¿sabes? En cualquier caso, William, yo no acepté reunirme contigo para discutir mi recomendación confidencial al comité. Creía que deseabas recibir una explicación más completa sobre tu nota en educación cívica.

William la miró. Apenas podía disimular su hostilidad hacia ella. La señorita Gerhart tuvo que realizar un esfuerzo deliberado por no burlarse de él o parecer divertida por su vano intento de adoptar su mismo tono de implacable objetividad. Después de todo, ella había tenido años Para practicar ese tono. Para alguien tan joven y tan agraviado se controlaba bastante bien.

-Me gustaría saber por qué me puso un deficiente en mi trabajo de fin de curso. -William sacó el trabajo en cuestión de su mochila y lo puso sobre el escritorio delante de la señorita Gerhart.

La señorita Gerhart situó las puntas de los dedos simétricamente a lo largo de la parte posterior de la mandíbula, y se inclinó hacia delante en la silla para mirar el trabajo con una expresión de amable curiosidad teñida de repulsión, como si le hubieran pedido que examinara una colección de especímenes de insectos.

-Veo que escribí mis comentarios justo al lado de la nota. ¿En qué sentido necesitan aclaración?

-Por un motivo concreto, el comentario de la primera página parece contradecir los comentarios más escuetos del final del trabajo. En la primera página dice que rehuyo tomar una posición moral, pero en la

página siete, cuando hablo del método selectivo, dice «Repugnante», y en la última página escribe, «Esto es cinismo puro y simple». Me da la impresión de que sí tomé una posición moral, pero que usted no está de acuerdo con ella.

Ella se dio cuenta de que tendría que mostrarse precavida. La verdadera razón del deficiente había sido que todo menos las dos últimas páginas del trabajo eran una copia literal de un libro de consulta. A lo largo de los años había visto demasiados plagios como aquél para equivocarse, y el tema que William había escogido, «La explosión demográfica», estaba estudiado para poner de manifiesto tales engaños, puesto que los escritores de libros de consulta para niños se mostraban con demasiada frecuencia moderados y eufemísticos sobre temas potencialmente polémicos. La señorita Gerhart se había pasado una hora en la biblioteca tratando de hallar la fuente utilizada por William, pero él había tenido la previsión de copiar el texto de un libro que la escuela no tenía, lo cual quería decir que sólo podía basarse en una sospecha. De haber podido probar que había copiado, el chico hubiera tenido algo peor que un aprobado alto de que lamentarse. Careciendo de tal prueba, se había tenido que contentar con suspenderle el trabajo. Sus motivos para ese suspenso no eran injustificados, pero se había sentido sumamente aliviada cuando el señor Paley había rechazado la sugerencia del padrastro del chico de que fuera el propio director quien leyera el trabajo y juzgara sus méritos por sí mismo.

-Si parece haber una contradicción, William, está en tu trabajo. Las primeras páginas, en las cuales defines el problema, me parecieron simplistas y lejos del nivel al que un estudiante «excepcional» como tú debería aspirar. Te extiendes largamente para explicar la diferencia entre una progresión aritmética y una geométrica, pero cuando se trata de hablar de los verdaderos problemas sociales, tu redacción se vuelve vaga y confusa. A propósito, ¿qué fuentes utilizaste para el trabajo? No hay notas a pie de página, ni bibliografía.

-Utilicé sobre todo la Enciclopedia Británica, aunque no me limite a copiar. Lo expliqué con mis propias palabras.

-¿De verdad? -Sonrió con malicia, como invitándolo a compartir su diversión ante esa mentira, pero el chico era un hueso duro de roer. Bien recordarás que cuando hablé en clase de lo que esperaba de vuestros trabajos de fin de curso, subrayé la necesidad de exponer las dimensiones éticas de los temas que eligieseis. Y a lo largo de la mayor parte de tu trabajo pareces ejercitar toda tu inteligencia para hacer justo lo contrario. Pero luego, de repente, empiezas a hablar de «método selectivo», sugieres que se retire la ayuda médica a los países del Tercer Mundo que no alcancen un crecimiento demográfico cero inmediatamente. Es como si esa parte la hubiera redactado otra persona. Fue precisamente ahí donde mi primera reacción fue simplemente la de decir: «Repugnante.» Esto no significa, sin embargo, que tu trabajo constituya una posición moral. En todo caso es amoral, y no representa una «posición» en absoluto, ya que tus conclusiones no se derivan lógicamente de tu primera exposición del caso.

-Eso no es cierto -sostuvo William, con arrogancia-. No digo nada que Malthus no dijera hace casi doscientos años. Si el hambre no acaba con ellos, lo harán las epidemias, o se matarán los unos a los otros luchando por recursos cada vez más menguados. Ya está ocurriendo. ¿También a Malthus le habría puesto un deficiente?

-Si Malthus hubiera escrito este trabajo -dijo, adelantando la cabeza hacia el documento ofensor-, sí. Sencillamente no has trabajado lo suficiente, William, y tú lo sabes. Cuando se demostró que tu primer proyecto de un informe sobre el funcionamiento del Palacio de Justicia del Condado de Hennepin era demasiado para ti, cambiaste de opinión a mitad de camino pensando que podrías reciclar la prosa de algún otro en tu ordenador y añadir unos cuantos párrafos de cinismo barato sin que yo me diera cuenta de la diferencia. Pero yo no soy tan estúpida, William. Hace mucho tiempo que enseño, y sé cuándo un adolescente Maquiavelo está tratando de darme gato por liebre.

Concluyó su perorata con una sonrisa triunfante, se reclinó sobre la silla giratoria en toda la longitud del muelle, y esperó una de dos posibilidades: la rendición de William o su retirada.

-No creo que ningún otro profesor de esta escuela que leyera este trabajo le pusiera un deficiente.

-Gracias, William, lo considero un cumplido. Pero de hecho creo que también hay otros que son capaces de distinguir un huevo podrido cuando se lo ponen debajo de las narices. Confío en que tendrás amplias oportunidades en los próximos dos o tres años de descubrir por ti mismo si estoy en lo cierto.

-La verdad es que la tiene tomada conmigo, ¿no es así, señorita Corazón Mecánico?

-Creo que nuestra discusión debe darse por finalizada, William. No tengo obligación alguna de quedarme aquí sentada a escuchar epítetos infantiles. Puedes marcharte.

Cuando William estaba a mitad de camino de la puerta, ella observó:

-¿No te olvidas de algo?

-¿Sí? -replicó él, dándose la vuelta-. ¿Qué?

-Esto.

Recogió el trabajo de fin de curso entre el pulgar y el dedo índice y se lo alcanzó, extendiendo el brazo en toda su longitud, como si temiera que fuera a contagiarla.

-Pareces valorar esto mucho más que yo. Opino que deberías guardarlo para futuras consultas.

William cogió el trabajo y vaciló un momento, como esperando que ella dijera algo más. Al no ser así, abandonó la sala.

A la señorita Gerhart le quedó una extraña sensación en la mano, esa sensación de hormigueo que se produce al despertarse un miembro que se ha quedado dormido a causa de un largo rato en una posición forzada. Movió los dedos hasta que la sensación desapareció. «¡Meado de puerco!», exclamó con una vehemencia que cubrió la superficie del escritorio con una fina llovizna de saliva. Apretó los labios con asco y

buscó su bolso, en el que llevaba siempre un paquete de Kleenex, pero lógicamente su bolso estaba en el despacho del director.

Se levantó, tiró de las costuras del vestido para eliminar cualquier posible arruga y le sacó la lengua a la fotografía enmarcada de John Dewey, el gran filósofo de la educación. Luego volvió al despacho del director, donde el señor Paley acababa de empezar su acostumbrado ritual de hacer punta a los lápices con que iniciaba su día de trabajo.

-Buenos días, señorita Gerhart. Veo que, como de costumbre, se me ha adelantado.

-Buenos días, señor Paley. Coma mierda y muérase. El señor Paley depositó los lápices junto al sacapuntas y observó a la señorita Gerhart con alarma. Era imposible que hubiera dicho lo que él creía haber oído, sencillamente no era su manera de ser. Trató de imaginar qué debía haber dicho que pudiera confundirse con semejante obscenidad.

Ella se había sentado junto al escritorio, sobre el que ya había esparcido unas tarjetas dispuestas en una serie de tres por cinco, cada una de las cuales representaba un aula y una clase de la jornada escolar en particular. Había explicado ya su sistema, pero el señor Paley no le había prestado demasiada atención en su momento. Mientras ella estaba sentada allí, mirando sus tarjetas, los delgados labios rojos dejaron de repente de cubrir los dientes, y los músculos alrededor de los ojos y de la nariz se convulsionaron. El efecto que produjo fue extrañamente semejante al del gruñido de un perro, salvo que no producía ruido alguno.

Ella percibió su mirada y levantó la vista con una risueña sonrisa en la boca.

-¿Sí, señor Paley? ¿Deseaba hacerme alguna pregunta?

-Le preguntaba si se sentía usted... completamente bien.

-De hecho -replicó ella, tras un suspiro-, acabo de tener una entrevista bastante penosa con el chico Michaels, del que le hablaba ayer. ¡Orinal lleno de mierda! O quizá debería decir «de quien», ¿no? De quien le hablaba ayer. Me temo que se ha mostrado bastante grosero.

El señor Paley no sabía qué pensar del comportamiento de la señorita Gerhart. El director adjunto y también su predecesor le habían advertido que debía esperar una cierta excentricidad por parte de la señorita Gerhart, pero sin duda aquello traspasaba los límites de la excentricidad.

-Mi colega, la señorita Milman, tiene un dicho: «El infierno no conoce furia como la de un alumno de sobresaliente que obtiene un aprobado por primera vez.» Qué cierto es, ¿verdad? El señor Paley asintió.

Entonces Lilah Gerhart se inclinó hacia delante, aferrándose a ambos lados del escritorio, y empezó a ladrar. Era un ladrido agudo, como el de un terrier. Siguió ladrando durante un rato después de que el señor Paley le diera la espalda y se apresurara a salir del despacho, momento en el que se dio cuenta finalmente de lo que había estado haciendo. Le había ladrado al director. ¡Pensaría que había perdido el juicio!

Pero ella sabía que no era el caso. Su mente estaba tan lúcida como siempre. Cuatro años antes había padecido una depresión nerviosa, pero no se había tratado más que de un caso de agotamiento, y tras unas cuantas semanas en un ambiente menos tenso se había encontrado perfectamente. Aquello no era lo mismo.

Siempre había disfrutado de una extraordinaria memoria para cualquier número de teléfono que hubiera marcado en unas cuantas ocasiones, así que no tuvo que consultar la agenda que llevaba en el bolso para marcar el número de su antiguo psicoterapeuta.

El teléfono sonó tres veces, y una recepcionista contestó:

-Consulta del doctor Helbron. ¿En qué puedo ayudarle?

-Aquí la señorita Mamón Meado Coño. Al parecer tengo una especie de... problema de lenguaje y me gustaría...

Pero la recepcionista, que nunca antes había tenido que habérselas con un paciente que sufriera el síndrome de Tourette, ya había colgado con indignación.

47

Cuando se inició el nuevo curso escolar, el miércoles después del Día del Trabajo, la señorita Gerhart ya no formaba parte del profesorado. Su último acto como miembro de la plantilla había sido revisar el memorándum que había escrito para la ficha personal de William, exhortando con mucha más vehemencia a que no se le permitiera entrar en el Programa de Ingresos Anticipados. El léxico del memorándum era tan virulento que a los dos miembros restantes del Comité del Programa de Ingresos Anticipados no les quedó más remedio que preguntarse si no se trataba de un síntoma más de su enfermedad. A uno de ellos, el señor Thorsen, que había sido el tutor de William en matemáticas y lo había visto completar el trabajo de cuatro cursos en uno solo sin esfuerzo aparente, le encolerizó hasta tal punto el tono de la señorita Gerhart, que se convirtió en defensor de William. Consiguió una nueva copia del trabajo impresa en ordenador (el original con los comentarios de la señorita Gerhart había sido utilizado para encender un fuego, confesó William, en la barbacoa del jardín), e insistió en que el señor Paley lo leyera.

El señor Paley se mostraba prudente en tales cuestiones, lento de movimientos y, tras haber dado un paso, poco dispuesto a ir más lejos. Tenía la firme convicción de que un director no debía nunca invalidar la decisión de un profesor, en especial en lo referente a las notas. Era inevitable que algunos profesores abusaran de su poder, pero mientras sus acciones no promovieran la rebeldía de los alumnos, era mejor no desafiarlas. Lo contrario, en su opinión, sería volver a la anarquía y a los años sesenta. Sin embargo, existían razones por las que ese caso podía considerarse una excepción. La señorita Gerhart ya no trabajaba en St. Tom, y por lo tanto no tendría que sufrir el desaire a su autoridad, mientras que la recomendación del señor Thorsen debía ser satisfecha antes de que se volviera más violenta. Había conocido a otros hombres con la aparentemente moderada disposición de Thorsen, a los

que, una vez se les había metido algo entre ceja y ceja, se habían convertido en completos fanáticos. Sin duda el chico era brillante y, aparte de que la pérdida de la matrícula de un solo alumno no debía tomarse a la ligera (St. Tom tenía un presupuesto muy ajustado), cabía la posibilidad de que se produjera una discreta publicidad que sugiriera que St. Tom era un caldo de cultivo para jóvenes prodigios. El señor Paley se dejó persuadir. La nota de educación cívica en disputa se corrigió calladamente, pasando a ser un notable, y a William se le permitió entrar en el Programa de Ingresos Anticipados.

William no cabía en sí de gozo. Al menos en cuanto al trabajo cotidiano. Las clases eran mucho más interesantes como alumno de último curso que como alumno de primero. No es que estuvieran por encima de su capacidad, pero no era como chapotear en la parte de la piscina para los niños. La historia americana, con el viejo amigo de la señorita Gerhart, el señor Raab, era la única asignatura por la que sentía una verdadera aversión. Pero ni siquiera ésa era tan mala como había sido educación cívica, porque había conseguido mantener una posición discreta y no convertirse en uno de los compañeros de pugilato preferidos de Raab, blanco de sus sarcasmos contra los «liberales a lo Móndale». Ése había sido precisamente el destino de Judith; pero ella parecía disfrutar en realidad con los pequeños diálogos «socráticos» que Raab maquinaba y, para ser justos con Raab, las notas de Judith no se veían mermadas por sus servicios como hombre de paja y cabeza de turco. Al fin de las primeras seis semanas ella había obtenido un sobresaliente, mientras que la cuidadosa neutralidad de William le había valido tan sólo un notable.

En casa todo parecía tan brillante y alegre como si estuvieran haciendo un ensayo para aparecer como la familia media feliz que pudiera anunciar absolutamente cualquier cosa. Sondra había gastado una pequeña fortuna en ropa de premamá, y se deslizaba por la casa como en un desfile de moda medieval, mientras que Judith se había rellenado con la misma rapidez con que florecían los árboles, casi de un día para otro, para convertirse en una hipotética candidata a Reina del baile de Bienvenida. Hipotética porque St. Tom no tenía un equipo de fútbol cuyo regreso pudiera celebrarse con un baile. Tenía un aspecto fabuloso, pero además de su aspecto físico, irradiaba buenos sentimientos, buen humor y, según su propia definición, alegría de vivir. «Me siento como la Cenicienta», le confesó una noche a William tras un partido de ping-pong rápido y sin competencia. «La única diferencia es que el reloj nunca da las doce.» Incluso Ben se había dejado arrastrar por aquella marea primaveral, al menos hasta el punto de dejar, también él, de fumar. Careciendo de la capacidad de autodominio de Sondra y de su sentido de decoro, la batalla de Ben contra el tabaco se desarrollaba en el escenario central del teatro familiar, con profusión de quejas y gruñidos y temporales pérdidas de gracia cuando un tardío coñac por la noche desequilibraba la balanza de la voluntad y lo impulsaba a salir de casa desesperado por encontrar una máquina de cigarrillos automática. Incursiones aquéllas de las que volvía arrepentido y con el rabo entre las piernas. Sin embargo, de

forma gradual, las crisis empezaron a ser poco frecuentes y las lamentaciones disminuyeron hasta alcanzar su nivel ordinario de quejas y autocrítica. Ben acabó incluso por utilizar la bicicleta de ejercicios que Sondra tenía en su dormitorio, y por acompañarla en los ejercicios que recomendaba el libro sobre partos naturales. No obstante, Judith demostró ser una compañera mas adecuada. Porque Ben no tenía facilidad para relajarse.

William experimentaba el placer, más intenso si cabe por tener que mantenerlo en secreto, de saberse su benefactor. Cuando vio a su madre sentada con las piernas cruzadas sobre la blanca alfombra de la sala de estar, balanceándose hacia delante y hacia atrás al son de Puff, el dragón mágico, fue como si él mismo estuviera cantando la melodía que la había hechizado. Y cuando encontró a Judith dando vueltas por la casa vestida con una mallas negras y un mantel rojo, mientras en los tres conjuntos de altavoces de la planta baja tronaba a todo volumen La consagración de la primavera, era como si él dirigiera la orquesta y sus contorsiones y giros a golpes de batuta. Cuando Judith vio a William en el umbral de la puerta, no interrumpió sus giros (la música había llegado a «La evocación de los antepasados» y se había moderado momentáneamente), sino que le hizo un gesto para que se uniera a ella en el suelo, donde se dedicaba a girar alternativamente sobre las rodillas y la espalda. William declinó la invitación argumentando que tenía deberes por hacer, pero en realidad le hubiera resultado incómodo hacer el ridículo de tal manera, a pesar de que parecía divertido. Él nunca había sido capaz de liberarse hasta ese punto, ni siquiera con la música rock. «¡Estoy demasiado reprimido!», gritó por encima de la música, y Judith se limitó a asentir y a no prestarle mayor atención, agitando de un lado a otro la cabellera empapada en sudor cual crin de caballo, inclinándose luego hacia atrás con lentitud y agitando los brazos convulsivamente cuando se producía un lamento de los metales o un estallido de címbalos. El mismo William no podía predecir nunca cuando se producía uno de esos estallidos; pero Judith conseguía concordar con cada uno de ellos y rara vez fallaba. William estaba impresionado porque, a pesar de que La consagración de la primavera era una de sus piezas favoritas, ¡él siempre hacía una pausa cuando Stravinsky estallaba!, y viceversa. El hecho era aún más notable porque no se sabía que Judith hubiera dado más de dos pasos de baile hasta ese otoño, cuando había empezado a asistir a clases de movimiento interpretativo para poder satisfacer las exigencias de St. Tom en educación física.

El cambio total de Judith desde que había vuelto de Florida parecía cosa de magia. Era otra persona. No sólo porque su figura y su rostro se hubieran rellenado, sino porque el espíritu que animaba esa nueva y más abundante carne también había cambiado. Se movía de un modo diferente. Seguía habiendo todavía algo de brusco y pajaril en ella, pero el pájaro que uno imaginaba al verla ya no era una cigüeña, sino un cisne. Había empezado a maquillarse y a hacerse peinados más imaginativos. Desaparecieron las blusas de Peter Pan, las chaquetas sueltas de tonos pastel y las faldas plisadas escocesas. En su lugar una

variopinta colección de ropas parecía presentar una nueva hipótesis de la personalidad de Judith Wincklemeyer cada día. Los armarios y cajones de Sondra estaban abarrotados por una acumulación de compras impulsivas, ropas que había llevado en una o dos ocasiones, o nunca, y luego había guardado entre bolas de naftalina: camisas y suéteres de todos los colores que la moda había llegado a imponer, montones de pulseras, brazaletes, broches y abalorios téjanos de los principales diseñadores, minifaldas, y maxifaldas, y faldas que formaban volantes como acariciantes colgaduras al andar. Sondra tendía a comprar sin probarse siquiera la ropa, y muchas de aquellas antiguas compras resultaron sentarle mejor a la nueva Judith de lo que le habían sentado a la vieja Sondra. Sin necesidad de gastar un solo centavo del dinero de su padre, Judith tenía una guardarropa que podía rivalizar con el de cualquier compañera de St. Tom, y se había aficionado a él como un pato, o cisne, al agua.

Mientras tanto, desde mediados de septiembre, el caduceo había empezado a recuperar su antiguo poder. Cada vez que William lo sacaba de su escondite en la caja de libros de cómics, el hormigueo que sentía al tocarlo parecía sensiblemente mayor. Aunque no podía medir ese incremento, sabía que era algo más que el poder de la sugestión, y que en algún lugar, fuera del alcance de William, el caduceo estaba realizando su trabajo. Cada vez que Turner utilizaba su encendedor Cartier de 24 quilates, plantaba las semillas del cáncer en los pulmones de algún fumador; y esas semillas estaban creciendo. El efecto de esa inminente cosecha sobre el caduceo no se había hecho patente hasta que, como Mercurio había explicado, la deuda pendiente por el «seguro de salud» para Turnage y la familia de William había sido totalmente pagada. Por fin el inestable equilibrio entre los más y los menos se había reinstaurado, y pronto, a medida que las semillas plantadas crecieran hasta convertirse en cánceres maduros, a William le sería posible incluir a su medio hermano no nacido aún dentro del encantado círculo que el caduceo trazaba alrededor de la familia Wincklemeyer.

En general, William estaba contento de que las oficinas de la ATA estuvieran lejos y así no tener que conocer personalmente a sus víctimas, o que, por mucho que merecieran su destino, le hubiera molestado. Del sufrimiento que pudieran padecer sólo ellos eran culpables. La advertencia estaba ahí, en cada paquete de cigarrillos comprado: EL FUMAR PROVOCA CÁNCER DE PULMÓN, ENFERMEDADES CARDÍACAS, ENFISEMA, Y PUEDE PERJUDICAR EL EMBARAZO. No sólo había desafiado esta advertencia, sino que aquellos que trabajaban para la ATA también la habían negado. William tan sólo había acelerado el proceso de la justicia. No sentía culpa alguna, pero tampoco curiosidad, salvo por el efecto que debía estar produciendo en Turnage. ¿Se había dado cuenta ya de las sombras que lo acechaban? ¿Cuánto tiempo podría mantener su fachada de fanfarronería ante las cámaras de televisión, haciendo bajar los ojos a la a y escupiendo tabaco de mascar a sus acusadores? La pregunta tuvo su respuesta la misma tarde que William encontró a Judith bailando La consagración de la primavera. Ben llamó desde su despacho para decir

que llegaría tarde a casa y para instarlos a todos a que vieran y grabaran un programa de televisión llamado La hora de las buenas noticias, que emitían en uno de los canales por cable a las siete y media. No dijo por qué, sólo que sin duda se quedarían asombrados.

La hora de las buenas noticias estaba patrocinada por la Fundación del Hijo del Hombre de Wilmington, Delaware, y estaba dedicada, en palabras de su presentadora y copresidenta de la fundación, Bess McKinley, a «todas las noticias que nunca verán en la NBC».

Durante los primeros quince minutos de programa las noticias consistieron en un conjunto de extraños portentos que prefiguraban la inminente llegada del fin del mundo (un tornado, o casi un tornado, en el condado Kent de Delaware, donde no se había informado nunca antes de semejante fenómeno; extrañas manchas rojas que habían aparecido durante la noche sobre la pantalla de un cine al aire libre en las afueras de Macón, Georgia, que estaba especializado en películas X) y en las prodigiosas curas efectuadas por la fe en Jesús a través del ministerio curador de su siervo, y marido de Bess, Hal McKinley. Había también una inspirada historia sobre una tropa de chicas exploradoras en Wilmington, que había atado más de un millar de cintas amarillas en los árboles de su vecindad para demostrar la inquietud de la nación por los rehenes de Irán. A esto siguió una declaración personal y espontánea de Bess sobre su propia falta de confianza en el gobierno del presidente Cárter.

-¿Estás segura -le preguntó Judith a Sondra-, de que éste es el programa que papá quería que grabáramos?

-Sí, lo he apuntado. -Sondra parecía igualmente asombrada-. Debe de haber alguna razón. Un poco de paciencia.

Tras una breve pero ardiente petición de donativos para la Fundación del Hijo del Hombre, Bess McKinley se ahuecó la abundante melena rubia y sonrió atentamente a la cámara. «El invitado especial de esta noche en La hora de las buenas noticias es un hombre que no necesita presentación para ningún aficionado al deporte que nos esté viendo. Y no es otro que Dan Turnage, durante largo tiempo segundo base de los Minnesota Twins. Bienvenido a La hora de las buenas noticias, Dan.»

La cámara se movió para enfocar a Dan Turnage, quien dijo algo que el micrófono colocado en su solapa no recogió. Bess se inclinó hacia delante cuidadosamente para ayudarle a ajustarse el micro. Turnage parecía mucho menos seguro de sí mismo y menos descarado con Bess McKinley de lo que se había mostrado en aquella infame aparición en Sesenta minutos, programa del que se pasaron unas imágenes a modo de ilustración del trabajo que había emprendido desde que había abandonado el bate de béisbol y actuaba como portavoz de la ATA. Cuando terminó el reportaje, Bess sonrió a Turnage y preguntó:

-Bien Dan, ¿sigues pensando lo mismo sobre el tabaco ahora? La cámara se desplazó hasta que el rostro de Turnage llenó por completo la pantalla.

-Que Dios me perdone, Bess. Que Dios me perdone por todas mis mentiras.

-¿Quieres decir, Dan, que realmente existe una relación entre el tabaco y el cáncer, y que lo sabías cuando apareciste en Sesenta minutos?

-¿Acaso hay alguien que no lo sepa en el fondo de su corazón, Bess? Lo negaba sólo porque la industria del tabaco me pagaba muy bien por negarlo. Me imaginaba que todos los fumadores sabían a lo que se exponían, y que por tanto el hecho de que yo dijera «¡Eh, chicos, fumar es bueno!» no engañaba a nadie en realidad. Bueno, quizá no los engañaba exactamente, pero el resultado era igualmente malo. Les enseñaba a endurecer su corazón, a desafiar el juicio del Señor. Ahora lo comprendo porque he vuelto a nacer, pero entonces no lo entendía. El pecado me había vuelto ciego.

-Alabado sea el Señor. Es un gran cambio, Dan. -Sin duda, Bess, y te diré cómo he llegado a él. No fue el Informe del jefe médico de la sanidad pública, ni tampoco mis supuestos experimentos científicos con ratones y ratas. Fue la mano viva de Dios. Me arrebató a mis amigos, uno a uno, a los hombres con los que trabajaba y con los que jugaba a golf y comía en lujosos restaurantes. Súbitamente, Bess, todos ellos empezaron a padecer cáncer de pulmón, uno tras otro, como patos en una barraca de tiro.

-¿Podrías darnos el nombre de algunos de estos hombres, Dan?

-Puedo hablarte de tres que han muerto en los dos últimos meses. El primero fue Sid Kearns, que era uno de los tres máximos dirigentes de la ATA. Sid solía fumar como una chimenea. Luego murió mi secretaria, Rita Baker, que era también una fumadora empedernida y madre de tres hijos. Finalmente, hace un par de semanas murió el mismo presidente de la ATA, Maurice Myers. La nota necrológica decía tan sólo «debido a causas naturales». La ATA no quiere que nada de todo esto se vea reflejado en los periódicos, pero los nombres que he mencionado son solo la punta del iceberg. Están haciendo todo lo posible por acallarlo, y hasta ahora lo habían conseguido. Yo estoy enterado de toda la historia porque conocía personalmente a todos los implicados.

Ben asintió y se volvió hacia la cámara.

-Creo que debería haber explicado desde el principio de nuestra charla que Dan ya no trabajaba para la industria del tabaco. Dejó la ATA hace tres semanas y desde entonces me alegra poder decir que ha puesto su talento al servicio de la Fundación del Hijo del Hombre. Ésta es una de las razones por las que La hora de las buenas noticias ha podido ofrecerles a ustedes esta importante noticia antes que ninguna otra de las cadenas nacionales.

-Y la otra razón -interpuso Dan, con algo de su antiguo carácter belicoso- es que ninguna cadena osa tocar este tema. ¿Y por qué cree que es así? Porque son fumadores y se niegan a ver la señal que nos ha enviado el Señor. Son iguales que yo cuando la venda me cayó de los ojos. «Oh, es una coincidencia», dirán: O si no: «Bueno, todos eran hombres viejos, tenían que morirse de algo.» También dirán: «Así que conoce a tres personas que se han muerto de cáncer de pulmón, ¿y qué? Miles

de personas mueren cada día por los efectos del tabaco. Sólo en la ATA lo considerarían una noticia.» ¡Se rieron de mí, Bess! A mis espaldas se rieron de mí, como si fuera todavía el relaciones públicas tratando de conseguir publicidad para un cliente. Te diré una cosa, Bess. Ahora sé lo que debió sentir Jonás cuando el Señor fue hasta él y le conminó: «Jonás, tienes que ir a ver a esos pecadores de Sodoma y Gomorra y advertirles de que detengan sus maldades y fornicaciones.» Jonás sabía que si hacía lo que el Señor le mandaba, se reirían de él, pero tenía que hacerlo de todas formas. Ésa es exactamente mi situación.

-En realidad, Dan -dijo Bess con un tono de amable reproche-, fue a Nínive donde el Señor envió a Jonás: «Levántate, ve a Nínive, la gran ciudad, y grita contra ella, pues el eco de su maldad ha llegado hasta mí.» Jonás, capítulo primero, versículo segundo.

-Lo siento, Bess, hace ya tiempo que leí el Buen Libro. Pero has comprendido mi idea.

-Tengo entendido que tú también eras fumador, Dan.

-Lo era, pero ya no, Bess, nunca más. No ha sido fácil dejarlo, incluso con la ayuda del Señor. Aún me despierto por las mañanas buscando el paquete de cigarrillos, pero luego me acuerdo de Sid, de Rita y Maurice y de otros buenos amigos que ahora mismo están enfermos, algunos ya en el hospital, y sé que yo estaría allí también si no hubiera sido por la gracia del Señor.

-Sí -coincidió Bess-, el Señor es nuestro refugio y nuestra fuerza, y perdonará al pecador que vaya a él con el corazón contrito y arrepentido. Hay más júbilo en el cielo por el único pecador arrepentido que por los noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse. Ésa es la buena nueva que tenemos para ustedes hoy en La hora de las buenas noticias. Gracias, Dan, por estar con nosotros. Espero que vuelvas pronto para contarnos más cosas sobre estos notables acontecimientos. Y gracias a ustedes, buenas gentes, por sus plegarias y donativos.

Se oyó la melodía de un himno como música de fondo aumentando de volumen, y el rostro de Bess se desvaneció de la pantalla para dar paso a un globo terráqueo que giraba lentamente con una banda alrededor de su ecuador, en la que aparecía el nombre del programa. Bajo él apareció la dirección a la que podían mandarse los donativos para sostener el trabajo continuado de la Fundación del Hijo del Hombre.

Transcurrió una buena parte del siguiente programa (Desde los tiempos de Noé, una serie educativa sobre la ciencia de la creación) hasta que Sondra pensó en inclinarse hacia delante para apagar el vídeo. Tal movimiento provocó una mueca causada por el esfuerzo. El embarazo estaba ya muy adelantado, y a pesar del amplio vestido de premamá, parecía inmensa y torpe.

Se produjo un largo silencio. Siguieron mirando la pantalla negra de la televisión para no tener que mirarse los unos a los otros. Finalmente, Judith expresó en voz alta lo que todos habían estado pensando.

-Quizás haya vuelto a nacer, pero yo no veo la diferencia.

Sondra alzó las cejas en irónico asentimiento, pero se sintió obligada a decir:

-No debemos juzgarlo.

-En todo caso es una extraña coincidencia, ¿no os parece? -aventuró Judith.

A William y a Sondra no les quedó más remedio que mostrarse de acuerdo.

48

El 21 de octubre, los Philadelphia Phillies ganaron la Serie Mundial cuando Steve Carlton y Tug McGraw los llevaron a una victoria por un tanteo de 4 a 1 sobre los Kansas City Royáis. Al cabo de pocos minutos de esa victoria, mientras William, en su propia habitación, anotaba los cambios energéticos de varías reacciones para la clase de química del día siguiente, recibió una conferencia telefónica de Dan Turnage desde Filadelfia recordándole que le debía doscientos cincuenta dólares. Le pareció una mezquindad por parte de Turnage, e incluso un rasgo ligeramente amenazador el que le exigiera tan rápidamente el pago de la deuda. De hecho, desde que había comenzado la Serie y parecía existir la posibilidad de que el pronóstico a largo plazo de Turnage sobre el equipo ganador se convirtiera en realidad, William había esperado que su apuesta se olvidara discretamente, por deferencia al hecho de que la marcha de Turnage a los pastos más verdes de la Fundación del Hijo del Hombre no había causado ningún perjuicio a la relación oficial y de negocios entre él y Ben. Por el contrario, Turnage, que llamaba desde el Veterans Stadium, se regocijaba sin duda por haber ganado lo que el abril anterior parecía la apuesta de un bobo.

William se sentía más ofendido a medida que Turnage exponía su propio resumen de las principales jugadas del partido, pero le prometió a Turnage enviarle un cheque por correo tan pronto como le fuera posible. Turnage le dictó su nueva dirección en las oficinas de la Fundación del Hijo del Hombre en Wilmington, Delaware.

-Lo vimos en la televisión la semana pasada -señaló William antes de que Turnage pudiera colgar el teléfono.

-Aja.

-Sin duda ha cambiado usted de opinión sobre el tabaco.

-Sí, lo he hecho.

Turnage no parecía dispuesto a discutir sus nuevos puntos de vista, pero William insistió.

-¿Cuántas personas más de la ATA han contraído el cáncer de pulmón en realidad, aparte de las tres que mencionó?

-Unas cuantas.

-¿Se trata de información reservada? ¿Existe algún motivo por el que no pueda decírmelo?

Hubo una larga pausa, y cuando Turnage contestó, el tono de su voz era diferente.

-Es verdad, no sé por qué te cuento todo esto. No te debo ningún favor, ni tampoco a tu padre. Pero la situación en Baltimore es bastante

desesperada. La ATA va a cerrar. Están preparando los documentos a toda prisa para que la empresa deje de existir oficialmente un día o dos después de las elecciones, momento en el que imaginan que los medios de comunicación les prestarán una menor atención. No creo que tu padre pueda hacer gran cosa con tan poca antelación, pero si le sirve de algo, ahora ya lo sabe. ¿Alguna otra pregunta capciosa?

-En realidad no ha contestado a mi pregunta.

-La he contestado, pero no me has escuchado. Envíame enseguida ese cheque, ¿me oyes? Y la próxima vez piénsalo dos veces antes de apostar contra un ganador.

Turnage colgó. Ben no había llegado a casa aún, y William no deseaba ser el mensajero de las noticias de Turnage. La ATA financiaba la mayor parte de las investigaciones del MIMA, y si la ATA se hundía, no parecía muy probable que el MIMA pudiera evitar que lo arrastrara también. Con la perspectiva de la distancia, la lógica aplastante de ese hecho parecía tan inevitable que William se preguntó cómo podía haber dejado de prever los resultados de la maldición que había lanzado sobre el encendedor de Turnage. Al fin y al cabo, no eran tantas las piezas a considerar.

Decidió que le transmitiría a su madre las malas noticias y que dejaría que ella fuera la encargada de dárselas a Ben. También decidió que, además, sacaría el caduceo de su escondite, lo utilizaría para una última acción benevolente, y luego no volvería a usarlo. Extendería al hermano no nacido el regalo de cumpleaños de una salud inquebrantable durante toda la vida, confiando en que los estragos causados entre las filas corporativas de la ATA bastarían para cubrir el coste de tan generoso regalo. Llevaba largo tiempo trabajando en una rima que, por su perfecta y categórica simplicidad, estuviera libre de significar algo que no fuera su propósito significar; y, por fin, mientras sostenía firmemente el caduceo, pronunció las palabras de esa rima:

Al niño que mi madre lleva en su vientre,
tanto si es hermano como hermana,
esta mano imparte vida larga y sana
sin temor a enfermedad ni a bisturí hiriente.

La idea de utilizar tan sólo su mano para transmitir el poder del caduceo se le había ocurrido mientras contemplaba en La hora de las buenas noticias un reportaje sobre las curaciones realizadas por Hal McKinley con la mano derecha, que él depositaba sobre la frente, las manos artríticas o las piernas lisiadas de la persona que iba a curar. Parecía una técnica eficaz.

William encontró a su madre en su dormitorio, sentada en la cama, comiendo cacahuetes tostados directamente del tarro. Una novela encuadernada en rústica, abierta por donde había dejado de leer, mantenía un precario equilibrio sobre su abultado vientre. William le contó que Turnage había llamado para reclamar su apuesta, y le dijo lo que le había revelado sobre la ATA.

-Esas son malas noticias -replicó Sondra con un suspiro-, pero dudo que sean una sorpresa para Ben. Sin duda era sólo cuestión de tiempo. La ATA no podía seguir naciendo negocios de ese modo. Han tenido suerte de que a la historia de Turnage no le prestara atención más que..., ¡oh! -Aspiró aire profundamente, y la novela cayó del estómago a la colcha.

-¡Aaah! -Soltó el aire en un largo suspiro.

William parecía alarmado.

-¿No habrá empezado ya, supongo?

-No, sólo es un ejercicio. Contracciones Braxton Hicks lo llama el libro. ¡Oh! oh, fíjate qué fuertes son ahora.

Le cogió la mano y se la puso sobre el abdomen, luego cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. También William cerró los ojos y musitó de nuevo las palabras de su bendición fraternal. Lentamente la carne que notaba bajo sus dedos se relajó, como si fuera un balón dejando escapar el aire. Sondra emitió un suspiro aún más profundo.

Ya estaba hecho.

-¿No es extraño? -dijo Sondra-. Ahora noto sus pequeños pies dando patadas en la caja torácica. No le gusta que esté tumbada sobre la espalda, porque entonces descansa sobre mi espina dorsal.

William se sintió invadido por una extraña timidez, casi vergüenza.

-Mejor será que vaya a terminar mis deberes -dijo.

-Toma, llévate estos cacahuetes. -Sondra le tendió el tarro-. Ya he comido demasiados.

Cuando William se halló de nuevo en su habitación, marcó el viejo número de St. Paul. Dejó que el teléfono sonara más de veinte veces, esperando que si Madge estaba trabajando la abuela Obstschmecker acabaría por hacer el esfuerzo de contestar. Pero nunca lo hacía.

William esperaba poder sacar el dinero para pagar a Turnage del fondo en fideicomiso que Madge había establecido para él con el dinero del seguro. Luego, cuando fuera a la casa, tenía la intención de devolver el caduceo al lugar donde lo había encontrado, enterrado entre el material aislante del desván. No consiguió obligarse a sí mismo a eliminarlo de un modo más irrevocable, pero al menos, en el desván de la casa Obstschmecker no podría sentir la tentación de vengarse irreflexivamente. Quería alejar el caduceo de su vista y de su mente, tal como había estado hasta el día de su decimotercer cumpleaños.

¿Por qué quería hacer eso? Consiguió esquivar la cuestión de manera admirable. Si se hubiera visto forzado a dar una razón, hubiera asegurado que era obra de su conciencia. En realidad, empezaba a tener miedo.

49

Hay otra obscuridad que no es la de la noche, una obscuridad interior que corresponde a lo que se llama luz interior y que sólo es visible (también la luz) para aquellos espíritus que han pasado a la otra vida. Y algunas veces, brevemente, para aquellos con los que tales espíritus pueden comunicarse. Henry podía ver esa obscuridad en aquel

momento, subiendo en espirales como la espuma de un inmenso océano negro sobre los tejados de Willowville, rodeando por entero y ocultando las luces incandescentes de las casas, los faroles de las calles y los coches en movimiento. Los escaladores de montañas son testigos en ocasiones de una visión similar, cuando miran el valle que tienen a sus pies a medida que éste se va cubriendo de turbulentos vapores. Era hermoso, pero sólo como podían serlo los anillos de una mortífera serpiente de gran longitud cuando se contemplaban en un documental, o a través del cristal de un vivero.

Henry no disfrutaba de tan segura ventaja con respecto a la obscuridad fluía por los céspedes y se filtraba al interior de las casas, abajo. Se oculto por esas brumas invisibles a los ojos vivientes. Sus vapores, e los sentidos mortales no podían percibir, podían ahogar e infectar la carne incorruptible de un espíritu. Incluso desde lejos se sentía invadido por la repugnancia. Sin embargo, por el bien de Billy debía entrar en aquel miasma y tratar de prevenir lo que la turbia obscuridad anunciaba con su misma presencia, como un destino inevitable.

Desde el seno de la obscuridad, la carne tiraba de él. La larga cadena de la causalidad cromosómica que enlaza a los vivos, los muertos y los aún no nacidos lo invitaba a descender, cual araña, a lo largo de sus temblorosos filamentos. Ese tenue hilo era todo lo que le unía aún a las brutalidades, hambres y horrores de la vida física, y no quería confiarse a él. Había un defecto en el hilo que sólo su propia y temprana muerte le había evitado experimentar en vida. Pero el hilo aún podía romperse, incapaz de soportar su descenso a la negra espuma de la vida mortal; y él caería en la obscuridad y se disolvería para convertirse en un flujo de energía inmaterial. O, lo que era peor: el hilo podía desligarse en su extremo más alejado, y la tarada herencia cromosómica se haría manifiesta a través de otra vida, con un destino peor aún que el de Billy, o el suyo propio, o el de cualquiera de los otros hiladores de ese hilo. Si tal cosa llegaba a ocurrir, si la línea sanguínea se perpetuaba, las consecuencias se harían sentir como una infección, y habría dolores convulsivos en toda la longitud del hilo; pues en la eternidad los antepasados sufren por las maldades de su progenie hasta, según las proféticas palabras del Éxodo, la tercera y la cuarta generaciones.

Por tanto, no fue sólo la solícita preocupación por su hijo lo que motivó a Henry a intentar alejar lo que fácilmente podía preverse. Fue, mas bien, el temor por lo que él mismo sufriría si el hilo se prolongaba aún más.

50

-¿Sabes? -dijo Judith, arrodillándose sobre la piel que servía de felpudo para la chimenea extendida por encima de la alfombra blanca -mi primer recuerdo de ti es de Halloween. Fue hace años, cuando Sonara y yo fuimos a visitarte a tu casa de la Calumet. ¿Te acuerdas?

-Vagamente. Recuerdo que trajiste una calabaza linterna más grande que la que me había hecho mi padre.

-Ibas vestido de médico.

-Cierto, de Jovencito Frankenstein.

-Pero no me acuerdo de qué iba vestida yo.

-De bruja, creo.

Ella negó con la cabeza, y el pasador de diamantes falsos lanzó destellos en la obscuridad.

-No me suena.

William atizó los rescoldos, provocando una fugaz flamarada que dio a los hombros y brazos desnudos de Judith un bonito resplandor rojizo. Vestía aún la amplia túnica de color azafrán que había llevado al baile de disfraces de la escuela, pero se había quitado las sandalias de largas tiras de cuero nada más llegar a casa. Las sandalias y el pasador en forma de media luna que sujetaba su cabellera habían salido de las inacabables reservas de ropa desechada de Sondra. La túnica se la había hecho la misma Judith. Era la diosa griega Artemisa.

Había querido que William fuera con ella al baile como su hermano Apolo, e incluso le había ofrecido hacerle el disfraz, pero él se había negado a tal sugerencia. En su lugar, había desenterrado un viejo equipo de atletismo de color verde, se había frotado la cara y las manos con maquillaje de camuflaje verde, había añadido un gorro de baño verde que le había costado ochenta y nueve centavos, y se había proclamado marciano. Fue con mucho el menos rebuscado y más barato de los disfraces del baile, y tuvo la ventaja añadida e imprevista de que, debido a que el maquillaje se quedaba pegado al más ligero toque, nadie quiso bailar con él. Tampoco Judith había bailado mucho, pero la razón era que las tiras de sus sandalias no habían dejado de deslizarse por sus delgadas pantorrillas, pues la única manera de mantenerlas en su sitio, atándolas fuertemente, resultaba dolorosa. Ambos habían abandonado el baile en cuanto alguien pudo llevarles a casa en coche.

-Ahora lo recuerdo, iba de santa Clara, la hermana de san Francisco. -Se rió con ese nerviosismo que se muestra al mirar una vieja e indecorosa fotografía.

-Es cierto. Llevabas una especie de saco de arpillera. Muy diferente de esta noche.

-¿De una santa a una diosa? Es una progresión lógica. Y además, tanto Clara como Artemisa eran vírgenes.

William atizó una vez más el fuego, para desviar la conversación en otra dirección que no fuera el sexo. Era divertido hablar de sexo, pero sólo con los chicos de su misma edad, con los que las reglas dejaban muy claro qué mentiras podían admitirse y hasta dónde se podían llevar ciertas líneas de especulación. Pero con la propia hermana tres años mayor, ¿qué se podía decir y qué no? Se podían hacer bromas sobre sus novios o su coquetería, eso era todo. Pero Judith no tenía novios, y aunque empezaba a ser bonita, no presumía de ello. Era feliz, como lo sería la Cenicienta; pero eso no era lo mismo que ser presumida.

-Hablando de vírgenes -prorrumpió Judith-, ¿has oído lo que se dice de Elizabeth Naughton?

Al negar él con la cabeza, Judith se inclinó para acercarse más y bajó la voz.

-Estaba embarazada.

-¿Y ahora no lo está?

-Dicen que abortó. ¡En agosto!

-¿Se trata de un mal mes para los abortos, o algo parecido?

Ella sonrió, pero de inmediato enmendó la sonrisa frunciendo el ceño.

-El aborto no es cosa de broma.

-Entonces, ¿qué actitud debemos adoptar? ¿Debemos abordarla después de la clase de inglés y acusarla de asesinato e insistir en que lleve una gran A en todas sus ropas?

-William, el aborto es un crimen muy grave.

-Liz no es católica, ¿verdad?

-Eso no tiene nada que ver.

-Para ti no, pero probablemente para ella sí. En serio, Judith, muchas mujeres abortan, y si vas a convivir con ellas en el mundo, no puedes andar por ahí organizando una protesta cada vez que olfatees un pecado.

-Bueno, ¿y cómo te sentirías si te dijera que ella había matado al señor Paley?

-Sentiría curiosidad por saber el porqué. ¿Era él el padre? ¿Es eso lo que quieres decir?

-¡William! He elegido al señor Paley como ejemplo al azar. Un poco de seriedad.

-Siempre dices «un poco de seriedad» cuando empiezo a ganar una discusión. Y siempre es la misma discusión. Si hubieras tenido un aborto y te sintieras culpable por ello, podría entender que estuvieras tan obsesionada con esa idea.

-No niego que sea una obsesión, y que mis propios sentimientos se vean envueltos en ella. Este verano, cuando fui a visitarla, descubrí que mi madre había tenido un aborto antes de tenerme a mí. Me lo contó la ultima vez que vino a verme al hospital, y añadió que si mi padre se hubiera salido con la suya, también yo hubiera sido un aborto.

-Supongo, que si se miran las cosas desde el punto de vista «o esto o lo otro» todos podemos considerarnos abortos fracasados.

Judith reprimió el impulso de prorrumpir en carcajadas, de modo que su risa surgió como una especie de estornudo amortiguado.

-Lo que quieres es provocarme. ¿Por qué siempre representas el papel hermano pequeño malcriado?

-¿Acaso he sido yo el que ha sacado el tema del aborto? De todos modos, yo no le haría demasiado caso a lo que tu madre diga sobre Ben. Es obvio que le tiene un gran rencor, y no me extrañaría nada que se hubiera inventado toda esa historia sabiendo cómo reaccionarías tú. Además, todo eso es agua pasada. Ahora Ben no se dedica precisamente a fomentar el aborto, ¿no? Por cierto, ¿no se está

haciendo un poco tarde para que estén aún en la fiesta? El estado de mamá no es precisamente para irse de fiesta toda la noche.

-En realidad, algunas veces al final del embarazo hay un intervalo en el que se recarga una gran energía y la embarazada se siente capaz de todo. Al menos eso dice el libro. Es un milagro, ¿verdad? Cuanto más pienso en ello, más asombroso me resulta. Dos pequeñas células se unen y el resultado es todo lo que pensamos, todo lo que hacemos.

Por algún extraño motivo, independientemente de lo que ella había dicho, el impulso de William fue contradecirla. Sabía que podía contenerlo, pero era como morderse las uñas o rascarse por el roce de las ortigas.

-Si estás hablando de nosotros, ha habido cuatro células. Pero ¿un milagro? ¿Qué hacen las células de los óvulos y el esperma que sea más milagroso que lo que hacen las células cancerígenas, o los folículos capilares? Cada célula realiza exactamente la tarea que está preparada para hacer. Es como un robot con un microprocesador que dice: «Ahora haz esto, ahora haz aquello.»

-¡Oh, William, eres tan romántico! Me pones la carne de gallina cuando hablas de esa manera.

-No quiero decir que no ocurran milagros al nivel más elemental de la célula individual, sólo que es difícil distinguir la diferencia entre un milagro y una tarea rutinaria. Sencillamente no sabemos cómo se producen los fenómenos a ese nivel.

-Podríamos descubrirlo -dijo Judith en un tono de burlona insinuación que no acabó de salirle bien. Cuando William alzó la vista por la sorpresa, se ruborizó y volvió el rostro.

Lo más fácil era fingir que no lo había dicho, o al menos que no significaba lo que parecía. William erigió una improvisada barricada filosófica, sacando a relucir una ingeniosa idea que había descubierto en un libro de la biblioteca de la escuela llamado Seis antes del desayuno, una recopilación en la que se señalaban las paradojas que se manifestaban desde el punto de vista científico en los diversos milagros nombrados en el Antiguo y Nuevo Testamento, tales como la cantidad de agua que se debía haber necesitado para producir un diluvio universal, o que el sol no podría haberse estado quieto en el cielo si la Tierra no hubiera detenido su rotación, y qué resultados habría producido este hecho según las leyes de la inercia. Otra de las paradojas trataba sobre la Virgen y la naturaleza del mapa genético de Cristo. ¿Era un haploide con cromosomas sólo de su madre, o tenía también un conjunto de cromosomas de su Padre, Dios?

Y si era así, ¿no sería posible, al menos en teoría, crear el mapa genético de los cromosomas de Dios? Cierto era que en la estructura de cualquier individuo existían millones de genes, quizá miles de millones, pero en todo caso, se trataba de un número finito. Y una vez que la concatenación de genes se convirtiera en una ciencia exacta, ¿no sería posible, en teoría, duplicar lo que Dios había hecho y crear otro Jesús en el laboratorio?

Judith escuchó pacientemente todo su relato, y cuando terminó su único comentario fue:

-De nuevo tenemos aquí al Jovencito Frankenstein.

Antes de que él tuviera tiempo de insistir en que se trataba de un serio problema teológico, sonó el teléfono. El teléfono inalámbrico no estaba en su soporte, así que William fue a la cocina para descolgar el de la pared. Era Ben llamando desde la fiesta de recaudación de fondos para Reagan. Les dijo que él y Sondra pasarían la noche en la ciudad en el Radisson, puesto que Sondra creía que él estaba demasiado bebido y ella demasiado cansada para conducir hasta casa.

-Y de todos modos, todavía estamos divirtiéndonos. ¿Qué habéis estado haciendo vosotros, chicos? ¿Ha aparecido algún fantasma en la puerta pidiendo golosinas?

-Hasta ahora, no. Hemos estado sentados frente a la chimenea charlando. ¿Quieres hablar con Judith?

-No. Que paséis un feliz Halloween.

Ben colgó. Cuando William volvió a la chimenea, la túnica azafrán de Judith yacía sobre la alfombra, pero ella había abandonado la habitación.

-¿Judith? -llamó.

-No tienes por qué gritar, te oigo perfectamente. Y también he oído todo lo que ha dicho papá por teléfono.

Su voz salía de los altavoces que estaban incorporados a los soportes de varios de los teléfonos de la casa. Judith tenía el teléfono inalámbrico, y lo estaba utilizando como interfono. En la obscuridad era fácil tomar su voz por algo fantasmal. Le hizo recordar la época en la que vivía en la casa Obstschmecker, cuando Ned apagaba todas las luces y se esconda y empezaba a hablar con la voz que usaba cuando quería asustarlo.

-¿Te he contado alguna vez lo que hice cuando estuve en Nashville?

No lo había hecho, y uno no podía evitar preguntárselo. Su viaje en autobús desde Florida a Minnesota había tardado un día más de lo que suponía. Judith había descrito su travesía con tan épica extensión que nadie había querido indagar más detalles, pero a William no se le habla escapado la diferencia.

-No -respondió, volviendo a ocupar su sitio junto a la chimenea-, nunca me lo contastes.

El autobús llegó a Nashville en plena noche, y yo no tenía ánimos para aguantar una noche más durmiendo sentada. Así que me fui a un hotel. Luego entré en un bar y pedí un saltamontes. Estaba segura de que no me servirían, pero lo hicieron. ¿Has tomado alguna vez un saltamontes?

-¿Es un combinado?

-Es delicioso. ¿Te gustaría que te preparara uno? Sé cómo se hace, y hay crema de menta en el aparador de las bebidas.

-Claro, ¿por qué no?

William depositó cuidadosamente un tronco partido sobre los morillos, y apiló los rescoldos que había debajo en un montón de altura suficiente para prender en la blanca corteza. Mientras se ocupaba del fuego, los altavoces emitían sonidos de pequeños golpes amortiguados, y luego un borboteo atenuado, que debía ser la batidora. De la parte

posterior del tronco salió una llama verde que parecía oscilar al ritmo de la batidora.

Judith apareció vestida con un quimono en colores de Halloween, llevando una bandeja con dos vasos de cóctel. Entrechocaron los vasos y William se mostró de acuerdo en que el saltamontes era mejor que la soda.

-De modo que así fue como pasaste la noche en Nashville, ¿bebiendo saltamontes?

-No toda la noche, pero me sentía rebelde, sentada allí con mi camiseta de Miami, esperando que llegara John Travolta y me pidiera que bailara con él. El único problema consistía en que no era un bar en el que la gente bailara, y que John Travolta no estaba allí, ni ningún otro hombre de menos de cincuenta años. En cualquier caso, no quería bailar. Quería que me besaran. Desde que había visto aquellas dos películas no podía pensar en otra cosa que en el hecho de que casi tenía la edad suficiente para votar, pero no me habían besado nunca. ¿Y a ti?

-¿Si me han besado? No como en las películas.

-A mí siempre me había parecido una idea repulsiva, meter la lengua en la boca de otra persona. No comprendía para qué podía servir excepto para evitar que la otra persona hablara. Pero luego, al ver aquellas películas el día que te telefoneé desde la estación de autobuses, me di cuenta de que debía haber algo más. ¿Sabes?, algunas veces las personas dedican horas a besarse y a no hacer nada más, sólo a besarse.

A William se le ocurrió que Judith no estaba elucubrando sin propósito definido, sino que conducía la conversación hacia algún punto concreto.

-Judith -protestó-, si estás pensando en que tú y yo...

-¿Por qué no? -insistió ella- No sería un incesto, por amor de Dios.
-¿Por qué no lo sería?

-Por nuestros padres biológicos -contestó ella con tono de superioridad y riendo entre dientes-, son completamente diferentes. Supón que mi padre no hubiera conocido a Sondra, y que en cambio nos hubiéramos conocido nosotros y nos hubiéramos casado y que luego ellos se hubieran encontrado por primera vez y se hubieran enamorado. ¿Hubiera sido incesto que se casaran? Por supuesto que no.

-Da la impresión de que lo tenías todo pensado desde hace tiempo.

-De todas formas no estaba sugiriendo que tuviéramos relaciones sexuales, pero no veo por qué no podemos besarnos. ¿No sientes curiosidad por saber cómo es?

-Para ser completamente sincero, la idea me resulta embarazosa.

-Más embarazosa que cubrirte el cuerpo de pintura verde, llevar un gorro de baño y decir que eres un marciano?

-Quizá no sea más embarazosa, pero lo es. Bueno, vale, ¿por qué no? Estoy dispuesto a intentarlo, pero si no es verdaderamente agradable no tenemos por qué seguir, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-¿Tenemos que sentarnos, tumbarnos, o qué?

-Como nos vaya mejor, pero será mejor que primero dejes el vaso. Hay más saltamontes en la batidora si te apetece más tarde.

Depositó los dos vasos altos sobre el suelo, lejos de la chimenea. El nuevo tronco iba quemándose agradablemente, y la corteza crepitaba. Judith puso las manos a ambos lados del cuello de William, pero no se atrevió a acercar los labios a los de él. Se quedaron en esa posición durante un rato, inmóviles como dos maniquíes en un escaparate, sonriendo rígidamente, como posando para un fotógrafo, y evitando mirarse a los ojos. Era como estar preparado para bailar esperando que sonara la música.

-Creo que sería más fácil -sugirió él-, si cerráramos los ojos.

Ella asintió y cerró los ojos, esperando que él tomara los últimos centímetros de iniciativa. Él acercó los labios a los suyos, pero sin llegar a tocarlos. Sentía cosquillas en la nariz y el labio superior por las ligeras ráfagas de respiración que salían de las ventanas de la nariz de Judith. En el pecho de William algo resonaba por simpatía con esos soplidos, como si sus exhalaciones fueran los más dulces y ligeros mazos que utilizase un músico para tocar un xilófono, y su beso, cuando la música llegó por fin a ese momento, fue como el sonido que surge de ese roce: involuntario, bajo y claro.

51

En la muerte Henry no podía evitar rendirse por completo al abrazo de todas sus morbosas fascinaciones. Combustión, disolución, rasgar o retorcer súbitamente cualquier tejido complejo, ésos eran los espectáculos que lo atraían como la llama a la polilla. En realidad, ante el llameante tronco en el hogar de la chimenea, la semejanza alcanzó la identidad. El mismo era ese tronco, esos gases incandescentes, la imprudente y extática liberación de años de lento apilamiento célula sobre célula. Simultáneamente, en realidad, sin sentir que el tronco ardiendo y el despertar de los dos niños a la madurez sexual fueran dos procesos distintos, Henry participó en ello e incluso, en cierto sentido, dirigió aquel primer beso y los movimientos que fluyeron de él.

Cuando las manos de William oprimieron los pechos de Judith fue con la seguridad de la experiencia, con una reverencia por la carne que era el inadvertido don de su padre y que dio a su toque una gracia, una ternura y una autoridad que, de otro modo, no hubiera poseído. William no lo sabía, y Henry, habiendo llegado tan cerca de la llama de la inmortalidad, no pudo resistirse al júbilo final de la inmolación. De tal modo, su visita aquella noche de Halloween, lejos de servir para advertir a William en contra de lo que estaba a punto de hacer, había contribuido a precipitar la acción.

El tronco quedó reducido a hollín y cenizas en unas pocas horas; el proceso paralelo tardó cuatro días en completarse. Sin embargo, para Henry, ajeno a las cronologías aritméticas que gobiernan la vida mortal, los dos acontecimientos empezaron y acabaron en un mismo momento. Él fue más afortunado que la polilla, porque se le otorgó un instante para contemplar su último resplandor. Fue testigo de cómo se desenro-

llaban en un primer momento los filamentos de cuyas fibras se tejería su nieto. Vio cómo se duplicaban y reduplicaban y luego, con una sensación tanto de pena como de horrible hilaridad (como si sólo tras largos años de experiencia en la muerte hubiera comprendido por fin la broma de la que se ríen todas las calaveras), se alejó y se dejó arrastrar hacia la obscuridad de la que ni siquiera los muertos podían levantarse. El espíritu de Henry ya no existía.

52

Sondra supo desde los primeros instantes del parto que algo malo ocurría. Había permanecido consciente durante todo el proceso, cooperando con el médico, respirando exactamente como había practicado durante los meses de embarazo, montando el dolor cuando llegaba como un jinete de rodeo sobre un toro, o un surfista sobre una rizada ola. Cuando terminó, sintió ese instante de supremo alivio, más precioso que cualquier placer, en el que los nervios buscan un pretexto para el hecho del dolor; y luego esperó que se le concedieran sus derechos maternales. Pero en lugar de enseñarle el bebé, los dos médicos y la enfermera parecían haber formado una especie de barricada con sus cuerpos embutidos en blancos uniformes para evitar que lo viera. Estaba vivo, oía su llanto, ¿por qué le dejaban verlo? Trató de formular la pregunta en voz alta, pero el segundo médico, el anestesista, le estaba administrando el gas que no había necesitado durante el parto. Quiso protestar, le pareció injusto, y luego, con esa extraña falta de transición que va desde el desvanecimiento hasta la vuelta en sí y que suele darse en un hospital o en la consulta del dentista se encontró en una luminosa habitación con Ben durmiendo sobre una silla al pie de la cama. Algo horrible había ocurrido, pero ya no deseaba saber qué era. Dejó que Ben siguiera durmiendo, y cuando empezó a agitarse fingió estar dormida. El bebé no había muerto; había oído su primer llanto. En ese caso, debía ocurrirle algo malo, algo visible. Debía ser deforme.

Tres días permaneció en la pequeña y luminosa habitación, agradecida por la oficiosa cuarentena en la que la habían colocado y por la medicación que le permitía evitar la horrible verdad que esperaba ser anunciada en el momento en que ella pareciera despabilarse. Quizás el bebé moriría mientras tanto y le ahorrarían el conocimiento de lo que los médicos y Ben sabían, y la visión de lo que les había impedido responder a sus preguntas no expresadas. Entonces, la mañana del cuarto día, cuando se despertó sin un vestigio de tranquilizantes en su horizonte mental, al ver que la enfermera no le llevaba medicación alguna antes del desayuno, supo que habían decidido no posponerlo más.

No fue Ben, sino el médico, quien se encargó de tan penoso deber, empezando por una pequeña conferencia científica sobre el tema de la genética, cuyo propósito parecía ser el garantizarle que no era culpa de ella, ni tampoco de Ben, sino sencillamente una muy desafortunada «tirada de los dados». Un gen recesivo podía transmitirse de generación

en generación durante cien años o más sin que nadie lo llegara a saber y cuanto mas raro era el gen, más improbable era que un hombre que fuera portador tuviera un hijo con una mujer que también fuera portadora. Las posibilidades en su caso habían sido del orden de una en veinticinco millones. Imposible, por tanto, haber previsto o evitado semejante contingencia.

Pero la conferencia prosiguió, como si hubiera algo peor que saber, entonces ella se dio cuenta del hecho de que el médico le estaba ofreciendo la única esperanza que podía ofrecerle, aunque encubierta por frases compasivas sobre la necesidad de aceptar la posibilidad de que el bebé no viviera demasiado tiempo, de que incluso con los mejores cuidados que el hospital pudiera ofrecer, probablemente estaría muerto antes de Año Nuevo. En ese caso, preguntó ella, ¿estaba obligada a verlo? Sí, replicó él, lo había discutido con su marido y creían que sería mejor. Las facturas del hospital en esos casos podían fácilmente alcanzar una suma desorbitante. Los cuidados intensivos en un hospital que un niño semejante acarreaba resultarían ruinosos, y puesto que, a largo plazo, poco había que esperar de tal tratamiento...

Sondra comprendió: el niño tendría más probabilidades de morir en casa que si lo dejaban en el hospital. Estuvo de acuerdo en verlo, y una enfermera lo llevó a la habitación metido en una pequeña cuna rodante, como si no osara tener mayor contacto físico con él. La esquina de la sábana que formaba una especie de caperuza sobre su cara estaba doblada hacia atrás para revelar unas facciones tan groseramente deformadas, tan literalmente horribles, que a pesar de estar preparada por las advertencias del médico, no pudo reprimir un grito de repulsión, como si tuviera que hacer constar de inmediato y de forma incontestable que ella no reconocía derecho de maternidad o de humanidad alguno.

Todos los rasgos faciales estaban dispuestos asimétricamente o retorcidos de un modo u otro: los ojos bizcos muy separados y achinados, la nariz un pico huesudo, las orejas malformadas y descolocadas. Pero lo peor de todo era la boca de labio leporino y paladar hendido, y dos protuberancias blanquinosas con aspecto de hongos donde deberían estar los labios, la boca que en el mismo instante del grito de repugnancia y rechazo de su madre se abrió para gritar en aparente simpatía o, por el contrario, para exigir lo que ella preferiría dejar morir antes que permitir: que le diera de mamar.

-Lléveselo -le susurró a la enfermera, y luego le dijo al médico-: Déjenme sola.

Los berridos de la cosa que había en la cuna parecieron continuar largo rato después de que se la hubieran llevado y, de hecho, no consiguieron callarlos desde ese momento en adelante, sino que, como la melodía de un anuncio que se repite incluso en sueños, siguió hora tras hora, día tras día.

Cuando lo alimentaban con preparados especiales, rechazaba la tetilla del biberón que momentáneamente había amordazado su boca deforme para gritar con renovada energía, dando manotazos a la botella

con sus manos polidáctilas como si protestara por ser obligado a beber la leche artificial, por ser obligado a vivir y sufrir.

Pues tal debía ser la razón de su llanto: debía sufrir constantemente. No era sólo que su rostro y sus miembros fueran anormales. Bajo la áspera, roja y escamosa piel, su cuerpo era un cúmulo de anomalías: el corazón enfermo congénitamente, los riñones y otros órganos plagados de lesiones. Los médicos declararon su asombro ante el hecho de que siguiera vivo una semana después de llevarlo a casa. Y Sondra, que había podido soportar el horror de su presencia sólo por la sobreentendida promesa del médico de que no viviría mucho más tiempo, empezó a dudar de esa promesa. Descubrió que por mucho tiempo que estuviera berreando, por muchas horas que hubieran pasado desde la última vez en que lo alimentaron, no conseguía reunir las fuerzas necesarias para entrar en su propio dormitorio, en el que estaba la cuna (y al que ni a Judith ni William se les permitió jamás el acceso). Tuvieron que contratar a una enfermera, la señora Ruddle, una experta enfermera mayor, de aspecto semejante al de una enana y de carácter muy animoso, que pareció tomar un verdadero afecto al bebé. Sondra pronto sintió un horror por la señora Ruddle prácticamente igual al que sentía por la cosa de la cuna; pero la señora Ruddle no podía evitarse tan fácilmente. Tenía que prepararle sus comidas, tenía que responder a sus preguntas y, de vez en cuando, era necesario simular cierto interés por el estado y comportamiento de la cosa a cargo de la cual estaba la señora Ruddle.

Las noches eran lo más difícil de soportar. La señora Ruddle no estaba allí entonces, y Sondra tenía que yacer sola en su habitación, escuchando la irregular y áspera respiración de la cosa en la cuna. No podía concentrarse en la lectura, y no podía dormir, así que veía películas en la televisión, utilizando los auriculares para evitar que la cosa se despertara y se pusiera a chillar. Lo hacía de todas formas, por supuesto, al menos un par de veces cada noche; y entonces ella tenía que levantarse y acercarse a la cuna para mecerla hasta que los chillidos se aplacaban. No podía de ningún modo sacarlo de su envoltura de mantas y sostenerlo entre sus brazos, y si el pañal estaba mojado, seguía así hasta que la señora Ruddle aparecía a las siete de la mañana.

Sondra dormía durante el día, cuando los chicos se habían marchado ya a la escuela y Ben a la oficina. Cuando estaban en casa hacía un concienzudo esfuerzo por mantener una actitud de fingida tranquilidad, como si no pasara nada, cocinando sus platos favoritos y acribillándoles a preguntas durante la cena sobre sus vidas y sus problemas. Fuera porque Ben les hubiera dado instrucciones de cómo comportarse con ella, o por su propio sentido del tacto, tanto William como Judith respetaban la regla fundamental de esas conversaciones durante la cena, tácita, de no referirse nunca a la cosa que había en la cuna ni a nada que estuviera asociado con su presencia en la casa, incluyendo la desafortunada señora Ruddle.

Se acercaba la Navidad, que dejaron pasar con la mínima expresión festiva: un árbol de Navidad artificial, adornado por William y Judith el

día de Nochebuena y desmontado por ellos mismos el día de Año Nuevo. Hicieron un modesto intercambio de regalos, que se convirtió sin proponérselo en una comedia, ya que resultó que casi todos habían comprado un suéter a casi todos (no había regalos para la cosa en la cuna, claro esta), y para cenar; desafiando toda tradición, comieron un rosbif.

La única brecha en el decoro se había producido la misma mañana de Navidad, cuando sólo Judith se había vestido para ir a misa y luego había empezado a instar a los demás a que fueran con ella. Finalmente, más enfadada que turbada, Sondra había tenido que explicar a su hijastra que, aunque era demasiado obvio para que tuviera que subrayarlo, no tenía la menor intención de sentarse en una iglesia abarrotada y escuchar a un sacerdote hablar de la maravilla y la gloria de la «Natividad». La idea le parecía una broma obscena. Judith fue sola a misa.

Mientras tanto, Ben tenía el detalle de no interferir ni ofrecerle «consejo». ¿Qué consejo podía darse? Evidentemente, Sondra se hundía bajo el peso de semejante tensión, y a él le ocurría lo mismo. ¿Pero qué podían hacer salvo esperar a que la cosa muriera, como los médicos les habían asegurado que ocurriría? En cierto sentido era una ayuda el que la cosa pareciera tan completamente inhumana. Era imposible sentir amor por ella, y por tanto Sondra se ahorraría la pena del luto. Aunque quizá se sentiría diferente cuando la cosa muriera finalmente y la incineraran. Pero un sentimiento de culpabilidad parecía más probable que la pena. Ya había empezado a sentir esa culpabilidad, como si fuera otro feto dentro de ella, no en sus entrañas, sino más arriba, cerca de los pulmones, desgarrando su caja torácica como tratando de escapar, de ser expresada mediante alguna acción visible. Sondra empezaba a comprender las historias de los penitentes que se habían arrancado los cabellos o lacerado a sí mismos con espinas.

En lugar de cometer tales dementes excesos, se aficionó a dar largos paseos a lo largo de las calles, resbaladizas por el hielo, de Willowville. Rara vez se despejaban las aceras de nieve, salvo los caminos que llevaban desde las puertas de las casas hasta la calle. Tenía que caminar por la carretera a lo largo de los montículos de nieve apilados junto al bordillo que dejaban las máquinas quitanieve. El tráfico era escaso durante el día, y sólo en escasas ocasiones tenía que echarse a un lado para dejar pasar a algún coche. El viento era extraordinario, frío y brutal, un ladrón resuelto a arrebatarle su abrigo de pieles. Le arrancaba lágrimas de los ojos que de otra manera ella no permitiría fluir. Le entumecía los pies y penetraba la fina piel de sus guantes de tal forma que, cuando regresaba a casa, una hora o dos más tarde, tenía las manos rígidas y heladas. Se metía en la cocina y sumergía las manos bajo un chorro de agua caliente hasta jadear por la magnificencia del dolor. Pero nunca pillaba un resfriado o gripe, como tampoco el pequeño monstruo, a pesar de que, por las noches, ella ponía la cuna de forma que le diera directamente la fuerte corriente creada por la ventana parcialmente abierta del dormitorio.

Realmente los llamaban monstruos en los libros de medicina, aunque por supuesto usaban la palabra griega (terata era el término) para suavizar el hecho. Toda una rama de la medicina se dedicaba al estudio de los monstruos, la teratología. Ben había llevado a casa un grueso volumen que trataba del tema. En él había una foto de otro bebé monstruo o el suyo, aunque el de la fotografía no había vivido más de una hora nacimiento. El libro decía que ningún niño afectado del síndrome Bradley-Chambers había sobrevivido nunca más de diez semanas. Era información reconfortante, aunque ella hubiera deseado que Ben hubiera fotocopiado tan sólo la página y no le hubiera mostrado el libro. Las fotografías resultaban perturbadoras; pero no podía dejar de mirarlas y de pensar en ellas. Tan pronto como estuviera completamente restablecida, pediría que le hicieras una histeroctomía. No quería correr el riesgo de quedarse embarazada de nuevo. Si se quedaba, habría una posibilidad entre cuatro de que cualquier niño que ella y Ben pudieran tener juntos estuviera también afectado por el síndrome de Bradley-Chambers. Así funcionaban los genes recesivos. Había aprendido mucho sobre herencia genética desde que había vuelto del hospital.

Cuando la novena semana se acercaba ya a la décima y la cosa de la cuna tenía todo el aspecto de estar estableciendo un nuevo récord de supervivencia con el síndrome de Bradley-Chambers, un visitante se acercó a la casa a primera hora de la tarde, despertando a Sondra del reconfortante vacío de un profundo sueño sin sueños. Al principio, confundida, pensó que el timbre de la puerta era el detector de humos de la cocina. Entonces, la señora Ruddle apareció en el arco que conducía a la galería llevando el punto que estaba tejiendo del mismo color rosa enfermizo que el suéter en el que iba embutida, como si estuviera en el proceso de darse existencia a sí misma tejiéndose.

-¿Señora Wincklemeyer? -inquirió la menuda mujer con su acento aflautado de Munchkin*-. ¿Está usted despierta? ¿Quiere que abra yo la puerta?

-¡No, no, señora Ruddle! -exclamó Sondra, alarmada por la idea de que el visitante topara con la enfermera enana. La señora Ruddle, como la cosa a la que atendía, era un motivo de vergüenza para Sondra, un esqueleto en el armario, y debía mantenerse en secreto tanto tiempo como fuera posible-. Por favor..., vuelva al dormitorio.

La señora Ruddle frunció los labios que llevaban una gruesa capa de carmín en una sonrisa de obediencia, y desapareció por el mismo sitio que había venido.

Sondra se arregló los cabellos desordenados por el sueño frente al espejo del recibidor y luego abrió la puerta para enfrentarse, a través del panel escarchado de la puerta exterior, con la silueta de un hombre vestido de negro.

-¿Señora Wincklemeyer? -preguntó con el tono tranquilizador de un consolador profesional. ¿El director de una funeraria?, se preguntó

---

* Nombre de los enanos ayudantes que aparecen como personajes en el cuento El mago de Oz *(N. de la T.)*

ella, con un irracional y breve sentido de júbilo. Entonces, a través de la capa de escarcha, distinguió el alzacuello de un sacerdote católico.

-¿Sí? -replicó ella, todavía con la puerta cerrada-. ¿Qué desea?

-Soy el padre Youngermann -contestó él, saludando con el sombrero-, de la parroquia de Nuestra Señora de la Merced en St. Paul. Quisiera hablar con usted, si no es mucha molestia.

Youngermann, pensó Sondra mientras lo observaba despojarse del abrigo en el recibidor. Qué curioso que se llamara así. Lo primero que había pensado, tras percibir el alzacuello católico, era que parecía demasiado joven para ser cura. Podía muy bien ser más joven que ella. No recordaba haber conocido a un sacerdote más joven que ella.

Resultaba desconcertante. Sin ser invitado a ello, el joven sacerdote entró en la sala de estar y echó una mirada a su alrededor, como un invitado recién llegado a una fiesta esperando no ser el primero.

-Supongo que el señor Wincklemeyer no habrá vuelto todavía a casa a esta hora.

-No.

-Sé que Nuestra Señora de la Merced ya no es su parroquia, y que verdaderamente no debería meterme en el terreno del padre Durling aquí en Willowville.

-No es asunto mío -dijo Sondra, encogiéndose de hombros-. Yo no diría que tengo una parroquia, puesto que estoy divorciada.

-Pero tengo entendido -prosiguió el padre Youngermann, tras asentir con grave gesto- que ha estado educando a su hijo William en la iglesia, y que su hijastra es una católica practicante, una ferviente católica incluso, según me han dicho.

-¿Por qué ha venido, padre? -«Padre», la palabra le escocía. Él no era su padre, y le molestaba tener que dirigirse a él como tal.

-Sólo porque, según he sabido por mi trabajo en el hospital, ha tenido usted otro hijo.

Ella lo miró impasible, sin asentir ni contradecirlo, sencillamente esperando a que continuara hablando.

-Al parecer, no se ha registrado el bautizo del niño. En realidad, el certificado de nacimiento sólo dice «Varón». ¿Ha sido bautizado?

-¿Quién le ha enviado aquí?

-Nadie en absoluto, señora Wincklemeyer. He venido por iniciativa propia. Como ya le he dicho, no es un asunto de la parroquia. Estoy aquí por una preocupación personal.

-Estoy conmovida.

-Por supuesto, comprendo lo que debe haber sentido y lo que debe sentir aún, un fuerte shock emocional. Incluso cuando no se presentaban complicaciones, el parto puede ser...

-Ahórrese sus frases compasivas y vaya al grano.

-Muy bien -dijo él, torciendo el gesto-. Se trata de lo siguiente: quiero bautizar a su hijo, si no está ya bautizado.

-Lo siento, eso está fuera de toda discusión.

-Y yo también lo siento, señora Wincklemeyer; pero como representante de la Santa Madre Iglesia, debo insistir en que se haga lo necesario para que se bautice al niño. No puede posponerse más. El

padre Durling ha intentado hablar con usted por teléfono y yo también. Pero continuamente nos respondía un contestador automático. Respeto su deseo de intimidad en estos momentos, pero según creo el niño está en peligro constante de morir sin haber recibido el sacramento del bautismo. Su deber como madre y como católica...

Sondra había estado esperando que el sacerdote dijera lo que había venido a decir antes de librarse de él, y lo último que deseaba en aquel momento era una pelea, pero su ofrecimiento de instruirla en su deber de madre fue demasiado para ella. Alzó la mano como un guardia urbano dirigiendo el tráfico, para que se detuviera.

-Le haré una proposición -dijo-. Si quiere bautizar a la cosa que está ahí dentro, tendrá que adoptarla.

-Lo siento, señora Wincklemeyer -respondió él, con un bufido de incredulidad-, pero obviamente, como sacerdote, no puedo siquiera considerar esa posibilidad. En cualquier caso, ésa no es la cuestión. La cuestión es la salvación del alma inmortal de su hijo.

-Estoy segura de haber leído algo en una revista sobre un sacerdote que había adoptado a un niño recientemente. De todas formas, ésa es mi proposición, tómela o déjela.

-Lo siento, señora Wincklemeyer, pero no comprendo su negativa a que el niño sea bautizado. Los sufrimientos que ha tenido que padecer aquí abajo aumentarán su gloria en el cielo, pero si se le niega cualquier esperanza de salvación por la falta del sacramento del bautismo...

-Vaya, hasta hoy no me había dado cuenta de lo insensata que es la idea. Un poco de agua sobre la frente y unas pocas palabras, e irá al cielo...¿y sin el agua y las palabras, qué? ¿el fuego del infierno? Millones de bebes en el mundo deben morir sin ser bautizados. Todos esos que no nacen por causa del aborto. ¿Van todos ellos al infierno? ¿Ésa es la idea que Dios tiene de la justicia?

-No somos nosotros quienes debemos cuestionar la voluntad de Dios, señora Wincklemeyer. Debemos aceptar las enseñanzas de la Iglesia sobre la fe. Sin fe no tenemos nada.

-¿De verdad? Sin fe, sin mi fe, usted se quedaría sin trabajo. Pero no quiero entrar en tontas discusiones. Dios no tuvo nada que ver con... Me niego incluso a decir que sea un niño. No lo es, es un monstruo. No debería haber nacido, no puede vivir mucho más y no quiero que lo bauticen. No quiero ni siquiera que tenga nombre. En lo que a mí respecta es como un tumor que me hubieran extirpado. Un tumor que llora y se caga en los pañales. Me limito a esperar. Eso es todo.

-¿Esperar?

-A que esa cosa se muera. Y a que usted se vaya.

El sacerdote suspiró profundamente.

-¿Puedo al menos ver al niño?

-Le he pedido que se vaya.

-¿Padre Youngermann? -Era la voz aflautada de la señora Ruddle, que estaba de nuevo bajo la arcada que conducía a la galería-. Tengo al bebé aquí. -Le tendió el confuso montón que acunaba en sus brazos. El sacerdote atravesó la sala de estar en dirección a la señora Ruddle. Sondra no se opuso de inmediato. Sentía curiosidad por observar su

reacción cuando viera el rostro de la cosa. No fue exagerada; sólo apretó la mandíbula y entornó los ojos. Luego buscó en el bolsillo derecho de su chaqueta y sacó una banda de ropa de color, que besó y se colocó alrededor del cuello a modo de bufanda. Del otro bolsillo sacó un pequeño frasco plateado.

Estaba claro que pretendía seguir adelante con el bautizo a pesar de que ella le había dicho que no. Sondra pensó en intentar arrebatarle el bulto a la señora Ruddle por la fuerza, pero su aversión al contacto físico con la cosa que llevaba la enfermera en los brazos era aún más fuerte que su ira. En su lugar, sin tener que reflexionar, corrió a la cocina y abrió el armario que había bajo la fregadera. Allí, bajo el goteante tubo del desagüe que Ben decía siempre que iba a arreglar, estaba el cubo de plástico que recogía el agua. Estaba lleno de agua estancada en sus tres cuartas partes. Liberó el cubo de debajo de la tubería en forma de U, derramando sólo un poco, y se apresuró a volver a la sala de estar, donde encontró a la señora Ruddle sosteniendo la deforme cabeza de la cosa por encima del enorme cenicero de cristal blanco y azul que había sobre la mesita del café, de modo que el cenicero sirviera de pila para el bautismo. El sacerdote había empezado ya a verter el agua del frasco plateado y a pronunciar las palabras del sacramento. -Te bautizo en el nombre del Padre...

Sondra arrojó el agua sucia del cubo y ésta formó un arco a través de la sala de estar para empapar al sacerdote, la señora Ruddle y el niño aún sin bautizar, aún sin nombre, que empezó entonces sus acostumbrados berridos. El sacerdote se quedó paralizado unos instantes, mirando con rabia no expresada a Sondra; estaba tan horrorizado por el sacrilegio contra su propia persona que olvidó por completo continuar con el galimatías del bautismo. La señora Ruddle, con menos recursos de entereza en sí misma, se retiró con el niño en brazos a la seguridad del dormitorio.

-Yo te bautizo -exclamó Sondra con satisfacción, dejando el cubo en el suelo y dándole una patada al estilo futbolístico, en dirección hacia el sacerdote. Luego, sintiéndose inspirada, añadió-: ¡En el nombre de la Madre!

-¡Podría denunciarla por lesiones!

Le chorreaba el agua por el negro tejido de su chaqueta, y algo de porquería se había quedado pegada, igual que un sello de correos, en el blanco alzacuello bajo el mentón.

-Le he pedido que se fuera y no se ha ido, no he hecho más que defender mi propiedad... y mi hijo. Y si no se marcha ahora mismo llamaré a la policía.

El sacerdote sopesó esas palabras durante unos instantes. Luego mudó su gesto.

-Que Dios la perdone, señora Wincklemeyer. Que Dios la perdone. Tras haber reafirmado los altos fundamentos morales, se retiró hacia el recibidor y empezó a ponerse el abrigo. Pero un vistazo al forro de seda del mismo lo convenció de llevarlo doblado sobre su brazo. Al llegar al umbral de la puerta vaciló, como si hubiera olvidado algo, y así Sondra tuvo la satisfacción de darle un portazo en las narices.

Sólo cuando su coche, un Audi 5000 negro, se alejó, se dio cuenta Sondra de lo que el sacerdote había olvidado: había depositado el frasco plateado de agua bendita junto al encendedor decorativo que había sobre el estante, mientras se entretenía con el abrigo, y allí estaba el objeto. Sondra lo cogió y olió el contenido. El agua bendita no tenía un olor definido. El tapón de rosca, unido al frasco por una cadena de delicados eslabones, tintineaba aburridamente contra los lados plateados del frasco. Sondra contempló su cara en ese espejo distorsionador. La frente abultada, los ojos deformados y asimétricos. Descubrió los dientes con una sonrisa de concurso de belleza, y ladeó el frasco para exagerar el efecto de ferocidad con los colmillos. Ahora parecía la auténtica madre del niño monstruo. Ahora...

Pero no tenía que meditar nada. Simplemente lo haría, del mismo modo que había arrojado el agua sobre el sacerdote. Aún podía sentir, en los brazos y en lo más profundo de los músculos de la espalda, la satisfacción de aquel acto, el hormigueo y la vivacidad de cuando había estado nadando un buen rato.

Enroscó el tapón y se metió el frasco en el bolsillo posterior de los vaqueros. Devolvió el cubo de plástico a su sitio, bajo el tubo del desagüe de la fregadera. Nada podía hacerse con las manchas que el agua había dejado sobre la blanca alfombra, y en cualquier caso tenía que llevarla limpiar. Se encaminó al dormitorio y llamó a la puerta.

En el interior, el bebé empezó a llorar y la señora Ruddle emitió un tembloroso «¿Sí?».

-Señora Ruddle. Necesito saber si fue usted quien hizo venir aquí a ese cura.

La señora Ruddle no contestó de inmediato. El bebé detuvo su llanto como si adivinara que su propio destino estaba en juego. Sondra había empezado a sentir una extraña compasión por él; no era amor en el sentido usual, y por supuesto no era amor «maternal». Se trataba más bien de lo que uno podía sentir por el personaje de una película extranjera, en otro idioma y filmada en blanco y negro.

-¿Señora Ruddle?

La señora Ruddle abrió la puerta. Se había puesto el anorak y un gorro de invierno con orejeras de piel. Llevaba su cartera y una bolsa abarrotada de novelas, el punto, cuadernos de crucigramas y demás parafernalia de alguien a quien se paga por sentarse y aburrirse durante días interminables.

-No me arrepiento -replicó, dedicándole a Sondra una mirada desafiante-. He hecho lo que me ha dictado la conciencia. Yo no trataría ni a un animal del modo en que usted trata a ese pobre niño. Ni siquiera le permite la dignidad de tener un nombre. ¡Hasta un perro tiene nombre!

-No tengo intención de discutir con usted, señora Ruddle.

La señora Ruddle apartó a Sondra para pasar, atravesó con paso airado la galería y la sala y llegó al recibidor. Sondra sintió verdadero pesar por no poder agradecerle a la mujer que se hubiera anticipado a su despido y que no hubiera opuesto resistencia ni protesta. Había esperado tener que soportar una escena. Por el contrario, la señora

Ruddle prácticamente salía volando de la casa. Era una pena que no pudiera ofrecerle una palabra amable de despedida, o una muestra de su aprecio; pero si adoptaba un tono comprensivo o apaciguador podía quizá retrasar o incluso detener su marcha.

Se oyó cómo la puerta principal se cerraba violentamente.

Sondra volvió adonde estaba la cuna. El niño (había empezado a pensar en él como en un niño y le parecía ominoso, una señal de que estaba ablandándose; pero no podía aplazar por más tiempo lo que debía hacerse) la miraba con sus ojillos y el puño deforme apretado contra la boca sin labios. Estaba callado, como si supiera que corría peligro.

Sondra intentó pensar qué podía utilizar. Una almohada de la cama podría resultar difícil de manejar. ¡La mantilla! La mantilla que había tejido la señora Ruddle de su interminable ovillo de lana rosa, y que colgaba entonces del respaldo de la silla junto a la cabecera de la cuna. Cogió la mantilla por el dobladillo bordeado de satén, desprendiéndolo de la silla... No podía pesar más de una libra. ¿Habría existido alguna vez un arma asesina más improbable?

En realidad no le quedaba otra alternativa. La cosa no mostraba síntoma alguno de empeoramiento. Podía vivir durante años, con un dolor constante, y convirtiendo las vidas de todos los que le rodeaban en una pesadilla. Estaba bien claro lo que había supuesto para Madge Michaels soportar la carga del vegetal atado a la cama que era su hijo. Y Ned no era un monstruo, pero el suyo, sí vivía... Siempre, antes de ese «si», Sondra apartaba aquella idea de su imaginación, como apartaba los ojos cuando veía el rostro del niño.

Colocó la mantilla sobre la cabecera de la cuna y sacó el frasco de agua bendita del bolsillo del pantalón. Ahora que ya había resuelto matar al niño, estaba dispuesta a aceptar que, legal y teológicamente, era humano. Lo bautizaría ella misma, y si había un cielo al que únicamente se pudiera acceder mediante el bautismo, entonces llegaría con el billete de entrada en la mano. Echó un chorro de agua bendita sobre su cabeza y recitó la sencilla fórmula que no había permitido completar al sacerdote: «Te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Luego cogió la mantilla rosa, la dobló dos veces, la apretó contra el rostro del niño y la mantuvo firmemente en el mismo sitio hasta que los débiles movimientos de sus miembros cesaron y dejó de respirar.

Tras tantas semanas de agonía, qué fácil había sido. Como si la muerte fuera una habitación iluminada por el sol a la que se entrara por una puerta en la que se dijera: PROHIBIDO ENTRAR. Uno sólo tenía que ignorar la prohibición y entrar. Sintió una confianza vacilante, como la primera vez que tomó un coche tras dos meses de aprendizaje en una autoescuela, más bien esperanza que confianza, la esperanza de que el suicidio no fuera más difícil que el asesinato. Tenía el frasco de somníferos, todavía casi lleno, al fondo del cajón de la mesita de noche. Se tomó cinco pastillas de una vez, utilizando parte del agua bendita para tragarlas. Entonces recordó la advertencia del médico de no tomar nunca alcohol y Tuinal al mismo tiempo, puesto que la combinación era

una receta segura para el olvido instantáneo. No quería abandonar el dormitorio, el cadáver de la cuna confería a la habitación una tranquilizadora sensación de paz y conclusión que no encontraría en ningún otro lugar de la casa. Pero no podía aplazar la toma del alcohol, podía quedarse dormida, sólo dormida, si no actuaba enseguida.

El aparador que servía de mueble bar había sido sustancialmente vaciado en las últimas semanas. Tanto ella como Ben habían estado bebiendo en abundancia, y nadie se había preocupado por reponer las existencias. Podía elegir entre jerez, crema de menta, vermut, coñac Christian Brothers y tequila. El coñac parecía menos proclive a producir vómitos y el hecho de que hubiera sido el regalo de uno de sus parientes pobres, un tío que visitó Twin Cities por un funeral familiar, le daba un toque de justicia poética. Vertió un poco en una copa, añadió el resto del agua bendita para mitigar el fuerte sabor del coñac y engulló otras diez tabletas. Luego volvió a llenar la copa y vaciló entre volver al dormitorio o quedarse en la sala de estar, que parecía, ahora que ya estaba allí, el lugar de la casa más adecuado para morir, por su mobiliario de grandes proporciones y estilo de sala de espera, sus fríos colores y su desnudo anonimato. Qué bien reflejaba sus vidas. Se dejó caer pesadamente sobre el sofá de módulos y fijó la vista en el estucado grumoso del techo. Notaba la primera oleada de mareo nublando sus pensamientos. Era una sensación sorprendentemente agradable.

Siempre se había preguntado cómo sería morir. Todo el mundo debe morir. Uno espera que no sea demasiado doloroso o demasiado prolongado. Había pensado que un súbito y violento accidente sería lo mejor, como en el caso de Henry. Casi le había envidiado la facilidad de su muerte. El cáncer debía ser lo peor. Cangrejos comiéndoselo a uno desde dentro. Horrible.

Tomó otro sorbo de coñac y sintió que algún delicado equilibrio digestivo había pasado del bienestar a las náuseas. Debía evitar el vómito. Si convertía su suicidio en una chapuza, casi con toda seguridad acabaría en la cárcel por asesinar al bebé. No podía esperar que un jurado se mostrara comprensivo con ella. La gente decía que el suicidio era un modo de engañar a la muerte, pero ella siempre había sido una tramposa, así que no le importaba. Había engañado a Henry y no le había preocupado lo más mínimo. Si no había engañado a Ben, era sólo porque no la habían tentado. Había tenido una vida cómoda; era perezosa. Un día seguía a otro, sin problemas, sin quejas, pero también sin personalidad, como la habitación en la que se hallaba.

Decidió que, después de todo, sería mejor morir en el dormitorio. Depositó la copa, cuidadosamente, sobre la mesita del café, junto al cenicero azul y blanco. Necesitó de toda su concentración para ponerse en pie; le resultaba casi imposible caminar. El tronco quería adelantarse a las caderas. La alfombra blanca se extendía ante ella como la arena de un vasto desierto. La luz se había vuelto demasiado brillante.

Tenía la molesta impresión de que había dejado algo importante por hacer. Cuando alcanzó la puerta del dormitorio recordó que no había dicho «amén» al final del bautismo. ¿Serviría sin el «amén»? ¿Era

demasiado tarde para añadirlo? Tenía la mano sobre el pomo de la puerta, pero no podía girarlo para que ésta se abriera. Empezó a doblarse hacia delante, y en esa ocasión no pudo evitar caerse. Yaciendo ya sobre la alfombra, trató de susurrar el «amén» del bautismo, pero ya ni siquiera los labios y la lengua la obedecían. En realidad no importaba. Dios no podía ser tan estúpido. Cerró los ojos y se abandonó, agradecida, a la facilidad y comodidad de la muerte.

53

Ben le pidió a la señora Ruddle que se quedara en el coche hasta que él hablara con Sondra y se asegurara de que se había apaciguado. La misma ñora Ruddle estaba en tal estado de nervios que, a pesar de su habitual talante taciturno y reservado, le había contado ya dos veces la visita del padre Youngermann y su frustrado intento de bautizar al «pobre niño». En un determinado momento se mostraba profusamente arrepentida de haber llamado al sacerdote, y al siguiente bufaba de cólera contra Sondra por haber vaciado el cubo de agua sobre el sacerdote. «También a mí me ha empapado, pero eso no importa. No la culpo, estaba tan trastornada que no sabía lo que hacía. ¡Pero a un sacerdote, hacerle eso a un sacerdote!» Los dos objetivos expresados por la señora Ruddle y por los que volvía a la casa con Ben eran ofrecerle sus excusas a Sondra (y tratar de recuperar el empleo) y, si las excusas no producían el efecto deseado, recoger varios objetos de su propiedad que había olvidado en la excitación de su primera marcha: un paraguas, unos chanclos, una caja de sobres de té light y una mantilla tejida a mano que había dejado junto a la cuna del bebé. «¡Y lo que será de ese pobre niño sin mí, le aseguro que no lo sé!» Ben había conseguido contener su malhumor mientras la señora Ruddle proseguía su interminable monólogo, aunque el efecto acumulativo que éste había producido en él resultaba casi tan enloquecedor como permanecer despierto con los berridos del niño. La señora Ruddle se había presentado en su despacho a media tarde y se había negado a darse por aludida cuando la señora O'Meara le había dicho que Ben se hallaba en una reunión. Se había limitado a esperarlo fuera hasta que, a las cuatro, él había accedido a verla, dando pie así al largo lamento. Escuchar a la señora Ruddle era como oír las estridentes y no negociables exigencias del bebé puestas en voz de un adulto. No era de extrañar que Sondra hubiera acabado por estallar bajo la tensión de convivir día a día con aquel par, el bebé y su niñera. Cuando llegaron a Willowville, Ben se inclinaba a pensar que de los dos, la señora Ruddle era la peor.

Aunque ya se había puesto el sol, no había una sola luz en la casa, ni siquiera el destello de una pantalla de televisión. Pero eso sólo significaba (supuso Ben) que Sondra estaba haciendo la siesta y que los chicos aun no habían vuelto de la escuela. «¿Sondra?», llamó, al tiempo que recocía la sala de estar encendiendo la lámpara y las luces en general. Había una copa casi vacía sobre la mesita de café, en medio de un pequeño charco de cognac derramado. «¿Sondra?», repitió, alzando

la voz. Miró en su despacho, donde en ocasiones sesteaba sobre el sofá de piel para estar lejos del bebé, pero no había señales de ella allí, ni tampoco en el dormitorio de Ben.

Incluso en el momento en que la descubrió tendida en el pasillo junto a la puerta de acceso a su propio dormitorio, su primera suposición, recordando la copa, fue que estaba borracha, y cuando se detuvo junto a ella para levantarla y llevarla a la cama, tenía una sonrisa de conmiseración e indulgencia en los labios. Sólo cuando entró en el dormitorio cargando su peso en los brazos se dio cuenta, por la absoluta inmovilidad de su cuello y sus brazos, que no era una borrachera sino la muerte. La colocó en el suelo para administrarle el boca a boca, aunque sabía por la frialdad de sus manos y su cara que ya era demasiado tarde. Luego, cuando aspiraba la última bocanada de aire que tenía intención de soplar en sus callados pulmones, la cosa de la cuna empezó a llorar. Al principio sólo era un débil lloriqueo; luego un grito más alto, pero con una interrupción, como si tuviera alguna dificultad mecánica para respirar.

Antes incluso de mirar al interior de la cuna y ver la doblada mantilla cubriendo aún el pequeño y repugnante rostro del niño, Ben comprendió lo que había pasado. Sondra creía haber puesto fin a la miseria de la cosa y luego, incapaz de sobrellevar la culpa de su acción, se había suicidado.

Pero la culpa era de él... Él sabía hacia semanas lo que tenía que haber hecho. Debía haber matado al mocoso él mismo, y no dejárselo a su mujer. El infanticidio era una tarea de hombres, y él podía haberlo matado con tan pocos remordimientos de conciencia como el propio Herodes. Tan sólo el temor de que sospecharan de él y lo llevaran a juicio lo había retenido... Ahora, Sondra estaba muerta, y el pequeño cabrón seguía vivo y dispuesto a continuar el largo lamento de su existencia.

No. No permitiría que la muerte de Sondra se convirtiera en una broma pesada. Alzó al chillón infante por la garganta, y apretó. La grotesca faz se tornó rojo cereza, y la lengua asomó por la doblemente deformada boca. Sacudió el cuerpo hasta que oyó algo rasgándose, y entonces, reprimiendo el deseo de arrojarlo contra la pared, para mayor seguridad, lo dejó caer en la cuna, ansiando que ésta fuera un pozo sin fondo, un incinerador, una tumba. No se había dado cuenta, hasta que había rodeado su cuello con la mano, de cuan profundo era su odio por la cosa. El suicidio de Sondra parecía más comprensible ahora. Debía haber sentido la misma satisfacción al pensar en su muerte, en lugar de remordimientos, culpabilidad o cualquier otra reacción moralmente adecuada. En su lugar, sólo había ese júbilo obsceno, ese orgullo, ¡como si hubiera derrotado a un enemigo en un combate singular! Qué pozo negro es el ser humano... O, como había dicho alguien famoso, probablemente Shakespeare en una de sus obras, «¡Qué mierda es el hombre!»

Volvió a poner la mantilla sobre el rostro del bebé. Recogió de nuevo el cuerpo de Sondra, que antes le había parecido más liviano, y ahora estaba casi más allá de sus fuerzas, y la sacó del dormitorio.

A pesar de que le había ordenado que se quedara en el coche, la señora Ruddle había entrado en la casa. William y Judith estaban con ella. Al ver el cuerpo de Sondra en los brazos de su marido, la señora Ruddle se volvió entrometidamente profesional, ordenando a Ben que colocara el cuerpo sobre el sofá de módulos para que ella lo examinara, y a William que telefoneara al hospital.

-Yo mismo la llevaré al hospital -insistió Ben-. Será más rápido que esperar una ambulancia. William, ¿podrías abrirme la puerta?

-El bebé -interrumpió Judith-, ¿cómo está el bebé?

-El bebé está muerto.

-No -denegó la señora Ruddle, con calmosa autoridad de enfermera-, eso es imposible.

-¿Es que no lo entiende? -Clavó la vista en la enfermera, tratando de imponer su autoridad-. Sondra ha matado al bebé, y luego se ha suicidado.

-No, el bebé aún está vivo. Lo he oído justo instantes después de cruzar la puerta. Estaba llorando, y luego, de repente, se ha detenido. Todos lo hemos oído. -Se volvió hacia William-. ¿Verdad?

-Yo no he oído nada -negó William, sacudiendo la cabeza.

-Debe haberse confundido, señora Ruddle. El niño está muerto. Véalo usted misma. Pero quizá todavía haya esperanzas para Sondra... Debo llevarla al hospital. -En realidad, estaba deseando salir de la casa y desembarazarse de la señora Ruddle.

William se dirigió a la puerta principal y la mantuvo abierta.

-Tú has oído llorar al bebé -insistió la señora Ruddle, asiendo a Judith por el brazo-. ¿Verdad que lo has oído? ¿Verdad?

Judith miró a su padre y apartó la vista. No necesitaba más explicaciones. Comprendió todo lo que había ocurrido.

-Si, he oído llorar al bebé -declaró con un asentimiento de cabeza.

La señora Ruddle apretó los labios en una mueca de triunfo y se dirigió al teléfono. Marcó el 911, y cuando la operadora contestó pidió que la pusiera con la policía.

Ben depositó el cuerpo de Sondra sobre el sofá. Miró a Judith. Judith bajó la vista y la posó sobre la mancha de la alfombra. William, en el recibidor, cerró la puerta.

A partir de ese momento, todo parecía inevitable: el arresto, la acusaron, el juicio. Y el veredicto. Ben Wincklemeyer había matado a su hijo sin nombre. Eso quedaba establecido. La única cuestión que quedaba por eso ver era si se le permitiría declararse culpable a cambio de rebajar a acusación de asesinato en primer grado.

Con pesar por su propia estupidez y admiración por su mayor valentía, Ben en besó a su esposa y esperó a que llegara la policía.

54

Por el momento, dos semanas desde que había dado comienzo el mes, abril no había representado un cambio demasiado importante con respecto a marzo. Había desaparecido el lodo de las calles, y la mayor parte de los jardines habían mejorado del pardo al verde. Pero sólo un

jardín podía disfrutar de aquel tiempo, con un día gris tras otro y la temperatura rara vez por encima de los quince grados.

Los dos últimos fines de semana habían sido fríos, y había estado lloviznando. Y ahora, el primer día de las vacaciones de Semana Santa llovía a cántaros desde primeras horas de la mañana. William se moría de ganas de salir de la casa, donde se sentía tan prisionero en su dormitorio como si fuera Ned. La casa Obstschmecker ya no era la gran mansión que él había conocido de pequeño. Carecía de espacios abiertos, y no había divisiones tipo rancho de los Wincklemeyer. Esta casa era como el cubil de los pequeños mamíferos del zoológico Como: una colmena de pequeñas madrigueras separadas, cada una de ellas con su olor propio y peculiar, que se mezclaba con los demás para crear un único e insoportable hedor a mamífero. En teoría, después de haber convivido con un olor durante largo tiempo, se supone que uno se acostumbra a él, de modo que se convierte en algo tan difícil de detectar como el mal aliento propio. Pero William llevaba ya dos meses en la casa, y cada vez que entraba en ella retrocedía ante la amalgama de olores: el cubo para los pañales junto a la cama de Ned, la madera podrida, la leche requemada, los ceniceros en acre y su variada asociación con las ondanadas, un par de veces al día, del ambientador favorito de la abuela Obstschmecker con olor a pino.

Habitualmente podía concentrarse en las tareas escolares. A pesar de su facilidad para asimilar los libros de texto científicos directamente a través de su corriente sanguínea como sistemas de verdades evidentes, a pesar de la ayuda que recibía de su ordenador Apple, había una cierta cantidad de tareas pesadas que debían ser realizadas para satisfacer las exigencias de sus profesores de física y química. Para inglés había una inacabable lista de libros que leer: Orgullo y prejuicio, El retrato del artista adolescente, 1984; novelas prolijas todas ellas, con tono de sermón, que uno debía «considerar» bajo la luz de la profesora de inglés, la señora Simms. Se parecía mucho a las clases de catecismo de Nuestra Señora de la Merced, con la única diferencia de que uno tenía que dar las respuestas correctas «en palabras propias», en lugar de recitarlas. La historia americana era similar, salvo por el hecho de que el señor Raab había retrasado prudentemente la marcha del tiempo para que sus clases no se encontraran con polémicas vivas que pudieran provocar las quejas de los padres de alguno de los alumnos. Estaban ya a mediados de abril, y acababan iniciar las causas de la Primera Guerra Mundial. Tenía que redactar quinientas palabras sobre el tema para la clase del lunes. No bastaría con decir que las causas habían sido la estupidez o la codicia. El señor Raab quería héroes, villanos y problemas éticos con tres razones a favor y tres contra, lo que significaba una elaborada paráfrasis de la versión oficial expuesta en su libro de texto, De océano a océano resplandeciente. Eso es lo que haría, igual que antes para los temas «La grandeza de Roosevelt» y «La importancia del ferrocarril en la conquista del Oeste», con el resultado esperado de que estaba obteniendo una nota de sobresaliente bajo en la asignatura de Raab; aunque probablemente más como una muestra de

simpatía que por sus trabajos superficiales y remozados. (Para ser justos con Lilah Gerhart, ésta le había calado a ese respecto.)

El suicidio de su madre y la sentencia a cinco años de prisión para Ben habían convertido en parias a William y a Judith en St. Tom, no por maldad de nadie, sino porque nadie sabía qué decirles. Y luego, cuando para acabar de empeorar las cosas empezó a ser manifiesto que Judith estaba embarazada y cuando surgió el rumor, tan natural como las malas hierbas, de que el padre era su propio padre (quien, después de todo, se había declarado culpable de matar a su hijo), a Judith le había sido imposible permanecer en St. Tom. Si la noticia de su embarazo llegaba a la prensa, la publicidad sería fatal para el instituto. El señor Paley era demasiado diplomático, sin embargo, para expulsar a una alumna brillante con posibilidades de ser la elegida para dar el discurso de despedida del día de la graduación. Por el contrario, adelantaron la entrega de su diploma a principios de marzo, tras lo cual Judith acudió rápidamente al lado de su madre, en Florida, fuera del alcance del escándalo. Y así, tras tantos años, Rhoda Wincklemeyer ganó por fin la batalla largamente disputada por la custodia de su hija.

William no había pedido, ni hubiese aceptado, una despedida del St. Tom, que hubiera conllevado su abandono del Programa de Ingresos Anticipados sin diploma, obligándole a acudir a otra escuela para repetir el ultimo curso, perspectiva ésta harto desagradable. En cualquier caso, el modo más sencillo de evitar ser enterrado por una avalancha de malos sentimientos era concentrarse en lograr buenas notas. Estudió con tanta intensidad como se supone que estudian los niños japoneses; con exclusión de todo lo demás, como si su vida dependiera de ello. No era que no sintiera una auténtica pena. Se sentía terriblemente mal por lo que había ocurrido, y temía que aún quedara lo peor por venir. Pero ¿qué iba a conseguir dejando la escuela? Le servía de gran ayuda tener algo que hacer, una rutina que seguir, comidas que comer, tareas que cumplir, una vida que fingir vivir. Si uno fingía durante el tiempo suficiente, empezaba a ser real. Seis semanas más y obtendría su diploma, y luego empezaría a estudiar en la universidad. Las vacaciones de verano no importaban. Seis semanas no eran nada. Había personas en el Libro Guinness de Récords que habían vivido en jaulas llenas de serpiente venenosas más de seis semanas.

Tales eran las buenas intenciones de William y, por lo general, podía confiar en su fuerza de voluntad para seguir adelante. Sin embargo, en ocasiones se mostraba nervioso o colérico o deprimido hasta tal punto, que tenía que hacer algo más que sentarse a estudiar o juguetear con el Apple o mirar la televisión. Necesitaba sentir que ejercía una influencia sobre el mundo. Tenía que utilizar el caduceo y sentir su poder. Pero no con las personas (se lo había prometido a sí mismo); eso, nunca más. Teniendo a la vista el perenne buen estado del olmo del jardín de atrás y de los otros olmos de Brosner Park, cuyas vidas y ramas había salvado, limitó el uso de su poder estrictamente a fines arbóreos. Ataba trozos de hilo amarillo a los árboles que pensaba condenar (a menudo junto a deshilachadas cintas de color amarillo, restos de la crisis de los rehenes) y trozos de hilo rojo a los árboles que

iban a sobrevivir. Sólo en las dos últimas semanas, cuando se abrieron los primeros brotes en los árboles, se hizo patente el resultado de sus servicios. A lo largo de la hilera de casas de nueva construcción que tanto habían disgustado a Madge, se habían agostado los retoños de arces y se veían sus jóvenes y frágiles troncos sin vida, como las diminutas parcelas de hierba a su alrededor. Pero contra aquellas plantas que a William más le hubiera gustado ver perecer, es decir, las densas cortinas de plantas colgantes que obscurecían tantas habitaciones de la casa Obstschmecker, el poder del caduceo era inútil, puesto que había sido ese mismo poder originalmente el que les había conferido tan extraordinario vigor. Confinadas a pequeñas macetas, mal cuidadas, podadas y maldecidas, nada podía inhibir su vitalidad, comparable a la de las plantas trepadoras. Tanto si era para bien como para mal, lo que el caduceo había hecho no podía deshacerse más tarde.

Por tanto, no había utilizado el caduceo para conferir el don de una salud inquebrantable al feto que llevaba Judith en su seno, como había hecho con su hermano. Se suponía que un bebé que padeciera el síndrome Bradley-Chambers no podía sobrevivir, pero ¿quién sabía cuanto tiempo hubiera seguido viviendo (o en qué se hubiera convertido) de no haberlo matado Ben? Y a causa de que William era el hijo de su madre y Judith era la hija de su padre, existía la posibilidad, menor que en el caso de sus padres, pero no desdeñable, de que un hijo nacido de su unión tuviera también el síndrome de Bradley-Chambers. Las probabilidades cuando ambos padres tenían ese gen recesivo eran de una entre cuatro, y las probabilidades de que se transmitiera el gen recesivo a niños que de otro modo, serían normales, era de una entre dos. Por tanto, era un riesgo de uno entre dieciséis. Además, no existía modo de determinar si él o Judith eran portadores de ese gen. La prueba estaba en el pene. Sin embargo, era posible determinar, mediante amniocentesis, si el feto taba afectado por el síndrome de Bradley-Chambers. Pero Judith se había do a nacerse esa prueba. «No tendría sentido -había explicado cuando lo discutió por última vez la noche antes de irse a Florida-. Sólo haría más difíciles los últimos meses de embarazo si las pruebas dieran un resultado positivo. No puedo creer que pienses que yo abortaría después de todo lo que me has oído decir sobre ese tema.»

-Nunca viste qué aspecto tenía esa cosa -protestó William, con triste acento.

-Por horrible que fuera su aspecto, era un ser humano. De todas maneras no es cierto. Lo vi. Le pagué cinco dólares a la señora Ruddle para que me dejara entrar cuando Sondra no estaba y acuné al bebé en mis brazos. Me sentía culpable por actuar a espaldas de Sondra, pero creí que debía saber cómo era.

-Había oído llorar a la cosa. Siempre sufría, cada minuto de su vida. Si tuvieras una mascota que padeciera constantemente, tendrías la bondad de poner fin a sus sufrimientos. Pero no le demostrarías a un ser humano la bondad que le demostrarías a una mascota...

-Si no recuerdo mal, ése fue uno de los argumentos que el abogado defensor de papá utilizó durante el juicio. No convenció al juez, y no me convence a mí. Realmente me has decepcionado, William. No esperaba que estuvieras a favor de asesinar a nuestro propio hijo. Pensaba que tenías algo más de decencia.

-Tan sólo hablo a favor de la amniocentesis, de que sepamos a qué atenernos.

-Sea lo que sea, soy yo quien tiene que hacerse la prueba, no tú. Y no existe ninguna razón médica válida para correr ese riesgo. Hay un riesgo en la amniocentesis, ¿sabes?, una probabilidad entre ciento cincuenta de inducir el aborto, y sin que produzca ningún beneficio. -Salvo el de saber.

-Lo sabremos muy pronto en todo caso. Mi médico dice que en julio. Cuando tuvieron esta conversación, el aborto era todavía una posibilidad teórica. Ahora, a sólo dos semanas del séptimo mes de embarazo, "esperanza se había desvanecido.

Porque William había tenido esa esperanza. No porque creyera que Judith aceptase (sabía muy bien que nunca lo haría), sino porque en los casos en que el feto padecía el síndrome de Bradley-Chambers, existían grandes posibilidades de sufrir un aborto espontáneo. Aparte de la peor de las posibilidades, incluso si el bebé era tan normal como uno de los Waltons de la serie televisiva, William no quería ser padre a la edad de catorce años. Y si alguna vez llegaba a ser padre, no quería que Judith fuera la madre de su hijo. Quizá técnicamente no era un incesto, pero él se sentía como si lo fuese, y a otras personas también se lo parecería. Casarse con Judith resultaría embarazoso, aún suponiendo que fuera lo que ambos desearan, que no lo era.

No podía comprender cómo habían podido ser tan estúpidos, o tan descuidados. No había sido como si se hubieran visto arrastrados por una pasión irrefrenable. Había sido más bien como un proyecto pensado para una clase de ciencias naturales, al menos en la etapa preliminar. Judith no había tomado precaución alguna porque iba en contra de sus principios, pero había permitido a William que hiciera a su modo lo que pudiera por evitar tener un bebé. Y excepto en una única ocasión (la noche de la elección de Reagan, cuando Ben y Sondra habían asistido a una de tantas fiestas para recaudar fondos y se habían quedado en un hotel de la ciudad), William había llevado siempre condón. Pero esa única vez, obviamente, había bastado.

Por el momento Ben no sabía nada. Había estado demasiado preocupado por sus propios problemas legales para prestar demasiada atención a nada de lo que ocurriera a su alrededor, y ahora estaba en prisión, y Judith en Florida, y se hablaban sólo por teléfono. Rhoda sabía que Judith estaba embarazada, era inevitable; pero Judith le había prometido a William que no le diría a su madre quién había estado haciendo de Romeo para su Julieta. Sin embargo, si el bebé nacía con el síndrome de Bradley-Chambers, el mutismo de Judith no serviría de nada. Las probabilidades de que alguien que no fuera Ben o William pudiera ser el padre eran de veinticinco millones a una. ¡Eso sí que era dejar huellas dactilares en la escena del crimen!

Algunas veces, pensando en lo innecesaria que era toda esa angustia, en lo fácil que hubiera sido dejar que hicieran una simple prueba y saberlo con seguridad, William se subía por las paredes. Había llamado a Judith a Florida por teléfono en diversas ocasiones, pero siempre que conseguía desviar la conversación hacia ese tema, Judith le decía que no podían hablar de eso porque su madre podía estar escuchando por el supletorio. Finalmente, había dejado de contestar al teléfono. Cuando llamaba, William se encontraba con un contestador automático o con Rhoda.

Estaba desamparado. No podía hacer nada. Sólo esperar. Esperar que dejara de llover. Esperar a la graduación. Esperar a que naciera el bebe. Una probabilidad entre dieciséis no estaba tan mal. En la ruleta rusa solo existía una entre seis, y mucha gente jugaba a la ruleta rusa y ganaba.

A mediodía compartió una lata de fideos con pollo con la abuela Obstschmecker. Luego se puso las botas de lluvia y un impermeable a modo de poncho de plástico, y salió a desafiar a los elementos. Bajo el impermeable llevaba una mochila de nailon por la que asomaba un bulto de forma curvada. Dentro de la mochila, bien envuelto para evitar que la corteza original se desprendiera, iba el caduceo. Sin necesidad de tocarlo, William pudo sentir el poder que acumulaba, un hormigueo constante en la región lumbar, como si sus nervios estuvieran conectados a él. Casi se veía a sí mismo como uno de esos robots con pilas que habían sustituido a los trenes tradicionales como regalo de Navidad preferido por los niños. Durante un rato estuvo caminando como un autómata a lo largo del encharcado pavimento, sin doblar las piernas por la rodilla y tirando la cabeza de un lado a otro en rápidos y bruscos movimientos. Pero pronto le aburrió, ya que no había nadie más que se aventurara a salir con semejante tiempo y le prestara atención y, además, ya era demasiado mayor, tan sólo a unos meses de empezar las clases en la universidad, para ir haciendo el tonto de esa manera.

La lluvia arreció y William decidió comprarse una bolsa de patatas fritas, admitir la derrota y volver a casa. Entró en la pequeña tienda de comestibles de la esquina de Coghlin con Austin y cogió una bolsa de patatas fritas Old Dutch del estante del fondo. Sólo cuando se acercó al mostrador y buscó en los bolsillos del pantalón un cuarto de dólar se dio cuenta de que había olvidado traspasar la cartera, el cambio y la llave de casa, de los pantalones del día anterior a los que llevaba puestos. Madge estaba trabajando, y la abuela Obstschmecker se había ido al cuarto de Ned después de comer para ver Cuando el mundo gira. Una vez arrellanada en su mecedora, probablemente se quedaría con Ned hasta que terminara Hospital general a las tres. William sabía por experiencia que era sorda al timbre de la puerta, a los golpes, e incluso al teléfono, cuando estaba en el piso de arriba con la televisión encendida. Sin duda ése era el motivo de que estuviera dispuesta a realizar el esfuerzo de subir las escaleras.

Alzó la vista hacia el viejo que había tras el mostrador esperando su cuarto de dólar, y explicó:

-Lo siento, me he dejado el dinero en casa.

-No importa -replicó el viejo, con una sonrisa remilgada, como la del señor Whipple en los anuncios de papel higiénico-. Puedes dejarte el dinero en casa y esa bolsa de patatas aquí.

Se inclinó por encima del mostrador y le arrebató la bolsa de patatas fritas.

William se enfadó.

-He comprado todo tipo de cosas en esta tienda. Vengo día sí día no. ¿Y no me fía una bolsa de patatas que vale veinticinco centavos?

-Es nuestra política -explicó el tendero, asintiendo con la cabeza en un gesto de astucia-. Ahí encima de los cigarrillos está el letrero. Te lo leeré por si la letra es demasiado pequeña para ti. EN DOS CONFIAMOS, TODOS LOS DEMÁS PAGAN AL CONTADO. -Y repitió su mezquina y pequeña sonrisa: Lo siento.

-Si, claro, ya veo que lo siente muchísimo.

William salió con paso airado de la tienda, y se quedó bufando de cólera en el pequeño desnivel que había en la puerta. La cortina de lluvia se había vuelto más espesa en el poco rato que había estado en la tienda, tanto, que incluso llevando el impermeable acabaría empapado sólo con alejarse una manzana. En realidad, se empaparía incluso si se quedaba en la puerta de la tienda. El toldo de lona que abarcaba todo el escaparate le hubiera servido perfectamente de paraguas, pero estaba subido. Seguramente Whipple sólo bajaba el toldo si se le pagaba una entrada.

¡Que lo sentía! Si quisiera, William podía hacerle comprender al viejo estúpido lo que era sentirlo; si no hubiera convertido en principio no utilizar nunca más el caduceo con las personas, ni para bien ni para mal... En las últimas semanas, desde que se había mudado a la casa Obstschmecker, había empezado a recapacitar sobre todo lo que había hecho anteriormente con él. No eran remordimientos exactamente; Jimmy Deeters, la señorita Gerhart, los peces gordos de la ATA, todos habían recibido su merecido. Pero quizá sus castigos habían sido demasiado drásticos. Quizá se había comportado como lo que llamaban un juez de la horca. Tal vez hubiera sido mejor mostrarse más clemente con algunas personas de la ATA, y provocarles tan sólo una tos de fumador (¿cómo se llamaba? Enfisema) en lugar de cáncer terminal. Entonces hubiera sido un problema pasajero, que hubiera desaparecido tras un tiempo, o que hubiera podido eliminarse. Cuan a menudo, oyendo a su hermano menor llorar por un dolor constante e irremediable, había deseado poder quitarle la salud perfecta, que para él había sido sólo una maldición. La salud no es una bendición cuando se vive en una cámara de tortura. Si pudiera quitar lo que había dado, o devolver lo que había quitado, si cada maldición o bendición pudiera ser como una puerta por la que se pudiera entrar o salir, cerrar o abrir mediante el poder del caduceo...

Oyó unos fuertes golpes en el cristal de la puerta, tras él. Se dio la vuelta y vio al tendero gesticulando para indicarle que se alejara de la puerta. «¡Estás bloqueando el paso!», gritó el viejo a través del cristal. En el mismo instante en que oyó el golpeteo, William sintió en la región

lumbar la descarga de algo que no era ni electricidad ni calor, como si el caduceo mismo reaccionara ante la posibilidad de ser utilizado como una llave. Le sonrió al viejo a través del cristal, y se adentró en la lluvia con una genuina sensación de deleite, feliz de pagar el precio de empaparse por la idea, que quizás en otras circunstancias no habría tenido, de una maldición o bendición que funcionara como una llave.

Empezó a idear los detalles mientras caminaba bajo la lluvia recia, que ya no era un enemigo sino la expresión externa y, en apariencia, inevitable de su propio estado de ánimo. Cuando llegó a la siguiente esquina todo había sido completado menos las rimas. Entonces, al ver un teléfono público que compartía el mismo poste que el semáforo, tuvo un inspirado presentimiento y se puso a buscar en el hueco de devolución de monedas para ver si alguien se había dejado un cuarto de dólar en el interior. Cuando comprobó que así era, ni siquiera se sorprendió de que el mundo estuviera tan dispuesto a acceder a sus maquinaciones. El destello que aún irradiaba desde su región lumbar, haciendo de cada músculo una entidad consciente, garantizaba también el éxito de cualquier acción que emprendiera. Se sentía tan infalible como un papa. Si hubiera tenido una pelota de baloncesto en las manos y la hubiera lanzado a un aro, al otro extremo de la cancha, hubiera encestado en ese momento. Si hubiera estado jugando a cartas, hubiera sacado la carta que necesitara para completar una escalera de color. Hubo un gran relámpago, y luego un espléndido, lento y prolongado trueno. El mismo cielo parecía estar de acuerdo.

Al otro lado de la calle, en diagonal a la cabina de teléfono, había una parada de autobús techada. Había dos personas esperando allí, y entonces, como si fuera una nueva obra de la Providencia, llegó el autobús Coughlin-Como, recogió a las dos personas, y la parada quedó vacía. Cruzó la calle, por la que no pasaba ningún otro vehículo, y se refugió en la parada del autobús donde, en apenas un instante, compuso cuatro versos que cumplirían con su tarea. Con destreza se bajó la mochila de los hombros, se puso en cuclillas, sacó el caduceo y le quitó el envoltorio de celofán. Tocó con el caduceo el cuarto de dólar que había encontrado en el teléfono público, y pronunció en voz alta los versos de su improvisado y reversible encantamiento:

¿Qué compraré con mi primer cuarto?
Un orzuelo, un orzuelo, en el ojo te saldrá.
Allí seguirá creciendo hasta que un día vendrá
a llevárselo mi segundo cuarto.

Luego volvió a la tienda y se compró una bolsa de patatas fritas.

LIBRO QUINTO

Launce Hill estaba sentado sobre su negra maleta de muestras en el arcén de la autopista estatal 32, a unos cuarenta kilómetros al sureste de Crookston, y casi exactamente a 160 kilómetros al sur de la frontera. Esperaba que alguien lo llevara, sin esperanza inmediata de conseguirlo, pero no importaba. El tráfico sería mayor al adentrarse la tarde. Mientras tanto, haciendo recuento de lo bueno, supuso que estaba fuera del alcance de las patrullas fronterizas. Además, había conseguido mantener en el estómago el desayuno que había tomado en el bar de camioneros a las afueras de Crookston: tostada, harina de avena y leche desnatada. Cada trago de leche había resultado tan voluptuoso como deslizarse en un frío pijama de seda tras un baño caliente. Ahora sentía como si estuviera todo él ardiendo. No era la piel (había tenido buen cuidado de no coger una insolación), sino las entrañas, lo que le quemaba, como si su carne se estuviera asando lentamente en un microondas.

Un coche apareció en el lejano horizonte. Launce saltó sobre sus pies y levantó el pulgar. El coche ni siquiera ralentizó la marcha. La mujer gorda que había tras el volante fruncía el ceño y miraba fijamente hacia delante, tan concentrada en la autopista que ni siquiera lo vio. Si hubiera sido su marido el conductor, probablemente hubiera sacado el dedo en un gesto obsceno hacia el autoestopista. Los hombres son más dados a expresar sus sentimientos de odio y agresividad; es debido a su temprano aprendizaje con armas de juguete. Cuando el coche pasaba de largo, Launce disparó a la mujer gorda con su infalible dedo del calibre 45, luego volvió a sentarse sobre su maleta de muestras. Incluso un esfuerzo tan pequeño como aquél le había hecho jadear y el polvo levantado por el coche ataco los ojos como un enjambre de mosquitos, haciendo que fluyera un lento hilillo de lágrimas ponzoñosas.

La hierba de Minnesota era hermosa, más alta y tupida que la de Canadá. Las lagrimas de sus ojos actuaron como lentes y enfocaron las flores más lejanas. Las esquirlas de muerte que llevaba en su alma les conferían un destello de inefable belleza. Todo se convertía en poesía cuando uno sabía que iba a morir, incluso las paradas en la carretera.

Pero (tenía que repetírselo a sí mismo continuamente) él no estaba muriéndose. Había sobrevivido al sida, a pesar de haber dado seropositivo durante seis largos años, y también sobreviviría al sidava, del que el sida sólo había sido el aperitivo. Había resistido hasta que encontraron la cura, en cuyo momento había aparecido la misteriosa plaga número dos. Pero los sistemas de defensa médica habían curado casos más avanzados que el de Launce. Todo lo que debía hacer era llegar hasta allí. Otros 400 kilómetros.

Una camioneta de reparto de color amarillo, salpicada de lodo y con un parachoques izquierdo de color gris sin pareja derecha se acercó por el sur, disminuyó su velocidad al pasar junto a Launce y ejecutó una maniobra de cambio de sentido unos cincuenta metros más adelante. En esa ocasión, al llegar a la altura de Launce, la camioneta se detuvo. Launce recogió su maleta de muestras y se acercó a la ventanilla del vehículo con recelo.

-Sólo voy hasta el desvío para Ada -anunció el conductor, en tono de desafío. Era un tipo mayor, rechoncho y de rostro encendido, con una visera de propaganda de Chippewa Bait & Tackle.

-Ah, está bien. -Launce volvió a dejar la maleta en el arcén. Aquel tipo tenía un rostro mezquino, y no tenía sentido que hubiera dado la vuelta para recoger a un autoestopista. Sólo una patrulla de la autopista haría eso-. Yo voy mucho más lejos.

-¿A Twin Cities?

-Ja.

-Bueno, entonces tendrá más oportunidades de que lo lleven hacia el sur después de la autopista 200. Suba, pues. Tenga cuidado con la lata de café que hay en ese asiento. Está llena de gusanos.

Aún reticente, Launce subió a la cabina de la camioneta, puso la lata en el suelo y colocó la maleta de muestras sobre su regazo, con las manos cruzadas encima. Sin que lo animaran a ello, empezó a reinventar la historia que había servido ya para disipar las sospechas de sus tres conductores anteriores: la reunión familiar en el Refugio Salvaje Agassiz, el accidente de pesca, la batería agotada; una mezcla, en suma, de verosímiles y ligeramente grotescas crisis familiares, más algunas traiciones de la mecánica que le habían conducido a la situación en que se hallaba, sin coche.

Su oyente no parecía divertido. De vez en cuando se giraba hacia su lado para lanzarle una mirada iracunda, pero no cedía a una sonrisa ni contestaba una sola palabra, ni siquiera un «¿de veras?». Como vendedor, Launce ya conocía el tipo. A alguien como él, que combinaba una tosca fealdad con otras desventajas sociales, debían molestarle vivamente las sonrisas y la charla insustancial. Probablemente, ese hombre sólo era feliz cuando presenciaba un linchamiento. A eso debía añadirse el incalculable elemento de respuesta feromonal; pues algunos heterosexuales tenían un olfato para los gays similar al de un perro perdiguero haciendo que los faisanes salieran volando de entre los rastrojos del maíz.

Cuando alcanzaron la autopista 200, el conductor giró a la derecha y siguió adelante.

-¡Eh! -señaló Launce-, aquí es donde yo me bajo.

El conductor no dijo una palabra. Se limitó a echarle otra mirada de reojo y a apretar el acelerador. La aguja del velocímetro trepó lentamente hasta su posición más elevada: ochenta kilómetros por hora.

Launce supo, sin que el conductor expresara sus intenciones, que lo conducía a las autoridades sanitarias locales. Sólo tendrían que analizar su saliva y Launce se hallaría en camino del campo para infectados más próximo. Suspiró.

Luego, y puesto que realmente no le quedaba otra alternativa, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, quitó el seguro de la Lady Winchester, una pistola de reducido tamaño fabricada a finales de los años ochenta para las necesidades defensivas del sexo débil, y la sostuvo contra la tela de plástico de la visera.

-¡Creo que va demasiado rápido! -gritó a la oreja del viejo-. Me gustaría que condujera más despacio.

Cuando, haciendo caso omiso de su advertencia, el viejo estúpido pisó a fondo el acelerador, Launce apretó el gatillo y la bala atravesó la cabeza del hombre para ir a salir por la ventanilla abierta de la camioneta. Las manos no soltaron el volante de inmediato; el pie siguió apretando el acelerador. Así permaneció un rato, lo bastante prolongado como para que Launce se preguntara si no habría errado el tiro. Pero entonces la cabeza cayó a un lado y la sangre empezó a manar del agujero hecho por la bala y a gotear sobre el peto de su mono de trabajo.

Launce agarró el volante justo a tiempo de evitar que cayeran en barrena. Le preocupaba tanto evitar que su chaqueta se manchara de sangre como mantener la camioneta sobre la carretera. No llevaba un segundo traje. Al salir de la curva aparecieron ante su vista el depósito de agua, los árboles y los tejados de Ada. Launce consiguió despegar el pie del cadáver del pedal del acelerador, y apretó el freno. La camioneta dio varias vueltas hasta detenerse junto a un letrero que daba la bienvenida a la población de Ada: 784 habitantes: «Ahora son setencientos ochenta y tres», enmendó el eterno corrector de galeradas que había en su alma.

Bajó de la cabina y tras liberar al cadáver del cinturón de seguridad, tiró de él hasta colocarlo en el asiento del pasajero, cogiéndolo sólo por la parte del mono de trabajo que no estaba manchada de sangre. Al hacerlo volcó la lata de gusanos que le habían advertido que no debía derramar. Siempre había sentido horror por los gusanos, y aquellos eran de los que salían por la noche, gordos como culebras, todos frenéticos en su esperanza de escapar ahora que estaban fuera de la lata. Launce simpatizó con ellos (¿quién mejor que él?), pero no se atrevió a cogerlos con los dedos y dejarlos caer en la cuneta. Colocó los pies con botas del cadáver sobre la alfombrilla del suelo de la camioneta, con cuidado de no dañar a ninguno de los gusanos, cerró la puerta de un golpe y rodeó la camioneta para sentarse en el asiento del conductor.

El motor aún funcionaba, y la carretera estaba vacía de coches en ambas direcciones. Por primera vez en su vida, desde que se había examinado para el carné de conducir a los diecisiete años, realizó una L perfecta para reemprender la marcha. El cadáver se ladeó primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Launce se detuvo a un lado de la carretera, ajustó el cinturón de seguridad al cadáver y luego abrochó el suyo propio, y puso rumbo de vuelta a la autopista estatal 32 a una moderada velocidad de setenta kilómetros por hora.

Era la primera vez en su vida que mataba a alguien, y se sentía arrebatado por la excitación de una gloria que le hacía latir rápidamente el corazón. Era una gloria semejante a la de llegar a la mayoría de edad, pero también, como una erección en el momento más inoportuno, algo incómoda, puesto que en teoría él no aprobaba la exhibición de machismo que suponía el homicidio. Había sido sincero, en la época en la que había escapado al reclutamiento, al querer hacer el amor y no la

guerra. Se le ocurrió que el cadáver que llevaba junto a él era quizás (o más bien, enmendó el corrector de galeradas, había sido) un veterano del Vietnam. Tenía la edad adecuada, y era de la clase social y del tipo de buen ciudadano que cumple las reglas… tales como la de informar sobre extraños sospechosos a las autoridades sanitarias.

Launce pensó, además, que debía descubrir quién era (había sido) su víctima y qué (dinero, por ejemplo) llevaba encima. En cualquier caso, desdeñar la curiosidad en aquel momento hubiera sido como añadir el insulto al daño. Todavía no se había rebajado al nivel infrahumano de un asesino indiscriminado que dispara a discreción, matando a todo el que pilla por medio. Si mataba a alguien, al menos debía saber su nombre.

Su nombre era Ray Bonner y era, como Launce, un Leo. Eso significaba que no era inteligente que un Leo se opusiera a otro Leo. Ahora lo sabía.

Cuarenta y seis dólares en efectivo. Dos tarjetas de crédito inútiles y una tarjeta para gasolina con el número secreto escrito en el dorso. Justo lo que a uno le advierten que no debe hacer.

Había unas gafas de sol en el bolsillo del peto empapado en sangre del mono de trabajo. Launce las ajustó sobre la nariz y las orejas del cadáver. Del mismo bolsillo sacó un paquete de cigarrillos y encendió dos (sus dedos empezaban a temblar): uno para él mismo, y otro que dejó colgando de una de las comisuras de la boca del cadáver. Parecía el tipo adecuado de pompa fúnebre para alguien como Ray Bonner.

Tras la estúpida concesión del cigarrillo (cuando uno piensa que va a morir es difícil decir no), Launce relajó los músculos, concentrándose en los del cuello y los hombros y canturreando su mantra personal, por el que había pagado ciento cincuenta dólares al inicio de su curso de meditación trascendental, en el paraíso de Toronto en 1975: ¡Shamoo Urmee Zama! El tipo que dirigía el curso era un perfecto charlatán, pero también un perfecto compañero de cama, y Launce no se había arrepentido lo más mínimo de haber pagado los ciento cincuenta dólares por sus absurdas palabras. De hecho, siempre habían funcionado muy bien. ¡Shamoo Urmee Zama! Su líder espiritual las había salmodiado con él mientras sus dedos se hundían en los músculos trapecio de Launce. ¡Shamoo Urmee Zama! siempre funcionaba.

56

El domingo anterior al 30 de mayo, Día de la Conmemoración de los Caídos, había estado lloviendo sin cesar. La lluvia había proseguido durante todo el día siguiente. El domingo pareció que iba a llover de nuevo, y Madge dijo que tenía dolor de cabeza y desapareció en cuanto salió el sol. Y así, dos semanas más tarde del Día de la Conmemoración de los Caídos, la señora Obstschmecker no había visitado aún la tumba del señor Obstschmecker en el Cementerio de Veteranos, y tampoco lo había celebrado yendo a la misa de Nuestra Señora de la Merced. Por primera vez en ¿cuántos años? Descolgó el bloc de notas que había

junto al teléfono de la pared de la cocina e hizo el cálculo: 1999 -1970 = 29. Durante veintinueve años había visitado fielmente la tumba del señor Obstschmecker llevándole lirios del jardín, y ya no quedaba ninguno. Se puso de malhumor porque eso significaba que debía ir a la floristería a comprar un ramo, y los precios, incluso los de los más pequeños, estaban por las nubes.

No es que la señora Obstschmecker hubiera ido a una floristería en los últimos tiempos, pero Madge siempre llevaba a casa gigantescos ramos y se quejaba de que le habían costado cincuenta o sesenta dólares. ¡Por flores! La señora Obstschmecker sospechaba que en realidad los sacaba de la clínica, y que eran las flores de los pacientes, todos vegetales como Ned y por tanto incapaces de apreciarlas. De todos modos, hacían que la casa tuviera un aspecto más agradable, así que, ¿por qué preocuparse? Esa era la filosofía de la señora Obstschmecker.

El chico tenía que llegar a las nueve, y sólo eran las siete y media Madge seguía durmiendo, pero la señora Obstschmecker se despertaba siempre al amanecer, es decir, a las seis y media en esa época del año Ella le echaba la culpa de la temprana salida del sol a la hora impuesta para aprovechar la luz del día, aunque Madge decía que era justo al revés. Quizá tenía razón. En cualquier caso, las seis y media era una hora demasiado temprana para que una persona sin un trabajo al que acudir ni otra persona a la que hacerle el desayuno se despertara. El amanecer había avanzado ya hacia la plena mañana, y las equis de las puertas de seguridad se dibujaban claramente sobre las persianas bajadas de la ventana.

Entonces apareció una nueva silueta. ¡Una ardilla! Subió correteando por el enrejado de hierro y se detuvo en el punto desde donde mejor podía lanzarse sobre el comedero de pájaros que colgaba de la rama más baja del olmo. «¡Fuera! -exclamó la señora Obstschmecker-. ¡Fuera! ¡Vete!» Arrastró los pies calzados con zapatillas hacia la ventana, pero antes de que pudiera llegar, levantar la persiana y golpear el cristal en señal de protesta, la ardilla ya había saltado. Y allí estaba la pequeña y detestable ladrona, cuando levantó la persiana, agarrada al oscilante cilindro de plástico, atiborrándose de alpiste y devolviéndole la mirada con sus pequeños ojos negros y redondos que lanzaban destellos desafiantes. La señora Obstschmecker golpeó el cristal y le gritó a la ardilla que se fuera, pero por supuesto ésta se quedó donde estaba, vaciando el comedero de alpiste. Hubiera deseado poder abrir la ventana y lanzarle algo, pero, a instancias suyas, se habían sellado firmemente todas las junturas con una banda aislante (Madge insistía en que no servía para nada). La señora Obstschmecker se sentía más segura sabiendo que el aire exterior se quedaba en el exterior, del mismo modo que se sentía más segura con las rejas, a pesar de que le proporcionaban a las ardillas la escalera que necesitaban para llegar hasta el comedero que, además, no podía colgarse de ningún otro sitio. Ella y Madge habían probado todas las posibilidades y nada podía hacerse. No podían envenenar el alpiste porque entonces morirían también sus queridos pajaritos.

Lisa Michaels había indicado hacía algún tiempo que la señora Obstschmecker podía resolver el problema pensando que el comedero para pájaros era un comedero para ardillas. ¿No eran las ardillas tan graciosas como los pájaros?, había preguntado con ese tono de superioridad suyo. Lisa era judía. Siempre que venía de visita con sus gemelos (no demasiado a menudo, gracias a Dios), la señora Obstschmecker tenía que recordarse a sí misma que aquella mujer no era pariente suya. No era una Obstschmecker. Ni siquiera una Hill. Sólo era la mujer del hijastro de Madge. Madge decía que era muy poco cristiano hacer notar que Lisa no era de la familia, pero no era más que la verdad. Por mucho que William hubiera convertido en el señor Importante, tuviera un Cadillac y su familia saliera en las revistas, eso no quería decir que la señora Importante hubiera nacido con el apellido de Schechner. Pero no había necesidad de detenerse a pensar en las cosas desagradables. La culpa era de aquella ardilla. La señora Obstschmecker se alejó de la ventana y encendió el televisor: estaban dando La Ruleta de la Fortuna y durante un rato trató de competir con los concursantes, pero jugaban demasiado rápido. Al parecer la solución al primer rompecabezas, APRETADO COMO UNA GOMA, era un dicho popular. La señora Obstschmecker no había oído nunca semejante dicho, pero imaginaba su significado. En todas partes se decían obscenidades en aquellos tiempos, en la televisión y en los periódicos. También el chico que iba a ir a buscarla ese día para llevarla a la iglesia decía tacos, como si no le hubieran enseñado otra cosa, a pesar de que en todos los demás aspectos era el joven más educado del mundo y aseguraba ser un cristiano comprometido. ¡Y con una monja por madre! Aunque en los tiempos que corrían eso no tenía la menor importancia, y menos después de que una monja lesbiana se hubiera presentado a las elecciones para la cámara baja del estado, justo allí, en Twin Cities, y promoviera sentadas (de rodillas) en la catedral ¡para que les dejaran ser sacerdotes lesbianos en lugar de monjas lesbianas! ¡Y en la televisión hablaban de ello como si fuera el parte meteorológico!

Apagó la televisión. Se sentó con la mente agitada. Oyó correr el agua en el cuarto de baño del piso de arriba. Madge se había levantado. Pero eso no quería decir que fuera a bajar enseguida. Tenía un microondas en su propio dormitorio y una línea de teléfono privada que estaba conectada al ordenador, y el ordenador estaba conectado a todo lo demás, de modo que podía cerrar las puertas por la noche sin necesidad de salir de la habitación. Podía incluso hablar con la señora Obstschmecker por televisión, puesto que había unos aparatos que le permitían hacerlo, aunque la señora Obstschmecker no dejaba que le conectaran uno a su televisor. ¿Como iba a saber entonces si alguien la estaba mirando o no? Algunas veces Madge se dejaba encendida la cámara de su dormitorio, y la señora Obstschmecker la veía paseándose completamente desnuda por la panilla de su televisor. ¡La revolución de los ordenadores! ¡El progreso!

La señora Obstschmecker apretó el botón del interfono.

-¡Madge! -le gritó al pequeño micrófono-, ¿quieres que te haga el desayuno?

--No, madre. Gracias de todas maneras.

-Ese melón que me trajiste la semana pasada ya debe estar maduro. Lo he tenido en el alféizar de la ventana.

No hubo respuesta.

-Esa ardilla ha vuelto otra vez al comedero.

Nada.

-Aún estás a tiempo de cambiar de opinión y venir conmigo a misa y al Cementerio de Veteranos. No sé cuánto tiempo hace que no visitas la tumba de tu padre.

-Te llevé yo allí el año pasado, madre, por si no lo recuerdas.

-¿Qué has dicho? Sabes que tienes que hablar al micrófono si quieres que te oiga.

-He dicho, ¡no, gracias!

-Me llevaste allí, pero te quedaste en el coche todo el tiempo.

Silencio.

-No creo que sea correcto que visite la tumba de tu padre el Día de la Conmemoración de los Caídos con un extraño.

-Judge no es un extraño, madre. Es un miembro de nuestra familia.

-Es el hijo ilegítimo de alguien que no es pariente de ningún Obstschmecker, ¡así que me gustaría saber cómo puede ser de nuestra familia!

-Madre, sabes muy bien que William y Lisa han adoptado a Judge como hijo suyo.

-Ellos tampoco son parientes nuestros.

-Madre, por favor. Después de todo lo que William ha hecho por nosotras.

-¿Y qué hay de todo lo que nosotras hemos hecho por él? ¿Quién cuidó de él después de que su madre se suicidara y ese Wincklemeyer acabara en la cárcel por matar a su propio hijito? ¡Familia! Y la hija es igual de mala. Una monja con un hijo en el reformatorio por incendiario... Y ése es quien me ha de llevar a ver la tumba de mi marido porque estás demasiado ocupada para tomarte la molestia de dedicar cinco minutos a honrar la memoria de tu padre. Bien, ¡supongo que ya sé a qué atenerme cuando me muera yo!

Hubo otro silencio, pero la señora Obstschmecker lo interpretó como de desconcierto. Finalmente, Madge dijo:

-En cuanto a quién va a enterrar a quién, aún está por ver. Si continúas así probablemente vivirás más que yo.

-Eso es porque me cuido -replicó la señora Obstschmecker, que se enorgullecía de no poner sal en su comida y de limitar su consumo de colesterol.

-Ahora tengo que ir a lavar a Ned y a darle el desayuno. Prepárate para estar lista cuando llegue Judge. Y ponte tu mejor peluca. La tienes en el tocador.

La señora Obstschmecker detestaba que su hija le dijera lo que debía hacer: no obstante obedeció. Cuando se hubo duchado, secado, empolvado, puesto su mejor vestido de verano y decidido luego que el vestido blanco era más apropiado para una visita al cementerio, ya se

había hecho la hora de empezar a preocuparse por la tardanza del chico.

Pero entonces sonó el timbre de la puerta y la señora Obstschmecker sintió el mismo hormigueo que había sentido sesenta y cinco años antes en Anoka, la primera vez que el señor Obstschmecker había llamado a su puerta con un ramo de flores. También el chico llegaba con un ramo de flores (rosas, nada menos, que Lisa Michaels había cogido de sus propios rosales). Así que no tendrían que gastar dinero en la floristería, después de todo.

Era difícil captar todo lo que decía el chico, porque se olvidaba siempre de hablar en voz alta e incluso cuando lo hacía, su acento de Florida resultaba difícil de comprender. Pero era un auténtico caballero del Sur en lo que se refería a abrir la puerta del coche (conducía el Cadillac azul celeste de William) y ayudarle a ponerse el cinturón de seguridad. Mirándolo de reojo, sentado tras el volante y con la espalda apenas rozando el asiento, la señora Obstschmecker podía casi imaginar que era su marido, en los años treinta, con el cabello corto peinado con raya, el bigote tipo Clark Gable, y su misma corpulencia. Incluso llevaba el mismo cuello blanco duro y la corbata de lazo que su esposo, pues volvían a estar de moda.

-Te hubiera gustado mi marido -dijo la señora Obstschmecker, en un impulso de generosidad-. Se parecía mucho a ti.

-Estoy seguro -respondió el chico sin girar la cabeza, manteniendo los ojos en la carretera como un conductor responsable.

-El 20 de agosto de 1970. Nunca olvidaré ese día. Un ataque. Sin avisar. Un minuto antes estaba regando el césped y al siguiente, ¡se había muerto! Madge, es decir, Madge Michaels, mi hija, la habrás visto en casa...

-Sí, señora, muchas veces.

-Madge estaba en el hospital, y la llamé. Ellos mandaron una ambulancia de inmediato, pero no pudieron hacer nada.

-A todos nos llamarán al Día del Juicio -replicó el chico-, y más pronto de lo que pensamos. Es la voluntad de Dios.

La señora Obstschmecker trató de hallar consuelo en esa reflexión, el tono de voz del chico hacía que sonara como si debiera resultar consoladora, pero la idea parecía casi todo lo contrario: una amenaza. Los protestantes tenían su propia opinión sobre estas cosas. Lo que no quería decir que fuera correcta, pero ellos creían que así era, así que uno debía mostrarse cortés cuando discutía de religión con ellos.

-Espero que no te moleste que te lo pregunte -empezó ella, con una exagerada delicadeza-, pero ¿a qué se debe que te hicieras protestante? Quiero decir, tu madre, después de todo, la señora, mmm, Wincklemeyer...

El chico rió con una especie de resoplido, que era justo lo que hacía el señor Obstschmecker cuando no quería reír de forma ostentosa.

-¿Es católica, ¿no?

-Es difícil de decir, señora. Ella dice que lo es, pero creo que el Papa de Roma no esta de acuerdo. Es uno de esos cismáticos.

Tal como lo decía él parecía la marca de un aparato o de un coche, y a la señora Obstschmecker le hizo sonreír. El Papa no podía poner en duda la fe de la señora Obstschmecker. Ella pensaba todo lo que el Santo Padre quería que pensara. Estaba en contra del control de la natalidad, del aborto, de la indecencia de que los curas se casaran y de que las mujeres llegaran a ser curas. No iba a misa todos los domingos, pero a su edad no podía exigírsele tanto.

-¿Y te envió a una escuela católica? -persistió la señora Obstschmecker.

-Prácticamente todo lo que he hecho está relacionado con la religión católica -contestó el chico, tras resoplar de nuevo a modo de risa-. Crecí en una gran comuna a las afueras de Miami. Cultivábamos verduras católicas, libres de pesticidas, y elaborábamos cerveza católica en toneles. Todos los católicos de por allí son bebedores.

-Entonces, ¿cómo es que dejaste la Iglesia? Debías ser muy joven.

-Cumpliré dieciocho años el cuatro de julio, y he sido uno de los seguidores del hermano Orson desde los quince. -Se volvió para lanzar una significativa mirada a la señora Obstschmecker-. No nos llamamos protestantes a nosotros mismos. El tiempo de protestar ha pasado. Ahora ha llegado el momento del Juicio.

La señora Obstschmecker esperó la respuesta a su pregunta, pero no se produjo. El chico volvió a centrar su atención en la carretera, y dos manzanas más adelante entraron en el aparcamiento de Nuestra Señora de la Merced, antiguo patio de recreo de la escuela. La escuela había cerrado años antes por falta de fondos y de alumnos.

El chico cerró el coche y le ofreció el brazo para dar la vuelta al edificio hasta la iglesia. Todo parecía tener un aspecto impecable, pero entonces, cuando llegaron a las escaleras de entrada a la iglesia, se rompió el hechizo: una multitud de gente de color se había congregado ante la entrada principal como esperando para lanzar el arroz a una pareja de recién casados. La señora Obstschmecker no podía ver por encima de todas aquellas cabezas y se preguntó por qué estarían todos allí de pie. El chico dio unos golpecitos en el hombro de un hombre mayor negro, e inquirió:

-¿Hay algún problema para entrar en la iglesia?

-Hay manifestantes bloqueando la puerta de entrada. Algunos de ellos se han encadenado a la verja.

-¿Por qué?

-No les gusta que el padre Sinclair haya traído a la gente del Templo Imani.

-Y que permita a las mujeres que digan «Madre Nuestra que estás en los cielos» en lugar de «Padre Nuestro» -añadió una mujer negra.

-Aja. -Judge se volvió para preguntarle a la señora Obstschmecker-: ¿Aún quiere ir a misa?

-¿Habrá misa?

El chico le pasó la pregunta a la mujer negra.

-¿Hay misa?

-Si consigue entrar en la iglesia, ya ha empezado.

-Mierda, eso no es problema.

El chico se agachó y levantó el corto y obeso cuerpo de la señora Obstschmecker, como un novio en plena luna de miel alzando a la novia para traspasar con ella en los brazos el umbral de su nuevo hogar. Ella se quedó pasmada de asombro, pero no hasta el punto de olvidar sujetarse la peluca con ambas manos. El chico subió las escaleras diciendo «Perdón, por favor» y «Háganse a un lado, por favor». La muchedumbre que había en las escaleras se separó revelando la fila de manifestantes sentados, con los brazos enlazados, en el último peldaño de la iglesia. Ante ellos se había colocado una sábana a modo de pancarta que rezaba: ¡¡¡NO MÁS MISAS VUDÚ, DIOS ES NUESTRO PADRE!!!

Cuando la señora Obstschmecker vio a los manifestantes, y ellos la vieron a ella, acunada en los brazos de Judge Michaels, cayó en la cuenta de que todos ellos eran blancos, mientras que todas las personas a las que se les impedía el acceso a la iglesia eran negras.

Judge empezó a subir los dos últimos peldaños, a lo largo de los cuales habían extendido la pancarta.

-Por favor, no entren en Nuestra Señora de la Merced -gritó el manifestante de mayor edad, un hombre al que la señora Obstschmecker reconoció por la barba y el alzacuello católico como el padre Youngermann, el pastor de la iglesia-. La archidiócesis no aprueba la nueva liturgia. El padre Sinclair no tiene derecho a decir misa aquí. Por favor, no crucen...

-Le diré una cosa -replicó Judge-: voy a darle una patada en los morros si no mueve el culo. Tengo a esta señora aquí que quiere entrar y pienso llevarla adentro.

-Quedaos donde estáis, todos -ordenó el padre Youngermann a los otros manifestantes-. No nos moverán.

Una mujer al extremo de la fila empezó a cantar «Venceremos», y los demás la siguieron. Judge lanzó una patada hacia el plexo solar del sacerdote. Este se dobló por el dolor, y los hombres que tenía a cada lado soltaron los brazos que habían mantenido enlazados con los suyos. Incluso se hicieron a un lado para dejar que Judge pasara entre ellos.

-¡Sin violencia! -gritó la mujer que había iniciado el canto-. No debe haber violencia.

Una vez traspuestas las grandes puertas, Judge dejó a la señora Obstschmecker en el suelo. Los negros a quienes los manifestantes habían impedido antes el acceso estaban entrando en fila a través de la brecha que había abierto Judge.

-Bien, ahora -dijo Judge, con aire práctico, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal-, ¿dónde le gusta sentarse habitualmente, cerca del conductor o aquí, al lado de la puerta?

57

El padre Lyman Sinclair miró hacia abajo desde el pulpito de la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced y esperó a que el espíritu de la profecía le diera el empujón de salida. La congregación estaba acostumbrada al estilo del padre Lyman, y sabía que sus largas pausas antes del sermón no eran la señal de que debían callar, como lo

hubieran sido en el caso del padre Youngermann, sino todo lo contrario. En realidad, el padre Sinclair animaba a la gente a cuchichear y a confabular y a sentirse cómodos los unos con los otros. «La mitad de la comunión es comunicación -gustaba de afirmar-, ¿y quién dice que la misa tiene que ser un ejercicio militar?» Así, mientras esperaban a que el padre Lyman llegara al punto de ebullición, muchos de los feligreses se volvían en dirección a sus vecinos para contarles lo que habían visto de los manifestantes, y cómo el joven alto blanco con la señora mayor de la tercera fila empezando por delante había pateado al padre Youngermann en el estómago.

El padre Lyman no sabía nada de la aldaraca, pero había notado la presencia de los dos extraños. Ya no acudían tantos feligreses blancos al servicio de las diez en Nuestra Señora de la Merced, no desde que habían invitado a los feligreses del Templo Imani a trasladar sus servicios religiosos a Nuestra Señora de la Merced y abandonar la Parroquia de Todas las Almas, de donde los habían sacado a la fuerza después de perder una larga batalla legal con la archidiócesis. Durante casi cinco años los líderes de la Iglesia Católica Afro-Americana, nombre oficial del Templo Imani, habían estado ordenando a sus propios sacerdotes y desarrollando su propia liturgia, basada en parte en la de sus compañeros heréticos y apóstatas de la Iglesia Católica Americana. La principal diferencia práctica entre los dos movimientos consistía en que el Templo Imani reclamaba el derecho, a pesar de que sus miembros estaban excomulgados, de compartir todos los lugares de adoración católico-romanos, privilegio que no se les otorgaba por lo común. En todo Twin Cities sólo Nuestra Señora de la Merced había abierto sus puertas al Templo Imani, y eso sólo por la habilidad política del padre Sinclair. Con la ayuda de la asamblea parroquial había evitado la oposición del padre Youngermann, aprovechando uno de sus retiros periódicos a su centro de desintoxicación favorito, el Josephan de Fénix, Arizona. El padre Youngermann había regresado para hacer el descubrimiento desintoxicador de que Nuestra Señora de la Merced había abierto sus puertas, y su misa de las diez de los domingos, al Templo Imani. Aún mayor efecto desembriagador tuvo el descubrimiento de que las puertas no podían cerrarse. Entonces Youngermann y una pequeña tropa de blancos conservadores y papistas habían adoptado la desobediencia civil como tribunal de última instancia.

Pero esas cuestiones, precisamente por ser la idea predominante en las mentes de los feligreses, no eran las que quería tratar el padre Lyman. Un buen sermón debía ser una lección en forma de plegaria. Ese había sido el tema constante de Monsignor McKibben, el jesuíta que le había enseñado homilía en la Facultad Norteamérica de Roma.

Allí estaba, como una puerta abriéndose ante él, el modo de comenzar. Empezó:

-Cuando estaba en Roma, estudiando para ser sacerdote, tuve un profesor, un jesuíta irlandés que había sido misionero en Zimbabwe y Taiwan y no recuerdo en qué otros sitios. Este hombre tenía un dicho sobre los sermones: «Un buen sermón -decía- es como una lección en

forma de plegaria.» Bien, la mayoría de vosotros me habréis oído predicar algunos sermones que no seguían exactamente esa prescripción. Algunos de mis sermones han sido más bien discursos políticos que plegarias. ¿Qué es rezar, después de todo? Es hablar con Dios. Y eso no es fácil. Es mucho más fácil hablar con otras personas, porque éstas te contestan y así puedes saber si has conseguido comunicarte con ellas. Lo de Dios se parece más a una conversación telefónica con alguien que está tan preocupado por escuchar que se olvida de decir siquiera «mmm» o «¿en serio?».

-Mmm -prorrumpió alguien de una de las primeras hileras de bancos.

Justo después, desde el fondo de la iglesia, Kristi Aldritch añadió:

-¿En serio, Lyman?

El padre Lyman se unió al estallido de risas. Luego, tras la broma, prosiguió:

-La Biblia dice que hay una oración que es la única que necesitamos y ya sabéis como empieza: Padre Nuestro...

-O Madre Nuestra... ¡No la olvides! -De nuevo era Kristi, con quien siempre se podía contar en la búsqueda de la igualdad de oportunidades para su sexo, alerta contra los trucos patriarcales.

-Bien Kristi, ése es un tema importante. Supongo que ninguno de nosotros sabrá cuál es el sexo de Dios hasta que lleguemos al cielo y lo veamos con nuestros ojos. Pero supongamos que Jesús no era sólo un sexista trasnochado que no podía admitir que el Todopoderoso Alfa y mega podía trascender las cuestiones de género. Supongamos que pretendía decir algo más cuando empezaba su oración con «padre nuestro». Los padres y las madres son diferentes tipos de personas.

Se oyeron varios mmm y amén en murmullos.

-Las madres son más cercanas, para empezar; cuando eres un bebé mamas leche de sus pechos. Te abrazan. Te aman. Están aquí. Con los padres... no se puede contar de la misma forma. No siempre están ahí cuando los necesitas. Están fuera, en el trabajo...

-¡O en la cárcel!

-Muy cierto, Kristi. En cualquier caso, no están. Quizás están muy lejos. Como dice la oración, Que estás en los cielos. A propósito, los protestantes dicen Que estás en los cielos* y, en cuanto al problema de género, resulta interesante, porque «que» en el primer caso es para personas, pero ¿y en el segundo? Es como decir que Dios es algo más, aparte de una persona. De todas formas, sea quien sea, está en el cielo, muy lejos de las porquerías y miserias humanas. Allí todo es azul y brillante de sol, y tu oración es como una cometa que haces ascender hasta alcanzarlo.

---

* La diferencia, inexistente en español, viene dada en inglés por el relativo. En el primer caso, Who art in heaven, who es el relativo que en inglés corresponde a las personas, mientras que en el segundo, Which art in heaven, which es el relativo que corresponde a cosas. En español y en este caso, ambos se traducen por «que». *(N. de la T.)*

-¿De nuevo cometas, Lyman? -El comentario procedía de Jerry Stiller, que estaba sentado con los otros miembros de la asamblea parroquial alrededor de la mesa de la comunión.

Era cierto, las cometas eran una característica constante de los sermones del padre Lyman, y no por casualidad. Su primera conciencia tanto del pecado como del arrepentimiento había llegado en forma de una cometa.

-Efectivamente, de nuevo cometas. Y lo que está escrito en la cometa es tan sólo el mensaje fundamental que el hombre debe enviar a Dios. ¡Santificado sea tu nombre! -¡Amén, amén!

-Oh, no, no tan deprisa. Aún quedan muchas cosas del Padrenuestro antes de poder pronunciar el amén. Tenemos Venga a nosotros Tu reino. No Ha venido, todavía no está aquí, pero vendrá. Es lo primero en lo que debemos creer. Es la fe y la esperanza unidas en una gran promesa. Vendrá, está llegando. Y yo creo que debe estar muy cerca. Pensemos tan sólo en qué año estamos. Uno nueve nueve nueve. Dentro de unos pocos meses el cuentakilómetros de la historia dará la vuelta para mostrar su última hilera de ceros, y entonces... Sonará la trompeta y los muertos se alzarán incorruptos, y todos seremos cambiados.

-¡Aleluya!

-En verdad aleluya. Pero la trompeta no sólo llama a la aleluya de la gloria, también llama al juicio, y no habrá lugar alguno donde esconderse del sonido de esa trompeta, ni perímetro de seguridad cerrado herméticamente frente a la plaga que Él enviará, la plaga que ya podemos ver barriendo a las personas que hay a nuestro alrededor. No existe refugio atómico para la radiactividad que tiene Dios. Ni laboratorios esterilizados, ni mansiones de millonario a las que una bomba suministre el aire desde tanques de oxígeno. Mejor será, pues, que nos preparemos. Mejor será que seamos sinceros al decir Hágase Tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, porque de eso se tratará el juicio: ¿Hemos hecho Su voluntad? ¿Nos hemos amado los unos a los otros? No me refiero a decir cosas bonitas sobre el amor el domingo en misa, sino a salir al mundo y ofrecer realmente nuestro amor. Porque El lo sabe; Dios lo sabe, Él lo sabe con toda certeza.

Hizo una pausa, y sonrió. Captó entonces la mirada de Jason Beale. Jason era el oficial jefe de seguridad de A & P.

-¿Qué viene después, Jason?

-El pan de cada día -musitó Jason, fingiendo timidez, pero complacido por haber demostrado que estaba siguiendo el sermón atentamente.

-Justo. Y ésa es la parte de la oración que todo el mundo comprende: Dame. La mayoría de la gente cree que la plegaria trata de eso precisamente. Dame esto, dame lo otro. Una vez tienes el pan, necesitas mantequilla. En cualquier caso, en cuanto al pan de cada día parece ser que lo hacemos bastante bien, y apostaría a que la mayoría de las personas con las que trataba Jesús no se morían de hambre con todas esas bodas, panes y peces. Así que quizás el pan de cada día del que habla se refiera a otra cosa. Quizás es como el pan de Dios, en Juan, capítulo seis, versículo treinta y tres: Porque pan de Dios es aquel

que ha descendido del cielo, y que da la vida al mundo. O, en pocas palabras: Y Jesús les dijo, yo soy el pan de vida. Esto lo aclara bastante. Lo que la plegaría pide es que Dios venga a nosotros. -Lyman se dio un buen golpe en el costado, junto al estómago-. Cada día, dentro de nosotros, donde podamos sentirlo como un estómago repleto de comida.

Hizo otra pausa, y luego continuó con el Padrenuestro.

-Y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a nuestros ofensores. Otra versión dice: Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Me gustaría saber qué banco nos perdonaría las deudas. Lo cual me recuerda que tendríamos que discutir en algún momento el tema del fondo para la construcción. Este techo tiene un aspecto tan encantador con esas enormes vigas perpendiculares y las vidrieras de colores a cada lado... He leído en el Star Tribune que, considerada meramente como una obra de arquitectura, esta iglesia supera a la basílica del centro de la ciudad. Es nada menos que un hito del renacimiento bizantino de los años veinte. Pero estructuralmente el techo está en una situación límite, y el interior de la cúpula necesita algo más que una lata de pintura. Así que ésta es una deuda que tendrá que ser pagada, y no perdonada. Las «entradas ilegales»*, por otro lado, para mí siempre han constituido una actividad inofensiva. Cuando uno sale de la ciudad en dirección norte pasa con el coche junto a todos esos bosques con carteles clavados a los árboles que dicen: PROHIBIDO EL PASO. Y yo confieso que en ocasiones he violado la propiedad privada, porque he entrado, del mismo modo que también han violado mi intimidad, cosa que trato de perdonar, cuando se han puesto a jugar a baloncesto a las once de la noche junto a la ventana de mi dormitorio. Los ruidos exagerados por la noche son sin duda una trasgresión. ¿Pero son malos? No, el mal es algo más, que es a lo que llega la plegaria después. La trasgresión puede meterte en líos, incluso en la cárcel, pero es bienintencionada. La transgresión se hace por una mera búsqueda de diversión. Un canuto, podríamos decir, es una trasgresión. Pero el mal... -Lyman sacudió la cabeza-. El mal daña a las personas y quizá no sabe siquiera que lo está haciendo, como un tanque que se limita a arrollar a inocentes espectadores en una multitud, o un banquero que invierte millones de dólares en compañías tabaqueras. O, si uno empieza a buscar el mal aparece por todas partes del globo, todo lo que uno puede esperar, en realidad, es que el destino no le ponga en situación de que el mal empiece a parecerle tentador, cuando sólo le parece algo fácil y acaba en homicidio. Y no nos dejes caer en la tentación. -Volvió a hacer una pausa-. Mas líbranos... ¿de hacer el mal por el que podemos vernos tentados?, ¿o del mal que está ahí fuera como boca de lobo?, ¿o de esta maldita plaga que mantiene a todo el mundo menos a nosotros encerrado en su casa, esta plaga que no olfatea en busca de pecadores,

* Téngase en cuenta que la palabra inglesa utilizada en el Padrenuestro para significar «deuda» es trespass, que significa también entrar ilegalmente, violar una propiedad privada, ofender, delinquir o infringir la ley, y pecar en términos religiosos. *(N. de la T.)*

como el antiguo sida, sino que golpea indiscriminadamente, como un francotirador psicópata? La plegaria no especifica a qué tipo de mal se refiere, y yo creo que no hay una verdadera diferencia. El mal se apodera de ti cuando tú decides que no hay nada mejor que salvar que tu propio pellejo; éste es el mismo mal que el que te reprocha directamente. Ahora bien, podría estar completamente equivocado sobre esto. De hecho, probablemente sea una herejía. Es como decir que el mal es demasiado grande y demasiado malo para liberarse de él una vez te has convertido en un pecador. Y yo sé, o espero, que no haya sido así en el caso de mis propios pecados, algunos de los cuales sin duda traspasaron la categoría de entrar ilegalmente en una propiedad privada... Aún no he examinado esa parte de la plegaria, pero quizás ésa sea la razón por la que Jesús dijo que esta plegaria duraría toda la vida. Porque todos los problemas que debemos discutir con Dios, todos aquellos para los que nadie tiene una respuesta fácil, todos están ahí, en la plegaria: padres e hijos, poder y gloria, cielo y tierra, pan y deuda nacional, y el conocimiento del bien y del mal. Que Dios os bendiga.

El padre Lyman sonrió y bajó del pulpito con un gesto de asentimiento hacia la hermana Fidelis, que estaba en la galería superior del órgano, dispuesta ya a acometer su versión particular del Padrenuestro.

58

-Judge -insistió la señora Obstschmecker, con tono plañidero-, ¿estás seguro de que es una buena idea?

Judge no le prestó mayor atención de la que le hubiera concedido Madge. Se limitó a quedarse al margen de la muchedumbre, que salía por las puertas de la iglesia formando un embudo, sin moverse lo más mínimo.

-No tardaré más que un minuto, señora. Luego saldremos zumbando hacia el cementerio y pondremos esas rosas para su marido. En todas partes en las que he ido a la iglesia, uno se queda después de la misa aunque sea para estrechar la mano.

Eso era precisamente lo que estaba temiendo la señora Obstschmecker. Durante un tiempo, años atrás, habían intentado que los feligreses besaran a la persona que se sentara a su lado en el banco, sin importar quién fuera o qué enfermedad pudiera tener. Lo llamaban el beso de la paz.

En aquella época, la señora Obstschmecker sólo iba a misa cuando tenía a personas conocidas sentadas a cada lado. En los ochenta las cosas volvieron a la normalidad, y uno sólo tenía que saludar con una inclinación de cabeza y sonreír a los que le rodeaban al llegar a ese momento de la misa.

La multitud fue disminuyendo hasta que sólo Judge, la señora Obstschmecker y las personas que se habían sentado alrededor de la mesa de comunión quedaron en la iglesia.

Judge estrechó la mano del sacerdote negro.

-Tú debes ser el joven que tan rudamente ha tratado al padre Youngermann. Por lo que me ha contado la gente, ha sido un acto innecesario y sin mediar provocación.

-No me he comportado bien y lo admito -replicó Judge-. Le ruego que me perdone por mi irreflexiva actuación. Nunca hubiera usado los pies contra un hombre si hubiera tenido los brazos libres. Tengo mal carácter, pero sé que no es excusa suficiente.

-Le transmitiré tu disculpa al padre Youngermann. Tengo entendido que no ha sufrido daños serios. ¿Estás de visita en Twin Cities? No creo haberte visto antes en Nuestra Señora de la Merced.

-Soy de Florida. Pero esta señora frecuenta la iglesia desde hace un tiempo, creo.

-Oh, sí, su cara me es familiar. -El sacerdote negro le tendió la mano-. ¿Señora....?

La señora Obstschmecker le ofreció las puntas de los dedos, aunque no su nombre, para un cauteloso apretón de manos.

-Yo no soy católico -informó Judge.

-¿No?

El sacerdote negro no dejaba libres las puntas de los dedos de la señora Obstschmecker, a pesar de la indirecta de un ligero tirón.

-Soy un discípulo del hermano Orson. Alabado sea Dios.

-Yo siempre alabo a Dios. -Soltó la mano de la señora Obstschmecker-. Pero no puedo decir que hiciera lo mismo por el hermano Orson.

-Quizá no, pero algunas cosas de las que ha dicho en el pulpito sobre el Padrenuestro y el Juicio que pronto vendrá podrían proceder perfectamente de uno de los casetes del hermano Orson. Me preguntaba si había visto usted su show en la televisión.

-No, no lo he visto. He leído algo sobre él.

-Entonces habrá leído mentiras, probablemente. Eso es lo que se oye siempre en los medios de comunicación sobre él, y mentiras profanas humanistas.

-Judge. -La señora Obstschmecker le tiró de la manga de la chaqueta-. Deberíamos irnos ya al cementerio.

-Ésta es mi bisabuela por adopción -prosiguió Judge imperturbable-. Voy a llevarla al cementerio donde está enterrado su marido. Si le apetece acompañarnos, le contaré las promesas que el Señor ha hecho a través de su profeta. Como antes ha explicado en el pulpito, estamos viviendo los Últimos Días. Se acerca el Juicio. No se salvarán todos los hombres. -¿Sabes? Creo que aceptaré tu propuesta.

-¡Padre, por favor! -La señora Obstschmecker actuó como si se hubiera disparado la alarma de humos de la cocina-. ¡No hay necesidad!

-¿Cómo es ese viejo dicho? La oportunidad sólo se presenta una vez. No había tenido antes oportunidad de hablar con un discípulo del famoso hermano Orson. No es probable que ninguno de mis feligreses -se giró para hacer un guiño a los miembros de la asamblea parroquial, que habían permanecido lo más cerca posible para escuchar la conversación- adopte esa herejía. Según tengo entendido, el hermano Orson da pocas esperanzas de salvación para los hijos de Cam.

-Cierto. Pero no nos está prohibido revelar la verdad a los paganos.

-¿Y volverá a pasar por aquí después?

-Después de que la señora haya tenido tiempo de rezar junto a la tumba.

-Judge, en serio! Estoy segura de que el padre tiene cosas más importantes que hacer.

-Mi nombre es Lyman -manifestó el sacerdote, tendiendo de nuevo la mano a Judge-. Lyman Sinclair. No es necesario llamarme padre.

-No pensaba hacerlo. Sólo tengo un padre, Dios Todopoderoso. -Luego, con una extraña sonrisa en los labios, como si se le acabara de ocurrir, añadió-: Que estás en los cielos*.

La señora Obstschmecker estaba demasiado agitada para reprender a Judge por haber mostrado tan poco aprecio a William, que le había adoptado legalmente como su propio hijo. Era cierto, desde luego, que el chico no tenía un auténtico padre (a menos que hubiera sido Ben Wincklemeyer quien hubiera dejado embarazada a su propia hija, comentario éste que la señora Obstschmecker había oído a Madge especular al teléfono cuando pensaba que su madre no estaba escuchando), pero que él dijera que no tenía padre era sin duda una muestra de ingratitud.

Judge los condujo hasta el Cadillac, que impresionó debidamente al sacerdote, permitiendo así a Judge que mencionara quién era su padre adoptivo, ante lo que el sacerdote también quedó debidamente impresionado. Nunca dejaba de asombrar a la señora Obstschmecker que el nombre de William Michaels, el doctor Michaels fuera familiar para tantas personas que nunca le habían conocido. Pero, de hecho, aquel sacerdote negro sí lo había conocido, puesto que, como les explicó mientras se dirigían al cementerio (la señora Obstschmecker había insistido en que estaría más cómoda en el asiento de atrás), él había ido a la escuela de Nuestra Señora de la Merced con William.

-Vaya, ¿no es increíble? Usted y Billy compañeros de clase, ¡Dios mío!

Pero los hombres de los asientos delanteros siguieron hablando entre si como si ella no hubiera pronunciado una sola palabra. Al sacerdote únicamente le interesaba que Judge le hablara de un tema: el hermano Orson. Sin embargo, Judge quería comentar el Éxtasis y el Juicio Final y el libro que estaba sellado con siete sellos, y hablar de ciertos caballos relacionados con eso. Un montón de tonterías en lo que a la señora Obstschmecker concernía. Al cabo de unos minutos, también el sacerdote estaba harto de oírlas.

-En realidad, Judge..., ¿es ése tu nombre, Judge? -Desde que me bautizaron en Cristo, Judge ha sido mi nombre. Alabado sea Dios.

-Su verdadero nombre es John -interrumpió la señora Obstschmecker, inclinándose hacia delante para hablar directamente a la oreja del sacerdote-. John Wincklemeyer.

-En realidad, Judge -prosiguió el sacerdote-, también yo he leído el Apocalipsis y tengo mis propias ideas sobre lo que puede significar. Lo

---

* En el original inglés el relativo es which, es decir, el relativo utilizado por los protestantes en contraposición al who católico. *(N. de la T.)*

que más me interesa es el mismo hermano Orson y tu, uh, relación con él.

-Me relaciono con él cada día. Alabado sea Dios.

-¿Por televisión, quieres decir?

-Y en mi corazón.

-Pero por la imagen que ves en el televisor, sin duda te das cuenta de que parece un personaje de dibujos animados. Y cuando el hermano Orson habla con ese ángel que tiene tantas opiniones diferentes...

-El ángel Lázaro. Alabado sea Dios.

-No es un auténtico ángel, es un programa de ordenador. Y cuando les haces preguntas, si es que tienes posibilidad interactiva...

-Cuando le hago una pregunta al ángel Lázaro, el ángel Lázaro me dice todo lo que quiero saber. Cuando estaba en prisión, como Pablo, por dar testimonio de mi fe, el ángel vino y me dijo que sería redimido de mi esclavitud. Pronto, afirmó el ángel. Y así fue, no más de dos semanas. Entonces fue cuando el Señor me envió aquí.

La señora Obstschmecker suspiró y cejó en su empeño de evitar que el chico se mostrara a sí mismo peor de lo que ya se había mostrado antes. Hablaba de su temporada en la cárcel sin el menor asomo de vergüenza.

-Pero usted preguntaba si no sé que lo que veo es una especie de dibujo animado. Bien, mierda, cualquier idiota lo sabe, pero ¿acaso el Papa de Roma es diferente? ¿No tiene él también su Capilla Cisterna con todas esas imágenes tan pintadas con el aspecto que se supone que tiene Dios?

-Te equivocas en una cosa -replicó el sacerdote, que aparentemente estaba enfureciéndose (el chico siempre lograba irritar a la gente. La señora Obstschmecker había visto cómo conseguía que William se subiera por las paredes de furia)-, es la Capilla Sixtina, no la Capilla Cisterna.

-Ya lo sé. Era una broma. Déjeme que le haga una pregunta, ¿cree usted, cuando ve a su Papa en la televisión, que esos pequeños puntos diseminados por la pantalla del televisor son una persona real? ¿No es esa imagen la misma imagen que la del hermano Orson? La única diferencia estriba en que el hermano Orson pone más cuidado en cómo se exhibe su imagen.

-¿Conoces las historias que circulan en los periódicos? ¿Has oído hablar del juicio que se lleva a cabo ahora mismo en Florida? No son los medios de comunicación los que dicen que ese hombre es un farsante, es la gente de su propia organización. Personas que eran ejecutivos. El jefe del estudio donde se graban sus programas ha dicho, y cito textualmente; que «el hermano Orson es tan real como Mickey Mouse».

-Bueno, entonces supongo que Mickey Mouse debe ser más real de lo que pensamos. -Se giró hacia el sacerdote para dedicarle una sonrisa-. Es otra broma. Alabado sea Dios.

El chico tenía una sonrisa malévola. A la señora Obstschmecker le traía siempre a la memoria el joven y agradable senador que solía trabajar para el presidente Reagan, Oliver North. Sólo que Judge llevaba el cabello más corto y era de constitución más robusta.

-La respuesta obvia a su pregunta -agregó Judge, empleando su más serio y reverente tono de voz- está en la epístola de Pablo a los Corintios: Pues ahora vemos a través de un velo, obscuramente, pero luego veremos a cara descubierta. Es una clara profecía del hermano Orson. Y en cuanto a las mentiras en los medios de comunicación, no es noticia que el hermano Orson tenga enemigos, y que los enemigos esparcen las mentiras.

-Tienes una fe asombrosa -replicó el sacerdote.

-Cuando hablo con el hermano Orson -manifestó el chico tras esbozar una sonrisa-, me dice: «Judge (me llama por mi nombre, Judge) tienes una fe perfecta.» Supongo que sí él lo dice, debe ser así.

59

Valerie Bright era la perfecta administradora: áspera, poco curiosa, autoritaria, pero benevolente con el personal, y discretamente servil con sus superiores, con Ben Wincklemeyer día a día y con el doctor Michaels siempre que sus deberes la colocaban bajo su órbita personal. Ella comprendía la necesidad que el doctor Michaels tenía de intimidad. Las naturalezas creativas precisan de soledad, y era uno de los principales deberes de la señorita Bright, aunque no estuviera especificado en la descripción oficial del trabajo de directora administrativa, el crear esa soledad para él. Ben la había descubierto en un Desayuno de Confraternidad Cristiana en la Pradera del Edén, poco tiempo después de salir de la cárcel. Ya entonces le había parecido la encarnación del espíritu de los ochenta, uno de esos secretarios rechonchos y remozados de ministerio que salían en las noticias de la noche desmintiendo culpabilidades y mirando a la cámara impasible a través de enormes gafas, sin vergüenza alguna. Aquella época había sido turbulenta para el patrocinador del Desayuno de la Fundación del Hijo del Hombre, y la señorita Bright había demostrado la pasta de la que estaba hecha proclamando su irreductible fe en los copresidentes de la fundación, Hal y Bess McKinley. Si el Señor les había concedido gratificaciones insólitas, sin duda se trataba de una señal de su gracia y no de una pista para que los medios de comunicación se lanzaran a una caza de brujas. Cuando voces menos confiadas expresaron sus dudas e incluso llegaron a repetir los alegatos de los medios de comunicación, la señorita Bright se tapó los oídos con las manos y declaró: «No quiero oír más hechos supuestos. -Y luego, bajando las manos y sonriendo cálidamente-: Creía que esto iba a ser un desayuno de confraternidad.»

Se había mostrado muy abatida cuando los McKinley, durante su enjuiciamiento, acabaron reconociendo cierto grado de culpabilidad con respecto a los fondos que habían desaparecido, aunque insistieron, no obstante, en que habían tratado siempre de seguir los dictados del Espíritu Santo. El juez afirmó que también él había tratado de hacer lo mismo al dictar su sentencia, que fue de ocho a doce años, o la mitad de ese tiempo si uno de los dos copresidentes contribuía a la localización de los fondos perdidos.

La señorita Bright estaba furiosa.

-Sabía que ese hombre era un cínico -le había confesado a Ben en su primera cita, dos meses después del Desayuno de Confraternidad-. Ruin y cínico.

-Trata de no pensar en ello -replicó Ben, intentando animarla.

-Tienes razón, ya lo sé. Pero cuando pienso en esas dos maravillosas personas en alguna horrible cárcel...

-La cárcel no tiene por qué ser horrible. Si yo no hubiera estado en la cárcel, probablemente no hubiera hallado mi camino hacia Jesús. La cárcel puede volver a conducir a los pecadores hacia Dios.

-¡Eres un hombre muy valiente, Ben Wincklemeyer! -dijo ella, apretándole la mano-. Y también tienes razón. El señor no nos envía más dolor del que El sabe que podemos soportar. A la larga, probablemente resultará una bendición.

Un mes más tarde, cuando se desveló que el Fondo de Desarrollo de la Pradera del Edén (FDPE) en el que ella había trabajado como secretaria ejecutiva representaba una parte significativa de los bienes desaparecidos de la Fundación del Hijo del Hombre, la señorita Bright se había quedado sin empleo. Aceptó ese golpe del destino sin un murmullo de protesta, y Ben la creyó cuando le aseguró que nunca había sospechado que el FDPE fuera otra cosa que lo que parecía, una constructora inmobiliaria. La mujer era una joya, y Ben le ofreció un puesto en Sistemas de Defensa Médica con un salario que estaba en consonancia con lo que ganaba antes en el FDPE.

Ella demostró su gratitud por la oferta de empleo con un abrazo y un beso.

-Pero nada más, cuidado -dijo, bajando de nuevo la barrera protectora de sus gafas y mirando por encima de la montura con coquetería-. ¡Esto es todo lo que consigue un hombre a menos que me ponga una alianza en el dedo!

Se lo decía a un hombre que se acercaba ya a los sesenta, un hombre que casi le doblaba la edad, y lo decía en serio. Si él le hubiera propuesto matrimonio, ella hubiera aceptado. Para la señorita Bright el matrimonio representaba tan sólo una forma de administración más intensa.

En las oficinas centrales de Sistemas de Defensa Médica, Ben se dirigía a ella como señora Bright, apelativo que ella prefería al de señorita. Señora representaba su compromiso con el feminismo, si bien con un feminismo fundamentalista. Creía en el derecho de la mujer a percibir un salario igual al del hombre, y estaba siempre alerta en contra del acoso sexual en el trabajo, incluyendo el uso de un lenguaje demasiado libre o insinuante, como más de un antiguo empleado de Sistemas de Defensa Médica había comprobado a costa de su puesto.

Excepto en el vestir, que era sin excepción monótono, caro y femenino, la señora Bright evitaba el comportamiento femenino estereotipado. Si un hombre le sostenía la puerta para que ella pasara primero, se quedaba petrificada en su sitio y no la cruzaba. Se enorgullecía de cocinar más de lo que podía cocerse en un microondas, y las únicas revistas que leía eran Fortune, U.S. News and World Report, el Journal of Hospital Administration y, hasta que dejó de publicarse, La Gaceta de

las Buenas Noticias, el boletín informativo mensual de los McKinley. Le encantaba el béisbol y acudía a los partidos que los Twins jugaban en casa los domingos.

El resto del tiempo, hasta donde Ben podía determinar, trabajaba. No sólo trabajaba como directora administrativa de Sistemas de Defensa Médica, sino que pronto se encontró desempeñando tareas similares, aunque no reconocidas, para empresas amparadas bajo el espacioso paraguas de SDM. Porque SDM era mucho más que una simple organización investigadora en la lucha contra el sidava. También era, en cierto sentido, una cadena de hoteles, un sistema carcelario y una compañía de bienes raíces y constructora. En realidad, los beneficios de estas empresas paralelas (los Hoteles Minnehaha, el Grupo MedSec y el Fondo para la Construcción Northwestern) prácticamente empequeñecían, como entidades financieras, a su casa central o anfitriona, la SDM, y la señora Bright pronto tuvo que dedicar una atención considerablemente mayor a esas filiales y ramas que a la misma SDM, la cual, por naturaleza, no podía administrarse con eficacia. Puesto que si el negocio de uno es la investigación, Y no hay garantías de que la investigación produzca resultados, y si ese negocio se define a sí mismo como no lucrativo, ¿qué puede hacer un administrador? Sólo había un proveedor para los diez mil ratones que SDM compraba cada año a veinticinco dólares la pieza, y ese proveedor no hacía descuentos por compras al por mayor.

Si el doctor Michaels aprobaba un experimento en particular, SDM tenía que cubrir el coste del mismo. Las fuentes de financiación no parecían ser un problema. En su infancia no lucrativa, con una plantilla compuesta apenas por el buen doctor y una docena de técnicos, SDM había desempeñado un papel significativo en el desarrollo de la vacuna que había puesto fin a la epidemia del sida; después, con la llegada del sidava, que se extendía a un nivel mucho más amplio y causaba muchos más estragos proporcionalmente, SDM prácticamente había obtenido carta blanca tanto del gobierno como de las fundaciones privadas. Todo lo que el doctor Michaels quería lo tenía, desde ratones de veinticinco dólares a incineradores de veinticinco mil para eliminar los cadáveres infectados de los susodichos ratones.

En cuanto a los intereses lucrativos, la palabra del doctor Michaels no se aceptaba como ley de manera tan inexorable, en especial en lo concerniente a la Construcción Northwestern. En realidad, se tendía a restar importancia a su conexión con ese otro lado de las cosas. Se sabía que era miembro de la junta de cada una de las tres compañías, así como accionista, pero también lo eran muchas otras figuras prominentes del mundo médico y del gobierno del estado. Minnesota esperaba sentar un ejemplo ante el resto del país al desarrollar un sistema de tratamiento y seguridad que fuera justo tanto con las víctimas de la plaga como con el resto de la comunidad. Si los inversores que contribuían a crear ese sistema obtenían beneficios al mismo tiempo, eso no era más que una de las ventajas del sistema de libre empresa y a nadie debía importar.

Pero incluso en el caso de una emergencia médica a tan terrible escala, había personas que insistían en desbaratar el sistema, y otro de los deberes no explícitos de la señora Bright consistía en habérselas con semejantes perturbadores. En la mayoría de los casos, eso significaba que debía alcanzar un acuerdo con antiguos residentes de larga estancia en uno de los Hoteles Minnehaha, que deseaban recuperar su donativo voluntario a SDM cuando se creían sanados y fuera del alcance de la guadaña del sidava. Menos numerosos, pero más problemáticos, eran los descontentos herederos de aquellos a los que SDM no había podido ayudar, alrededor de un cuarenta y seis por ciento; éstos amenazaban con litigar para recuperar el donativo testamentario. Jamás habían triunfado, pero los litigantes causaban mala imagen, y además existían ciertos documentos confidenciales que no convenía que fueran reclamados ante los tribunales. De modo que, algunas veces, un acuerdo privado era el camino más prudente a seguir. En ese tipo de asuntos, podía contarse con la señora Bright y sus colaboradores legales para que cumplieran los objetivos globales de la organización con el mínimo alboroto.

Pero había ciertos asuntos fuera del alcance de la señora Bright, ciertos problemas para los que sus años de experiencia trabajando con los McKinley eran de escasa utilidad. El senador del estado Lester Burton era uno de esos problemas. La cortesía no servía con él; a pesar de proceder de uno de los condados más pobres del estado y vestir de forma deplorable, el senador Burton podía ser tan cortés como la señora Bright y, sin embargo, no ceder ni un milímetro. También había dejado bien claro que no iban a desviarlo de su propósito ofreciéndole un lugar en la junta que administraría el proyecto cuyo desarrollo él pretendía entorpecer, por muy lucrativo que resultara ese puesto.

-Está totalmente decidido y resuelto a echar a perder todo el proyecto -había lamentado la señora Bright, durante su reunión habitual de los miércoles por la mañana con Ben-. Le he señalado todos los beneficios a largo plazo que Onamia misma puede ganar, las instalaciones que vamos a construir, las oportunidades de empleo que vamos a crear y los beneficios en la salud de aquellos que prefieran no cambiar de residencia.

-Por no mencionar el beneficio que recibirán los miles de personas a los que se tratará allí.

-Le he explicado cada detalle. Le he mostrado la preciosa maqueta a escala que construyeron los arquitectos, con sus minúsculos pinos. Le he enseñado las proyecciones de actuación en un periodo de cinco y de diez años. De hecho, se pasó media hora leyendo el texto mientras yo estaba mano sobre mano. ¡Y luego quiso una fotocopia! Pero no estaba dispuesto a hacer una sola concesión... Insiste en que presentará el asunto en la próxima sesión de la legislatura y que tiene intención de convocar una conferencia de prensa antes. -¿Con qué fin?

-Para mantener a Northwestern fuera de Onamia.

-¿Vive allí?

-Nació allí y defiende el edificio en el que está el drugstore.

-Confío en que habremos hecho una oferta razonable. Llegados a este punto, podemos permitirnos ser generosos.

-Nuestra gente le ha ofrecido el doble del valor del edificio y del negocio en el mercado y firmes garantías de que seguirá operando como farmacia. Ésa era su primera preocupación. Decía que no quería que Onamia se convirtiera en otra ciudad fantasma. Eso era cuando pensaba que Northwestern iba a construir una avenida fuera de la ciudad; luego empezó investigar títulos de propiedad. Básicamente, eso es lo que ha hecho Para ganarse el sustento durante la mayor parte de su vida. Es un picapleitos de provincias.

-Con un escaño en la legislatura -señaló Ben.

-Eso no supone una gran diferencia. Conseguí que Lucille Borg, que representa al área mayor de Mille Lacs Lake en la Cámara Legislativa del Estado, le abordara y le explicara lo bueno que sería nuestro proyecto para Onamia y para toda la región. Probablemente le dijo más de lo que debía, porque después de hablar con ella empezó a interesarse por MedSec, y ahora él tiene toda una teoría sobre todo lo que estamos haciendo. Realmente, no puedo con ese hombre. Lo siento.

-Bien, entonces, ¿qué debemos hacer, según tú?

La señora Bright dio un suspiro profundo que alzó sus pechos.

-Dice que quiere hablar con el doctor Michaels. «Sobre qué», le pregunté yo. «Sobre sus inversiones inmobiliarias», contestó él. Le expliqué que el doctor Michaels está demasiado ocupado, pero que podía hablar contigo. «Es una lástima», replicó, y se encaminó hacia la puerta. Te aseguro que si no fuera una mujer cristiana, me hubiera gustado... - Curvó las uñas postizas en forma de garra y emitió un agudo gruñido.

-Algunas veces es difícil amar a nuestros enemigos -admitió Ben, asintiendo con la cabeza.

-Me doy cuenta de que el doctor Michaels detesta ser molestado por cuestiones de negocios, pero esto va más allá de los detalles habituales. Esta situación podría socavar todo el proyecto de Onamia.

-No podemos dejar que eso ocurra. Estoy seguro de que William estará de acuerdo en ver a ese hombre y bajarle los humos.

-No quisiera apartarle de su auténtico trabajo.

-Dile a Stan que concierte una cita tan pronto como sea posible.

La señora Bright se tocó la cadena de oro e inclinó ligeramente la cabeza en señal de lealtad. Sabía que el doctor Michaels se haría cargo del problema planteado por el senador Burton tan pronto como fijara su atención en él.

-Tiene un toque mágico -decía de él a menudo.

60

En aquel momento William estaba en su despacho, aunque no trabajando, a menos que el juego de los espíritus creativos fuera su auténtico trabajo. Estaba jugando con uno de sus programas favoritos de software, un simulador de vuelo, y estaba tan drogado que los gráficos de la pantalla le parecían más reales que la realidad. Las nubes blancas sobre el cielo azul se deshacían en geometrías fractales en los

extremos, erosionadas por el viento del oeste, y su disolución mantenía una especie de sincronía con el compact disc que sonaba en ese instante, Scott Ross interpretando a Scarlatti. Hizo descender en picado el morro del biplano, sumergió su nariz en una línea de coca, y en un segundo las nubes se dispersaron y él descendió en espirales en dirección al obscuro campo de aterrizaje con la sensación estupefacta de que las alas del avión formaban parte de su cuerpo. Un aterrizaje sobre tres ruedas perfecto.

Tecleó «Salir avión» y se encontró de inmediato en el vestíbulo del aeropuerto, que no era ni más ni menos auténtico que cualquier otro vestíbulo de aeropuerto. Había un quiosco de noticias de IBM con los auténticos titulares de esa misma mañana pasando por las pantallas (el software tenía ventanas abiertas al banco de datos de SDM, CompuServe y un paginador). Había guardias de seguridad armados y vestidos de verde junto a la salida principal, sobre la que un cartel proclamaba: BIENVENIDOS A LAS VERDES COLINAS DE WYOMIA.

Sintió el cálido y feliz abandono del alivio que llega tras el primer instante de rendición a la telecomedia favorita o al agua burbujeante de un baño caliente. Se sentía en casa en su País de las Maravillas privado, su Tara, su universo alternativo en el que todo aquel al que conocía era proyección y reflejo de su imaginación. Fue a retirar su maleta de la cinta transportadora del equipaje, que giraba lentamente. La maleta contenía un revoltijo de chismes que a lo largo de los años habían demostrado su utilidad para enfrentarse con los peligros y rompecabezas de Wyomia: cuchillos, escalpelos, fórceps, pinzas, cuerda, cola, sopletes, antibióticos y placebos. Y en el fondo de la bolsa, envuelto en un pañuelo de seda, su más potente recurso: un caduceo, cuya potencia no estaba limitada al reino imaginario codificado en el programa de software, sino que podía compartir, como una pila recargable, una pequeña porción del poder total de que disponía el original, el cual guardaba aún en el desván de la casa Obstschmecker, y que sólo llevaba a su despacho de Sistemas de Defensa Médica cuando el icono del programa necesitaba ser recargado.

Era algo preocupante, por tanto, que su equipaje se retrasara. Pero el programa tenía una serie de instrucciones que podían ser las causantes del retraso. Quizá Stan le había llamado por el teléfono rojo; pero entonces el paginador emitía una señal luminosa intermitente. O quizás hubiera un nuevo titular, de una urgencia tal que UPS estuviera transmitiendo a la atención inmediata de los suscriptores. Volvió al quiosco de noticias para comprobar esa posibilidad y utilizó el ratón para seleccionar IMPRIMIR, luego NACIONAL, y después NOTICIA PRINCIPAL. Su cámara subjetiva enfocó de cerca una de las pantallas del quiosco de noticias, y en la ventana de CompuServe apareció la noticia principal del día: EL PAÍS CUENTA LAS MUERTES EL DÍA DE LA CONMEMORACIÓN.

Luego seguía una lista ribeteada en negro de las últimas celebridades muertas por causas relacionadas con el sidava. La muerte se había llevado consigo a una variada muestra representativa de los ricos y los famosos en las dos últimas semanas: un novelista, el alcalde

de Sacramento, el director del segundo banco más importante de la nación, un asesino múltiple que esperaba ser ejecutado en Arizona, un cantante pop, un cantante de ópera, la hija de cuatro años de edad de una estrella de las telecomedias, el presidente de una universidad de la Ivy League*, un arzobispo católico y el propietario de un equipo de baloncesto. La Presidenta había rechazado las críticas por ordenar que las banderas del Capitol y de la Casa Blanca ondearan a media asta, y había defendido la propuesta del Director de la Sanidad Pública para que se realizaran pruebas al azar más intensivas en las escuelas primarias.

Todo lo que se relacionaba con la epidemia se transmitía por ordenador a la especial atención de William, pero ninguno de los que estaban en la lista de los recientemente fallecidos hubiera activado un retraso con prioridad. Cambió de directorio para pasar a las noticias estatales y locales, en las que la noticia principal era que la cámara legislativa del estado había aprobado la decisión del gobernador de que tampoco ese año hubiera Feria Estatal (el recinto ferial había sido convertido en una instalación de cuarentena), o mientras durara la crisis sanitaria. Se urgía a los condados a que siguieran el ejemplo del estado.

-Se cierra el círculo -dijo una voz familiar.

William se volvió y allí estaba el dios, con un traje gris, mirándole y sonriendo. William se arrodilló para besar la mano que el dios le tendía. La acción de arrodillarse no se cumplía mediante un comando del teclado, el lápiz o el ratón. Con ese acto de fidelidad, William había cruzado el umbral entre la simulación y el reino de Mercurio. Sabía que lo que veía entonces, la sonrisa arcaica del dios, no era una imagen formada por puntos en la pantalla del ordenador, sino un fantasma visible sólo a un órgano interno de la visión. Sabía que el tacto de la mano del dios, incitándole a levantarse, era un tacto impalpable y que, cuando parecía estar de pie, seguía sin embargo sentado en su escritorio sumido en una especie de trance. Pero sólo lo sabía como algunas veces sabemos, cuando estamos soñando, que soñamos.

-Fue en la Feria Estatal donde se plantó la semilla de la que han surgido todos estos interesantes acontecimientos, ¿verdad?

-Por supuesto. No tengo secretos que ocultarte. -Esperó a que el dios dijera algo más, pero éste se limitó a sonreír. Más que hacer una pregunta (invariablemente, el dios se marchaba tras haber respondido a tres preguntas), William observó-: Hace ya bastante tiempo desde la última vez que te vi.

-Pero no porque no mantuvieras el canal abierta Últimamente has estado abusando de sustancias controladas con bastante imprudencia.

-Stan tiene muchas relaciones. Y pongo mucho cuidado en que cada gramo tenga garantizada la no adicción y la carencia de efectos secundarios dañinos. Pura euforia sin resaca, sin disminución de la lucidez y sin sudor.

---

* Asociación de ocho universidades del noreste de Estados Unidos: Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth, Harvard, Princeton, Universidad de Pensilvania y Yale. *(N. de la T.)*

-Los estimulantes no son buenos para ti, William, pero no he venido para darte una conferencia sobre tu higiene personal.

-¿Para qué has venido entonces? -tuvo que preguntar.

-Para advertirte de un peligro inminente.

William se mordió el labio, no deseando desperdiciar una pregunta en lo que sabía que el dios le diría sin necesidad de que él preguntara. Pero el dios no definió el peligro contra el que debía prestar atención. Por el contrario, añadió:

-Y de peligros aún mayores supeditados al primero, peligros procedentes de padre, hermano e hijo.

-Mi padre está muerto.

-A menudo se dice lo mismo de los dioses, pero seguimos ejerciendo una cierta influencia sobre el curso de los acontecimientos. Debo decirte que tienes buen aspecto. La tensión de tu trabajo no ha grabado aún arrugas perceptibles en tu frente. Incluso tu conciencia, o lo que puede verse de ella, parece clara como las aguas de un río truchero. Los griegos ya lo dijeron: Mens sana in corpore sano. Eso es en latín, por supuesto, pero el significado es el mismo: la buena salud produce tranquilidad. Aun así, William, te advierto que debes tener cuidado. En los próximos días serás tentado a usar el poder del caduceo de un modo que podría tener resultados imprevistos y desafortunados. Por tanto, abstente.

William sabía que se mofaba de él. Su conciencia no era una límpida corriente de agua.

-¿Más preguntas? No quiero mantenerte alejado de tu reino mágica Wyomia te espera.

-Tengo sueños -contestó finalmente, con reticencia.

-¿Y?

-¿Cómo puedo librarme de ellos?

Mercurio rió.

-Como el médico dijo a Macbeth, «en eso el paciente debe curarse a sí mismo». De verdad, William, ha sido una pregunta muy tonta. No pongas esa cara. ¿Preferirías que te pidiera que me confesaras tus crímenes contra la humanidad y te administrara un castigo como un hombre? La cura para cualquier pesadilla es un punto de vista diferente. Aprende a disfrutar de lo que te horroriza.

-Ya lo disfruto.

-No, sencillamente te has vuelto insensible. Es un riesgo de tu profesión. Con el paso del tiempo los médicos acaban por tener más sangre fría que los generales. Es el aprendizaje: diseccionar cadáveres, aprender a manejar todos los interruptores químicos para el placer y el dolor, hurgar en heridas abiertas, ser el primero en conocer lo peor. Sucumbes a la fascinación. Lo contrario sería inhumano. Pero no disfrutas tu poder. No como yo lo haría. No como un dios.

Antes de que William pudiera expresar su respuesta, el paginador empezó a parpadear.

-El deber te llama, William.

El dios extendió la mano para recibir la fidelidad de William. Pero en lugar de arrodillarse y besar la mano ofrecida, William, en parte

resentido porque se hubiera mofado de él, y en parte por costumbre, tecleó GUARDAR.

La imagen de la pantalla se encogió hasta alcanzar el tamaño de una mota brillante y se apagó.

William descolgó el teléfono.

-Es el senador de Onamia -anunció Stan-. La señora Bright dice que tienes que verlo. Y él dice que tiene que ser ahora. Lo siento, Doc. Sé que tienes cosas mejores que hacer.

-Hazle pasar, Stan. Haré lo que pueda.

61

Lester Burton, senador de Onamia, era tan obeso como el maduro Marión Brando, de una obesidad increíble, con grandes carrillos. Resoplante y jadeante, el traje veraniego de color castaño veteado de huellas de la transpiración, la cara fofa y los regordetes dedos rosados por la sangre que su corazón suministraba fatigosamente, tenía los tobillos tan hinchados que, cuando se sentó pesadamente sobre una silla, apenas fueron capaces de flexionarse. Antes de que el hombre hubiera pronunciado una sola palabra, William sintió la satisfacción que produce saber la respuesta a un problema en el mismo momento en que se plantea. Lester Burton era un ataque al corazón esperando su oportunidad. De ocurrir en ese momento y en ese mismo lugar, el despacho de William, no habría habido motivo de qué asombrarse.

William adoptó un tono de cortesía formal.

-Senador Burton, ¿cómo está usted? Ha escogido un tiempo muy desapacible para visitar SDM. ¿Qué puedo hacer por usted?

-No he venido aquí para hablar del tiempo. Ni para discutir nada. He venido para decirle que no puede convertir el condado de Mille Lacs en un maldito pabellón de cuarentena. Podrá librarse del resto de la cámara comprándola, pero a mí no me comprará.

-Que yo sepa no se le ha hecho ninguna oferta, senador.

-Ah, ¿no? -Apretó la mandíbula y los labios, y le temblaron los carrillos en un movimiento que, interiormente, podía haber sido experimentado como una sonrisa-. Veinticinco mil dólares por dejarle poner mi nombre en la lista de políticos que tiene en el bolsillo, ¿no es una oferta?, ¿no es un soborno?

-Quizá no sea suficiente. -William lanzó la sugerencia en tono de chanza, pero ahí estaba la proposición para ser aceptada en caso de que fuera eso lo que Lester Burton persiguiera. No lo era.

-Espero que sea una broma, doctor Michaels.

-Por supuesto, senador. Y yo espero que usted no quiera decir que los otros miembros de la Junta de Relaciones con la Comunidad han sido sobornados o se han corrompido al aceptar sus actuales puestos. ¿El alcalde Kuula? ¿La representante Borg? ¿El doctor Wempke?

-Oh, se han ganado su salario a pulso, doctor, no cabe duda. Lucille me ha estado llamando dos y tres veces por día tratando de convencerme, y, según el doctor Wimp, usted es otra maldita Madre Teresa. En cuanto al alcalde Kuula, ha metido mano en todos los

asuntos que ha podido desde que consiguió un sitio en la junta escolar en el 73, y así lo afirmé las dos veces que se presentó contra mí por un escaño en el senado.

-Así que es eso. Tiene envidia de Emil Kuula.

-Eso es lo que usted desearía.

-Senador, comprendo su angustia ante la idea de que su ciudad natal se convierta en una zona de cuarentena. No puede esperarse que ninguna comunidad le dé la bienvenida a una perspectiva semejante, por buenos que sean los incentivos económicos. Indudablemente, a algunos de sus votantes les disgusta la alternativa de permanecer en la zona a urbanizar o mudarse a casas equivalentes a las suyas en algún otro lugar del estado; ninguna empresa de tal escala puede llevarse a cabo sin que existan algunos inconvenientes y sacrificios personales. Lo mismo ocurre cuando se construyen autopistas.

-Pero a usted no le duele precisamente, ¿verdad, doctor Michaels? - La más vieja ironía de la profesión médica es que los médicos parecen sacar provecho de las desgracias de otras personas.

-¡Y tanto! Este sitio que tiene aquí no debe haberle costado barato. Apostaría a que esas dos serpientes de mármol que hay sobre la entrada principal han costado un millón de dólares. Apuesto a que tienen por lo menos ochenta metros de altura.

-Resulta, senador, que a SDM, como organización no lucrativa subvencionada por fondos públicos, le fue solicitado que gastara un uno por ciento de su presupuesto para construcción en obras de arte públicas. No soy responsable de las leyes de este estado. Usted sí. Y, a propósito, esas «serpientes» son los componentes de un caduceo, un antiguo símbolo de la profesión médica.

-Las serpientes son serpientes en lo que a mí respecta, pero eso no importa. El problema es su supuesta organización no lucrativa. Me da la impresión de que usted ya le ha sacado buen provecho, doctor, y si ese proyecto urbanístico para el condado de Mille Lacs sigue adelante, será como si se sentara sobre un yacimiento petrolífero médico. Ésa es mi opinión.

-Senador Burton, si quiere realizar una auditoría de los libros de Sistemas de Defensa Médica, es libre de hacerlo. Como director, yo recibo un salario de 750.000 dólares, pero absolutamente nada del dinero que entra en SDM a través de contribuciones o actividades propias. Ese dinero no constituye un beneficio, ya que se reinvierte en investigación. La investigación requiere un montón de dinero, senador; pero hasta que se encuentre una cura para el sidava, o una vacuna, debe buscarse ese dinero. Y SDM lo está encontrando.

-Si sólo fuera SDM, doctor, no estaría perdiendo su tiempo, visto lo valioso que es. Pero existe también un consorcio llamado Grupo Med-Sec, que convierte el seminario en una prisión de seguridad para enfermos de sidava. Y ésa no es una actividad sin beneficios.

-Si el estado se niega a abrir una instalación propia, entonces el estado tendrá que pagar a alguien que esté dispuesto a hacer el trabajo por él.

-Es decir, usted.

-Tengo acciones en MedSec, es cierto.

-Y también en los Hoteles Minnehaha, ¿no?

William asintió. Definitivamente, el senador Burton representaba una amenaza para el proyecto Onamia. Le estaba agradecido a la señora Birght porque hubiera insistido en que hablara con él.

-Y volviendo a 1988 -prosiguió Burton-, cuando los Hoteles Minnehaha eran todavía el Grupo Inversor Mille Lacs Lake, usted compró todo tipo de propiedades alrededor del lago. Propiedades realmente baratas.

-Entonces no lo parecían tanto.

-Pero tan seguro como hay Dios que valdrán mucho más una vez que se empiece a desarrollar el proyecto de SDM y cada choza y habitación de motel se alquile a pacientes externos a cien dólares por día y más. Y no sólo en la temporada de verano, sino todo el año, según el prospecto que leí.

-Los Hoteles Minnehaha no han sido el único grupo inversor en prever esa posibilidad. El boom de la construcción lleva en marcha un par de años.

-Pero Minnehaha fue el primero, por unos pocos años de diferencia, y aún es el más importante. Siempre, claro está, que no contemos con el Fondo para la Construcción Northwestern, que ha engullido prácticamente cada hectárea del condado de Mille Lacs que ha salido al mercado desde 1993. Ahora puede decirme que todo es una pura coincidencia. -En cierto sentido, ha sido la mayor de las coincidencias posibles. La Fundación Northwestern fue creada en respuesta a la perspectiva de los cambios climáticos mundiales que se están produciendo ahora. Las Grandes Planicies se están secando. Saskatchewan y Manitoba y los condados del norte de Minnesota serán el Iowa, Kansas y Nebraska del próximo siglo, y Mille Lacs está en el extremo sur de esa nueva zona de los cereales. Tiene cantidad de agua suficiente para poder sobrevivir durante el período de transición. En aquel momento fue eso lo que hizo que pareciera una buena inversión, y el motivo de que se creara la Fundación Northwestern.

-He leído el catálogo.

-La necesidad de establecer una comunidad de investigación sólo ha hecho que esa inversión madurara antes de lo previsto.

-Para su propia conveniencia...

-Para la de cualquiera que haya invertido en la fundación.

-¿Y no le importaría explicar qué porcentaje de las acciones de Northwestern, de MedSec y de Hoteles Minnehaha pertenece a usted y a sus parientes?

-Todas mis inversiones están en un fidecoimiso anónimo.

-Fideicomiso anónimo, mmm... Bueno, quizás algunas personas tengan una fe ciega*, pero no yo, Michaels. Perdí la mía cuando tenía los veintiuno o veintidós años, viendo el Watergate por la televisión con mis viejos cada noche y oyendo a mi viejo decir: «Si el presidente dice algo,

* Juego de palabras intraducible. El original inglés, blind trust, es polisémico y significa tanto fideicomiso anónimo como fe ciega. *(N. de la T)*

creo que deberíamos creerle. Si no puedes creer en el presidente, ¿en quién puedes creer?» Me metí en la política porque decidí que la única respuesta a esa pregunta era yo mismo. No confío en los políticos, los predicadores ni los grandes empresarios, y ni siquiera en los QB de equipos juveniles que juran no tomar drogas. Fui yo quien consiguió que se aprobara la ley por la que se iniciaron los análisis de sangre al azar en cualquier acontecimiento deportivo de institutos y universidades del estado. Todo el mundo se quejó de que era una invasión de la vida privada, y la ACLU, Unión Americana para las Libertades Civiles, llevó su lucha hasta el Tribunal Supremo del estado. Y cuando finalmente se pusieron en marcha los controles, ¿sabe qué porcentaje de deportistas de los analizados habían tomado esteroides? El treinta por ciento.

-Ha debido ser una experiencia embriagadora para usted, senador.

Y ahora, imagino, espera volver a los grandes titulares con una nueva causa célebre que pueda arrastrar por los tribunales durante unos cuantos años.

-Saldremos en los titulares juntos, doctor.

-¿De qué se me acusa exactamente? ¿De haber invertido con demasiado tino?

-El condado de Mille Lacs pertenece a la gente que ha estado viviendo allí, no a un grupo inversor cualquiera que llega y absorbe toda la propiedad inmobiliaria del mercado y luego se limita a guardarla durante unos años para que haya menos turismo que antes, para que las tiendas tengan menos beneficios y queden acorraladas. Y ahora que ya casi lo ha secado, cree que puede convertirnos en una instalación para eliminar basura humana y hace que todo el país mande allí a todos los pacientes de sidava que tienen miedo de mantener en sus propios hospitales. Bueno, veinte años atrás una compañía trató de convertir la zona norte del condado en un vertedero de residuos tóxicos, pero la gente no lo permitió.

Y tampoco va a permitir esto ahora.

Durante el curso de la diatriba del senador, William había abierto el cajón de su escritorio para comprobar diversas posibilidades. Había un pequeño montón de tarjetas de visita en las que se hallaba impresa una extensión de un número particular de William que funcionaba pero nunca contestaba. Constituían su método más fiable, puesto que incorporaban dos dispositivos de seguridad: sólo eran efectivos sobre la persona a quien primero se entregara la tarjeta, y sólo tenían efecto después de que la persona hubiera marcado el número que mencionaban. William sólo tenía que concretar la enfermedad en particular que deseaba transmitir con la tarjeta. Tras haber finalizado su perorata, el senador Burton sonrió como escuchando un aplauso silencioso.

William sacó una pluma estilográfica de oro Mark Cross del bolsillo de su camisa. Le había transferido parte de la carga del caduceo. Tocó con ella la tarjeta que estaba encima de la pila, y entre dientes entonó una maldición que había utilizado en múltiples ocasiones:

Cuando vayas a dormir, antes de despertar,
un ataque global tu cuerpo sacudirá;
paralizado, sólo lágrimas, sin hablar,
medio vivo durante años permanecerás.

El senador Burton se aclaró la garganta e inquirió:

-¿Y bien, doctor?

-Necesito un tiempo para pensar. Y para hablar con mis socios.

-Tengo intención de hacer una declaración a la prensa mañana.

-Entonces, ¿para qué ha venido a verme? ¿Únicamente para poder amenazarme cara a cara? Hay muchas otras personas aparte de mí mismo que tienen participación en el proyecto de Mille Lacs. No tengo la autoridad necesaria para hablar o tomar decisiones por ellos. En realidad, el proyecto ha adquirido ya tal impulso que dudo que pueda detenerse, aunque Sistemas de Defensa Médica se retirara.

-Mayor razón aún para que yo actúe de inmediato.

-¿Tanta diferencia supondría una semana más?

-No lo sé. ¿Lo haría?

-Déjeme averiguarlo. -William se levantó y le tendió la tarjeta que transportaba su maldición-. Mientras tanto, tenga mi tarjeta. En ella encontrara mi número particular, hágame saber de antemano, por este número, si piensa realizar esa declaración a la prensa.

El hombre obeso se alzó a sí mismo, con trabajo, hasta la posición vertical, como una vieja grúa. Luego extendió la mano para coger la tarjeta que le ofrecían, pero los dedos regordetes no fueron lo bastante rápidos, y la cartulina resbaladiza revoloteó hasta la alfombra persa con un movimiento de mariposa que parecía voluntariamente evasivo.

William y el senador Burton bajaron la vista a la tarjeta sobre la alfombra, ambos vacilando sobre qué hacer. Aunque hubiera sido capaz de semejante tarea, el senador era reacio a inclinarse y recoger la tarjeta del suelo. Y William, en el mismo instante en que la tarjeta había cobrado vida y había volado, había recordado la advertencia del dios tan sólo unos minutos antes de que se sentiría tentado a usar el caduceo, pero que debía abstenerse.

-Tome -dijo William, metiendo la mano en el cajón del escritorio y sacando una segunda tarjeta-, aquí tiene otra.

Burton la aceptó y la metió en el bolsillo superior de la americana.

Cuando abandonó la habitación, William recuperó la tarjeta que había caído sobre la alfombra. Durante un momento consideró la posibilidad de destruirla (tenía un cenicero y un encendedor a mano), pero luego lo pensó mejor. Hacía ya semanas que no había visitado la casa Obstschmecker para recargar la potencia de la pluma estilográfica. Todavía había un poder sin utilizar en la tarjeta, y la de William era una naturaleza ahorradora. Introdujo la tarjeta en el bolsillo de su americana, escondiéndola tras el pañuelo por si acaso la necesitaba.

Excepto por su resplandeciente estado de conservación y la bandera que ondeaba en su mástil, la Henry Michaels Memorial Clinic no declaraba abiertamente su carácter institucional por su aspecto exterior. Parecía no ser más que la casa más amplia de Luckner Boulevard. Sin embargo, el interior era un modelo de dirección preocupada por la salud con equipamiento suficiente para sesenta pacientes, aunque sólo treinta y siete camas estaban ocupadas en aquel momento.

Madge Michaels dirigía su funcionamiento con una plantilla de doce enfermeras y auxiliares masculinos, y un equipo de mantenimiento de cinco hombres, en su mayoría negros, que la servían con un esprit de corps militar.

En algunos aspectos, la Henry Michaels Memorial Clinic era mucho más fácil de dirigir que un asilo que albergara ancianos o enfermos terminales, puesto que todos sus residentes tenían la misma desconcertante incapacidad que su hijo Ned, una condición para la que no había una etiología cierta, ni tan siquiera un nombre comúnmente aceptado. (Los folletos de propaganda de la clínica se referían a ella como el síndrome Colmar, por su víctima más famosa, la astróloga Gloria Colmar.) Los treinta y siete pacientes, de ambos sexos y de un amplio espectro de edades y orígenes, eran casi tan fáciles de atender como una hilera de coles, y proporcionaban una satisfacción similar a largo plazo con respecto a su reacción ante la terapia que recibían. Las mejoras eran lentas en manifestarse y raramente llamativas: la señora Johnston, de la cama 12, empezaba a ser capaz de rechazar la comida que le metían en la boca escupiéndola; el señor Reiner, de la cama 6, que llevaba en la clínica desde que ésta había abierto en 1994, desarrolló súbitamente la capacidad de seguir un objeto en movimiento con los ojos, señal, no sólo de regeneración muscular, sino también de algún tipo de vida mental. (Todas las víctimas del síndrome Colmar exhibían un nivel regular, aunque bajo, de ritmos alfa, similar en gran medida a la actividad que tendrían si fueran yoguis en trance, en lugar de vegetales cateterizados y semicomatosos.) Ninguno de los pacientes había logrado aún el gran avance que era el propósito de los incesantes esfuerzos del personal (e irrazonable esperanza de Madge), ninguno había recuperado el control muscular suficiente para comunicar, mediante guiños de los párpados o el movimiento de un dedo, que todavía había inteligencia tras la máscara de ojos apagados y mandíbula colgante del síndrome de Colmar. Pero Madge estaba segura de que algún día, cuando se hubieran recogido los datos necesarios, las piezas del rompecabezas empezarían a encajar unas con otras, la ciencia médica hallaría la cura para la enfermedad y Ned volvería a estar bien. Todo lo que se necesitaba eran los datos, la paciencia para reunirlos y el dinero para financiar el esfuerzo investigador.

Por consiguiente, los nuevos pacientes eran siempre bienvenidos, incluso aquellos que se habían tenido que acoger como casos de caridad, y el más reciente, Robert Corning, era el más bienvenido de todos ellos, ya que su historial médico tenía una extraña semejanza con el de Ned. Eran aproximadamente de la misma edad (Ned tenía treinta y

siete y Robert treinta y nueve), y a ambos, de forma atípica, se les había manifestado el síndrome cuando eran niños. Robert podía ser incluso el primer caso real de la enfermedad, puesto que sus primeros síntomas se remontaban a 1969. En su caso, sin embargo, se había producido una degeneración progresiva desde una condición inicial de imbecilidad espástica hasta la incapacidad general, característica de otras víctimas. A causa de esto, y debido a que lo habían atendido sus padres en casa, por lo que había recibido escasa atención profesional, a Robert Corning no le habían diagnosticado el síndrome de Colmar. Sólo cuando quedó huérfano, un mes antes y pasó a estar bajo la tutela del estado, se había diagnosticado correctamente la enfermedad de Robert. Se había notificado de ello a la clínica y se había efectuado el traslado de inmediato.

Y allí yacía, en la cama 38, el paciente más patético de toda la clínica, consumido hasta el esqueleto y con los músculos delgados como cuerdas. ¿Cómo podían sus propios padres haberle dejado llegar a tal estado? Casi todos los pacientes habían sido de alguna forma víctimas de la negligencia antes de ser llevados a la clínica, y eran comunes la falta de vitaminas y las llagas, pero ninguno de ellos había presentado un aspecto tan miserable como Robert Corning. Según el asistente social que había hablado con los vecinos de los Corning, en sus últimos años los padres habían vivido al borde de la indigencia y apenas abandonaban su vivienda de la avenida Kuhn. Habían rechazado toda caridad por miedo a que les arrebataran a su «Bubby», y habían subsistido con una dieta, a juzgar por los detritus que había en su cocina, de leche en polvo, gelatina Jello de fresa, sardinas y guisantes en lata. Era asombroso que Robert hubiera sobrevivido tanto tiempo bajo ese régimen alimenticio.

Ahora, como si estuviera reparando los años de negligencia de sus padres, Madge dedicaba al menos una hora de trabajo diario al cuidado particular de Robert. Algunas veces lo alimentaba, otras lavaba sus miembros rígidos. Con mayor frecuencia emprendía la tarea de ejercitar los músculos que él no podía ejercitar por sí mismo. Años antes, cuando Madge había empezado a hacer esos ejercicios para su propio hijo, las interminables repeticiones habían sido un purgatorio de aburrimiento. Levantar el pie, doblar la rodilla, inclinar hacia la derecha, inclinar hacia la izquierda, poner la pierna recta, flexionar el empeine, estirar los dedos del pie y luego la otra pierna. Pero ahora, tras haber realizado esos rituales durante casi la mitad de su vida, se habían convertido en una fuente de paz interior. En una ocasión había leído, en un libro que trataba sobre Gandhi, que él había insistido en que todos sus discípulos dedicaran una parte del día, al igual que él, a manejar una rueca primitiva. Aquellos cuerpos eran las ruecas de Madge, y las horas que pasaba en los ejercicios eran sus oraciones.

Había terminado con los miembros inferiores de Roben y empezado la tarea más delicada con sus inútiles músculos trapecio y esternocleido-mastoideo del cuello, inclinando la cabeza hacia atrás, girándola a derecha e izquierda e inclinándola hacia delante, cuando apareció en el umbral de la puerta de la habitación su hijastro seguido

de un empleado. Como estaba en el trabajo, se dirigió a él como empleada.

-¡Doctor Michaels! No le esperaba.

-No estoy aquí como el «doctor Michaels». Volvía a casa con Ben, pues Lisa ha preparado una cena familiar oficial, y he pensado en dejarme caer y ver si puedo tentarte para que nos acompañes. Lisa y los chicos pronto se irán a visitar a su hermano, y sé que a ella le encantaría que vinieses. A los chicos también.

-Oh, ya sabes que me encantaría. Pero está mi madre.

-No tiene por qué enterarse -adujo William, tratando de engatusarle-. Podrías decirle que hubo una urgencia y que tuviste que quedarte hasta tarde.

Madge bufó, divertida.

-No puedo imaginarme qué tipo de urgencia podría producirse aquí. A menos que hubiera un incendio.

William bajó la vista con curiosidad, para posarla sobre la marchita carcasa de Robert Corning.

-¿Quién es éste? No reconozco su cara.

Madge sabía que no estaba siendo sólo cortés. William tenía una memoria extraordinaria para todos los pacientes de la clínica. Empezó a desgranar la historia de Robert Corning, cuando su secretaria, Gail Robins, apareció en la puerta para anunciar que tenía una llamada muy urgente. Madge tuvo entonces que excusarse, añadiendo esperanzada:

-¿Puedes esperar unos minutos, William? Me encantaría aceptar tu invitación.

-Aquí estaré -le aseguró él.

Ya en su propio despacho, Madge descolgó el teléfono y dijo:

-Enfermera Michaels.

-Madge, ¿eres tú?

Era su madre. Aunque Gail ya debía saber que todas las llamadas de su madre pertenecían a la categoría de «está en una reunión».

-Sí, madre, soy yo. ¿Eres tú?

Pero la señora Obstschmecker era indómitamente literal en sus ideas.

-Pues claro que soy yo. ¿No reconoces mi voz por teléfono? Te llamo porque hay alguien en la puerta que no quiere irse. Hace ya media hora que está ahí. He llamado antes, pero esa secretaria me ha dicho que estabas en una reunión. Te lo juro, en ese sitio no debes hacer nada más que asistir a reuniones. Finalmente le he dicho que era una emergencia. No quiere irse. Dice que es tu marido.

Madge recapituló en silencio. No era Henry. Henry estaba muerto. ¿Era posible que fuera Lance, después de todos esos años?

-¿Madge?

-¿Te refieres a mi primer marido, madre? ¿Lance Hill? ¿Es él quien está ahí?

-Está fuera, en el porche.

-¿Por qué no le dejas entrar?

-Por una razón: ¿cómo puedo saber que es quien dice que es? Tiene el aspecto de cualquier viejo de la calle.

-Todos envejecemos, madre.

-Quiero decir -la señora Obstschmecker bajó la voz hasta alcanzar un susurro escandalizado-, que no tiene un aspecto demasiado limpio. Y quiere aparcar el coche en el garaje, y ni siquiera es un coche, es una camioneta de reparto. Y quiere usar el lavabo.

-Con mayor razón.

-Podría ir a una gasolinera.

-Las gasolineras ya no tienen lavabos públicos, madre. Ni siquiera los bares los tienen.

-Bueno, yo no tengo la culpa. Podría aguantarse.

-Madre, si estás usando el teléfono inalámbrico, me gustaría hablar con Lance. Así que, ¿podrías pasar el teléfono por la rendija del buzón?

-¿Y qué pasa si lo coge y se va?

-Madre, ya hemos discutido esto antes. Por favor.

Se produjo un silencio más largo, salpicado por los ruidos que sugerían el paso del teléfono a través de la rendija del buzón. Luego, fue como darle la vuelta a una esquina y encontrarse de nuevo en 1965. Oyó la voz de Lance interrogante: «¿Madge?», y no le cupo la menor duda de que era Lance y de que su voz tenía el mismo poder sobre ella que había tenido cuando habían empezado a salir juntos en el instituto.

-Dios mío, realmente eres tú.

-Eso es lo que he estado tratando de explicarle a tu madre, pero ha sido mucho más difícil convencerla. Por lo que puedo ver a través de la ventana, no ha envejecido ni un solo día desde la última vez que la vi hace treinta y dos años.

-Hace treinta y dos años -se maravilló Madge.

Empezaban a formarse lágrimas en sus lagrimales, y notó en su pecho los primeros puñetazos de la antigua miseria de su amor. En cierto sentido, sus sentimientos estaban en perfecta consonancia con los de su madre: no quería dejar entrar a Lance en la casa.

-Supongo que debería haber llamado para avisar, pero quería darte una sorpresa.

-Lo has conseguido.

-¿Crees que podrás convencer a tu madre para que me deje ir al lavabo?

Sería absurdo que después de haber llegado tan lejos, atravesando los controles fronterizos y todo lo demás, me arrestaran por escándalo público. Cosa que sucederá en cualquier momento si no consigo ir a un lavabo.

-¿No estás aquí legalmente?

-No estoy aquí como Lance Hill. Soy Launce, con u. Eso es lo que pone en mi carné de identidad ahora, y supongo que la diferencia ha sido suficiente para que el ordenador me pasara de largo en la aduana. Debes admitir que suena con mucha más clase: Launce.

Madge rió entre dientes. No parecía haber cambiado ni un ápice.

-¿Aún llevas bigote? -preguntó.

-Sí, y mordérmelo es lo único que me impide cagarme en los pantalones ahora mismo. Por favor, dile a tu madre que tenga piedad de mí.

-De acuerdo, pero, Lance...

-Launce.

-Tardaré en acostumbrarme a decir Launce sin reírme. Sólo una cosa. ¿Esperarás a que yo vuelva a casa del trabajo antes de subir a ver a Ned? Es que... podría resultar perturbador. Preferiría estar ahí.

-Supongo que si he podido esperar todo este tiempo, podré esperar unas horas más. Lo que quieras.

-Gracias. Pásale el teléfono a mi madre, y haré que te deje entrar.

La conexión no sobrevivió al retorno del teléfono a través de la rendija del buzón y Madge tuvo que esperar a que su madre marcara de nuevo y Gail volviera a pasarle la llamada. Tiempo suficiente para recobrarse de la sorpresa y apaciguar los nervios. No había motivo en el mundo que le permitiera suponer que Lance había vuelto por ella, ni que se fueran siquiera a gustar de nuevo después de estar diez minutos juntos. El amor era como la maldita sección de tejido de rana de una clase de ciencias naturales de décimo curso: la rana puede haber muerto largo tiempo atrás, pero el tejido sigue contrayéndose cuando lo cortan.

-¿Madge? -se lamentó su madre, en el momento en que conectó con ella de nuevo-. Madge, sigue ahí fuera.

-Madre, ya conoces a Lance. ¿A qué viene tanto alboroto? Déjale entrar y usar el lavabo, por el amor de Dios.

-No confío en él.

-Madre, no confías en nadie.

-¡Ah, muy bien! -Tras una pausa, la señora Obstschmecker anunció-: No funciona. No consigo que funcione eso para abrir la puerta...

-Qué raro, nunca tienes problemas con el sistema de seguridad cuando se trata de una entrega.

-Debe estar roto.

-¿Qué has apretado?

-Exactamente lo que pone en el bloc. Cero-cinco-dos-cuatro-nueve-nueve.

-Madre, ya te lo he explicado otras veces: tienes que introducir la fecha de hoy. El número que hay en el bloc es de hace tres semanas.

-Entonces dime qué números tengo que usar.

-Cero-seis-uno-cuatro-nueve-nueve.

-Espera, espera, de uno en uno.

En cinco minutos Madge había explicado a la señora Obstschmecker el proceso de abrir el cerrojo de seguridad. Sintió el mismo destello de hazaña de alta tecnología que debía experimentar un controlador aéreo tras haber instruido a un pasajero para hacer aterrizar un 747.

Lance tomó el teléfono de manos de la señora Obstschmecker sólo para decir:

-Gracias. Nos vemos luego.

Cuatro palabras apenas antes de correr en dirección al lavabo, pero ella se sintió como si la hubiera tocado con la mano en la obscuridad.

De vuelta a la habitación 38 tuvo que declinar la invitación para la cena poniendo como excusa la salud de su madre, y callando la súbita reaparición de Lance. Quería verlo antes de esparcir la noticia.

William pareció escéptico sobre la supuesta indisposición de la señora Obstschmecker. Probablemente dedujo que Madge estaba tiranizada por su madre. Una suposición razonable. Antes de marcharse quiso saber todo lo que ella podía contarle sobre Robert Corning y, mientras Madge explicaba su historia, no dejó de juguetear con su bolígrafo Mark Cross, sacando y metiendo la punta una y otra vez nerviosamente.

-Por lo que dices, su vida ha sido un infierno -opinó William, frunciendo el ceño en reflexión. Luego, con una débil sonrisa dio un golpecito con el bolígrafo de oro en el hombro desnudo de Robert, y afirmó-: Pero ahora que está aquí, podrá ponerse bien.

Madge sonrió y repitió una de las frases favoritas de Henry:

-Eres un poeta, William, y no te has dado cuenta.

Cuando se hubo marchado, Madge contempló el cuerpo inerte de Robert Corning y sintió una insuperable tristeza y sensación de inutilidad. Todos aquellos años de mover miembros y dar masajes a la carne que no podía moverse ni darle masajes a ella a su vez... Todos aquellos años sin amor.

63

La hora de la cena era sagrada en la casa de los Michaels. Pero como tantas otras cosas que se suponían sagradas en aquel tiempo, el cumplimiento del ritual diario se dejaba a las mujeres y los niños. Dos noches de cada tres Lisa presidía una mesa a la que sólo se sentaban Jason, Henry y su niñera. Las ausencias de William las dictaban las exigencias de SDM e incluso, en cierto sentido, la historia; en ambos casos, prioridades más importantes que el corazón y el hogar. Cuando Judge no acudía a la cena no era porque estuviera fuera de casa (no podía estarlo según las condiciones de su libertad condicional), sino sencillamente para evitar la mutua aversión que existía entre Lisa y él.

La única manera de que Lisa se salvara de su papel de malvada madrastra era reducir la relación directa al mínimo. El chico pasaba el día delante de la pantalla de su monitor, contactando con su profeta de dibujos animados, el hermano Orson; era demasiado tarde para que los rudos modales de Judge pudieran suavizarse mediante la civilizadora influencia de la conversación durante la cena. Lo mismo hubiera dado que probara los cardos civilizados.

Pero esa noche William iba a cenar en casa y traería al abuelo de Judge con él (la única persona en el mundo, sospechaba Lisa, a quien el chico gustaba en realidad). Lisa había ido a la habitación de su hijastro y le había dejado bien claras las reglas: se presentaría en la mesa para cenar a las siete y media vestido adecuadamente. No porque Judge vistiera de otro modo alguna vez; en realidad, más de una de sus

peleas con Lisa había tenido como tema las objeciones del chico sobre la inmodestia del guardarropa de ella. Lo cual constituía una inversión divertida de la habitual polémica de la familia media, y Lisa se vestía así a propósito para provocarlo.

No era difícil: un hombro desnudo bastaba, o unos téjanos que le marcaran demasiado el culo.

Así que esa noche tendrían una cena familiar en toda la regla. William había telefoneado desde la limusina para decir que él y Ben ya estaban en camino. A Henry y Jason les estaba frotando y sacando brillo su niñera, y Judge, desde el interior de la fortaleza de su dormitorio, había aceptado sus requerimientos. En la cocina, Dorey estaba en el centro de un torbellino de variados propósitos, como el venado asándose en el horno, la sopa hirviendo a fuego lento y el apio remojado en una salsa mayonesa con mostaza. Y allí, en lo que a ella le gustaba llamar el atrio (a causa de una aparatosa claraboya que ahorraba energía), Lisa estaba intentado conseguir el equilibrio entre la opulencia y el exceso en el arreglo de los kilos de rosas que William había cogido en el jardín esa mañana. Un holocausto de rosas.

Semejante profusión podía representar un desbordamiento de los demás placeres matinales (habían actuado como gatos en celo durante todo e fin de semana). O quizá reflejaban tan sólo la algunas veces ingenua fe de William en el consumo llamativo. La misma Lisa no era reacia a exhibiciones de inmodestia, pero sólo cuando existía un programa estético que las sustentara. William gastaba el dinero como un predicador televiso o un dictador del tercer mundo, y se limitaba a abarrotar de rosas cualquier recipiente que contuviera agua. Y era el deber ejecutivo de Lisa orno esposa de clase media alta proteger a su marido de semejante caricatura de sí mismo.

Una vez hubo ordenado las rosas para que causaran mejor efecto, Lisa e sentó y le echó un rápido vistazo a las noticias de la televisión, evitando necrológicas y crisis y otras de categoría deprimente, y buscando las historias de crímenes locales interesantes. El caso de abusos deshonestos de niños de Buster Johnson casi un año antes aún seguía en el candelera, y pasaron unas estupendas imágenes de la ex mujer de Johnson echando pestes del juez delante del palacio de justicia. Luego contaron la historia de un cadáver sin identificar, decapitado, presumiblemente asesinado, que alguien depositó en el aparcamiento de la Casa del Pancake en la calle Lake. La descarga de víctimas de la plaga mutiladas e inidentificables en cunetas y callejones se había vuelto tan común que el cuerpo casi había sido llevado rutinariamente al gran crematorio en el recinto ferial sin haberle hecho la prueba del sidava. Lisa tuvo la impresión de haberse adelantado al espíritu de la época, puesto que ella ya había propuesto a dos de sus amigas, ambas entusiastas de los misterios, que el modo más sencillo que tenía un asesino de deshacerse de un cadáver en aquellos días era decapitarlo, enterrarlo o congelarlo y dejar que las autoridades sanitarias municipales se hicieran cargo del tronco.

Lisa hizo que la impresora sacara una copia de la noticias para así poder documentar su perspicacia. Mientras la impresora zumbaba,

vertió un chorro de soda en una copa y dejó que la televisión por cable escogiera las noticias según sus prioridades. Pasó al 39, el canal de noticias en directo, y la primera imagen que surgió en la pantalla fue la de un mapa mural de Mille Lacs Lake con una locutora vestida en un llamativo amarillo naranja y hablando con el tono de voz reservado a los problemas más graves. «De ser ciertos, los alegatos del senador Burton, representarían serios problemas para el hacedor de milagros de Twin Cities, el doctor William Michaels, y su prestigiosa fundación, Sistemas de Defensa Médica, a portavoz de SDM, Valerie Bright, niega que la fundación y su junta hayan cometido irregularidad alguna. Pero preguntada sobre el Fondo Para la Construcción Northwestern, la señora Bright fue menos comunicativa. La imagen de la locutora dio paso a un primer plano de Valerie Wright mostrando su invencible sonrisa Profidén y su capa de maquillaje tan espesa como la de un De Kooning. «Nada de lo que afirma el senador Burton refleja en modo alguno la conducta de SDM. Obviamente, está buscando un pretexto para mantener el proyecto estatal alejado del área a la que él representa en la cámara legislativa del estado.» «¿Tiene el doctor Michaels intereses financieros en las tres compañías que el senador ha citado?», insistió un periodista invisible, y antes incluso de que la señora Bright pudiera empezar a dar una respuesta ambigua, Lisa pudo sentirla llegar: no preguntes por quién doblan las campanas, no.

Lisa le había dicho a su hermano, cuando él había metido a su propia compañía en el proyecto, que se estaba moviendo demasiado deprisa. Pero las perspectivas habían sido irresistibles y Jason había dado el salto, llevando consigo, además, a otros importantes inversores, bancos y fondos de jubilación, todos ellos desesperados por invertir en la única empresa en crecimiento en un mercado que estaba al borde del colapso: la muerte.

Mejor sería que llamara a Jason enseguida. Estaba en Boston y una conferencia de prensa de un senador del estado de Minnesota probablemente no llamaría la atención inmediata de los medios de comunicación del resto del país. Quizá Jason ya no pudiera hacer nada a esas alturas. Tal vez no quisiera hacer nada. No era un crimen ganar dinero, después de todo. Durante la crisis del sida, aquellos que habían reconocido su potencial inversor habían hecho verdaderas fortunas, entre ellos, William. Y el proyecto de Mille Lacs había adquirido ya tal impulso que un mero escándalo quizá no podría detenerlo. Al menos, eso parecía ser lo mejor que podía esperarse por el momento, y la línea de conducta a seguir con William.

Sonó el teléfono. ¿Sería telepatía? ¿Estaría llamándola Jason? No tuvo esa suerte. Era Su Santidad Judith Wincklemeyer. En opinión de Lisa, la madre de Judge era una prueba más dura de sobrellevar aun que el mismo Judge, y en gran parte por la misma razón. Ambos actuaban como si todo lo que tuvieran que decirle a uno fuera un mero paréntesis en sus continuas conversaciones a larga distancia con Dios. El Dios de Judith tenía mejores modales que el de Judge, y le imponía que simulara escuchar a otras personas de vez en cuando. Pero en último término, no había razonamiento posible con ninguno de los dos.

-Judith, qué amable has sido llamando, ¿dónde estás?

-Estoy en la estación de autobuses.

-¿En Minneapolis, o en...?

-Tampa. ¿Está Judge ahí? Quisiera hablar con él.

-Judge tiene su propia línea telefónica. ¿No tienes el número?

-Por supuesto, pero siempre está comunicando. -Debe estar en contacto con el hermano Orson.

-¿Todavía? ¿Después de todas las historias que han circulado?

-No presta la menor atención a lo que se dice en la televisión. Excepto al hermano Orson, claro está. Su fe es perfecta.

-En eso se parece tanto a William -replicó Judith, suspirando.

Lisa pensó que era un comentario extraño.

-¿A William?

Judith no tenía ninguna respuesta preparada, y Lisa lo dejó pasar. Le preguntó lo que más le interesaba saber.

-¿Vienes aquí?

-Desearía no tener que hacerlo.

Lo cual quería decir que actuaba bajo las órdenes de su dios, y no podía discutir sobre ello.

-¿Cuándo? -inquirió Lisa-. ¿En autobús?

Por supuesto era en autobús, puesto que Judith era contraria, por principios, a viajar en avión, a causa de la proporción de carbono emitido por pasajero y kilómetro. Lisa lo había preguntado únicamente porque le gustaba restregarle por las narices las consecuencias más estúpidas de su magnanimidad.

-Sí, en autobús. No se tarda mucho más, y es más seguro. Siempre que llegue antes del cuatro. Estoy preocupada por Judge.

El 4 de julio era el cumpleaños de Judge. Cumpliría dieciocho.

-¿Cómo es eso? ¿Crees que se autodestruirá? ¿Que cometerá nuevos actos de piromanía? Creo que ya es mayor para hacer eso, Judith. Los niños pasan por esas etapas. Asesinato, quizá; pero ese peligro disminuirá cuando se vaya de aquí. Para ambos.

-¿Ha dicho que sea eso lo que piensa hacer?

-No me ha amenazado con palabras, pero está en su lenguaje corporal.

-Me refiero a irse de casa. ¿Ha dicho que fuera a marcharse?

-Creo que no es necesario que lo diga. Judge no es feliz aquí. Él considera que todo Willowville es una prisión, y lo es para él. Durante casi dos años ha tenido que mantenerse dentro de un radio de medio kilómetro alrededor de la casa, donde no hay más que céspedes segados. El chico se ha vuelto loco. A cualquiera le hubiera pasado lo mismo, pero para él aún es peor, porque ninguno de nosotros comparte su obsesión por ese ridículo profeta. Para serte sincera, a ninguno de nosotros nos gusta, excepto quizás a tu padre.

-Después de decirme todo eso, ¿te preguntas por qué estoy preocupada?

-¿Crees que tu aparición será como una brillante vela en su pastel de cumpleaños? Lo último que oí fue que tú y Judge no os hablabais.

-Pero no puede negarse a verme. No mientras él sea menor y yo sea su madre. Después del día cuatro, me temo que será demasiado tarde. Se lo tragarán los orsonianos y nunca volveré a verlo.

-Hablando de organizaciones religiosas, Judith, ¿qué tal va el convento?

-No es un convento, Lisa. Es una comunidad de participación.

-Imagino que Judge debe considerar a los orsonianos de la misma manera, ¿no crees? Si eso es lo que él elige. Con igual facilidad podría alistarse en los marines. Su idea del cercano apocalipsis tiene un importante componente armamentístico. Deberías verlo practicar con sus cuchillos lanzadores. -Oh, cielos.

-Oh, cielos, sí. Pero ven y compruébalo por ti misma. Como tú dices, durante dos semanas más será un espectador cautivo. ¿Sabes a qué hora llega tu autobús? ¿Te mando un coche a recogerte?

Judith le dio los detalles de su llegada el miércoles por la mañana, y Lisa le aseguró que no avisaría a Judge por adelantado de su visita. A pesar de lo poco que le gustaba Judith, Lisa se moría por verlos a ambos enfrentándose. El objeto inamovible contra la fuerza irresistible. Un encuentro perfecto.

Aún tenía tiempo para llamar a Jason. Marcó el número de Fein, Schechner & Joseph y dirigieron su llamada hacia el teléfono particular de Jason, en el que salió un contestador automático.

-Jason, si estás ahí -dijo Lisa, apagando con su grito la voz grabada de su hermano-, por favor, cógelo, es importante.

-Lisa -replicó él-. Sé por qué llamas. Has oído lo del senador Burton. ¿Me equivoco?

-No creía que fueras a enterarte tan pronto.

-Tengo espías por todas partes.

-¿Es grave?

-¿Te refieres a si hundirá el proyecto? Podría, pero lo dudo. Hay demasiadas personas involucradas, demasiado dinero ya en circulación. Se producirá algún tipo de escándalo, eso sí. Y parece que William se llevará la peor parte. Ese tipo, Burton, ha hecho un buen trabajo de zapa. De hecho, ha descubierto ciertos asuntos sobre los que nuestro personal no estaba al corriente. Algunos de los primeros negocios inmobiliarios que William hizo en esa zona en el 86. ¿Cuántos años debía tener en el 86?

-¿Es una pregunta seria? ¿Debo ir a por una calculadora?

-Tenía diecinueve años, era su primer año en la Facultad de Medicina. Un huérfano. ¿De dónde sacó casi medio millón para comprar una colonia de chalés?

-Probablemente lo sabes mejor que yo. Tenía el dinero de un seguro de su padre, tuvo suerte en el mercado y se salió antes de la quiebra. William era el resultado del sueño americano. ¿Por qué crees que me conquistó tan rápidamente?

-Siempre había pensado que te casaste con él por sus feromonas. -Lo que me preocupa, Jason, es que si las cosas se ponen mal, ¿en qué tipo de dificultad podría hallarse metido William? ¿Qué perderá si se desbarata el proyecto?

-En ese, esperemos que improbable, caso, prácticamente todo, excepto SDM. Y si se produce un auténtico escándalo, podría incluso perder el control allí.

-¿La cárcel?

-Es una posibilidad. -¿Sobre qué fundamento?

-Un proyecto de la envergadura de Mille Lacs Lake requiere cooperación a cada uno de los niveles del gobierno. El dinero compra la cooperación. Pero apostaría a que William ha evitado involucrarse directamente en ese aspecto. William es inteligente, se habrá encargado de tener las espaldas cubiertas.

-Jason, ¿serías un ángel y llamarías a mamá para explicarle la situación y decirle que quizá lleve a los chicos a Berkshires para el día cuatro? Tal vez para el resto del verano.

-¿Estás pensando en un divorcio apresurado? -No lo sé. Quizá deje a William. Y si lo hago, no debería perder el tiempo. Como dice lady Macbeth: «Si se hace lo que debe hacerse, mejor es hacerlo pronto.»

-¿Quieres decir que quieres divorciarte antes de que se arruine? -Ese sería un objetivo razonable.

-Se dará cuenta de por qué lo haces, Lisa. Es evidente. -Yo nunca le he dicho cómo tiene que llevar sus negocios. El matrimonio es mi negocio.

-¿Y qué hay de «para lo bueno y para lo malo»? -Jason! ¿De qué lado estás?

-Sólo era curiosidad. De acuerdo, hablaré con mamá. Y espero que no tengas que llegar a eso. Me gusta William.

-Y también a mí. Enormemente. Es la persona más brillante que he conocido, y resulta una buena compañía. Realmente es muy bueno en la cama, aunque más atlético que tierno. Practicamos lo que podríamos llamar sexo aeróbico... Y como padre se muestra interesado y responsable, y sin duda los chicos le tienen afecto. Aunque yo no diría que son amigos íntimos. William y yo los hemos educado siguiendo el modelo inglés, y probablemente la niñera es la presencia adulta más importante de sus vidas. Si ella se marchara, Jason y Henry se quedarían desolados. Pero la ausencia de William no les afectaría mucho más que la interrupción de su programa favorito de la televisión. Estoy exagerando, por supuesto... pero no tanto.

-Suena como si hiciera tiempo que has reflexionado sobre ello. -Supongo que en muchos aspectos lo he tenido presente desde el día en que nos casamos. O mejor, desde el día en que nos prometimos. Ninguno de los dos ha declarado nunca estar poseído por una pasión romántica... Discutimos la parte práctica, las ventajas e inconvenientes de lo que estábamos haciendo.

-Pero no parece que esta vez tengas intención de sostener una discusión similar.

-No, lo confieso, soy una cobarde. Lo discutiré con él una vez sea un hecho consumado y esté con mamá. Y será mejor que no lo discuta más contigo. William llegará a casa en cualquier momento. Dale mi afectuoso saludo a Abigail, pero no comentes ni una palabra de todo esto con ella. Quizá todo quede en agua de borrajas.

Ella sabía, incluso cuando expresaba ese deseo piadoso, que su matrimonio estaba acabado.

Ni siquiera se sentía demasiado trastornada. Había estado más preocupada y más agitada durante el procesamiento del presidente. Aunque, claro está, aquello había durado varios meses, y esto apenas acababa de comenzar.

«Si se hace lo que debe hacerse, mejor es hacerlo pronto.» Al día siguiente. De lo contrario, tendría que enfrentarse con Judith Wincklemeyer mientras estuviera haciendo las maletas.

¡Al día siguiente! Se sintió tan atolondrada como una adolescente. Nadie le había dicho que el divorcio pudiera ser tan divertido.

64

Si se miraba a la pantalla de una cierta forma, uno no podía distinguir realmente al hermano Orson de una persona real que estuviera mirando a una cámara de televisión. Algunas veces, el hermano Orson parecía incluso más real. Pero había que conectar con lo que él decía, con el significado que latía tras las palabras. Entonces sus ojos eran como dos túneles que se abrieran a una distancia infinita hacia la luz directa de los cielos. Uno miraba en esos ojos y ya era parte del camino que en ellos había. O cuando decía: Abriré mi boca en parábolas. Pronunciaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo, uno podía ver, en la misma forma de sus labios cuando hablaba, el contorno de ese secreto. Era como si se tratara de una broma que estuviera compartiendo con todos los salvados, como un chiste asombroso que dejara bien claro que todas las cosas terribles que ocurrían en ese momento, durante los Últimos Días, eran en realidad una bendición y un regalo, y la plaga un fuego purificador, y el desprecio de los descreídos una valiosa vestimenta para adorno de los justos.

Esa era la razón por la que, cuanto más ridiculizaba la gente la fe de Judge, más fuerte se volvía esa fe. Podían someterlo a psiquiatras y desprogramadores, podían bombardearlo con llamadas telefónicas personas que aseguraban haber estado implicadas en la realización del hermano Orson, jurándole que no existía; podían ponerle un disparador electrónico alrededor del tobillo para mantenerlo enjaulado como a un perro en su pedazo de barrio residencial. Pero no habían causado mella alguna en la fe de Judge. Finalmente, cuando Judge amenazó con llamar al teléfono rojo de Ma Bell y enviar por correo un boletín informativo en el que se explicara que al hijo del célebre doctor William Michaels se le negaba su derecho básico a la libertad de religión, lo dejaron tranquilo y permitieron que conectara directamente con el hermano Orson por una línea 900. Su madrastra estaba de acuerdo en que pusiera las cartas boca arriba (aunque no se trataba de un farol), pero al famoso doctor William Michaels le preocupaba en demasía su imagen en los medios de comunicación.

A Judge le enfurecía un tanto que su padrastro fuera tan indiferente a su relación con el hermano Orson. Judge sabía que

William pensaba que el hermano Orson era una especie de fraude consumista, como el ahorro, los préstamos o la Cienciología, pero ¿le había dicho alguna vez a Judge que tuviera cuidado o que dejara de ver al hermano Orson? No. Era un padre permisivo, no podía preocuparle menos. Y el hermano Orson perdía autoridad con esa tolerancia. Le gustaba citar la Epístola a los Colosenses, capítulo tres, versículo veinte: Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es agradable al Señor. Pero luego decía, casi de forma simultánea: ¿Suponéis que he venido para traer paz a la tierra? No, sino la división. El padre se enfrentará al hijo y el hijo al padre.

Aquellas líneas de Lucas reflejaban mucho mejor la experiencia de Judge que las de Pablo. En una ocasión, estando conectado con el hermano Orson a través de la línea 900, Judge había tenido el valor de apuntar lo que le parecía una contradicción entre los dos versículos. El hermano Orson inclinó la cabeza y arrugó el entrecejo en un gesto meditabundo, como si la idea no se le hubiera ocurrido hasta aquel mismo momento. Luego alzó la vista, directamente a los ojos de Judge, y sonrió con una de esas sonrisas túnel hacia los cielos, y proclamó: Debes preguntarte a ti mismo, Judge, quiénes son tus verdaderos padres. Tus verdaderos padres son tus padres en el bautismo del Evangelio. Tienes un padre en el cielo y otro en la tierra, y otro en el agua de tu bautismo. A Judge le hubiera gustado saber más sobre sus verdaderos padres en el bautismo del Evangelio, que oía nombrar por primera vez. Pero el hermano Orson no siempre desvelaba sus significados más profundos. Uno debía escuchar lo que decía y reflexionar sobre ello.

Una cosa que tuvo clara de inmediato fue que el mandato de Pablo de obedecer a los padres en todas las cosas se refería a los padres en el bautismo del Evangelio, y no a los dos adultos que resultaban ser los padres legales de Judge. Era acerca de ellos sobre quienes había hablado Cristo en la parábola del mayordomo infiel. Granjeaos amigos, había dicho Cristo, con las riquezas de la iniquidad, queriendo decir que era correcto aceptar el dinero y las otras ventajas que surgían de vivir con los Michaels y ser cortés con ellos. Judge le daba a sus ricos la adoración que ellos querían, cortes de pelo y zapatos brillantes, gracias y perdones, aprobados en todas las asignaturas, incluso aunque para ello tuviera que repetir las mentiras y engaños del humanismo ateo cuando realizaba los exámenes. Y todo lo que tuviera que hacerse para meterse en el sistema.

Pero eso no significaba que les perteneciera. No quería decir que ellos no hubieran bebido el vino de Babilonia. Eran partícipes de sus pecados, y Dios conocía sus iniquidades, al igual que Judge. En parte los conocía sólo por instinto, pero también escuchando por la derivación que había colocado en el cable de fibra óptica principal de la casa.

En su mayor parte, lo que Judge oía no era demasiado interesante. Por teléfono William no hablaba nunca de otra cosa que no fueran negocios, negocios médicos, habitualmente transportes y tratos relacionados con sus proyectos inmobiliarios alrededor de Mille Lacs Lake. Si Judge se hubiera dado cuenta de que esos tratos podían, en potencia, llevar a

su padrastro a la ruina financiera, quizás incluso enviarlo a prisión, hubiera prestado mayor atención. El los había considerado tan sólo una prueba más de que el ricacho hacía negocios como de costumbre.

Eran sobre todo las llamadas de Lisa las que le gustaba escuchar, en especial cuando hablaba de que no podía soportarlo a él, uno de sus temas favoritos. Como en ese momento, cuando había estado bromeando sobre si él la iba a asesinar. Lo había pensado, de hecho. No en matarla él mismo, sino en que sería probable que ocurriera después del Juicio. El hermano Orson había revelado algunos detalles bastante gráficos. En muchos aspectos, Lisa le entendía mucho mejor que su verdadera madre, quien parecía pensar que Judge era como un aparato de televisión averiado y que si podía encontrar el botón adecuado y jugar con él, recuperaría la imagen súbitamente y sería como ella: otro renegado católico bienhechor que serviría comida recalentada a adictos con el cerebro dañado en comedores de caridad. El hermano Orson no tenía sitio para gente como ésa; en los últimos días, Judith ardería en el mismo fuego que consumiría a Lisa y a William, y todas sus supuestas buenas obras no podrían aplacar su ira ni un ápice. Las cruzadas contra los abrigos de pieles, el aborto, la matanza de monjas en El Salvador y los campos de cuarentena, no importaban un carajo al Señor Dios Jehová. ¿Dónde estabas cuando puse los cimientos de la Tierra?, le preguntaría. ¿Quién cerró el mar con puertas? Y luego la lanzaría de cabeza a las inmundas simas de la Gehena, donde las reglas de Moloch y el fuego no pueden ser mitigados.

Sin embargo, hasta que llegara ese día, Judge estaba bajo la suela de su maldad. Tan cerca de su decimoctavo cumpleaños y de la libertad legal, y no obstante no podía ni intentar zafarse. Aunque su tarjeta de crédito fuera válida para viajar, el disparador colocado alrededor de su tobillo daría la alerta cada vez que intentara cruzar el perímetro invisible establecido por la junta de libertad condicional. Él no podía oírlo, pero en algún lugar, en alguna oficina de seguridad, aparecería un destello luminoso en una pantalla con su nombre y número de la seguridad social. Automáticamente un oficial federal de libertad condicional estaría al cargo de su caso.

Judge había tanteado el sistema en dos ocasiones. La primera vez consiguió llegar hasta la oficina del hermano Orson en la ciudad de Minneapolis, donde se sentó en la sala de espera durante veinte minutos antes de que lo esposaran y devolvieran a la casa de los Michaels. La segunda vez se había dirigido hacia el norte, lejos de la ciudad, y lo habían cogido aún con mayor rapidez. Así que no había modo de escapar a la visita de su madre y a todas las conferencias que estaba convencido que ella pretendía soltarle, toda aquella jerga psicológica y mierda católica.

Se puso nervioso. A Judge no le gustaba admitir que las fuerzas del mal, incluyendo a su madre, tenían el poder de ponerle así. Se sentía como si le estuvieran asando no la piel, sino sus músculos en un microondas, y como si le estuvieran oprimiendo el cráneo con unos calibradores para medir. Sabía que eran sólo sus emociones, pero lo sentía como si fuera su cuerpo. En los malos viejos tiempos, cuando

había estado en el Correccional del Estado de Florida, le habían obligado a tomar pastillas que habían embotado esa sensación, pero que habían enturbiado sus procesos mentales al mismo tiempo. Así que, desde entonces, para evitar la medicación, no se quejaba nunca de la sensación de ardor cuando le ocurría. Lo que hacía en su lugar, y eso hizo en ese momento, fue marcar el número 900 del hermano Orson.

Y el hermano Orson aparecía entonces, como apareció en aquel instante, y levantaba sus ojos hasta encontrar la mirada de Judge al mismo nivel, y sus labios se separaban en una sonrisa de reconocimiento.

-Si es mi viejo amigo Judge. ¡Hola, Judge! Bienvenido a los brazos de Jesús.

-Hola, hermano Orson -replicó Judge.

No pensó siquiera en introducir su saludo por el teclado, de tan transtornado como estaba. Pero no pareció suponer diferencia alguna para el hermano Orson, puesto que su ceño se frunció, como notando la angustia no expresada de Judge. Se inclinó hacia delante en la silla de alto respaldo, y un rayo de luz cayó sobre su cabellos rubio platino, deslumbrante durante unos segundos y luego reducido a un trémulo resplandor.

-Creo que sé lo que te inquieta, Judge. Son las mentiras que los medios de comunicación están esparciendo sobre nosotros. Mentiras, dudas, distorsiones. Es imposible escapar de ellas. Los no creyentes dicen que no existo, que no soy más que una imagen generada por ordenador. Que cuando estoy hablando contigo, es sólo un guión escrito por todo un equipo de guionistas a sueldo. Que cuando respondo a tus preguntas, mis respuestas proceden de un ordenador programado para proporcionar sabiduría a la medida de todos. Dicen que el hermano Orson es sólo un nuevo estilo de Santa Claus, una ficción, un mito, un montón de absurdos. ¿Y sabes qué más dirían si se atrevieran, Judge? Dirían lo mismo sobre Jesucristo y Dios Todopoderoso. Afirmarían que no existe el diablo, que sólo es una superstición de la Edad Media, así que no debemos preocuparnos por él, divirtámonos. No hay demonio, no hay infierno en el que los pecadores paguen por sus pecados, no se nos entregaron los Diez Mandamientos y la Biblia sólo es un libro más de los que te hacen leer en la escuela, Huckleberry Finn o El guardián entre el centeno. Te hicieron leer esos dos libros ¿verdad?

Judge asintió. No recordaba haberse quejado nunca al hermano Orson sobre el lavado de cerebro del humanismo ateo que había recibido en la escuela, y sin duda no había mencionado esos dos libros pero el hermano Orson lo había sabido sin necesidad de que él se lo dijera. No era infrecuente.

-Bien, aflígete por ellos, eso es todo lo que puedo aconsejarte. Aflígete por ellos. Porque el infierno existe y hay demonios en él esperando conocer a todos esos descreídos. Uno de esos demonios mirará a un pecador y el pecador empezará a arder por dentro como si fuera un cigarrillo encendido por el demonio.

-Hermano Orson -prorrumpió Judge, sin darse cuenta de que estaba interrumpiéndole-. Ardo por dentro. Por eso te he llamado.

-Judge -replicó el hermano Orson-, ¿crees en mí?

La pregunta no parecía tener relación con lo que Judge acababa de manifestar, pero la conexión estaba ahí, en los ojos del hermano Orson.

-Sí, señor. Absoluta y completamente.

-Absoluta y completamente -repitió el hermano Orson, a pesar de que Judge no había tecleado las palabras-. Lo sabía, Judge. Y ahora voy a desvelar un misterio. Quiero que busques el interruptor de la corriente que el ordenador tiene por detrás.

Judge se inclinó hacia delante y puso el dedo sobre el interruptor de corriente del ordenador.

-Ahora, si yo fuera lo que los no creyentes dicen que soy, desaparecería de la pantalla que estás mirando si apagaras el ordenador, ¿no es así? Pero no soy lo que dicen. Mi voz no son ondas sonoras, ni señales emisoras, no es un cable dentro de un microchip. Es la voz de la fe y si hay fe en tu alma oirás esa voz, con o sin electricidad. ¿Lo crees, Judge?

-Sí, hermano Orson, lo creo.

-Entonces apaga el ordenador. Y yo seguiré estando contigo. Sin dudarlo, como un saltador lanzándose desde un trampolín que le fuera familiar, Judge apagó el interruptor. La imagen de la pantalla pareció sufrir un cambio de matiz, como si una sombra hubiera pasado por encima del rostro del hermano Orson. Pero cuando la sombra se desvaneció, el rostro del hermano Orson seguía allí, resplandeciente como el de un ángel. Incluso sus ropas parecían las de un ángel, una especie de túnica blanca y corta como la que llevaban las estatuas de mármol de los museos.

En un instante, en el tiempo que tarda en parpadear un ojo, la sensación de arder que consumía el cuerpo de Judge se había ido. De pronto su mente estaba tan clara como el cristal. No se había dado cuenta de lo obnubilado y estático que había estado hasta entonces; del mismo modo que uno se acostumbra a llevar las gafas sucias hasta que, como se dice en la Primera Epístola a los Corintios: «Ahora nos vemos a través de un velo, pero con la faz descubierta.»

El hermano Orson sonrió, y en esa ocasión el secreto que sus labios habían parecido siempre apuntar se desveló ante Judge. El hermano Orson se había vestido de carne incorrupta. Por ese motivo tenía que aparecer en pantallas de televisión como si se tratara de animación. Ya no era una persona física. Era como Pablo lo había escrito: «Confiamos y deseamos más estar ausentes con el cuerpo y presentes en el Señor.»

Judge estaba presente en el Señor, allí, en su habitación de un barrio residencial, con sus estantes y armarios abarrotados de trastos, atavíos para su carne mortal. Las mismas paredes que lo rodeaban habían sido erigidas con el salario del pecado, que es la muerte. Pero cuando su carne corruptible se hubiera vestido de incorruptibilidad, como la del hermano Orson, entonces la victoria engulliría a la muerte, se derrocaría la antigua ley y se declararía una nueva. Tal era la profecía de Pablo. Y la profecía se había cumplido.

Judge, que se había negado desde pequeño a arrodillarse al oír el tintineo de la campanilla, cuando su madre le obligaba a ir con él a la iglesia, se arrodilló en ese momento sobre la alfombra de color beige.

Sin palabras, el hermano Orson extendió su mano. Judge la besó con reverencia. Sintió que su propia carne cambiaba. Surgieron llamaradas de la alfombra y de la blanca fórmica de su escritorio, pero no producían daño ni calor alguno. La habitación se volvió insoportablemente brillante, como si el aire que contenía fuera el gas en combustión de una lámpara fluorescente. Luego la lámpara estalló.

65

En los dos años y medio de cárcel que cumplió de su condena a cinco años, Ben Wincklemeyer había adquirido una enorme fascinación por el Libro de Job. Ello se debía en parte a que sus lecturas se habían visto a menudo limitadas, por capricho del guardián, a la Biblia, pero sobre todo porque compartía genuinamente el sentido de agravio y de desconcierto de Job. Cuanto más leía la historia y más reflexionaba sobre ella, más extraña le parecía, en particular el montaje final de autofelicitación cuando, ridiculizado por ser un peso ligero y una persona sin carácter, Job daba sus clases de historia natural sobre buitres, avestruces y ballenas, y al llegar al cocodrilo decía: «Piensa en el rey de las bestias, el cocodrilo, que devora ganado como si fuera hierba. ¡Qué fortaleza hay en sus ijadas! ¡Qué poder en los músculos de su estomago!» Y así seguía y seguía durante dos páginas de letra menuda, hablando sobre los recursos del cocodrilo, su espesa piel y sus terribles dientes, afirmando que las armas eran inútiles contra él y que incluso sus estornudos debían admirarse.

Dios no proclamaba directamente la comparación, pero a Ben le parecía evidente que Dios proponía al cocodrilo como emblema de su propio y terrible poder, al cual la parte no cocodrílica de la creación debía ofrecer una obediencia incondicional. Eso hacía Job, cubierto de polvo y cenizas, arrepintiéndose; gracias a lo cual se producía una improbable recuperación de la condición anterior, como si eso significara que nadie tenía que sufrir en realidad, que sólo era una etapa por la que había que pasar. Limítate a resistir, muestra el debido respeto por los cocodrilos y todo acabará bien.

¿En qué debía estar pensando Dios, o el autor del Libro de Job, al cantar las excelencias del cocodrilo con tal amplitud? Para Ben era un hecho similar al de Stalin ordenando que su retrato colgara en cada celda de Rusia. ¿Qué tenían que ver los cocodrilos con la justicia? Jesús! No era que Ben tuviera un opinión diferente de la de Dios. Estaba de acuerdo en que la justicia era un juego de rufianes, y que el modo más probable de recuperarse de las pérdidas era besar el trasero del cocodrilo de la autoridad constituida. De forma muy similar a Job, Ben había hecho precisamente eso, siguiendo el prudente consejo de su viejo amigo Dan Turnage y convirtiéndose en un cristiano comprometido bajo los auspicios del grupo evangélico conservador del que Turnage había sido el alcahuete desde que la Alianza Americana del

Tabaco había cerrado. Ben se convirtió en un modelo de sepulcro blanqueado y, tal como había prometido Turnage, lo liberaron en la primera revisión para la libertad condicional.

Incluso tras su liberación, Ben continuó siendo un miembro activo de la Fundación del Hijo del Hombre, puesto que había descubierto la secreta sabiduría del Libro de Job: que es excitante y beneficioso trabajar para los cocodrilos. Descubrió también que tenía talento para inventar el tipo de estupideces que las personas simulan creer para sentir que están en el lado de los cocodrilos. Se convirtió en un divulgador de la Ciencia de la Creación y en un entusiasta partidario de Pat Robertson, y como broma privada entre él y el Todopoderoso, empezó a llevar camisas Izod. Mientras tanto, igual que Job, recobró su fortuna y sus posesiones se doblaron. Eran los ochenta; y la bolsa se había mostrado benevolente con la mayoría de inversores, pero para el hijastro adolescente de Ben la bolsa había sido el genio de la lámpara. Durante el tiempo que Ben pasó en prisión, el chico hizo una fortuna en la bolsa. Su primer gran acierto provino de los Laboratorios Nacionales de Biodinámica, un hospital privado de investigación, lucrativo, que ofrecía un tratamiento experimental contra el cáncer que incluía el uso de anticuerpos monoclónicos. La tecnología para crear monoclónicos databa únicamente de 1975 y la terapia que hacía posible el tratamiento era larga, increíblemente cara y prácticamente no probada. LNB suponía, en sentido literal, una esperanza desesperada. Naturalmente, los inversores prudentes habían rehuido comprar acciones hasta que empezaron a publicarse los primeros resultados, los cuales demostraban porcentajes significativos de remisión de la enfermedad. Entonces dio comienzo la fiebre del oro y la inversión inicial de William Michaels (95.000 dólares, dinero del seguro que había recibido a la muerte de su padre y que le habían permitido invertir según su criterio) había crecido hasta alcanzar casi el millón.

Ben lo había contemplado con asombro, mientras el chico se movía con un instinto infalible de una cartera de acciones a otra, comprando siempre compañías como LNB justo en el momento en que estaban a punto de hacer fortuna. Tras el tercer otoño triunfal de William, Ben, recién salido entonces de la prisión y sintiéndose temerario ante la libertad consciente, había puesto su dinero en manos de William. Era como ir montado en los faldones de un ganador en la ruleta, salvo por el hecho de que los éxitos de William parecían demasiado regulares para ser producto de la suerte.

Si los beneficios de William habían sido el resultado de fusiones y adquisiciones, uno podía suponer que William tenía acceso al banco de datos de alguien de dentro, pero ése no podía ser el caso. El talento de William no tenía nada que ver con la bolsa, y todo con la medicina. Parecía tener un instinto de zahori, incluso antes de convertirse en investigador él mismo, para saber por el mero esbozo de un experimento médico si éste iba a tener éxito o a fracasar. Tras un tiempo, Ben se limitó a aceptar el don de William como venido del cielo, tan susceptible de ser puesto en tela de juicio como los sufrimientos y muertes que constituían el rico suelo, por así decirlo, de donde surgían sus

beneficios. Después de haber trabajado duramente al servicio de la Alianza Americana del Tabaco durante tantos años, a Ben no le resultó difícil poner un límite a su curiosidad con respecto a la fuente última de sus ingresos. En último término, suponía, todo el dinero procedía de los cocodrilos.

-¿Te acuerdas -le preguntó a William, que estaba sentado detrás del chofer y contemplaba el tráfico prácticamente como si fuera él quien condujera- de un caricaturista llamado Saúl Steinberg?

-Había un financiero llamado Saúl Steinberg. Leí un artículo sobre él en Fortune hace diez o doce años.

-Había un caricaturista con el mismo nombre. Salía mucho en The New Yorker.

-Recuerdo The New Yorker. Bien, ¿y qué pasa con él?

-Solía dibujar escenas de autopistas llenas de coches que parecían cocodrilos. Nunca había comprendido su significado hasta hoy.

-¿Y cuál es su significado?

-«Los huesos son tubos de bronce y los miembros como barras de hierro. Es la obra maestra entre las obras de Dios, creado para ser un tirano sobre sus iguales. Si alguna vez levantas tu mano contra él, piensa en la lucha que te espera y déjalo tranquilo.» Ese es el punto de vista de Jehová sobre los cocodrilos, y encaja perfectamente con el automóvil, si uno piensa que la autopista es una especie de río. El modo en que todo el mundo acepta los coches como una necesidad fatal e incluso los admira, es justo el modo en que Dios le dijo a Job que debía pensar sobre los cocodrilos. Steinberg era brillante, de verdad.

-Pensaba que estabas en contra de los automóviles -repuso William, volviéndose hacia él e invitándolo a reanudar la discusión que había persistido entre los dos durante casi dos décadas: la discusión sobre la tecnología y a dónde conduciría.

-Pero ahí está precisamente la cuestión. Uno no puede estar en contra de los automóviles, del mismo modo que no puede estar en contra de los cocodrilos. Aquí estamos, una década después de que se probara la existencia de un agujero en la capa de ozono, y cuando el efecto invernadero es una realidad cotidiana, los coches siguen en la carretera arrojando más carbono a la atmósfera. «Las ventanas de su nariz arrojan humo como una caldera sobre un fuego abrasador.»

-Ése es de nuevo el cocodrilo, seguro.

-Que fue -prosiguió Ben, tras asentir-, si piensas en ello, el último pariente superviviente del dinosaurio. Así que, en cierto modo, el automóvil es el dinosaurio emitiendo una última carcajada. Los han refinado hasta el mínimo molecular irreducible, pero no han renunciado a su lucha contra los mamíferos.

El Rolls disminuía la velocidad sin razón aparente, y William cogió el interfono para preguntarle al chofer cuál era el problema. El chofer especuló que se trataba de un control de carretera de la Sanidad Pública. William susurró: «Mierda.» Ben se sirvió un segundo vaso de vino y alzó la botella con una mirada interrogativa a William, que asintió.

Fuera del coche, a 35 grados, el tráfico fue ralentizándose hasta detenerse por completo. Una adolescente rubia que montaba sola el asiento de atrás de una Honda empezó a peinarse, usando como espejo la ventanilla del Rolls por la que miraba Ben. Tenía el aspecto de una alegoría de la juventud, con su genuina e ingenua suposición de que todo el mundo reflejaba sus propios y afables valores. No se le ocurría pensar que pudiera haber alguien tras su espejo, estudiándola. Hubo un tiempo, en la juventud de Ben, en que todo el país era igual. Aún recordaba la melodía, aunque no la letra exacta, de aquel maravilloso anuncio de los setenta sobre querer darle a todo el mundo una Coca-Cola.

¿Y por qué no? Era un deseo realizable. ¡Que bebieran Coca-Cola!

-¿Qué es tan divertido? -preguntó William, sombrío.

-Estaba pensando en María Antonieta.

-¿Te divierten las guillotinas?

-No habrá guillotinas para nosotros. Si el senador Burton hubiera organizado el follón hace dos años, cuando se propuso el proyecto por primera vez, podríamos haber tenido problemas. Ahora hay demasiada gente implicada, sencillamente. Hemos alcanzado la inercia burocrática total, somos imparables. Ésa es la belleza de ser una institución en lugar de una persona.

Ben se ahorró el trabajo de tener que expresar más ideas positivas a causa de la aparición, junto a la ventanilla del chofer, de un oficial de la ASP, con uniforme blanco y marrón. Explicó que la Autoridad de la Sanidad Pública estaba llevando a cabo un muestreo al azar, y que los ocupantes de uno de cada siete coches tenían que someterse a un análisis de sangre. El chofer trató de explicar que tales reglas no se aplicaban en el caso del doctor William Michaels, pero el oficial se mostró inexorable. William dio unos golpecitos en el cristal que los separaba para indicarle al chofer que se sometiera a lo inevitable.

El oficial los dirigió hacia la derecha, donde el Rolls ocupó su lugar en la fila justo detrás de la Honda con la chica rubia en el asiento de atrás. El barracón de la ASP donde se realizaban los análisis de sangre estaba cincuenta metros más allá. Uno de los vehículos detenidos era un autobús escolar lleno de niños.

-Vamos a estar aquí una hora como mínimo -señaló Ben.

-No puedo quejarme -replicó William, con un suspiro filosófico-. Formaba parte de la junta que diseñó las líneas a seguir para operaciones como esta. Cuantos más agujeros permites que haya en una red, menos eficaz será ésta. Es de cajón.

-Al menos tenemos aire acondicionado. Si Judith estuviera con nosotros querría que lo apagáramos por respeto a la capa de ozono.

-Es demasiado tarde para preocuparse por la capa de ozono.

Ben le contestó con una frase mejor.

-Es demasiado tarde para preocuparse por la atmósfera.

-O por los bosques tropicales -añadió William.

-O por las ballenas.

-Por no mencionar a varios cientos de variedades de fitoplancton.

-¿También tú has leído eso? Parece ser lo más terrible de todo hasta ahora, si es cierto. La mitad de las especies conocidas de algas en el Antártico se están extinguiendo. ¡La mitad!

-Bueno, ése es el modo pesimista de verlo. Un optimista diría que la mitad de ellas han sobrevivido.

Ben rió y alzó de nuevo la botella.

-Tu vaso está medio vacío. Pero ahora -vertió el líquido- está lleno.

Ben se recostó sobre el asiento y contempló la hierba marchita que había en la cuneta como si fuera un símbolo de lo que habían estado discutiendo. Probablemente lo era. La región de los cereales llevaba camino de convertirse en una extensión de las Tierras Yermas. La capa superficial del suelo se secaba en los calurosos veranos y volaba en las tormentas de polvo que lentamente estaban erosionando la tierra hasta la roca firme. El mundo estaba llegando a su fin, tal como aseguraba su loco nieto.

-Tienes que ver el aspecto positivo de todo -dijo William, con un tono de considerada ecuanimidad.

-De acuerdo -concedió Ben-. ¿Dónde está?

-En cierto sentido, estamos justo en medio de él, mientras esperamos en esta cola. ¿Cuál es el problema básico, después de todo? El problema básico es demasiada gente. Es la gente, miles de millones de personas, que queman el carbón, el petróleo y los bosques. Demasiada gente. La única solución a largo plazo para el problema mundial es reducir el nivel de población a lo que era hace unos cien años, cien millones de personas como máximo.

-Oh, Dios, otro ecologista convencido. No me lo cuentes.

-No, no en un sentido político. No se convencerá a ninguna sociedad de que debe reducir sus habitantes a la mitad o a una cuarta parte de su número actual. Pero el sidava, potencialmente, es el último ecualizador malthusiano.

-A menos que se encuentre una cura, doctor Michaels.

-A eso me refería por potencialmente.

-¿Quiere eso decir que estás a favor de la enfermedad? Si es así, por favor, no lo confieses nunca delante de una cámara de televisión. Podemos sobrevivir al senador Burton, pero a eso no sobreviviríamos.

William hizo una mueca de fastidio.

-Todo médico tiene una especie de interés personal por la enfermedad, igual que a los dentistas les encantan los dientes careados.

-¿Sabes?, algunas personas, incluyendo el gurú de mi nieto, ese hermano Orson, creen que el sidava ha sido diseñado por ingeniería genética por esas razones precisamente, y que el gobierno decidió hace diez años instituir su propio programa encubierto de control demográfico.

-También hubo personas que creyeron lo mismo del sida -señaló William-. Y en realidad tiene más sentido en ese caso, puesto que la gente que podía haber implantado tal estrategia no se habría puesto a sí misma en peligro. El sidava, por el contrario, no se limita a las clases sociales marginales. Es tan democrático como la peste bubónica. Los líderes políticos tendrían que estar movidos por el fanatismo para dar

rienda suelta a una epidemia que tendría tantas posibilidades de matarlos a ellos mismos como a cualquier otra persona. No, si el sidava ha sido creado mediante ingeniería genética, el ingeniero tuvo que ser alguien que quería borrar a toda la especie humana del planeta. Alguien, supongo, como Dios.

-Lo cual nos lleva directamente a donde habíamos empezado: el Libro de Job. O cómo aprendí a dejar de preocuparme y a amar... -Ben hizo una pausa para comprobar si William le devolvía la pelota.

-El cocodrilo.

-Exacto -admitió Ben.

En ese mismo momento se produjo un disparo. Ben alzó la vista a tiempo para ver a la chica de la Honda corriendo delante del Rolls. Hubo un segundo disparo que hizo añicos el parabrisas de la limusina y la ventanilla del asiento de delante, junto al conductor. El chofer empezó a lamentarse. Ben se agazapó tras el bar. Se oyó un tercer disparo y luego un cuarto, y un crujido que hizo temblar el coche. Ben se asomó por encima del asiento delantero para ver lo que había ocurrido. El oficial de la ASP que les había hecho colocarse en la fila había saltado sobre la capota del Rolls para apuntar a la chica que huía. El quinto disparo la alcanzó. La chica se desplomó sobre la hierba amarilla de la cuneta.

El chofer siguió lamentándose.

66

La sargento Janet Beale miró el cuerpo fláccido del sujeto con un familiar impulso de satisfacción y miedo. Satisfacción por razones obvias. Miedo porque siempre había que incapacitar a alguien en el cumplimiento del deber cuando se realizaba una investigación, y una investigación podía siempre salir mal. Ese tipo había dicho que era médico y viajaba en una limusina, así que seguramente no fanforreaba. ¿Quién, sino un médico, hubiera bajado del coche para mezclarse con alguien a quien habían disparado por tratar de huir de un control de la ASP? Era un complejo que tenían que les hacía meterse en problemas, y cuando se encontraban de lleno en un problema, siempre era la misma historia, «soy doctor en medicina, no puede arrestarme, actuaba según el juramento hipocrático». Bien, podían seguirlo todo el camino hasta el centro de Evaluación y Detención, y luego hasta los campos, en lo que a la sargento Beale se refería. Los médicos no eran mejores que cualquier otra persona. Podían coger el sidava tan rápidamente como cualquier otro y ese doctor en particular tenía sangre de la chica abatida por el disparo en sus manos, así que tenía todos los números para haberse contagiado. Estúpido idiota.

Para empeorar las cosas, el idiota se había puesto histérico cuando había visto que se llevaban al chofer y al otro ocupante de la limusina en un coche policial. Había empezado a gritarle a la sargento Beale y luego había tratado de apartarla de la puerta del barracón, y cuando no había obedecido la sencilla orden de desistir, ella se había visto obligada a utilizar una llave de estrangulación.

No era la primera vez que la sargento Beale se había enfrentado con un posible cargo por abuso de la fuerza. Afortunadamente no había testigos. El incidente se había producido en el interior del barracón de detención GHA, mientras el tipo esperaba los resultados de su análisis de sangre. Aunque debía haberse dado cuenta ya de que, fueran cuales fuesen los resultados, estaba abocado al centro de Evaluación y Detención, puesto que tenía sangre de la chica por todas partes. Y ella estaba saturada de sidava. Sólo a sí mismo podía culpar del trance en el que se hallaba. La sargento Beale no veía razón alguna para acalorarse por lo ocurrido. Lo que debía hacer era, simplemente, desviar su problema a la distancia burocrática más lejana posible. Empezando por el carné de identidad.

Revolvió sus bolsillos y se alegró de descubrir que William Michaels (ése era el nombre que aparecía en todas sus tarjetas) no vivía sólo a crédito. Cogió cinco de los seis crujientes billetes de cien dólares, dejando el sexto para Larry, que conducía la furgoneta de carne. Luego se deshizo del billetero y de varios trozos de papel en el incinerador. No se molestó en quitarle el reloj, aunque era de buena calidad. Tampoco un anillo y una elegante pluma estilográfica. Deshacerse de ese tipo de baratijas se había convertido en algo más difícil de lo que valía la pena. Por mucho que los expertos dijeran que tales cosas no eran contagiosas, los encubridores de objetos robados estaban tan interesados en joyas de segunda mano como en ropa interior vieja.

Después vino el papeleo. ¿Qué error sería más natural que el de escribir M. Williams en lugar de W. Michaels? Imprimió el nombre invertido en una banda amarilla y negra y se la sujetó alrededor de la muñeca. La primera descarga de Larry sería en las Admisiones del Hospital Como. Con una banda amarilla y negra alrededor de la muñeca, y sin instrucciones en contra en el sobre sujeto a la camilla, sería una equivocación muy normal que lo dejaran en el Como en lugar de en el centro de Evaluación y Detención, donde había siempre bienhechores (los llamados mediadores) rondando en busca de problemas. En el Como lo tratarían como a cualquier otro.

Sin embargo, en el registro, la sargento Beale anotó que se enviaba a M. Williams al centro de Evaluación y Detención, y utilizó la clave y el número del código del soldado raso Cullen para introducir el dato. El soldado raso Cullen los había puesto convenientemente a su disposición cuando le había entrado el pánico después de matar a la chica, su primera experiencia de ese tipo en el cumplimiento del deber. De esa forma, aunque se produjeran problemas posteriores por haber dejado al tipo en el Como, le echarían la culpa al conductor, no a Cullen ni mucho menos a ella.

Larry llegó con la furgoneta de carne a las seis y media. La sargento Beale le ayudó a cargar el cuerpo de la chica envuelto en una bolsa negra, en lo que había sido el compartimiento del equipaje de la furgoneta en su primera época como transportista interestatal. Luego izaron a M. Williams, atado a una camilla, y lo metieron en la furgoneta encajándolo en una litera central.

Llenaron otras siete literas, un par de ellas con casos claramente sintomáticos.

-¿Día duro? -preguntó la sargento Beale cuando salieron de la furgoneta y se sacaron los negros guantes de plástico que tenían que llevar siempre que manejaban carne.

-Así, así. Ha habido una recogida en una escuela esta mañana. Los niños son siempre una lata. No puedes sedarlos a todos, así que tienes que soportar el griterío.

-¿Sabes?, si te quedan sedantes no sería mala idea darle a este tipo otra dosis. Armó un auténtico alboroto cuando lo trajimos. -Lo haré. -Buen viaje.

Después de que Larry se hubiera marchado con los cuerpos, la sargento Beale se sirvió una taza de café descafeinado. Giró la cabeza cinco veces en la dirección de las agujas del reloj y luego al revés para eliminar la tensión. A continuación, y puesto que el registro del teléfono era una de las primeras cosas que comprobaban cuando se realizaba una investigación, llamó al número de la tarjeta que había sacado del bolsillo superior de la americana del hombre.

Estaba de suerte; tras la segunda llamada conectó con un contestador automático, el cual le informó de que estaba en contacto efectivamente con el número que había marcado, y que dejara un mensaje al oír la señal. Cuando oyó la señal, sostuvo el auricular frente al altavoz del que salía música ambiental y dejó grabado en el contestador del doctor un minuto de una alegre polca. El resto del trabajo era sólo rutina: limpiar, cerrar, desnudarse, quitarse el uniforme protector que llevaba bajo la ropa. Generalmente la sargento Beale seguía el procedimiento tal como estaba establecido, puesto que su propósito era el de protegerla de la posibilidad del contagio. Sin embargo, no era tan fanática como para lanzar los quinientos dólares, producto del día, al incinerador. Ninguno de los guardias de la ASP que ella hubiera conocido había sido tan escrupuloso en el cumplimiento de las reglas.

A las siete había terminado, y a las ocho estaba ya en casa con un gran recipiente de pollo frito con todo tipo de guarnición. Engulló el pollo, las patatas y la ensalada de col, y luego se unió a los chicos frente al televisor. Les dejó ver sus dibujos animados de Star Trek hasta el final, pero luego insistió en cambiar a la cadena religiosa. La sargento Beale no era una persona particularmente religiosa, pero creía que los chicos debían tener su dosis de religión, como de leche.

A las once de la noche se acostó, habiendo despejado el camino hacia el sueño con una jarra de coñac de zarzamora.

Cuando los chicos entraron en la habitación a la mañana siguiente, atraídos por el incesante repicar del despertador, encontraron a su madre tumbada de espaldas en la cama deshecha, mirando al techo a través de lágrimas que manaban y se reunían en los lados de los ojos y resbalaban para caer sobre sus cabellos firmemente trenzados. No se movía, y no parecía enterarse de nada de lo que le decían. Más tarde, el asistente social les explicaría que el motivo por el que no se podía mover era que había tenido un ataque a media noche. Pero les aseguró que no

era el sidava, lo cual era un gran alivio, dado que siempre habían esperado que, por su trabajo, su madre acabara por contagiarse de la plaga y a ellos los enviaran a las instalaciones de la feria, los pusieran en cuarentena y les dejaran morir.

67

Había un niño sentado en los escalones de Sistemas de Defensa Médica, un chico que no era mayor que sus propios hijos. Estaba jugando con una tortuga a control remoto, y hacía que echara nueces sobre la acera, que luego retrocediera un poco para que las ardillas se atrevieran a ir por las nueces y, cuando lo intentaban, enviaba la tortuga para atacarlas a la máxima velocidad. Sobre la acera, la tortuga era casi tan veloz como las ardillas, pero era mucho más lenta sobre la hierba; así que al final las ardillas conseguían llevarse todas las nueces que arrojaba. Vestía con el descuidado estilo de camiseta de tan sólo una década antes, pero la piel que la ropa dejaba expuesta a los rayos del sol tenía la palidez cremosa y protegida de un niño del fin de siglo, a quien el sol no tenía oportunidad de broncear.

El niño alzó la vista hacia William con unos ojos tan negros y una mirada tan intensa como la de las ardillas a las que importunaba.

-Hola, doctor Michaels. ¿Qué haces levantado tan temprano?

William sabía que conocía al niño de algún sitio, pero no podía recordar de dónde.

El chico dibujó una sonrisa traviesa mordiéndose la punta de la lengua. Sus labios y su lengua eran de un color rojo cereza brillante y artificial.

-¿Has olvidado mi nombre?

William tuvo que admitir que sí.

-Está bien. Lo recordarás.

Apuntó a la tortuga con el mando a distancia, y ésta emitió no una nuez, sino una mierda de color marrón y dos centímetros de largo. Luego la tortuga levantó la cabeza para observar la reacción de William.

William emitió el tipo de sonrisa que concedía a las alegres travesuras de sus hijos, ostensiblemente indulgente, pero de hecho tan poco divertida como si hubiera estado viendo vídeos de La casita de los Menudos y Los bebés Teleñecos, cintas que Jason y Henry habían puesto una y otra vez hasta que William se sabía cada caída, cada explosión y cada risa enlatada de memoria. Los niños podían ser terriblemente aburridos, incluso los más brillantes, incluso los suyos. La única solución al problema era ignorarlo. Dejar que los niños vivieran su mundo aparte en el Mundo de la Niñera. Lisa estaba de acuerdo.

Mientras tanto, el problema se negaba a ser ignorado. La tortuga gruñó a William insistentemente, con su boca sin labios semejante a una herramienta de jardín, unas tijeras de podar, por ejemplo. El cuello se deslizó fuera del caparazón hasta alcanzar casi una longitud de cuello de cisne antes de que William se diera cuenta de que no se

trataba de una tortuga, sino de una larga y negra serpiente con aspecto de gusano.

-¿No recuerdas a Corazón-podrido?

-Sí, por supuesto. Entonces tú eres... -dijo, confuso.

-Cuando los Reyes Magos llegaron por fin a Belén, ¿qué hicieron?

William ignoró la pregunta como si fuera meramente retórica, y se maravilló.

-Las otras veces que te he visto eras un adulto.

-Los dioses son de la edad que quieren ser. Jesús, por ejemplo. En Navidad es un bebé. Unos meses más tarde es un adulto muerto. Creo que debe significar algo, pero lo cierto es, doctor Michaels, que no he venido aquí para discutir de hermenéutica. -Ladeó la cabeza, y sonrió mordiéndose la lengua como antes-. Es un juego de palabras: Hermes*, hermenéutica, ¿comprendes?

William no respondió.

-Oh, no tienes sentido del humor. Iba a mostrarte algo, pero ahora creo que no lo haré.

-Los pastores adoraron al Dios Niño. ¿Es eso lo que buscas?

Aunque el chico no respondió, William se dio cuenta de que exigía ser adorado. Se subió las perneras del pantalón y se arrodilló sobre el último escalón de la entrada de la clínica.

El chico extendió el mando a distancia, pero éste se había convertido en un caduceo. William posó la mano sobre el objeto y rezó en voz alta: «Tú, Mercurio, eres mi dios. Pongo mi persona bajo tu cuidado. Y ofrezco mi alma en prenda. Esto lo juro por tu caduceo.» Mientras renovaba el compromiso que había jurado por primera vez largo tiempo atrás, Corazón-podrido se deslizó por el hombro del niño rodeando su pálido y desnudo brazo, y después el caduceo, para acabar rozando el dorso de la mano de William. La serpiente, en toda su helada longitud, se enroscó una vez más alrededor de la muñeca de William, esposándolo de hecho al niño. Alzó la cabeza para gruñirle a William de nuevo, exponiendo sus colmillos semejantes a agujas hipodérmicas. Luego, con la diestra habilidad de la enfermera que había encontrado la misma vena tan sólo unos minutos antes para administrar un sedante (el segundo en dos horas), Corazón-podrido mordió en la parte más blanda del antebrazo y extrajo sangre con una peristalsis succionadora regular de la vena cefálica mediana.

-No seas demasiado glotón, Corazón-podrido. No queremos que entre en estado de shock.

Con la mano libre, el chico golpeó el cuerpo palpitante de la serpiente. Tenía la mano más grande que unos momentos antes, y la de William era proporcionalmente menor. No era sangre lo que Corazón-podrido extraía de sus venas, sino la forma y estatura de su cuerpo.

-Sí, como te decía, Billy, los dioses no son ni jóvenes ni viejos. Atraemos, como los dibujos animados de Disney, a niños de todas las edades. De hecho, cuando hablamos con un adulto, como tú mismo,

---

* Hermes es el nombre griego del dios Mercurio. *(N. de la T.)*

suele ser necesario alterar en cierta medidla la conciencia a la, que nos dirigimos. Como señala Jesús en Mateo, capítulo dieciocho, versículo tres: «En verdad os digo que si no os hacéis otra vez semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos.» Y también está escrito en Ezequiel, capítulo nueve, versículos cinco y seis: «Pasad por la ciudad y herid de muerte; no sean compasivos vuestros ojos, ni tengáis piedad. Matad al anciano, al jovencito y ala doncella, y a los niños, y a las mujeres, hasta que no quede nadie; pero no matéis a ninguno en quien viereis la tau; y comenzaréis por mi santuario.»

Mientras citaba los versículos del Espíritu Santo, su voz fue adquiriendo el sonido familiar y conservador del hermano Orson. Su imitación captó tanto la mojigatería como la beligerancia del hombre. Luego dejó caer la máscara, y habló con su voz habitual, suave y musical de barítono:

-¿Queme dices, Billy? ¿Entramos en el reino de los cielos?¿Castigamos a unas cuantas doncellas y recién nacidos?

El dios, que había crecido hasta alcanzar la estatura de un joven en su primera adolescencia, extendió la mano para coger la cabeza, de Corazón-podrido y, no sin cierta resistencia por parte de la serpiente, desprendió sus colmillos de la carne del antebrazo de Billy.

-Te estás convirtiendo en mármol, ¿ves? -Recorrió con el dedo la vena de donde la serpiente había estado extrayendo sangre-. Pronto serás piedra, desde la punta de la nariz hasta la pituitaria, piedra por todas partes, y sin embargo tan humano como yo. -¿Los dioses son humanos, pues?

-Estás viendo por ti mismo lo que somos. Oh, los judíos estaban en contra de que se supiera cuánto comparten los creadores con su creación. En realidad, el escándalo es aún mayor, pues, ¿quién creó y quién fue creado? El jurado aún está deliberando. Y los primeros cristianos no eran mejores. ¿Cómo termina Juan su primera epístola? «Hijos, guardaos de los ídolos. Amén.» No fue hasta casi el año mil que empezó a aparecer de nuevo una estatuaria decente con cierta regularidad.

Billy miró al dios con asombrado respeto. No comprendía nada de lo que le estaba explicando. ¿De qué jurado estaba hablando? ¿Cómo había crecido Mercurio tan rápidamente? ¿Y cómo había vuelto Billy a ser tan pequeño, un niño de nuevo, no más alto que cuando tenía cinco años? Mercurio contempló sus manos macizas y marmóreas con una sonrisa complacida.

-¿Esto? Una simple transfusión, junto con la mención, tres veces, de la palabra bíblica «hijos», y todo arreglado. Pero ven, súbete a mi hombro y te llevaré al Olimpo. No tenemos demasiado tiempo antes de que pase el efecto de los sedantes, y tengo una señal que mostrarte.

Obedientemente, Billy dejó que el dios lo alzara hasta su hombro. Después, Mercurio abrió la puerta de entrada a Sistemas de Defensa Médica, y la atravesaron.

El reloj del vestíbulo decía que eran las 6.04. Un trabajador de mantenimiento con un mono azul deslizaba una zumbante máquina pulidora por las baldosas de terracota del suelo. No alzó la vista cuando

Mercurio y Billy pasaron delante de él y se metieron en un ascensor. Las puertas del ascensor se cerraron, y cuando se abrieron de nuevo estaban en el noveno piso, donde la directora administrativa, Valerie Bright, estaba sentada ante uno de los ordenadores, mirando a la pantalla con ojos entrecerrados a través de las gruesas gafas y tecleando con sus cortos y precisos toques. El sol matutino, cuyos rayos penetraban a través de la persiana veneciana, dibujaba franjas de brillo sobre la obscura seda de su chaqueta. Mercurio depositó a Billy, cual pisapapeles gigante, sobre el escritorio que había junto a la señora Bright, que levantó la vista con una mirada de fastidio y luego reanudó el trabajo en el teclado.

Billy se sintió despreciado. Aunque tuviera la apariencia de un niño de cinco años y no llevara ropa alguna, era, no obstante, su jefe, y ella debía tratarlo con algo más de respeto. Pensó en mearse encima del teclado para llamar su atención, pero luego notó que el dios estaba gastándole otra de sus bromas. Giró el torso (fue un lento esfuerzo, puesto que se había vuelto de piedra) y miró a Mercurio con una sonrisa picara. -Esto no está ocurriendo realmente, ¿verdad? -No y sí. En realidad, si estuvieras en tu despacho ahora, estaría tal como lo ves. El portero andaría en el vestíbulo, puliendo el suelo. Esta mujer estaría ocupada en la misma tarea. Pero tú no estás realmente aquí. En este momento estás en otro lugar, bajo la acción de un sedante que tiene el efecto de crear entre nosotros una relación más afectuosa.

Cuando Mercurio posó la mano sobre su hombro, Billy sintió un calor enfermizo difundiéndose por su cuerpo, y la convicción de que iba a padecer alguna desgracia; igual que un niño nota cuando el médico le asegura que no le hará ningún daño, pero está pensando en practicarle una operación. Trató de hallar una táctica dilatoria, una pregunta que retrasara la acción del bisturí.

-¿Qué está haciendo? -preguntó al dios-. ¿Por qué está en la oficina tan temprano?

-¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?

-¿Puede oírme?

-Puede y no puede, pero cualquiera que sea tu pregunta tiene que responderte con total sinceridad, puesto que está bajo mi mandato. Lo mismo que tú.

Billy volvió la vista hacia la señora Bright, e inquirió:

-¿Qué estás haciendo?

Ella se quitó las gafas, hizo una mueca y se dio la vuelta en su silla giratoria para mirar al niño desnudo de mármol que había sobre el escritorio.

-Estoy transfiriendo fondos de la cuenta no numerada en Suiza de SDM a la mía propia -le contestó-. Esta vez no tengo intención de abandonar el barco que se hunde sin sacar partido.

-¿Esta vez?

-Trabajé durante siete años para los McKinley, amañando cuentas y haciendo trampas y cuando la Fundación del Hijo del Hombre se hundió, ni siquiera tenía derecho al paro. Así que cuando empecé a trabajar aquí, me aseguré de que no me volviera a pasar otra maldita vez. En

esta ocasión lo tengo todo previsto. Imagino que, con el doctor Frankenstein en el centro de E&D, tengo al menos cuarenta y ocho horas, siempre que pueda mantener alejado de mí a ese viejo pedo de Wincklemeyer. Y aún sigue esperando que le paguen la fianza, y Frankenstein ni siquiera ha llamado todavía. Hasta ahora todo marcha sobre ruedas. Toquemos madera.

La señora Bright miró a su alrededor en busca de algo que estuviera hecho de madera, pero no estaba sentada en su escritorio y no había siquiera una placa de nogal con su nombre.

-¿Quieres decir que estás robándole el dinero al doctor Michaels? -Billy estaba furioso-. ¿Mi dinero?

-Es mío ahora, nene. Que se joda el doctor Michaels. -La señora Bright volvió a centrar la vista en la pantalla que la conectaba con la oficina de su agente de bolsa en Zúrich.

Billy no daba crédito a lo que acababa de oír. Se suponía que la señora Bright era una mujer de negocios y una cristiana comprometida. Siempre acudía a los desayunos de confraternidad y clavaba alegres pensamientos cristianos en el tablón de anuncios. Y allí estaba, malversando tranquilamente los fondos de la compañía. No podía moverse, ni siquiera podía hablar, pero aún podía hacer lo que cualquier otra estatua de mármol de un niño de cinco años desnudo podía hacer. Meó sobre las manos de bella manicura de la señora Bright, que tanto se afanaban en el teclado. La orina manó en un chorro regular, caliente y amarillo que se deshacía en vapor al tocar las teclas. La señora Bright no se dignó siquiera a alzar la vista. El dios la había liberado de su impulso, y nada de todo aquello había ocurrido, excepto en la mente del hombre sedado y atado a la camilla en el vasto pabellón de Admisiones del Hospital Como, el hombre que se meaba en los pantalones de su traje Georgio Armani y gemía en sueños.

68

La primera cosa que percibió fue el mal olor. Luego sintió un dolor generalizado en todo su cuerpo, un dolor por dentro y un quemazón en toda la piel. Quería volver a dormir, a no sentir nada, a no ser nadie; pero había ruidos, así como olores y dolor, voces y sonido de pasos en las escaleras, y luego el vacío que había ante él se iluminó al encenderse la luz que tenía sobre la cabeza. El colchón se hundió bajo el peso de alguien que se había sentado sobre la cama. Preparó su mente para el choque de la luz cuando unos dedos apartaron los párpados de los ojos.

El resplandor traspasó su cerebro hasta justo el medio, borrando cualquier otra sensación.

Entonces oyó la voz de su madre.

-De acuerdo, ya puedes pasar.

No quería que sus ojos enfocaran bien y resolvieran las borrosas formas en formas conocidas, pero el proceso estaba tan fuera de su control como la apertura de sus párpados. Allí, brillando bajo la lámpara del techo, estaban dos rostros: uno el de su madre, demasiado

familiar para representar algo más que el zumbido de una mosca; pero el otro rostro, el del hombre, era desconocido y algo inquietante.

-¿Ned? -Al no recibir respuesta, el extraño giró la cabeza a un lado y preguntó a su madre-: ¿Puede oírnos?

-Quién sabe. Quizá pueda experimentar los sonidos, pero en cuanto a si las palabras tienen significado para él... Lo dudo. No hay modo de saberlo.

-Jesús.

-Los iris de sus ojos se dilatan y contraen según el nivel de luz de la habitación. Tiene todos los procesos que son autónomos: respirar, peristalsis, incluso el ocasional parpadeo de los ojos. Pero son como limpia-parabrisas, no lo controla su mente.

-Parece tan joven. Pero debe tener... ¿treinta y seis?

-Treinta y siete. A partir de los veintidós años, cuando me obligué a mí misma a dejar de sobrealimentarlo, pareció dejar también de envejecer por completo. Solía decirme a mí misma, en broma, que se parecía a ti, pero en realidad no creo que se parezca a nadie. Si nunca sonríes ni frunces el ceño, tu cara no desarrolla una identidad.

-El secreto de la eterna juventud. -El extraño le cogió la mano y le dio la vuelta, con la palma hacia arriba, como leyéndole la buenaventura-. Debe suponer un gran problema: alimentarlo, limpiarlo...

-Solía serlo. Pero ya he conseguido convertirlo en una ciencia. Sin embargo, no parece posible librarse del olor... Debe haber penetrado ya toda la casa, aunque no suelo percibirlo, y mi madre hace años que es incapaz de oler nada. No tenemos muchas visitas, excepto William de vez en cuando. Aún viene aquí a pasar toda la tarde con mi madre y Ned.

-¡No me digas! ¿Cómo se siente uno teniendo una celebridad en la familia?

-No puedo pensar en William como en una celebridad. Quiero decir que no es tan diferente de otros médicos con el mismo nivel de ingresos. Todos nadan en dinero y todos creen que son el centro de la creación, y William no es diferente. Pero supongo que todavía se me hace un poco raro ser su empleada. Estoy segura de que la única razón por la que fundó la Memorial Clinic fue para darme mi pequeño reino... Puede ser muy generoso en ocasiones.

-Me alegra saberlo.

-Y también es muy justo. Supongo que realmente se preocupa por la gente que tiene el síndrome de Colmar. Vivió muchos años aquí, en la misma casa que Ned. Debió influir mucho en él.

Sonó el interfono y Madge se dirigió al teléfono que había en la pared y escuchó, asintiendo y musitando frases.

-Mi madre está preocupada -explicó-. Tengo que bajar y calmarla. ¿Te importaría quedarte con Ned un rato?

-A tu madre no le gustó nunca verme.

-No está acostumbrada a recibir visitas en casa. Especialmente visitas nocturnas.

-¿Es una invitación?

-A menos que hubieras previsto otra cosa.

-Soy una persona sin hogar.

El interfono volvió a sonar.

-El deber me llama -dijo Madge, pero vaciló aún en la puerta-. Lance, es verdaderamente maravilloso verte de nuevo.

Cuando hubo dejado la habitación, el extraño seguía aún sosteniendo su mano. Luego empezó a experimentar con ella, levantándola, bajándola, agitándola por la muñeca para hacer que los dedos se movieran. Todos esos movimientos estuvieron acompañados por el dolor familiar que Ned experimentaba en lo profundo de los huesos durante los ejercicios de cada día. El hombre le puso la mano bajo la barbilla e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. En el lugar en que los dedos del hombre oprimían la carne de su rostro podía sentir una especie de quemazón, que fue haciéndose más intensa hasta que pareció que le habían metido la cabeza en un horno.

Y entonces, allí donde la telaraña se había debilitado, se produjo el desgarramiento. La luz atravesó los ojos de Ned para perforar los largamente sellados conductos de las glándulas lagrimales. Empezaron a manar lágrimas de las glándulas, cada una de ellas una dichosa remisión del dolor y la quemazón, cada una de ellas ejerciendo una nueva y minúscula presión sobre la telaraña.

El entramado era amplio: cada plaga y cada bendición creadas por el poder del caduceo constituía un filamento de su inmensa arquitectura. Pero el centro de la telaraña estaba en el cuerpo inerte y arruinado por el dolor de Ned Hill, el primero en ser destrozado por la maldición de William. En él estaba el nudo que había garantizado la integridad de todo el tejido, pero el nudo se había deshecho. La telaraña se estaba desenredando.

69

Durante un instante fugaz, cuando se despertó, William pudo recordar el sueño, aunque sólo en fragmentos: los colmillos hipodérmicos de la serpiente penetrando en su brazo, el portero puliendo el suelo del vestíbulo (lo que había parecido, a pesar de que el recuerdo se desvanecía, tan real como si hubiera estado allí en persona), y un sentimiento global de queja contra la señora Bright. Pero la esencia del sueño se le escapaba, se le escapaba lo que podía haberle dicho el dios o cualquier advertencia o portento que contuvieran sus palabras.

Estaba mirando hacia arriba los muelles de una litera metálica. Sentía un dolor punzante en el bajo vientre, pero no podía tocarse porque tenía las manos atadas a los lados, como los pies. Apenas podía levantar la cabeza lo suficiente para ver las cintas de lona que lo mantenían sujeto. No podía ver nada más allá de los confines de la litera, porque tenía las cortinas corridas a cada lado. Penetraba un brillo fluorescente que creaba una difusa penumbra institucional, invariable de día o de noche. Aun contando con tan pocas pistas, sabía, por los olores y el apagado murmullo de dificultades respiratorias, toses, jadeos y lamentaciones por la miseria propia, dónde se

encontraba: la sala de un hospital público en el que se estudiaba a los sospechosos de padecer el sidava. Una gran mayoría era enviada a los campos.

Trató de llamar a la enfermera, pero fue incapaz de alzar la voz por encima de un quejido rasposo. Tan pequeño esfuerzo incluso le causó dolor en la garganta. Esperó, como deben hacer los cautivos, pensando lo que piensan los cautivos: ira inútil, rabia impotente, fantasías de venganza. No rezó ni trató de llegar a un acuerdo con las fuerzas que lo habían traicionado porque, por desamparado que se hallase, no dudaba, en esencia, de su poder. Alguien acudiría, él explicaría quién era, se sometería al análisis de sangre (analizaban su sangre a intervalos semanales, como la de cualquier otro que trabajara en SDM. No tenía nada de que preocuparse en ese sentido), y luego lo liberarían. Lo ocurrido no había sido más que un accidente, un resbalón en el hielo. Un momento antes uno camina por la acera, y al siguiente se ha caído de espaldas, sin respiración, dolorido, asustado pero estructuralmente entero.

Lo que le molestaba era ese dolor que sentía en el bajo abdomen derecho. El hecho de que no pudiera gritar no era extraño. Lo último que recordaba dentro del pequeño barracón del control de la ASP era a la mujer policía poniendo una rodilla en su espalda y rodeándole el cuello con el brazo, para forzarle a ponerse de rodillas. Entonces debía haberle dañado la laringe. Pero ¿por qué dolor en el vientre? Debía haberle dado una patada cuando estaba en el suelo, inconsciente. Reflexionar sobre ello, imaginar la patada, le provocó una ira que le hizo olvidar el dolor. Se prometió que daría con aquella mujer y se aseguraría de que recibiera una justa retribución por lo que había hecho; algo que le diera dolor en el abdomen. ¿Apendicitis? Sí, ahí era precisamente donde le había pateado. Sería apendicitis.

-Apenaicitis.

Era la voz del dios, distante y amortiguada, como si estuviera a una cierta distancia de la litera a la que estaba sujeto William. Una luz trémula apareció en las cortinas que ocultaban el pabellón a su vista, como un canal televisivo sin programación, un conglomerado de destellos de pálido color violeta que no llegaban a definirse en formas coherentes.

-Tuviste apendicitis una vez, pero no te acuerdas. Pensaste que sólo era dolor de estómago y tuviste el sentido común de utilizar el caduceo de inmediato. Esa fue la primera vez que lo usaste, de hecho, después de que el pobre Ned tuviera su accidente.

-No lo recuerdo.

-¿Quién recuerda todas las toses, resfriados y dolores de estómago que ha tenido?

La sospecha se formó, como gotas de sudor, antes de que su mente hubiera formulado las palabras.

-¿Por qué me dices todo esto? ¿Por qué estás aquí? Estoy completamente despierto, no estoy drogado.

-He venido para decirte adiós, mientras aún queda esa oportunidad. He acabado por cogerte un gran afecto, William, de un

modo peculiar. También nosotros, los dioses, tenemos nuestras flaquezas, aunque no en el mismo sentido que vosotros los mortales.

-¡No! ¡Por favor! Si he hecho algo malo...

-¡Malo! ¿Crees en serio que me preocupan el bien o el mal? ¿Te he impuesto yo acaso tales consideraciones? Sano o enfermo, vida o muerte, ésas son mis antinomias. Y también han sido las tuyas. No debes creer, porque te deje, que has perdido mi estima. Eso no ha tenido nunca nada que ver. Cuando el dios retira sus auspicios, el héroe debe hacer valer sus méritos.

-¿Voy a morir entonces?

-¿Acaso habías supuesto alguna vez lo contrario? Todos los mortales mueren, y William Michaels es un mortal. Puedes extraer tus propias conclusiones sobre ese hecho. Lo que espero, William, es que sepas morir bien. No abyectamente, sino con valor y un poco de estilo.

-¡Entonces no me dejes morir aquí!

-Tienes mi palabra de que no morirás aquí.

-Quiero decir en cuarentena, como prisionero.

-No pretendía ser evasivo. Sea lo que te refieres, y mi promesa es sólida. Morirás justo donde deseas, en casa, en la cama.

-Gracias. -Consiguió reír lastimosamente.

-Adiós, pues.

Los destellos desaparecieron de la cortina. Era demasiado tarde para despedirse. El dios había partido.

70

La señora Obstschmecker se hallaba en tal estado de nervios que no sabía qué hacer. Estaba convencida de que tener a Lance Hill en la casa equivalía a tener problemas, tan cierto como que dos y dos son cuatro. ¿Pero la escuchaba su hija? No, ni una sola palabra en contra. Madge incluso juraba que Lance había hecho un milagro con Ned, provocándole el llanto. La señora Obstschmecker no veía nada extraordinario en ello, en especial porque desde entonces Ned no había parado de llorar, excepto cuando estaba dormido. Sus lágrimas tenían tanto significado como el agua que salía de un grifo goteante. Sencillamente, al chico se le había roto el sistema de cañerías; pero Madge insistía en que era un síntoma de que Ned iba a ponerse completamente bien. Además, uno de los pacientes de la clínica había empezado a mover los labios y a doblar los dedos, lo cual hacía que Madge se sintiera más segura acerca de Ned. No hablaba de otra cosa. Se pasaba el tiempo en el piso de arriba con Lance Hill, desde el mismo momento en que llegaba a casa del trabajo hasta que volvía a la clínica por la mañana. Incluso cenaba arriba, y cuando la señora Obstschmecker se había atrevido a quejarse de que no cenaban más que comidas calentadas en el microondas, Madge se había limitado a reír y a decir que toda la culpa era suya por ser demasiado orgullosa para sentarse en la misma mesa que Lance. Podía oírlos reír y mover muebles allá arriba, y ni una sola palabra de cuánto tiempo iba a quedarse con ellas aquel hombre. Oficialmente el dormitorio de Lance

Hill estaba en el sótano, en la habitación que Henry había arreglado como cuarto de juegos de los niños antes de que Ned cayera enfermo; pero casi nunca estaba allí, sino que estaba arriba, con Madge, toda la noche, por lo que la señora Obstschmecker podía oír; y durante el día estaba por toda la casa, dentro y fuera de la cocina, arriba y abajo, como si la casa fuera suya.

No era el orgullo lo que hacía que la señora Obstschmecker se mostrase recelosa a sentarse a cenar con Lance Hill, o a tener algo que ver con él más allá de lo estrictamente necesario. Era una preocupación por su propia salud. Uno podía darse perfecta cuenta con sólo mirarlo, de que aquel hombre estaba enfermo, y por si eso no fuera suficiente, uno podía oírle en el cuarto de baño vomitando. Por no mencionar la tos por las mañanas, que él llamaba tos de fumador, aunque no fumaba nunca. Gracias al cielo, al menos no fumaba. Había advertido a Madge: ¿y si era la plaga? Tenía los mismos síntomas que según la televisión había que comprobar. Madge le contestó que se ocupara de sus asuntos. No quería discutir ese tema, y cuando, desesperada, la señora Obstschmecker había amenazado con llamar al teléfono rojo de la Sanidad Pública, Madge había replicado: «Si haces eso, nos mandarán a todos a un campo de cuarentena.»

Probablemente era cierto. Los funcionarios de la Sanidad Pública negaban sistemáticamente que enviaran a los campos a todos los que vivieran con alguien que tuviera la plaga, y por regla general la señora Obstschmecker creía todo lo que afirmaban las autoridades; pero en aquel caso uno no podía por menos que dudar. Madge le había explicado que había dos casas a tan sólo una manzana, en la Ludens, que estaban selladas con tiras negras y amarillas, lo que significaba que la ASP había estado allí. Y eso sólo a una calle de su casa. ¿Qué ocurría con las demás personas que vivían en la casa, los que no estaban enfermos, cuando la ASP la sellaba? Alojamientos alternativos..., eso es lo que decían los locutores de los telediarios, y emitían imágenes para demostrarlo. Pero, aun así, uno dudaba.

Por tanto, no había cumplido su amenaza de denunciar a Lance a la Autoridad de la Sanidad Pública, y probablemente no lo haría aunque el hombre se muriera de la plaga justo en su casa. No sabía qué harían con el cadáver, probablemente enterrarlo en el sótano o meterlo en el congelador, si aún funcionaba. Eso es lo que se rumoreaba que hacían los demás. Era más seguro que tratar de deshacerse de un cadáver en una calle vacía, porque a muchas personas las cogían cuando intentaban hacerlo. ¡Qué mundo era éste, en el que podías sentarte en la mesa de tu propia cocina para beber un vaso de leche caliente, y comer un pan de pasas tostado y untado de mermelada de fresa, y pensar en cosas semejantes!

La contemplación del tarro casi vacío de mermelada de fresas le dio a la señora Obstschmecker una astuta idea. Cuando el señor Obstschmecker aún vivía y ella debía ocuparse de las tareas culinarias, la señora Obstschmecker solía hacer ella misma la mermelada, compota de manzana, tomates en conserva y escabeche. El grueso de sus conservas caseras las almacenaba entonces en las estanterías del

sótano. Seguramente no quedaba de aquellos esfuerzos más que los tarros vacíos, pero Lance Hill no lo sabía, así que si por casualidad bajaba al sótano mientras ella se encontraba allí (lo cual no era probable, puesto que él solía dormir hasta bien pasadas las once), no daría la impresión de que había bajado para fisgonear en su habitación, a lo cual tenía perfecto derecho en su propia casa, si es que se podía llamar a eso fisgar. No, ella iría al sótano a buscar un tarro de mermelada de fresas.

La bombilla que había en lo alto de la escalera se había fundido (Madge no se acordaba nunca de cambiar las bombillas), y cuando la señora Obstschmecker llegó al pie de las escaleras no había siquiera una bombilla fundida en el portalámparas que colgaba del techo del sótano. Por un momento, en su exasperación, pensó en volver a subir pesadamente las escaleras para ir en busca de una linterna, pero el descenso ya la había dejado sin respiración. Era ya notable que a sus noventa y dos años hubiera podido bajarlas, si uno se paraba a pensarlo. En cualquier caso, tenía luz suficiente para moverse.

Le asombró descubrir en la habitación en la que Lance había colocado sus cosas la lámpara de pie de cobre que solía estar junto a la silla en su propio dormitorio antes de que Madge lo hubiera remodelado todo. ¡Con una bombilla de tres fases que funcionaba! Y también veía allí el sofá que había estado en la terraza hasta que se le habían salido los muelles por entre la tela. Había sábanas y dos mantas dobladas sobre el brazo. Sin usar. Obviamente Lance dormía en el piso de arriba, y probablemente en la misma cama que Madge.

Cuando, poco antes, la señora Obstschmecker había lanzado una indirecta sobre sus sospechas a su hija, Madge le había devuelto la pelota preguntándole si ella y Lance no estaban casados aún a los ojos de la Santa Madre Iglesia, expresión que Madge usaba tan sólo cuando pretendía ser sarcástica. Aun así, la señora Obstschmecker no había sabido qué responder. De hecho, aunque Lance había abandonado Estados Unidos a los veinte y estaba ya en la edad madura, a pesar de que había desertado del ejército y había confesado su desviación sexual y había cogido el sida en los ochenta, a pesar de todas esas cosas, era cierto: Lance era todavía el marido de Madge y tenía, por consiguiente, derecho a dormir con ella siempre que quisiese, lo que había constituido siempre un mal trago para la señora Obstschmecker cuando el señor Obstschmecker le había explicado que era la enseñanza de la Iglesia, y su confesor le había dicho que su marido tenía razón. «Esa es la cruz que debe llevar la esposa», le había dicho el padre Windakiewiczowa.

La única y pequeña maleta de Lance estaba abierta, pero no había nada interesante en ella, sólo camisas, corbatas, papeles y ropa interior que no se había lavado debidamente desde hacía tiempo. La ropa interior de los hombres era un problema que nunca se discutía en los anuncios de la televisión. Ella solía poner en remojo durante una hora los calzoncillos del señor Obstschmecker antes de lavarlos, para librarse de las manchas que había allí donde su marido no se había

limpiado debidamente. Las esposas tenían que llevar más cruces de las que el padre Windakiewiczowa podía imaginar.

Los papeles no parecían tampoco demasiado interesantes. Eran documentos con aspecto oficial. No había cartas ni fotos, tan sólo un viejo y sucio libro en rústica, titulado Astrología para los Leo. Pero luego, en el bolsillo superior de la chaqueta que había dejado colgada en la percha, detrás de la puerta, la señora Obstschmecker hizo un descubrimiento que compensó el esfuerzo de haber bajado hasta el sótano: una pistola. No era una pistola demasiado grande, pero era sin duda una pistola auténtica que dispararía balas de verdad. La señora Obstschmecker no había tenido nunca antes una pistola en las manos. Era una extraña sensación. Casi hubiera deseado que la pistola le perteneciera a ella. Casi se decidió a quedársela, pero, claro está, Lance hubiera sabido a quién echarle la culpa. La devolvió al bolsillo de la americana con un gruñido de decepción.

Y justo a tiempo, también, porque en ese mismo instante oyó pasos bajando las escaleras, y apenas tuvo el tiempo suficiente para salir de la habitación antes de que Lance apareciera, vistiendo el albornoz de algodón color melocotón de Dayton's en el que Madge se había gastado ochenta y cinco dólares.

-¡Vaya, vaya, abuela Obstschmecker! -exclamó él, con una gran sonrisa afectada-. Pensaba que no podías subir y bajar escaleras.

-No sé por qué.

-Eso es lo que dijiste ayer cuando Madge quiso que subieras a ver a Ned.

-Puedo subir y bajar si hago un esfuerzo.

-Comprendo.

Ella sabía lo que estaba pensando. Pensaba que había bajado para fisgonear en su habitación, así que jugó sus triunfos:

-He bajado a buscar un tarro de mermelada de fresas. No queda nada casi.

Se encaminó hacia el extremo más alejado y obscuro del sótano, para lo cual tenía que pasar por delante del congelador. Al hacerlo oyó su zumbido. ¡Así que todavía funcionaba! ¿Pero por qué estaba encendido? Sin duda había espacio más que suficiente en el congelador del frigorífico de la cocina. Madge no tenía nada que meter allí... A menos que hubiera cosas en ese congelador que no quisiera que su madre viera. ¿Helado tal vez?

-¿Puedo ayudarte a coger la mermelada? -inquirió él, en un tono que parecía indicar que en realidad preguntaba otra cosa. A ella se le ocurrió que quizás había sido Lance, y no Madge, quien había puesto en marcha el congelador.

-Sí, te lo agradecería -replicó.

Lo condujo hasta los estantes que el señor Obstschmecker había construido hacía tanto tiempo (debía haber sido antes de la guerra), y señaló el estante superior, en el que había varias hileras de polvorientos tarros de conservas del tamaño de casi medio litro.

-Ahí arriba, creo.

Lance fue a buscar la escalera que estaba tras la lavadora estropeada, y se subió hasta el último peldaño.

-Está muy obscuro, no puedo ver bien.

-Por eso había ido yo al cuarto de juegos y había encendido la luz -declaró la señora Obstschmecker, con la sensación de haber redondeado su coartada.

-Bien, no veo más que tarros vacíos, pero hay esto.

Bajó los peldaños y le mostró una carta.

-¿Qué es eso?

Lance sopló el polvo que cubría el sobre, y bizqueó.

-Dice: Para Billy.

-Ah, sí. -La señora Obstschmecker asintió con la cabeza, como si acabara de recordar algo-. La puse ahí hace mucho tiempo. Déjamela ver.

Lance le tendió el sobre.

-Sí, por supuesto -explicó ella. Había reconocido la letra descuidada de Henry de inmediato-. ¿Ves?, es mi letra. ¡Dios mío, desde hace cuánto tiempo debe estar ahí esta carta!

Él la miró con aire escéptico, pero no expresó su incredulidad.

-¿Qué hay de la mermelada de fresas?

-Mira bien, tiene que estar en uno de estos estantes. Será mejor que yo vuelva arriba.

Subió las escaleras más rápidamente de lo que las había bajado, tan ansiosa estaba por llegar a su dormitorio y abrir la carta. No conseguía imaginar qué podía haberle escrito Henry por carta a Billy, o cómo había acabado la carta en el lugar en el que estaba; pero estaba segura de que su contenido sería interesante.

Una vez en su habitación, la señora Obstschmecker activó el cerrojo electrónico de la puerta. Luego llevó la carta al cuarto de baño y le limpió el polvo con un Kleenex. Metió una uña por debajo de la solapa del sobre, pero la cola se resistió. «¡Maldita sea!», se lamentó, pero no se rindió a la impaciencia. Ya se había encontrado antes en la misma situación, y sabía que si se tomaba el tiempo necesario para abrir el sobre con vapor, nadie se daría nunca cuenta, si es que tenía que entregar la carta. Así que la ocultó en el fondo del cajón de la ropa interior hasta que llegara el momento en que estuviera segura de poder disponer de la cocina para ella sola.

Tan pronto como hubo cerrado el cajón de la cómoda sonó el teléfono. Lo cogió sin esperar a escuchar quién era en el contestador automático. Como de costumbre era alguien que preguntaba por Madge.

-Me temo que mi hija no está en casa en este momento. Probablemente podrá localizarla en la clínica.

-¿Es la señora Obstschmecker?

-Sí, soy yo -respondió, sorprendida por ese reconocimiento.

-Soy Judith Wincklemeyer.

Tardó un instante en recordar el nombre, y luego replicó:

-Judith Wincklemeyer! Por todos los santos. Hacía años que no oía tu voz. ¿Dónde estás?

-Estoy en Minneapolis, en la estación de autobuses.

-¡No sabía que tuvieras idea de venir aquí! ¿Sabes?, pasé un rato muy agradable con ese chico tuyo. Me llevó a visitar al señor Obstschmecker en el Cementerio de Veteranos, y a la misa de antes, y durante todo el tiempo no dejé de pensar en cuánto se parecía a mi marido. No creo que conocieras al señor Obstschmecker. Debió fallecer antes de que nacieras.

-¿No sabrá, por casualidad, dónde puedo encontrar a William?

-Bueno, si no está en casa supongo que debe estar en el trabajo.

-He intentado llamar a los dos sitios, pero no contestan. No quiero tener que coger un taxi hasta Willowville para luego no encontrar a nadie.

-Por supuesto que no.

-Por eso he llamado, por si diera la coincidencia de que William, Lisa o Judge se hubieran pasado por ahí.

-No. Pero no creerías nunca quién está aquí: ¡Lance Hill!

-¿Quién?

-El primer marido de Madge. El padre de Ned. Se llamaba Lance antes, pero ahora dice que es Launce, porque ha estado viviendo mucho tiempo en Canadá. Y ahora está viviendo en nuestro sótano. ¿No es increíble?

-¿Tiene algún número al que pueda llamar a Madge?

La señora Obstschmecker le leyó el número que estaba escrito sobre un trozo de cinta adhesiva, pegado al teléfono.

Judith le dio las gracias y colgó. No había prestado la menor atención a una sola palabra de lo que le había dicho la señora Obstschmecker. Ni siquiera había utilizado un cortés «¿qué tal está?». ¿Dónde aprendía modales esa juventud?

71

Desde la última vez que había venido en 1993, cuando había traído a John (a los once años no se llamaba «Judge») para visitar a William ya su abuelo el centro de la ciudad de Minneapolis se había convertido en una pesadilla. Pero lo mismo se podía decir de cualquier otra ciudad en los tiempos que corrían. Primero la recesión, y luego la plaga, y la avenida Hennepin estaba más muerta que Nínive. No había comercios, ni gran cosa que comprar. Salvo la cochera de autobuses y una tienda económica del Ejército de Salvación, las tiendas a nivel de la calle o bien estaban tapiadas, o se abrían a las calles desoladas a través de los cristales rotos de los escaparates. Una de tales tiendas, la Horma, con un cartel en el único escaparate intacto que decía ÚLTIMOS DÍAS - GRANDES OPORTUNIDADES, se había convertido en una especie de palomar, lleno de arrullos y revoloteos cuando Judith se detuvo en el umbral de la puerta para admirar el efecto. A su manera, era tan romántico como una capilla en ruinas.

Unas cuantas manzanas al este de la Hennepin aún funcionaban unos cuantos edificios de oficinas, y unos pocos restaurantes y tiendas que se conectaban con aquellos mediante elevados pasadizos. Pero también allí la ciudad daba la impresión de ser una auténtica ciudad

fantasma, al menos en la calle y a las once de la mañana. Curiosamente, Judith se sintió responsable por lo que veía, ya que no hacía tanto tiempo que había creído en la ecología radical y en la absoluta necesidad de reducir de nuevo la raza humana a una cifra sostenible y preindustrializada antes de que la gente acabara envenenando el planeta con sus productos de desecho y todos los agentes contaminantes, gases y residuos radiactivos que estaban sentando las bases de una catástrofe ecológica inevitable. En cierto sentido, las calles desoladas eran lo que ella había deseado, ya que no se podía reducir el tamaño de la raza humana tan drásticamente sin condenar a un buen número de las propiedades primitivas al abandono y, más concretamente, sentenciando a muerte a millones de personas.

En su época de ecología radical nunca se había preocupado demasiado por los medios que serían precisos para devolver al hombre y a la naturaleza su proporción correcta, probablemente porque creía que no iba a producirse nunca. Ahora eso estaba ocurriendo a su alrededor. Las cifras sobre las muertes por sidava eran apabullantes, y no parecía haber límite alguno al daño que aún podía causar. En algunas áreas había matado ya a casi un diez por ciento de la población, y no se veía el fin. Durante la peste negra de 1350 había muerto la mitad de la población europea; según otras autoridades, tres cuartas partes. Durante años aquella plaga había hecho estragos, y luego, sin motivo aparente, había cesado. No era un precedente consolador.

Giró a la izquierda en la Quinta Arenicla en dirección a Nicollet Malí, donde aún había unos cuantos transeúntes y casi el mismo número de oficiales de la ASP. Uno de ellos se dirigió hacia Judith en el momento mismo en que la vio, y le pidió que le enseñara su tarjeta verde. Le habían hecho tres análisis de sangre diferentes durante el viaje en autobús desde Florida hasta allí, todos debidamente anotados en su tarjeta, pero aun así el oficial de la ASP actuó como si se tratara de una inmigrante ilegal a la que hubieran cogido cruzando Río Grande. A pesar del hecho de que el sidava parecía esparcirse uniformemente por todo el país, los extranjeros eran tratados en todas partes con recelo y hostilidad. El problema era que en una ciudad, del tamaño que fuera, cualquiera era un extranjero fuera de un pequeño círculo de vecinos y compañeros de trabajo; así que todos iban por las grandes ciudades sospechando de todos los demás.

Dayton's, para su asombro, estaba aún abierto al negocio y enfrente de la tienda, en medio de la avenida, había un quiosco desatendido con techo de lona con un cartel que rezaba: LA CÁMARA DE COMERCIO LE DA LA BIENVENIDA A MINNEAPOLIS. MAPAS E INFORMACIÓN GRATUITOS. Una flecha apuntaba a los mapas que no estaban allí. A lo largo de toda la avenida se oía como música ambiental una versión de cuerdas de una canción de los Beach Boys.

Junto al quiosco de información había una cabina Sprint, y a Judith se le ocurrió que quizá Lisa o William hubieran dejado un mensaje a los que compartían la casa con ella en Florida, explicando la situación. Todo el mundo en Twin Cities parecía haber desaparecido. Había llamado a William a casa y sólo había recibido la respuesta del

contestador automático. Había intentado hablar con John por su línea privada, pero no contestaba nadie. En SDM había encontrado un mensaje grabado diciendo que la centralita estaba siendo reprogramada y que todo aquel que quisiera contactar con SDM tendría que volver a llamar el viernes siguiente. Había telefoneado a casa de su padre para topar con otro contestador automático. Había llamado a Madge y le había contestado su madre, y cuando había intentado hablar con Madge en la clínica, la telefonista la había despachado con un «por favor, vuelva a llamar más tarde». Entró en la cabina, sacó el auricular de su bolso (ya no existían los teléfonos públicos, tan sólo el acceso a la línea), lo enchufó, tecleó el número de su carné de identidad y luego el 111, y con eso se puso automáticamente en contacto con su número de teléfono de Florida.

Contestó Griel y sí, había un mensaje de su padre, que había llamado desde un centro de detención de la ASP completamente dominado por la cólera. Aparentemente, tanto a él como a William los habían arrestado en un control de la autopista, y no podían liberarlo hasta que alguien fuera hasta allí y avalara que era la persona que figuraba en su carné de identidad. Había estado esperando todo un día a que una de las directoras de la ASP fuera a firmar para que le soltaran, pero al parecer la mujer se había desvanecido de la faz de la tierra. Había más aún, pero no había podido contarle a Griel toda la historia porque el oficial de la ASP sólo le había dejado hablar durante dos minutos. Judith marcó el número del centro de detención enseguida, y tardó quince minutos en confirmar que efectivamente Ben Wincklemeyer seguía aún allí. Para más información tendría que personarse en el centro.

Así lo hizo. El trayecto en taxi le costó el susto de cuarenta dólares, pagados por adelantado, e incluso por ese dinero, el taxista se negó a esperarla en el exterior del centro. Probablemente tenía razón al pronosticar que al menos tardarían dos horas en llevar a cabo todo el papeleo que sería necesario para sacar a Ben.

El centro de detención había sido una Colonia de Vacaciones en su primera época, y el único indicio de que ya no lo era consistía en una alta verja electrónica coronada de alambre de espino que lo rodeaba completamente, y una frase impresa sobre la marquesina que lo identificaba como UNIDAD DE INVESTIGACIÓN 17 DE LA POLICÍA SANITARIA DEL ESTADO DE MINNESOTA.

La mujer policía de la recepción era mucho más comprensiva que las personas con las que había tenido que tratar por teléfono. Tan sólo tuvo que enseñarle su tarjeta verde y responder a tres preguntas durante la comprobación del carné de identidad, y la condujeron hasta la habitación donde habían encerrado a Ben. Su escolta armada no podía tener mucho más de quince años, y rebosaba esa especie de engreimiento y sentido de la importancia propia de los que ejercen la autoridad a una edad precoz. Cuando el joven guardia abrió la puerta surgió un hedor penetrante, mezcla de Lyson, el líquido antiséptico desinfectante, y de vómito. Ben estaba de pie, la espalda contra la pared, con cara de estar esperando a que le dispararan. Su rostro

parecía por fin haber alcanzado su verdadera edad cronológica tras todos aquellos años de parecer perpetuamente un hombre rechoncho de cincuenta. Era un hombre viejo.

-Judith -exclamó-. Gracias a Dios.

Ella lo besó en ambas mejillas.

-¿Estás bien? -susurró.

-Creo que tendré que acogerme a la Quinta Enmienda en esa pregunta. -Su sonrisa fue casi reconocible.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Está William aquí contigo? No sé nada más que lo que me explicó Griel.

-Es una larga historia. Quizá deberíamos esperar a que nos dieran los visados de salida. En cuanto a William, no tengo ni idea de dónde está. Seguía en el control para un análisis de sangre cuando me trajeron aquí. He intentado llamarlo a casa, pero no contesta nadie. He tratado de hablar con alguien en el control, pero es como pedirle una audiencia al Papa.

-Y la centralita de SDM no funciona.

-Lo sé. -Ben tenía un aspecto melancólico-. Y creo que sé por qué. Pero ésa es otra historia que será mejor dejar para más tarde.

Más tarde no tardó en llegar. Ya habían recogido el BMW de Ben del garaje, y el coche estaba esperándolo, con la llave del contacto puesta, cuando terminó el papeleo. Por su cuenta, para ser servicial, la mujer policía de la recepción hizo un decidido esfuerzo por averiguar a través de la ASP qué había sido de William. La gente de la ASP juraba que nadie con el nombre de Michaels había sido enviado a Evaluación y Detención o a un hospital local. Pudieron, eso sí, proporcionarle el nombre de la oficial que había estado a cargo del control el lunes por la tarde, la sargento Beale; pero ésta había sido incapaz de presentarse al trabajo desde ese día. Presumiblemente, William había sido liberado después que el análisis de sangre hubiera demostrado que estaba limpio. De lo contrario, insistían los de la ASP, se mencionaría otra cosa en los registros del control, como, por ejemplo, era el caso de Ben y el chofer, e incluso la limusina.

-Probablemente lo encontraran en casa -sugirió la mujer policía con una sonrisa poco convincente-. Muchas personas se ponen nerviosas cuando las paran en un control. Y después de que le volaran el parabrisas del coche de un tiro, bueno, ¿quién le culparía si no se mostrara demasiado sociable? Hay días en que no cojo el teléfono por motivos mucho menos importantes.

-Probablemente tiene razón -aceptó Ben. Hubiera aceptado cualquier cosa en ese momento, tan ansioso estaba por marcharse.

Luego, ya en la autopista, circularon a lo que a Judith le pareció una velocidad criminal.

-¡Padre! -gritó, apuntalando los pies contra el suelo del coche-. ¡Cuidado con esa camioneta!

Pero Ben no disminuyó ni aumentó la velocidad, y la camioneta que había tratado de adelantar el BMW volvió a su posición en la fila más lenta de la derecha.

-Lo siento -dijo Judith-. No estoy acostumbrada a ir en coche. En Florida voy en autobús o andando. Sobre todo, andando.

-¿Has dejado el equipaje en la estación Greyhound? -inquirió Ben cuando se acercaban a la entrada al centro de la ciudad.

-Sí, pero no hay necesidad de recogerlo ahora. Ir a casa es lo primero.

-Lo primero para mí es descubrir qué ha sido de William. ¿Te importa si nos desviamos hacia su casa antes de nada?

-Como quieras. Aunque me preocupa más John que William. Si John ha hallado el modo de quitarse la banda de libertad condicional y ha podido irse de la ciudad sin hacer sonar la alarma...

-No es probable. Y mejor será que te acuerdes de llamarle Judge. Es muy sensible con respecto a eso.

-Judge, sí, por supuesto, lo recordaré. Pero queda tan poco tiempo antes de que cumpla los dieciocho, un par de semanas, que sería una estupidez violar la libertad condicional.

-Apuesto a que la razón por la que no contestaba al teléfono es que estaba en comunicación con el hermano Orson. ¿Tenía puesto el contestador?

-Todo lo que decía es que dejara el mensaje tras la señal. -Seguramente sólo está esquivándote. Está en la edad en la que prefiere que lo dejen solo.

-Siempre ha estado en esa edad, padre. Siempre. Ben emitió una risita ahogada, pero no dijo nada. No tenía que hacerlo. Judith sabía lo que pensaba: «De tal palo, tal astilla.» Y no era justo en realidad. Como chica y adolescente había sido susceptible en muchos aspectos, pero nunca sistemáticamente hostil. No había considerado que su padre y Sondra fueran el «enemigo». Su madre, allá en Florida, era otra cuestión. Ella sí había sido el enemigo, hasta que, en los últimos años, la enfermedad de Alzheimer había hecho de ella un mero objeto de piedad. Judith suspiró, dándose cuenta de lo mucho que tenía en común con John. Con Judge, se corrigió mentalmente. Tendría que recordar pensar en él con ese ridículo nombre.

Cuando se acercaban a la salida de Willowville, Judith rompió finalmente el hielo.

-Si prefieres no decirme qué pasó...

Era todo lo que Ben necesitaba, y la historia no era larga de contar: cómo los habían desviado en el control, la bala perdida, el parabrisas hecho añicos, cómo William había insistido en bajar de la limusina para examinar a la chica a la que había disparado el oficial de la ASP, y cómo los habían separado. Ben y el chofer habían sido enviados al centro de detención mientras William se quedaba en el pequeño barracón donde hacían los análisis de sangre.

-Lo peor vino después, cuando estaba esperando a la señora Bright y no apareció. Estaba loco de furia. Dio la una de la madrugada, dieron las dos, y yo seguía encerrado en aquella asquerosa y pequeña habitación, ya la has olido, y notaba mi corazón... latiendo agitadamente. No es ésa la palabra, pero no sé cómo describirlo. Me sentía como si me hubieran vuelto a mandar a Stillwater. Nada salvo los campos de

cuarentena sería peor que eso. Por fin soborné al crío ese que te llevó a la habitación para que me diera un somnífero, y pude dormir. Estuve durmiendo hasta el mediodía, y luego tuve que esperar horas para usar el teléfono. Y cuando no pude encontrar a nadie empecé realmente a sentir pánico. Aún lo siento. -Hablas tan racionalmente como siempre -le aseguró Judith. -Lo sé. Una parte de mí quiere que Ben Wincklemeyer siga hablando con un tono de indiferencia, como si no pasara nada, y la otra parte, la que está a cargo de mi metabolismo basal y no de mis procesos mentales, sigue haciendo todavía ¡bong, bong! ¿Recuerdas aquella alarma de humos que se disparaba siempre que empezabas a freír una chuleta de cordero? Así es como me siento ahora mismo. Dentro de mí esa alarma está gritando «¡chuletas de cordero!, ¡chuletas de cordero!».

Judith rió con ganas.

-Oh, cielos, había olvidado esa alarma. Y sólo se disparaba con las chuletas de cordero, con nada más. La casa podía perfectamente quemarse de arriba abajo, y se habría quedado muda; ¡pero que intentaras freír una chuleta de cordero! -Se inclinó hacia un lado tanto como se lo permitió el cinturón de seguridad y, alargando el cuello, plantó un beso en la mejilla de Ben.

-Dios mío -exclamó él, cambiando sin esfuerzo a un tono de tiernos recuerdos-, cuánto tiempo hacía. Me alegra verte. Te has puesto enorme.

-Mi trasero, lo sé. Si mi personalidad anoréxica de los trece años pudiera verme ahora... Pero se supone que un gran trasero es buena cosa, en especial para las mujeres, al contrario que una gran barriga. Significa que corres menos riesgos de coger alguna terrible enfermedad. Padre, esa motocicleta no va a... No, lo siento, las autopistas tienen este efecto sobre mí.

Cuando la motocicleta se hubo alejado zigzagueando por entre los coches lo bastante como para que Judith pudiera apartar la vista de ella, preguntó:

-¿Cómo está Judge?

-Extraño. Me gusta el chico, no creas. En realidad es más interesante precisamente por ser tan peculiar. Aunque en ocasiones me resulta difícil pensar que es mi descendiente lineal.

-Una de las mujeres que vive con nosotros, Griel, con la que hablaste por teléfono, jura que hay una persona real detrás de la cara de dibujos animados del hermano Orson. Dice que ha conocido a gente que ha hablado con él en persona. Pero eso no es lo que dicen las noticias, ¿no? Griel también ha conocido a gente que asegura haber sido transportada en platillos volantes. ¿Crees que existe un hermano Orson real?

Ben silbó.

-Lo mismo sería que me preguntaras si creo en Santa Claus. Sí, por supuesto que creo.

-¡Tú y William!

Se produjo una embarazosa pausa entre ellos. Judith no había reconocido nunca abiertamente ante Ben (ante nadie, de hecho) que

William era el padre natural de su hijo. Sin embargo, sabía que Ben se lo había figurado largo tiempo atrás, y habían llegado a un acuerdo tácito sobre el tema, al igual que sobre el hecho de que fuera lesbiana. Por tanto, no había necesidad de explicar lo que había querido decir con su irreflexiva exclamación. La fe inquebrantable de William en Santa Claus a la edad de seis años y la indestructible fe de Judge en el hermano Orson parecían haber surgido de la misma terca raíz: de alguna disposición genética a la fe en su forma más pura.

-No obstante, no se resignaba a la invencible obstinación del chico.

-¿Sabe lo que se dice en las noticias? -preguntó a Ben-. ¿Ha visto el reportaje sobre el juicio de Florida? ¿Ha oído a los testigos? Ahora no son sus enemigos los que dicen que Orson es una invención, es la gente que ha estado dirigiendo la organización durante años.

-¿Recuerdas cuánto tiempo siguió creyendo la gente en Nixon? ¿O en Reagan? ¿O en Gurú Ma? Cuanto más graves son los cargos, más apretado es el lazo y más se enorgullece el leal de su lealtad.

-Pero ¿y después...?

-Estoy de acuerdo, al final Judge sufrirá una desilusión. Si no la ha tenido ya. No está tan dispuesto a entrar en discusión sobre el tema como hace un año, o incluso seis meses. Quizás haya dejado de creer, pero es demasiado orgulloso para admitir que ha estado viviendo tanto tiempo en el País de la Fantasía.

-¿Qué piensa William de todo esto?

-Se lo toma con mucha calma. Se niega a discutir con Judge. Creo que incluso admira su testarudez. De tal palo tal astilla.

Así que allí estaba, expresada abiertamente después de tantos años, la verdad que ella no tenía deseos de discutir.

-Si hay un gen para la testarudez -replicó ella-, igualmente podría haberlo heredado de mí, ¿no crees?

Ben giró la cabeza para mirarla con una sonrisa divertida.

-Oh, en eso admito que tienes razón.

-No parece haberte inquietado demasiado la idea, o la sospecha...

-No podía, ni siquiera en ese momento, decirlo con todas las letras.

-Creo que quizá me hubiera inquietado si lo hubiera adivinado antes. Quiero decir, antes de que Judge hubiera nacido. Pero yo estaba en la cárcel entonces, y la cárcel era como un dolor de muelas. No puedes pensar en nada más. Sin embargo, debiste pasar un infierno.

-Estaba preocupada. Y recé mucho.

-Y luego tus plegarias fueron escuchadas.

-En el sentido de que no tuvo el síndrome de Bradley-Chambers, sí.

-Pero sabías que era una posibilidad.

Judith asintió.

-Y nunca consentiste en abortar.

-Desde luego que no.

-Eres -se maravilló Ben, meneando la cabeza- una hija sorprendente. Tras esas palabras Ben calló y Judith se recostó contra el asiento de piel, aliviada por haberse librado por fin del anzuelo. Devolvió su atención al paisaje de Willowville que surgía a través de la ventanilla del coche. La mitad al menos de los jardines particulares

estaba rodeada por vallas metálicas del tipo erigido alrededor del centro de detención, como si la casa del hombre en aquellos tiempos que corrían no fuera tanto su castillo como su mazmorra. Los céspedes se veían aún bien cuidados, y también se veían sistemas de aspersión automática en funcionamiento, un lujo que en Florida habían tenido que restringir años antes. En todo lo demás, era el Willowville que ella recordaba. Incluso el hecho de que las únicas personas que se veían fueran las que circulaban en coche era característico del Willowville de siempre.

Cuando aún estaban muy alejados del vecindario de William, situado en el extremo norte de Willowville, Ben disminuyó considerablemente la velocidad y se subió encima de la acera. Se deslizó hasta detenerse junto a un buzón de correos rojo, blanco y azul.

-Padre -se interesó ella-, ¿te encuentras bien? Ben sonrió del modo que solía hacerlo cuando estaba a punto de soltar un comentario sarcástico, pero no lo hizo.

-¿Podrías... ayudarme...? Quítame el... -Sus dedos hurgaban torpemente en el cierre del cinturón de seguridad.

Le ayudó a quitárselo y luego le aflojó la corbata.

-De repente ha empezado a ponerse todo obscuro -le explicó él, sin necesidad de que ella preguntara.

-¿Quieres que telefonee para pedir ayuda? -inquirió Judith. -Dame un par de minutos -respondió, negando con la cabeza-. Los hospitales mandan una ambulancia y ahora siempre llevan consigo a alguien de la ASP. Acabaríamos los dos en un centro de detención. O algo peor. Te pediría que condujeras tú, pero no creo que en realidad pueda salir del coche y caminar hasta tu lado. Estos malditos asientos de coches deportivos, ni siquiera puedo deslizarme por encima hasta el otro lado... Creo que lo mejor será que eche un sueñecito.

Reclinó la cabeza con dificultad sobre el reposacabezas, y cerró los ojos. Judith le sostuvo la mano derecha entre las suyas y contempló cómo se le escapaba lentamente la vida, como el sol hundiéndose por entre las ramas de los árboles en un horizonte lejano. Era el tipo de muerte por la que se reza: un divino brebaje, sin dolor, sin aviso, tan simple como cerrar la puerta. Lo envidió y se sintió bienaventurada.

72

Al morir Ben Wincklemeyer, la telaraña se estremeció. Los filamentos más cercanos al centro, sometidos ya a la tensión impuesta por la rotura anterior de su primer hilo entretejido, sufrieron los efectos con mayor fuerza.

Los olmos de la calle Calumet y de Brosner Park, sobre los que Billy Michaels había ejercido largo tiempo atrás el poder del caduceo, sintieron una súbita y enfermiza incapacidad en el blando núcleo de su líber y, a lo largo de toda la noche siguiente, a medida que la savia enferma se extendía por sus ramas y hojas, los olmos sucumbieron a la muerte diferida por el poder del caduceo. A la mañana siguiente sus hojas amarillas cubrían las calles y céspedes.

La señora Obstschmecker sintió un hormigueo en el cuero cabelludo cuando los cabellos obscuros y tiesos se formaron dentro de los folículos que habían permanecido en barbecho durante tanto tiempo. Mientras dormía, la mano derecha de la anciana reptó fuera del caparazón formado por las ropas de la cama para rascarse el erizado cuero cabelludo.

En su dormitorio del piso superior, Ned conoció una resurrección más dolorosa cuando su lengua, tanto tiempo inerte, se oprimió contra el paladar, hambrienta, no de comida, pues le prestaba tan poca atención al funcionamiento del aparato digestivo como al latir del corazón, sino de habla. Apretó la mandíbula, y se tensaron los músculos cigomáticos, estirando de la carne del labio superior. Luego todos los músculos se aflojaron, como los brazos de un levantador de pesas cuando se desploma sobre el estrado tras haber realizado su mayor esfuerzo.

En la habitación contigua su madre dormía, y también ella soñaba, con la lengua apretada contra el paladar, recordando una sed que no había conocido desde hacía muchos años; ansiando una sola gota de vino fresco, un solo sorbo de zumo de naranja mezclado con vodka, un largo y helado trago de cerveza, alcohol en cualquiera de sus formas, ¡barriles de alcohol! Sólo eso podría llenar el vacío creado por años de abstinencia. Se despertó y bajó a la cocina. Llenó un vaso con Coca-Cola light y luego, con los pies descalzos, salió al jardín de atrás, donde se habían dejado las tumbonas extendidas.

Se sentó en una de ellas y se maravilló al ver las hojas amarillas cayendo en el aire sin viento del mes de junio.

Muchas manzanas más allá, en Luckner Boulevard, en la cama 38 de la Henry Michaels Memorial Clinic, Roben Corning se miraba fascinado los dedos que se tensaban y relajaban, en completa obediencia a los dictados de su voluntad.

Roben había percibido más intensamente que los demás el estremecimiento que había traspasado la telaraña. Cuando Ben Wincklemeyer murió, sintió una sacudida de pánico provocada por la adrenalina, como si, siendo un niño de nuevo, hubiera oído gritar a su madre: «¡Bubby! ¡Bubby! ¡Ten cuidado!»

Y en el Pabellón 4-H del antiguo recinto ferial, William Michaels se palpaba la rígida zona abdominal. Había sensibilidad al contacto directo, pero no era aguda y, afortunadamente, no tenía descomprensión positiva. Otra de las pruebas para comprobar la sospecha de apendicitis consistía en que el paciente se tumbara sobre el lado izquierdo y distendiera el músculo psoas; pero William no podía intentar esa maniobra por sí solo.

-¡Eh, el de la litera de arriba! ¿Qué hora es? -susurró una voz en la obscuridad. Cuando sintió una protuberancia a través del delgado colchón de la litera, se dio cuenta de que la pregunta iba dirigida a él.

-No lo sé -replicó-. No tengo reloj. Me lo robaron.

-Hay un reloj sobre la entrada principal. Si te sientas podrás verlo.

El esfuerzo de doblarse por la cintura le produjo un instante de exquisito dolor. Respiró entrecortadamente y tuvo el reflejo de agarrarse

al tosco borde de la mampara de madera. Se le clavó una astilla en el pulgar. Sintió el calor de la rabia extendiéndose por todo su cuerpo, como si hubiera abierto la puerta de un horno. Mientras la puerta permaneció abierta no fue capaz de concentrar la mente en nada, tan sólo en esa rabia desnuda que borraba todo lo demás. Cada nueva molestia, cada pequeño recordatorio de su desamparo y dolor desataban una nueva oleada de furia.

Había sido exactamente igual cuando le habían hecho despojarse de la ropa manchada aquella tarde, en la tienda levantada justo al lado de la entrada al recinto ferial. Los trabajadores de la ASP, tras sus mamparas de plexiglás, no habían prestado la menor atención a las protestas de los detenidos recién llegados. Cumplieron su tarea de aceptar, etiquetar y meter en cajas las ropas y entregar los blancos uniformes de algodón de hospital con una indiferencia tranquila, tanto más enloquecedora ante la angustia de las personas que hacían cola para recibirlos. Hacían su trabajo como cajeros de un supermercado, y la mayoría de los detenidos parecía aceptar la situación con una sumisa docilidad ovejuna. Sin duda sabían desde hacía tiempo que tenían el sidava, y habían previsto que los enviarían a un campo de cuarentena. Cuando William había protestado y había tratado de presentar su caso a la atención de alguien cualificado para estudiarlo, lo trataron con rutinaria brutalidad, como si no fuera más que otro detenido sobreexcitado y potencialmente peligroso que requiriera el sencillo remedio que los guardias de la ASP estaban siempre equipados para dispensar: los sedantes. Recordaba sólo vagamente que le habían desvestido a la fuerza y que le habían embutido uno de aquellos pijamas del campo, que no era de su medida y estaba tieso por el almidón. Más tarde, ya en el Pabellón 4-H, alguien le había dicho que la mayor parte del personal de la ASP del campo hablaba poco o nada el inglés, así que toda queja resultaba inútil. A los extranjeros ilegales les daban a elegir entre la deportación y un trabajo en los campos de cuarentena. La mayoría elegía la deportación. -¡Eh, idiota! ¿Qué maldita hora es? William examinó los perfiles en sombras del pabellón, el techo inclinado y las vigas al descubierto, los laberínticos zigzag de las mamparas que separaban los compartimentos, todos iluminados por una distante bombilla de cuarenta vatios. No pudo ver reloj alguno, así que dijo que eran las cuatro y veinticinco, lo que pareció contentar al hombre de la litera de debajo.

A las diez los guardias abrían la puerta principal y les entregaban vales de comida. A los que no les habían sido asignadas labores de limpieza se les permitía acceder libremente a la mayor parte de zonas del campo. El día anterior, atontado aún por el efecto del sedante, William había estado esperando horas para poder usar uno de los teléfonos a cobro revertido del Pabellón de los Pioneros, contemplando las placas con peces disecados sobre la pared de troncos y tentando con la punta de los dedos la zona sensible del abdomen. A cada persona se le permitía hacer una llamada, y si no había respuesta o se rechazaba el cobro revertido, tenía que volver al final de la cola y reanudar la larga espera. Había hecho tres llamadas: a Lisa (sólo había recibido respuesta

del contestador automático), a su línea privada de SDM (nadie cogió el teléfono) y, finalmente, incapaz de recordar el número particular de la señora Bright, al número de la centralita de SDM, donde la telefonista se había negado a aceptar el cargo de veinticinco centavos. En ese momento Pioneer Hall se cerraba, y William había tenido que volver al dormitorio del Pabellón 4-H antes de que fuera efectivo el toque de queda de las siete.

No podía creer que lo hubieran reducido a la nada absoluta, y que con todo el poder que él conocía no pudiera hacer algo tan sencillo como asegurarse la liberación del infierno en el que había caído. Todo aquel sistema era en cierto sentido creación suya. Así que la rabia que pudiera sentir era, en ese mismo sentido, su justa retribución. Pero eso no mejoraba las cosas.

En aquel momento lo único que le importaba era salvar la piel. Y no sabía cómo.

73

Según el reloj de la torre del ayuntamiento de los Jardines colgantes eran las cuatro y veinticinco, pero Judge no estaba seguro de si el reloj era preciso o meramente funcional. Desde que había llegado a Wyomia había aprendido que no debía confiar necesariamente en las apariencias, o creer en lo que la gente le decía. En la posada en la que se hospedaba, por ejemplo, había visto un gran jarrón con rosas en el vestíbulo, pero cuando había tecleado OLER ROSAS le habían olido a carne podrida. Judge había sido siempre un poco suspicaz con las flores, así que no le sorprendió. Pero probablemente había montones de cosas en Wyomia igualmente falsas y engañosas que había tomado por lo que parecían. Como el hermano Orson no cesaba de señalar, la boca del hombre malvado está llena de mentiras y fraudes. Acecha en los callejones de las ciudades y asesina a inocentes en lugares recónditos.

Judge, por tanto, sabía que debía vigilar sus pasos o acabaría igual que los cadáveres colgantes de los árboles de los Jardines colgantes, algunos de los cuales se hallaban aún vivos y retorciéndose de dolor, aunque la mayoría estaban muertos y corrompiéndose. Algunas veces eran las cosas más sencillas las que podían confundirle. Podía olvidarse de comer durante unas cuantas horas y luego desmayarse de hambre. O estar sin dormir demasiado tiempo y quedarse grogui y descuidado. Y no sólo en el tiempo de juego, sino en el tiempo real. Wyomia era como una de esas drogas sobre las que hablaban en las clases de educación física, del tipo semejante al crack que se apodera de tu vida entera y te hace olvidar todo lo demás. En aquel momento, cuarenta y ocho horas después de que se hubiera abierto camino hacia el programa (había encontrado el disquete en un archivo cerrado de backups, en el cajón superior del escritorio de William), la frontera entre el tiempo de juego y el tiempo real se había vuelto tan borrosa que había tenido que poner en marcha el cronómetro interno para que sonara en intervalos de cuatro horas, de modo que recordara ir al lavabo y a la cocina a calentar una pizza o una lata de sopa en el microondas. También se

había echado un par de largas siestas en el sofá, allí, en el estudio de su padre; pero durante ese tiempo había dejado encendida la pantalla por miedo a que el comando GUARDAR accionara una trampa explosiva y tuviera que empezar desde el principio cuando volviera a poner en marcha el ordenador.

Wyomia era un lugar aterrador, un país en el que había más cementerios que ciudades, y esas ciudades estaban desiertas en su mayor parte o habitadas por demonios, brujas y otros secuaces del mal. Los muertos hacían la mayor parte del trabajo, aunque no se podía distinguir si estaban muertos a simple vista. Se necesitaban unas gafas especiales que se encontraban sólo allí, en los Jardines colgantes. (Lo había averiguado hablando con un cuervo llamado Karn, el cual le había explicado que una vez tuviera los Anteojos de la Visión Verdadera, comprendería el significado oculto de todo lo que le rodeaba, pues lo que tenía a su alrededor era el alma de William Michaels encantada dentro de un paisaje.) Explorar los simulados alrededores de Wyomia era mejor que leer el diario de su padre. Era como caminar dentro de sus sueños. Pero para conocer el significado de esos sueños necesitaba las gafas.

Y allí, doblando la esquina del ayuntamiento, en una calle de sórdidas tiendas, había una óptica con un par de gigantescos anteojos colgando sobre la puerta como muestra. En la puerta había una placa de bronce con el nombre del óptico, doctor Neudista. Judge llamó. La puerta se abrió. Entró.

-Hola -saludó el doctor Neudista-. ¿En qué puedo ayudarle?

Era un hombre mayor, de baja estatura, calvo, con un color de piel semejante al de los cirios, y los labios tan rojos como mermelada de fresas.

-PIDO ANTEOJOS PARA LA VERDADERA VISIÓN -tecleó Judge.

-¿Quiere la montura metálica o de plástico?

-¿CUÁNTO VALEN ÉSTOS? -preguntó, utilizando el ratón para señalar un par de gafas colocadas sobre un busto, encima del mostrador.

Cuando el óptico se dio la vuelta para ver las gafas que había señalado, Judge sacó una navaja de afeitar de la cartera que había ido transportando por todo Wyomia. Estaba llena de una mezcla de aparatos médicos que había adquirido mientras jugaba: cuchillos, escalpelos, fórceps, pinzas, cuerda, cola, sopletes, antibióticos y placebos.

-MATA AL DOCTOR NEUDISTA -tecleó.

-Oh, yo no haría eso -dijo el doctor Neudista, sin volverse-. Mátame, y no sabrás nunca lo que significa todo esto. Mi nombre es un juego de palabras sobre eso precisamente, ¿no te habías dado cuenta? Hermán Neudista.*

-Eres nudista, ¿es eso lo que quieres decir?

---

* Por hermenéutica. *(N. de la T.)*

-Sólo cuando me quito la ropa. Toma. -Le tendió las gafas que mostraba el busto, y sostuvo un espejo frente a él-. Mira el aspecto que tienes con éstas.

Judge clavó la vista en el espejo con espanto. Se había convertido en un demonio con pequeños cuernos puntiagudos, y su rostro entero tenía el obscuro y escamoso color rojo de un viejo tatuaje. Levantó las gafas por encima de la nariz y vio su cara habitual en el espejo, pero cuando volvió a ponérselas se convirtió en un demonio rojo de nuevo.

Lo que más espantoso le resultó, cuando dejó de mirar al espejo, fue que la cara del viejo óptico se había convertido en la del hermano Orson. Y tenía cuernos como Judge, su piel era roja y se había desnudado completamente.

-Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en reconocerme -dijo el hermano Orson, con una risita ahogada.

-¿Cómo puede ser que estés aquí, en Wyomia?

-¿Por qué no en Wyomia? ¿Acaso crees que tu padre posee el país entero? No, es tan tuyo como suyo. ¿Recuerdas cuando eras sólo un niño que apenas andaba y llevaba babero con dibujos de los Pitufos? William iba entonces a Florida a hacerte largas visitas durante el verano, y cuando tenía oportunidad, en primavera, y llevaba el ordenador consigo. En lugar de contarte cuentos, te los enseñaba en la pantalla del ordenador. Esa fue la primera vez que conociste Wyomia. Y por eso ahora todo te parece tan familiar. Has estado antes aquí, muchas veces.

-¿Y tú también estabas aquí?

-En una forma u otra, sí. ¿No te acuerdas?

-Recuerdo una manzana sobre la hierba.

-¿Cómo ésta?-El hermano Orson sostuvo en alto una manzana perfecta, de un color rojo uniforme y sin manchas.

-Era una manzana envenenada. Y tú la partiste en dos con las uñas.

El hermano Orson recorrió la piel de la manzana con una larga uña, y ésta se dividió en dos para descubrir una pulpa podrida rebosando partículas negras.

-Contempla las legiones que sirven a Hermán -siseó-. ¡Contempla un millar de bichos microscópicos!

Judge fijó los ojos entrecerrados en las manchas negras de la manzana, y vio que estaban formadas por un ejército de insectos infinitesimalmente minúsculos, infinitamente malvados.

-Lo que tenemos aquí es un gen mutante -explicó el hermano Orson. O más bien, lo recitó, puesto que su explicación tomó la forma de un verso rimado:

Tan pequeño a través de las pantallas se desliza.
Tocado por él, tus jugos vitales
se pudren en la enfermedad, el dolor, una soga corrediza
de variadas y de lenta estrangulación enfermedades,
una plaga que casi siempre mata.
Todo lo que en mi maldición está englobado

hasta que yo la invierta.

Al principio Judge no prestó demasiada atención a las palabras del hermano Orson, por un arraigado recelo a todo lo que sonara a poesía. La poesía era una forma de propaganda del humanismo profano que le habían inculcado a la fuerza en la escuela, y más odiosa que cualquier otra forma, pues se fijaba en la mente como los anuncios de la televisión. Pero entonces Judge se dio cuenta de lo que querían decir las palabras.

-Eso suena al sidava -le comentó al hermano Orson.

-Ciertamente. Y estas pequeñas criaturas son sus semillas.

Los insectos emitieron un sonido chirriante, como mostrando su aprobación.

-El término bicho no es demasiado exacto. Hablando con propiedad son micoplasmas, los más pequeños y sencillos organismos vivientes.

-Aja -replicó Judge. Su aversión a la jerga científica era más pronunciada aún que su odio a la poesía. Una de las cosas que le gustaban del hermano Orson era que nunca le hacía sentir a uno como si estuviera en la escuela escuchando una clase. Hasta ese momento.

-¿No te interesa? -preguntó el hermano Orson, leyéndole el pensamiento.

-No soy demasiado bueno en ciencias.

-¿Pero no sientes curiosidad por saber el secreto del éxito de tu padre? -Supongo, pero no veo qué tiene que ver con estos microplásticos. -Largo tiempo atrás, cuando el hombre blanco se hizo cargo de América, descubrió que podía matar muchos más indios dándoles mantas que disparando contra ellos, si las mantas estaban infectadas de gérmenes del sarampión, para los que los indios no tenían un sistema inmunológico natural. Así exterminaron a naciones enteras.

-Aja -musitó Judge, que detestaba la historia probablemente más que cualquier otra de las asignaturas obligatorias. Los profesores de historia trataban siempre de que te sintieras culpable por algo: la esclavitud, o la época en la que las mujeres no podían votar, o el contagio del sarampión a los indios.

Pero luego, de nuevo, empezó a comprender a dónde quería llegar el hermano Orson.

-¿Quieres decir que William hizo algo parecido con el sidava?

-Nadie ha llegado a comprender nunca la etiología de las infecciones asociadas con el Mycoplasma icognitus. Puede afectar a muchos tejidos. No puede aislarse en las muestras de sangre. La prueba del sidava se realiza más bien para detectar los efectos secundarios de la infección en sus etapas terminales.

Ahora sonaba como un conferenciante de la Sanidad Pública en una asamblea escolar, en la que todos los oyentes tenían que recitar lo que las siglas sidava significaban: Síndrome de Inmunodeficiencia Aguda Vectorial Aleatoria. Como si creyeran que las palabras tienen una especie de encantamiento en ellas que evitara caer enfermo. Pero Judge sabía que el sidava era el juicio de Dios sobre el pecado, puro y simple, la espada en su mano derecha.

-Hay armas más poderosas que la espada.

Judge miró con desasosiego por encima de su hombro a los útiles de la chimenea que hacían guardia junto al hogar.

-Supongo que te refieres a la pluma -dijo evasivamente.

-No, a la pluma no. Ni tampoco al atizador de la chimenea. Me refiero al caduceo. ¿Sabes lo que es?

-Claro, es esa cosa retorcida que hay sobre la puerta de entrada a SDM.

-Tu padre tiene un caduceo.

-Aja.

-Todo lo que ha conseguido como médico ha sido a través del poder del caduceo. Fue usando el caduceo que creó el sidava. También fue la fuente de tu propia e inmerecida buena salud, y la de toda tu familia: tus hermanos, tu madre, la vieja señora Obstschmecker, y todo aquél a quien tu padre decidió beneficiar.

-¿Cómo es que yo nunca lo he visto?

-Lo mantiene en secreto. ¿No lo harías tú también?

-Quieres decir oculto.

-Oculto a la mayoría de miradas... pero con los Anteojos de la Visión Verdadera...

Sonó un timbre.

-Perdóname un momento -dijo el hermano Orson, y desapareció por la puerta del fondo de la tienda.

Tan pronto como se fue, Judge se dio cuenta de que la cabeza que había sobre el mostrador era la de Lisa. Todavía tenía sangre rezumando a través de los cabellos, justo donde la había golpeado con el puntiagudo gancho del atizador. Lisa le echó una mirada siniestra.

-Siempre pensé que eras una pequeña y repugnante mierda.

-Ya, bueno, tampoco tú me gustabas demasiado.

El timbre volvió a sonar.

-Esta vez no es el teléfono, ¿sabes? -le advirtió la cabeza cortada de Lisa-. Es alguien llamando a la puerta, imbécil fanático e intolerante.

-Aja -replicó Judge, aún sin darse cuenta de lo que ella le estaba diciendo, puesto que había vuelto su atención al verdadero cadáver que yacía sobre el sofá de piel, a un lado de la chimenea. Comprendió que más tarde o más temprano tendría que solucionar el problema que representaba. Llegaba un punto en que los cadáveres olían mal y a llenarse de gusanos. También tendría que limpiar la sangre, aunque no estaba seguro de que hubiera un modo de quitar las manchas de la alfombra.

Mejor sería que empezara enseguida, decidió. Con reticencia tecleó GUARDAR, y la imagen de la cabeza cortada sobre el mostrador de la tienda del doctor Neudista disminuyó progresivamente hasta convertirse en un punto blanco y desapareció, exactamente lo que deseaba que ocurriera con el cuerpo del sofá. Pero el cadáver de Lisa estaba allí en el tiempo real y también la persona que llamaba a la puerta principal y que no cejaba en su empeño.

Judith casi había desesperado de que alguien acudiera a su llamada, y estaba pensando sencillamente en marcharse y dejar atrás sus problemas (dejando el cuerpo en el coche, volviendo a la estación de autobuses y tomando el autobús de regreso a Florida). Pero finalmente, tras lo que debían haber sido diez minutos de llamar, Judge acudió a la puerta.

-Oh, eres tú -exclamó él, asomando la cabeza recelosamente a través de la rendija de dos centímetros que permitía la cadena-. Me preguntaba cuándo te presentarías por aquí.

-He estado diez minutos llamando a la puerta.

-Lo siento, tenía puestos los auriculares. Un momento. -Cerró la puerta, quitó la cadena y abrió sólo un poco más, impidiendo aún la entrada.

A pesar del resto de cosas por las que debía angustiarse, la primera imagen de Judge supuso un fuerte choque emocional para ella. Se había convertido en uno de esos rostros que atraen al fotógrafo más morboso, un rostro que se identifica a primera vista como el de un demente o, al menos, el de un perturbado. Y luego, tras la estela de esa angustia, la culpa. La culpa de saber que ella debía ser responsable en cierta manera de lo que veía. Era su hijo. Sus palabras, su manera de cocinar, sus cambios de humor y continua presencia habían sido el punzón que había formado su carácter y moldeado su rostro.

El mismo nombre que había elegido para sí mismo, Judge, parecía apuntar a la misma moraleja. Cada niño es el juicio más auténtico del tiempo sobre sus padres, pero ya de niño, Judge parecía recrearse en el juicio que representaba.

Y ella se había negado siempre a creer que Judge era exactamente lo que ella se merecía.

-¿Estás bien? ¿Por qué está Ben sentado en el coche solo? -Porque está muerto. Ha muerto mientras conducía viniendo hacia aquí.

-No me digas.

Había algo casi budista en su falta de afecto, algo que uno podía llegar a envidiar más que compadecer. Pero, claro, tampoco ella se mostraba demasiado apenada. Nada calma más los nervios y restañe las heridas como la necesidad de aguantar. Había tenido que conducir a lo largo y ancho de Willowville con Ben sujeto aún al asiento del conductor, como una muñeca. Se había detenido en cada semáforo y señal de stop (apenas llegaba al freno con el pie), escudriñando las calles transversales en cada cruce, sin tener ni idea de qué camino seguir para llegar a la casa de William (en el pasado siempre había sido una visitante pasiva, a la que sus anfitriones llevaba de un lado a otro), convencida cada vez que la cabeza de Ben caía sobre el pecho de que un transeúnte se daría cuenta y llamaría a la Autoridad de la Sanidad Pública. Devolvía la cabeza a su sitio cogiéndola por un mechón de los cabellos, y continuaba dirigiendo el volante con la mano derecha. Y nadie había notado nada, porque no había transeúntes, sólo conductores de otros coches.

-¿Se ha muerto en el asiento del conductor? ¿Entonces, cómo has llegado hasta aquí?

-Lo siento, no puedo explicártelo ahora. ¿Está William en casa?

-No, estoy solo. Lisa envió a los niños y a su niñera en avión a ver a sus parientes del Este. Luego se marchó en un vuelo posterior. Pero no sé a dónde ha ido William. Ya hace varios días que no ha venido a casa. Algunas veces se queda en SDM o en casa de Madge en St. Paul. Así que no me he preocupado.

Judge tenía esa mirada taimada que brillaba siempre cuando mentía, pero Judith sabía muy bien que era mejor no enfrentarse abiertamente con él.

-¿Qué piensas hacer con...? -Judge señaló discretamente con la cabeza en dirección al cadáver de Ben-. ¿No hay que llamar al número de Sanidad Pública siempre que alguien muere?

-A Ben acababan de soltarlo de un centro de detención de la ASP. Es muy probable que nos pongan a ambos en cuarentena si cumplimos las reglas e informamos de su muerte. Así que sugiero que abras la puerta del garaje, y yo meteré el coche. Después, cuando vuelva a casa, William sabrá qué pasos dar. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

-No, si no está donde te he dicho antes, en SDM o en casa de Madge.

-¿Cuándo fue la última vez que estuvo en casa?

-El lunes por la noche fue cuando no vino a cenar. Desde entonces.

-¿Y Lisa se marchó?

-Al día siguiente.

-¿Has estado solo aquí desde entonces?

-¿Adonde voy a ir con esta maldita cosa en el tobillo? -Tiró de la ropa de sus téjanos, levantando la raída pernera lo suficiente como para mostrar el bulto de la banda de libertad condicional bajo el calcetín-. En cualquier caso no estoy solo. Puedo hablar con el hermano Orson siempre que lo necesito, y Dios está siempre conmigo. Él es mi escudo, fuerza de mi salud, y mi baluarte.

Judith estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas, no tanto por sus absurdas palabras, sino por su propia estupidez al haber realizado un viaje tan largo con la esperanza de tener algún efecto sobre él. En ese breve instante supo, recordó, que él no escucharía nada de lo que ella pudiera decirle. Saberlo fue extrañamente liberador.

-¿Algo divertido? -preguntó, con su suspicacia habitual, al ser mirado con mala cara.

-La situación, el que estemos aquí de pie, charlando, mientras un cadáver espera a que nos deshagamos de él. Es un poco macabro, ¿tío crees?

-Aja. Bueno, abriré el garaje. ¿Puedes conducir el coche?

-Eso es lo que he estado haciendo la mayor parte de la tarde.

Volvió al coche y realizó las maniobras necesarias para meter el automóvil en el espacio central del garaje, junto al Volvo de Lisa.

Judith giró la llave de contacto para apagar el motor mientras la puerta del garaje se cerraba ruidosamente. Colocó de nuevo la cabeza

de su padre contra el reposacabezas y trató, sin ejercer demasiada presión, de cerrarle los párpados.

-A ver -dijo Judge, metiendo la mano por la ventanilla bajada del coche-, déjame a mí.

Ella apartó la vista, y cuando volvió a mirar Ben parecía descansar.

-¿Quieres dejarlo aquí -inquirió Judge-, o qué?

-Creo que sí, por ahora.

Judith siguió a Judge a lo largo de un pasillo del que colgaban los brillantes e inocentes grabados y acuarelas de Lisa: flores en primeros planos y paisajes rudimentarios que querían ser Matisses, pero acababan pareciendo postales y portadas de discos de música ligera. A Judith le alegraba que Lisa, con su temprana partida, hubiera evitado que tuvieran que mostrarse corteses la una con la otra.

Cuando entraron en el comedor, el olor que había sido tan sólo levemente empalagoso en el pasillo se convirtió en una auténtica peste.

-¡Dios mío! ¿Qué rábanos...?

-Supongo que debería haber tirado todas esas flores.

Había jarrones con rosas muertas en todos los lugares donde había una superficie lisa para colocarlos, arbustos enteros sacados de sus lechos y marchitándose desmayadamente en la penumbra creada por la cortina de la habitación. La alfombra estaba cubierta de pétalos.

-¿Son las rosas lo que huele tan mal? -se asombró Judith.

-Cuando hay tantas como aquí, pueden llegar a oler bastante mal.

-Más bien huele como si algo se hubiera estropeado en la nevera.

-Puedes ir a comprobarlo tú misma si te apetece. El caso es que un olor va creciendo gradualmente y no te das cuenta, si siempre estás donde está el olor. Los visitantes del reformatorio de Starke solían quejarse de que todos olíamos mal, pero nosotros no lo percibíamos. ¿No llevas maleta?

-La he dejado en la estación.

-Pensaba que podías haberla dejado en el hotel.

-No me alojo en un hotel, John -respondió ella, con firmeza-. Me alojo aquí.

Judge frunció el entrecejo.

-Lisa no me había dicho nada.

-Supongo que lo dio por supuesto.

-¡Y no me llames John! En el bautismo del Evangelio mi nombre es Judge.

-Lo sé -contestó ella-. Una de las últimas cosas sobre las que ha hablado tu abuelo ha sido que eras muy susceptible con respecto a tu nombre.

-¡No soy susceptible!

En esa ocasión no pudo evitarlo, aunque apretó los labios y bajó la vista a la alfombra cubierta de pétalos. La risa brotó desde dentro como el champán burbujeante salía de la botella desde el momento en que se quitaba el tapón. Y no fue un resoplido o una risita ahogada, sino francas carcajadas.

Por supuesto, Judge hervía de indignación, y eso resultaba aún más divertido. La miró furiosamente mientras ella seguía riendo, pero,

al final, vencido, se dio media vuelta y la dejó sola en el comedor con las flores podridas. Se oyó el sonido de fuertes pasos reprobadores subiendo las escaleras, y luego un portazo.

Judith dejó de reír de inmediato.

Pareció entonces que alguien hubiese entrado en la habitación en ese momento, y no que alguien se hubiera marchado. Era su pena, y tan pronto como la hubo reconocido, le dio la bienvenida con las primeras lágrimas que derramaba desde que Ben había muerto.

75

Finalmente, después de pasar todo un día tratando de contactar con los canales oficiales, William había conseguido que alguien lo escuchara: un adolescente negro llamado Larry que vivía en el campo desde hacía un año y que estaba lo suficientemente bien relacionado con su clandestina jerarquía como para poder enviar un mensaje a una mujer llamada Lorine, quien, según Larry, podría llevar a William a escondidas a la antigua zona de Midway, donde estaban situadas las oficinas de la ASP y los alojamientos cuartelarios. Desde allí, William podría llamar a cualquier parte de Twin Cities, y si era quien afirmaba ser, podría ponerse en contacto con alguien que respondiera por él.

Lorine apareció a la tres y media. Era una mujer rubia y achaparrada que debía tener al menos diez años más de lo que aparentaba, pero llevaba aún el uniforme tradicional de la rebelión adolescente: una chaqueta de cuero, téjanos y montones de bisutería. Fumaba sin cesar, y chupaba los cigarrillos como si estuviera luchando por conseguir un soplo de aire de una mascarilla defectuosa.

William volvió a contar su historia. Lorine escuchó con selectiva indiferencia. Parecía no tener interés alguno en cómo lo habían drogado para llevarlo al campo, o en si tenía o no el sidava. No se necesitaban conocimientos médicos para ver que ella sí lo padecía. Sus dedos temblaban reveladoramente cada vez que se llevaba un cigarrillo a los labios. Le brotaban lágrimas involuntariamente por el rabillo de los ojos, y trazaban líneas al mezclarse con el rímel sobre las mejillas. Y el olor acre de la enfermedad surgía de ella como de un animal enjaulado en el zoo. Ni siquiera el olor a cigarrillos Salem podía enmascararlo. Pero, curiosamente, en Lorine esos indicios de la muerte inminente parecían ser menos síntomas de enfermedad que muestras de desafío, como la chaqueta de cuero y la neblina creada por el humo de su cigarrillo.

Lorine se interesaba fundamentalmente en una sola cosa: cuánto dinero podría pagarle William por su liberación.

-En efectivo -puntualizó-. Por razones obvias... -Tuvo un breve acceso de tos, se recobró, se enjugó las lágrimas y echó una calada-. Tiene que ser en efectivo. El oro también vale. No las joyas sino ese oro que tiene aspecto de barra de chocolate.

-Tengo dinero en varias cuentas bancarias. ¿Si hago un cheque a cobrar en efectivo...?

-Ya, ¿y quién va a ir a cobrarlo? Ése es el problema. ¿Comprendes? ¿Cómo podemos confiar en que no nos denunciarás cuando estés fuera? -Si hiciera eso correría el riesgo de que me volvieran a enviar aquí. -Quizá sí, quizá no. Si eres el pez gordo que dices que eres, y si no das positivo, una vez estás fuera, estás fuera. Y tan pronto como estés fuera te olvidarás de los motivos por los que tenías que mostrarte agradecido conmigo y con mis amigos. Ésa parece ser la naturaleza humana. -Echó una profunda calada e hizo una mueca a modo filosófico.

-Si quieres dinero, puedo conseguírtelo. Tengo una reserva de dinero en efectivo en mi caja fuerte. Si consigo hablar con alguien por teléfono les puedo explicar cómo abrirla.

-Ahora te escucho. ¿Cuánto crees que hay en la caja fuerte?

-Diez mil, quizá más.

-Tendrás que conseguir algo más si quieres documentos de salida, pero eso bastará para poner las ruedas en movimiento. No, no me lo digas, tengo telepatía, ibas a decir, «¡eso es chantaje!»

-No, más bien el rescate por un secuestro -replicó William, tratando de imitar su tono de superioridad. Ella asintió aprobatoriamente.

-Cierto. Ésta es tu crisis personal de los rehenes. O sea, puesto que ya estamos de acuerdo, vamos al remolque.

Lorine lo condujo a través de un camino zigzagueante por el terreno ferial, deteniéndose de tanto en tanto para conferenciar con otras figuras de la autoridad oficiosa: el matón que había junto a un enorme tiovivo (que se había convertido en un lugar de distribución de crack, según explicó alguien que hacía cola con William el día anterior, en el Pabellón de los Pioneros), y una mujer vieja que vendía libros y revistas usados en un antiguo barracón de tiro al blanco.

Las aceras estaban abarrotadas de gente, vestida en su mayor parte con los pijamas del campo. Pocos iban a algún sitio. Se quedaban de pie formando grupos, o se sentaban a lo largo del bordillo. Unos pocos hablaban, la mayoría estaban callados, y todos tenían un aire de agraviada resignación, como si hubieran estado esperando durante horas para ver un desfile que no aparecería nunca. A intervalos pasaba lentamente uno de los vehículos de patrulla, verde y blanco, de la ASP, como un coche de policía atravesando un barrio de un alto índice de criminalidad.

-Bien, Larry dice que eres una especie de médico.

-Dirijo una organización investigadora -contestó William, asintiendo.

-¿Y qué investiga exactamente?

-Varios aspectos de la respuesta inmunológica.

Oír la risa entre jadeos y sin resuello de Lorine fue como mirar una radiografía de sus deteriorados pulmones.

-¿Quieres decir especializada en sidava?

-Alguien tiene que hacerlo, si se quiere encontrar una cura.

Lorine se detuvo frente un barracón de feria tapiado y lo contempló con ojos entrecerrados a través de las volutas del humo de su cigarrillo.

-¿Cómo has dicho que te llamabas?

-Michaels.

-William Michaels..., ¿el tipo de las noticias?

-De vez en cuando.

-¿Tú eres el tipo que tiene ese proyecto para convertir todo un condado, más al norte, en otro campo como éste? -No esperó a oír la confirmación a sus palabras-. Mierda -dijo, dejando caer el cigarrillo al suelo y triturándolo con el pie. Lo miró con franco y regocijado aire calculador.

William sintió crecer su confianza. Ahora que le habían reconocido, realmente sería sólo cuestión de tiempo que lo liberaran. El importe del rescate exigido le era indiferente.

Lorine desplegó una súbita urgencia, y se apresuraron por el camino central sin más paradas a los lados hasta que entraron por una puerta lateral en la que los guardias apostados no llevaban uniformes verdes de la ASP. El remolque al que se dirigían estaba situado tras la noria principal, que seguía aún en servicio como entretenimiento para el personal de la ASP por su valor propagandístico. Desde la distancia, la visión de la noria dando vueltas daba a la feria un aire de alegre normalidad. Servia al mismo propósito, aunque a una escala mucho mayor, que el ramo de flores junto a la cabecera de un enfermo.

El remolque estaba amueblado parcamente con un par de escritorios y unas pocas sillas de oficina. Suministros de licores, chocolate y cigarrillos (la moneda oficiosa del campo) estaban expuestos en armarios con puertas de tela metálica cerradas con candados.

Lorine abrió uno de los armarios, sacó un teléfono y lo conectó en un enchufe de la pared.

-Bueno, dime, ¿qué número marco?

Primero le dio el número de Ben, y cuando no contestó nadie allí, su número en SDM. Cuando contestó la secretaria de Ben, Lorine se negó a renunciar al control del teléfono.

-Todo lo que podía decirme -resumió, después de colgar- era que no estaba y que no sabía cuándo iba a estar. Así que, ¿a quién llamo ahora?

Le dio el número general de SDM y le explicó que intentara que le pusieran en contacto con la directora administrativa, Valerie Bright. Después de haber pasado por varias extensiones, Lorine colgó.

-Lo mismo que con el tipo ese, Winckelberger: no está y nadie sabe dónde está ni cuándo volverá. Strike* dos.

No le quedaba más solución que darle el número de su casa a Lorine. No quería involucrar a su mujer en sus problemas si podía evitarlo. A Lisa no se le daban demasiado bien las dificultades inesperadas. Tampoco quería darle la combinación de su caja fuerte. Ella ni siquiera sabía que tenía un caja fuerte en su despacho.

William estaba ya pensando en quién iba a llamar después, cuando alguien contestó el teléfono tras dos señales de llamada.

-Hola -dijo Lorine-. ¿La señora de William Michaels? -Y luego, tras una pausa-: Bien, ¿está la señora Michaels? Quisiera hablar con ella. -

* Bola lanzada en béisbol que se cuenta en contra del bateador por haber sido fallada. Tres strikes suponen la eliminación del bateador. *(N. de la T.)*

Después, tras una pausa más larga, en un tono de exasperación-: Mierda. Ha colgado.

-Pero había alguien -insistió William.

-Una mujer. Tenía el mismo apellido que la primera persona a la que me has hecho llamar.

-Wincklemeyer. Judith Wincklemeyer.

-Eso.

-Judith no colgaría de esa manera, no es su estilo.

Lorine resopló con mofa y metió la mano en el bolsillo con cremallera de su chaqueta en busca de su paquete de Salem.

-Te sorprendería comprobar cuánta gente cuelga el teléfono cuando les dicen de dónde procede la llamada. Tengo un hermano en Edina. ¿Crees que le hace feliz que le llame? ¿Crees que si le pido que me deje hablar con una de mis sobrinas, están alguna vez en casa? Una vez te meten aquí dentro, la gente de fuera te considera muerto. Y no les gusta que los visiten los fantasmas, ni siquiera por teléfono. Bienvenido al infierno, doctor William.

-Pero Judith no sabía quién llamaba. Déjame usar el teléfono. Estoy seguro de que a mí no me colgará.

-Sírvete tú mismo -contestó ella, tras encender un cigarrillo.

Notar el plástico beige del auricular en la mano fue como agarrarse a una cuerda de salvamento en el mar. Sólo tenía que marcar los siete dígitos correctos y, cual ganador de la lotería, se habrían terminado todos sus problemas.

Marcó el número de su casa y Judith contestó de inmediato con un interrogativo «¿Hola?».

-Judith? Judith, soy William. Por favor, no cuelgues otra vez, es muy importante.

-¡William! Yo no he colgado, se ha cortado la línea. ¿Dónde estás? Ben me dijo que os detuvo la ASP.

-Ahí es donde estoy ahora, en el recinto de la feria. Ha sido una pesadilla, pero no puedo explicártelo ahora. ¿Está Lisa en casa?

-Lisa se había ido ya cuando he llegado.

-¿Ido a dónde?

-A visitar a su hermano a Berkshires. Se fue el martes, con los niños y la canguro. Estoy sola aquí con Judge. William, ¿te encuentras bien?

La pregunta pareció actuar como un golpe de karate dirigido justo a la raíz de su dolor. Se extendió llameante por todo su sistema nervioso como magnesio, como un estallido de pura agonía que borró todo lo demás.

Lorine le arrebató el teléfono de los dedos con la misma entrenada indiferencia de una enfermera para quien el dolor de otra persona es sólo un síntoma a tratar, como la fiebre o la incontinencia.

-Hola, ¿señorita Winckelberger? -dijo al auricular-. Su amigo sufre un indisposición pasajera. El motivo por el que la ha llamado es que quería que alguien ahí abra su caja fuerte y saque el dinero. Y luego lo lleve a..., aún no se ha decidido dónde. Así que, si puede coger el dinero

y esperar a que llamemos de nuevo más tarde..., ¿cree que podría hacerlo?

William no oyó la respuesta de Judith, pero pareció satisfacer a Lorine.

-¿Cuál es la combinación de la caja? -le preguntó Lorine.

No pudo responder enseguida. El shock producido por el dolor y el miedo a que volviera le hacían difícil pensar en cualquier otra cosa.

-¿Doctor Williams? -insistió ella, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en meras hendiduras.

Cuando le hubo dado la combinación de la caja fuerte sintió una extraña y humillante impotencia.

-Tu amiga quiere saber dónde está la caja fuerte.

-En la pared a la derecha de mi escritorio. Detrás de mi título de médico.

Lorine le transmitió la información a Judith con un comentario de su propia cosecha.

-Dice que está en el primer lugar en el que miraría cualquiera, detrás del título que hay en la pared de su despacho. Quizás haya incluso una flecha para señalar el lugar y un letrero que diga: «Caja fuerte aquí.» -Tras un silencio, añadió para sí-: No puedo creerlo. -Y luego, mirando a William-: Ha vuelto a colgar. ¿Crees que he dicho algo que pueda ofenderla?

Pero William no podía pensar nada en absoluto. Le había vuelto el dolor, no en toda su fuerza, sino tan sólo un dolor amortiguado, soportable si no aumentaba.

Lorine marcó el número de nuevo.

-Comunica -informó. Devolvió el auricular a su sitio-. Sólo por curiosidad, ¿conoce bien a esa Judith? Me refiero a que no es probable que coja el dinero y se largue, ¿no?

William sacudió la cabeza.

-Creo -respondió con mucha cautela-, que debería verme un médico.

-A ti y a mí, corazón -rió Lorine.

-Creo que puede ser urgente.

-¡Eh! No he sido yo quien ha colgado, ha sido tu amiga Judith.

-Si pudieras conseguir que alguien me llevara hasta el 1350 de la calle Calumet, aquí en St. Paul... No está a más de kilómetro y medio de la feria.

-¿Por qué? ¿Qué hay allí?

El caduceo estaba allí, en el lugar donde lo había ocultado aquella primera vez, bajo el material aislante del desván. Y no había dejado nunca de ser eficaz en el pasado. Si conseguía cogerlo se pondría bien, y el dolor se iría. Pero ¿cómo podía explicarle eso a semejante harpía vestida de cuero, esa supuesta adolescente que parecía mayor que Madge?

Todo lo que se le ocurrió fue:

-Mi madrastra vive allí. Es enfermera, ella... -Contuvo la respiración cuando otra llamarada de dolor barrió su sistema nervioso.

Lorine se inclinó hacia delante, con ojos escrutadores, atraída por los signos de su sufrimiento como una limadura de hierro por un campo magnético.

-Eh, no estás tirándote el moco, ¿verdad? Tienes alguna cosa.

-Por favor -suplicó, con la abyección que llega cuando la esperanza se desvanece-. Llevadme al... 1350 de Calumet.

-Claro, bueno, seguiremos llamando. Pero mientras tanto, creo que necesitas un pequeño cambio de humor. Algo que aleje tu mente de tus problemas inmediatos.

Se dirigió al armario con puertas de rejilla metálica del que había sacado el teléfono, y volvió con una caja que contenía una aguja hipodérmica y varias ampollas de diversos tamaños. Preparó la inyección tan diestramente como cualquier enfermera diplomada, y encontró la vena que buscaba al segundo intento.

La morfina fluyó en el interior de William como las aguas del bautismo, arrasando el dolor y llenando toda obscuridad de una brillante luz blanca. Su cuerpo se convirtió en una pradera al amanecer, brillante por el rocío de una pura sensación indolora.

-¿Te sientes mejor? -inquirió Lorine. Su voz ronca parecía haber adquirido un timbre semejante al clarinete.

Él asintió.

Lorine le puso un dedo por debajo del mentón y le levantó la cabeza para poder mirarle directamente a los ojos. Por un momento, él creyó que quería besarlo, pero luego, reverentemente, volvió a llenar la jeringuilla con una nueva ampolla.

-Había una canción -señaló ella- en los sesenta... -Hizo una pausa cuando sintió el primer impulso de la droga, y agregó-: Ya no recuerdo la letra, pero solía pasarme el día escuchándola.

76

Era evidente para entonces que todo lo que había sucedido servía a un propósito: Judith había llegado justo cuando William había llamado, y había podido contestar y hablar con él. Judge estaba seguro de que, por grave que fuera el aprieto en el que William pudiera estar metido, nunca le hubiera dado a Judge la combinación de la caja fuerte, sabiendo que dentro no sólo había el montón de dinero que quería que Judith le llevara, sino también (¡alabado sea Dios!) el dispositivo de seguridad del sistema de arresto domiciliario de la Junta de Libertad Condicional. Había revuelto todo el despacho en busca de ese maldito dispositivo, hasta que había descubierto la caja fuerte y se había dado cuenta de que debía estar allí dentro.

Para entonces Lisa ya estaba muerta.

Sentía haber tenido que matarla, aunque en su momento había sentido una especie de satisfacción. No había sido una satisfacción carnal, sino el sentimiento que se tiene cuando la última pieza del rompecabezas se coloca en su lugar o se percibe el sonido que produce el cuchillo al golpear los casilleros de puntuación más elevada en una diana. No, lo sentía porque sabía que estaba hundido en la mierda

hasta el cuello, y no sabía cómo salir de ella. Si se alejaba del dispositivo de seguridad que había en la casa, la banda de la libertad condicional que llevaba alrededor del tobillo dispararía una alarma, y entonces lo cogerían y lo devolverían a casa. Y si se quitaba él mismo la banda con unas tenazas, la policía se presentaría en la casa antes de que se diera cuenta y encontraría el cuerpo de Lisa. Hiciera lo que hiciese parecía que iba a volver a la cárcel; así que se había limitado a sentarse y a concentrar su atención en explorar Wyomia, lo que había resultado ser exactamente lo que debía hacer.

¿Y ahora? ¿Seguía siendo lo que debía hacer? Wyomia era una mina de oro de información, en especial una vez había ganado los Anteojos de la Visión Verdadera. En algunos aspectos, o en la mayoría de ellos, Wyomia era un lugar más interesante que Willowville o Minneapolis o cualquier otro lugar real. No era como ver una película en un televisor, era como el mundo que se aproximaba, el mundo de los últimos días prometido por los Evangelios y por el hermano Orson.

Y él estaba allí, más vividamente incluso que cuando Judge había conectado con él a través de su número de teléfono 900. La gente estaba siempre tratando de negar al hermano Orson, afirmando que no era más que una ilusión de interactividad creada por ordenador. Pero nada podía justificar lo que Judge había visto y oído en los últimos días. Le hubiera gustado poder encender el ordenador de inmediato otra vez, pero primero tenía que ocuparse de los cuerpos. En especial del de Lisa, que olía ya. Una de las ventajas de vivir en los últimos días era saber que tu propia carne no se corrompería nunca. Pasaría por el Éxtasis y se volvería incorrupta.

Judge liberó los bordes de una alfombrilla oriental de las patas del sofá que la retenían sobre la alfombra mayor. Colocó el cuerpo de Lisa sobre un extremo de la alfombrilla, y la enrolló hasta formar un bulto bastante manejable. Ató el bulto para que se mantuviera enrollado con tres corbatas de reps que sacó del armario del vestidor de William. Cuando hubo terminado y arrastrado el bulto hasta el pasillo, los cabellos de Lisa asomaban por un lado y las puntas de sus zapatos por el otro, pero básicamente parecía una alfombrilla enrollada.

Dejó a Lisa en lo alto de las escaleras, y bajó al comedor para pensar en qué haría con su madre. En realidad no tenía intención de matar a Judith, pero ella no le había dejado otra elección. Cuando él le había negado la entrada al despacho de William, ella había dicho «Muy bien», se había dado la vuelta y se había marchado de la casa. Había tenido que detenerla. El hecho de que fuera su madre no contaba, aunque sabía que si lo cogían, en los titulares de los periódicos hablarían de él como de una especie de monstruo por matar a su madre y a su madrastra, e incluso era probable que lo culparan de la muerte de Ben también. Dirían que era una suerte de maníaco sexual, y eso no era justo. Y que intentara explicarles a los medios de comunicación que ni Lisa ni Judith eran familia suya en el bautizo del Evangelio... Oh, si lo cogían le harían pasar las de Caín.

El cadáver de Judith daba la impresión de ser sólo un cuerpo dormido en el sofá donde lo había depositado. Tenía la cabeza inclinada a

un lado sobre el almohadón vertical, la mano izquierda estaba metida a modo de cuña entre los muslos, y la derecha colgaba fláccidamente desde el brazo del sofá. De no tener los ojos cerrados, uno hubiera supuesto que estaba posando para una fotografía. Sólo si se miraba de cerca el cuello se podían ver las marcas que habían dejado los dedos de Judge cuando la había estrangulado.

Judge no estaba seguro de qué hacer con Judith. Había otra alfombra oriental en el comedor, pero tenía sólo veinte por treinta centímetros, y no era adecuada para la tarea. Sabía, por la última vez que había sacado una pizza de allí, que el congelador del sótano estaba demasiado bien provisto para poder meter un cuerpo en él sin tener que sacar primero un montón de comida. Enterrar los cadáveres en el jardín de atrás era completamente imposible, aun esperando a que fuera noche cerrada. Había demasiadas casas desde donde podían ver lo que estaba haciendo.

Mientras Judge estaba de pie allí, preguntándose cuál sería su siguiente paso, sonó el timbre de la puerta. Sintió un instante de pánico, pero nada más. Espontáneamente le vinieron a los labios las palabras del Decimoctavo Salmo: Oh Señor, roca mía, mi ciudadela, el solo que me libra. Dios mío, la peña donde tengo mi guarida, tú mi escudo, fuerza de mi salud, baluarte mío.

Se agachó, asió el sofá por la parte inferior y a viva fuerza lo separó unos centímetros de la pared. Con una mano cogió a Judith por la cintura de los pantalones, y deslizó la otra mano bajo las rodillas. Luego, igual que si estuviera realizando la limpieza diaria, levantó el cuerpo de Judith por encima del sofá y dejó que cayera al suelo.

Volvió a poner el sofá contra la pared, o al menos lo acercó todo lo que pudo. Se alejó un tanto para comprobar el resultado, y pensó que era aceptable. Entonces se dirigió al monitor del vestíbulo para ver quién llamaba a la puerta.

Era el sacerdote negro que había predicado aquel bonito sermón sobre el Padrenuestro en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, y luego había ido con él y la vieja señora Obstschmecker al cementerio. El padre Lyman Sinclair.

Judge estaba encantado. Descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Extendió la mano para que fuera estrechada.

-¡Vaya, que me aspen! ¡Dijo que vendría a visitarme, y aquí está!

-¿Llego en buena hora? -preguntó el sacerdote, sonriente-. ¿Molesto?

-No podría imaginar a otra persona a quien me hubiera gustado ver más que a usted en este momento, Lyman Sinclair. Recordará que me dijo que no tenía obligación de llamarle padre... ¡Entre! ¡Entre!

77

El padre Lyman Sinclair sabía que estaba comportándose como un entrometido, pero eso no le hizo sentirse pecador, pues ¿acaso existía un mandamiento que prohibiera entrometerse? En parte había ido hasta allí por la curiosidad típica que provoca la celebridad, la misma

que podía que millones de no creyentes llenaran las aceras cada vez que el Papa se subía a una limusina. El padre de Judge Wincklemeyer estaba muchos grados por debajo del Santo Padre en la escala de notoriedad, y más bajo que la mayoría de estrellas del cine, pero estaba al menos por un igual con el gobernador e incluso con un presentador de la televisión. Era además la única persona famosa con la que Lyman había ido al colegio, y puesto que Lyman mismo se había vuelto famoso a un nivel local, su visita tenía la apariencia de un encuentro de antiguos compañeros de clase. Incluso el alborotador del colegio, y ése sin duda había sido el papel de Lyman, acaba adquiriendo una especie de interés sentimental tras un tiempo prudencial.

Sin embargo, aparte de estas consideraciones, existía un lazo creado por la culpabilidad, estaba tan profundamente arraigado en el alma de Lyman, que algunas veces le parecía que Billy Michaels era su hermano, un Abel superviviente de un homicidio frustrado. Cuando había oído, el día siguiente a la pesada broma que le había gastado a Billy, que el señor Michaels había muerto en un accidente de coche mientras llevaba a Billy al hospital, Lyman se había ido derecho al padre Youngermann de la rectoría de Nuestra Señora de la Merced y se había confesado. Era la primera confesión real de su vida. Pero Lyman no se había sentido nunca completamente perdonado y la conciencia de su culpa le había ido consumiendo año tras año, hasta convertirlo por fin en sacerdote. ¡Oh, culpa feliz! Quizá; pero aun así, estaba convencido de que los libros del cielo todavía tenían que hacer balance entre él y el chico que se había convertido en el doctor William Michaels.

Así que allí estaba, en su casa de Willowville, sentado en el sofá de su sala de estar, cediendo al impulso de todos aquellos años de curiosidad y culpa. Quizá no era como volver a la escena del crimen, pero él se sentía como si lo fuera.

No obstante, ésa era tan sólo una parte de su curiosidad. No menos le fascinaba Judge Wincklemeyer, el palurdo hijastro del doctor Michaels. Y aunque sabía que era una fascinación morbosa, no había podido resistirse a la tentación, cuando sus deberes parroquiales lo habían llevado a Anoka, a tomar la salida de Willowville por la nacional 10. Allí, en un interior que podía servir perfectamente como portada de una revista para los amantes de la decoración (todo en tejidos exuberantes y finas maderas), el chico parecía aún más extraño, más torpe, que en la iglesia o el cementerio.

Nada del distinguido estilo de la casa se le había pegado. Parecía un fontanero que hubiera ido a desatascar una cañería, con la piel pálida de algunos blancos, que les hace parecer medio muertos y que ni siquiera en sus peores arrebatos de envidia o autocompasión en la época del seminario hubiera deseado Lyman en sustitución de su obscura piel de chocolate.

Los ojos del chico eran lo que más fascinaba a Lyman. Eran los ojos del fanatismo, de la fe perfecta, del lunático. Su propia fe nunca había sido tan pura. Tampoco había visto nunca ese brillo delator en los ojos de otros católicos, excepto quizás en algunas monjas, las que él

recordaba de la infancia. Envidiaba semejante pureza y unidad de visión, pero también le daba cierto miedo y, como suele ocurrir cuando el miedo se mezcla con el deseo, se había convertido en una tentación a la que había sucumbido al acudir allí.

-Apuesto a que sé lo que está pensando. Se pregunta por qué hay un olor tan penetrante. Son las rosas. El lunes mi madrastra llenó todos los jarrones que tiene por todas las mesas, y luego se fue al Este a visitar a su hermano, y desde entonces he estado aquí solo. No se me ha ocurrido deshacerme de esas malditas rosas hasta esta tarde, y por eso huele tanto.

-La iglesia también llega a oler así en ocasiones... después de un funeral.

Judge adelantó la cabeza con ojos escudriñadores.

-Era sólo una broma -lo tranquilizó Lyman. Uno tenía que recordar que las personas con una gran fe solían tener un nulo sentido del humor.

Judge asintió y pareció relajarse. Estaba sentado en el borde de un sillón de orejas, con los codos apoyados en las rodillas y los gruesos dedos fuertemente entrelazados formando un doble puño.

-Yo no lo había notado -prosiguió-, hasta que mi madre me lo ha dicho. Ha venido de visita, pero ahora no está aquí. Ya le hablé de ella.

-Recuerdo que me dijiste que tu madre era monja.

-Aja, ésa es ella. Probablemente le gustaría. O quizá no; es una hereje.

-Sí, también lo mencionaste cuando íbamos de camino al cementerio. Algunos de mis mejores amigos también son heréticos.

-Seguro que ésa es otra broma, ¿eh? Personalmente no comprendo cómo ustedes los católicos saben en qué deben creer, cuando un puñado de los suyos cree en una cosa y otro puñado cree en otra. Y los periódicos dicen que un gran porcentaje de ambas partes no valora lo más mínimo lo que dicen los sacerdotes de cada lado, y hacen lo que les viene en gana. -Supongo que en ese sentido somos un poco como las familias. Los extraños sólo oyen el ruido que hacemos al pelearnos. El amor es silencioso.

-En eso no estoy de acuerdo con usted. Tratándose de Dios no hay lugar para las peleas. Él dice haz esto, y mejor será que lo hagas. Hágase Tu voluntad. Fue usted quien lo predicó en el sermón. Aunque ese verso lo mencionó un poco por encima, si mal no recuerdo. Se limitó a decir que tenemos que amar a los demás y lo dejo ahí.

-No fui yo quien tuvo esa idea, ¿sabes? Está en el Evangelio también.

-Pero el amor es la parte más sencilla. No encontrará a nadie que esté en desacuerdo con el amor. Son otras ideas de Dios las que hacen que Hágase Tu voluntad se vuelva difícil.

-¿Otras ideas aparte del amor? -inquirió Lyman, a la defensiva-. ¿Como cuáles?

-Como cuando ordenó a Abraham que llevara a su hijo Isaac a lo alto de la montaña y lo matara. No me parece que el amor tuviera nada que ver con eso.

-Ciertamente en ese caso era más bien la fe lo que estaba en juego. Pero al final Abraham no tiene que matar a Isaac. Lo sustituye por un carnero.

-Mmmm. Pero la razón por la que se supone que debemos creer que Abraham era muy especial es que lo hubiera hecho si Dios no hubiera cambiado de opinión en el último momento, ¿no? ¿Y qué hay de Jefté? Jefté siguió adelante e hizo lo que Abraham se salvó de hacer. Mató a su único descendiente. Claro que se trataba de una hija y no de un hijo, pero hoy en día se supone que no debería ser diferente.

-Conozco la historia de Jefté -replicó Lyman, en tono de fastidio.

La historia era, en su opinión, una de las mayores verrugas del Antiguo Testamento. A las feministas les encantaba utilizarla como munición para probar que Jehová no era mejor, desde un punto de vista ético, que Baal o Dagon, o el resto de competidores principales de la época. Sí, conocía muy bien la historia y sabía que había sólo una posible excusa para la misma:

-No dice en ninguna parte que Dios le mandara a Jefté que hiciera lo que hizo. Fue una estúpida idea suya hacer esa promesa.

-Bueno, si tan estúpida era la promesa, ¿por qué dice la Biblia, capítulo once, versículo veintinueve, Así pues, el Espíritu del Señor se derramó sobre Jefté, y luego, en el versículo treinta, Jefté hizo un voto al Señor diciendo: Si entregares en mis manos a los hijos de Ammán, el primero, sea el que fuere, que saliere de los umbrales de mi casa y se encontrare conmigo cuando yo vuelva victorioso de los ammonitas, lo ofreceré al Señor en holocausto? Parece evidente por estas palabras que el Señor estaba inspirando esa promesa. Y cuando fue su hija la primera en atravesar la puerta, ¿no cree que también en eso estaba la mano del Señor? El Señor estaba probando a Jefté haciéndole quemar a la persona a la que más amaba. Ése tiene que ser el significado de la historia. Y una vez cumplió su promesa, el Señor lo convirtió en uno de los jueces de Israel, como a Sansón. Y Jefté juzgó a Israel durante seis años, capítulo doce, versículo siete. Está en el libro.

-¿Cuál es la idea? ¿Cree el hermano Orson que deberían reinstaurar los sacrificios humanos?

-No es mi idea, y tampoco la del hermano Orson. Es la de Dios. Dios puede pedirnos que hagamos algunas malditas cosas extrañas. Supongamos, por ejemplo, que tiene que producirse una guerra nuclear para evitar que los comunistas se apoderen de todo el planeta, y provocamos un invierno nuclear si la iniciamos. Supongo que podría considerarse un sacrificio humano, pero tendríamos que hacerlo.

-En realidad, Jesucristo tenía ideas diferentes sobre cómo tratar a los enemigos de uno. Por eso hablamos del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento.

-Lo que dice el hermano Orson, y lo que yo creo, es que sólo hay un Dios y es eterno. ¡Yo soy el que soy! Y si Él dice que tienes que matar a la siguiente persona que salga por la puerta, bien, eso es lo que debes hacer. No hay «si», «bueno», ni «pero» que valga. Pero estoy olvidando mis deberes de anfitrión... ¿Le gustaría tomar algo? Puedo ofrecerle leche o zumo, o alguna cosa del gabinete de los licores de mi padre.

-Un zumo de naranja quizás. Aún me queda un largo trayecto hasta casa.

Judge se levantó y se dirigió al extremo más alejado de la sala de estar, donde ésta se fundía con un comedor de igual tamaño.

-Es una lástima que mi padre no esté aquí ahora -dijo, deteniéndose en la arcada que separaba ambas salas-. Recuerdo que dijo que habían ido al colegio juntos.

Judge pasó bajo la arcada, luego giró hacia la izquierda, fuera de la vista, presumiblemente hacia la fuente de zumo de naranja. Cuando se hubo marchado, Lyman olfateó el hedor suspendido en el aire de la habitación. Era algo más que el olor empalagoso de unas flores marchitas. Se parecía más a la carne que empezaba a pudrirse.

Oyó un crujido que parecía proceder de detrás del sofá. Lyman supuso que se trataría de un animal doméstico. Puesto que el sofá había sido retirado unos centímetros de la pared, le hubiera resultado fácil alargar el cuello y mirar por encima, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, Judge regresó con dos vasos de zumo de naranja.

Aún seguía con la cantinela de Jefté.

-Lo que no entiendo de ustedes los católicos -le tendió a Lyman un vaso en el que tintineaban unos cubitos de hielo- es la idea que tienen de la Biblia. Si es la palabra de Dios, ¿entonces no es toda ella la palabra de Dios, incluyendo la historia de Jefté? ¿Qué cree usted que quería decir Dios con esa historia?

-San Marcos responde a esa pregunta. Cristo habló a la multitud en parábolas. Y no les hablaba sino en parábolas. Únicamente a solas con sus discípulos exponía su profundo significado. Yo diría que el Dios que nos dio el Antiguo Testamento también hablaba a menudo en parábolas. La historia de Jefté es un mito, como la historia de Agamenón e Ifigenia. Son historias muy similares. Un padre que se encamina a la batalla hace el juramento de matar a su hija y lo cumple. La diferencia principal estriba en que Agamenón mata a su hija antes de la guerra, y Jefté espera a después.

Judge soltó una risotada.

-¿Agamenón? ¿Ifigenia? Ésos son nombres griegos, ¿no? El hermano Orson dice que todas esas historias griegas son gilipolleces humanistas profanas. Como esa de Edipo que tuvimos que leer en la escuela. Mató a su padre y se casó con su madre, y luego ese psicoanalista, Sigmund Freud, va y dice que todos nosotros estamos deseando hacer lo mismo. Sé que eso es lo que los judíos piensan, pero me sorprende oírlo de un sacerdote católico.

Lyman se quedó sin habla momentáneamente. ¿Cómo podía el hijo de un médico, de un científico prominente, ser realmente un fanático ignorante? Sintió la tentación de pedirle al chico que pusiera las cartas boca arriba, pero el destello en sus ojos se había vuelto más brillante mientras hablaban, y Lyman dudaba que pudiera ser fingido. De algún modo, sólo por vivir en Florida y contemplar durante incontables horas dibujos animados evangélicos en la televisión, el chico se había empapado de la esencia de la demencia fundamentalista. Así que no bastaría

con decir «¡Gilipolleces!» y marcharse. Eso serviría para un mentiroso; un loco merecía más cortesía.

Fue el zumo de naranja lo que le dio una pista. Desde sus cuatro años como misionero en Calcuta, había asociado el color del zumo de naranja con los llamativos ropajes de la casta sacerdotal y con lo llamativo del hinduismo en general.

-Oh, el catolicismo, tendría muchas sorpresas que ofrecerte, y las religiones del mundo, aparte del catolicismo aún tendrían más. Para mí las tuvieron. Tras mis estudios en el seminario de Roma, estuve de misionero en Calcuta y descubrí lo que es la idolatría por mí mismo. Los americanos recogieron el término de la Biblia, pero la realidad de la idolatría haría vacilar tu pensamiento incluso, amigo mío. El dios más popular de su amplio panteón se llama Ganesh, el cual se asemeja a un hombre en todo salvo por la cabeza de elefante. El modo en que llegó a tener ese aspecto nos lleva de nuevo a Jefté y a Edipo. En su origen, Ganesh tenía el aspecto de cualquier otro dios, es decir, humano. Pero un día, su padre, Shiva, volvió a casa tras una larga ausencia, y descubrió a su mujer Parvati con un joven en su dormitorio. Debido a su vivo carácter le cortó la cabeza al joven. Sólo después se dio cuenta de que era Ganesh, y así, para mantener vivo a Ganesh le cortó la cabeza a un elefante que pasaba por allí en aquel momento y se la puso al cuello del cadáver, forma bajo la cual Ganesh ha sido adorado durante siglos.

-Pero eso es imposible -comentó Judge, mirando a Lyman con genuino asombro-. ¡No se puede poner la cabeza de un elefante a un ser humano!

-Nosotros no lo creemos, pero ha habido miles de millones de hindúes que han creído en Ganesh con tanto fervor como tú crees en el hermano Orson.

-¿Adonde quiere ir a parar? ¿Pretende insinuar que el hermano Orson es una especie de ídolo pagano?

-No, estoy hablando de la naturaleza de la idolatría. Que su esencia es adscribir atributos humanos a Dios, y por tanto que cualquier cultura es susceptible de acabar por aceptar mitos que se le parecen, porque la naturaleza humana, como señaló Freud y san Agustín mucho antes, es la misma en la India que en Grecia, el norte de África o Minneapolis. Freud habla del complejo de Edipo; san Agustín lo llama pecado original.

-¡Y yo lo llamo gilipolleces! -La pálida faz de Judge estaba roja de indignación-. ¡Elefantes! ¡Agamenón! ¡Jesucristo Todopoderoso!-. Saltó sobre sus pies y se quedó de pie, mirando fijamente a Lyman como si estuviera pensando si tirarle el zumo de naranja a la cara o no.

En ese momento, en respuesta a la plegaria que Lyman aún no había pensado en elevar, sonó el teléfono.

De inmediato, Judge adoptó su tono de suma cortesía.

-Si me perdona un instante, señor, debo contestar al teléfono. -Caminó hasta el extremo más alejado de la habitación y prometió, al salir por la puerta-: Procuraré no tardar demasiado.

Lyman depositó su goteante vaso de zumo de naranja sobre una mesa de palisandro, indiferente a la mancha que pudiera dejar. Tenía intención de abandonar la casa y estar en la carretera antes de que Judge hubiera colgado el teléfono. Pero cuando se puso en pie oyó otro ruido detrás del sofá, tan débil como el rasgueo que había escuchado antes, pero no como el sonido que podía hacer un animal doméstico. Era la voz de una mujer, que susurraba una sola palabra: «Por favor…"

Se arrodilló sobre el borde del sofá, y se inclinó por encima para mirar en el sombrío hueco. Había un cuerpo de mujer encajado en el estrecho espacio, con un brazo retorcido por encima de la cabeza y un lado de la cara oprimido contra la tapicería floreada.

Sus ojos se encontraron.

-No diga nada -susurró-. Podría oírlo. Vayase…

-¿Le ha…?

-¡Ahora! Es muy… peligroso. Vaya a la policía.

-¿Y dejarla aquí, con él?

-Estoy a salvo si cree que estoy muerta. -Esbozó una sonrisa de desesperada súplica-. Por favor…

-Es usted su madre, ¿verdad? En respuesta ella se limitó a cerrar los ojos.

Lyman volvió a ponerse en pie, pero antes de que hubiera llegado a mitad de camino en dirección a la puerta, apareció Judge y, con la rápida percepción de un paranoico, comprendió la intención del sacerdote. Agarró un gran jarrón de porcelana de encima de una de las mesas de palisandro y se lo lanzó a Lyman, apuntando bajo. El recipiente le golpeó las rodillas y se hizo añicos.

Lyman retrocedió hacia la sala de estar y Judge se colocó delante de la puerta.

-Hay un cuerpo detrás de ese sofá -afirmó Lyman-. Una mujer muerta.

Judge miró a su alrededor en busca de otro misil.

-Es tu madre, ¿no? -Lyman se refugió tras el sillón de orejas, y el segundo jarrón golpeó el brazo del sillón sin romperse.

-Lo siento -exclamó Judge, en un tono de conversación normal-. No pretendía que las cosas salieran así. Ella apareció, como usted. Supongo que debe ser una señal.

Lyman no creía poder competir con el chico en una lucha cuerpo a cuerpo. Su única esperanza era escapar, pero el chico estaba entre él y la única salida de la habitación. Excepto el gran ventanal que había frente al sofá. Si rompía el cristal y saltaba a través de él… Cogió fuertemente el respaldo del sillón, lo levantó y empezó a balancearlo en dirección al cristal, cuando el cuchillo de Judge le golpeó la espalda. El sillón cayó sobre la mesita del café que había delante del sofá, provocando una lluvia de zumo de naranja y quebrando la madera de palisandro.

Lyman, de rodillas, sintió cómo retiraba el cuchillo de su carne y un instante final de asombro cuando la hoja se deslizó entre sus costillas y perforó su corazón.

-¿Te das cuenta -se maravilló Madge-, de cuánto tiempo hacía que no bebía? ¡Que no me había emborrachado!

Alzó la copa de vino e hizo moverse apenas el vino francés más caro de la tienda de licores, de modo que su revuelta superficie escarlata captara los últimos resplandores del atardecer del solsticio y los reflejara como un pequeña araña de cristal líquida. Encantador.

-Más de dos décadas -se contestó a sí misma, con un suspiro-. Y cerca de tres.

-Mucha agua -admitió Launce- que no ha pasado nunca bajo el puente.

Madge soltó una carcajada excesiva, y siguió maravillándose de su propia risa.

-¡Y las bromas! Solía bromear constantemente. Aunque Henry era el verdadero cómico. Podía estar contando chistes toda la noche, uno tras otro, sin repetirse ni una sola vez. Dios, no creo que yo pudiera recordar uno de ellos ahora.

-Oh, yo recuerdo uno de los que debió contar. Era un chiste muy popular en los sesenta. El de los tres judíos meando sobre la nieve en Wisconsin fue como me lo contaron a mí. ¿Lo recuerdas? -Launce se inclinó hacia delante para vaciar el resto de la tercera botella de veinticuatro dólares en los vasos, llenando el suyo hasta el borde y levantándolo luego hasta los labios sin derramar una gota.

-Creo que sí. El tercero deletrea el nombre completo del presidente, ¿es ése el chiste?

-Ése es. Escribe «Lyndon Baines Johnson-Presidente de Estados Unidos de América» en grandes letras.

Madge sintió una oleada de nostalgia que era también, sin contradicción, la oleada del borgoña deslizándose por su garganta.

-Recuerdo a Henry contando ese chiste. Estábamos en un bar más allá de Snelling, hacia Marshall, que ya no está allí, y éramos unos cuantos sentados a la misma mesa. Pero no recuerdo por qué era divertido.

-La gracia estaba en que el tercer tipo, el judío o el granjero, el que escribe tanto, necesita que alguien le sostenga el pene para hacerlo.

Madge reflexionó sobre ello durante unos segundos y luego tuvo que preguntar: «¿Por qué?»

-Porque dice que puede mear sin problemas, pero no sabe escribir.

A Madge se le derramó el vino por toda la blusa amarillo limón. La risa por el chiste y la blusa arruinada eran un solo placer, el del vino que se le había subido a la cabeza.

Había olvidado lo que significaba sentirse tan absolutamente borracha, el modo en que desaparecían los contornos de las cosas y al mismo tiempo aumentaba su claridad y las maravillosas percepciones que probablemente habría olvidado al día siguiente. ¡La temeridad! ¿Pues qué otra cosa podría ser más temeraria que acostarse con alguien que tenía el sidava? Pues era casi seguro que Launce lo tenía, aunque

evitaban hablar de ello. Se habían mostrado tan imprudentes y ávidos como adolescentes. Encantador.

Lo más encantador de todo era el modo en que la luz del sol ponía un tono dorado en todas las cosas por su propia belleza, las hojas de los árboles y sus sombras sobre el blanco costado de la casa. La hormiga avanzando lentamente por el brazo de la tumbona del jardín. Las hojas que habían caído misteriosamente en mitad del verano del olmo que había sobre sus cabezas, y que ahora decoraban la hierba sin segar a intervalos geométricos... Incluso las manchas de vino sobre su blusa amarilla eran como las motas rojas sobre los pálidos pétalos de una flor que podía ver en la imaginación, aunque no recordaba su nombre. ¿Cineraria?

Rió. No con una risa que derramara más vino, sino la risa que sentía como la forma de luz solar de su propio cuerpo, un resplandor en sus entrañas.

-No era tan gracioso -observó Launce, recostándose sobre la tumbona de aluminio y mirando hacia las hojas del árbol.

-No, estaba pensando en que no somos pecadores.

-¿No? Pensaba que nos habíamos esforzado bastante.

-No, seguimos siendo marido y mujer. La Iglesia no reconoce el divorcio. O sea, que si hacemos el amor no es pecado. Tenemos derecho.

-Ah, pero la Iglesia tampoco reconoce el sexo oral.

-¿Aun estando casados?

-¡No! El padre «como se llame» lo dejó bien claro. Así que somos pecadores, después de todo. Si eso es lo que quieres.

-Bueno, eso haría que mi madre se sintiera mejor, estoy convencida. Ha estado a punto de estallar de cólera cuando me ha visto besarte en la escalera.

-Me asombra que aún le quede cólera para estallar.

-No mires, pero creo que nos está observando a través de la persiana. ¿Ves?, donde está esa pequeña rendija.

Launce alzó la copa para saludar a la rendija en la persiana, que se cerró instantáneamente.

-Ésa era ella.

-Estaba sobreexcitada esta mañana, cuando he bajado a hacer el desayuno -explicó Madge, riendo estúpidamente.

-Eran más de las doce cuando has bajado a hacer el desayuno. Seguramente por eso estaba sobreexcitada.

-No, no era por eso. Era su cabello.

-¿Qué le pasa a su cabello?

-Está volviendo a crecer. Su cabello de verdad, me refiero. Lo que has visto es sólo una peluca. Tuvo un accidente en un salón de belleza hace años y se le cayó todo el pelo. Ahora le está volviendo a crecer. Dice que el picor la vuelve loca. También le está creciendo de un color equivocado. Color zanahoria. Está histérica.

Madge probó el St. Emilion que, en aquella ocasión, tenía el sabor de la filosofía.

-¿Sabes?, es extraño. Parece que la mejor manera de conseguir que algo se realice es dejar de intentarlo.

-¿Qué quieres decir? -inquirió él, y lo fantástico era que no pretendía ser sólo amable, estaba verdaderamente interesado en lo que ella tenía que decir. Madge no podía siquiera recordar la última vez en que alguien le había hecho ese cumplido en particular. Por pura gratitud, trató de no ser ambigua.

-Por ejemplo, en la clínica. Ayer, y también hoy, los informes de los pacientes dicen que están mejorando realmente. Uno en concreto, Corning, cama 38. Una auxiliar dice que lo vio sonreír. Por supuesto, nunca se sabe, algunas veces ves lo que deseas ver. No podría contar las veces que yo hubiera jurado que había visto a Ned diciéndome algo. Y ahora, el modo en que llora... Desde luego, eso es posible sin ningún tipo de milagro..., una mota de polvo que se le mete en el ojo... Pero, Dios mío, piénsalo sólo por un momento, si saliera de ésta después de tantos años. Sería un chico de once años en el cuerpo de un hombre de treinta y siete.

-Eso es mejor que ser lo que soy yo -contestó Launce, riendo amargamente-. Un hombre de treinta y siete años encerrado en este cuerpo.

-¿Preferirías tener la mente de un viejo? -le reprendió Madge-. ¿Como mi madre? Los ancianos se vuelven maniáticos y acaban por parecer robots. Es como cuando de niño te advertían que si hacías una mueca te quedaría la cara con esa expresión. -Bizqueó y sacó la lengua por un lado de la boca para demostrar lo quería decir.

Y, justo en ese momento, apareció doblando una esquina de la casa Judge Wincklemeyer, quien reaccionó ante su gesto con un delicioso efecto retardado.

Madge rompió a reír, levantó el vaso y llamó:

-¡Judge! Únete a nosotros. Estamos de picnic.

-No sabía que bebiera -dijo él con tono reprobatorio.

-No bebía. No podía. Pero Launce ha traído a casa una botella y de repente, he sabido que podía. ¡Y puedo! ¿No es fantástico?

-Bien, yo no diría eso.

-Oh, sí lo dirías si bebieras un poco de esto. Veinticuatro dólares la botella, ¿seguro que no te tienta? Sólo para saber qué tipo de tentación has estado resistiendo toda la vida.

El chico se quedó, confundido y ruborizado, en el estrecho sendero de cemento que dividía el césped. Vestía su inveterado uniforme de aguafiestas: traje obscuro, camisa blanca y corbata negra.

-Madge -la recriminó Launce con un susurro-, no seas pesada.

-Launce tiene razón, estoy siendo pesada. Hay Coca-Cola en la nevera si te apetece.

-Muchas gracias, pero no.

-¿Por qué no nos presentas? -apuntó Launce.

-Por supuesto, ¿dónde he dejado mis modales? Launce, éste es Judge Wincklemeyer. Es el hijo de Judith Wincklemeyer, que es la hermanastra que William tiene en Florida; pero oficialmente ahora eres

Judge Michaels, ¿no? William lo adoptó cuando vino aquí, ¿cuándo fue? ¿Hace dos años?

-Me dieron la libertad condicional bajo su custodia -confirmó Judge.

-Y éste es Launce Hill. Launce es el padre de Ned.

-Encantado de conocerlo, señor. -Cruzó la hierba e, inclinándose hacia delante, tendió la mano a Launce para que pudiera estrechársela sin levantarse de la tumbona-. Estaba a punto de preguntar si podía subir a saludar a Ned. -Volvió la mirada hacia Madge-. ¿Con su permiso, señora?

-Por supuesto, Judge, siempre que quieras. Es muy considerado de tu parte. ¿Has venido con Lisa o con William? ¿Están en casa?

-No, señora. He venido solo. Pero espero que mi padre llegue más tarde. Le dije que me encontraría aquí con él.

-Estupendo. -Madge suspiró resignadamente-. Supongo que debería empezar a moverme. Pronto será de noche. Es asombroso que aún no nos hayan acribillado los mosquitos.

-No se moleste por mi culpa. He visto que la puerta de tela metálica está abierta, y sé dónde está la habitación de Ned. Después de verlo iré a saludar a su madre, si no le molesta recibirme.

-Bien, entonces quizá disfrutemos un poco más de la brisa aquí fuera.

Cuando Judge dio la vuelta a la casa y estuvo fuera de la vista, oyeron la puerta metálica cerrarse, Launce señaló:

-Es un chico raro.

-Yo también estaba pensando que esta noche está un poco extraño, pero ése suele ser su aspecto. A mi madre le gusta.

-Lo suponía.

Madge echó un último vistazo de admiración al vino que le quedaba en el vaso, y lo apuró. En ese momento se encendieron las luces tras la persiana de la habitación de su madre.

-¿Recuerdas cuando en los sesenta fuimos al lago Calhoun en verano, después del trabajo?

-Y alquilamos una canoa. Oh, sí, me acuerdo.

-¿Todavía alquilan canoas?

-No tengo ni idea.

-¿No sería divertido? Comprar otra botella...

-No podemos. No con ese chico en la casa y William a punto de llegar.

-¿Por qué no? El chico no va a robar nada ni a matar a tu madre, aunque es una lástima.

-¡Launce!

-¿De qué sirve emborracharse de esta manera si no nos da la excusa que necesitamos para hacer lo que nos dé la gana?

La pregunta tenía una lógica tan aplastante que Madge no supo qué contestar.

-¿Quieres decir que vayamos en coche hasta allí?

-Si crees que estamos demasiado borrachos para conducir, podríamos coger el autobús, como solíamos en aquella época.

-No estoy tan borracha -se ofendió Madge.

Launce intentó ponerse en pie.

-Piénsatelo. Mientras tanto, si votas por otra botella de un extraordinaire, me acercaré a la tienda de licores de Pillsbury.

-Ya sabes dónde está mi bolso.

Launce asintió y entró en la casa.

Las hojas del olmo silbaban con la brisa, y al paso de un coche invisible que pasó zumbando por la calle Calumet frente a la casa. Los murciélagos salían revoloteando de las cuevas y pasaban junto a las ramas más altas del olmo. A aquella distancia, y con aquel grado de embriaguez, hasta los murciélagos parecían hermosos.

Entonces Madge se dio cuenta de algo extraño. La luz del desván estaba encendida. Era una débil bombilla de cuarenta vatios cerca de la escalera, al otro extremo del desván, frente a la buhardilla que daba al jardín de la parte de atrás, de modo que tan sólo emitía un destello apenas perceptible. Hubiera servido de telón de fondo para la cubierta de una novela de misterio de Nancy Drew: La luz en la ventana del desván. La bombilla debía haber estado encendida desde la última vez que ella subió al desván. ¿Cuándo? Hacía semanas por lo menos. Pero era más probable que Launce hubiera estado curioseando en el desván y se hubiese dejado la luz encendida. Fuera cual fuese la explicación, su preocupación por el ahorro de energía no era tanta que la impulsara a entrar en casa y subir al desván para ahorrarse cinco centavos en la factura de la electricidad.

¡Con una noche tan hermosa! Pero ¿podía en realidad estar pensando en conducir borracha hasta el lago Calhoun, como si ella y Launce fueran de nuevo adolescentes? Elvis sonando en la radio, subirían a los autos de choque de la calle Lake para chocar con esos grandes coches que gastaban gasolina como si nada y cuyas marcas ni siquiera podía uno recordar. Aunque sí recordaba la sensación de dulce alivio que le había producido salir de la casa (la misma casa, más opresiva ahora que entonces) y el viento entrando por la ventanilla abierta, agitando los cabellos contra su cara.

¿Qué importaba si no podían alquilar una canoa? El lago seguiría allí y podrían tumbarse sobre la hierba para mirar sus aguas. Durante dos o tres horas no existiría nada más. Volverían a la eternidad de su juventud. No diría que sí por Launce, sino por ella misma.

Así, cuando él regresó con las dos últimas botellas del milagroso vino que tenían en la tienda, no necesitaba que la convenciera.

-Bueno, ¿qué me dices? -preguntó él.

-¡Qué demonios! -replicó ella, y entró en la casa para coger las llaves del coche y dejar una nota sobre la mesa de la cocina: «Nos vamos a dar una vuelta. Volveremos luego. Madge.» Era la misma nota que podría haber escrito y dejado bajo el mismo salero cuarenta años antes, con el mismo delicioso sentimiento de culpabilidad.

Lorine fumaba mientras la cena fluía a través de los tubos intravenosos traslúcidos y los conductos invisibles de su propio cuerpo. Existían tan pocos alimentos que fuera capaz de digerir, y todos ellos tan sosos, que había llegado a preferir aquella manera más de abordar el problema de la nutrición. El doctor MacDonald, mientras tanto, miraba el desnudo e inconsciente cuerpo de su colega médico, que yacía sobre la mesa de operaciones. Palpó el bajo abdomen del hombre, provocando en él un ahogado gemido en sueños.

-Bueno, creo que tendré que aceptar su propio diagnóstico.

-¿Apendicitis?

Asintió aunque, como médico, tenía que encontrar un modo más largo de decirlo.

-Inflamación séptica aguda. No hay manera de saber cuánto tiempo le queda.

-¿Hasta qué?

-Hasta que explote. Entonces será demasiado tarde. El veneno invadirá la cavidad peritoneal.

-Tiene que operarse, ¿es eso lo que quieres decir?

-Fuera de aquí lo habrían operado hace ya tiempo. Pero aquí... -El doctor MacDonald se encogió de hombros-. ¿Para qué serviría?

-Sólo necesitamos mantenerlo vivo un día o dos, hasta que podamos arreglar la transferencia de dinero. Si la palma después, mejor. No hablo por mí misma, supongo que lo entiendes. Sólo estoy expresando los deseos de los líderes. El Mando.

-Si los deseos fueran médicos...

-¿No has operado nunca de apendicitis?

-Soy ortopedista, no cirujano. Me ocupo de los huesos, no de los intestinos.

-Pero tú siempre estás contando historias de cuando estabas en aquel hospital de campaña en Vietnam.

-Allí no teníamos que operar de apendicitis.

-Pero tendrías que habértelas con tripas destrozadas por fuerza. Se supone que es una operación muy sencilla.

-Lorine, querida, últimamente tengo dificultades hasta para atarme los cordones de los zapatos.

A modo de ilustración de sus problemas de control motriz, sacó el termómetro del sobaco del hombre inconsciente e intentó sostenerlo con mano firme mientras lo examinaba.

Lorine ignoró la petición de simpatía compasiva.

-¿Qué marca?

-Tiene casi cuarenta -contestó él, frunciendo el ceño. Puso un dedo en el cuello del hombre para tomarle el pulso con su reloj de pulsera-. Noventa y cinco -anunció por fin, sacudiendo gravemente la cabeza.

-Escucha -insistió Lorine, sacándose con destreza la aguja intravenosa del brazo-. Los dos tenemos un buen trato aquí, ¿no? Tenemos ventajas y privilegios que ninguno de los dos quiere arriesgar. Así que si realizas una apendicectomía que no es una obra de arte, ¿quién va a enterarse? ¿Crees que van a formar una comisión médica de indagación? Si el tipo no se recupera, podría incluso resultar

beneficioso para nosotros, porque no tendrá oportunidad de presentar una queja formal y pedir que se inicie una investigación. Así que, ¿por qué no probamos a hacer lo que podamos? Los detalles de los que creas que no puedes ocuparte, los haré yo misma. No soy escrupulosa. Sólo tienes que indicarme. Siempre he pensado que la cirugía es una de esas cosas, como el paracaidismo o comer ostras, que todo el mundo debería hacer al menos una vez en la vida. Consideraré que ésta es mi gran oportunidad. ¿Que me dices?

El doctor MacDonald se encogió de hombros.

-Necesitaré un par de botellas.

-¿Chivas Regal va bien?

-Perfecto.

-Voy a buscarlas. Mientras tanto, prepáralo. ¿Es ésa la palabra correcta, «preparar»?

-Lorine, cuando salgas de este campo serás enfermera diplomada.

-¿Enfermera? Oye, las mujeres de hoy en día tienen más aspiraciones. Seré doctor en medicina. -Rió cáusticamente y señaló al paciente sobre la mesa-. ¡Como ése!

80

Judge había dejado atrás la corrupción, y había tomado un ropaje incorrupto. Como resultado se sentía extraordinariamente bien. Era como tener rayos X en los ojos, como consumirse en los fuegos del Pentecostés. Era capaz de ver las cosas tal como eran, del modo en que habían sido y tenían que ser. Todo de una vez y todo junto, dividido en partes, como una pantalla con muchas ventanas, y cada ventana bañada de luz. Como si todo en el mundo estuviera encendido desde dentro igual que una bombilla. Si miraba al interior de la luz y sostenía su mirada firmemente, el hermano Orson estaba allí con el Ángel Lázaro, pero ahora los dos eran uno solo, y ese uno era Dios, justo como, en su corazón, Judge siempre había supuesto. Hasta entonces el hermano Orson, como Jesús, había tenido que dejar a un lado preguntas como quién era y de dónde procedía, pero ahora se habían desvelado.

Por consiguiente, cuando leyó la nota que Madge había dejado bajo el salero en la mesa de la cocina, no se puso nervioso; aunque por un momento le había sorprendido, puesto que había supuesto que ella estaba destinada al sacrificio, como Lisa, Judith y el sacerdote. ¿Por qué si no habría sido colocado un salero sobre su nota? Pues está escrito, en Ezequiel, capítulo cuarenta y tres, versículos veintitrés y veinticuatro: Ofrecerás un becerro de la vacada, sin defecto, y un carnero del rebaño, sin defecto. Y los ofrecerás en la presencia del SEÑOR, y los sacerdotes echarán sal sobre ellos y los ofrecerán en holocausto al SEÑOR. Estaba claro, pero también era igualmente evidente que el Señor no tenía intención de que Madge y el hombre que estaba con ella fueran parte del sacrificio. Al menos de momento.

Lo que debía hacer era buscar por toda la casa y encontrar el caduceo que el hermano Orson había asegurado que estaba escondido

allí desde hacía muchos años, aunque no le había dicho exactamente dónde. Sólo: Busca y encontrarás. Los sitios lógicos donde buscar eran el sótano y el desván, ya que en esos lugares era más probable que algo permaneciera oculto durante largo tiempo.

La bombilla en lo alto de la escalera de bajada al sótano estaba fundida, y a pesar de sus nuevos poderes de visión, Judge había tenido que tantear con los dedos su descenso por las escaleras entre las bastas paredes sin enyesar. En todo el sótano sólo había un punto de luz roja a la altura de la cintura, más débil que la lamparilla nocturna del cuarto de baño. Resultó ser la luz de un congelador.

Lo abrió y pudo así distinguir los perfiles de otros objetos del sótano gracias a la luz que surgía de su blanco interior. En el extremo más alejado de la habitación había una pared cubierta de estantes con una escalera al lado. Algo dentro de él le dijo que debía subirse a la escalera y buscar en los estantes, pero cuando lo hizo todo lo que encontró fueron tarros vacíos para conservas. Aun así, no podía apartar de su pensamiento la certeza de que había algo más que le estaba destinado. No el caduceo. Algo... más. Su ausencia lo enfureció. Estrelló uno de los tarros en la pared de cemento por la satisfacción de oír cómo se resquebrajaba. Pero si se hubiera dedicado a romper todos los tarros de todos los estantes, sólo hubiera conseguido avivar su frustración aún más.

Bajó de la escalera sintiéndose frustrado y engañado, y volvió junto al congelador. Casi había cerrado ya su voluminosa tapa sin ver o sin darse cuenta de la naturaleza del contenido del congelador: un único paquete metido en una bolsa de supermercado, cuyo plástico blanco estaba salpicado de lo que Judge supo de repente que era sangre. Y en el paquete, cuando hubo retirado la mayor parte del plástico, había una cabeza de hombre. Una lengua hinchada y congelada asomaba por la mandíbula distendida, y los globos oculares se habían vuelto vitreos y agrietados como cubitos de hielo. Judge sintió una momentánea punzada de resentimiento de propietario, como el que podría sentir un cazador en su escondite al oír la descarga de otro cazador a poca distancia. Pero luego comprendió que, fuera cual fuese el modo en que aquella cabeza había llegado hasta allí, era una señal. Una señal preconizada, se dio cuenta, por la parábola pagana del sacerdote sobre el dios hindú con cabeza de elefante, Ganesh. La gruesa lengua púrpura, de haber podido moverse de nuevo, tenía un propósito que comunicarle, como la cabeza empalada que le había hablado sobre el mostrador del óptico. Otro vaticinio. Dios no dejaba nada al azar.

Decidió que debía descongelar la cabeza. La llevó a la cocina e introdujo las instrucciones pertinentes: DESCONGELAR-CARNE-3,5 KILOGRAMOS, mediante los mandos del microondas. Colocando una mejilla sobre la plataforma, la cabeza congelada apenas cabía en el interior. Luego, recordando la invitación de Madge un rato antes, Judge se sirvió una lata de Coca-Cola de la nevera y se sentó delante del microondas para contemplar cómo la cabeza daba vueltas sobre la plataforma durante el tiempo que tardó en beberse la Coca-Cola. Recordaba cuando de pequeño se sentaba hechizado delante del

tocadiscos de su madre, y miraba el disco mientras escuchaba la música.

Bebía la Coca-Cola y miraba cómo los rasgos del hombre se volvían de un color rosado más y más brillante, y sintió una especie de reverencia, igual a la que, suponía, debían sentir las personas con un carácter religioso más convencional en la iglesia, al contemplar la trémula luz de los cirios y oler el incienso.

Entonces le habló una voz: Mete tu hoz aguzada, y vendimia los racimos de la viña de la tierra, pues que sus uvas están maduras, como grita el ángel en el Apocalipsis de san Juan; y cuando la uva de la tierra era arrojada al lagar de la ira de Dios, la sangre manaba del lagar, hasta, escribía san Juan, los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios. En otros tiempos muchos de aquellos detalles habían resultado confusos para Judge y cuando le había preguntado al hermano Orson sobre su significado, sus respuestas habían sido ambiguas o evasivas. Pero ahora todo había cambiado. El hermano Orson estaba junto a él. Era su voz la que había hablado en voz alta, repitiendo las palabras del ángel, y era su mano la que había arrancando la pestaña de la lata de Coca-Cola. Cuando sonó el teléfono, fue la voz del hermano Orson la que contestó: «¿Sí?»

Era la mujer cuya llamada había estado esperando, la que había telefoneado antes a Willowville. Fue directamente al grano, con brusquedad, y también Judge. Dijo que tenía el dinero y prometió llevarlo, a las once, al punto que habían acordado en un extremo de Brosner Park.

Le preocupaba tener que dejar la casa, no sabiendo cuándo volvería Madge con el viejo que decía que era el padre de Ned. Indudablemente se pondría nerviosa si descubría lo que había dentro del microondas, pero era demasiado pronto para sacarlo, pues aún faltaba mucho para que se descongelara. Finalmente decidió que podía confiar en que el Señor guiaría a Madge para que hiciera lo correcto, del mismo modo que le guiaba a él.

A pesar de sentir la mano del Señor sobre su hombro y los pasos del hermano Orson tras él, Judge se dio cuenta, cuando llegó al Cadillac que había dejado aparcado en Ludens, a un lado de la casa, que se había dejado el motor en marcha y las llaves en el contacto. Era bastante natural, después de todo lo que había pasado, que estuviera nervioso, pero no podía permitirse el lujo de ser tan descuidado.

Condujo hacia el este por Ludens, y giró a la derecha para coger Brosner y recorrer las seis manzanas que lo separaban del parque, al paso tranquilo de una persona haciendo footing. La brisa se había convertido en un viento ligero y, cuando se acercó a la vista del parque y el trozo más amplio de cielo que los árboles le habían ocultado se volvió visible, pudo ver las nubes que se deslizaban frente a la luna, que había alcanzado ya su cénit.

Pronto, en la Eternidad, no habría nubes, ni siquiera una luna cambiando de forma de una noche a otra, y el sol quedaría inmóvil en el cielo igual que sobre Jericó, impelido por el cuerno de Josué.

A la hora prevista, una gran camioneta negra se detuvo delante del Cadillac, y dos hombres vestidos con camisetas y vaqueros salieron y se dirigieron a la parte de atrás del vehículo, abrieron las puertas y arrojaron una luz sobre una figura que yacía en un colchón. Entonces una mujer vestida con una chaqueta de cuero se acercó a la ventanilla del Cadillac y le pidió el dinero a Judge. Este la contempló mientras ella examinaba cada fajo de billetes rodeado por una cinta, comprobando las cifras. Le colgaba un cigarrillo encendido de la comisura de los labios pintados. Judge sintió asco y trató de no respirar por la nariz para no tener que oler el cigarrillo.

-Vale -dijo ella, con una señal de asentimiento en dirección a los dos hombres que esperaban junto a la camioneta.

Arrastrándolo por las puntas de la manta sobre la que estaba tumbado, sacaron parcialmente el cuerpo de la camioneta hasta que uno de los hombres pudo inclinarse y cogerlo por las piernas. Luego lo transportaron hasta el asiento del pasajero del Cadillac. Judge ya había abierto la puerta.

Judge miró a su padre con una sensación contenida y anticipada de triunfo, pero ese sentimiento se mezcló con la repulsión natural que causaba su aspecto y su olor. Tenía la cabeza apoyada hacia atrás sobre el reposacabezas y una mueca de lamento sin palabras. Le faltaban los dos dientes de delante, lo que hizo recordar a Judge la época de Florida, largo tiempo atrás, cuando se sacaba los dientes postizos y fingía ser un viejo vagabundo. Ahora se había convertido en ese viejo vagabundo de verdad.

-Ten cuidado con él al moverlo -le advirtió la mujer del cigarrillo-. Aún tiene dolor en esta parte-. Se tocó la parte inferior de la chaqueta de cuero.

-No se preocupe -le aseguró él-. Cuidaré de él debidamente.

-Tienes acento del Sur -observó ella.

-Sí, soy del Sur, de Florida.

Ella sonrió y se tocó la mejilla con una de las largas y pintadas uñas.

-Guapo -afirmó-, realmente guapo. Mala suerte que nos hayamos conocido así.

Judge no supo qué contestar.

-Bien -agregó ella-, hasta otra.

Le guiñó un ojo a Judge y volvió a la camioneta. Los dos hombres que la acompañaban ya se habían metido dentro, por la parte posterior, cerrando la puerta tras ellos. Las luces de atrás se encendieron con un brillante color naranja y la camioneta se alejó en dirección al semáforo de Calumet, para girar luego hacia el sur a lo largo del parque.

-¿Estás bien? -preguntó Judge sin mirar a su padre.

-Lo estaré... pronto. -La voz de William era la mínima expresión de un susurro.

Judge esperó antes de poner en marcha el coche, por si su padre quería decir algo más, pero al no haber más comentarios dio la vuelta al contacto y se dirigió a la vieja casa en la esquina de Calumet y Ludens.

Cada visión familiar a lo largo de Calumet era una garantía más de que la pesadilla había terminado. Estaría a salvo en el lugar al que se dirigía. Todas las carnicerías que se habían cometido en nombre de la cirugía sanarían tan pronto como estuviera de nuevo en posesión del caduceo.

El coche encontró un semáforo en rojo en la esquina de Calumet y Hubbard. Todas los pequeños comercios habían cerrado, incluyendo el drugstore Rexall, donde se había detenido en los más fríos días del invierno, de vuelta a casa, para entrar en calor. Los escaparates vacíos de lo que era antes el drugstore parecían por un momento símbolo de todo lo que de trágico y fatal había en la existencia humana. Entonces el semáforo se puso verde, y el coche siguió hacia delante, y el significado de los escenarios que dejaba atrás se volvió confuso. En su sistema aún circulaban las drogas que le había dado la mujer antes de abrirlo, amortiguando el dolor, pero dificultando asimismo la claridad de pensamiento. Su sentido del tiempo estaba distorsionado. El coche parecía moverse a la velocidad de una persona paseando por la acera.

Unas casas más adelante vio un seto de diminutas hojas y de un color amarillo pálido temblando bajo el viento, reluciente bajo la luz de las farolas. Recordó haber pasado junto a ese mismo seto cuando corría en dirección a casa después del accidente con la cometa, sangrando también entonces, y que la mujer que estaba podando el seto le había gritado: «¡Niño!», y luego «¡Muchacho!» Podía recordar la X perfecta que formaban las tijeras de podar que tenía en las manos, el timbre chillón de su voz y las manchas de sangre sobre la pechera de su camisa.

Notaba la cálida humedad de la sangre empapando sus calzoncillos. Parecía algo vergonzoso, como la incontinencia, y el pensamiento de tener que pedirle a Judith o a Madge que le limpiaran las partes pudendas era aún más insoportable. Pero una acción tan sencilla como inclinarse hacia delante estaba por encima de sus posibilidades actuales. Ni siquiera su posición, sentado en el asiento del coche, era aconsejable. Debería estar tumbado de espaldas para que el peso de sus intestinos no hiciera presión sobre las toscas suturas que mantenían la incisión cerrada.

El coche se detuvo en un semáforo en Davis, a sólo dos manzanas de casa. Dos niños que iban montados en una única bicicleta cruzaron la calle frente a ellos. A través de una ventana abierta llegaba el sonido de música rock, reducido por la distancia o la morfina a un simple ritmo compuesto de sístole y diástole.

-¡Escucha! Es el diablo -comentó Judge-, bailando en el infierno.

El semáforo cambió y el coche continuó su marcha. La silueta de la casa Obstschmecker se alzó ante William, con las luces encendidas en todas las ventanas, como un refugio de bienvenida.

Cuando el coche dobló la esquina y se detuvo junto al bordillo, William tuvo el primer presentimiento de que ocurría algo malo. Judge bajó del coche y dio la vuelta para abrir la puerta de la derecha, pero nadie salió de la casa iluminada. Sin duda tenían que estar esperando

el regreso de Judge, y debía verse alguna muestra de preocupación o de curiosidad.

-¿Dónde...? -No le alcanzaron las fuerzas para pronunciar más que una sola palabra, pero Judge lo comprendió.

-Debería haberte dicho antes que Madge no está en casa. Ya había salido para pasar la noche fuera con un amigo cuando he llamado. La anciana señora me ha dejado entrar.

Judge deslizó el brazo derecho por debajo de las rodillas de William, el brazo izquierdo por debajo de sus hombros, y levantó a su padre emitiendo un gruñido de esfuerzo al sacarlo del coche. Luego cerró la puerta con el pie y transportó la fláccida carga atravesando el césped en dirección al porche delantero. William sentía cada paso de Judge como una sacudida en las entrañas de su cuerpo. Judge tropezó al subir las escaleras del porche, como era inevitable.

Durante un rato después de este trayecto, William estuvo en un estado de confusión mental. No perdió la conciencia, más bien perdió el control de su dirección, de modo que, al principio, tumbado sobre los tablones de madera del porche, su atención se quedó fija en la bombilla que había sobre su cabeza y en los gordos insectos que la circundaban y chocaban contra ella. Luego se encontró de nuevo siendo transportado escaleras arriba, y recordó el comentario que un profesor de la facultad de medicina había hecho sobre el cuidado hospitalario, que era un ritual de infantilización: las comidas sosas, ser bañado por otras manos, el tiempo de dormir regulado, la erosión constante de la propia autoridad personal. Y allí estaba él, en brazos de su hijo igual que antes había estado en los de su padre, siendo transportado por la misma escalera y colocado en la misma cama que ocupaba de pequeño. Podía existir un extraño consuelo en ser tratado así, pero William no pudo recordar la razón que había aducido el profesor. Tenía algo que ver con el miedo.

Recordó por qué había pedido ser llevado a esa casa. Tenía que coger el caduceo que estaba oculto en el desván. Pero no podía ir él mismo a buscarlo, ni tampoco pedir que le subieran un nuevo tramo de escaleras y lo dejaran allí solo, aunque hubiera tenido la fuerza suficiente para destapar el caduceo por sí solo, cosa que dudaba. Y por alguna razón no quería que Judge fuera a buscarlo por él. Era mejor pedírselo a Judith.

Se aclaró la garganta, Judge se inclinó sobre él y le preguntó:

-¿Está aquí tu madre?

Judge negó con la cabeza sin ofrecer explicación alguna.

-¿Y Lisa?

De nuevo sacudió la cabeza.

No quedaba otro remedio.

-Hay una cosa en el desván que debo pedirte que me traigas.

Judge asintió.

-Una especie de amuleto de la buena suerte, una superstición, pero si pudiera tenerlo ahora me sentiría mucho mejor...

-¿Qué aspecto tiene y dónde debo buscarlo?

-Es una especie de palo con, bueno, un pájaro muerto atado a él.

-¿En qué lugar exactamente del desván?

-Bajo el material aislante flojo..., en el suelo.

-¿Qué parte del suelo?

Vaciló, pues contestar a esa pregunta parecía una confesión. ¿Pero qué otra alternativa le quedaba?

-Justo por encima de la habitación de Ned, creo. Por donde debe estar su cama.

-Voy ahora mismo.

En el instante en que Judge abandonó la habitación, William sintió que debía llamarlo de vuelta y pedirle que no solicitara ningún tipo de asistencia médica. No conocía a ningún médico de quien pudiera fiarse para que no insistiera en llevarlo a un hospital, dónde había personal de la ASP investigando todos los ingresos. Pero no parecía ser necesario advertir a Judge. Lo había comprendido sin habérselo explicado.

Cautelosamente, tanto por debilidad como porque estaba preocupado por sí mismo, William se desabrochó los botones de la chaqueta manchada de sangre del pijama. Cuando consiguió desabrochar el último descubrió con horror que la caída en los escalones del porche había provocado que los puntos de sutura se hubieran desprendido de los blandos tejidos dérmicos a través de los cuales había sido cosido por manos inexpertas, y que la larga incisión de su abdomen estaba abierta, exponiendo las rosáceas espirales de los intestinos. Se sintió como una de las míticas víctimas de la guillotina, consciente, aunque brevemente, mientras el verdugo sostiene su cabeza en alto, de que ha sido decapitada. Debería llamar inmediatamente a un médico, fueran cuales fuesen las consecuencias. El caduceo no podía realizar operaciones quirúrgicas.

-Eso no tiene buen aspecto -dijo Judge, con tono indiferente. Estaba en el umbral de la puerta, sosteniendo el caduceo levantado ante él como uno sostendría una copa de vino.

William alzó una mano cubierta de sangre para aceptar el precioso talismán. Pero cuando Judge no se lo entregó, las fuerzas que le restaban abandonaron los músculos de su brazo y la mano cayó sobre la colcha.

-Sé lo que es esto -declaró Judge-. Es una de esas cosas como la escultura de SDM, un caduceo. Y sé muchas cosas de las que has hecho con él. Incluso sé cómo usarlo. El hermano Orson me explicó que debes decir lo que quieres que haga de forma que rime.

-Por favor, Judge..., lo necesito.

-Oh, tendrás lo que necesitas. Pero esto... -dio vueltas al caduceo como si fuera una copa de vino-, esto ya no es tuyo. Ahora es mío, y la primera cosa que pienso hacer es tocar con él el dedo gordo de tu pie. -Golpeó el dedo gordo del pie de William con el caduceo-. Hasta que ordene que seas liberado, te quedarás ahí paralizado.

Judge retrocedió unos pasos para comprobar el efecto. William lo contempló con aire de reto. Pero no, era más bien la mirada de la impotencia, la mirada vacía de la persona que se queda petrificada en el momento en que se da cuenta de que no hay salida.

-Mierda -se maravilló Judge-. Es verdad que no te puedes mover, ¿no? ¿Aunque yo... -avanzó hacia el costado de la cama y hundió el caduceo para hurgar en los intestinos que salían serpenteando de la herida quirúrgica-, haga esto? -Esperó la respuesta y luego añadió, como una última ocurrencia- Puedes contestar cuando te pregunte. No puedes mentir. De hecho, tienes que contestar sinceramente.

Tanto si Judge pretendía que rimara, como si la rima había sido casual, allí estaba y William replicó, sinceramente:

-No, no puedo moverme. No importa lo que hagas.

Judge sonrió y colocó el caduceo sobre la colcha, a unos centímetros escasos de los dedos paralizados de William. Dio unos pasos atrás, seguro de su poder.

-Ni siquiera puedes moverte ese poco y agarrarlo. ¿Verdad?

William hizo un supremo esfuerzo de voluntad, inútilmente.

-No puedo.

-Eres como el viejo Ned, tumbado todo el tiempo en su cama. Impotente. Y cualquier cosa que yo haga..., cualquier cosa que el Señor requiera de su servidor..., tendrás que quedarte ahí y aceptarlo. Podría cortarte el pene, y tú tendrías que limitarte a sonreír.

Judge metió un dedo a modo de gancho bajo uno de los intestinos sueltos y estiró de él suavemente. Parecía obedecer su mandato como si estuviera vivo, como si fuera una larga y rosada serpiente saliendo del obscuro agujero en el que vivía.

-Eres como el viejo Joram que tenía una hija de Acab por esposa. ¿Sabes lo que le pasó a Joram?

-No.

-El Señor lo golpeó en los intestinos y se le salieron. Segundo Libro de los Paralipómenos, capítulo veintiuno. La única diferencia es que a él no pudieron quemarlo. Mientras que contigo el Señor olerá una dulce fragancia, y sus narices serán complacidas. Ya puedo ver las llamas del holocausto. ¿Tú no?

-Sólo veo lo que hay aquí.

-Las llamas nos rodean por todas partes, brillantes como él, de pie junto a tu cama. Lo ves, ¿no?

-Sólo estás tú al lado de la cama.

-¡Entonces te ha dejado ciego! Pero la ceguera no te salvará. Tus crímenes están apuntados en el marcador del hermano Orson. Y tú testificarás y aportarás testigos. Conozco ya algunos de ellos. Sé que usaste este palo hace mucho tiempo contra tu hermano, que está en la otra habitación. Y probablemente lo usaste conmigo y con el resto de la familia para que nos mantuviéramos sanos y no cogiéramos siquiera un resfriado. Y cuando quieres que algún paciente se cure, también lo haces con esto. ¿Estoy en lo cierto?

-Sí.

-Pero la plaga, miles y miles de personas a los que nunca habías visto siquiera, quizá millones antes de que todo se acabe... No comprendo por qué lo hiciste. A menos que pensaras que estabas actuando en nombre del Señor. Yo podría hacerlo, quizá como parte de un juicio más amplio contra las iniquidades y pecados del mundo.

Porque yo soy un instrumento del Señor. ¿Pero tú? ¿Por qué quisiste enviar una plaga?

-Para volverme rico y tener poder.

-¿Poder?

-El poder de la vida y la muerte. En el fondo ésa es la esencia de todo poder, pero es sobre todo el poder que posee un médico. Aunque la medicina es incierta. Con los mejores cuidados un paciente puede morir. Pero con el caduceo yo era como Dios.

-Comprendo que quisieras curar a la gente, ¿pero por qué dañar a personas a las que no conocías? ¿Por qué una plaga?

-El caduceo sólo puede utilizarse para curar en proporción al uso que se le haya dado anteriormente para dañar. Supongamos que hubiera sido una especie de doctor Salk y hubiera descubierto una droga maravillosa para curar la enfermedad de Alzheimer. Hubiera podido reducir los sufrimientos de mis pacientes sólo aumentando los de otros. Podría haberme establecido de un modo más limitado sobre esa base, convirtiéndome en curandero del cáncer en México, o en una especie de salvador por la fe. Pero yo no quería convertirme en un Lourdes andante.

No deseaba ser una celebridad y que mis más nimias actividades fueran observadas. Quería otro tipo de poder, el tipo que conseguí dirigiendo y poseyendo SDM.

-Entonces ¿cómo conseguiste el dinero para crear SDM? Eso fue antes del sidava.

-El caduceo resultó efectivo contra el sida, pero el coste por cada cura era exorbitante. Literalmente se trataba de matar a Pedro para salvar a Pablo. Pero incluso un rayo de esperanza en aquellos tiempos podía suponer grandes subvenciones para la investigación, y Ben Wincklemeyer podía escribir peticiones de subvención mejor que cualquier otro. Maté a los Pedros y salvé a los Pablos suficientes para sugerir prometedores caminos a la investigación. Y la investigación que se financió fue auténtica. Al igual que la vacuna.

-Entonces ¿por qué iniciaste otra plaga?

-En cierto sentido era como plantar un jardín. Sólo recogería lo que hubiera sembrado, y poseería siempre un excedente de capacidad curativa.

-¿Ideaste todo esto de antemano?

-Diseñé los últimos detalles justo a la edad que tú tienes ahora, cuando provoqué un orzuelo a un tendero que me fastidiaba y luego se lo quité. Lo importante era imaginar un vector para la enfermedad que nunca pudiera llegar hasta mí. Y nunca lo ha hecho.

-¿Y cuál era tu «vector»?

-El Orgullo Americano.

Judge lo tomó como un sarcasmo, y en represalia estiró otra vuelta de intestino de la herida abierta.

-¡Tienes que decir la verdad! -insistió.

William no pudo responder, puesto que no le había sido planteada pregunta alguna. Pero Judge no estaba familiarizado con la literalidad del caduceo, semejante a la de un ordenador. Pensó que William lo

estaba desafiando. Cogió un puñado de intestinos con la mano y los agitó ante el rostro de William.

-Contesta a mi pregunta, maldita sea, o te sacaré toda esta mierda. ¿Cuál era el maldito vector?

-Un toro que se exhibía en la feria estatal, en parte Charoláis, en parte Beefalo, inscrito bajo el nombre de Orgullo Americano. Tenía dos años de edad aquel verano y se decía que su esperma valía su peso en plutonio. Decidí que Orgullo Americano, o más bien su descendencia, sería el portador de mi plaga. El texto de la maldición estaba redactado para diseminarla de forma amplia y sin posibilidad de descubrir su origen. También incorporé un factor de retardo de diez años, de modo que cuando la plaga entrara en acción yo estuviera en una posición verosímil para «descubrir» una cura.

Judge dejó caer los intestinos que tenía en el mano sobre el costado de William.

-¿Y esa maldición, qué decía? William recitó las palabras:

Que el jugoso novillo que nazca de ti
al final de diez años desde el presente
contagie la plaga, llene de miedos así
un uno por ciento de los que alimente.
Cuando el contagio se haya implantado
que sólo se cure completamente
por mi mano, mi trabajo y mi palabra
al recibir los honorarios solicitados.
Ahora a la tarea, ¡reprodúcete, toro!

Ahí se detuvo, incapaz de continuar. Era como encontrarse a sí mismo al final de la plancha de madera bajo la cual sólo estuvieran el mar y los tiburones. Estaba seguro de que Judge lo mataría pronto, guiado por las artimañas del hermano Orson, que sin duda era el dios del caduceo con otro de sus disfraces. William se sintió como un idiota por no haberlo sospechado antes.

Aún le quedaban muchas cosas que deseaba explicar, no a su hijo loco, sino a un imaginario jurado formado por sus colegas. Sobre todo quería insistir en que, básicamente, a pesar de los usos que había dado a sus poderes, era una buena persona. No era un santo en modo alguno, pero sí un hombre con una conciencia sana y unos instintos decentes. Cuando escuchaba a Mozart, Mahler o Bach, comprendía lo que su música quería decir. En los momentos tristes de las películas lloraba. Su alma no se había marchitado ni atrofiado por el ejercicio de su poder. Lo que había hecho mediante el caduceo era algo que había ocurrido en un reino moral aparte: había sido como un piloto al que se le hubiera asignado la misión de bombardear un país cuyo idioma no pudiera hablar, o cuyas ruinas no visitaría nunca. A él todo le parecía tan claro, tan posible de expresar..., si el caduceo no le hubiera vuelto mudo.

En otra habitación empezó a sonar un timbre.

-Mierda -exclamó Judge, utilizando la colcha para limpiarse la sangre de las manos-. Es la alarma de humos. Me había olvidado del microondas.

82

Era como si se hubiera quitado una cadena, una inmensa cadena de pesados eslabones que lo rodeara tan apretada y completamente como si cadena y carne se hubieran convertido en una sola cosa, como algunas veces la corteza de un árbol se confunde con la cuerda que sirve para sujetar una hamaca. Pero en el momento en que Judge sacó el caduceo de su escondite la cadena se rompió, y Ned Hill quedó libre. Levantó la mano, obediente a su voluntad, e hizo que los dedos se doblaran hasta formar casi un puño.

Giró la cabeza hacia la puerta de su habitación, que estaba ligeramente abierta. Se sentía como si estuviera poniendo en funcionamiento una enorme y poco fiable maquinaria, una grúa que hubiera estado oxidándose al aire libre durante años. Algunos de los músculos del cuello parecían demasiado débiles para soportar la insegura masa del cráneo, y mucho menos para controlar sus complejos movimientos. Pero era extraordinario que cuando menos la maquinaria funcionara, mérito que sin duda pertenecía a Madge, por sus pacientes ejercicios.

Alzar el torso para sentarse constituyó un empeño que superó casi sus fuerzas, puesto que los músculos del abdomen y de la parte baja de la espalda eran los menos ejercitados. Por fin, levantando una rodilla y dejándola caer cruzada sobre la otra pierna, consiguió ponerse de lado en la cama, de modo que pudo utilizar la mayor fuerza que tenía en los brazos para tirar de las sábanas y hacer palanca hasta incorporarse.

Luego plantó los pies sobre la alfombra que había junto a la cama y, sosteniéndose cuidadosamente en los postes de arce de la cabecera, se levantó. Dio un paso vacilante, arrastrando los pies en dirección a la puerta, sin atreverse a doblar las rodillas por temor a que todo el aparato formado por huesos y músculos se desplomara en un inútil montón. Sus pies no respondían a los ajustes y reajustes constantes que requerían. Se preguntó cómo la gente podía pensar en algo más cuando caminaba que en el modo en que lo hacía; y luego recordó vagamente, que cuando había estado vivo y era alumno de Nuestra Señora de la Merced, había un chiste que se refería más o menos a eso. Sonrió, no tanto por el chiste como por el recuerdo de un mundo en el que podían hacerse chistes.

Fue entonces cuando se disparó la alarma de humos de la cocina, seguida un momento más tarde por un confiado trote escaleras abajo, un ritmo sordo como de cascos de caballo que Ned sabía en cierto modo que ponían en peligro su propia seguridad con un propósito aún no definido.

Pero aun siendo indefinido, era bastante claro. Cada paso que daba él ahora, cada pequeño cambio de peso, parecía estar dirigido hacia ese fin necesario e inevitable: abrir silenciosamente la puerta de la

habitación, caminar por el pasillo y entrar en la habitación de su hermano. A Ned le sorprendió más ver que Billy se había convertido en un hombre, que encontrarle parcialmente destripado, aunque de un modo racional ya sabía que ambos eran adultos. Eso se debía al mero paso del tiempo, mientras que el destripamiento era un acto del destino, algo ordenado con toda justicia. Ned no razonó así, pero sintió su necesidad con una penetrante gratitud. Halló incluso la fortaleza necesaria para extender la mano y coger la viscosa calidez del intestino desenrollado. Al hacerlo se salieron más intestinos de la sangrante cavidad abdominal.

Su hermano no se movió. A Ned le pareció lógico que ahora que él había sido liberado de su larga parálisis, el agente de sus tormentos ocupara su lugar. Es la plegaria más ferviente de todo prisionero ser testigo de la simetría moral, sostener un cuchillo contra la garganta del guardián que más detesta y trazar una línea de sangre a través de la carne.

Luego vio, a pocos centímetros de los dedos de su hermano, la causa de todos aquellos acontecimientos: el caduceo que había hecho él mismo con un palo, el cadáver marchito de un gorrión y un trozo de hilo de bramante. Era suyo. Si lo agarraba firmemente y susurraba un deseo, volvería a ser fuerte y no necesitaría tener miedo, como sabía que debía tener, del individuo que había bajado precipitadamente las escaleras, fuera quien fuese.

Sin embargo, comprendía también que si tomaba el caduceo y lo utilizaba, sería como si se hubiera convertido en la cosa que odiaba. Como si hubiera asido un interminable intestino surgiendo de una herida eterna y no pudiera soltarlo. Estaría pegado a su maldad hasta que se convirtiera en parte de él, intrínseca e invisible. Y no cogió el caduceo, sino que en su lugar, con extraordinaria destreza, deslizó los pegajosos intestinos de su hermano por entre sus propios dedos inmóviles.

Abandonó la habitación y regresó a la suya justo a tiempo de escapar de la visión del joven que volvía junto a la cama de William llevando (Ned sólo lo vio de reojo) un gran asado de carne humeante en una fuente.

Pero aquel breve vistazo había sido suficiente, Ned sabía ya lo que debía hacer. Debía quemar la casa con Billy y el caduceo dentro de ella.

A tal fin debía bajar las escaleras. Siempre había habido una caja de cerillas sobre la repisa de la chimenea.

Las escaleras supusieron un mayor reto físico de lo que había previsto. Lanzar el pie al vacío ante él y esperar que su rodilla no se desplomara en el momento del impacto contra el escalón siguiente parecía una hazaña tan por encima de sus posibilidades como caminar por la cuerda floja. Tras un largo intervalo suspendido al borde de esa imposibilidad, llegó a la misma solución que alcanza cualquier octogenario artrítico. Se dio la vuelta y, con ayuda de la barandilla, bajó la escalera de espaldas, como si fuera una escalera de mano.

Había un adorno de flores secas en la chimenea, y ninguna caja de cerillas sobre la repisa.

Sobre la mesa de la cocina halló la alarma de incendios, que habían silenciado mediante la extracción de la pila. El aire apestaba a carne quemada. Por un momento contempló un aparato como una caja, amplio y obscuro, que había sobre la fórmica de la cocina y que parecía, por todo el lío que había formado y por lo que tenía pegado, que había sido utilizado para cocinar la carne. Era una especie de horno en pequeño.

La cocina era eléctrica, y no pudo encontrar cerillas por ninguna parte, pero aquel problema resultó menos grave que el de las escaleras. Encontró una botella de aceite para cocinar en el armario (era todo el peso que podía sostener con ambas manos), y con él mojó una escoba que encontró donde debía estar, en el armario de las escobas. Apretó el botón de encendido del quemador delantero derecho y esperó hasta que la espiral se pusiera roja. La escoba ardió casi en cuanto tocó con ella el quemador.

Primero incendió las cortinas de la cocina y luego recorrió metódicamente el comedor y la sala de estar prendiendo fuego a todo lo que parecía combustible: el tapete de encaje que cubría la mesa del comedor, las flores secas de la chimenea, o las cortinas, que no prendieron. Al principio las llamas se alzaron con furia, pero luego parecieron no poseer el poder del contagio y se extinguieron sin prender nada más sustancial. La habitación estaba llena de humo, pero su antorcha se había apagado y las únicas llamas que quedaban eran un trémulo resplandor sobre la mesa del comedor.

-¡Madge! -gritó una voz familiar-. ¿Madge, estás ahí? Creo que se ha prendido fuego en alguna cosa. ¡Madge! ¿Me oyes por este micrófono? ¡Madge, maldita sea, contéstame! Estoy segura de que hay humo en el aire. Y he oído dispararse la alarma. Madge, ¿cómo consigo que este maldito sistema de seguridad me abra la puerta? ¡Madge!

Entonces, justo cuando él creía que sus esfuerzos incendiarios habían fracasado, el respaldo de la mecedora tapizada se prendió, y un momento más tarde también se estaba quemando la pantalla de la lámpara que había junto a la mecedora, y una planta colgante.

-¡Madge! -la voz de la abuela Obstschmecker se iba estrangulando-. Sé que hay fuego. ¡Y no hay línea en el teléfono! ¡Madge!

Ned volvió a la cocina y cogió la pesada botella de Wesson Oil. Derramó un poco en una taza, puso la taza sobre la cocina y le dio un golpe para que el aceite se desparramara por el quemador al rojo. Sin esperar a que prendiera, llevó la botella a la sala de estar, mojó la alfombra que había bajo la llameante mecedora y trazó un surco, desde allí hasta el sofá.

Subió con esfuerzo los cuatro peldaños más bajos de la escalera y arrojó aceite de la botella, que ya era mucho más ligera, sobre la barandilla, la alfombra y la pared a lo largo de la escalera.

Luego trató de salir por la puerta principal, pero tenía tanta idea de la combinación que debía utilizarse en la cerradura del sistema de seguridad como la señora Obstschmecker. Apenas le dio tiempo a sentir angustia antes de que el humo le alcanzara.

Las nubes se habían vuelto más espesas en el cielo, de modo que la luna aparecía tan sólo brevemente y daba la impresión, por el movimiento errático de la canoa alquilada, de asomar por un trozo de cielo diferente cada vez que Launce alzaba la vista de su tarea con el remo. Recordaba haber ido en canoa sin esfuerzo. Era una especie de lento trineo que requería tan sólo poner la paleta horizontal para que la canoa se moviera en la dirección correcta. Pero aquella canoa exigía todas sus fuerzas, y los esfuerzos de Madge al frente del bote estaban tan mal conjuntados con los suyos, que constantemente viraban en una dirección equivocada. Finalmente tuvo que pedir clemencia. Sus hombros ya no podían soportarlo.

-¿Han sido siempre las canoas tan grandes como ésta? -se preguntó Madge, al tiempo que metía su paleta bajo el asiento.

-¿Y era el lago tan obscuro?

-Es por las nubes, supongo. Estoy sedienta. Y tengo la sensación de estar quemándome viva. Tengo pinchazos por toda la espalda. No creía que hubiéramos estado al sol tanto tiempo.

(Fue justo en ese momento cuando la mecedora estalló en llamas.)

-¿Quieres que abra la última botella?

-Más que nada en el mundo.

Launce dejó su remo sobre las cuadernas del fondo de la canoa y se dio media vuelta para alcanzar la bolsa de la tienda de licores. Rompió el rojo aluminio que sellaba la botella y lo quitó. Fue un lento trabajo y el esfuerzo de insertar el sacacorchos de su navaja del ejército suizo en el corcho de la botella fue aún más agotador.

-¿Quieres que lo haga yo? -preguntó Madge, tratando de no demostrar su impaciencia.

-No, ya puedo yo.

Pero no podía. El corcho no se movía (como tampoco la puerta de la casa Obstschmecker, que en aquel momento Ned se veía impotente para abrir), ni cuando se puso la botella debajo del brazo izquierdo y tiró del sacacorchos con la mano derecha, ni cuando sostuvo la botella entre los muslos. El único resultado de sus esfuerzos fue una súbita urgencia por ir al lavabo.

-En serio -insistió Madge-, déjame hacerlo.

Alargó la mano y cogió la botella y el sacacorchos de las manos de Launce. Su primer empeño no dio más frutos que el de él.

-Verdaderamente está bien metido.

Volvió a intentarlo con la botella entre las piernas.

-No se mueve.

Se levantó.

-Madge -la amonestó Launce.

-No te preocupes, mantengo el equilibrio. Sólo necesito hacer palanca.

En el mismo momento en que Ned murió, asfixiado en el suelo de la casa en llamas, salió el corcho de la botella. Madge cayó por un lado de la canoa y Launce por el otro. Se había jurado a sí misma, largo

tiempo atrás, que haría todo lo que pudiera por sobrevivir a Ned. Aunque nunca lo sabría, había sido fiel a su promesa.

Pudo finalmente, agarrándose a un costado de la volcada canoa, pulirse la mitad de la botella antes de que le abandonaran las fuerzas. Disfrutó de cada maldita gota.

84

Las llamas del Pentecostés lo rodeaban: toda una cortina de brillantes llamas color naranja, fuegos espirituales a cuya luz Judge pudo ver la gloria prometida a los que, como él, se habían bañado en la sangre del Cordero. Estaba justo en medio del Valle de la Muerte, con fuego a la derecha y fuego a la izquierda, pero no sufría daño alguno porque el Señor Dios estaba junto a él y dentro de él. Había sido arrebatado por su éxtasis y aprisionado en su mano hasta que había tenido que gritar de júbilo: «¡Alabado sea Dios! ¡Gloria Aleluya!» Y las llamas se tornaron más brillantes y se alzaron a mayor altura, subiendo por el enrejado de rosas del papel de la pared y retorciendo las entrañas que se desparramaban por encima del borde del altar, preparado por el poder de la fe de Judge y la ira de Dios Todopoderoso. Del holocausto se elevó una dulce fragancia, como de especias o de una barbacoa.

Entonces se despegaron los labios de la cabeza carbonizada, y se abrió su boca como una segunda herida más pequeña dentro de la herida mayor donde Judge la había metido a la fuerza, en el estómago destripado de la ofrenda pecadora, como una pila dentro de una linterna. Y los labios le hablaron con la lengua del Pentecostés, que sólo él podía comprender.

-Eres mío.

-Todo tuyo -admitió Judge-. ¡Aleluya!

En aquel aleluya había una débil incertidumbre, una duda, una disminución del éxtasis, porque, cuando estaba mirándola, la renegrida cara del sacrificio cambió y varió, para convertirse en el rostro del hermano Orson, tan familiar para él por todas las horas de comunión, y sin embargo, no enteramente del hermano, sino también el suyo propio.

-Totalmente mío -insistió la cabeza cortada, con un guiño de su párpado lleno de ampollas sobre el cuenco vacío.

Era como si estuviera contemplando su propia carne corrupta, como si la promesa hecha a él hacía tanto tiempo y con tanta certeza, le hubiera sido retirada y en su lugar hubiera tan sólo una bandeja llena de gusanos. En ese momento supo que las llamas que lo rodeaban no eran el fuego del Pentecostés, ni del espíritu, sino un fuego real que estaba lamiendo las paredes a su alrededor y abrasando su propia carne.

-No necesitas sentir las llamas -le prometió la cara que tenía ante él-. Todo su calor será como una loción fría para tu piel si tomas el caduceo y me adoras. Pero rápido, tienes poco tiempo antes de que el mismo caduceo se consuma.

Judge cogió el caduceo que estaba sobre la humeante cama.

-Repite conmigo: Tú, Mercurio, eres mi dios. Pongo mi persona bajo tu cuidado.

Judge negó con la cabeza.

-Debes pronunciar las palabras. De lo contrario, no podré ayudarte.

-¡Tú no eres mi dios! -protestó Judge, con fiereza-. Mi dios es el Dios que libró a Sidrac, Misac y Abdénago del abrasador horno crematorio, y que también me librará a mí ahora. Porque creo en él y ésa es la promesa para aquellos que creen.

-Nunca has creído en nadie más que en mí, estúpido idiota ignorante, fanático y engañado. Y yo soy la única esperanza que te queda. No para la eternidad, sólo para la anestesia de este momento. Ahora, arrodíllate y adórame. O, si lo prefieres, muere entre agonías.

Judge se arrodilló, cerró los ojos y repitió las palabras de su condenación: «Tú, Mercurio, eres mi dios. Pongo mi persona bajo tu cuidado.»

-Y ofrezco mi alma en prenda.

-Y ofrezco mi alma en prenda.

-Lo juro por tu bastón.

Aquello era demasiado, no lo haría. Aunque toda su vida había sido una mentira y ese falso dios el mismo núcleo de esa mentira, no cometería esa última y abyecta abominación. Lanzó el caduceo a las llamas que surgían de la cama y lo mantuvo allí hasta que se consumió, en holocausto, tal como exigía la ley.

EPÍLOGO

-¿Señora Wincklemeyer? -llamó la recepcionista del médico, alzando la vista de la centralita de teléfonos hacia el techo, como si no quisiera arriesgarse a adivinar quién de las tres personas que había en la sala de espera, Judith, Henry o el abogado de ella, se apedillaba Wincklemeyer.

Judith se levantó, y el abogado se inclinó hacia delante en la silla a modo de señal de su disposición a acompañarla al despacho del médico. Con una brusca sacudida de cabeza Judith le indicó que no sería necesario.

-No tardaré -le aseguró a Henry, que no apartó la vista del cubo mágico que tenía entre las manos.

Quizá la seguridad que intentaba transmitir le hacía más falta a ella misma que al chico. La última vez que había estado en el Willowville Memorial Hospital había estado incomunicada durante dos días, y en cuarentena durante otra semana, y ése no era exactamente el tratamiento que uno espera tras haber sido casi asesinado. Su abogado le había asegurado que, aunque el hospital hubiera actuado así por orden de la policía, tenía sobrados fundamentos para presentar una demanda. Pero Judith no tenía un carácter litigante, y en realidad estaba agradecida al hospital porque le habían ahorrado lo peor de las noticias durante mucho tiempo. De haber conocido, en los días que siguieron inmediatamente, la extensión de los horrores que se habían

producido, quizá no hubiera podido recobrarse tan rápidamente de sus propios traumas.

Sin embargo, era de gran ayuda que el director del hospital pensara que ella tenía semejante fuerza legal, puesto que le había permitido posponer la fecha de aquel encuentro durante varios meses, y delimitar lo que ella quería discutir y lo que no. Si existían cuestiones de las que debía ser informada, como insistía el médico en afirmar, y no podían comunicarse mediante carta o por teléfono, estaba dispuesta a recibir la información; pero no sentía la obligación de satisfacer la curiosidad del médico en contrapartida.

En cualquier caso, no tenía ni idea de por qué Judge había hecho lo que había hecho. Ni siquiera era seguro que lo hubiera hecho él, al menos en lo que se refería a prender fuego a la casa. Al principio la policía había pensado que había sido obra de Ned, hasta que se mencionó el hecho de que había permanecido en estado comatoso desde la infancia. Había habido demasiados horrores, y algunos de ellos tan inexplicables (la cabeza decapitada había sido identificada como la de un granjero del norte de Minnesota, un tal Ray Bonner) que al final los fiscales habían abandonado todo intento de reconstruir el orden preciso en que se habían perpetrado los horrores de Judge. En cuanto a sus motivos, ¿qué otro motivo que una demencia total podía existir para tales acciones?

El despacho del director tenía una semejanza genérica con todos los de su cargo, con una decoración que no servía a más fin práctico que el del gasto ritual: paredes llenas de libros encuadernados en piel que nunca serían leídos, un único óleo abstracto, formas orgánicas de vigorosas líneas y suaves colores tierra, tres diplomas enmarcados por si dudaba de la autenticidad de sus cualificaciones y un bar oculto a la vista que había abierto como muestra de la buena disposición del director y del hospital a perdonar y ser perdonados.

El doctor Sackuvich se presentó a sí mismo y ofreció sus disculpas formales por el tratamiento dado a Judith en el hospital. Hablaba con una turbación y una rigidez que Judith encontró más agradables que las maneras más suaves de un experto en relaciones públicas. Era un hombre de mediana edad, bajo y con una calvicie progresiva, y trataba de paliar su falta de elegancia con un gran bigote.

Tras las formalidades de rigor, el doctor Sackuvich preguntó por los niños y Judith explicó, con cierta reticencia (pues no creía que tuviera que preocuparse por ellos), que Jason Schechner había aceptado adoptar al chico que llevaba su nombre. El otro gemelo, Henry, se había quedado con ella en la casa del difunto padre de Judith, en Willowville, y la acompañaría a Florida cuando regresara en octubre.

-¿Y usted cree que su separación, en este momento...?

-Sin duda hubieran permanecido juntos si tal hubiera parecido ser el mejor curso a seguir. -No ofreció más detalles.

-Sí, estoy seguro de que usted no hubiera... No pretendía, bueno, entrometerme. Y por supuesto están bien resguardados para el futuro. El difunto doctor Michaels era extraordinariamente, mmmm, bueno, no es asunto mío. La razón por la que he insistido en verla, señora

Wincklemeyer, tiene que ver con una carta que se encontró en la casa Obstschmecker tras los sucesos del 17 de junio. Fue escrita hace mucho tiempo y dirigida al doctor Michaels, aunque no era médico cuando la carta se escribió. Creemos, es decir, la policía cree, que la había guardado la abuela del doctor Michaels, puesto que se descubrió en una cómoda de la única habitación que no quedó destruida por el fuego. Fue la policía quien la encontró y la abrió. -El doctor Sackuvich miró la superficie de su escritorio y se aclaró la garganta-. Pero debido a la naturaleza de su contenido, pensaron que sería mejor que fuera yo quien...

-¿Debo suponer que existe alguna razón por la que yo debería saber lo que dice la carta?

El doctor Sackuvich asintió.

-Sí, debería saberlo como madre adoptiva de Henry, y los nuevos padres del otro chico también. Siento no haber podido hablar con usted antes de que el señor Schechner volviera a Cambridge, pero la policía no nos permitió dar a conocer el tema hasta que se hubiera tomado una determinación médica sobre la disposición del caso de su hijo. Su hijo mayor, es decir, Judge.

Judith se mordió el labio.

-Creía que habíamos acordado, doctor, que no hablaríamos del caso de mi hijo, como usted dice.

-Cierto. Bien. Aquí tiene una copia de la carta. La policía tiene el original, pero dicen que el papel se ha vuelto demasiado quebradizo y es mejor no tocarlo demasiado. Quizá debería leer la carta ahora, y luego, si... quiere hacer alguna pregunta...

Judith tomó las cuatro hojas de la carta fotocopiada y leyó el mensaje que, veintitrés años antes, Henry Michaels le había escrito a su hijo.

3 de abril de 1976

Querido Billy:

Espero que nunca tengas que leer esta carta. Aún desearía más vivamente no tener que escribirla. Si la estás leyendo significará probablemente que estoy muerto, desde ya hace tiempo, puesto que supongo que ésta es una nota de suicidio. Quizá llegue a sentirme más fuerte de lo que me siento ahora, quizá resulte ser una falsa alarma. Así lo espero. Te quiero, esto es lo fundamental, y si me suicido, es problema mío. Sin embargo, te quiero, Billy; tienes que creerme.

De un modo u otro, vivo o muerto, lo que tengo que contarte son malas noticias. Para ambos. Parece ser que existe una probabilidad del cincuenta por ciento de que yo tenga la peor enfermedad de toda la creación. Y si yo la tengo, existe otro cincuenta por ciento adicional de que tú también la tengas. Se llama corea de Huntington o baile de san Vito. Corea significa tener ataques espasmódicos, que pueden llegar a ser extremos. He hecho averiguaciones y he visto fotos. No quiero entrar en detalles aquí, pero, créeme, es horrible, y los ataques espasmódicos no son lo peor. Lo mejor que puedes esperar es que te encierren en un manicomio antes de ver tu fotografía en los periódicos. Ha habido

montones de casos en los que ha ocurrido eso: una persona que parecía cuerda hasta ese momento se pone en acción y hace una matanza. Y lo peor de todo es que no hay modo de que los médicos puedan saber de antemano si tienes el baile de san Vito o no.

Está en los genes y lo recibes de uno u otro de tus padres. Si uno de los dos lo tiene, las probabilidades de que tú lo tengas son del cincuenta por ciento, como he dicho. Pero, debido a que normalmente no se manifiesta hasta que tienes cuarenta o cincuenta años, o incluso más tarde, tú no descubres la enfermedad que padeces hasta que ya has tenido hijos. Mi propio padre murió antes de que se hiciera patente en él, en Alemania, durante la guerra, y yo sólo descubrí que soy un candidato hace dos semanas, por mi cuñada Luisa. Mi hermano Ed y yo nunca estuvimos demasiado unidos.

Se enroló en los marines cuando yo todavía era un niño tras una gran pelea con mi madre, de la que nunca se reconciliaron. Nos encontramos un par de veces más tarde, pero nuestra relación no fue mejor de adultos que de pequeños. En cualquier caso, cuando Ed empezó a padecer la enfermedad y fue hospitalizado, supieron por el modo en que funcionan los genes que tengo un cincuenta por ciento de probabilidades de haberla heredado también yo. El porcentaje podría resultar bueno en el póquer, pero no para jugarse la vida. Siempre había pensado que si me quedaba ciego o me ocurría alguna otra cosa igualmente horrible, tomaría el camino más fácil, pero para esta situación no había previsto planes de emergencia. Aún no se lo he dicho a Madge, y no tengo intención de hacerlo, puesto que ya hemos decidido que no queremos tener más hijos.

Si llego a suicidarme, no quiero que te quedes en la misma situación en que me dejaron mi padre y mi hermano. Sabían que la enfermedad estaba en su familia. Luisa lo investigó y descubrió que mi padre había tenido una tía y un tío a los que han internado en manicomios cuando él era un niño, y su padre, mi abuelo, perdió el control cuando mi padre estudiaba en el instituto. Así que mi padre lo sabía y lo mantuvo en secreto.

La cuestión es que si yo lo hubiera sabido no creo que hubiera tenido hijos. Es algo terrible de decir a un hijo, pero reflexiona sobre ello. Porque estás en la misma situación, o lo estarás cuando recibas esta carta. Quizá para entonces la investigación genética haya evolucionado hasta el punto de que existan pruebas para diagnosticar la enfermedad, pero yo no estoy demasiado convencido de que, si existiera esa prueba, quisiera utilizarla. Si supiera con seguridad que un día padecería inevitablemente la enfermedad, no creo que tuviera la menor vacilación, acabaría con mi vida. De esta forma, al menos tengo un cincuenta por ciento de probabilidades de no padecerla, y si el tiempo pasa y se demuestra que mi lanzamiento de moneda fue afortunado, entonces tú también tendrás mejores perspectivas. Así que quizá, por tu bien, intente seguir adelante, y si lo consigo, supongo que te explicaré todo esto en persona.

De todas formas, un día u otro tendrás que saberlo, porque un día cercano, suponiendo que recibas esta carta cuando tengas dieciocho

años, empezarás a pensar en tener hijos. Y quizá debieras pensártelo dos veces. Ojalá pudiera encontrar algo positivo para terminar esta carta, pero no tengo chuleta que copiar en todo este montón de mierda, hijo. Lo siento.

¡Te quiero!

Papá

Cuando Judith terminó de leer la carta, fingió durante un rato que aún la estaba leyendo para evitar así tener que hablar con el doctor Sackuvich.

Al final, tomó él la iniciativa.

-Le hubiera ahorrado tener que leer la carta hasta dentro de un tiempo, pero la policía insistió en que tanto usted como los Schechner, como nuevos padres de los niños, fueran informados lo antes posible.

-¿Porque cree que también ellos... corren ese riesgo?

-Definitivamente sí, corren el mismo riesgo.

-Pero si la información de la carta es correcta...

-En esencia, sí lo es. Es una explicación bastante buena para ser obra de un profano. En general no sería conveniente... alarmarse en exceso. Tanto el doctor Michaels como su padre, el redactor de la carta, murieron sin haber mostrado síntoma alguno de la enfermedad. Sin embargo... -El médico hizo girar la silla hacia un lado para evitar la mirada interrogadora de Judith-. Permítame ser algo brusco, señora Wincklemeyer. El, mmm... colapso nervioso de su hijo Judge. Por favor, escúcheme, sé que éste es un tema doloroso. Tan extraño comportamiento es una manifestación típica de una variedad de corea de Huntington que ataca al paciente en la adolescencia, en lugar de la edad madura. En tales casos la demencia puede ser súbita y aguda. Y violenta.

El doctor Sackuvich se obligó a sí mismo a mirar a Judith directamente. -Detesto tener que preguntarle esto, señora Wincklemeyer, y no tiene por qué formar parte del registro oficial, pero ¿era William Michaels el padre de su hijo?

-No tendría sentido que lo negara, ¿no le parece? -No le hago esta pregunta por mera curiosidad, señora Wincklemeyer, espero que lo comprenda. Pero este asunto tiene una relación importante con las vidas futuras de los hijos del doctor Michaels.

-¿Sus probabilidades entonces son...?

-Como dice la carta: un cincuenta por ciento.

Judith cerró los ojos y trató de rezar, pero no le quedaban ya plegarias. Su corazón era como las ruinas de aquella casa quemada, aún vallada y sin nada que las llamas pudieran consumir.

-Siento haber tenido que decírselo, pero debo añadir, por si le sirve de ayuda, que la situación actual con respecto a los conocimientos médicos no es la misma que había cuando el padre del doctor Michaels escribió esta carta. No hay cura para la corea de Huntington, ni perspectiva inmediata de hallarla, pero ahora se comprende mejor el mecanismo genético por el cual se transmite la enfermedad, y hay pruebas de diagnosis disponibles que pueden indicar con bastante

precisión si un individuo de riesgo es portador o no del gen de la enfermedad.

-Quiere decir que esos dos chicos, a su edad, podrían saber con certeza que algún día... ¡Pero eso es peor! ¡Sería una pesadilla!

-En ciertos aspectos, sí, lo admito. La medicina no inventó la corea de Huntington, señora Wincklemeyer, sólo la investiga. Dibujamos el mapa, podríamos decir.

-¡No lo permitiré!

-No cabe duda de que sería prematuro aplicar tales pruebas a estas alturas -replicó el doctor Sackuvich, tras asentir solemnemente-. Pero cuando los hijos del doctor Michaels sean mayores, deberían decírselo. A qué edad exactamente, es algo que deben decidir usted y los señores Schechner conjuntamente. Luego cada chico podrá decidir por sí mismo si quiere o no realizarse la prueba.

-Doctor, si no le importa -dijo Judith, levantándose-, preferiría no seguir hablando de este tema.

-Como quiera, señora Wincklemeyer -contestó el médico, sin modificar un ápice su porte formal-. Gracias por haber venido. Me encargaré de que su abogado reciba los documentos precisos para que los firme. De nuevo le presento mis excusas por haber abusado de usted en unos momentos tan difíciles.

Judith murmuró una disculpa por su arrebato, aunque hubiera sido más sincera si le hubiera agradecido el hecho de aliviarla de la inmensa carga que sentía como madre de un monstruo, que había cometido tales crímenes impensables. El gen procedía de William, y por lo tanto la culpa no era de ella, ni como madre biológica, ni por haber fracasado en su educación. Con semejante garantía, podría empezar a sentir una pena que no fuera mera amargura y debilitamiento.

Mientras el doctor dudaba aún si debía ofrecerle la mano para un apretón de manos de despedida, Judith se apresuró a volver a la sala de espera. Allí esquivó las preguntas de su abogado diciéndole que el doctor Sackuvich lo esperaba para discutir los documentos que debían ser firmados. Luego se disculpó, cogió a Henry de la mano y lo condujo fuera del hospital en dirección al aparcamiento.

-¿Ha dicho el médico que estabas mejor? -preguntó Henry, mientras Judith le abrochaba el cinturón de seguridad.

-Sí. Estoy en plena forma.

-¿Podemos ir a ver la casa ahora?

-Oh, Henry, no querrás hacer eso. No hay nada que ver. La parte que no se quemó la han derribado. No habrá nada más que un agujero en el suelo.

-¡Me lo dijiste! -Con la pasmosa facilidad para las lágrimas que aún poseen algunos niños de seis años, Henry empezó a llorar.

-¿Cuándo lo he dicho?

-Cuando Jason tuvo que ir al funeral y yo me quedé en casa. Me dijiste que me llevarías a ver dónde había sido el fuego antes de irnos a Florida.

-Pero hay al menos una hora de camino desde aquí.

-¡Me lo prometiste!

En efecto, había hecho esa promesa, y no resultaría una buena manera de iniciar su convivencia, renegar de ella en un asunto de tanta importancia simbólica. Además, también ella sentía curiosidad por ver el resultado del fuego.

Durante el trayecto, Judith puso una cinta de Couperin, Oficio de tinieblas, que debía haber sido la última obra musical que había escuchado Ben en el coche. Henry siguió jugando con el cubo mágico en lo que parecía un período de atención anormal en un niño de seis años. Durante el resto de su vida en común, se dio cuenta Judith, estaría siempre evaluando todo lo que hiciera el niño en términos de normalidad y anormalidad, cordura y locura.

Couperin y el clima de septiembre contribuyeron a calmar sus nervios, y cuando llegaron a la esquina de Calumet y Ludens (con un solo giro equivocado, al salir de la autopista), Judith se sentía mucho más segura de sí misma.

Habían levantado una valla de dos metros y medio de alto alrededor de la propiedad, y el trabajo de demolición del carbonizado esqueleto de la casa había sido completado, dejando tan sólo la cavidad abierta en forma de L del sótano y los tocones de la chimenea y del olmo del jardín trasero, víctima también del fuego. El jardín de la parte delantera, cuyo césped nunca había sido muy bien cuidado, estaba ya lleno de maleza alta hasta la cintura.

-Si no hubiera valla, podríamos ir a mirar dentro del sótano -indicó Henry, con tono respetuoso.

-Sí, pero la valla está ahí. Así que no podemos.

-¿Cuánto tiempo tardó el fuego en quemar la casa?

-No lo sé, pero probablemente no mucho, porque si no, no se hubieran quedado atrapados dentro.

-Apuesto a que hubo una gran explosión, como una bomba. Jason dice que si abres el gas de la cocina pero no la enciendes, la casa se llena de gas y entonces, si alguien enciende una cerilla, ¡boom!

El niño estaba tan satisfecho de esa explicación que Judith no quiso desmentirla señalando que la cocina de la casa Obstschmecker era eléctrica. En definitiva, lo que ella imaginaba sobre lo sucedido aquel día no estaba más fundamentado que la idea del chico.

-Jason dice que primero se durmieron todos al respirar el humo, y que no sintieron que se quemaban. Eso es lo que le dijo el tío Jason. Pero yo creo que lo dijo para que Jason no estuviera todo el tiempo llorando.

-Es imposible saber lo que ocurrió realmente, Henry. Si Jason quiere creer eso, no tiene sentido discutir con él.

-Fue Jason quien empezó a discutir. Estoy contento de que sea él quien vaya a vivir con el señor Schechner y no yo. Te trata como si fueras un crío.

Henry la miró de reojo para ver si ella lo había tomado, como era su intención, como una declaración de lealtad hacia ella. Judith sabía que aquél era el momento adecuado para darle al chico un abrazo, un beso, o algún otro testimonio mejor que las palabras de que era amado y protegido. Pero ese conocimiento era un mero reflejo administrativo tras

años de trabajo social y resolución de crisis. No surgía de una fuente más profunda. En cualquier caso, no tenía la energía necesaria para luchar con los cinturones de seguridad. Todo lo que pudo hacer fue poner el coche en marcha de nuevo y conducir por Ludens.

En Brouwer giró a la derecha y continuó seis manzanas hasta Brosner Park. Allí volvió a aparcar.

-¿Te gustaría jugar en el parque un rato? -sugirió a Henry-. A mí me gustaría quedarme un rato aquí sentada antes de volver a Willowville. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -aceptó él, con tono hosco.

Se quitó el cinturón de seguridad y cogió su mochila con el cubo mágico, el libro de pintar y colorear y otros pasatiempos infantiles.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó, ya fuera del coche.

-¿Cinco minutos?

El niño miró su reloj de pulsera. Faltaba poco para las tres y media.

-Vale. Estaré de vuelta dentro de cinco minutos.

Se encaminó hacia el parque, manteniéndose alejado de la zona alrededor de los columpios, que seguramente estarían ocupados por un puñado de niños negros. Miró a su alrededor en busca de un sitio sombreado para sentarse donde pudiera hacer girar las piezas de su cubo mágico hasta conseguir al menos dos caras del mismo color, pero todos los árboles parecían haber desaparecido.

Entonces oyó un sonido distante de sierra que explicó lo que les había sucedido a los árboles. ¡Los estaban talando! Al otro lado del parque había un camión verde con una escalera dentro, como la de un coche de bomberos, y desde lo alto un hombre estaba serrando las ramas de uno de los pocos árboles que aún quedaban.

Normalmente Henry hubiera ido hasta allí para observar todo el proceso, pero eso significaba atravesar la zona de juegos con todos los chicos negros. Así que se encaminó en la dirección contraria, colina arriba, donde las ramas cortadas de otros tres árboles habían sido ya amontonadas en grandes pilas. Los tres troncos seguían aún en su lugar, como brazos extendidos y manos cortadas por los nudillos. Henry pensó en trepar a una de las pilas de madera, pero sin Jason presente o alguna otra persona para desafiarlo, eso no parecía tener mucho sentido.

Entonces llamó su atención algo que había en el suelo, junto a la pila de madera más cercana. Un palo. Había un montón de palos alrededor de la pila de madera, por supuesto, pero aquél tenía un aspecto diferente. En parte debía ser a causa de su forma retorcida, y en parte por algún otro motivo que no sabía discernir.

Lo recogió y lo miró más de cerca. Era casi tan largo como una regla, y casi igualmente recto. Y justo donde su dedo hubiera tropezado con el gatillo de una pistola cósmica, había un nudo.

Algún día (aunque Henry aún no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Jason), cuando fuera mayor, sería piloto de combate en las fuerzas aéreas. Volaría en un reactor con cuatro cañones láser.

Como aquél. Fingió que el palo era su cañón y el nudo el gatillo. Apuntó con él, con un ciento por ciento de precisión, a otro reactor de combate (en realidad, un petirrojo que había aterrizado sobre la cima de la pila de madera) y apretó el gatillo e hizo un sonido como de cañón, y le dijo al petirrojo que estaba muerto.

FIN